# TRILOGÍA NEGRA DE PEKÍN

## Diane Wei Liang

Siruela Policiaca



# TRILOGÍA NEGRA DE PEKÍN

## Diane Wei Liang

Siruela Policiaca



Diane Wei Liang

# Trilogía negra de Pekín

El ojo de jade
Mariposas para los muertos
La Casa del Espíritu Dorado

Traducción del inglés
de Lola Diez

Siruela
Nuevos Tiempos Policiaca

Índice

Portada
Trilogía negra de Pekín
El ojo de jade
Post scríptum
Agradecimientos
Notas
Mariposas para los muertos
Prólogo
Primera parte
Segunda parte
Post scríptum
Notas
La Casa del Espíritu Dorado
Notas
Créditos

# El ojo de jade

A Andreas, Alexander, Elisabeth y a mi madre, con amor

# 1

En el rincón de un despacho, en un anticuado edificio del distrito Chongyang de Pekín, el ventilador runruneaba ruidosamente, como un anciano enfadado con su propia impotencia. Mei y el señor Shao estaban sentados con un escritorio de por medio. Los dos transpiraban copiosamente. Fuera, el sol apretaba, cociendo el aire hasta hacer de él un bloque de calor sólido.

El señor Shao se enjugó la frente con un pañuelo. No había querido quitarse la chaqueta.

–El dinero no es problema –se aclaró la garganta–. Pero tiene usted que ponerse a ello inmediatamente.

–Estoy trabajando en otros asuntos en este momento.

–Quiere que le pague algo más, ¿no es eso? ¿Quiere un anticipo? Puedo darle mil yuanes ahora mismo –el señor Shao se buscó la cartera–. Lanzan las imitaciones más rápido de lo que puedo sacar el producto auténtico, y venden a menos de la mitad que yo. Me he pasado diez años haciéndome un nombre, diez años de sudor y sangre. Pero no quiero que hable con sus viejos amigos del ministerio, ¿me comprende? No quiero a la policía en esto.

–No estará usted haciendo nada ilegal, ¿verdad? –Mei se preguntaba por qué estaba tan deseoso de pagarle un anticipo. Era algo muy poco habitual, especialmente en un hombre de negocios tan astuto como el señor Shao.

–Por favor, señorita Wang, ¿qué es legal y qué no en estos tiempos? Ya sabe lo que dice la gente: «El Partido tiene estrategias y la gente tiene *contraestrategias*» –el señor Shao observaba a Mei con sus finos ojos–. La medicina china parece cosa de magia. El reglamento es para productos que no funcionan. Los míos curan: por eso los compra la gente.

Soltó una risita. Eso no alivió la tensión. Mei no lograba decidir si era un inteligente hombre de negocios o un bandido.

–No me gusta la policía... sin ánimo de ofenderla, señorita Wang: ya sé que usted era una de ellos. Cuando yo empecé, vendía hierbas medicinales en la calle. La policía siempre andaba detrás de mí, confiscándome la mercancía y llevándome a la comisaría como si fuera un delincuente. El camarada Deng Xiaoping dijo *ge ti hu*: que los comerciantes autónomos estaban contribuyendo a la construcción del socialismo. ¿Pero le importó a la policía lo que dijo? Son unos memos. Ahora las cosas van mejor; yo he prosperado, y la gente me respeta. Pero, si quiere que le diga mi opinión, la policía no ha cambiado. Cuando uno necesita protección, no pueden ayudarle. Les pedí que investigaran las falsificaciones, y ¿sabe lo que me respondieron? Que no hacen esa clase de trabajos. Pero cada vez que haya un cambio en las normas, o una inspección, o un despliegue de medidas especiales, puede apostar a que se me echarán encima como perros hambrientos.

–Le guste o no la policía, tenemos que atenernos a la partitura –dijo Mei, aunque su voz era menos convincente que sus palabras.

Los detectives privados estaban proscritos en China. Mei, como otros en aquel negocio,

había recurrido a la *contraestrategia* de inscribir su agencia como consultoría de información.

–Por supuesto –asintió el señor Shao. Una sonrisa ancha como el océano le llenaba la cara.

Cuando el señor Shao se hubo marchado, Mei se levantó para ponerse junto al ventilador. Poco a poco empezó a refrescarse con la débil brisa que fluía a través de su camisa de seda.

La puerta se abrió. El ayudante de Mei, Gupin, con aspecto de langosta cocida, entró dando tumbos. Sin decir palabra, se arrojó sobre su mesa, en el vestíbulo, y se apuró una jarra de té frío que llevaba allí desde por la mañana. Se descolgó la bolsa militar del hombro y la dejó caer al suelo.

–¿Era el señor Shao, el Rey del Crecepelo, el que he visto salir? –alzó la vista, conteniendo el resuello. Hablaba con un tenue pero perceptible acento que delataba su origen rural.

Mei asintió.

–¿Vas a aceptar el caso?

–Le he dicho que sí, pero ahora no estoy segura. Hay algo raro en ese hombre.

–Lleva tupé.

Gupin sacó un pequeño envoltorio de papel de periódico.

–He recaudado cinco mil yuanes en metálico del señor Su –sonrió. Su cara, todavía roja del esfuerzo, se iluminó de orgullo.

Mei cogió el envoltorio y lo estrujó suavemente. Parecía sólido. Le hizo sitio a Gupin frente al ventilador.

–¿Se ha puesto difícil? –le preguntó. Gupin estaba ahora de pie a su lado, con su brazo desnudo casi tocando el de ella. Podía oler su sudor.

–Al principio, sí. Pero a mí no puede asustarme, ni distraerme con sus tretas. He visto comadrejas como él antes, y he rodado por muchos caminos. La gente se inquieta al ver a un trabajador provinciano como yo en un sitio como ése.

La palabra «comadreja» sonaba especialmente desagradable con el acento de Gupin.

Mei sonrió. En momentos así, no podía dejar de pensar lo bien que había hecho en contratarlo. Y, curiosamente, tenía que agradecérselo a su hermana.

Cuando Mei abrió su agencia, Lu, su hermana menor, no aprobaba la idea.

–¿Qué sabes tú de negocios? Mírate, no haces vida social, no te mueves bien en política, no tienes nada de *guanxi*: no cuentas con la red de contactos que necesitas. ¿Qué posibilidades tienes de prosperar? En contra de lo que puedas pensar, querida hermana, llevar un negocio es duro. Yo lo sé: estoy casada con un próspero hombre de negocios.

Mei volvió los ojos. Estaba demasiado cansada para seguir discutiendo. Desde que pidió la baja en el Ministerio de Seguridad Pública, parecía que todo el mundo quería darle lecciones.

–Bueno, supongo que son tus últimos cartuchos –suspiró Lu al fin–. Si no eres capaz de mantener tu empleo en el ministerio, qué otra cosa vas a hacer. Igual puedes trabajar para ti misma. Pero no quiero verte saltar a un río revuelto sin saber nadar. Déjame que encuentre a alguien que te pueda enseñar lo esencial de los negocios.

Al día siguiente, el señor Hua llamó para invitar a Mei a su despacho.

Allí, Mei se sentó en un sofá de cuero oscuro y la guapa secretaria le sirvió café mientras el señor Hua hablaba de *guanxi* (red de contactos), de los procedimientos que se pueden evitar y de unos pocos que no, de organización y contabilidad creativas y, sobre todo, de la importancia de aguzar la vista y el oído.

–Necesitas estar atenta a los cambios de aire y de política. Asegúrate de vigilar siempre a la gente que puede apuñalarte por la espalda. Sólo un consejo –decía. Mei se dio cuenta enseguida de que «sólo un consejo» era una de las expresiones preferidas del señor Hua–: no te fíes de nadie que no sea amigo tuyo. Y si quieres triunfar, entonces asegúrate de tener un buen entramado de *guanxi*, especialmente en las alturas.

El señor Hua se rellenó la taza por quinta vez.

–¿Y qué pasa con la secretaria? –preguntó a Mei.

–¿Qué le pasa?

–¿Has pensado en qué tipo de secretaria necesitas?

Mei le dijo que no tenía planes de contratar a una secretaria, al menos mientras no tuviera algún cliente.

El señor Hua meneó la cabeza.

–Puedes contratar a alguien por muy poco dinero. Hay muchas trabajadoras de provincias dispuestas a trabajar por casi nada. El coste de tener a alguien que te conteste el teléfono o te haga los recados es pequeño, pero el beneficio es considerable. Tu negocio no dará buena impresión sin una secretaria. Y si no das buena impresión, nadie acudirá a ti. Mira a tu alrededor y dime lo que ves.

Mei miró a su alrededor. El despacho era grande y estaba lleno de muebles que parecían caros.

–Tiene usted un sitio estupendo –dijo.

–Exacto. Esto que yo tengo aquí es lo que llaman una «empresa de cartera». Lo que hago es invitar a inversores extranjeros a participar en un proyecto común. Todas las empresas extranjeras están obligadas a tener un socio chino, como sabes. Vienen aquí a conocerme, ven un montaje a lo grande, en la mejor zona. Pero no se dan cuenta de que yo mismo no tengo ni fábrica ni obreros. Piensan que soy importante, auténtico. Sólo me pongo a buscar las fábricas cuando he recibido el dinero de la firma extranjera. Si puedo hacer un trato al año, estoy servido. Con dos, puedo tomarme el resto del año libre.

«Como ves, ganar dinero es fácil. La parte difícil es conseguir que la gente cumpla con su parte. Por eso a mí me gusta hacer negocios con extranjeros. Con los chinos es mucho más difícil. Sólo un consejo: cuando contrates a alguien, piensa en los cobros y asegúrate de que tu chica tiene carácter suficiente para hacerse con el dinero.

Viéndole el sentido a lo que él decía, Mei puso un anuncio para encontrarle a su nuevo negocio una secretaria.

De entre todas las solicitudes que recibió, Gupin era el único hombre. Mei no había pensado en contratar a un hombre como secretario, pero decidió entrevistarle.

Gupin había venido de un pueblo de granjeros de la provincia de Henan y en Pekín trabajaba en la construcción para ir pasando.

–Terminé el primero de la clase en el instituto de nuestra comarca –le contó a Mei con su acento de Henan–, pero tuve que volver a mi pueblo porque allí era donde estaba mi

expediente. Quería trabajar en la capital del concejo, pero mi jefe de aldea no estaba de acuerdo. Dijo que nuestro pueblo necesitaba «un hombre de los que leen libros».

A Mei le llevó algún tiempo acostumbrarse a su acento y entender lo que decía.

–Mamá quería que me casara. Pero yo no quería. No quiero terminar como mi hermano. Todos los días se levanta al amanecer y trabaja en el campo el día entero. Al final del año, sigue sin poder dar de comer a su mujer y a su hijo. Papá también era así. Murió de tuberculosis hace mucho. Todo el mundo dice que hay oro en las grandes ciudades, así que pensé en venir a Pekín. Quién sabe lo que soy capaz de hacer yo aquí.

Mei le observó. Era joven, acababa de cumplir los veintiuno, de anchos hombros. Se le veían los músculos embutidos debajo de la camisa. Cuando sonreía, parecía apocado pero honrado.

Lamentándolo, le dijo que él no podía hacer el trabajo que ella necesitaba. No conocía Pekín y su acento de Henan ahuyentaría a la gente.

–En cuanto la gente oiga tu acento, dará por sentadas muchas cosas sobre ti y probablemente también sobre este negocio. Algunos hasta pueden pensar que me dedico a algún tipo de estafa. Es una estupidez, ya lo sé, pero así es la gente. Lo mismo me ocurriría a mí si voy a Shanghai: probablemente me timarían los taxistas y me darían mal todas las indicaciones.

Pero Gupin era tenaz.

–Dame una oportunidad –le rogó–. Aprendo rápido y trabajo duro. Puedo aprender sobre Pekín. Dame tres meses y te prometo que me sabré todas las calles. También me quitaré este acento. Soy capaz, créeme.

Al final, Mei decidió darle una oportunidad. Recordó lo que el señor Hua había dicho y pensó que Gupin sería, si no un brillante secretario, al menos sí el cobrador de deudas más temible de cuantos había entrevistado. También era con diferencia el más barato.

–Te daré un año –le dijo–. No tienes ni idea de lo grande que es Pekín.

Había pasado más de un año y Gupin había demostrado que era todo lo que dijo ser: trabajador, despierto y leal. Había invertido gran parte de su tiempo libre en cabalgar su bicicleta por los *hutong* y las calles de Pekín, y ya conocía algunos barrios mejor que Mei. Había llegado a ser otro par de ojos y oídos para ella.

–Bien hecho –dijo Mei a Gupin–. El señor Su no es de los que se separan fácilmente del dinero. Vamos a recoger.

Recogieron sus cosas y aseguraron todos los cerrojos de la puerta. Hacía más fresco en el pasillo en penumbra.

–Espero que el fin de semana no sea tan caluroso –dijo Gupin mientras salían del edificio. Llevaba su bolsa militar rebotándole en el hombro–. ¿Tienes algún plan especial?

–Un picnic en el Antiguo Palacio de Verano.

–¿Tan lejos te vas para un picnic?

–Es la reunión de mi clase de la universidad.

Fuera, el sol se desdibujaba en la calima y el aire estaba espeso como el almíbar. Se dijeron adiós y se separaron, Gupin en dirección a un joven álamo al que había encadenado su bicicleta Paloma Voladora y Mei a su Mitsubishi de dos puertas, aparcado bajo un vetusto roble.

# 2

Esa noche, una violenta tormenta eléctrica despertó a Mei. Las delgadas ventanas de su apartamento rechinaban. Los truenos restallaban y rugían, los rayos centelleaban. El sonido de la lluvia inundaba el espacio alrededor de ella, trayéndole a la mente pensamientos y recuerdos perdidos.

Pensó en sus antiguos compañeros de clase, y a cuáles de ellos vería al día siguiente. Recordó a Li el Gorrión, el chico menudo y melancólico que tocaba la guitarra. Pensó en Guang, el gigante bocazas de un metro noventa. La cara redonda de Hermana Mayor[1] Hui le vino también a la mente. Recordó el apretado dormitorio con sus cuatro literas. Recordó el castaño junto a su ventana y el altavoz que en una de sus ramas se arrancaba a soltar música a las seis y media, todas las mañanas. Recordó lo jóvenes que eran.

Poco a poco, la tormenta empezó a sosegarse. La lluvia caía todavía, ahora monótona. Mei daba vueltas en la cama. En su mente vio el atrio de un templo. Estaba oscureciendo y Guang encendía un hornillo de gasolina. Era cuando su clase fue de excursión de fin de semana a los montes de Poniente. Aún no había amanecido y pisaban con cuidado, ayudándose con linternas, por un camino suspendido sobre lo que más tarde, a la luz del día, vieron que era un precipicio de cientos de metros. Iban cogidos de la mano y cada uno andaba sobre los pasos del otro.

Ella iba de la mano con Yaping. Podía sentir el calor de su contacto. Sus pensamientos derivaron; en su sueño, empezó a flotar. Alcanzaron la cima y hacía sol. Mirando alrededor, no se veía más que interminables montañas cubiertas de azaleas rojas. Sólo que ahora ya no iba de la mano con Yaping.

Tenía seis años. Iba de la mano de su padre.

Bajaban andando un largo sendero de montaña, precedidos por el vigilante del campo de trabajo. Tras ellos, agitándose como hoja seca al viento, trastabillaba una anciana que había venido a visitar a su hijo y que ahora se volvía a casa. Ella era la encargada de llevar a Mei hasta la lejana Kunming, la capital del Yunnan. Allí la recogería un conocido de su madre que iba a ir a Pekín en tren.

El padre de Mei llevaba al hombro un bulto gris que contenía las pertenencias de Mei: su ropa, dos toallas de manos de las que daban en los campos de trabajo, un cepillo de dientes, una taza de aluminio y pequeños juguetes hechos de alambre, cartón y caperuzas de dentífrico. Llevaba también una libreta que su padre hizo juntando papeles amarillentos que fue encontrando y en la que él mismo había escrito de memoria poemas de la época de los Tang. Mei había prensado con cuidado entre aquellas páginas los pétalos que fue recogiendo.

Conversaron, como hacen padres e hijas, sobre el tiempo que habían pasado juntos y el tiempo que volverían a compartir. Mei iba recorriendo con los dedos las azaleas a su paso, haciendo que las flores rojas bailaran alegres como mariposas.

A mediodía llegaron al camino de tierra que había al pie de la montaña. Desde la ladera de un monte, una fría cascada se lanzaba a un pilón y de ahí, por un tubo de cemento semienterrado, caía al río que había debajo. Esperaron junto a la cascada. Los pájaros cantaban desde más allá de los árboles. A lo largo de los montes, radiantes de los vivos colores del sur, el camino se extendía ante ellos.

«¿Hasta dónde llega el camino?», se preguntó Mei. «¿Hasta dónde llegan los árboles, las montañas gigantescas y el río?»

El tiempo se iba en un tictac sin prisa. Un viejo autobús apareció a lo lejos. Lo miraron acercarse cada vez más, hasta que por fin se detuvo con estrépito ante ellos.

El padre de Mei le alcanzó el bulto al conductor del autobús, que lo puso encima del vehículo con otros equipajes.

La anciana, a quien le habían dicho que debía llamar Abuela, la cogió de la mano.

–No te preocupes, camarada Wang. La pequeña Mei estará bien conmigo –la Abuela empezó a subir al autobús.

Pero el padre de Mei no la dejaba marchar:

–Diles a tu madre y a tu hermana que las echo de menos. Diles que estaré de vuelta pronto.

–¡Se va el autobús! –gritó el conductor, trepando hasta el interior de su cabina.

La Abuela hizo subir a Mei apresuradamente.

–Sé buena, Mei –gritó su padre–, hazle caso a la Abuela. ¡Te veré en Pekín!, ¡te lo prometo!

El autobús arrancó a toser y sacudirse. Mei corrió a la enfangada ventana trasera y se arrodilló en el asiento de madera. Agitó febrilmente los bracitos.

–Adiós –gritó, sonriendo tan ampliamente como si el sol estuviera dentro de ella y fuera a lucir siempre–. ¡Te veré en Pekín, papá!

El camino empezó a tirar hacia atrás de su padre y del vigilante, mientras ella se despedía con la mano, primero despacio, y luego más rápido. Finalmente se redujeron a dos figuras perdidas, con los verdes montes colgando sobre ellos como a punto de aplastarlos. Entonces el autobús dobló la curva. Ya no estaban.

Mei se despertó. La luz cegadora del sol había asaltado su pequeño apartamento de alquiler junto a la transitada carretera de circunvalación. Jamás volvió a ver a su padre después de su despedida en aquel camino polvoriento veintitrés años atrás.

Mei giró la cabeza para mirar el despertador negro que hacía tictac en su mesilla. Era tarde, pero no conseguía levantarse. Sentía que se había desecado su voluntad. Junto al despertador había un pequeño retrato en blanco y negro de su padre. La foto se había desvaído con los años. Tras la muerte de Papá, Mamá tiró todas sus cosas: sus manuscritos, sus fotos y sus libros. Ese retrato fue lo único que Mei logró salvar. Lo había llevado consigo, escondido en un ejemplar de *Jane Eyre*, al internado y a la universidad. No le enseñó la foto a nadie, ni tampoco habló de su padre. Era su secreto, su dolor y su amor.

Mei vio a su padre sonriéndole desde dentro del marco. Oyó su propio corazón latiendo latidos sin eco. Pensó en la felicidad que podía haber sido.

La tormenta había traído aire fresco y una cómoda temperatura a los tenderos que atestaban la acera a lo largo de la calle de los Centros Universitarios. Tiendas de ropa,

peluquerías y supermercados tentaban a los viandantes con nuevos estilos y descuentos. Vendedores de frutas y verduras, con la mercancía en altas pilas sobre carretas, voceaban sus precios. Una campesina con pantalones anchos agitaba un abanico de paja sobre un montón de sandías. Las moscas también habían vuelto.

Detenida en el semáforo del Cruce de Tres Aldeas, Mei tamborileó con los dedos en el volante. No podía permitirse parar, llegaba horriblemente tarde. Había pasado demasiado tiempo lavándose, secándose y arreglándose el largo pelo liso. Se había puesto maquillaje y luego se lo había vuelto a quitar.

¿Por qué le importaba siquiera? Sacudió la cabeza. Nunca le importó mientras estaba en la universidad. Entonces era una marginal que nunca quiso integrarse. ¿Qué había cambiado?

Al final de la calle de los Centros Universitarios, Mei giró hacia el norte, siguiendo los altos muros de la Universidad de Qinghua. El tráfico había disminuido. Los ciclistas circulaban sin prisa por la sombra de los álamos. Mei adelantó a un grupo de estudiantes en sus bicicletas. Parecía que iban a pasar el fin de semana a los montes de Poniente.

Recordó haber transitado por esa calle en concreto cuando ella misma era estudiante. La suya y la de Qinghua eran universidades hermanas, así que por tradición la clase de Mei tenía conexión amistosa con una clase compuesta por cuarenta y cinco ingenieros electricistas de la Universidad de Qinghua. Los ingenieros, hombres casi todos, eran entusiastas organizadores de guateques amistosos; había muchas chicas en la clase de Mei. El aire de aquellas noches era caliente, y las estrellas titilaban como ojos. Las farolas de la calle brillaban suavemente por entre la brisa perfumada de jazmín. Se recordó sentada en la parte de atrás de la bicicleta de Yaping, con la larga melena volando al viento. La noche era pura y los grillos cantaban al pie de la pagoda que hay junto al lago Weiming.

Durante aquellos años, Hermana Mayor Hui le fue dando noticias de Yaping: se había casado, había terminado los estudios de Administración de Empresas, había empezado a trabajar, se había comprado una casa.

De vez en cuando aún pensaba en él, tratando de imaginárselo vestido de hombre de negocios, pasajero en el ferrocarril elevado. Se preguntó si llevaría todavía aquellas gafas de montura negra. Algunas veces recordaba sus ojos inteligentes y su tímida sonrisa. Cuando le odiaba se lo imaginaba viejo, ya no delgado ni apuesto. Pero la mayor parte del tiempo no era capaz de imaginárselo en absoluto. Los nombres no significaban nada para ella: Chicago, Evanston, North Shore. No tenía una imagen de ellos, ni podía hacerse una idea de cómo era la mujer de Yaping o la vida que llevaban juntos. Giró por la carretera occidental de Qinghua y apareció ante su vista el Antiguo Palacio de Verano.

Desde que se licenciaron, Hermana Mayor Hui había organizado reuniones anuales. Hermana Mayor Hui se había quedado en su departamento de la universidad, primero como alumna de doctorado y luego como profesora. Mei no fue a las primeras reuniones porque no quería hablar de Yaping ni de cómo habían roto. Después, estaba demasiado ocupada. Cuando ascendieron a su jefe, Mei, como ayudante personal suya, entró en el círculo de los favorecidos. Se le asignó un apartamento de un dormitorio y atribuciones de nivel elevado. Se volvió deseable a los ojos de los casamenteros. Le presentaron a hijos de funcionarios de alto rango y a ascendentes astros de la diplomacia. Fue con ellos a restaurantes, conciertos, estrenos de películas y banquetes ceremoniosos. Se sentó con sus

familias en luminosos apartamentos que daban al paseo del Renacimiento. Dedicó su tiempo libre a tratar de conocerlos para que ellos pudieran llegar a conocerla a ella.

Pero todo cambió cuando pidió la baja en el ministerio. Las personas con quienes había trabajado durante años y a las que creía amigas le volvieron la espalda.

Quizá por eso le preocupaba tanto lo de hoy, pensó Mei, su propio aspecto y lo que pudieran pensar de ella sus antiguos compañeros de clase. Aquella gente eran sus viejos amigos. Aunque parecía que nunca antes los había necesitado, ahora los necesitaba.

# 3

Hermana Mayor Hui la estaba esperando en la entrada principal del Antiguo Palacio de Verano.

–¡No me lo puedo creer! ¡Tú, la persona que tiene el lujo de un coche, llegando tarde! Llevamos cuarenta minutos esperándote. Ding se ha tenido que llevar a la pequeña Po adentro para que pudiera darse unas carreras. Un niño de cuatro años es como un perro: si no se desfoga en el parque, está que muerde.

Hermana Mayor Hui había adelgazado, mostrando curvas que Mei ignoraba que tuviese. Claramente le complacía su nueva forma y la había envuelto en un ajustado vestido de colores irisados.

–Lo siento –dijo Mei–. Me quedé dormida.

–Es la vida indisciplinada de los solterones. Tienes que casarte. Te hará bien.

Hermana Mayor Hui le cogió el brazo y anduvieron hasta el parque como viejas amigas, de la mano. Una brisa ligera retozaba entre la larga hierba del lago seco. En algún lugar de los bosques se alzaban columnas rotas, medio escondidas. Más allá había montones de piedras caídas desperdigados por los sinuosos senderos. Antes de que lo incendiaran las tropas británicas y francesas durante la Segunda Guerra del Opio, doscientos años atrás, los estudiosos comparaban el Antiguo Palacio de Verano con Versalles. Mei había visto estampas de Versalles en los libros, pero, aun hallándose entre las ruinas, nunca podría imaginarse el antiguo esplendor del Palacio.

–¿Y cómo va esa vida, princesa? –Hermana Mayor Hui estaba tan jovial como de costumbre.

–¿Por qué me llamas siempre «princesa»?

–Bueno, si te hubieras casado con alguno de tus príncipes de la revolución cuando estabas en el ministerio…

–No empieces con eso otra vez.

–Vale, vale –Hermana Mayor Hui levantó las manos en gesto de rendición–. Cuéntame de tu trabajo.

–El trabajo va bien. Viene mucha gente a verme por esto o por lo otro. Me parece que hay dos cosas que a la gente le sobran últimamente: dinero y líos.

–No me sorprende. Hay ricos por todas partes. Basta con mirar el tráfico. Cuando nosotras estábamos en la universidad, las motocicletas eran lo máximo. ¿Te acuerdas de Lan? Se echó un novio que tenía moto y todos pensábamos que era un delincuente.

Ambas se rieron.

–Estoy contenta de que las cosas por fin te vayan bien –dijo Hermana Mayor Hui –. Qué terrible prueba tuviste que pasar en el ministerio. Tú no te merecías eso.

Mei asintió y trató de sonreír.

El camino se bifurcaba. Dejaron la senda y subieron una pequeña colina. Pronto la

escalada las hizo acalorarse.

–¡Qué sofoco! Si sólo es primavera. Desde luego, el viejo cielo está revuelto este año –Hermana Mayor Hui jadeaba. Mei sentía la hierba seca quebrarse bajo sus pies. Cuando llegaron a lo alto de la pendiente miraron hacia abajo, a un prado del valle. Había un grupo de gente allí reunida, sentada sobre plásticos.

–Fue aquí adonde vinimos a celebrar el fin de carrera –dijo Hermana Mayor Hui, tostándose al sol–. ¿Te acuerdas?

Una gran piedra blanca en forma de concha que una vez perteneció a una antigua y ornada fuente se alzaba en mitad del prado. Su mármol blanco destellaba.

–Por supuesto –dijo Mei suavemente.

De pronto le volvió el recuerdo de aquel día. Estaban sentados alrededor de los restos de un picnic, fumando y cantando. Los chicos bebían cerveza Qingtao. Las chicas soñaban con romances. Li el Gorrión tocaba la guitarra. Yaping leía uno de sus poemas...

–¡Eh! –gritó alguien desde la fiesta, arrastrando su pensamiento de vuelta al presente.

–Es el Gordo –Hermana Mayor Hui le devolvió con la mano el saludo y empezaron a bajar la cuesta.

Li el Gorrión estaba sentado sobre el mantel de plástico fumando, bebiendo cerveza de una lata y tocando la guitarra. Se le veía aún más pequeño y flaco de lo que Mei recordaba. Su rostro, que nunca pareció joven, ahora claramente revelaba edad.

–Llegas tarde.

–No es por mi culpa. Es aquí la princesa –Hermana Mayor Hui dejó caer su cuerpo redondo sobre el mantel y señaló con un dedo a Mei.

–¡Hermana Mayor Hui! –protestó Mei.

El Gordo dijo hola a las recién llegadas y les ofreció las bebidas. Mei cogió una botella de agua.

–¿Cómo estás, Li? –se sentó junto a Li el Gorrión, haciendo que se ruborizara.

Todos sabían que Li el Gorrión siempre había estado enamorado de Mei.

–Me voy a Shenzhen. Ya he tenido bastante de Pekín y de la Agencia de Prensa Xinhua –declaró Li el Gorrión.

–¿Qué? –gritó el Gordo–. ¡No me lo habías dicho! ¿Vas a renunciar al «cuenco de acero» por un periódico local privado? ¿Es que te has vuelto loco?

–¿Qué tiene de estupendo la Agencia de Prensa Xinhua? No tenemos alojamiento, y el sueldo es miserable. Cuando terminamos la carrera, la cuestión era conseguir un trabajo en los departamentos importantes del gobierno. Ahora la cuestión es el dinero: si eres rico, eres alguien. Yo voy a ser jefe de redacción y a ganar un montón de pasta.

–No seas ingenuo –Hermana Mayor Hui abrió con un chasquido una lata de cerveza Qingtao–; ¿qué es el dinero comparado con el poder? Mei tenía un bonito apartamento individual cuando trabajaba para el Ministerio de Seguridad Pública. Viajaba en coche oficial y comía en los mejores restaurantes. No era rica, pero ¿a que vivía bien? Mira a tu jefe: no tiene necesidad de ser rico. Saca todo lo que necesita, y más, de su trabajo.

–Bueno, pero yo no voy a ser nunca el jefe de la Agencia de Prensa Xinhua. Hay que ser de una pasta especial para trepar por el poste del poder. Yo no soy así. Yo voy a ser rico. Tendré mi propio coche y mi propio apartamento.

–Yo no necesito un coche, pero me gustaría tener un techo sobre mi cabeza –suspiró el Gordo–. El *Diario de Pekín* es mucho peor que la Agencia de Prensa Xinhua. Ni siquiera

me dan cama en un dormitorio comunitario. Tengo treinta años y todavía vivo con mis padres. Así que les he dicho a los casamenteros que sólo me interesan las chicas cuyos puestos de trabajo incluyan el alojamiento.

–En las Zonas de Economía Especial como Shenzhen, la gente como nosotros podrá pagarse su propio apartamento –Li el Gorrión aspiró su pitillo.

–¿Y qué pasa con tu empadronamiento en Pekín? –le preguntó Mei–. Lo perderás si te vas. ¿Es que no vas a querer volver nunca?

Mei se entristeció. Li el Gorrión siempre había sido un sufriente y desesperado romántico. Hacía las cosas por pasión, a veces sin considerarlas debidamente. Por eso nunca encajó en el pragmático modo de vida chino. En ciertos aspectos, Mei sentía una fuerte conexión con él. Ambos eran marginales, aunque de distinto tipo. Li el Gorrión aspiraba a la aprobación y la aceptación de otros. Mei, en cambio, pensaba que nadie la entendía, y por eso no le importaba lo que pensasen de ella.

–¿Quién no va a querer volver? –rugió una gruesa voz detrás de ellos. Todos se volvieron y vieron la silueta de un metro noventa de Guang y su cara tiznada alzándose por encima de ellos. Había estado trabajándose la pequeña cocina de gasolina que había del otro lado de la concha de piedra.

–Li el Gorrión. Se va a Shenzhen –dijo el Gordo, sacudiendo la cabeza.

–Mejor para él –dijo Guang, sentándose. Abanicó el humo del pitillo de Li el Gorrión para mandarlo de vuelta a su cara–. Por fin estarás con gente de tu talla –y se rió de su propio chiste.

Li el Gorrión, aunque procedía de la tierra de los gigantes (la septentrional provincia de Dongbei), era el más bajo de la clase.

Hermana Mayor Hui le dio a Guang un manotazo en la espalda:

–No seas burro.

El aviso no tuvo efecto. Guang volvió a reírse.

–Pero no pienses en pasarte a Hong Kong. Hong Kong va a regresar a la madre patria en unos pocos meses, así que te atraparíamos.

La mujer de Guang sacó una lata de cerveza. Él la abrió, bebió un sorbo y escupió.

–¡No la has enfriado como te dije!

–Estaba helada cuando la compré –respondió su pequeña esposa. Le hablaba con voz tenue, evitando su mirada.

–¡Tráeme una botella de agua! –le gritó él.

Al final llegó el marido de Hermana Mayor Hui, Ding, con la pequeña Po y las bolsas de comida. Habían tenido que conducir despacio por la colina la bicicleta cargada. La mujer de Guang se animó y fue a descargar la comida para prepararla. Ding charlaba con ella junto al hornillo. La pequeña Po quería jugar con su madre, así que Hermana Mayor Hui se la llevó a buscar flores por la hierba.

Los demás distribuyeron fuentes, cuencos, palillos, embutidos, empanadillas al vapor y arroz hervido. Cuando Guang fue a buscar su tabaco, Mei le siguió.

Ocho años antes, cuando terminaron la carrera, el Proyecto de Construcción de Hainan estaba a punto de despegar. El plan del gobierno era construir la mayor zona de libre economía del país en la isla de Hainan, con hoteles de cinco estrellas, centros turísticos internacionales e industrias modernas. Guang, que era miembro entusiasta del Partido,

respondió a la primera llamada y se fue a Hainan en cuanto acabó la carrera. La experiencia le había vuelto más amargo.

–Guang, ¿por qué tratas así a tu mujer?

Guang encendió un cigarrillo y le dio varias caladas.

–Uf, no tendría que haberme casado con ella –se apoyó en un joven álamo–. Estaba desperdiciando mi vida en Hainan. Nos conocimos y pensé que al menos si nos casábamos habría logrado algo. Entiendo lo que está haciendo Li el Gorrión. Yo lo he hecho, yo he perseguido el dinero. Por todos los santos, me he pasado seis años en Hainan. ¿Me he hecho rico? ¡Chorradas! No se hace rico nadie más que los malditos jefes. Había tanta corrupción que millones de yuanes desaparecieron sin más. Si eres poca cosa como yo, ¿qué consigues? Seis años de tu vida perdidos y una mujer que no soportas.

–No es culpa tuya. El proyecto entero de Hainan era pura corrupción.

–Eso no es un consuelo para mí, ¿no crees?

Mei negó con la cabeza.

–No. Pero ¿es un consuelo machacar a tu mujer?

–Qué chorrada –Guang tiró el pitillo al suelo–. ¿Por qué no puedes ser amable alguna vez? Tenme un poquito de compasión –trituró el pitillo con el pie y se alejó a paso largo.

Cuando la comida y la cerveza estuvieron listas sobre el mantel de picnic, todos ellos se juntaron alrededor y comieron a placer.

El sol estaba ya alto en el cielo. El día se estaba poniendo más caluroso.

Los antiguos compañeros de clase intercambiaban noticias de la vida y el trabajo. Bajo la mirada vigilante de Hermana Mayor Hui, todos evitaron el asunto de la marcha de Mei del Ministerio de Seguridad Pública. Mei sonrió a su amiga y le dio las gracias con los ojos.

–Lan va a venir más tarde –les informó Hermana Mayor Hui.

–¿No es ella la querida rica? –preguntó la pequeña esposa de Guang.

Guang la ignoró.

–Una vez me la encontré en el Centro Lufthansa. Tenía un montón de bolsas de compras y su chófer cargaba con ellas.

–Yo conozco a su hombre –Hermana Mayor Hui movió la cabeza–. Es especial, alguien que algún día llegará muy lejos; quizá como el cuñado de Mei. Compró un apartamento para Lan y otro para los padres de ella, que ahora se han mudado a Pekín.

–¿Veis? Eso es lo que yo digo –exclamó Li el Gorrión–. No necesitas un trabajo con residencia en Pekín si tienes dinero. Te puedes comprar tu propio apartamento y pagarte tú mismo la asistencia médica.

–¿Pero se va a casar con ella?

–Vaya, Mei –se rió Hermana Mayor Hui –. Ya tiene una mujer, y una hija.

–¿Y ella es guapa? Quiero decir Lan. Tiene que serlo –dijo la menuda esposa de Guang.

–No tan guapa como Mei –dijo el Gordo.

–Entonces ¿cómo ha tenido tanta suerte? –chirrió la mujercita.

–Buena pregunta –murmuraron todos.

–Por Dios, dejad de envidiarla. ¿No hay nadie aquí que piense que eso no está bien? –clamó Mei.

–No veo por qué no va a estar bien –Guang se incorporó–. Ella tiene una buena formación, es inteligente y útil para los negocios de él, que obviamente la aprecia. La esposa también se beneficia: cuanto mejor le va a su marido, mejor posición tiene ella. Si la cosa no

resulta, Lan se queda con los apartamentos y el dinero. Es un buen arreglo, si quieres saber mi opinión.

De más allá de los bosques, la brisa había recogido un dulce aroma de resina de pino y hojas de primavera. El Gordo estaba tumbado sobre su espalda y seguía con la vista el rastro de las nubes viajeras. Li el Gorrión tocaba canciones españolas de amor con su guitarra.

Mei volvió a pensar en los tiempos del fin de carrera, cuando estuvieron en ese prado. Eran jóvenes y puros, con el corazón lleno de ideales. Tenían sueños y estaban preparados para el mundo. Cantaban el primer éxito del rock chino, el *No tengo nada*, de Cui Jian.

Ella no tenía realmente nada en aquel entonces, ni coche, ni negocio, ni un apartamento para ella sola. Pero era feliz. Estaba enamorada.

# 4

Mientras conducía de vuelta de la reunión a su casa, Mei no se podía quitar a Yaping del pensamiento. Al parecer, haber visto a los viejos amigos de ambos después de tanto tiempo hizo que su ausencia, que ella creía bien sepultada, se agudizara otra vez.

Mei se había fijado en Yaping el primer día en la universidad. Era un chico del sur sorprendentemente alto, de ojos sensibles, sonrisa tímida y pelo suave que le caía por la frente. No tardaron mucho en ver todos que Yaping era el más inteligente de la clase.

Mei y Yaping empezaron a salir en tercero. Hablaban de literatura junto al lago Weiming. Fueron de viaje a los montes de Poniente para visitar templos y santuarios. Fueron de compras a Wangfujing y a Xidan, a rebuscar entre los libros y comer especialidades pekinesas tradicionales. Iban al cine en el salón de actos de la universidad, el mejor sitio en Pekín para ver películas tanto extranjeras como chinas de vanguardia. Juntos vieron *Love Story* y *Vacaciones en Roma*, las dos únicas películas de países no comunistas. Cuando *Sorgo rojo* ganó el Oso de Oro en Berlín, su director, Zhang Yimou, llevó la película a la Universidad de Pekín. Tras la proyección, el director y su actriz principal salieron a escena. Mei todavía recordaba lo bella que estaba Gong Li y cómo aplaudía todo el mundo.

Pero la madre de Mei, Ling Bai, no era partidaria de Yaping. Lo encontraba guapo («dentro de su estilo de chico de aldea fluvial del sur») y muy brillante, pero había venido del campo, lo cual significaba que muy probablemente tendría que volverse allí al terminar la carrera. Ling Bai nunca habría permitido que Mei se marchara a vivir fuera de Pekín.

Ling Bai era pintora y trabajaba en la sección artística de una revista de propaganda llamada *Vida de mujer*. Era una empleada corriente que en su madurez había ganado veteranía, ya que no autoridad. Aunque Ling Bai tenía pocas ambiciones para sí misma, de sus hijas esperaba que triunfaran. Quizá habría llegado a pasar por alto los problemas de residencia de Yaping, porque, con inteligencia y suerte, podría ser que le dieran un empleo en Pekín. Pero no podía cambiar la forma en que había sido educado. Sus padres eran simples maestros de escuela. Yaping no era alguien que pudiera ofrecer a Mei protección y expectativas.

–No se puede vivir sólo de poesía –le decía Mamá a Mei.

Pero Mei siguió viendo a Yaping de todas formas. Estaban enamorados.

En su último año en la facultad, Yaping obtuvo una beca de la Universidad de Chicago. Cuando se licenciaron, se fue a Estados Unidos. Al principio, sus cartas eran largas y sentidas. Luego se hicieron más cortas, menos frecuentes. Al cabo de un año, después de no haber escrito en mucho tiempo, Yaping escribió para contarle a Mei que se había enamorado de otra persona.

–Te lo había dicho –dijo Mamá. Estaba sentada en una silla plegable en el balcón de su apartamento con una taza de té verde–. Ahora ves que yo tenía razón al oponerme, ¿no? Sólo me gustaría que me hubieras hecho caso. Eres como tu padre, demasiado romántica.

Era típico de Mamá, pensó Mei, empeñarse en no soltar el timón. Mamá sabía cómo hacerle sentir que no era capaz de hacer nada bien.

Antes de que terminara la Revolución Cultural y a Mamá le dieran el empleo en la revista, cambiaron mucho de lugar, siguiendo sus trabajos y alojamientos temporales. Mamá se volvía más susceptible cada vez que se mudaban. Mei y su hermana aprendieron a no hacer cosas que le molestaran. Eso podía incluir ruido, silencio, cosas fuera de su sitio, suciedad y malas noticias. Pero, por mucho cuidado que pusieran, Mamá todavía gritaba.

A Mei le parecía que sólo su hermana podía hacer sonreír a su madre. Lu era tres años menor y extremadamente guapa desde edad temprana. Era dulce, encantadora y llena de talento. Los profesores de Lu sólo tenían las mejores cosas que decir de ella. La alababan por especial, inteligente y amable. Mamá la quería tanto que Mei pensaba que ya no le quedaba más amor para su hija mayor.

Así que fue un alivio para todos que Mei se fuera al internado, aunque incluso allí destacó como inadaptada. Eso le quedó claro a Mei cuando llamaron a Ling Bai para hablar con su tutora. Mei se sentó fuera del despacho de la señora Tang, aburrida porque Mamá llevaba mucho tiempo dentro. ¿De qué podrían estar hablando?

Se acercó de puntillas a la puerta y puso la oreja en el ojo de la cerradura. Oyó la voz de la señora Tang:

–Mei es buena estudiante. Pero no es sano para una niña de su edad estar todo el tiempo sola.

–Me temo que tiene el carácter de su padre –dijo Mamá–. Él era una persona solitaria, de las que viven la vida a través de la literatura, los ideales y los principios morales. Era un magnífico escritor, pero no entendía cómo funcionaba el mundo. Al final, su personalidad acabó con él. Cada vez que veo a Mei, estoy viendo a su padre. Tienen los mismos ojos. Incluso hace sus mismos gestos. Me asusta. Intento ayudarla, pero ella no quiere cambiar. Mi otra hija, Lu, no es así. Se lleva bien con la gente y lo entiende todo a la primera. No sé por qué Mei es tan diferente. No será por nada que yo haya hecho, espero. Yo las quiero a las dos y las trato igual. Aun así, Mei ha salido a su padre: siempre menospreciando a los demás, siempre juzgando. Es como si nadie fuera lo bastante bueno. Nadie está a su altura.

–Quizá podría llevarla a un experto en hierbas –sugirió la señora Tang–. Ellos saben cómo suavizar el carácter.

–Ojalá sea así –dijo Mamá.

Cuando Mei oyó que su madre se acercaba a la puerta, corrió otra vez a su asiento.

Las hierbas y la lectura de *qi* no la hicieron mejorar. Mei seguía viviendo en un mundo propio, rodeada de sus libros y sus pensamientos. Leía todo lo que caía en sus manos. Quería dedicarse a escribir como su padre.

–De ninguna manera –su madre fue tajante–. ¿Cómo puedes pensar siquiera en ser escritora? Escribir es la profesión más peligrosa en China. Cada vez que hay un movimiento político, los escritores son los primeros que van a la cárcel.

Pero Mamá no podía detener a Mei; tampoco podía convencerla de que el pragmatismo era mejor que los principios morales.

Estaban en el salón de su madre cuando Mei le dijo a Ling Bai que había pedido la baja en

el Ministerio de Seguridad Pública.

Mei se encogió de hombros, tratando de aparentar despreocupación.

–Me irá bien. Hay un montón de empresas privadas por ahí. No será difícil encontrar trabajo. Puedo ganar más dinero.

–Pero no tendrás el mismo futuro. ¿No sabes que el poder es lo único que importa? Cuando te dieron ese trabajo en el ministerio, yo estaba muy contenta y, a decir verdad, muy aliviada. Tú sabes lo que me parecía tu determinación de ser escritora o periodista; me alegré de que no tuvieras que ser ninguna de las dos cosas. Creí que por fin estabas a salvo y que podía dejar de preocuparme por ti. Pero una vez más me has demostrado que me equivocaba.

Mamá paseaba de un lado a otro delante de Mei.

–Debe de haber en ti algo autodestructivo. Todos aquellos jóvenes perfectamente agradables que te presentaron, y no hubo uno solo que resultara. ¿Por qué? –dejó de moverse y miró a su hija–. ¿Qué pasó con todas las cosas que te dije? Los entramados de *guanxi*, el compromiso... ¿Es que te entró todo por un oído y te salió por el otro?

Mei se mordió los labios hasta que le dolieron.

–Realmente podrías aprender de Lu –dijo Mamá.

Mei no pudo seguir callada.

–Yo no soy como Lu. Ya deberías saberlo a estas alturas. Francamente, no quiero ser como ella. No quiero ser la bonita almohada de nadie.

–Eso es algo horrible para decirlo de una hermana.

–¿Cuánto crees que quería a esos novios suyos? ¿Cuánto crees que quiere a Lining? Ella quiere a su dinero.

–Estás celosa porque ella es feliz.

–Es feliz porque vive en el momento y se ama sólo a sí misma.

–Eso no es justo. Nadie te ha pedido que lleves ninguna carga. Yo he sacrificado mi vida para que lo pudierais tener fácil: un buen colegio, nada de que preocuparse... Pero tú eliges ponerte la vida difícil. Todos tus principios y tu moral ¿para qué te sirven si no te pueden hacer feliz?

Mei trató de hallar una réplica, pero las palabras se le pegaron en la garganta como espinas de pescado. Se levantó del sofá y se acercó a la ventana. Abajo, alguien salía del cobertizo donde se guardaban las bicicletas. Mei contempló cómo montaba en su bici y se alejaba. Contempló la tarde vacía. Vio la misma historia repitiéndose a sí misma: la niña rara, la hija desobediente, el fracaso.

–Eres igual que tu padre: tú tienes que hacerte la importante. Te pones a ti misma en un pedestal. No te preocupa a quién estás hiriendo.

–Como mucho, me estaré hiriendo a mí misma.

–Me hieres a mí, que soy tu madre. Estoy preocupada por ti.

Un violento impulso se encendió dentro de Mei como nunca antes. Se dio la vuelta. Toda la ira y la traición que había sentido explotaron:

–Entonces te pido que dejes de preocuparte por mí. Puedo cuidar de mí misma. Aprendí a hacerlo a los cinco años, gracias a ti. ¿Tienes idea de lo que fue para mí ver cómo pegaban y humillaban a mi padre todos los días? Si de verdad te preocuparas por mí no me habrías dejado en el campo de trabajo. No habrías dejado a Papá morirse allí.

–¿Cómo te atreves? ¡Eres... eres un bicho ingrato! No tienes derecho a juzgarme –Mamá

empezó a temblar, la voz se le quebraba de contener las lágrimas–. ¿Qué sabes tú del amor? Lo único que haces es leer libros. Te crees que la vida es como una novela. Pues no, la realidad es mucho más oscura que eso. Yo no os abandoné ni a Papá ni a ti. Si hubiera podido sacarte, lo habría hecho. Pero sólo podía llevarme conmigo a una niña, y tu hermana no tenía más que dos años y estaba muy enferma...

Las lágrimas le rodaron por las mejillas.

–Al final te saqué de allí, ¿no? No sabes lo difícil que fue. Pero nunca lo has valorado. Renuncié a mucho por ti y por Lu. Lo único que quiero para ti es que seas feliz. Pero mira lo que has hecho.

¿Qué, por cierto?, se preguntaba a sí misma Mei, dejando atrás la calle de los Centros Universitarios. ¿Tenía razón su madre? ¿Era ella realmente la asesina de su propia felicidad? Pero no; con todo lo difícil que había sido dejar el ministerio, no habría podido continuar allí. No puede haber lugar para mentiras en la felicidad verdadera, se reafirmó. Mientras giraba hacia la carretera de circunvalación y veía, a lo lejos, la Puerta de la Victoria Moral, decidió que ella no había hecho nada malo y que no iba a perder más tiempo del fin de semana en rumiar el pasado.

# 5

Al cabo de dos semanas, la ola de calor se había disipado. El viento frío volvió a soplar desde el norte. Los ciudadanos recibieron aviso de otra tormenta de arena amarilla.

Mei estaba en su despacho terminando de escribir las notas del caso del señor Shao. Estaba contenta. Mientras escribía la última palabra, reflexionó cálidamente sobre el interés y la variedad que le aportaba su trabajo.

Sonó el teléfono en el vestíbulo. Pocos minutos después, Gupin asomó la cabeza por un resquicio de la puerta.

–Ha llamado un tal señor Chen Jitian. Le gustaría venir a verte mañana. Dice que es amigo de tu familia.

–Sí, lo es –los ojos de Mei se animaron.

–Le he dado cita. Vendrá por la mañana.

–Muy bien.

Se recostó en su silla y meditó un momento. Sonrió. Estaba encantada de saber del tío Chen, aunque al mismo tiempo se preguntaba por qué querría verla. Miró por la ventana. El cielo estaba oscuro. El viento azotaba las ramas desnudas de los árboles. Pensó en la última vez que había visto al tío Chen, hacía un año y medio, en un bonito día de otoño.

Se dice que las hijas al crecer cambian dieciocho veces, y cuanto más cambian más guapas se ponen. Eso era sin duda cierto en el caso de Lu. Por la época en que conoció a Lining, cuando tenía veinticinco años, se había convertido, según palabras de su futuro marido, posiblemente en la mujer más bella de Pekín. Y su belleza era sólo la mitad del cuento: además, era inteligente. Había estudiado psicología en la universidad y se la consideraba una de las mejores alumnas de su clase.

Tras licenciarse, le asignaron un empleo en el Hospital Psiquiátrico de Pekín. Ella odiaba ese trabajo. Después de un año dejó el hospital, primero para dar clases en la facultad donde acababa de licenciarse y luego para entrar en el Ministerio de Propaganda.

Sus rápidos saltos de un trabajo a otro eran poco menos que un milagro, dado que ese tipo de cambios tenían que ser aprobados por el gobierno central como casos especiales. Pero Lu era la clase de persona especial a quien parecía que la buena suerte siempre tenía que serle otorgada.

Su trabajo en el Ministerio de Propaganda la hizo aterrizar en los medios de comunicación. Pronto se convirtió en psicóloga invitada de Telepekín. Fue en uno de los estudios de Telepekín donde Lu conoció a Lining, un industrial que salía en el mismo programa que ella.

Tres semanas antes de su boda, Lu llevó a Mei y a su madre a comer tapas cantonesas al

famoso Gran Restaurante de los Tres Principios.

Era un martes por la mañana. El restaurante estaba casi vacío. Aparte de la familia Wang, sólo había otros dos clientes: una pareja que hablaba en cantonés y probablemente se alojaba en el cercano Hotel Shangri-La. Riadas de camareras (vestidas con los tradicionales y ceñidos vestidos bordados *qipao*, de altos cuellos mandarines y aberturas laterales en la falda) hacían la ronda con carritos de comida.

Ante unos cestillos en los que se habían cocido al vapor caracoles al curri, callos en salsa picante y empanadillas de gambas, las mujeres Wang discutieron cómo debían disponer los asientos de los invitados de honor de la boda de Lu.

–Quiero que la gente recuerde mi boda por muchos años –manifestó Lu–. Quiero que se hable de ella como de uno de los acontecimientos más distinguidos. No voy a copiar a la hija del teniente de alcalde. ¿Sabéis que su padre cortó el tráfico en todo el recorrido hasta su boda para que ella pudiera tener un cortejo de cien coches? Y además invitó a cinco mil personas al banquete.

«Mi boda será diferente. He restringido la lista a cuatrocientos invitados, así que va a ser la boda más exclusiva del año. Sólo los poderosos, los famosos y los ricos están invitados.

–Como debe ser –asintió Mamá.

Llegó otro carrito. Mamá cogió su pescado en salmuera preferido y sopa de arroz con cacahuetes. Mei eligió un cestillo de «bollitos Dragón».

–¿Cómo va tu nuevo apartamento? –preguntó a su hermana.

Lining había comprado un ático cerca del barrio de las embajadas. Lo estaba reformando la mejor empresa de construcción de Pekín, según Lu.

–Estará listo para cuando volvamos de nuestro viaje de novios. ¿Te he dicho que nos lo están haciendo gratis?

«Me lo has dicho», pensó Mei.

–El presidente dijo que va a ser nuestro regalo de boda; qué encanto, ¿verdad? –Lu sonrió–. Lining tiene muchísimos amigos, y todos le adoran y quieren serle útiles.

«Cuando vayamos a Europa, me ha dicho Lining que tengo que ir a todas las tiendas. Sabe que me encantan las cosas bonitas. Pero pasarse la luna de miel de compras, qué horror. «No», le dije, «yo quiero hacer turismo e ir a los museos». Estoy impaciente por ver la torre Eiffel, el Big Ben y el Coliseo.

«Además, le he dicho a Lining que no puedo comprar nada ni aunque quisiera. Ya nos estamos quedando sin sitio al paso que vamos; tantos regalos de boda: antigüedades chinas, muebles modernos italianos, aparatos alemanes... ¿Dónde voy a poner las cosas nuevas? La triste realidad es que algunas de las cosas que nos han regalado no son de mi gusto. No me entendáis mal, son todas perfectamente divinas, absolutamente de primera. Pero en muchos casos yo habría preferido otro color u otro estilo.

Lu habló de su nueva vida, moviendo las manos con delicada agitación. Sus dedos (delgados, de perfecta manicura) parecían expresar su sensualidad y también algún recuerdo, como la sensación de un primer beso, o el aura de una niña al hacerse mujer.

Llevaba un largo vestido blanco. Justo debajo de la línea del pecho se juntaban tiras de gasa atadas con lazos de terciopelo. Cuando se movía, alguno de esos pliegues secretos se abría para revelar vagos contornos, una velada levedad que antes había estado escondida.

Una vez más, un carrito de comida se enfiló con su mesa. Lu, blancos los dientes y la complexión radiante, se inclinó sobre él para revisar el surtido.

–Patas de pollo –pidió.

La camarera quitó la tapa y colocó el cestillo en su mesa. Pintó un guión en la hoja de pedidos y se fue.

–Ay, Mamá, casi me olvido. Ayer, Lining me hizo otro regalo.

–¿Qué era? –Mei vio cómo la cara de Mamá se encendía.

Lu inclinó la cabeza hacia un lado, mordiéndose los labios. Luego volvió a levantarla, los ojos brillándole como estrellas, y dijo:

–Un Mercedes Benz de importación.

–¡Bravo! –Ling Bai palmeó al juntar las manos en gesto de oración. Su sonrisa era tan amplia como la de su hija preferida.

–¿No es un hombre maravilloso, Mamá?

–Es evidente que está muy enamorado de ti –dijo Ling Bai, acariciándole la mano.

–Pero ¿qué pasa con tu Mitsubishi? –preguntó Mei, al tiempo que escupía un huesecillo de los dedos de pollo.

Lu tenía un cochecito rojo de dos puertas que le había regalado un novio anterior.

–No lo sé. No he pensado en eso –Lu paró de mover los palillos.

Ling Bai miró ceñudamente a su hija mayor, que estaba, como de costumbre, aguándoles la fiesta.

–¿Tú lo quieres? Te lo regalo –dijo de pronto Lu alegremente.

Al oír sus propias palabras se sintió complacida, y rápidamente prosiguió con la idea:

–Sí, cógelo y haz algo con tu vida. Quizá podrías... –levantó la vista al techo para pensar–. Quizá podrías conducir por todo Pekín resolviendo crímenes.

Se rió.

Lu sólo estaba bromeando, pero sus palabras fueron más certeras de lo que ella imaginaba. En aquel momento, Mei llevaba ya algún tiempo considerando si montar su propia empresa: una agencia de detectives. La idea se le ocurrió cuando buscaba trabajo en la industria privada. Había visto la libertad y la prosperidad que puede traer el ser emprendedor.

El oficio de detective era una elección lógica para ella. Durante años había trabajado en el Ministerio de Seguridad Pública (el cuartel general de la policía), en el meollo de la investigación criminal. Y siempre le habían encantado los libros de Sherlock Holmes. De niña, incluso había fantaseado con ser detective igual que Holmes.

Tener su propia agencia de detectives le daría la independencia que siempre había deseado. También le daría la ocasión de demostrar a todos los que la habían ninguneado que ella podía tener éxito. Cuanto más lo pensaba, más convencida estaba de que podía ganar dinero con su agencia. La gente se estaba haciendo rica. Poseían inmuebles, dinero, empresas y coches. Con las nuevas libertades y oportunidades vendrían nuevos delitos. Habría muchas cosas que ella pudiera hacer.

# 6

Lu había estado considerando si celebrar su boda el ocho de agosto, fecha doblemente propicia porque el número ocho, *ba*, rimaba con «hacerse rico», *fa*. Pero Lu detestaba el calor, que en agosto podía ser endiablado. Así que la revisó con un maestro de *fengshui*, que le confirmó que el ocho de agosto del año lunar era de hecho más propicio. En 1995, el ocho de agosto[2] del año lunar caía en septiembre.

Los detalles de la boda se habían planeado durante varios meses, haciendo muchos cambios a lo largo del camino. Al principio Mei iba a ser la madrina principal, y luego ya no iba a serlo. Mei lo entendió: por supuesto que ella era la hermana de Lu, pero la boda iba a ser un gran acontecimiento, con cámaras y personal de televisión. Wei Wei, la estrella de cine, resultaría más *paichang*: aportaría más esplendor al gran día.

Dos días antes de la boda, llamó Lu.

–Siento estar haciendo esto por teléfono. Todavía hay mucho que hacer y, para colmo, una crisis: el cocinero del restaurante se ha ido al nuevo Ultraoceánico. He pasado hoy por allí y le he dicho al señor Zhang que más le vale que su antiguo cocinero cocine para mis invitados el sábado. Ya sabes el tipo de gente que va a venir a la boda. No puedo tener un chef desconocido. Le he dicho al señor Zhang: «Desde luego, no se me va a chafar por eso». Ése es el problema de los restaurantes en Pekín últimamente: abren algo nuevo cada mes. No logra una ponerse al día lo bastante rápido para estar a la última.

Mei no dijo nada. No sabía mucho de restaurantes ahora que ya no trabajaba para el ministerio.

–He estado pensando y también hablando con Mamá de esto. Sabes que lamento lo que te ocurrió en el ministerio, sea cual sea la verdad.

–¿Qué quieres decir con «sea cual sea»? Sólo hay una verdad; soy yo la que está diciendo la verdad –Mei oyó cómo se alzaba su propia voz.

–Así no vamos por buen camino. No, ¡Mamá y yo estamos totalmente de tu parte! Por supuesto que te creemos. Lo único que estoy diciendo es que otras personas pueden no verlo del mismo modo que nosotras. Tampoco se les puede convencer. En todo caso, hemos pensado que a lo mejor prefieres no llamar la atención yendo de madrina. La gente puede hablar y especular acerca de por qué dejaste el ministerio. No querrás eso.

–Has invitado a mi antiguo jefe, ¿verdad?

–Mi querida hermana, si por mí fuera, le cortaría su asquerosa coletilla por ti. Pero no puedo anular la invitación. Estoy segura de que lo entiendes: no es una persona con quien apetezca enemistarse.

–Eso no suena exactamente a que estás de mi parte –replicó Mei–. ¿Cuánto tiempo lleváis planeando esto Mamá y tú? ¿Desde el mismo momento en que me fui del ministerio?

–Lo siento, Mei. Nos horrorizaría que sufrieras, y por eso pensamos que sería mejor para ti no destacar demasiado el sábado. Baja esos humos por una vez, por favor; por mí, por la

boda de tu hermana pequeña –la voz de Lu sonaba como si estuviera bañada en miel–. Sabes que no es mucho lo que puedo hacer, ¿verdad? Ni siquiera puedo poner a tu ex jefe escaleras arriba; y me habría gustado, créeme.

A Mei le dieron ganas de llorar.

–Mei, no olvides que aún hay otros a quienes odias, como la señora Yao, que te organizó todas esas citas.

–No la odio. Simplemente me cae mal. Me habría emparejado con quien fuera si con eso hubiera ayudado a ascender a su marido.

–Mira, Mei, ése es tu problema. No confías en nadie. La gente intenta ayudarte, pero tú siempre piensas que tienen otras intenciones. Quizá las tengan, o quizá no; ¿qué importa eso?

–Importa mucho. Importa si la gente dice o no la verdad.

–Eres mi hermana mayor, pero a veces puedes ser muy ingenua. No es de extrañar que tengas tantos enemigos.

–¿Preferirías que no fuera a tu boda? Eso nos ahorraría a todos el sonrojo.

–Por supuesto que quiero que vayas. Eres mi hermana, mi familia. ¿Cómo puedes siquiera pensar eso? –Lu se detuvo por un minuto. La temperatura entre ellas se enfrió algunos grados–. Mei, yo admiro tu alta autoexigencia, pero hay personas que no son tan nobles como tú. Los estás midiendo por tu rasero; a veces me gustaría que fueras sólo un poquito más tolerante.

Esa noche, sola en su apartamento, Mei contempló el espectáculo de luces de la carretera de circunvalación, al pie de su ventana. Pensaba en sus propias limitaciones. También ella desearía ser más tolerante. Se preguntó si lo que llamaban «su alta autoexigencia» sería la causa de su triste estado: sola y sin trabajo. Puede que Lu tuviera razón. ¿Quién era ella para juzgar a los demás?

Luego trató de imaginarse cómo sería el mundo si la gente dijera lo que piensa. En un mundo así, Lu le habría dicho a Mei que no encajaba en la perfección de su imagen y Mei lo habría entendido, igual que lo entendía ahora. La fachada y la imagen lo eran todo para Lu. En ese mundo, nadie le impediría a Mei decirle a la señora Yao que ella no era un peldaño en la carrera de su marido y que su felicidad no era para negociarla como un favor.

Mei pensó en no ir a la boda, y en cómo se ofendería y se enfadaría todo el mundo. Sabía que no era en ningún caso una posibilidad real, pero representó la escena en su pensamiento: una protesta contemplativa.

Al final sí que fue a la boda, como sabía que debía hacer.

Los procedimientos legales (el permiso del Partido –Lining tenía la bendición del alcalde, por supuesto–, los exámenes médicos y el certificado de matrimonio con una foto de la pareja) estaban todos resueltos. Lo único que faltaba era un convite por todo lo alto.

El día resultó perfecto. Un cielo del azul del mar se desplegaba hasta la eternidad. Cuando el sol daba en la piel, le entregaba un calor íntimo como roce de persona amada. Las copas de los robles albares que adornaban la calle se mecían con una brisa suave como una pluma, irradiando en todas direcciones una luz moteada. El aire estaba claro como agua destilada.

Doscientos ochenta y seis farolillos pendían del tejado curvo del restaurante. Había otros

dos faroles enormes colgados junto a la entrada como un par de pendientes, haciendo brillar el carácter que significa «doble felicidad». Treinta aparcacoches con camisas rojas de cuello mandarín y pantalones anchos, zumbando cual horda de escarabajos, trasladaban los Mercedes y los Audis a la parte delantera del aparcamiento y los coches como el Mitsubishi rojo de Mei a la parte de atrás. Eran jóvenes trabajadores de provincias, sanos como bueyes y siempre dispuestos a trabajar dieciséis horas al día.

Junto a la puerta, un equipo de cuatro personas llevaba prendiendo tiras de petardos desde la llegada del primer huésped. El aire apestaba a pólvora y a humo.

–¿Cuántas veces os lo tengo que decir? ¡Poneos a un lado, hay demasiado humo! –gritaba una de las organizadoras de la boda a los de los petardos.

Ésta era una mujer regordeta de treinta y muchos años, vestida con un traje de chaqueta de seda rosa con una flor roja prendida justo encima de sus grandes pechos. Cada vez que sonreía, que era casi constantemente, hacía relucir un juego completo de dientes de blancura cegadora. Saludó a Mei con una reverencia a lo Buda, las palmas de las manos juntas bajo el mentón. Mei se preguntó si nadie habría pensado en empaquetarla con cintas rojas.

Una vez que Mei atravesó los petardos y el humo, dentro del restaurante la escena era elegante y ordenada. Una alfombra roja se extendía desde la entrada hasta un estrado de dos metros de altura que había al fondo. A cada lado de la alfombra roja había sillas que se podían retirar después de la ceremonia. Parecía que todos los invitados habían llegado: no se veía una sola silla libre.

Cerca del escenario había dieciséis mesas de diez asientos, ocho en cada lado, para las familias de la novia y del novio y los invitados más distinguidos. Una de las ochenta y ocho camareras vestidas con ajustados vestidos *qipao* condujo a Mei a la mesa de la familia Wang. En un jarrón de cristal colocado en el centro de la mesa flotaba una flor de loto rosa. Tenía que haber sido cortada esa mañana temprano, porque estaba tan fresca como el rocío. Diseminados por la mesa había pétalos de rosas rojas.

La tía Pequeña acababa de llegar de Shanghai. Había sido la hermana bebé de Mamá, doce años menor que Ling Bai. Sentado junto a la tía Pequeña estaba su hijo de dieciséis años con la cara llena de granos. Estaba hablando con la hija del tío Chen, que lucía una sonrisa helada. «Que alguien me saque de aquí», suplicaban sus ojos. Su hermano mayor, nacido el mismo año que Lu, se defendía de su madre, la tía Chen, sin otra cosa que un «sí» o un «no» en un partido de ping pong verbal. Pero la madre siempre se la remataba. El día iba a ser largo.

–Llegas tarde –susurró Mamá antes de que Mei pudiera sentarse.

–La boda no va a empezar hasta dentro de diez minutos –Mei se colocó en el sitio que se le había asignado.

–Tú eres de la familia, tienes tus responsabilidades. Han venido muchos invitados a felicitarme y estoy aquí yo sola.

–Lo siento.

Mei dijo un hola rápido al tío Chen, que estaba sentado junto a ella. El tío Chen no era en realidad su tío, sino el mejor amigo de Mamá. Mamá y él se conocían desde que estaban en el instituto en Shanghai. Cuando los niños eran pequeños, las dos familias solían ir juntas de excursión, y se visitaban mutuamente por el Año Nuevo chino. Tras la muerte del padre de Mei, el tío Chen continuó visitándolas, pero casi siempre sin su familia.

–Ahora ve rápido a decir hola a la familia de Lining –la apremió Mamá.

–Está bien –refunfuñó Mei, y se levantó de su asiento.

Cruzó la línea divisoria roja y saludó a la familia de Lining. Ya los había visto en varias ocasiones: los padres, el hermano menor con la cuñada y los dos sobrinos, que vivían en Vancouver, y la hermana mucho menor con el novio estadounidense, que estudiaban cine en la Universidad de California en Los Ángeles. Lining se había criado en Dalai, el centro industrial del norte, considerado el astillero de China. Su padre dirigía una pequeña fábrica de maquinaria herramienta y su madre era enfermera. Lining primero se había forrado con las refinerías de petróleo, antes de pasarse a los barcos y la inmobiliaria. Les había comprado a sus padres una casa en Vancouver. Su hermano era su representante en Canadá y Estados Unidos.

–Ven aquí, Mei, déjame verte –la madre de Lining, la señora Jiang, tendió la mano para que Mei se la cogiera–. Cada vez que os veo a Lu y a ti le digo a tu madre: ¡qué prosperidad!: «dos bellezas, *qian jin* (mil piezas de oro)» –exclamó la señora Jiang en su habitual estado de excitación–. Tú vales diez mil piezas de oro. Eso le digo.

–La tía Jiang exagera –dijo Mei, respuesta tomada directamente del manual de etiqueta. Al fin y al cabo, ella no estaba totalmente sin pulir.

–No entiendo cómo puedes seguir soltera –dijo la señora Jiang, y casi sonaba enfadada–. Niña mía, a veces una puede ponerse el listón demasiado alto. Si tú quieres, una palabra a la tía Jiang y te encontraré un agradable marido en Vancouver.

El señor Jiang interrumpió a su mujer:

–Deja de pinchar a la niña con eso. Todo el tiempo estás con lo mismo. Déjala vivir su propia vida –se volvió hacia Mei y le preguntó–: He oído que has dejado el Ministerio de Seguridad Pública. ¿Qué vas a hacer?

–Voy a ser detective privada –respondió Mei. Notó con sorpresa que la voz le menguaba. Ella creía que había ido a la boda con la cabeza bien alta. Creía que estaría orgullosa de su nueva vida. En lugar de eso, se avergonzaba.

–¿De verdad? –gritó la hermana de Lining–. ¡Qué emocionante! ¿Eres la primera sabuesa de Pekín? ¿Tienes casos de asesinato?

Mei iba a responder negativamente a ambas preguntas cuando un tipo grande con traje oscuro y una corbata de cuero marrón de moda brotó de no se sabe dónde.

–¡Enhorabuena! –gritó.

–Ah, señor Hu. ¡Feliz encuentro! –el hermano de Lining le saludó del mismo modo. Explicó a su padre–: El señor Hu es el presidente del Partido en la Segunda Fábrica de Petardos y Pólvora de Pekín.

–¿Les gustan los petardos? –preguntó el hombre del Partido, que aparentemente no necesitaba respuesta para seguir adelante–. Son los mejores que tenemos, los muy malditos. Le dije a Lining: no te preocupes, déjamelo a mí. Tengo otro camión lleno en el aparcamiento.

–¿No es peligroso eso? –preguntó el señor Jiang.

–¿A qué se refiere?

–Pues a dejar un camión de explosivos fuera en un día de sol tan seco.

–No hay problema, tengo a dos chicos sentados encima –dijo el señor Hu con despreocupación.

Mei aprovechó la ocasión para escabullirse. En cuanto se hubo sentado, un joven y solemne pianista de frac tocó la primera nota de la marcha nupcial. El novio y su padrino

emergieron de detrás del cartel gigante de «doble felicidad». Poco a poco las damas de honor, ángeles vestidos de rosa, bajaron por la alfombra roja. Tras ellas, del brazo del teniente de alcalde de Pekín, Lu parecía una diosa viajera deslizándose sobre nubes blancas.

La novia y el novio hacían muy buena pareja, pese a la diferencia de edad de quince años. Lining era de estatura media y estaba en forma. Tenía el aire seguro de un hombre extremadamente triunfador. Parecía mucho más joven de lo que era. Por otro lado, Lu era más elegante y sofisticada que la media de las mujeres de veintiséis años. Y en cuanto a la personalidad de cada uno, Mei pensaba que tenían mucho en común.

Se acordó de cuando Lu conoció a Lining. Había dicho que no le gustaba: era demasiado mayor, estaba divorciado, era arrogante. Era un hombre que tenía a demasiadas chicas a sus pies, acostumbrado a conseguir todo lo que quería. Mei se preguntaba si Lu de verdad pensaba así o si lo decía para hacer que Lining la persiguiera todavía más.

Después de la ceremonia de boda a la occidental, los novios fueron a cambiarse. La estrella del pop Tian Tian saltó al escenario, meneando las caderas y cantando sus últimos éxitos. Hablaban todos de amor y entrega. Jovencitas de ojos húmedos caían en desmayado éxtasis. Mei acompañó tarareando la música. Estaba contenta, lo estaba pasando bien en la fiesta y, como todos los demás, estaba impresionada por tanta distinción.

Veinte minutos después, Tian Tian rindió el estrado a la señora regordeta del traje rosa. El novio llevaba ahora una larga túnica de seda de un azul profundo con bordados de oro. La novia llevaba un rojo vestido de novia chino y una esclavina adornada con piedras preciosas.

–¡Inclinaos ante el Cielo! –gritó la dientes de tiburón, con voz inesperadamente potente.

La novia y el novio se inclinaron mirando hacia el norte, donde estaba el cartel de «doble felicidad».

–¡Inclinaos ante la Tierra!

Se volvieron y se inclinaron mirando hacia el sur.

–¡Inclinaos ante los padres!

Hicieron lo que se les decía.

–¡Marido y mujer, inclinaos el uno ante el otro!

El novio levantó el velo rojo de la novia.

La multitud bramó:

–¡Que coman ciruelas secas, que coman cacahuetes! –gritaban.

Lu se sonrojó como una dulce joven de dieciocho años. Los invitados volvieron a gritar:

–¡*Zao sheng zi*! ¡Ciruelas secas y cacahuetes! –que simbolizaban el deseo de los invitados de que los recién casados fueran bendecidos muy pronto con hijos.

Fuera volvió a explotar una batería de petardos.

Por segunda vez, la pareja se ausentó para cambiarse.

El majestuoso piano fue empujado de nuevo al estrado. Garbosas camareras de ceñidos *qipao* condujeron a los invitados escaleras arriba hasta sus mesas. La directora y los encargados de patio gritaban. Jóvenes ayudantes iban y venían apilando las sillas y llevándoselas de allí. Trajeron dos grandes mesas de palo de rosa. En una de ellas se había colocado un gran cuenco de cristal lleno de sobres rojos repletos de dinero; en la otra, una variedad de regalos de diversos colores, formas y tamaños.

Se encendieron cigarrillos, cuyo humo se elevaba y llenaba la sala. Cuando todos estuvieron sentados, se sirvió el banquete: un espléndido despliegue de entremeses fríos,

sopa de nido de golondrina, caballito de mar en adobo, medusa, carne de cangrejo servida en cocos, pescados trinchados en forma de ardilla, marisco picante y verduras verde jade.

El tío Chen se inclinó hacia delante y le dijo a Mamá:

–Qué estupenda comida, y también qué bonita boda.

–Ha resultado agradable, ¿verdad? –se iluminó Mamá–. Ha venido mucha gente a hacer los honores: el teniente de alcalde y todos los altos cargos, tu familia, la familia de Lining que ha venido de Canadá... Lu lo ha hecho bien.

–Se dice que más vale suerte que talento. Lu es una chica excepcional: guapa, inteligente y triunfadora por sí misma. Pero también es afortunada por haber hecho tan buena boda –el tío Chen sonrió con picardía.

Mamá también sonreía, ampliamente.

–¡Brindemos por la suerte de Lu y de la vieja Ling! –el tío Chen se levantó y alzó su aguardiente de arroz.

–¡Suerte! –gritaron todos los de su mesa, alzando los vasos.

–Suerte, suerte –Mamá se inclinó con una amplia sonrisa y vació su chupito de aguardiente.

El tío Chen volvió a sentarse.

–Tienes que estar muy orgullosa de ella –se rió–. Ahora ya puedes sentarte a disfrutar de tu buena suerte.

–Ojalá pudiera –suspiró Mamá–. Lo que quiero decir hoy es que Lu nunca me ha dado una preocupación. Siempre ha sido una niña lista, buena con la gente. Nuestros antepasados decían que en la vida hay dos objetivos: formar una familia y hacer carrera. Ella ya ha hecho las dos cosas.

El tío Chen asintió con aprobación. Habían traído langosta fría cortada en tiras, y estaba demasiado ocupado comiendo para hablar.

Mei decidió ignorar a Mamá, aunque entendía que su madre estaba hablando para ella. Mei no tenía interés en hacer *guanxi*. Creía en sí misma. Creía que triunfaría en la medida de su propia capacidad.

Los recién casados volvieron a aparecer. Lu se había puesto un traje de pantalón blanco y llevaba el pelo recogido atrás en un moño, luciendo un par de chispeantes zarcillos de brillantes. Desfilaba con su nuevo marido, vestido ahora con un elegante traje oscuro, brindando con los huéspedes distinguidos. Lu, que normalmente bebía poco, andaba por el estrado con una copa de champán en la mano. Lining la seguía feliz con un vaso de explosivo aguardiente chino de arroz. Mei sabía que después de esa ronda Lu volvería a cambiar de atuendo antes de continuar su recorrido escaleras arriba, presentando sus respetos a todos los invitados.

–¿Estás bien? –al parecer el tío Chen había advertido la cara larga de Mei.

Ella se encogió de hombros y trató de sonreír.

–Muy bien.

–No debe de ser fácil ser la hermana mayor soltera –dijo el tío Chen.

Por todas partes, Mei oía a la gente hablar alto, reírse, cantar y beber y el entrechocar de cuencos, palillos y fuentes. Había rostros sudorosos, humo de tabaco y olor a aguardiente de arroz. Algunos ojos la miraban con mirada inquisitiva; sonreían, y asentían con aire entendido.

–No dejes que eso te inquiete –oyó Mei que decía el tío Chen.

–Estoy bien. En realidad no me importa –mintió.

–No puedes impedir que la gente hable. Hay gente que se alimenta de eso: murmuran y juzgan a otros para poder sentirse superiores. Pero te diré una cosa –susurró el tío Chen–: tú siempre has sido mi preferida. No estoy diciendo que no me guste Lu, pero de ti pienso que eres distinta. Eres valiente. No persigues las cosas como todos los demás. Lu ahora está feliz, pero ¿por cuánto tiempo? Pronto habrá otra cosa que quiera, y luego otra.

–Bueno, por lo menos ya está casada –Mei frunció el ceño.

El tío Chen le dio palmaditas en el hombro:

–Tú también lo estarás.

En ese momento, una mujer espigada y bien vestida de unos cincuenta años se acercó a ellos tanteando, agachando la cabeza para ver mejor al tío Chen.

–¡Viejo Chen, ya me parecía que eras tú! –le señaló de inmediato con la mano derecha–. Estaba ahí sentada y he pensado: ese hombre se parece un montón a Chen Jitian.

El tío Chen contempló primero el rostro redondo de la mujer y luego su pequeña mano blanca, con la boca entreabierta como si esperara que las palabras le brotaran de las entrañas. Intentó levantarse. Con una violenta sacudida, la silla se le cayó encima, haciéndole dar con la panza en el borde de la mesa. Pero se recompuso para coger la mano de ella con una sonrisa en los ojos.

–Xiao Qing, qué sorpresa. ¿Cómo estás? ¿Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos?

–Desde el trigésimo aniversario de nuestra universidad, en 1984. ¿Qué tal te va? ¿Sigues trabajando en la Agencia de Prensa Xinhua?

La señora Qing era de la misma estatura que el tío Chen pero, en contraste con su gordura y la línea recesiva de su frente, ella era delgada y lucía una moderna permanente.

–Sí, lo mismo de siempre –el tío Chen seguía sonriendo.

–Muy bien. Llámame la semana que viene y nos vemos –la señora Qing le tendió una tarjeta de visita. Los recién casados habían llegado a su mesa. Tenía que ir.

–Eso está hecho –el tío Chen sacudió la cabeza como un gallo.

La señora Qing ya se había dado media vuelta y se alejaba.

Lo que había quedado de los platos de marisco fue retirado para hacer sitio a un gran pato tomatero trinchado y vuelto a componer sobre un lecho de col china. El tío Chen cogió una tortita fina como el papel y le puso encima salsa de trigo dulce, dos trozos de la mejor carne de pato y unas briznas de cebolleta. Hizo con ello un rollito para Mei.

–Gracias, pero estoy llena –dijo Mei, contemplando el gesto más amable que alguien había tenido con ella en todo el día.

–Hay que comer. La comida es uno de los grandes placeres de la vida –insistió el tío Chen, empujando el plato hacia ella.

Mei sonrió y tomó un bocado. Observó que el tío Chen no había probado el pato.

–¿Quién era? –le preguntó, señalando con la barbilla a la mesa de la señora Qing.

–Oh, una conocida mía de los tiempos de la universidad –dijo el tío Chen–. Iba un año por detrás de mí; ¡pero mira a qué se dedica ahora! –le pasó la tarjeta de visita.

*Sra. Yun Qing, Presidenta, Jeep Pekín, Empresa asociada con Chrysler*.

–Mei, déjame decirte una cosa. Haces bien en montar tu propia empresa. Ahora es el momento de hacerlo, de tomar las riendas de tu propia vida. No esperes a que sea demasiado tarde.

–¿Demasiado tarde?

–Mírame a mí. He seguido siempre las directrices del Partido, he cumplido con mi deber y he esperado toda mi vida a que me tomaran en consideración. El año que viene cumplo sesenta y pronto me jubilaré. ¿Qué he conseguido? Quedarme atascado en la tierra de la desesperanza. Ya es tarde.

Mei nunca había visto al tío Chen tan descontento. Pensó que quizás había bebido demasiado.

Volvió a mirar a la multitud que comía, bebía y conversaba. Fuera explotaban los petardos. Mei se sintió atrapada, como si ella y todos los que la rodeaban estuvieran encerrados dentro de una ciudad sitiada. Los que estaban fuera querían entrar, y los que estaban dentro querían salir.

# 7

Habían pasado más de dieciocho meses desde la boda de Lu, y el tío Chen, como mucho, parecía haberse puesto aún más orondo.

–Te debes estar preguntando por qué estoy aquí –el tío Chen luchaba por asentar su ancho cuerpo en el sillón. Sonreía, pero se le veía torpe y cohibido–. Qué buenas estas galletas. «Fabricadas en Bélgica», ya veo.

Al parecer, comer le calmaba. Sus sonrisas se hicieron más sinceras y se revolvió en la silla con menos esfuerzo.

Gupin preparó té Wulong en una tetera de hierro fundido. Mei sirvió dos tazas, una para el tío Chen y otra para ella misma.

El tío Chen susurró:

–¿Tu ayudante es un hombre? ¿Y te hace el té?

–Sí –dijo Mei con aplomo. Estaba acostumbrada a que la gente le hiciera ese tipo de preguntas, como si hubiera algo raro en ella o en Gupin. Sin duda algunos sospechaban que ella era una jefa agresiva, una arpía. Y de Gupin, quizá sospecharan cosas peores.

–¿De dónde es? Tiene acento.

–De Henan. Es un trabajador de provincias, pero ha terminado los estudios secundarios. Sabe moverse en la ciudad y además es amable. Su madre está paralítica y él envía dinero a casa.

Mei se detuvo. Se dio cuenta de que estaba intentando justificarse por haber contratado a Gupin.

–Parece agradable –el tío Chen asintió educadamente.

Enseguida dejaron de hablar de Gupin.

–¿Por dónde debería empezar? –dijo el tío Chen–. Supongo que por el principio –se recostó en su asiento–. Era el invierno de 1968. Yo llevaba cuatro años trabajando para la Agencia de Prensa Xinhua. Acababa de cumplir los treinta. Cuesta creerlo, ¿eh? –el tío Chen agitó una galleta como si fuera una bandera y se rió desde el estómago como hacen los hombres fondones–. Pues sí, yo también tuve tu edad.

Mei le devolvió la sonrisa. Era bueno ver a un viejo amigo. El tío Chen, orondo y de aspecto amable, tenía a su alrededor una atmósfera de Buda feliz.

–Fue un invierno áspero, con mucha nieve y mucho caos y derramamiento de sangre. Los miembros de las Guardias Rojas luchaban entre ellos, cada facción se proclamaba la más leal y verdadera representante del maoísmo. Levantaron barricadas en las universidades, las fábricas y los recintos gubernamentales, y se machacaron los unos a los otros con ametralladoras. Bueno, tú ya sabes todo lo que pasó.

Pero Mei no estaba escuchando. La voz del tío Chen pasaba por sus oídos como el viento por un árbol hueco. En lugar de eso, estaba mirando atentamente al tío Chen. La edad se

había llevado su pelo igual que el verano reclama la cosecha. Percibió el tinte: no era de los caros. Le había secado la cabeza, dejándosela como un campo agostado.

–Ahora todo el mundo sabe todo lo que pasó, pero en aquel entonces el gobierno central desconocía el alcance de lo que estaba ocurriendo en la calle. Los miembros de las Guardias Rojas y de las Juventudes del Partido habían destrozado todos los sistemas normales de comunicación. Así que la Agencia me envió a Luoyang para informar de lo que estuviera ocurriendo allí.

–¿Por qué a Luoyang? –Mei tomó un sorbo de té, atenta otra vez a la historia del tío Chen.

–Alguien tenía que ir allí, y me tocó a mí. ¿Sabías que Luoyang fue la última capital de la dinastía Han? El caso es que allí la situación no era distinta de la del resto del país. Las Guardias Rojas habían arramblado con todo, incluido el Museo de Luoyang. Primero destruyeron las reliquias, luego amontonaron las pinturas, los documentos y los registros y le prendieron fuego al museo. Así que, naturalmente, la gente dio por hecho que todo lo que había en el museo se lo habían tragado las llamas.

Mei le rellenó al tío Chen la taza de té.

–Gracias. Hace dos días, una vasija ritual que formaba parte de la colección del Museo de Luoyang apareció en Hong Kong. Ahora entiendes a dónde quiero llegar con esto, ¿verdad? Sí. Si la vasija sobrevivió, también podrían haberlo hecho otras piezas.

–¿Quieres decir que alguien las cogió antes de que se quemara el museo?

–¡Alguien las robó! –espetó el tío Chen–. Y el Museo de Luoyang tenía una pieza realmente muy especial. Sólo unas pocas personas del museo lo sabían, y por lo que yo sé murieron todas a manos de las Guardias Rojas o, más tarde, en los campos de trabajo. ¿Te gustaría escuchar la historia?

El tío Chen estaba ya como en su casa. Se estiró para coger otra galleta.

–El emperador Xian fue el último emperador de los Han. Sólo tenía quince años cuando las fuerzas rebeldes llegaron a Chang'an en el año 194. El ejército imperial llevaba semanas combatiendo a los rebeldes; estaba perdiendo la batalla. Comprendiendo que no se podía defender la Puerta de Poniente por más tiempo, el emperador Xian reunió a sus consejeros en palacio. Le recomendaron que evacuase la capital. Pero apareció una persona que se oponía a esa idea, diciendo que cubrirían de vergüenza a sus ancestros y al emperador fundador, Gao Zu, si abandonaban Chang'an. Se ofreció a comandar la Guardia Imperial en el combate. Ese hombre era el general Cao Cao.

–¿El rey Cao Cao de los Tres Reinos?

–Sí, el que luego sería el dirigente de China. Así que Cao Cao se retiró a su recinto para prepararse para la batalla. Como todos los demás, sabía que podía no vivir para ver un nuevo día. Al fin y al cabo, había sólo ocho mil soldados imperiales, aunque fueran los mejores y más valerosos, y las fuerzas rebeldes contaban con veinte mil.

«Antes de partir para la batalla, Cao Cao escribió dos cartas. Una de ellas se la dio a su asistente personal para que fuera entregada a su esposa, Ding, en Anhui. En aquel entonces, si uno era un rico aristócrata podía tener muchas mujeres y concubinas. Pero siempre estaba la esposa en gananciales, que era la esposa principal. Ding era la esposa en gananciales de Cao Cao. La otra carta que escribió era para la dama Cai Wenji.

–¡La famosa poetisa! –exclamó Mei.

–Sí. Cao Cao pidió a uno de los capitanes en quienes más confiaba que escoltara a la dama

Cai desde Chang'an hasta su lugar de origen. Se desató la banda de la cintura y se la dio con la carta al capitán.

Las galletas se habían volatilizado. El tío Chen estaba cada vez más animado.

–El capitán y sus hombres galoparon hacia la residencia de los Cai. Chang'an era un caos. Un millón de habitantes más cientos de miles de refugiados que habían huido hacia la ciudad por delante de las tropas rebeldes estaban desalojando. Iban a pie, a caballo, en carrozas y en carretas. En el recinto de los Cai, la dama Cai leyó la carta. Escondió la banda en una de sus anchas mangas y mandó quemar la carta. La dama Cai fue más tarde capturada por los rebeldes y vendida al rey de Mongolia del Sur. Vivió en las praderas mongolas durante los doce años siguientes, le dio al rey mongol dos hijos y escribió sus más célebres poemas sobre su anhelo de regresar a China.

«Contra todo pronóstico, Cao Cao venció a las fuerzas rebeldes y salvó la antigua ciudad de Chang'an. Pero no pudo salvar la dinastía Han, que pronto se desintegró en tres reinos. Cuando fue coronado rey del Reino de Wei, descubrió que la dama Cai estaba viva y prisionera en Mongolia. Envió allí a un delegado con un millón de piezas de oro para comprar su libertad. El rey mongol aceptó que la dama Cai se fuera, pero no sus hijos. La dama Cai eligió volver a casa.

–No me puedo creer que dejara a sus hijos –dijo Mei.

–La gente hace cosas asombrosas por amor –el tío Chen levantó las cejas.

–¿Quieres decir que la dama Cai y Cao Cao eran amantes?

El tío Chen asintió.

–La clave de una leyenda de casi dos mil años de antigüedad es lo que me ha traído aquí. ¿Adivinas ahora lo que había en el Museo de Luoyang?

–¿La banda?

–Chica lista. Casi casi. El museo estaba en posesión de lo que había dentro de la banda: el sello de jade de Cao Cao. En la dinastía Han, los altos funcionarios guardaban sus sellos en las bandas que se ataban a la cintura. Llevaban largas cintas de colores en la cintura para mostrar su rango. Por ejemplo, la banda del primer ministro era roja y de dos *zhang* de largo.

Mirando al tío Chen, que estaba tomando un largo trago de su té Wulong, Mei se preguntó cuál sería su conexión con ese tesoro y por qué había ido a verla en relación con aquello. Sabía que el tío Chen era amante del arte, pero algo tan valioso estaba sin duda fuera de su alcance.

El tío Chen se inclinó hacia delante, bajando la voz:

–Me gustaría que encontrases el sello de jade.

–Pero una cosa así tiene que ser un tesoro nacional –Mei frunció el ceño. Los tesoros nacionales pertenecían al país y no estaba permitido su comercio a particulares.

–Justamente –el tío Chen aplaudió–. Por eso no quiero utilizar informadores ni desde luego a la policía. Un paso en falso y el sello de jade estará de camino a Hong Kong antes de que te des cuenta.

Mei no se movió ni dijo una palabra. En lugar de eso contempló al tío Chen con ojos profundos como lagos de montaña.

–No te preocupes, no te estoy pidiendo que hagas nada ilegal. Un coleccionista chino que conozco está deseando pagar un montón de dinero por esa pieza de jade, en dólares contantes y sonantes, para mantenerla en China –se echó hacia atrás, hundiéndose en la silla,

y sonrió–. ¿Te iba a poner el tío Chen en peligro? Es un asunto totalmente limpio, lo he comprobado. Confías en mí, ¿no?

–Claro –dijo Mei, incómoda.

–Eso está bien –asintió el tío Chen. Se impulsó hacia arriba desde el agujero del sillón y sacó un trozo de papel cuidadosamente doblado. Era un recorte de periódico.

–Empieza por Pu Yan –dijo el tío Chen–. Trabaja en el Instituto de Investigación de Vestigios Culturales. Tiene además un tinglado privado, una asesoría sobre antigüedades, podríamos llamarlo. De vez en cuando hace tasaciones y trabajos de autentificación para marchantes. Si vas a verle, él te pondrá sobre la pista adecuada.

–¿Hasta dónde puedo contarle?

–Pu Yan es un viejo amigo. Puedes ser sincera con él.

El tío Chen se encaminó hacia la puerta.

–¿Recuerdas que cuando abriste esta agencia te dije que estabas haciendo lo correcto? Y así es, mi niña. Algún día tendrás fama y fortuna –el tío Chen sonreía resplandeciente, asintiendo como para felicitarse por su propia perspicacia–. Iré a ver a tu madre un día de éstos –dijo, mientras giraba el picaporte–. Pero preferiría que no le hables de nuestra pequeña reunión de hoy.

# 8

Después de la cena, Mei telefoneó a Pu Yan.

–Sí, me dijo el viejo Chen que llamarías –por el auricular llegaba una voz suave y con un ligero acento–. ¿Estás buscando una pieza de jade de la dinastía Han? No, no queda ninguna.

–Si usted pudiera darme una o dos indicaciones, y quizá decirme adónde ir y cómo buscar...

–Estaré encantado de responder a tus preguntas. Pero si me permites que te diga una cosa de corazón, es una búsqueda inútil –dijo Pu Yan con su voz cantarina.

Mei sonrió.

–¿Cuándo sería buen momento para vernos?

–¿Cuándo te gustaría a ti?

–Cuanto antes, mejor.

–Es que hace un tiempo horrible.

Mei miró hacia fuera y le dio la razón.

–Hay una pista de hielo dentro del Mundo Chino –dijo Pu Yan–. ¿Sabes dónde está? Bien. Podemos vernos allí mañana a las seis de la tarde.

–¿Cómo le encontraré?

–Búscame en la cafetería que hay junto a la pista. Soy viejo: cincuenta y siete años.

Mei se preguntó de qué le iba a servir semejante descripción.

–No te va a costar nada encontrarme –dijo Pu Yan, como si le hubiera leído el pensamiento–. Allí apenas hay nadie mayor de treinta y cinco.

–Por si no pudiera encontrarle –dijo Mei–: yo tengo treinta años, la cara redonda y el pelo largo hasta los hombros. Tengo la nariz un poco afilada; la gente dice que me hace cara de enfadada. Llevaré un gorro de lana rojo.

La cafetería estaba llena cuando llegó Mei. Las sillas cercanas a la mampara de cristal se habían girado para que la gente pudiera mirar a los patinadores. Un grupo de ejecutivos con trajes oscuros estaba discutiendo con el encargado y con una camarera que parecía disgustada. Dos hombres occidentales conversaban tranquilamente en una mesa esquinera. Un grupito de jóvenes se quedó mirando a Mei cuando entraba en la cafetería. Debía de ser por el gorro, pensó ella. Se sentía como un gallo de cresta roja en plena exhibición. Miró alrededor buscando a Pu Yan pero no vio a nadie mayor de treinta y cinco, como él le había advertido.

Mei miró su reloj. Marcaba las seis y cinco. Encontró una mesa pequeña y se sentó a mirar a los patinadores.

El hielo era blanco como un delicioso caramelo. Una niña, de unos diez años quizá, patinaba vestida de rosa en el centro de la pista. Tan pronto despegaba del suelo volando

cual urraca como empezaba a girar cual cisne de cuello largo. Aunque hacía como si no notara las miradas de los observadores, estaba claro que le encantaba impresionarles, y patinaba como si estuviera compitiendo en las Olimpiadas.

Mei parpadeó. Las luces eran demasiado fuertes: hacían que los ojos le dolieran.

Llegó un camarero. Mei pidió té Wulong y volvió a inspeccionar el lugar. Sólo vio juventud y alegría.

–¿Es usted la señorita Wang?

Mei se volvió. Habría jurado que no había nadie allí de pie cuando lo comprobó dos segundos antes.

–Soy Pu Yan –dijo el hombre. Era bajo y compacto y llevaba una bolsa de deportes.

Mei se levantó.

–¿Cómo está usted?

Pu Yan parecía más joven de lo que ella esperaba. Era de suaves facciones sureñas: tenues curvas alrededor de la boca, labios finos y sensibles. Llevaba varias capas debajo del abrigo abierto: una chaqueta oscura, un chaleco gris de punto, un jersey marrón y una camisa de cuellos abotonados. Eran típicos de lo que se encuentra en los grandes almacenes estatales, nada modernos, pero estaban cuidadosamente combinados. Cuando hablaba, las facciones de su rostro parecían suavizarse aún más. A Mei le cayó bien de inmediato.

Tomó asiento del otro lado de la mesa y señaló hacia la pista de hielo.

–Te he visto desde allí. ¿Ves a la niña de rosa? Es mi nieta. ¿Verdad que es estupenda? Está ya en el nivel de juveniles de la ciudad. Qué buen sitio éste para patinar: a ella le encanta que la miren.

Mei sonrió.

–¿Viene mucho aquí?

–Oh, no, por Dios. Normalmente se entrena en el Polideportivo Municipal Infantil. ¡Mira lo feliz que está en esta pista! Pobrecita, sus padres están divorciados. Su padre se ha ido a Inglaterra. Y apenas ve a su madre, porque mi hija trabaja muchísimo, en una empresa publicitaria de Hong Kong. Gana bastante dinero, a pesar de todo, así que de vez en cuando la traemos aquí para darle gusto. Nosotros vivimos cerca, en la Escuela Central de Artes y Oficios, justo del otro lado de la carretera de circunvalación. Mi mujer da clases allí.

Mei volvió a mirar y vio a la niña volando por la pista como una rosada visión.

El camarero les trajo té. Mei pidió ciruelas en conserva y pipas de girasol tostadas.

–¿Entiendes de jade? –le preguntó Pu Yan.

Mei negó con la cabeza.

–A los occidentales les gusta más el jade verde. Los mayas solían usarlo para hacer armas porque es una piedra fuerte, más fuerte que el acero. Pero en China se valora más el jade blanco: se le llama la Piedra Celestial. ¿Has oído hablar del jade blanco de Khotan? –Pu Yan buscó bajo la mesa y sacó de su bolsa dos pequeñas cajas de cartón–. Khotan es un lugar remoto que hay al final del desierto del Taklamakán, en la provincia del Turquestán chino. El jade blanco de Khotan procede de una cantera que hay en la ribera del río del Dragón de Jade, en Kashgar. El jade blanco es bastante raro hoy en día porque, después de miles de años de explotación, la cantera está agotada.

El camarero trajo los aperitivos y les sirvió a ambos el té.

Pu Yan abrió las cajas y le tendió a Mei dos pequeñas piezas de jade. Eran del tamaño de una tarjeta de visita, y de unos dos centímetros de grosor. Al sostenerlas en las manos, Mei

sintió el frescor de la piedra. Eran de un blanco cremoso y suave, y parecían emitir un resplandor. Una de las piezas estaba decorada con delicados relieves de nubes y un paisaje, y en la otra se había tallado una dama en atavío tradicional.

–Míralas a la luz –dijo Pu Yan–. Mira la suavidad y la transparencia del jade, y luego mira los relieves. El jade es un material duro, difícil de trabajar. Pero mira con qué detalle está tallado.

–¿Son nuevas? –Mei frotó las piezas de jade que tenía en las manos. Parecían puras.

–Por desgracia, sí. Hoy es casi imposible encontrar piezas antiguas de jade blanco de Khotan. Muchas fueron destruidas en la Revolución Cultural. Si saliera al mercado una sola pieza, se vendería por una fortuna. Incluso las nuevas son caras: éstas cuestan varios miles de yuanes.

Pu Yan hizo un gesto a Mei para que se las devolviera.

–Tengo que llevarlas de vuelta al Instituto de Investigación mañana –dijo despreocupadamente, devolviendo las piezas a sus cajas–. Háblame del jade que estás buscando. ¿Dices que es de la dinastía Han?

Mei le contó que se creía que era un sello que había pertenecido a Cao Cao.

–Eso ya sería algo importante, ¿no te parece? –exclamó Pu Yan.

Mei repitió la historia que le había contado el tío Chen y le enseñó a Pu Yan el artículo del periódico que le había dado el tío Chen sobre la vasija ritual.

Pu Yan estudió la foto de la vasija. Era una rústica cerámica marrón decorada con dibujos de caballos al galope y escenas de batalla. Luego leyó el artículo. Mei se bebió el té y se comió las ciruelas secas. Fuera, el altavoz atronaba con *Yesterday Once More*, de los Carpenters.

–¡Se ha vendido por sesenta mil dólares! –Pu Yan calculó entre dientes–: ¡Eso es más de medio millón de yuanes! –movió la cabeza como si estuviera tomando notas mentales–. He oído hablar de esa vasija ritual. Mira, a veces hago tasación de antigüedades. Los tasadores pertenecemos a un círculo muy reducido –le devolvió el recorte de periódico a Mei–. Creo que fue vendida a uno de los marchantes de Liulichang. Supongo que él o alguien asociado con él la pasó de contrabando a Hong Kong. Comerciar con tesoros nacionales y exportarlos es un delito penado con treinta años de cárcel. Pero la gente sigue haciéndolo, por dinero.

–¿Cuánto cree que pagó por ella el marchante?

–Yo diría que quizá treinta y cinco o cuarenta mil yuanes. Eso es mucho dinero para un chino, especialmente si el vendedor es de provincias.

–¿Sabe usted qué marchante compró la vasija?

–No. Pero puede que consigas averiguarlo. No será fácil hacer que la gente hable, pero todo tiene un precio; especialmente en estos tiempos. ¡Ah! –los ojos de Pu Yan se iluminaron. Agitó la mano derecha–. Aquí viene mi nieta.

Mei se volvió. La niña de rosa se acercaba con cuidado. Tenía las mejillas sonrojadas del calor del patinaje. Su tórax plano se movía rápidamente de arriba abajo. En cuanto vio a su abuelo con los brazos extendidos corrió hacia él, con su delgada cola de caballo ondeando tras ella.

–Hong Hong, ésta es la señorita Wang, la dama de quien te había hablado.

Hong Hong miró a Mei con sus grandes ojos.

–¿Te apetece una leche de coco? –susurró Pu Yan al oído de su nieta. La cola de caballo

asintió.

Pu Yan llamó con la mano a una camarera que pasaba para pedir la bebida y le dijo a Hong Hong que se sentara junto a él.

–¿De qué conoces al viejo Chen? –preguntó Pu Yan, distendiéndose en su silla.

–Es un viejo amigo de mi madre. Fueron al mismo instituto en Shanghai –dijo Mei–. ¿De qué lo conoce usted?

–¿No te lo dijo él?

–No.

Pu Yan se incorporó y empujó su taza a un lado. Mei presintió que iba a contarle una larga historia. A la gente de la generación de su madre y el tío Chen le encantaba hablar del pasado.

–Chen Jitian y yo nos conocimos por las ovejas –dijo Pu Yan muy serio.

–¿Las ovejas?

–¿Has estado en Mongolia Interior?

–No –dijo Mei–. Aunque me gustaría ir algún día.

–Deberías ir. Es un hermoso lugar, en algunos aspectos un lugar desnudo, bueno para el alma. Yo estuve allí durante la Revolución Cultural. Por aquel entonces se nos tildó de apestosos intelectuales. El presidente Mao dijo que necesitábamos reformarnos, así que nos enviaron a campos de trabajo a trabajar con las manos, y con los pies.

»Antes de ir allí, yo pensaba en Mongolia Interior como en una abundante pradera moteada de ovejas bajo el cielo azul. Me imaginaba perezosos días de verano llenos de aromas de lavanda y diente de león. Qué equivocado estaba. La vida no era así en absoluto. La mayor parte de Mongolia Interior es un desierto: el desierto del Gobi.

»Los inviernos eran largos y ásperos, los veranos eran cortos y calurosos. Había tormentas de arena en primavera y en otoño. Para empeorar las cosas, teníamos una dieta consistente en un solo ingrediente: cordero; a la brasa, hervido, asado o cocinado como fuera. Al entrar en la cantina, el olor te golpeaba.

»Una cosa que me gustaba era pastorear las ovejas. Me gustaba llevarlas a alimentarse bien. Me gustaba estar solo en la inmensidad de esa tierra prodigiosa. Sobre todo, disfrutaba de estar lejos del campo de trabajo, lejos de que me anduviesen molestando. Tenía aquel perro apestoso llamado Sigovivo al que nada le gustaba tanto como tumbarse a mis pies y ventosear. También él me gustaba.

»Un día decidí explorar una nueva pradera de la que alguien me había hablado. Llegué allí a mediodía. Hacía sol. Las nubes se movían como locomotoras cruzando el cielo. Dejé las ovejas a su aire y me tumbé en la hierba.

»¿Tú sabes lo que se sentía al estar allí? Yo me sentía como si estuviera perdido en el mar. El paisaje salvaje se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Era fácil olvidar quién era uno en esa inmensidad desbordante. Aquella tierra tenía ese poder. Podía hacerte perder la noción de ti mismo y hacerte sentir como si fueras una gota de agua disolviéndose en lo que sólo era una ilusión de vida.

»Creo que debí de quedarme dormido al cabo de un rato, porque cuando desperté el cielo estaba oscuro. El viento se había levantado, ondulando la larga hierba. Le di una patada al inútil de mi perro y empezamos a reunir las ovejas para volvernos. Pero al poco de empezar nos sorprendió una tormenta de arena. Poco después, no podíamos ver hacia dónde íbamos.

»En algún punto del camino, que según resultó no era exactamente el de vuelta al campo

de trabajo, nos cruzamos con otro rebaño de ovejas. Los dos rebaños se mezclaron. El otro rebaño tenía dos pastores: uno muy joven, casi un niño, y el otro un hombre fornido que estaba confuso y muy asustado. Todos gritamos y tratamos de separar nuestros rebaños, intentando seguir adelante, sin tener ni idea de hacia dónde. Sigovivo saltaba de aquí para allá, ladrando.

»Pero no lo conseguimos, así que al final llevamos todas las ovejas en la misma dirección. Fue un milagro que acabáramos llegando a mi campo de trabajo. Recuerdo cuánta gente salió corriendo a ayudarnos. Muchos de ellos habían estado escudriñando y esperándonos durante mucho tiempo.

»Cuando las ovejas estuvieron encerradas, invité a los dos pastores a tomar un té en mi dormitorio. El corpulento era Chen Jitian. Resultó que la Agencia de Prensa Xinhua tenía un campo de trabajo no muy lejos del nuestro.

»Desde entonces, el viejo Chen y yo nos encontrábamos a menudo, con nuestras ovejas. Compartíamos comida y hablábamos de la vida. Allí en la pradera teníamos mucho tiempo y hablábamos de todo tipo de cosas. A veces leíamos *El libro rojo* de Mao, el único libro que teníamos. A veces hablábamos de historia o de arte, o de antigüedades.

»En aquellos tiempos ambos estábamos frustrados, como lo estaba casi todo el mundo. Pero yo notaba que el tipo de frustración era en cierto modo más profundo en Chen. Aun así, como era tan amable, tan agradable y de tan buen carácter, sus quejas eran como un lloriqueo comparadas con las mías. Los Chen volvieron a Pekín un año antes que nosotros. Pero mantuvimos el contacto.

–¿Todavía los ve a él y a su familia?

–No tanto como quisiera. Estamos todos muy ocupados últimamente. Me alegré de oír que por fin es editor veterano, llevaba deseándolo mucho tiempo. Me alegré, también, cuando me llamó. Yo solía ayudarle mucho con el rebaño: era probablemente el peor pastor de las praderas, y en los dos años que pasé con él nunca mejoró.

Hong Hong parecía cansada. Mei hizo una seña al camarero y pidió la cuenta.

–¿Quiere que les lleve a casa? –preguntó Mei a Pu Yan–. Tengo coche.

–Buá, ¡te tiene que ir muy bien! –exclamó Pu Yan. Luego dijo con su voz cantarina–: No, gracias. El paso subterráneo lleva directo de aquí a la estación de metro –cogió de la mano a Hong Hong–. Estaremos en casa enseguida.

# 9

No hay día de primavera tan transparente como el que sigue a una tormenta de arena amarilla. Esa mañana el cielo estaba tan azul e infinito como un océano virgen. El aire estaba fresco, lleno de partículas de agua del vapor matutino que ahora se empapaban de cálido sol.

Mei se había puesto un abrigo verde guisante cerrado con cinturón sobre un jersey de cuello alto y un pantalón negros. Llevaba el pelo recogido en un moño a lo Grace Kelly. Un falso bolso de Chanel con cadena de oro que había comprado en el Mercado de la Seda se mecía en su hombro mientras andaba, los tacones repiqueteando. Parecía alguien con dinero, el único tipo de persona que podría permitirse comprar en Liulichang.

Liulichang, el barrio de tiendas más antiguo de Pekín, era famoso en toda China por sus obras de arte y sus antigüedades. A poca distancia de la plaza de Tian'anmen, a la salida de la Puerta de la Paz, Liulichang floreció durante la dinastía Ming, cuando el emperador prohibió las tiendas y los teatros dentro de la ciudad.

Mei recordaba haber ido con su madre a la mitad oeste de Liulichang (la parte donde se vendían libros antiguos, caligrafías y aguadas tradicionales chinas) a comprar barras de tinta y litografías, y a que montaran las pinturas de Mamá en rollos. Fue en una de esas expediciones cuando su madre le compró un sello de piedra e hizo que grabara en él su nombre el artesano del Rongbaozhai, el Taller de Gloriosos Tesoros. Pero no habían estado allí en los últimos años. Ahora Liulichang lo frecuentaban sobre todo turistas extranjeros, y los ricos.

El mercado de antigüedades se extendía a lo largo de la mitad este de la calle. Había sido reconstruido en los años ochenta al estilo de un siglo antes: edificios de dos plantas con tejados grises de puntas curvas y ventanas de color burdeos. Mei descartó de su búsqueda las tiendas de propiedad estatal, así como las de tipo bazar alquiladas por pequeños vendedores. Sólo las grandes tiendas privadas podían permitirse comprar y vender algo tan caro como la vasija ritual de los Han.

Había una tienda así en el lado norte de la calle. Tenía un amplio vestíbulo en el que se alineaban vitrinas con piedras de tinta y adornos de jade y de coral. El primer sentimiento de Mei fue que aquél podría ser justamente el tipo de sitio en el que se habría detenido el vendedor de la vasija. Pero una vez que entró en la parte interior de la tienda, le decepcionó encontrarla atestada de aguadas chinas.

En la pared, un enorme póster anunciaba a un pintor cuyo trabajo se exhibía de forma prominente en la sala. El artista era un pintor del Segundo Grado Nacional y miembro de la Academia China de Pintura. La propia sala estaba invadida por dos grandes mesas de madera donde se amontonaban rollos de papel, pintura, tinta y pinceles. Había un hombre, pulcramente vestido con chaqueta Mao hecha a medida (y que guardaba un notable parecido con el artista del póster), sentado en un largo banco.

Cuando Mei le preguntó, el hombre dijo que era en efecto el artista, y que podía pintar

cualquier cosa que le pidieran.

–¿Qué tal un fénix como éste? –señaló una de sus pinturas colgadas en la pared–. ¿O quizá un ciruelo rojo floreciendo en la nieve?

Mei rehusó, dándole las gracias al artista, y se fue. Se sintió irritada por haberle desilusionado. Le recordaba a su madre. Ling Bai también pintaba aguadas al estilo tradicional chino. Ella siempre decía que sus aguadas no eran muy buenas, pero a Mei le encantaban, y había llenado su apartamento de pinturas de su madre.

Cruzó la calle y entró en una tienda que estaba en la planta baja de un gran caserón. La tienda almacenaba todo tipo de artículos, desde vitrinas de medicamentos, almohadas de madera, baúles de ajuar y budas de bronce hasta pipas de opio, tablillas de piedra y adornos de jade. Al parecer, las cosas estaban ordenadas por tamaños y alturas: las piezas grandes estaban colocadas junto a la pared del fondo, mientras que los artículos menores se habían dispuesto al alcance de la mano del dependiente. El cuarto estaba oscuro. Para compensar, había alguna que otra lámpara tradicional de seda proyectando sombras.

–Hola, señorita, ¿busca algo en particular? –Mei oyó una voz aguda que venía de detrás de ella.

Se dio la vuelta y vio a un chico de ojos sonrientes.

–Cualquier cosa que le guste se la puedo dejar a muy buen precio –el chico se acercó.

–¿Está el jefe? –preguntó Mei–. Me gustaría hablar con él.

El chico estaba desilusionado. Su sonrisa menguó un poco.

–¡Tío, una persona que quiere verte! –voceó.

Parte de la sombra negra que cubría casi entera la pared del fondo se desprendió. Empezó a cambiar de forma. La luz de la ventana dibujó un rostro: nariz plana, ojos pequeños, manchas de la edad y arrugas que parecían finos cortes. Era una cara corriente, fácil de pasar por alto. El viejo llevaba una chaqueta de estilo Tang negra y unos pantalones anchos negros, produciendo la ilusión de que podía atravesar las sombras. Escrutó al chico, moviéndose tan silenciosamente como la noche.

–¡Esta señorita quiere hablar contigo! –le gritó el chico.

Cuando llegó a su lado, Mei vio que el viejo era algo más bajo que ella.

–Perdone que le moleste –Mei sacó la foto de la vasija ritual–, pero quería preguntarle si ha visto esto.

–Tiene que hablar alto, mi tío no oye muy bien –dijo el chico. Gritó hacia el hombre–: ¡La señorita pregunta si has visto esta vasija!

El hombre estudió la foto, sujetándola a unos centímetros de su cara. La observó con tal concentración que podría haber estado buscando alguna clave invisible.

–¿Es policía? –preguntó, doblando la lengua al final de la frase al viejo estilo pekinés.

–¡No, soy coleccionista! –gritó Mei.

El viejo observó su cara de la misma forma que había mirado la foto. Mei le devolvió una mirada directa, tratando de atrapar el hilo de sus pensamientos. Pero no pudo. Aquél era un hombre tranquilo, pensó, que se tomaba su tiempo y hacía las cosas a cámara lenta.

El viejo le devolvió la foto y dijo, volviendo los ojos:

–Lo siento, no la había visto nunca.

Se dio media vuelta y, paso a paso, regresó a las sombras.

Mei se mordió el labio. Durante otro minuto miró al viejo, que reordenaba al azar sus mercancías. El chico la acompañó a la puerta y dijo:

–Vaya despacio, por favor.

En una tienda tras otra ocurrió lo mismo. Nadie quería contarle nada a Mei.

Frustrada, decidió descansar para comer. Se encaminó hacia el este, hacia la Puerta de Delante, donde se podían encontrar cientos de restaurantes que iban desde el más caro, el Pato a la Pekinesa, hasta los pequeños establecimientos de comida casera.

Los estrechos *hutong* estaban abarrotados de pequeñas tiendas. Las mercancías colgaban de los tejados bajos como banderas de la ONU. Personas de toda extracción social habían ido de compras a esa zona. Abuelitas cargadas con cestas de bambú, normalmente a pares, andaban a la caza de pequeños artículos domésticos como pilas, detergente y cuchillos de cocina de acero largos como ladrillos. Agitaban los cuchillos en el aire y luego los probaban con ademanes de afeitado en la palma de la mano.

–No está afilado –le decían al vendedor.

–Tiene que estar de broma. El fabricante hace sables para los monjes de Shaolin –replicaba el joven dependiente. Sacaba una vara de bambú y, con un movimiento rápido, le rebanaba una loncha.

Grupos de obreros industriales provincianos, todos con chaqueta Mao gris y fumando, merodeaban excitados, conversando sonoramente en sus dialectos. Los viajeros iban allí de compras antes de hacer sus transbordos en la cercana Estación de Pekín. Los vendedores de comida y los ciclistas de paso gritaban a voz en cuello:

–¡Pinchitos mongoles de cordero, si no están buenos no me dé el dinero!

–¿A cuánto la bolsa?

–Antes muerto.

–¡Tortitas de ocho hojas! ¡Al viejo estilo pekinés!

Mei encontró un pequeño restaurante de mesas limpias y se sentó junto a la ventana. Pidió una ración de tallarines en caldo picante de vaca que venía en un cuenco del tamaño de un balde pequeño. Se comió los tallarines y contempló a través de la cortina de encaje al chico que la había estado siguiendo. Bajo una nube de humo de tabaco, tres hombres conversaban ruidosamente en la mesa de al lado, con los rostros rojos de tanto beber.

Mei salió del restaurante, andando hacia el oeste a paso vivo, repicando los tacones. Dobló con celeridad una esquina y se detuvo a echar un vistazo hacia atrás. Volvió a ponerse en marcha, más deprisa. Tras unos cuantos giros estaba otra vez en la ancha calle peatonal de Liulichang. Se paró en el umbral de la primera tienda que encontró y esperó.

–Eh, ¿por qué me sigues? –preguntó, apoyándose en el poste de madera de la entrada.

Sus palabras cogieron al joven galgo por sorpresa. Se paró en el sitio.

–Me dijo mi tío que lo hiciera –dijo el chico, con una fugaz sonrisa avergonzada.

–Entonces vamos a verle –le dijo Mei.

Sentada en un taburete de palo de rosa oscuro en la parte interior de la tienda, Mei contó ocho billetes de cien yuanes, pero no los entregó.

–¿O sea que sí la ha visto?

–No exactamente. Sólo vi unas fotos. Bueno, creo que eran de la misma vasija.

–¿Es que no está seguro?

–A mi edad no hay nada seguro –dijo el viejo–. Fue hace más de dos semanas. Vino un joven con algunas fotos de la vasija y me preguntó cuánto pagaría yo por ella –se frotaba las manos al hablar–. Cuando digo joven quiero decir de unos cincuenta y pocos.

–¿Y usted qué le respondió?

–Me dijo que la vasija era de la dinastía Han. ¡Estamos hablando de más de mil ochocientos años de antigüedad! Eso es lo que llamamos «mercancía caliente». La ley dice que no se puede exportar nada anterior a 1794, lo cual significa que ningún extranjero la compraría. Los chinos no pueden pagar esos precios. Aunque eso no significa que no haya conductos para venderla, ¿me entiendes? Es un negocio peligroso, sacarla de China... podría ser asunto de vida o muerte. Así que le respondí que si era auténtica, cosa que él me juró sobre la tumba de su madre, podríamos estar hablando de, digamos, veinte mil yuanes. No volvió por aquí –el marchante hablaba despacio, deteniéndose de vez en cuando en busca de palabras biensonantes.

Mei inspeccionó largamente al viejo. Tenía el pelo escaso y seco como hierba desenraizada; en la cara, una expresión de disculpa perpetua. Regentaba una tienda excesiva llena de cosas que nadie tenía interés en comprar. Aun así, continuaba amontonando más, en la esperanza de que algo le hiciera rico y la gente de altos vuelos tuviera que mirarle con otros ojos. Mei consideró la elaborada forma en que le había regateado el dinero que sostenía en la mano. He aquí un buscavidas con pretensiones, pensó. Hablaba de «conductos» y de «mercancía caliente». A juzgar por su aspecto y el de su tienda, no tenía ni medios ni arrestos para tanto.

–Francamente, no le creí –dijo el viejo–. Ya no quedan antigüedades valiosas de verdad. Mi familia lleva tres generaciones en Liulichang. En los años cincuenta, ellos venían y compraban todo lo que había de valor en las tiendas. Luego la Revolución Cultural se encargó de lo que hubiera quedado –al decir «Revolución Cultural» dejó de frotarse las manos, y por un instante bajó los ojos.

–¿Quiénes son «ellos»?

–El gobierno: museos, universidades, bibliotecas, como quieras llamarlo –dijo–. Hoy en día sólo hay dos formas de conseguir cosas de auténtico valor: ser un ladrón de tumbas afortunado o un ojeador ambulante de antigüedades con suerte. El tipo no era ninguna de las dos cosas.

–¿Cómo lo sabe?

–Los ladrones de tumbas no trabajan solos y normalmente tienen varias cosas que vender. Aquel tipo estaba solo y no tenía más que una pieza. Tampoco era un ojeador. No sabía nada de antigüedades. Lo comprobé: era un profano total.

–¿Sabe usted su nombre o el de su hotel?

El viejo sacudió la cabeza.

–Sólo dijo que era de Luoyang.

–¿Puede decirme qué aspecto tenía?

–Veamos... estatura media, fuerte. Grandes brazos: un obrero, sin duda, de una fábrica quizá. No era mal parecido, salvo por la cicatriz.

–¿Dónde tenía esa cicatriz?

–En el lado izquierdo de la frente, justo encima del ojo. Parecía que alguien le había

hecho un buen corte.

El viejo tendió la mano hacia el dinero.

–Una cosa más –dijo Mei–. ¿A quién cree usted que le vendió la vasija?

–No lo sé.

Mei no se movió.

–Está bien; hay un personaje oscuro llamado Wu el Padrino en ese caserón que hay calle abajo. No es buen marchante, pero parece que le está yendo muy bien. Si quieres saber mi opinión, tiene un algo sospechoso.

# 10

Wu el Padrino estaba de pie en el zaguán de su espaciosa tienda, equilibrando su peso hacia el punto intermedio entre sus dos pies. Contempló a Mei con la mirada vacía. No era un hombre grande, pero sí fuerte de la cabeza a los pies; bien afeitado y con el pelo a cepillo. Mei le echó unos cuarenta y tantos años, aunque era difícil decir si cuarenta y muchos o pocos. No le preguntó quién la enviaba ni por qué; se quedó allí contemplándola despectivamente con una mirada helada.

Ella le había dicho que trabajaba para un rico coleccionista y que quería hablarle de una de sus últimas adquisiciones; luego le enseñó la misma foto que les había mostrado a los otros marchantes.

Wu el Padrino echó una ojeada rápida a la foto y miró a Mei con indiferencia. La amistosa expectación hacia una cliente más se desvaneció en el oscuro vano de detrás de sus ojos.

Mei contempló cómo se acercaba a un joven que estaba detrás de un par de réplicas de jarrones Ming azules. Con las cabezas juntas, la miraron mientras hablaban. Un poco después, los dos hombres se alejaron en distintas direcciones: Wu el Padrino desapareció en la trastienda y el joven se fue derecho hacia Mei. Ella apretó los labios. Sabía que no podía hacer gran cosa para obligarla a irse. A fin de cuentas, era una mujer, bien vestida y poco amenazadora. Pero también sabía que no le quedaba nada que hacer allí, así que se fue.

Del otro lado de la calle había un bazar que vendía cosas pequeñas, como sellos de piedra y joyas antiguas, en bandejas. Los mostradores estaban dispuestos en forma de rectángulos cerrados, dentro de los cuales los vendedores se sentaban en altos taburetes o en sillas plegables.

Mei se quitó el abrigo y se soltó el pelo. Fingió que estaba interesada en comprar litografías, y mientras tanto no le quitaba el ojo a la entrada del sitio de Wu el Padrino.

Era un caserón de dos plantas con una entrada elevada, flanqueada por largas ventanas y un balcón en el primer piso. Las barandillas de las ventanas y del balcón estaban hechas de finos listones de madera, conformando delicados dibujos geométricos que recordaban a los caracteres chinos.

Al cabo de veinte minutos Mei vio salir a Wu el Padrino, vestido con una chupa negra de cuero con el cuello levantado. Se detuvo en lo alto de la escalera y se encendió un pitillo con ademanes lentos y calculados. Mientras lo fumaba, ojeó la calle en ambos sentidos; luego bajó los escalones, volvió a comprobar la calle, escupió entre sus propios pies y giró hacia la derecha.

Mei aprovechó la ocasión, incorporándose a la riada de compradores que derivaban hacia la parte sur de la calle Xinhua, sin despegar la vista de Wu el Padrino.

Un taxi rojo dio un giro de ciento ochenta grados y se paró en la entrada de la zona peatonal. Su luz se apagó y emergieron una mujer china y un hombre blanco. Wu el

Padrino agitó el pitillo que llevaba emparedado entre los dedos, haciendo señas al conductor para que diera la vuelta con el taxi. Cuando éste se hubo detenido, Wu el Padrino tiró el pitillo al suelo de un golpe de muñeca y se metió dentro. La luz del taxi se encendió. Con un carraspeo de humo negro arrancó en dirección a la Puerta de la Paz.

Mei corrió hacia su coche.

Los escalones que llevaban a la entrada del Centro Lufthansa estaban invadidos de compradores y bolsas con compras. Por todas partes había confusión: amigos que buscaban a sus amigos, familias que discutían cómo volver a casa. Un hombre zigzagueaba entre la multitud vendiendo los relojes que llevaba en el forro del abrigo. De vez en cuando, un coche de lujo se detenía frente al centro comercial para verter a una chica guapa y su *Dakuan*: su Potentado.

Wu el Padrino se apeó del taxi y subió despacio los escalones, mirando alrededor. Parecía estar buscando algo o a alguien.

Mei continuó hasta el aparcamiento y apagó el motor. En lo alto de la escalera, Wu el Padrino se detuvo. Encendió un pitillo.

Desde un kiosco, un altavoz arrojaba publicidad de la última edición de una guía de la programación televisiva. Los taxistas se disputaban a los pasajeros. Los coches particulares se disputaban las plazas de aparcamiento.

No pasó mucho tiempo hasta que Wu el Padrino se puso en movimiento. Machacó el pitillo con el tacón y en dos zancadas bajó a recibir a un gran coche negro que acababa de detenerse. La puerta del coche se abrió. Un hombre alto con una lustrosa chaqueta deportiva salió de él, seguido de una joven patilarga de la misma estatura.

Los dos hombres se dieron la mano y conversaron. La chica fue presentada. La gente se volvía a mirar a la guapa pareja. El chófer señaló hacia un sitio cercano a la entrada y le dijo algo al hombre, probablemente indicando que esperaría allí. Mientras el coche se iba, Mei se fijó en que era un Audi, y en que tenía matrícula de Pekín.

Wu el Padrino y la guapa pareja entraron en el centro comercial.

Mei salió de su coche para seguirlos.

# 11

La soledad es lo que nos acompaña hasta el final, pensó Ling Bai, mientras su cuerpo golpeaba el suelo. Oyó el ruido de la porcelana al romperse, primero un sonoro estallido, luego un leve tintineo. La «sopa de flores de tofu» estaba ahora por todo el suelo: blancos pedazos gelatinosos que temblaban encima de un espeso caldo oscuro. Dos panes al vapor cayeron rodando hacia la estantería. Súbitamente el cuarto se llenó de olor a comida.

Ling Bai estiró la mano tratando de agarrar la pata de la mesa, para tirar de ella y acercar el cuerpo al teléfono rojo cubierto con un paño que había en la mesita del vestíbulo. Sentía ya cómo se amortiguaba el dolor en el lado izquierdo de su cuerpo y supo que en unos segundos ya no sería capaz de moverse en absoluto. El corazón le batía con fuerza. Boqueó y boqueó, pero no podía respirar. Se debatió como una mujer que se ahoga pidiendo ayuda.

Yacía con la cabeza sobre el frío suelo. Recordó la primavera que entraba por la ventana de su cocina, abertura de un metro cuadrado en una caja de cerillas de seis pisos. Pensó en la pintura inacabada que tenía en su estudio; era un tema tradicional: un gato jugando con una pelota en un jardín de rocas. Ante ella estaba, contemplando la composición, mientras los panes rellenos de carne se cocían al vapor en el hornillo.

La luz del sol se había colado en la salita. Ahora el día era transparente y ligero. Ling Bai sintió su cuerpo flotar hacia la claridad y la paz del más allá. Cerró los ojos y dejó de luchar.

Sin embargo el dolor, terrenal y pesado, empezó a tirar de ella hacia abajo, para recordarle la oscuridad de la muerte. Ling Bai se contrajo involuntariamente y gimió. No le importaba morir, pero no quería irse antes de ser perdonada.

# 12

Cuando Mei llegaba a lo alto de las escaleras, su móvil sonó, sorprendiéndola. En lugar de cogerlo empujó la puerta de cristal para entrar en el blanco vestíbulo de una perfumería. Frente a ella, magníficos carteles de Shiseido y Dior. Las vendedoras con su maquillaje perfecto hablaban en murmullos de cremas y carmines. No había ni rastro de Wu el Padrino y sus amigos. Mei miró alrededor con irritación, preguntándose cómo habían podido desaparecer tan rápido y por dónde debería empezar a buscar. Su móvil sonó otra vez.

Esta vez lo cogió, intentando mantener la voz en un susurro:

–¿Quién es?

Era Gupin, gritando. Tenía más acento de lo habitual.

–Cálmate. No entiendo lo que estás diciendo.

–¡Rápido, Mei! A tu madre le ha ocurrido algo.

Veinte minutos más tarde, Mei machacaba el acelerador por las concurridas calles de Chaoyang en su Mitsubishi rojo. A la entrada de la carretera de circunvalación se detuvo, bloqueada en un atasco de taxis y coches particulares que pugnaban por meterse en la autopista. Mei dio un bocinazo largo y ruidoso.

La carretera de circunvalación se abrió como una navaja relampagueante bajo el cielo azul. Mei pasó el Puente de los Tres Principios y otros lugares que recordaba bien de camino al apartamento de su madre.

Años antes, cuando estaba en los últimos cursos de la universidad, hizo una excursión en bici por la costa Este. Había respondido a un anuncio de un tablón del recinto universitario que decía: «Tres estudiantes de doctorado de Ciencias Políticas buscan tres chicas que vayan con ellos en bicicleta para asistir al aniversario del terremoto de Tangshan. Que sean divertidas y aventureras».

Doscientas mil personas habían muerto en aquel terremoto de 1976. Diversión y aventura no eran exactamente las palabras que venían al pensamiento. Pero Mei respondió al reclamo de todas formas. Aquel viaje los llevó a los seis más allá de Tangshan. Tres semanas y ochocientos kilómetros más tarde, dos de las bicicletas estaban para el desguace. Las chicas estaban agotadas. Haciendo señas, detuvieron un camión para que los llevara en el último tramo de su recorrido y llegaron al Puente de los Tres Principios de Pekín cubiertos de picaduras de mosquito y arañazos menores. Ella todavía tenía una foto de los seis, sonriendo triunfantes en el puente, las bicicletas amontonadas en la acera como pura chatarra.

Aquél solía ser para Mei el camino de vuelta a casa. En aquellos tiempos era el símbolo de la recién hallada prosperidad pekinesa. Todavía quedaban campos verdes al norte de la carretera. «¿Dónde está mi casa ahora?», se preguntó Mei. Ella y Lu se habían marchado del apartamento de su madre hacía mucho tiempo. A medida que se construían más alturas, el

paisaje que bordeaba la carretera fue adquiriendo formas nuevas e irreconocibles. Lo mismo que sus vidas.

Mei no había conseguido enterarse de qué le había ocurrido exactamente a Mamá. La asistenta, que había telefoneado a la oficina de Mei, estaba histérica. Mei había llamado de inmediato una ambulancia para que fuera al apartamento de su madre; luego marcó el número de la tía Zhao. Ella y el tío Zhao eran vecinos suyos desde hacía casi veinte años.

Pocas palabras se cruzaron cuando la tía Zhao volvió a llamar para contarle a Mei que había llegado la ambulancia y que se iba con ella al hospital.

–Te veré allí –dijo Mei, y colgó.

Salió de la carretera de circunvalación por el Jardín de Poniente y enseguida quedó atrapada en las lentas y estrechas calles del barrio de Haidian. Había tiendas y tenderetes a ambos lados del camino. Centenares de bicicletas se apretaban hacia el centro, llenando a veces por completo los espacios entre los autobuses y los coches. Los carros de caballos se movían despacio, por más que el paisano hiciera chasquear el látigo y gritara «Arre, arre».

Pasado el Palacio de Verano, aparecieron los montes de Poniente. El Gran Canal, guarnecido de blancos álamos, fluía despreocupadamente al pie de la montaña. Ya sin construcciones delirantes ni tiendas abarrotadas. Ya sin la uniformidad de la ciudad. El aire estaba más nuevo y más fresco.

En aquella tranquila ribera, en lo hondo de la sombra de los álamos, recordó Mei a una niñita de unos diez años enfrascada en la búsqueda de setas blancas que habían brotado tras una lluvia cálida.

–Mamá, ¿son éstas las buenas? –corrió hacia su madre, que andaba unos metros por delante, sacudiendo agitada las trenzas, bien abiertos los ojos.

–Son exactamente del tipo que estamos buscando –dijo su madre, guardando las setas con una honda inspiración. Madre e hija tenían un parecido asombroso: la forma de curvar las comisuras de la boca cuando hablaban, la rectitud de la nariz (un punto demasiado afilada, según algunos)...

¡Cómo le sonreía su madre! ¡Qué joven era, qué jóvenes eran las dos! La respiración de Mei se acortó, sus latidos se aceleraron. Apenas podía sujetar el volante. Sentía que las entrañas se le iban a escapar del cuerpo. Le rodaron lágrimas por la cara. Aquellos días felices se desenfocaron en su imaginación.

El Hospital n.º 309 era uno de los cuatro hospitales militares de Pekín. Una recepcionista malencarada volvió la vista con reticencia cuando Mei le preguntó dónde estaba la sala de urgencias.

–Primer piso –respondió bruscamente.

Mei se abrió paso escaleras arriba sin esperar al ascensor. Encontró cuatro pasillos oscuros. Los cansados parientes estaban tumbados en bancos, acuclillados o sentados en el suelo. Algunos comían.

Mei siguió el letrero que indicaba la sala de urgencias hacia un corredor que unía en voladizo dos edificios. Un ruido estrepitoso rodó hacia ella, que saltó a un lado. Un carrito se precipitaba por la rampa, derramando agua hirviente por los pitorros de las pavas. Envuelto en una nube de vapor, un empleado corría junto al carrito, tratando de enderezarlo. Desde atrás, otro empleado tiraba con todas sus fuerzas del asidero para frenarlo.

La tía Zhao estaba en el exterior de la sala de urgencias. Al ver a Mei, tropezó con su

propio bastón. Mei corrió a ayudarla, pero en lugar de eso se vio arrastrada hacia el pecho de la tía Zhao. A Mei le sorprendió la fuerza de aquella diminuta mujer.

–¡Pobre niña! –dijo mientras la abrazaba.

En los brazos de aquella mujer de finos miembros a quien conocía desde hacía veinte años, Mei se sintió como si hubiera llegado al final de un viaje. El océano dejó de rugir tras ella y, como barco zarandeado que llega a puerto, se desmoronó.

–Lleva un rato dentro. Los médicos y las enfermeras están todos ahí –las lágrimas se acumulaban también en los ojos de la tía Zhao; volvió a un lado la cabeza por un instante para disimularlas y le preguntó a Mei si iba a acudir Lu.

¡Lu! Con las prisas por llegar al hospital, Mei ni siquiera había pensado en llamarla.

El ayudante de Lu cogió el teléfono. Le dijo a Mei que Lu estaba en el estudio grabando su programa.

–Se lo haré saber en cuanto salga –le aseguró la adiestrada voz impersonal del ayudante.

Mei se sentó con la tía Zhao.

–Cuando llegué, la vi tirada en el suelo de la salita, con el desayuno derramado por todas partes –dijo la tía Zhao–. Tenía espuma blanca en los labios y convulsiones. Intenté hablarle. Pensé que quería decirme algo, pero no le salía nada. Le dije que no se preocupara, que tú habías llamado una ambulancia. La asistenta lloraba y decía que quería irse a casa. Le dije que se callara y se pusiera a limpiar aquello. Entonces llegó la ambulancia.

–Gracias por tu ayuda. Sobre todo por haber venido al hospital.

–Eso por supuesto. No hay ni que decirlo.

La puerta de la sala de urgencias se abrió de par en par. Salieron ruidos, una camilla y tres enfermeras: una de ellas empujaba la camilla, otra sujetaba el suero, otra llevaba el oxígeno. Un par de médicos las seguían.

–¡Mamá! –Mei detuvo la camilla.

Pero su madre no reaccionó. Tenía tubos conectados a la nariz, los brazos y la boca. Parecía una máquina rota que estuvieran recomponiendo a base de esparadrapo.

–Todavía está inconsciente. ¿Es usted su hija? –el más joven de los dos médicos se aproximó a ella.

–¿Qué le ha pasado? –preguntó Mei sin apartar la vista de su madre, que parecía seca y exánime, como si fuera a desdibujarse en cualquier momento.

–Le ha dado un ataque. Ha sido grave. ¿Podemos hablar en mi despacho?

–¿A dónde la llevan? –Mei retuvo la camilla.

–A la habitación 206 del Edificio n.º 3.

–Voy yo con ellos –la tía Zhao brincó apoyada en su bastón.

El despacho del joven médico era un cuarto sin ventanas que estaba al fondo del vestíbulo. Había tres hombres con batas blancas viendo una pequeña tele fijada a la pared.

–Fuera, fuera –les dijo el doctor–. Necesito hablar con los parientes.

Los otros embatados no prestaron ninguna atención a Mei. Se levantaron despacio, con las tazas de té en la mano, y salieron del cuarto conversando.

El doctor aparentaba treinta y tantos años. Un par de gafas de montura oscura descansaba con desmaño en su nariz.

–Hemos hecho todo lo que podíamos, y ahora depende de ella. Puede que mejore y puede que no –dijo el doctor cuando se hubieron sentado.

–¿Cuándo lo sabremos? –preguntó Mei.

–Tendremos una idea más clara en los próximos días; es difícil decir cuándo exactamente.

–¿Qué posibilidades tiene?

–Es difícil decirlo –volvió a decir el médico–. Esperemos a ver, ¿de acuerdo?

Luego, el médico se aclaró la garganta, preparándose para soltar un discurso que ya había echado muchas veces antes.

–Siento tener que sacar el asunto de los costes en un momento así. Pero lo comprende, ¿verdad? Si el estado de su madre empeora, necesitará cuidados intensivos y tratamiento. ¿Pueden ustedes pagar los costes? Si tienen medios para pagar de forma particular, podremos usar de inmediato medicinas importadas.

El médico levantó la vista, aunque no exactamente hacia Mei. Su mirada estaba enfocada más allá, en algún punto impreciso.

–¿Y qué pasa con su seguro médico? –Mamá había sido funcionaria toda su vida, miembro del Partido. Tenía que tener algún derecho. Sin duda, debería tenerlo.

–Me temo que el rango de su madre no es lo bastante elevado –dijo el médico, esta vez mirando a Mei.

Mei sintió el escrutinio de aquellos ojos superficiales. Parecían estar dando a entender que su madre era una especie de fracasada y su vida no era importante.

–¿Cuándo tenemos que decidirlo? –preguntó, tratando de contener la rabia. Quería los mejores tratamientos y cuidados para su madre, pero no tenía tanto dinero. Las facturas médicas, dependiendo del tiempo que su madre necesitara permanecer en el hospital, podían llegar a elevarse de verdad. Necesitaba hablar con Lu.

–En cualquier momento, en realidad. Cuando esté preparada, venga simplemente a verme y firme el papel.

De camino hacia su madre, Mei volvió a intentar dar con Lu. Su ayudante respondió esta vez con un poco más de amabilidad:

–Ahora mismo está saliendo del estudio.

Mei puso a su hermana al tanto de lo que había ocurrido. Oyó a Lu que lloraba al otro extremo.

–Por supuesto, pagaré el precio que sea. Que Mamá tenga el mejor tratamiento. Firmaré lo que haga falta. Voy para allá en cuanto pueda.

# 13

Cuando Mei llegó a la habitación 206 del Edificio n.º 3, su madre estaba dormida. Había una baqueteada taza de aluminio amarillento colocada en su mesilla de noche, con una cuchara de aluminio dentro. A los pies de la mesilla habían dejado un gran termo rojo; tenía pintadas flores de ciruelo rosas, y «Graves I» escrito en negro.

La paciente de la cama contigua, una mujer mayor, estaba a punto de cenar. Tenía el rostro curtido de haber trabajado toda una vida en el campo; llevaba el pelo corto, y aun así sujeto hacia atrás con horquillas. No tenía que haber sido fácil colocar todas esas horquillas, pensó Mei. Había venido una joven que parecía su nieta con una bolsa llena de comida. Sacó una manzana y la lanzó por el aire. Como un pitcher, la anciana cazó la manzana en pleno vuelo. Mei se preguntó qué clase de enfermedad mortal la habría llevado hasta allí. Juzgando por el acento provinciano que tenían, Mei supuso que eran parientes de algún militar destinado en Pekín. Probablemente habían usado sus contactos para conseguir colocar allí a la anciana: las habitaciones para enfermos graves estaban mejor equipadas que las salas y eran sólo para dos personas.

Mei acompañó a la tía Zhao hasta la puerta y le dio otra vez las gracias. Luego volvió al lado de su madre y se sentó en un taburete de plástico.

Llegó más gente a ver a la otra anciana. Bollos al vapor, salchichas y tortitas empezaron a volar de un lado a otro. Quizá por lo ruidoso de sus conversaciones y sus risas, o quizá porque se le había pasado el efecto de la anestesia, Ling Bai gimió y se despertó.

–Mamá –exclamó Mei, agarrando la huesuda mano de su madre y alzando la voz para asegurarse de que la oía–. Estoy aquí.

Ling Bai abrió los ojos despacio, empezando a enfocar.

–Lu –murmuró con voz débil pero inequívoca. Tenía los labios secos y llenos de ampollas; como la herida de un animal muerto, pensó Mei.

–No, Mamá, soy Mei.

Mei sujetó la mano de su madre y sintió la suavidad de su piel, la calidez de un ser humano, vivo. Mei quería tirar de ella, abrazarla, sujetarla con fuerza entre sus brazos.

Al poco entró una enfermera a comprobar el goteo del suero y el pulso de la paciente. Ajustó los tubos de oxígeno.

–No la deje moverse demasiado –le dijo a Mei sin explicar por qué.

–Ustedes –se volvió para mirar severamente a la muchedumbre que rodeaba la cama vecina– cállense. Esta paciente necesita descanso.

Luego, sin decirle nada más a Mei, salió de la habitación.

Ling Bai oscilaba entre consciencia e inconsciencia mientras Mei le acariciaba la mano que le tenía cogida.

–Mei –oyó que la llamaba su madre.

–Sí, mamá. Estoy aquí.

Ling Bai abrió los ojos, esta vez más enfocados. Miró a Mei.

–¿Dónde está Lu? –preguntó.

–Está de camino, Mamá. ¿Quieres un poco de agua? –Mei enjugó el sudor de la frente de su madre.

Ling Bai pareció asentir y luego volvió a cerrar los ojos.

Mei cogió media cucharada de agua hervida fría de la taza de aluminio y la llevó a los labios secos de su madre. A Ling Bai le llevó un buen rato tragar un poco de agua.

–¿Ya está? –preguntó Mei cuando vio que la boca de su madre se contraía.

Le dio la impresión de que Ling Bai había dicho «Sí», pero no estaba segura. Acercó el oído a aquellos labios resecos, pero al parecer hablar había dejado exhausta a su madre.

Mei volvió a poner la taza y la cuchara del hospital en la mesilla de noche y marchó sobre la cada vez más bulliciosa tropa que rodeaba la cama de la anciana.

–¡Por favor, cállense! Mi madre acaba de tener un ataque. Necesita descansar. ¿Es que no les importa? –tuvo que levantar la voz por encima del ruido que estaban haciendo.

Pero Mei sabía que les daba igual. No soportaba a la gente que no respetaba a los demás. Su madre siempre le había dicho que era demasiado dura y demasiado cortante. «O no hablas nada o hablas con aspereza, ofendiendo a la gente en los dos casos. No es de extrañar que no tengas suerte con la gente.»

No, que no tenga nada de suerte, pensó Mei. Ni en la vida ni en el amor.

De pronto se abrió la puerta y entró Lu. Estaba exquisita con su traje de chaqueta beis, sus largas cejas arqueadas y su maquillaje impecable. Se había teñido el pelo de color miel y alrededor de su cara se insinuaban reflejos de luz dorada. Siguiéndola de cerca venía su ayudante, aquel con quien Mei había hablado antes. Llevaba un traje negro, tenía el pelo limpiamente cortado a navaja y era joven y guapo.

–Mamá, soy Lu –fue directa al pequeño taburete que había junto a la cama y le cogió la mano a su madre, apretándola contra sus mejillas sonrosadas–. Todo va a ir bien.

–Me ha llegado la hora –suspiró Ling Bai. Una única lágrima apareció en el rabillo de su ojo. No quería morirse, a fin de cuentas.

–No, Mamá. No te preocupes. Yo me voy a ocupar de ti –Lu dio instrucciones a su ayudante para que encontrara al jefe de servicios médicos y a la enfermera supervisora. El joven salió. Mei le contó a su hermana las últimas novedades, hablándole de la ruidosa multitud que rodeaba la otra cama. Al cabo de diez minutos, el jefe de servicios médicos acudió en persona para invitar a Lu a su despacho.

Tras la reunión que mantuvieron, Lu tiró de Mei hacia la ventana y dijo:

–Los médicos piensan que Mamá tiene pocas posibilidades de recuperarse. Ya conoces a Mamá, ha tenido un montón de problemas de salud. Ahora, el doctor dice que se le están deteriorando el hígado y los riñones. No entienden por qué. Es como si fuera un colapso general –se detuvo un segundo–. El jefe de servicios médicos sugiere que nos pongamos en contacto con todos los parientes y con los amigos de Mamá, cosa que le voy a pedir a mi ayudante que haga. Tenemos que estar preparadas.

Mei no sabía qué decir. Se preguntó si puede uno llegar a estar preparado para la muerte de su madre.

Al poco entró la enfermera supervisora y les aconsejó que contrataran una asistente.

–Mi sobrina lleva ya bastantes años haciéndolo –dijo–. Sabe cosas como dónde encontrar ayuda y qué hacer para aliviar el dolor. Y puede ir a buscarme en cualquier momento.

Se acordó que contratarían a la sobrina de la enfermera supervisora. Sus deberes incluirían conseguirles comida a Mei y a Lu, traer agua hervida del cuarto de calderas y masajearle a Ling Bai los brazos y las piernas, y se quedaría en turnos nocturnos.

A la anciana de la cama de al lado le dieron el alta cerca de las seis de aquella tarde. Si le correspondía irse de todas formas o si Lu había usado su influencia, eso Mei no lo sabía.

Después de la hora de la cena, Ling Bai volvió a adormecerse y Lu se fue a casa. Su marido la estaba esperando. Mei decidió quedarse. Puede que fuera irracional, pero temía que si ella no estaba cerca su madre se deslizaría al interior de la noche, como su padre, y la habría perdido para siempre.

Además, nadie la estaba esperando en ningún otro lugar.

# 14

Durante casi todo el día siguiente Ling Bai se mantuvo igual, a la deriva entre consciencia e inconsciencia. Permanecía en la cama como una casa vacía, abandonada. A veces abría los ojos. No veía nada en especial. Del techo pendía un ventilador ocioso. Una mosca daba saltitos de la mesilla a la pared, de ahí al techo, a la ventana, y luego vuelta a empezar. Pronto se aburrió de la repetición y se adhirió al techo cual mancha persistente.

Mei le daba agua a su madre con una cuchara. La asistente había comprado cucharas nuevas en la tienda del hospital, así como una taza de porcelana blanca, dos toallas pequeñas y una palangana de color crema decorada con peonías rojas y amarillas, la flor nacional. Mei había tenido una parecida en su dormitorio común de la universidad. Todas las mañanas y todas las noches se la llevaba a los lavabos para lavarse la cara, y a veces el sedoso pelo largo. No recordaba de qué color era exactamente ni la flor que llevaba pintada, pero sí lo reluciente que estaba cuando su madre la llevó a casa. Tenía el olor de las cosas nuevas, tan fresco como su propia y joven vida.

Junto a la cama, la asistente vertía agua del termo en la palangana nueva, levantando nubes de vapor. Cuando el agua se hubo enfriado, empapó en ella una toalla. Luego la escurrió, la dobló varias veces y se la pasó a Mei. Mei la colocó en la frente de su madre y se inclinó hacia ella:

–¿Te duele algo?

–Pierna –respondió Ling Bai con voz reseca.

A los pies de la cama, Mei levantó el edredón. Había un olor a sudor antiguo. Ling Bai tenía los pies hinchados, con las uñas gruesas y negras. Había perdido la sensibilidad en el lado izquierdo del cuerpo. Mei le masajeó con suavidad la pantorrilla, la rodilla y el muslo de la pierna derecha.

–¿Mejor? –le preguntó.

Ling Bai asintió y suspiró en silencio.

A las once la enfermera volvía a hacer su ronda. Seguía siempre el mismo procedimiento: primero, contaba el número de gotas con su reloj de pulsera y ajustaba el goteo; luego, comprobaba los tubos y la temperatura de la enferma; por último, le encendía una linterna ante los ojos y gritaba: «¡Ling Bai!». Parecía satisfecha cuando Ling Bai reaccionaba. «¿Ha orinado?», preguntaba.

Cuando se marchó la enfermera, Ling Bai se durmió. La asistente sugirió que Mei comiera, pero ella dijo que no tenía hambre.

–Hermana Mayor... –la asistente era claramente mayor que Mei, pero insistía en llamarla «hermana mayor» para mostrarle respeto–, Hermana Mayor, he estado por los hospitales durante doce años. Una cosa que sé es que uno come cuando puede. Uno no sabe hacia dónde va a soplar el viento ni cuándo va a poder comer otra vez.

Era una mujer agradable, con su pelo rapado, su chaqueta Mao de un azul oscuro

desvaído y su cara cuadrada. Mei le sonrió y le dio algo de dinero.

–No voy a ir a la cafetería del hospital: la comida no es buena. Voy al puesto de la puerta principal –dijo la asistente. Recogió Se guardó con cuidado el dinero en el bolsillo y salió. Un rato después volvió con tres panes rellenos de carne del tamaño de una mano y una botella de agua mineral. Mei dio cuenta de todo ello.

Poco después de la comida, Mei fue a dar un paseo por las dependencias del hospital. Los enfermos convalecientes se movían despacio al cálido sol como figuras de juguete con los muelles rotos, acompañados por familiares y amigos. Un hombre considerablemente vendado andaba cojeando, con pasos vacilantes, deteniéndose a menudo. Dos campesinas de mediana edad ayudaban a un hombre corpulento con abrigo militar de invierno a recobrar el uso de las piernas; él iba escupiendo su frustración. Todo parecía moverse a un paso distinto, todo tenía su propio ritmo. Los minutos y las horas se estiraban aparentemente hasta lo infinito.

Deprimida, Mei giró y se encaminó a la puerta principal, rebasando la entrada de urgencias. Los conductores no paraban de agolparse, alegando necesidades especiales, mientras dos guardias uniformados gritaban y maldecían en el intento de mantener el paso libre para las ambulancias.

Una vez fuera, Mei giró a la izquierda, esquivando el acoso de los taxistas ilegales. A unos cincuenta metros calle abajo había un pequeño restaurante, el único en varios kilómetros. Tenía mantelillos de plástico grasiento y una camarera de aspecto mezquino. Mei lo rodeó hacia la parte trasera y vio su pequeño Mitsubishi rojo todavía allí aparcado. A juzgar por el número de coches, el restaurante estaba haciendo un negocio redondo a base de los enfermos y los moribundos.

La asistente había aconsejado a Mei que estacionara allí el coche toda la noche, lo cual resultó ser más caro que aparcar en el Teatro de Pekín. Pero la alternativa era dejarlo en la calle, lo que sin duda supondría que alguien le tiraría un ladrillo por la noche. Toma capitalismo, pensó Mei; la oferta y la demanda, y todo vale. Entró en el restaurante y pagó otra noche de aparcamiento.

Cuando volvió a la habitación 206 había dos hombres esperando junto a la puerta. Mei reconoció enseguida al tío Chen; llevaba una corta chaqueta informal beis que había encogido y dejaba asomar un cinturón gastado. Al otro hombre, Mei no lo conocía. Era alto, le calculó algo más de un metro ochenta; llevaba un suave traje gris y un par de gafas sin montura. Estaba serio y recién afeitado, y parecía un tipo estudioso que nunca hubiera dado un mal paso en su vida.

–Me ha llamado Lu. Cuánto lo siento –dijo el tío Chen.

–Siento lo de tu madre –el tipo estudioso le dio la mano–. Hemos entrado a verla, pero estaba durmiendo. No queríamos perturbar su descanso –hablaba con voz cálida. Mei le echó más o menos la edad de su madre. Seguía apretándole la mano, con firmeza y sinceridad. Pensó que probablemente sería un secretario delegado del Partido en la unidad de trabajo de su madre, o quizá el director de Asuntos de los Camaradas de la Tercera Edad; ésos eran los personajes que solían enviar a los recorridos hospitalarios.

–Hemos hablado con el médico –dijo–. No te preocupes. El Partido no ha olvidado. Nos ocuparemos de todo.

Por fin Estudioso la liberó del apretón. Se veía sin dificultad que de joven había sido guapo.

–El señor Song Kaishan es un viejo camarada y antiguo compañero de trabajo de tu madre y mío... –dijo el tío Chen.

El señor Song le interrumpió:

–Viejo Chen, tenemos que irnos ya –se dirigió a Mei–: Por favor, transmítele a tu madre mis mejores deseos –volvió a darle la mano, esta vez brevemente.

–Llámame si necesitas cualquier cosa –murmuró el tío Chen. Mei notó que quería añadir algo, pero titubeó, se dio la vuelta y siguió en silencio los elegantes pasos del señor Song. Mei los vio desaparecer en la oscuridad del pasillo. Una extraña sensación la asaltó. Le pareció que de la nada se había levantado un aire frío y, como un fantasma, la había tocado con su mano invisible.

Lu acudió por la tarde, trayendo a la tía Pequeña, que acababa de llegar en avión de Shanghai. La tía llevaba consigo una pequeña bolsa de cuero negro con lo necesario para pasar la noche. Tenía los ojos rojos.

Mei le acercó un taburete de plástico para que se sentara y le cogió la bolsa.

–He venido, Hermana –la tía prorrumpió en dialecto de Shanghai y le cogió la mano a su hermana, que yacía inmóvil en la cama.

–Ésa no; en ese brazo tiene todas las agujas –Mei guió a la tía Pequeña hacia la mano derecha de Ling Bai, la que aún tenía sensibilidad. Luego revisó las agujas del brazo izquierdo para asegurarse de que seguían sujetas con sus esparadrapos y funcionando. El brazo estaba amoratado y tumefacto. La tía acarició suavemente la mano de su hermana.

–No te rindas, Hermana. Te vas a poner mejor, y entonces volveremos a Shanghai. Iremos al Nuevo Mundo a comer sopa de *wentún* grandes. Volveremos a nuestro pueblo a visitar la tumba de Madre –mientras hablaba, sus lágrimas silenciosas empezaron a sofocarla.

Ling Bai abrió despacio los ojos.

–Tercerita... –murmuró. Volvió a mover los labios, pero no salió ningún otro sonido.

–Hermana, he venido a cuidarte como tú hiciste por mí durante tanto tiempo. Te vas a poner mejor –dijo la tía Pequeña con determinación. Suavemente soltó la mano de su hermana.

La tía cogió su bolsa negra y se puso de pie. Las tres mujeres avanzaron hacia el armario de los pacientes, junto a la puerta.

–Gracias por venir –le dijo Mei–. ¿No hay problema con tu unidad de trabajo?

–No hay mucho que hacer en el laboratorio en este momento. Por una semana no tiene que haber problema –la tía era analista de laboratorio en el Instituto de Investigación Biológica de Shanghai.

En ese momento, el ayudante de Lu entró a decirle que había reservado una habitación en el hotel del hospital por una semana para la tía.

–Es básica pero decente –dijo de forma prosaica, tendiéndole a Lu una llave con una etiqueta–. Ésta es la llave, y el equipaje está ya en la habitación.

Lu, cuando hubo hablado con su madre (primero de Lining, que estaba a punto de emprender su viaje anual a Canadá y Estados Unidos, y luego de su nuevo programa de televisión), se fue con su ayudante a buscar al médico. Mei le presentó a la asistente a la tía

Pequeña y le enseñó cómo tenía que darle el agua a Mamá. También le contó a la tía que su madre se había estado quejando de dolores en la pierna y le mostró cómo darle un masaje.

Lu volvió al poco y dijo que el médico no tenía grandes novedades:

–Lo único que pueden hacer es mantener a Mamá en observación –dijo.

–Marchaos a descansar. Las dos tenéis que ir mañana a trabajar –dijo la tía Pequeña–. Ahora estoy yo aquí.

–Si pasa algo, llámanos con el móvil que te he dado –le dijo Lu.

La tía Pequeña asintió:

–No os preocupéis.

–Qué bueno que la tía Pequeña haya podido venir tan rápido –le dijo Mei a su hermana mientras salían del edificio.

Lu asintió:

–Le dije a la tía que el dinero no era problema para mí; puedo pagarle todos los gastos, el avión, el hotel y la comida. Para mí el problema es el tiempo. Si ella no hubiera venido, tú o yo habríamos tenido que quedarnos hoy. Quizá tú puedas, porque eres tu propia jefa, pero yo tengo que ajustarme a mi horario. Tengo casos que estudiar y gente a quien entrevistar.

Mei acompañó a Lu hasta su coche. Su ayudante ya estaba allí esperándola.

–¿Mamá y el tío Chen han trabajado juntos alguna vez? –preguntó Mei.

–No. ¿Por qué?

–El tío Chen pareció dar a entender que fueron compañeros de trabajo.

–Imposible –dijo Lu con firmeza–. Lo habrían mencionado si así fuera.

Mei asintió. Lu tenía razón. El tío Chen tenía que haberse equivocado. Pero durante todo el camino a casa estuvo inquieta. La imagen del elegante desconocido le volvía una y otra vez, proyectando una sombra oscura sobre sus pensamientos.

# 15

Mei durmió mal. La cara de su madre, contraída de dolor, se le aparecía en sueños. A la mañana siguiente, cuando despertó de su pesadilla, le dolía el cuerpo y le palpitaba la cabeza. Estaba agotada.

En cuanto se hubo levantado llamó a la tía Pequeña al hospital. Sólo hablaron un minuto. Su madre estaba despierta. La tía le aseguró que no había habido ningún cambio desde la tarde anterior.

Mei se hizo una taza de café y se la bebió mientras veía el telediario matutino. El café no le sirvió de mucho para el dolor de cabeza. A las nueve y media se fue al trabajo; estaba en condiciones de trabajar, y lo necesitaba. Tenía que mantenerse ocupada para dejar de pensar en su madre. Sentía que, de no hacerlo así, el peso de su ansiedad y su miedo sencillamente la aplastaría.

Mei aparcó su coche al pie del roble. Del otro lado del patio, la Paloma Voladora de Gupin estaba encadenada al joven álamo en su posición habitual. Hacía sol, igual que en los últimos dos días. Mei se quedó un rato sentada en su coche con el motor apagado. Creía haber oído cantos de pájaros, pero cuando se paró a escuchar sólo oyó el ruido de la ciudad, de los coches y la gente. La vida continuaba igual que siempre; le dieron ganas de llorar. ¿Volvería Mamá a ver un sol y un día como éstos?

El encargado estaba con los pies encima de la mesa del cuarto de calderas, con la radio encendida.

–Ya te han subido el agua caliente –le dijo a Mei al verla pasar. Ella asintió.

Gupin estaba sentado a su ordenador, tecleando. Al ver a Mei se puso de pie.

–¿Qué ha pasado? ¿Está bien tu madre? –preguntó.

Mei negó con la cabeza.

–Le dio un ataque. Mi tía está ahora con ella en el hospital.

–Estaba preocupado de verdad. Ayer, cuando no viniste, pensé que debía de ser grave –Gupin se detuvo, se le encendió la mirada–. Pero no te preocupes. Se pondrá mejor, espera y verás. Pareces cansada. Deja que te traiga un poco de té.

Mei asintió. Intentó sonreír, pero le faltó ánimo.

Entró en su despacho. Desde la ventana se veía la copa del roble y, a cincuenta metros, otro edificio de cuatro plantas idéntico al suyo. Los dos edificios habían sido construidos por el Ejército de Liberación del Pueblo a principios de los setenta, cuando los intelectuales y sus hijos adolescentes eran enviados a campos de trabajo y Comunas Populares. Eran funcionales, nada más. Con el paso de los años, las pintadas y la contaminación los habían ido desfigurando.

Mei abrió la ventana. Una brisa suave entró flotando como un recuerdo largamente olvidado.

Gupin trajo el té, el correo y los recados.

–Mi madre tuvo una vez un tumor –le contó a Mei–. Fue hace años. Se quejaba de que le dolía mucho la cabeza. La llevamos al médico de la capital de la comarca, el doctor Yao, que dijo que tenía un tumor cerebral. Todos pensamos que no lo lograría, hasta el médico. Pero Madre vivió. Perdió el uso de las piernas y un brazo no lo tiene muy bien. Pero vivió. El médico dijo que era porque había trabajado durante toda su vida. Tu madre es como la mía: de mente fuerte y buena naturaleza. Se pondrá bien.

Mei sabía que Gupin estaba tratando de levantarle el ánimo. Pero para él, por lo visto, animarse era algo fácil. Las menores cosas le hacían feliz: un cielo azul, el timbre de las bicicletas por las mañanas, el cambio de estaciones y hasta la altura de los rascacielos.

–Por desgracia, mi madre no es de mente fuerte –dijo Mei, pensando en las lágrimas que su madre había vertido a lo largo de los años–. Ha tenido que soportar muchas cargas. Y no es optimista –«podría estar hablando de mí misma», pensó.

–No es optimismo lo que hace falta. Eso no sirve. Lo que hay que hacer es escuchar al destino. Eso fue lo que hizo Madre. Su destino era vivir y tener un hijo entregado como mi hermano. Ella piensa que era también su destino que mi hermano se casara con Loto, mi cuñada. Loto odia a Madre. No puede esperar a que Madre se muera para convertirse ella en la señora de la casa. Pero yo no la voy a dejar. Dice que yo soy un descastado y que no me ocupo de Madre. Pero mando dinero a casa. Si no, ¿con qué íbamos a pagar a los especialistas en hierbas de Madre, o a reconstruir la casa familiar?

–Estás ayudando, Gupin. Aunque no estés allí para cuidarla. Estoy segura de que tu madre piensa lo mismo –dijo Mei con suavidad.

Sus palabras flotaron aliviando sus propios pensamientos. Soy una buena hija, pensó, y Mamá lo sabe.

Pero su confianza se evaporó rápidamente, dejándole sólo dudas y un sentimiento de reproche. Sí, había querido a su madre y se había ocupado de ella. También la había desobedecido. La había herido con su fracaso y su individualismo. Le había traído tristeza y preocupación. Se habían peleado. Se habían herido la una a la otra con palabras y con actos.

Mei sintió que le empezaba a latir otra vez la cabeza.

–¡A trabajar! –dijo abruptamente.

No había consuelo que Gupin ni nadie pudiera proporcionarle. Nadie podía apaciguar sus miedos. El tiempo huía. El tiempo que necesitaba para hacer que Mamá volviera a quererla se le estaba escapando entre los dedos como arena.

Mei se pasó casi todo el día encerrada en su despacho. Revisó carpetas antiguas y se ocupó de menudencias de los últimos dos días. Repasó sus notas y sus recuerdos de la visita a Liulichang y al Centro Lufthansa. Le habría gustado ver más de cerca al hombre con quien se encontró Wu el Padrino. Lo recordaba alto, bien vestido y de piel clara, más o menos de la misma edad que Wu el Padrino. Estaba claro que era rico, con ese coche, el chófer y la novia modelo. Mei intentó imaginar la conversación que habrían mantenido ante un té en alguna de las cafeterías del sótano. Probablemente hablaron de la vasija ritual Han, y de que ella andaba haciendo preguntas.

Mei decidió que tenía que encontrar al vendedor de la vasija, y pronto.

Abrió la puerta y llamó:

–Gupin, ¿puedes venir, por favor?

Cuando su secretario entró, le indicó por señas que se sentara en el sillón.

–¿Qué sabes del tren que hace el trayecto de Luoyang a Pekín?

–Pues muchas cosas: ése es el tren que yo cogí para venir a la ciudad. Sólo hay uno al día. Llega a la Estación Oeste de Pekín a las cinco y media de la mañana. Lo recuerdo como si fuera ayer. Vine en febrero, después del Año Nuevo Chino. Cuando el tren llegó, fuera todavía estaba oscuro, y tuve que esperar en la estación a que se hiciera de día. Cuando hubo luz y los autobuses empezaron a circular, seguí las indicaciones que me habían dado. Cogí tres autobuses para ir a ver a un chico de un pueblo vecino que había venido a Pekín hacía un año. Me dijo que me podía quedar con él y trabajar en la misma obra. Yo estaba emocionado de ver Pekín por primera vez: los edificios altos, los autobuses, las calles anchas y los camiones limpiacalles. Nunca había visto camiones limpiacalles.

–Si no conocieras a ese hombre del pueblo vecino, ¿a dónde habrías ido?

–Probablemente a alguno de los hoteles baratos que hay alrededor de la estación. Muchos viajeros hacen eso. A veces hasta se puede alquilar una habitación de algún residente en Pekín por tan sólo quince yuanes la noche. Por supuesto que es ilegal que los residentes alquilen habitaciones, porque son propiedad de sus unidades de trabajo, y no suya. Pero ya sabes lo que pasa: la gente necesita dinero.

–Estoy buscando a un tipo de Luoyang. Vino a Pekín hace un par de semanas a vender una valiosa reliquia. Lo único que tengo de él es su descripción. Puede que se quedara por la zona de la estación, como tú dices. Pero estoy segura de que ya no está ahí. Ahora que ha vendido su reliquia, es rico.

–Pero es posible que alguien de esa zona le recuerde –razonó Gupin–; quizá una camarera, o la gente del hotel. Puede que alguno de ellos sepa adónde se fue.

Mei lo pensó un momento.

–También puedes probar con la consigna de la estación –añadió Gupin–. Habrá tenido que guardar su reliquia en algún sitio seguro. Esos hoteles baratos son todos privados, en general poco de fiar: sólo un tonto dejaría objetos de valor ahí.

–Creo que tienes razón –dijo Mei–: empezaré por la estación.

–¿Quieres que vaya contigo? –preguntó Gupin–. La zona de la estación no es segura por la noche. Está llena de gente de paso y de matones del barrio.

–Eres muy amable, pero creo que debería hacer esto por mí misma. A veces la gente le dice más cosas a una mujer si va sola.

Gupin se quedó decepcionado. Bajó la cabeza. La atmósfera de emoción que le había rodeado desapareció.

–Quizá la próxima vez –le dijo Mei–. Te veré mañana.

# 16

Fuera había empezado a caer el crepúsculo. Era la hora en que la ciudad desplegaba sus resortes. Los niños se habían vuelto a sus casas después de pasar la tarde jugando a las cartas o al fútbol en las aceras. Se estaban poniendo las mesas para la cena. Por las ventanas entreabiertas de las cocinas se olía el dulce reclamo de los guisos de las abuelas.

Era el mejor momento para hacer una llamada.

–¡Oh, Mei! –exclamó la tía Chen al coger el teléfono–. Pobre niña –suspiró–. Espero que no estés demasiado preocupada. El tío Chen acaba de volver del hospital. Parece ser que tu madre está bien. Mantén el corazón bien abierto, ¿vale?

El tío Chen cogió el teléfono. Puso a Mei al corriente del estado de su madre.

–Gracias por ir a verla –dijo ella–. Yo espero poder ir mañana.

–No te preocupes. ¿Qué tal tu encuentro con Pu Yan? –el tío Chen bajó la voz–. ¿Has averiguado algo?

–Justo por eso te llamaba –dijo Mei–. Fui al mercado de antigüedades de Liulichang, porque Pu Yan había oído que la vasija había sido vendida a un marchante de allí. Hablé con un tipo que recordaba al hombre que intentó vendérsela: era de Luoyang, como tú sospechabas, pero lo único que saqué en claro fue su descripción.

»El marchante se llama Wu el Padrino y es especialmente desagradable. Le seguí la pista hasta el Centro Lufthansa y allí se encontró con otro tipo. Por desgracia no los pude seguir, pero apunté la matrícula del coche del otro y le he pedido a una amiga de la Dirección de Tráfico que la busque en los archivos. Sospecho que nuestro hombre de Luoyang sigue en Pekín. Pu Yan dijo que la vasija podría haber alcanzado los cuarenta mil yuanes. Eso es un montón de dinero, ¿por qué iba a irse de Pekín sin probar la buena vida?

–¿Pero cómo le vas a encontrar? En Pekín hay diez millones de personas –el tío Chen sonaba preocupado.

–Empezaré por el principio: la Estación Oeste de Pekín. ¿Me puedes encontrar algo de *guanxi* dentro de la estación? Cuanto más alto sea el cargo, mejor.

–¿Cuándo quieres ir?

–Esta noche. Es mejor que nos demos prisa. Creo que hemos revuelto la hierba: las serpientes están asustadas.

–Déjame que haga unas llamadas –dijo el tío Chen–. ¿Dónde estás?

–En la oficina.

–Luego te llamo.

A la media hora sonó el teléfono. Mei anotó la información en un papel, que luego dobló y guardó en su monedero. Metió el monedero, un bote de spray antivioladores y una pequeña linterna en un bolso de nailon negro. Se aseguró de que su móvil tenía suficiente batería. Luego se colgó el bolso del hombro y salió.

El viento se había extinguido. Las nubes se espesaron, arrebujadas como una acogedora manta. Las luces se encendieron, iluminando la Estación Oeste de Pekín, un edificio nuevo con la forma de las antiguas puertas de la ciudad, con cuatro torrecillas en forma de pagoda. Frente a él, gente sentada sobre su equipaje esperaba autobuses. Los vendedores de comida andaban por entre la multitud gritando: «¿Tiene hambre? ¡Coma bollos calientes rellenos de carne!».

Dentro de la estación, rostros frescos y ojos exaltados se maravillaban de la rutilante decoración. Había un flujo constante de avisos por los altavoces, anuncio de salidas, retrasos, niños y adultos perdidos. Trabajadores de provincias corrían de aquí para allá con costales al hombro. Las familias se arracimaban en blancas salas de espera, compartiendo cenas de fritanga con arroz en bandejas de cartón. Otros dormían, tendidos como cadáveres en los largos bancos.

Mei se detuvo ante la oficina del jefe de estación. En la puerta, un cartel rezaba: «Vagabundos no».

Empujó y abrió la puerta. Dentro contó ocho personas sentadas en un banco pegado a la pared. Mei se acercó a la mujer joven que estaba tras el mostrador y preguntó por el jefe de estación.

–¿Quiere hacer una reclamación? –la mujer empujó a un lado una brillante revista y alzó los gruesos párpados–. Rellene un impreso y espere ahí.

–No, es un asunto privado –dijo Mei.

Ella la miró de arriba abajo:

–¿Qué tipo de asunto privado? –su tono ya no era tan seco.

Mei se inclinó sobre el mostrador:

–Dígale por favor que soy una amiga del señor Rong Feilin, de la Dirección de Ferrocarriles.

La mujer se levantó y desapareció por la puerta que había detrás del mostrador. Enseguida, Mei oyó moverse una silla. La puerta volvió a abrirse, y un hombre corpulento con el uniforme ferroviario gris y rojo se acercó para saludarla. Su sonrisa solícita llegó antes que su mano.

–Entre, por favor –le dijo. Se dieron la mano.

–Soy Wang Mei –dijo ella.

–Yo me llamo Li Gou. Soy el subjefe de estación. El jefe de estación se ha ido a casa. ¿En qué puedo ayudarla? –tenía la boca llena de dientes marrones–. Xiao Yang –le dijo a la mujer del mostrador–: té.

Xiao Yang asintió y salió.

–Siéntese, por favor. Qué día tan malo, de pronto ha vuelto el frío –el señor Li arrastró una silla para sentarse cerca de Mei–. ¿Qué tal sigue el camarada Rong? Yo antes trabajaba para él; bueno, no directamente. Él era el jefe de la Estación de Pekín y yo era uno de los encargados de pasajeros. Luego el camarada Rong fue ascendido a la Dirección de Ferrocarriles. No sé si se acordará de mí; antes de venirme aquí, yo llevaba la línea Pekín-Cantón.

Mei sonrió y no dijo nada.

–Bueno, bueno –volvió él a enseñarle a Mei los dientes y se alisó el uniforme–. Hablemos de lo que la trae aquí.

–Estoy buscando a un hombre que llegó de Luoyang a Pekín hace dos semanas. Puede

que dejara algún objeto de valor en la consigna. Me gustaría ver el libro de registro.

–Desde luego –dijo el señor Li. Se levantó y se metió detrás de su escritorio a consultar sus libros.

Llegó el té. Xiao Yang les sirvió una taza al señor Li y otra a Mei y se fue.

El señor Li abrió un gran cuaderno y fue recorriendo las páginas con el dedo. Cuando encontró la página que buscaba, dijo:

–Esta noche el encargado de servicio en la consigna de equipajes es... eh... Tang Yi. Le diré a Xiao Yang que la acompañe hasta allí.

Cogió su taza de té y volvió a sentarse junto a Mei.

–Me temo que la persona que hizo la anotación quizá no esté esta noche. Normalmente hay dos turnos, uno de mañana y otro de noche. No estoy seguro de cómo llevan allí los turnos exactamente. A veces los van rotando. Tang Yi le podrá dar más detalles.

–¿Puedo ir ahora? –preguntó Mei, dejando su té sin tocar.

–Por supuesto, como usted quiera –dijo el señor Li, levantándose.

–Le diré al camarada Rong que ha sido usted de gran ayuda –dijo Mei.

–Gracias. Si puedo atenderla en algo más, hágamelo saber –los dientes marrones se desplegaron en una mueca.

Mei siguió a Xiao Yang hasta la consigna de equipajes. Ante el mostrador se había formado una pequeña aglomeración; era difícil decir dónde estaba el final de la cola o si había llegado a haberla. Dos mujeres de aspecto idéntico manejaban aquel cotarro con la menor cantidad posible de palabras y miradas. Llevaban los uniformes abotonados con desgaire. Gruñían a los clientes como gatos ansiosos. Estaban llegando al final de su turno.

–¿No le he dicho que se aparte? Todavía no necesito su carné de identidad. ¡Rellene primero el impreso! –chillaba la mayor de las gemelas.

Xiao Yang se aproximó a ella y le preguntó por el encargado, y le respondieron que estaba en la parte trasera.

El señor Tang se levantó de un salto cuando entraron Mei y Xiao Yang. Intentó apagar el pitillo con una mano y ponerse la gorra con la otra.

–Xiao Yang, ¿qué viento te trae hasta mí? –su sonrisa era amplia.

–La señorita Wang es de la Dirección de Ferrocarriles –dijo Xiao Yang con voz de hielo–. Necesita ver vuestros registros. El jefe de estación Li dice que la ayudes en todo lo posible, y quiere saber los resultados.

Luego se despidió amistosamente de Mei.

El señor Tang siguió con los ojos a Xiao Yang hasta que hubo salido por la puerta. Luego volvió a echar la gorra encima de la mesa y se encendió otro pitillo. No le apetecía ayudar a Mei ni a nadie. Le contrariaba ostensiblemente que su jefe le hubiera cargado con tan pesada tarea. Estaba pálido y tenía aspecto de necesitar un trago.

Se apoyó hacia atrás en el borde de su mesa, soplando el humo por entre los dedos amarillos:

–¿Qué es lo que busca?

–Me gustaría ver el registro de entradas en la consigna de hace dos semanas –dijo Mei–, y también hablar con las empleadas.

El señor Tang aspiró de su pitillo. Se dirigió a una vitrina y empezó a sacar carpetas.

–En esta oficina sólo se guardan las cuatro últimas semanas –murmuró, con el pitillo columpiándose de la comisura de su boca. Un humo fino merodeaba a su alrededor como una amante celosa–; el resto se manda a los archivos. Pensará usted que en estos tiempos hay poca gente que tenga cosas de tanto valor como para pagar por dejárnoslas aquí. Pues se sorprendería. Hay todo tipo de chatarra aquí metida.

El señor Tang soltó una pila de papeles sobre la mesa, delante de Mei. Luego volvió a su acodamiento, con un nuevo pitillo en la boca.

Mei empezó a repasar las anotaciones. La gente dejaba todo tipo de cosas en la consigna: una urna de cenizas, un sobre sellado, un bulto pequeño envuelto en tela ordinaria, un pájaro vivo en su jaula... Venían de cualquier parte del país para dejar allí un trozo de sus vidas: de los campos de arroz del sur, de los bosques cubiertos de carámbanos del noreste, de las praderas, los caballos y las montañas del oeste. Algunos eran de Luoyang, donde empezaba la Ruta de la Seda. Mei separó esos registros.

Uno de los halógenos titilaba. El señor Tang cogió de un rincón una escoba y golpeó el tubo sin resultado.

–¿De qué departamento de la Dirección ha dicho que es? –preguntó.

–No lo he dicho –dijo Mei.

El señor Tang se quedó callado, y así permaneció durante los veinte minutos siguientes. Al fin, Mei levantó la vista y le dijo:

–¿Puede decirle a alguna de sus camaradas que venga a verme?

El señor Tang estrujó el pitillo en un pequeño espacio del cenicero y lo convirtió en colilla. Se puso la gorra y, dando un ruidoso portazo, salió.

Mei esperó. Al cabo de un largo rato el señor Tang volvió con la más joven de las gemelas, de unos veintitantos años, no guapa pero sí de ojos vivaces. Tenía las mejillas enrojecidas de haber pasado horas detrás del mostrador, y resecas del aire rancio de la estación. Entró decidida.

–¿Cómo está usted, camarada Wang? –tenía la voz aguda. Le tendió la mano–. Me ha dicho el viejo Tang que es usted de la Dirección. Yo me ocupo de la consigna. ¿Puedo sentarme? –se acercó una silla y esperó.

Mei se volvió al señor Tang:

–¿Podría disculparnos?

Él miró hacia otro lado. Con el índice y el pulgar se quitó algo de tabaco de entre los dientes.

–¡Por favor! –ordenó Mei.

Después de darle una última calada a otro pitillo, el señor Tang tiró la colilla al suelo y la aplastó con el pie. Luego cogió su gorra y salió del cuarto.

–¿Recuerdas a este hombre: Zhang Hong? –Mei le pasó a la chica una hoja de papel–. Aquí dice que depositó una gran caja de madera el día uno de abril y que la recogió cinco días más tarde. La caja sería como mínimo así de grande –Mei dibujó un rectángulo con las manos–. Creo que era un tipo fuerte, de estatura mediana, y con una cicatriz justo encima del ojo izquierdo. Tenía acento de Henan.

La joven asentía y le sostenía la mirada a Mei. Mientras la escuchaba, adoptó la expresión de quien busca en un largo y tortuoso túnel de recuerdos.

–Llevaba algo de mucho valor en la caja. Puede que estuviera nervioso o alterado o que hiciera algo fuera de lo corriente –dijo Mei–. Pienso que habrá venido alrededor de las seis

de la tarde a recoger la caja. Hay dos trenes diarios a Hong Kong y a Shenzhen más o menos a las ocho de la tarde, ¿verdad? –de acuerdo con los cálculos de Mei, eso le habría dado al tipo el tiempo suficiente para completar la transacción de la vasija ritual e irse en el siguiente tren a la región de Hong Kong.

La mujer frunció el ceño, inclinó la cabeza hacia un lado y cerró los ojos. Mei imaginó su silencioso repaso del día a día, peinando el recuerdo de caras que hasta ese momento no significaban nada.

Mei continuó, con la esperanza de que algo de lo que había dicho o estaba a punto de decir pudiera despertar la memoria de la joven.

–Era la primera vez que venía a Pekín. Tenía grandes planes. Había venido a hacerse rico. Yo diría que traía guardarropa nuevo para la ocasión: zapatos nuevos, ropa nueva, corte de pelo nuevo, maleta nueva, el conjunto entero.

La mujer abrió los ojos; tenía la mirada desenfocada. Los volvió a cerrar y a abrir. Luego habló:

–Creo que ahora me acuerdo. Tenía una gran cicatriz, como si se la hubiera hecho una máquina –bizqueó–. Sí, llevaba un traje nuevo, pero de aspecto barato, y una bolsa de mano de cuero, como suele llevar la gente de provincias –le dedicó a Mei una sonrisa cómplice–. Llevo muchos años trabajando en el ferrocarril. Siempre es igual –su pensamiento había llegado al final del túnel: la luz se acercaba. Su memoria se empezó a acelerar–. Todos quieren estar elegantes cuando vienen a una ciudad grande como Pekín, con peinados nuevos y ropa nueva que están de moda en sus ciudades. Pero todos acaban pareciendo animales del zoo. Yo les huelo la suciedad a un *li* de distancia. Así que al principio no presté atención a ese, cómo se llamaba, Zhang Hong.

–Pero te fijaste en él.

–Al final, sí. ¿Por qué? Ahora me acuerdo. Había mucho que hacer aquella tarde. Le dije que todo el mundo tenía prisa y que tenía que ponerse a la cola. Estuvo trajinando y protestando, unas veces de nuestros servicios y otras de otras cosas. Odio a la gente así. ¿Quiénes son ellos para decirnos que no ofrecemos un buen servicio?

»Ya me acuerdo, tan claro como si hubiera sido ayer. Cuando por fin le traje la caja, me gritó con un acento muy fuerte (puede que fuera de Henan, no lo sé): «¡Con cuidado, con cuidado, que es valiosísimo!».

»Todos se creen que lo que traen es el oro y el moro, cuando en realidad no vale un céntimo. Vemos un montón de gente así por aquí. ¿Sabe usted que nuestra Estación Oeste es la más grande de Asia? A veces estamos tres personas atendiendo; a veces, como hoy, sólo dos. La gente no sabe cómo es esto, o no lo entienden o son demasiado estúpidos; llegan tarde y quieren sus cosas. Nos insultan y pretenden darnos órdenes. Servimos al pueblo, pero no somos sirvientas.

Los ojos le brillaban más a medida que se iba animando.

–Como estaba diciendo, me enfadé bastante. Puse la caja en el mostrador y le dije que firmara la entrega. Se puso como loco, chillando: «¡Por todos los santos, no la estampe así en el mostrador!»; y ni siquiera la había soltado de golpe. Yo ya estaba hasta aquí –levantó el brazo derecho y se tocó la barbilla con el dorso de la mano–. Así que le dije que leyera el aviso que hay en la pared: «La Estación Oeste no se hace responsable del posible deterioro de los objetos depositados».

–¿Y qué pasó entonces?

–Pues nada. La persona que iba con él le dijo que tenían que irse. Así que cogieron la caja y se fueron.

Mei alzó la vista.

–¿Iba un amigo con él? ¿Era un tipo bastante musculoso con el pelo a cepillo?

–No –negó ella moviendo la cabeza–. Era una chica joven.

–¿Una chica joven? –eso Mei no se lo esperaba–. ¿Qué tipo de chica? ¿Qué edad tenía?

–Puede que dieciocho. Ya sabe, de esas que se hacen la permanente: un pendón.

–¿Era pekinesa?

–Si tenía algún acento, no se lo noté.

Mei inspiró profundamente. Ya había oído todo lo que quería oír.

–Gracias. Me has ayudado mucho –dijo–. Que esto que hemos hablado quede entre nosotras, ¿entendido?

–No se preocupe. Es nuestro deber ayudar a los camaradas de la Dirección –la chica se levantó y se dieron la mano. Mei se dio cuenta de que estaban temblando de emoción.

Cuando ella se fue, el señor Tang volvió a entrar. Llevaba un pitillo fijo entre los dedos como un miembro adicional. Estudió pensativamente a Mei. Ella le dijo:

–Gracias, señor Tang. Ya no le molesto más –al tocar su huesuda mano amarilla, Mei sintió un escalofrío en la espalda.

# 17

Aunque el gobierno exigía que cualquiera que pensase quedarse en Pekín más de tres días se registrara en la policía, había mucha gente que no lo hacía. Alguien como Zhang Hong sin duda no lo habría hecho. Aun cuando usara el número de su carné de identidad, era improbable que Mei pudiera dar con él por medio de los archivos policiales.

Pero la noticia de que estaba con una chica pekinesa era alentadora. El hecho de que ella conociera a Zhang Hong antes de la venta de la vasija hacía pensar que era alguien que trabajaba por aquella zona, quizá una camarera de restaurante o de hotel. Probablemente él había alardeado del dinero que iba a conseguir y le había hecho promesas.

Mei miró a su espalda mientras se adentraba en las calles sin iluminación que había a un par de manzanas de la estación. Allí, las estrechas callejuelas y las casas con patio del viejo Pekín habían sido reemplazadas por edificios de cemento armado, construidos en los años cincuenta y sesenta, cuando el gobierno apisonaba los nuevos Planes Quinquenales, que ahora subsistían adornados por el deterioro del paso del tiempo. Pronto serían demolidos para dejar paso a una nueva perspectiva.

La noche se había puesto peligrosa y fría. Tras las pilas de muebles viejos sonaban rumores amortiguados; en las sombras se movían siluetas silenciosas. Suspendida sobre la entrada de una pequeña pensión, una bombilla amarilla iluminaba un letrero que decía «Completo».

La pensión era un edificio de dos plantas, con los muros revocados en gris. Era un añadido de alguna especie, probablemente construido deprisa y con materiales pobres. Mei no habría podido decir a qué se había añadido ni para qué otro propósito habría servido antes de convertirse en pensión. Por el lado derecho, en algún punto de la planta baja, un pálido resplandor oscilaba tras una ventana.

Había una anciana sentada al mostrador de la recepción tejiendo la manga de un minúsculo jersey. De vez en cuando cruzaba las agujas de hacer punto, se apoyaba el jersey en el regazo y medía la longitud de la manga usando la distancia entre sus dedos gordo y corazón.

–¿Es para su *waisun* (el hijo de una hija suya)? –le preguntó Mei. La visión de la pequeña labor de lana y la cara de la mujer le hicieron pensar en su madre.

–No; ¡para mi *sunzi* (el hijo de mi hijo)! –la mujer hablaba con un suave acento sureño que sonaba como el agua clara que corre entre riberas verdes. El orgullo henchía sus arrugas.

–¿Qué tiempo tiene?

–Ah, no; todavía no ha nacido –dio golpecitos al jersey como si fuese un niño–. Pero como salga en algo a su padre va a ser un niño muy grande.

–¿Está usted segura de que va a ser niño?

–Es un niño, como está mandado. A mi nuera la tripa le apunta hacia delante: es un niño

seguro –asintió con renovada confianza–. Todo el mundo lo dice.

–La Abuela tiene suerte –dijo Mei, contenta de ver una cara feliz.

–¿Qué puedo hacer por ti, mi niña? –preguntó la sonriente mujer.

–¿Dónde se puede encontrar algo de comer por aquí?

–Hay algunas cafeterías nocturnas dos manzanas más arriba. Pero no todas son limpias, ¿sabes lo que te quiero decir? Vete al sitio de mi nuera; se llama Lai Chun: Llegada de la Primavera.

La mujer puso su labor en un cestillo y se levantó de la silla. Era menuda y se movía con mano rápida y pie ligero. Era una mujer a la que le gustaba trabajar, y el trabajo la había mantenido joven de aspecto.

–Mi hijo está en el restaurante echando una mano. ¿Podrías darle un recado de mi parte? Se llama Lao Da. Dile que estoy un poco cansada. Debería volver y cerrar la recepción para la noche.

–¿Es de su hijo este hotel?

–Cielos, no. Nosotros no tenemos tanto dinero. Pertenece a mi primo, un tío segundo suyo. Mi hijo sólo se ocupa de él, ayuda a llevarlo, por así decirlo. Es un buen arreglo. Hemos podido venir a Pekín, y aquí tenemos cuarto gratis. El Lai Chun sí es de ellos: un negocio pequeño y agradable. Mi nuera es muy buena cocinera. La llaman la Reina del Wentún. Antes solía ayudar a mi hijo aquí, haciendo la limpieza. Ahora lleva el restaurante. Una mujer muy capaz, esta nuera mía. Cuando no hay mucho que hacer aquí, mi hijo se acerca por allí a ayudarla. Están intentando pagar todas las deudas lo antes posible para comprarle por fin su parte al tío.

La mujer se detuvo bajo la solitaria luz amarilla y le indicó el camino. Mei le dio las gracias y volvió a adentrarse en la oscuridad.

Algo más allá calle abajo, Mei se encontró en la esquina de un sucio callejón, exactamente como había descrito la anciana. Era como otro mundo. El callejón olía tanto a orina como a comida. Por la derecha estaba oscuro, amurallado de casitas con tejado de alquitrán. Al pie del muro había montones de desechos, ladrillos sueltos, basura y chatarra de sartenes o bicicletas viejas. El lado izquierdo del callejón lo delimitaban casitas similares, pero éstas mostraban sus fachadas, brillantemente iluminadas y bulliciosas. Eran las cafeterías nocturnas en las que la mayoría de los huéspedes de hotel pasaban la velada.

Mei anduvo entre el resplandor amarillo que se filtraba fuera de las ventanas. Su sombra en el muro era larga y curvada. La mayor parte de las ventanas estaban empañadas, velando las figuras que se movían dentro.

Una de las puertas se abrió. Un hombre joven salió con una jofaina de agua sucia y la vació junto al muro. Le echó a Mei una mirada lo bastante larga para hacerla sentirse incómoda.

El Lai Chun estaba hacia el fondo del callejón. Era un sitio pequeño pero aireado, con mesas blancas de plástico y sillas también de plástico. Había como una docena de clientes comiendo ruidosamente de grandes cuencos de sopa. Un joven de pies ligeros iba y venía entre las mesas y la cocina, que estaba escondida tras una cortina de flores. Tenía la misma expresión alegre que la anciana de la pensión.

–¡Jefe, salsa de soja! –llamó uno de los clientes.

Casi a la carrera, el joven le llevó la botella de salsa de soja, la dejó sobre la mesa y se volvió hacia Mei:

–Lo siento, no hay ninguna mesa libre; cinco minutos, espere por favor, en cinco minutos le tengo una mesa –también hablando era rápido.

–Estoy bien. Tu madre me ha pedido que te dé un recado –dijo Mei.

–¿Mi madre? –él detuvo su ajetreo.

–Dice que está cansada y que puedes volver para cerrar la recepción. Sólo es eso.

«¿Mi madre?», dudaron sus ojos. Eran brillantes y animosos.

–Sí, tu madre. ¿No eres tú Lao Da? Vengo ahora mismo de la pensión.

Sonrió como si se le acabara de activar algún mecanismo.

–Sí –dijo–, mi madre quiere que cierre la recepción. Gracias.

Volvió a toda prisa a la cocina, recogiendo cuencos vacíos y palillos sucios a su paso.

Cuando se hubo marchado, la cortina de la cocina se dividió y salió una mujer en avanzado estado de embarazo secándose las manos en el delantal. Saludó a los habituales con un «Hola, viejo Huang» y un «¿Cómo está, tío Ma?».

–Reina del Wentún, date un respiro –le dijeron ellos.

A ella se le iluminó la mirada.

–Estoy bien. Coman sin prisa –se iba inclinando ante sus clientes a medida que pasaba junto a ellos.

Trajo una silla para Mei.

–Gracias por el mensaje, Hermana Mayor. Lao Da suele volver a ver cómo anda Madre, pero hoy hemos estado ocupados. De todas formas, la hora punta ya ha pasado. Ahora está la gente que acaba de llegar en el tren nocturno, nada más. ¿No le importa sentarse aquí? Déjeme que le prepare un plato de mis *wentún* especiales.

–Eso estaría bien: estoy muerta de hambre –sonrió Mei.

–Bien –ella dio una palmada al juntar las manos. Tenía las mejillas salpicadas de manchas del embarazo, y aun así a Mei le costaba imaginar una cara más agradable.

Los *wentún* estaban exquisitos. La envoltura estaba hecha de láminas de pasta al huevo finas como el papel y liada a mano con relleno de carne fresca y de marisco. Se le deshacían en la boca. El caldo era tan sabroso que tenía que proceder de huesos hervidos pacientemente a fuego lento durante días.

Lao Da regresó y se metió en la cocina. La Reina del Wentún vino a sentarse junto a Mei, preguntándole qué tal estaba la comida. Al fondo, los habituales bebían aguardiente de arroz y charlaban.

–Deliciosa: los mejores que he probado –dijo Mei.

Aquello pareció complacer a la Reina del Wentún.

–Bien –dijo–. Vuelva más veces, ya le llenaré un poco más el cuenco –movió su silla hacia delante y se inclinó hacia Mei como una comadre conversando en un mercado–. Ya sé que no es asunto mío, pero no vienen por aquí muchas chicas, sobre todo solas. Bueno, a veces sí; pero usted no parece de ese tipo...

–Pues no, no me he escapado de casa, y no, tampoco estoy casada... –Mei negó con la cabeza–. Pero tiene razón: estoy aquí por un motivo. Estoy buscando a un hombre que se llama Zhang Hong, un tipo con pinta de duro, con mucho músculo y una cicatriz por encima del ojo izquierdo. Sabe, su mujer es pariente lejana mía. Viven en Luoyang. Ella está preocupada porque él no ha vuelto a casa. Había venido a Pekín a vender una antigüedad y se suponía que luego tenía que volverse con el dinero.

–¿Cuánto hace que se fue?

–Más de dos semanas.

–¿Y si todavía no ha resuelto el negocio?

–Está hecho. Él tiene el dinero.

–Ya veo. Bueno, yo estoy mucho en la cocina. Pero si ese Zhang Hong ha estado por aquí, mis habituales lo sabrán. Espere aquí –puso una mano en la mesa y la otra en la silla y se empujó hacia arriba. Se fue bamboleándose a ver a sus clientes habituales.

Enseguida llamó con la mano a Mei.

–Igual quiere mirar en el Venga la Suerte. Todos los que tienen dinero van allí, ¿no? –la persona que hablaba era el llamado tío Ma. Era un hombrecillo despierto de ojos como cabezas de alfiler y edad avanzada.

El viejo Huang, de rostro grasiento, interrumpió:

–El Venga la Suerte es caro, pero por las noches siempre está abarrotado, aunque, sinceramente, no sé por qué. Bueno, supongo que sí lo sé: es el único centro de entretenimiento nocturno que hay por aquí. Tiene máquina de karaoke y, por supuesto, esas chicas. Uno diría que los pobres idiotas de provincias no pueden permitirse ir allí; pues todas las noches llenan el sitio como si fuera la última noche de sus vidas.

–También van algunos de por aquí –añadió el tío Ma, echándole una mirada a su amigo por encima de la mesa–. Ya sabes de qué tipo, pervertidos y matones.

El viejo Huang se encogió de hombros.

–Las bebidas allí son caras, pero un viajero solitario puede conseguir algo de acción, acercarse a la piel de una mujer. Y, si tiene dinero, jugar una partida de póker; hasta puede que tenga suerte. Jugarse el dinero está mal y es ilegal: ésa es la política del Partido, y para mí es la correcta. Pero un poquito de vez en cuando no hace daño a nadie. El tío Ma y yo vamos alguna vez al Venga la Suerte a jugar una partida de *mah-jong*: treinta o cuarenta yuanes, sólo para divertirnos. Alguna vez ganamos una manita. Pero no somos adictos; si uno es adicto, entonces el juego es mortal. El *mah-jong* es otra cosa. Es un juego más elaborado, no depende tanto de la suerte.

–¿Les importaría llevarme al Venga la Suerte? –preguntó Mei, sonriendo. Sus grandes ojos aletearon como luciérnagas en una noche de verano–. Verán, es que han visto a Zhang Hong por ahí con una amiga joven. Su mujer le quiere de vuelta antes de que todo el dinero se haya esfumado.

–Bueno, si él es del tipo jugador, no habrá nada que lo pare –dijo el viejo Huang, con aire sagaz. Al parecer le complacía que una guapa joven le necesitara. Se volvió a su amigo–. ¿Tú quieres ir? Como se entere tu mujer...

–Sí –dijo el tío Ma con rapidez, bajando la cabeza y lanzando con sus pequeños ojos una mirada avergonzada a la mesa donde reposaban sus manos y donde el té se había enfriado en su taza–. Yo también voy.

# 18

Salieron los tres hacia el Venga la Suerte.

Era un lugar de sombras, con lámparas rojas sobre las mesas por toda iluminación. Olía a aguardiente de arroz hervido. En una mesa, a la izquierda de Mei, cuatro hombres apostaban sobre cuánto eran capaces de beber; la mesa estaba sucia de cacahuetes hervidos con sal y botellas de cerveza vacías. A la derecha, dos hombres jugaban a los chinos, cantando canciones para animarse a beber y riéndose. Querían que sus acompañantes femeninas se unieran al juego, pero las mujeres se limitaban a soltar risitas y agitar las cabezas como sonajeros. Detrás de la barra, dos camareras cuchicheaban e intercambiaban miradas cargadas de intención; al parecer hablaban de un hombre que estaba bebiendo solo en una esquina.

Había un grupo de jóvenes del barrio sentados a la gran mesa del centro de la sala, todos ellos fumando y bebiendo y compartiendo la misma expresión dura. Uno de ellos era una chica, bien fuera la chica del cabecilla o la cabecilla misma. A excepción de un chico atractivo, todos se movían con cuidado a su alrededor, mostrándole gran respeto.

El encargado saludó calurosamente al viejo Huang y al tío Ma. Preguntó por la señora Ma, por su estado de ánimo y por el tiempo que iba a hacer al día siguiente. Les señaló una mesa vacía en un rincón. El viejo Huang le dijo algo al oído, a lo que el encargado asintió y respondió:

–Por supuesto, pasen adentro.

Atravesaron la cocina. Había dos cocineras sentadas ante platos de tiras de carne de pollo y verduras rehogadas, cenando fuera de hora. Apenas parpadearon cuando Mei y su escolta pasaron ante ellas. Sobre los fríos fogones, sartenes cubiertas de la grasa de varios meses de uso permanecían ociosas. Había cajas de cartón abiertas y botellas de salsa medio agotadas desparramadas por todo. Un pollo decapitado yacía sobre la madera de una tabla de cortar junto a un enorme cuchillo de acero.

Pasada la cocina había un salón de juego. Los tubos halógenos ardían por encima del humo, y en el aire flotaba punzante el ácido olor de la cerveza. El techo era bajo y el suelo estaba frío, pero eso al parecer no incomodaba a nadie. Había una atmósfera de calma, como en un fumadero de opio donde los clientes fueran ya por la tercera pipa.

El juego era el opio de aquella gente. De día podían dedicarse a cualesquiera ocupaciones: podían ser maestros de escuela, o bien opulentos funcionarios. Uno podía encontrarse allí a una dulce abuelita con dentadura postiza o a un padre que no permitía a sus hijos la menor brizna de libertad. Algunos probablemente habían mentido, diciendo que iban a visitar a unos vecinos o a reunirse con unos amigos. Algunos no habían logrado eludir los reproches de la esposa histérica o del iracundo marido, y se sentaban a sus mesas descorazonados y avergonzados. Pero eran más frecuentes las expresiones de liberación y alivio: aquéllos eran

los viajeros que estaban a miles de kilómetros de sus casas. En la inmensidad anónima de la ciudad se hallaban fuera del alcance de cualquier conocido y podían de verdad dejarse llevar.

–Qué, vecinos, ¿otra mano de *mah-jong*? –les saludó un hombre bajo y cincuentón en un tono que no pretendía ser agradable. Le echó una mirada suspicaz a Mei. Tenía una tripa que parecía una rueda de repuesto.

–Es Lao Xia –le susurró a Mei el tío Ma–. Se ocupa de las mesas de juego.

El viejo Huang sacó un paquete de Marlboro medio vacío y lo abrió de una sacudida, de modo que los pitillos se alinearon limpiamente asomando las boquillas. Lao Xia sacó uno del paquete; el viejo Huang se lo encendió.

–No te inquietes, es una amiga de la Reina del Wentún –dijo el viejo Huang, devolviendo el paquete a su bolsillo. Mei recordó que el viejo Huang había estado fumando una marca nacional más barata en el restaurante.

–¿Apuestas fuertes? –el viejo Huang señaló con la barbilla hacia las mesas de póker.

El viejo Xia dio varias caladas a su pitillo pero no respondió. Paseó la mirada por las mesas y la gente que las rodeaba con una expresión seria que parecía dar a entender que estaba ocurriendo algo importante.

Había tres mesas, cada una con cuatro personas apiñadas alrededor. En una de ellas, dos policías de uniforme estaban siendo bien atendidos por una chica de grandes pechos. Zhang Hong no estaba entre los jugadores.

En una de las mesas de *mah-jong*, una mujer exclamó de pronto «¡*Mah-jong*!» y tumbó su muralla de fichas. Se puso de pie, resplandeciente de emoción, para agarrar los billetes que había ganado. Tenía unos cuarenta y cinco años, era una mujer carnosa de estructura menuda, de labios finos, el superior más fino y más ancho que el de abajo. Un par de gruesos párpados le aplastaban los ojos hasta hacer de ellos dos finas líneas, lo que producía la impresión de que estaba mirando de reojo todo el tiempo. Su apretada camiseta se adhería a un par de pechos grandes como melones.

El tío Ma se inclinó hacia delante:

–La señora Xia ha ganado otra vez.

Los compañeros de la señora Xia parecían desanimados. Se levantaron para marcharse, con un aspecto tan lúgubre como si acabaran de perder sus medios de subsistencia.

–Viejo Huang, viejo Ma –gritó la señora Xia, llamándoles con las manos.

Se dirigieron los tres a la cuadrada mesa de *mah-jong*. El viejo Huang y el tío Ma se sentaron. La señora Xia miró a Mei y a la silla desocupada que había junto a ella.

–¿Tú juegas? –le preguntó.

–No –dijo despacio Mei. No era del todo cierto. Había jugado antes, en el ministerio. Pero siempre había odiado el juego–. No lo suficiente para apostar dinero –añadió.

–Está bien, en la primera ronda no apostamos –dijo la señora Xia, que ya había empezado a revolver las fichas–. Siéntate. A mi marido no le gusta que venga aquí a jugar. Le preocupa el dinero. A mí el dinero en realidad no me importa. Vengo a jugar al *mah-jong* y ya está.

Sus dedos de salchicha se movían con tanta calma como si estuviera haciendo tareas domésticas.

–¿Y de qué conoces a este par de pájaros?

–Del Lai Chun –replicó el viejo Huang, fumando uno de sus pitillos baratos.

La señora Xia empezó a levantar su muralla de fichas. Mirando al perfil de Mei, preguntó:

–Tú eres pekinesa, ¿verdad? ¿Qué hacías en el Lai Chun?

Mei se tomó su tiempo, mientras alineaba cuidadosamente sus fichas. Cuando terminó, alzó la mirada y vio que la señora Xia estaba esperando una respuesta.

–Iba buscando a una persona y me he hecho amiga de la Reina del Wentún –dijo.

–Está buscando a un tipo de Luoyang que se llama Zhang Hong –dijo el viejo Huang, irritado–: el muy cerdo vino a Pekín a vender cosas viejas...

–Antigüedades –le interrumpió el tío Ma en voz casi inaudible, y luego se apresuró a replegarse a su propia sombra.

–Lo que sea. Y escuche: el tipo se hace con el dinero, con un montón de dinero; pero no se vuelve a casa con su mujer. En lugar de eso, coge a una jovencita y se pega la gran vida en Pekín –el viejo Huang sopló algo de humo y dejó caer una ficha sobre la mesa. Mei la recogió.

–Ah, otro de ésos. Los hombres... ¿cómo puede una confiar en ellos? –la señora Xia repasó la muralla de fichas que tenía delante con ojos inquisitivos. Al otro lado de la mesa, el tío Ma hundía la cabeza entre sus fichas como un niño en una tienda de caramelos.

–¿Qué aspecto tiene ese Zhang Hong? –preguntó la señora Xia, cogiendo una nueva ficha.

–Tiene una cicatriz sobre la ceja izquierda, es de estatura media y de complexión fuerte –dijo Mei, ateniéndose a los hechos.

La señora Xia movió la cabeza.

–No me suena haberle visto por aquí, pero claro, tampoco vengo todos los días. Y mi marido por supuesto nunca me cuenta nada: es muy discreto. Pero yo me entero de las cosas de todas formas –miró a Mei–. Mira, las chicas de por aquí saben un montón. Deja que pregunte a la chica que suele atenderme, Liu Lili: es una de las camareras del salón de juego. Aunque esta noche no la he visto.

No se dijo nada más. Jugaron al *mah-jong*, turnándose para cambiar sus fichas.

–¿De cuánto dinero estamos hablando? ¿Diez mil, veinte mil yuanes? –al fin la señora Xia hizo la pregunta que le estaba traspasando el corazón.

–Mucho más –dijo Mei.

–¡Cielo santo! –exclamó la señora Xia, golpeando la mesa con una ficha.

–Lo bastante como para comprarse a una de esas chicas –subrayó el viejo Huang con una sonrisa socarrona.

La señora Xia le lanzó una mirada afilada, que no le hizo mella. El viejo Huang se limitó a torcer el gesto, mientras con las manos acariciaba una ficha como si quisiera asfixiarla. El tío Ma soltó una risita desagradable.

–Vamos a tomar un té –la señora Xia hizo señas con la mano a su marido; él se acercó a la mesa y luego salió de la sala de juego.

La señora Xia miró sonriente a Mei y con ensayada voz de algarroba le preguntó:

–¿Y qué reliquia es esa que puede costar tanto dinero?

–Algo muy antiguo. Me han dicho que era de la época de la dinastía Han.

–Tiene que ser anterior a los Ming –dijo el viejo Huang con aire de entendido, hablando como si fuera un auténtico experto–. Ya no nos queda nada como eso en Pekín. Lo destrozaron todo en la Revolución Cultural. Hoy en día sólo se encuentra ese tipo de cosas en el campo.

–Me lo imagino –la señora Xia dejó de mover las fichas–. La Gran Esposa Li del segundo piso se trajo antigüedades cuando fue a visitar a la gente que había conocido en la época del

campo de trabajo. No sé si las vendió. Ah, ¿más de veinte mil yuanes, dices? Yo tengo parientes en mi tierra, un pueblecito del sur. Me pregunto si ellos tendrán algo como eso.

Inclinó la cabeza hacia un lado como si se la estuviera sobrecargando la súbita magnitud de sus pensamientos.

–¿Cómo se puede saber si son auténticas? ¿Adónde se puede ir a venderlas?

–Las tiendas de Liulichang las compran –dijo Mei.

Pudo sentir cómo la emprendedora mente de la señora Xia alzaba el vuelo. En aquellos tiempos todo el mundo era emprendedor. Unas pocas apuestas, un poco de compraventa en la avanzadilla del mercado de existencias locales y una visita a los parientes pobres con la esperanza de hallar antigüedades de valor, eran cosa de todos los días.

Una de las chicas encargadas del té entró con una tetera de porcelana marrón y una pila de vasos de plástico. Les sirvió el té a todos.

–¿Dónde está Lili? –le preguntó la señora Xia.

–Lleva algunos días sin venir a trabajar –respondió la chica del té. Tenía la barbilla larga y el rostro inexpresivo, la mirada torcida, el pelo corto peinado con raya en medio. Era muy joven, de unos dieciséis o diecisiete años.

En una de las mesas de póker había explotado algún tipo de refriega. Alguien rompió una botella de cerveza, y alguien gritó «¡Vete a joder a tu madre!».

De pronto, todos se quedaron quietos. Los dos policías se levantaron. El viejo Xia, con cara de palo, se fue hacia ellos con los puños cerrados. Daba la impresión de que podía llegar a ser cruel cuando se enfadaba.

Mei cogió su bolso de debajo de la mesa y dijo que iba al cuarto de baño. Al parecer nadie la oyó, o a nadie le importó. Salió por la cocina. Las dos cocineras habían desaparecido.

Encontró a la chica de mirada torcida en el salón delantero. Las luces parecían haberse atenuado. Los mismos grupos de borrachos revoloteaban alrededor de las mismas mesas y las mismas chicas, sus canciones ya distorsionadas por el alcohol.

La chica del té estaba sentada en una silla mordiéndose las uñas y mirando al vacío.

–Hay una pelea ahí dentro –dijo Mei, apoyándose en el mostrador.

La chica del té la miró de soslayo y no dijo nada.

–¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?

–Dos años –dijo de mala gana la chica.

–¿No prefieres alternar con los clientes?

La chica le lanzó una mirada feroz.

–¿Y a usted qué le importa?

–Nada. Sólo pensaba que se debe ganar más dinero.

–A mí no me permiten beber con los clientes. ¿No ve la cara de mala suerte que tengo? De todas formas ese dinero no me interesa: no es limpio.

–¿Y qué pasa con Lili? ¿A ella sí le interesa el dinero? –Mei se sentó en una silla libre cerca de la chica.

–Ah, sí –respondió ésta. Una sombra oscura se deslizó casi imperceptiblemente por su rostro–. A ella le encanta.

–¿Y por eso se fue con Zhang Hong?

La chica del té paró de trajinarse las uñas.

–¿Es usted policía?

–No –dijo Mei.

La chica alzó la vista. Parecía estar preguntándose si debía creer a Mei. Estiró la barbilla hacia delante con aire ausente.

Lentamente, Mei sacó y contó tres billetes de cien yuanes y los plegó en un rollo. Observó cómo miraba la chica sus manos.

–¿Dónde puedo encontrarla?

La chica del té cogió el dinero.

–Lili vive con sus padres. Hutong Wutan, número 6, al lado de la calle del Salón de Exposiciones. Ella lo odia, siempre está intentando ganar dinero suficiente para largarse de allí.

Mei anotó la dirección en su libreta. Le dio las gracias a la chica del té y se levantó para irse.

–Señorita –Mei se volvió y vio a la chica de pie, apoyada en el mostrador, sujetando el dinero con la mano dentro del bolsillo del pantalón–. Lili volverá, ya lo verá –dijo–. Siempre vuelve.

Mei esperó, pero la chica del té no dijo nada más. En lugar de eso se dio la vuelta y se puso a mirar otra vez al vacío.

# 19

Se había levantado viento. Mei se alzó el cuello de la chaqueta. Las farolas de la calle se habían apagado y por encima de su cabeza los cables se extendían hacia la oscuridad. Mei anduvo sin hacer ruido por las estrechas callejas, pasando edificios abandonados, casucas ruinosas y la imprecisa luz de alguna que otra ventana. La ciudad dormía. Llegó a la calle del Lago de los Lotos y vio ante ella las luces de la estación de tren.

Una vez dentro de su coche, sacó el plano de la ciudad y escudriñó los *hutong* cercanos a la calle del Salón de Exposiciones en busca del Hutong Wutan.

Cuando lo encontró, giró la llave para arrancar. El Mitsubishi temblequeó, su motor zumbó. Mei encendió los faros. Era la una menos diez de la madrugada. Sacó el coche del aparcamiento y se encaminó hacia la calle de Lago de los Lotos.

Fue hacia el norte hasta la calle de la Nube Blanca y condujo un kilómetro y medio junto a talludos castaños y anónimos edificios de apartamentos grises. Cruzó el foso de la ciudad y continuó por la prolongación hacia el oeste del paseo de la Paz Eterna. Hizo una larga inspiración y repitió en silencio las palabras: «paz eterna». Qué bello deseo, y qué apropiado nombre para la calle que llevaba a la Ciudad Prohibida. Pensó en las dinastías doradas del pasado. En el silencio de la noche, estaba recorriendo a toda velocidad las solitarias calles de la capital septentrional de Kublai Jan en su pequeño Mitsubishi rojo, y en algún lugar a sus espaldas creyó oír al fantasma del tiempo.

Veinte minutos más tarde, Mei giró hacia la calle del Salón de Exposiciones, y luego hacia una calle de un solo sentido que serpenteaba antes de convertirse en un camino de tierra sin iluminación. Poco a poco el camino se fue estrechando hasta un punto en que las casas bajas que lo flanqueaban, con sus patios y sus pertenencias, le impidieron continuar. Apagó el motor y salió del coche.

La mancha oval de su linterna se desplazaba como una lupa, revelando piedrecillas, papeles de caramelo y jirones de plástico y de papel. Había una mancha de vómito, pálido y todavía húmedo, apilado junto a una casa que estaba a su izquierda. A su lado había un viejo baúl, con pertenencias que nadie quería desparramándose hacia fuera, y dos bicicletas herrumbrosas. Un par de calcetines blancos se balanceaba en la cuerda de tender que había encima como un par de banderas que admitieran la derrota.

Mei encontró el número 6, pintado recientemente aunque de cualquier manera. Con el viento y la lluvia, la doble puerta de madera había encogido y se había astillado por los bordes. Mei apagó la linterna y empujó despacio la puerta para abrirla: crujió como un hombre sediento que pide agua a gritos.

El patio estaba oscuro salvo por el amarillo pálido de una ventana en la casa del lado oeste. No había sonido ni movimiento alguno en ninguna de las dependencias. La luz la tenían que haber dejado encendida para alguien de quien aún se esperaba que volviera a casa.

Mei retrocedió hasta salir sin hacer ruido, dejando la puerta entornada. No sabía si en la casa del lado oeste vivía la familia de Lili, pero algo le dijo que esperara. A una hija, por descarriada que esté, rara vez se le permite que duerma fuera.

Llevó su coche fuera del estrecho camino, se detuvo a unas pocas sombras de la entrada del Hutong Wutan y apagó el motor. Al rato sus ojos empezaron a adaptarse y fue capaz de descifrar algunas formas a su alrededor: una caseta de aperos de un metro de alto construida indudablemente sin permiso, una lámina de alquitrán que se había caído de un tejado, y árboles secos. Una ráfaga de viento arrastró una hoja de periódico haciendo remolinos hacia el interior del callejón.

Mei pensó en su madre, que permanecía dentro del blanco espacio del hospital. Se preguntó qué tal estaría pasando la noche y si el dolor la habría mantenido despierta. Intentó imaginar su cara, pero en vez de eso la vio moviéndose activamente por su apartamento la última vez que Mei la había visitado. Mamá había hecho pescado para comer. Más tarde habían discutido.

«Lo siento», dijo calladamente Mei. Mamá estaba demasiado lejos para oírla.

Un taxi entró en el callejón y se paró a cierta distancia de ella. El conductor apagó el motor, pero dejó los faros encendidos, silueteando dos figuras, una más alta que la otra, que se alejaban del coche. Sus sombras se alargaron hacia la noche.

Eran un hombre y una mujer. Mei contempló cómo andaban con paso poco firme hacia el oscuro *hutong*.

Algo metálico, quizá una bicicleta, se derrumbó, resonando en el silencio. Luego se oyó otro estrépito ahogado un poco más allá. Mei esperó, con los ojos y la mente atentos.

Unos pocos minutos después, el hombre salió del *hutong*, dando tumbos hacia la luz cegadora de los faros. Su sombra se hizo más larga y se convirtió en un monstruo de cabeza pequeña.

Luego desapareció. Se encendió el motor. Los faros se estremecieron, acelerando hacia el coche de Mei. Ella hundió la cabeza bajo el salpicadero.

El taxi traqueteó hacia el interior del *hutong* y giró a la izquierda para tomar la calle principal. Mei esperó a que estuviera a una pequeña distancia por delante de ella y luego lo siguió afuera con los faros apagados.

Ya en la calle del Salón de Exposiciones, Mei encendió los faros. El taxi se dirigió hacia el sur, y luego hacia el este hasta la Puerta de la Gloria, donde describió una curva bajo el paso elevado para meterse en una lateral. Había una luz en la puerta de un hotel recién estrenado. El cartel inaugural todavía estaba colgado sobre la entrada: «Celebramos la inauguración del Hotel Esplendor».

El taxi se desvió hacia el paso de coches del hotel. Mei se detuvo en la acera y apagó las luces. Contempló la espalda del hombre que desaparecía dentro del hotel, dando bandazos de un lado a otro. Un minuto después, el taxi volvió a ponerse en marcha, con los faros llameantes, para regresar a las calles de paseantes sin rumbo y soñadores.

Mei se fue a casa en su coche, feliz de saber que podía volver a la mañana siguiente y encontrar a Zhang Hong.

# 20

–Vengo a ver a Zhang Hong –le dijo Mei al recepcionista del hotel Esplendor. Miró su reloj de pulsera: eran casi las once de la mañana.

–Habitación 402 –sonrió él solícito, mostrando sus pulcros dientes blancos.

–Eso sí que es buen servicio. Ni siquiera has tenido que comprobarlo –Mei estaba impresionada.

El joven recepcionista se sonrojó y bajó los ojos. «Bastante atractivo», pensó Mei.

–Exagera usted, señorita. Ya me gustaría a mí hacerlo así de bien. No, sólo me acuerdo del número porque lo he consultado para otra persona hace un rato.

Esa otra persona no podía ser Lili. Ella habría ido directa a la habitación.

–¿Cuándo ha sido eso?

–Hace diez o quizá quince minutos.

Alguien le llamó.

–Discúlpeme –dijo. En el otro extremo del mostrador, una pareja discutía por algo. La mujer señalaba y hacía aspavientos con las manos.

Mei salió de la recepción y anduvo por un pasillo alfombrado. Estaba bien iluminado y olía a pintura nueva. Mei apretó el botón y escuchó el ascensor. Crujía desde algún punto del interior del muro y por fin se detuvo con una sacudida. Mei se metió dentro.

Paseó los ojos por los números de las puertas en el pasillo de aspecto nuevo de la cuarta planta.

De pronto oyó pasos apresurados. Se detuvo. Una figura salió de detrás de una esquina y pasó a su lado a toda velocidad. Ella se volvió a tiempo de ver la espalda de un hombre que desaparecía escaleras abajo.

Mei corrió. La puerta de la habitación 402 estaba entornada.

Una ligera brisa entraba por la ventana medio abierta, moviendo una fina cortina blanca. La habitación había sido registrada. Había un edredón de plumas floreado, almohadas y prendas de ropa de hombre tirados por el suelo. Una maleta había sido vuelta del revés. Una de las lamparillas de noche se había caído al suelo. El colchón había sido volteado y colgaba por fuera de la cama.

Una costosa botella de aguardiente de arroz Wuliangye («Líquido de los Cinco Virtuosos»)[3] yacía en el suelo y el cuarto apestaba a su contenido derramado. Un vasito de licor, de porcelana, había rodado hasta la ventana, donde descansaba de lado.

En el suelo había un cuerpo rígido con un chándal nuevo. Mei dio un respingo al ver su rostro: estaba congelado en una mueca de espanto. Le había salido sangre de la nariz y la boca. La cicatriz de la ceja, menos azulenca que el resto, miraba hacia Mei con insolencia, como si estuviera viva.

Ella se tapó la boca. Su respiración se acortó. De pronto le faltaba el aire, las manos le temblaron y el cuerpo se le estremeció. Retrocedió hasta chocar con la pared.

El leve zumbido de una motocicleta pasó por algún lugar distante. El sol de primavera se filtraba por la cortina blanca.

Mei contempló aquel rostro con su cicatriz. Por fin había encontrado a Zhang Hong, pero él no iba a responder a ninguna de sus preguntas. Según yacía muerto en retorcida agonía, se le veía pequeño y desvalido. Mei se preguntó qué habría hecho para merecer semejante muerte.

Inspiró profundamente un par de veces y dio algunos pasos. Se acuclilló junto al cuerpo y le tocó la cara: la tenía fría como la piedra.

Se levantó. Pensó en las dos sombras que se alejaban andando de los faros amarillos en el Hutong Wutan. También pensó, extrañamente, en la peonía de Luoyang, la flor nacional, con sus barrocos pétalos y sus suaves colores amarillos, rosas y blancos. Nunca había estado en Luoyang, no podía pensar en ninguna otra cosa que perteneciera a esa ciudad. Zhang Hong había sido la primera persona que la conectaba con ella, con ese oeste lejano. ¿Tendría él una familia allí? ¿Estarían aún esperando su vuelta? Mei sintió que el corazón se le anegaba.

Anduvo hacia el cuarto de baño. Quienquiera que hubiera registrado el lugar había hecho un trabajo concienzudo: todo estaba tirado por el suelo. Encontró un neceser de cuero, un cepillo de dientes, toallas, jabón, pasta de dientes, un peine de cuerno de toro, una tira de condones y una botella de Bálsamo de Cinco Flores para cortes y quemaduras.

Mei se preguntó qué sería lo que estaban buscando.

Echó una última mirada al hombre muerto y retrocedió hacia fuera, cerrando la puerta tras ella. En el pasillo reinaba el silencio.

En el vestíbulo había bullicio. Un grupo de cinco hombres con los ojos rojos por el alcohol acababa de llegar con sus bolsas de compras. Habían comido ostensiblemente bien. Una joven de piernas de saltamontes y falda corta taconeaba junto a la puerta, posiblemente esperando a alguien. La pareja discutidora seguía discutiendo; esta vez los aspavientos los hacía el hombre.

Mei se acercó al joven recepcionista del mostrador y dijo:

–Lo mejor será que llames a la policía.

–¿A la policía?

–Sí. Está muerto.

–¿Quién?

–El hombre de la habitación 402, Zhang Hong.

A su sonrisa le costó otros diez segundos evaporarse, luego él saltó hacia el teléfono. Otros recepcionistas corrieron de aquí para allá. Las cabezas empezaron a volverse, las voces se elevaron. Mei le dio a uno de ellos su tarjeta de visita y le sugirió que se la hiciera llegar a la policía.

Llamaron al director. Los huéspedes se arracimaban en torno a la recepción queriendo enterarse de lo que había ocurrido.

Mei se fue sin hacer ruido. Tenía que encontrar a Lili... rápidamente.

# 21

En el paseo de la Puerta de la Gloria, Mei empezó a encontrarse mal. Se arrastró hasta una calle lateral y vomitó. Rebaños de colegiales en chándal blanco con cordoncillo rojo iban de camino a sus casas para comer. Miraron a Mei con el ceño fruncido. Había un kiosco de pipas en la esquina de la calle; Mei se dirigió hacia él. Al extremo del mostrador, un cartel de cartón decía: «Teléfono, tres yuanes por minuto». Dos niñas en chándal se pararon a comprar dulces. Continuaron con su conversación, dándose aires de importancia y mirando con superioridad, riéndose, enganchadas del brazo como si fueran a ser amigas para siempre. Mei compró una botella de coca cola y se la cepilló de un trago. La bebida la ayudó a calmar la náusea. Tras unos pocos minutos fue capaz de volver al coche y seguir conduciendo.

Anduvo por el estrecho pasaje del Hutong Wutan. A la luz del día estaba desbordante de vida. Las abuelas charlaban unas con otras mientras tendían la colada. Sus conversaciones se interrumpían cuando pasaba Mei con sus altos tacones. Una mujer que aparentaba unos cien años estaba sentada en una banqueta de madera junto al muro, sola y sonriente. Dos viejos se habían embebido en una batalla de *go* junto a la puerta de un patio de casas. Tres niños en edad de gatear, con pantalones abiertos por el trasero, jugaban con el lodo y con las hormigas que vivían bajo los árboles resecos, sin prestar atención a Mei. Flores silvestres rojas se abrían inadvertidas en lo alto de tejados de ruinosas tejas.

El número 6 se componía de tres casas bajas que rodeaban un patio, formando una U. En otros tiempos aquello habría sido una vivienda unifamiliar. Ahora, tres familias vivían allí. La casa central, de frente a la entrada, era la más grande, y tradicionalmente habría sido la antesala principal. Las casas de los lados este y oeste, más pequeñas, serían los dormitorios.

En mitad del patio se alzaba un viejo árbol marrón. Una familia de urracas había anidado entre sus ramas desnudas. Bajo el árbol, un hombre de mediana edad con gafas de montura negra estaba sentado en un minúsculo taburete de madera con una jofaina de agua. Junto a la jofaina había una traqueteada bicicleta apoyada del revés, ruedas arriba. El hombre sostenía una cámara rosa dentro del agua y trataba de encontrar el pinchazo.

–¿A quién busca? –interrogó a Mei.

–A Liu Lili.

Durante casi un minuto el hombre observó a Mei desde detrás de sus gafas. Finalmente señaló a la casa del lado oeste y escupió.

Mei le dio las gracias y se acercó a la puerta. Llamó varias veces, haciendo rechinar el estrecho marco de madera. A los dos minutos, una voz suave se alzó desde el interior:

–¿Quién es?

–Me llamo Wang Mei. Me gustaría hablar contigo.

No hubo respuesta. Lo intentó otra vez:

–Es muy importante; se trata de Zhang Hong.

En la ventana, las cortinas de flores se separaron apenas unos centímetros. Apareció un par de ojos. Mei sonrió. Veinte segundos después, la puerta se abrió. Lo primero que notó Mei fue el olor, inconfundiblemente amargo y lo bastante fuerte para incomodar al vecindario. Era un olor que a Mei le resultaba conocido, o quizás incluso familiar. Le recordó los oscuros días de invierno de su infancia. De niña, Mei era bastante enfermiza y su madre la llevaba con frecuencia a ver a los especialistas en hierbas chinos.

–¿Estás enferma? –preguntó.

Lili se sentó junto a una mesa de comedor cuadrada cubierta con un blanco mantel bordado. Llevaba un chaleco masculino de lana sobre un escaso vestidito negro. Tenía una media melena permanentada y un gran flequillo alrededor de los ojos redondos. Con sus mejillas redondas y el mohín de los labios parecía una niña, aunque Mei no habría sabido decir qué edad tenía exactamente.

Lili echó una mirada al puchero de barro que hervía sobre el hornillo.

–Nada grave –dijo.

Vaharadas de humo negro salían del hornillo, se deslizaban a lo largo de la pared y se iban por un agujero abierto en las tablas que cubrían la ventana.

–Conozco un médico muy bueno en el Instituto de Investigación de Medicina China, por si necesitas una segunda opinión –dijo Mei. Los especialistas en hierbas chinos tenían fama de no estar nunca de acuerdo unos con otros.

La luz de la mirada de Lili era suave, igual que su voz:

–Siéntate, por favor. ¿Te ha hablado Zhang Hong de mí? –no estaba nerviosa ni especialmente solícita. Se peinó la melena con los dedos.

–No, no me ha dicho nada. ¿Estás enamorada de él?

Lili se echó a reír:

–¿Es que no sabes que tiene la edad de mi padre?

–Pero te gusta.

–No sé. Es un jugador, con todo lo que eso implica. Pero me trata bien... quiero decir, con respeto.

Cruzó una pierna por encima de la otra y columpió la zapatilla con los dedos del pie.

–¿Cómo os conocisteis?

–¿Y tú quién eres? –Lili ladeó la cabeza y volvió a deslizar los rosados dedos por su melena.

Mei le pasó una tarjeta, que Lili leyó dos o tres veces.

–¿Qué es una consultoría de información?

–La gente me paga por buscar algo o a alguien. Por ejemplo, un coleccionista me contrató para buscar una antigüedad de la que puede que Zhang Hong supiera algo. No, no me refiero a la vasija ritual de los Han.

–¿Qué ha dicho él?

–No he tenido ocasión de preguntarle.

Lili jugueteó con la tarjeta y sonrió.

–Ha perdido todo el dinero que ganó con la vasija de los Han, ¿te lo puedes creer?

–¿Que ha hecho qué? –se sobresaltó Mei.

–Oh, fuimos a apostar fuerte en un centro de ocio del distrito oeste. Tuvo la peor suerte del mundo. Pero no hay de qué preocuparse, ayer me dijo que muy pronto volverá a ser

rico –Lili jugueteó con las flores de plástico que había en un jarrón sobre la mesa–. Cuando estuvo en el Venga la Suerte, de hecho ganó varias veces; cuando eso ocurría nos íbamos a comer a restaurantes caros y luego me llevaba de compras.

La conversación sobre el juego debió de recordarle algo. Se levantó de pronto.

–Disculpa –dijo. Desapareció tras una cortina azul en lo que Mei supuso que era su dormitorio.

Cuando volvió llevaba en las manos un paquete de tabaco y un mechero. Se paró junto al hornillo y levantó el puchero de barro con un atizador. Luego, con el mismo atizador, cogió una pesada tapa de hierro y cubrió el hornillo. Empujó y giró la tapa hasta asentarla perfectamente en la boca del hornillo. Luego colocó encima de ella el puchero de barro.

–¿Podemos ir fuera? Me muero por fumar –dijo–. Mis padres no me dejan fumar dentro de casa.

Una vez fuera, se apoyó en el marco de la puerta y se rodeó de anillos de humo.

–¿Sabes para qué es la medicina? –dijo de pronto.

Mei observó la cara de Lili y se preguntó qué edad tendría.

–Es para enfermedades femeninas. Me dan unos calambres horribles cuando tengo la regla, tan fuertes que a veces tengo ganas de morirme. Es una tortura que no se acaba nunca. Por eso siempre falto al trabajo cuatro o cinco días al mes. Ya nadie le da importancia a eso.

–¿Y la medicina funciona?

–Espero que sí. Voy por la quinta dosis. Creo que el dolor va mejorando, pero no puedo estar segura. A veces me produce náuseas. El especialista en hierbas dice que es lo normal.

Alzó la vista hacia el árbol marrón.

–¿Ves a ese hombre que está ahí? Lleva un tiempo sin trabajo. Se pasa todo el día por aquí y se dedica a espiarme –le asestó al hombre una mirada hostil y él se dio la vuelta rápidamente.

–¿Qué es lo que estás mirando, viejo asqueroso? –le gritó–. Se cree que soy un pendón –le explicó a Mei, y volvió a gritar–: ¡Yo por lo menos no me estoy comiendo el pan de mi mujer!

»Lo que me interesa, desde luego, es el dinero –continuó, dirigiéndose a Mei–. Mira este sitio: no hay gas, no hay agua corriente ni calefacción central, no hay intimidad. La casa está llena de trastos que no valen nada. Juro que no pienso vivir jamás como mis padres. Salgo con clientes del Venga la Suerte. Vamos a restaurantes de lujo y a clubs nocturnos –aspiró brutalmente del pitillo y exhaló uno tras otro sus anillos de humo perfectamente formados.

–Mis padres piensan que soy un pendón. Las otras chicas del Venga la Suerte piensan que soy un pendón. Como si ellas fueran mejores. ¿Qué diferencia hay entre ellas y yo? Ellas permiten que los hombres las inviten a beber y las toquen –tenía los ojos muy abiertos. Hablaba con la convicción de una adolescente que acabara de descubrir el sentido del amor–. ¿Por qué iba yo a tener que ganar dinero para los encargados? –su voz infantil se demoraba como aquellos anillos de humo, ondulándose en el aire.

Mei dejó la pregunta sin respuesta, en espera de que la chica continuara. Al ver que no lo hacía, dijo:

–Has mencionado que Zhang Hong hablaba de hacerse rico otra vez. ¿Te dijo de dónde iba a sacar el dinero? –las preguntas no encajaban en el tono de la conversación, pero Mei necesitaba algunas respuestas.

–¿Qué dinero? –Lili bajó la vista; hasta entonces había estado mirando al nido que había

en lo alto del árbol–. ¿Me estás espiando? –contempló a Mei como si nunca la hubiera visto antes.

Mei dio un paso atrás. De pronto había percibido algo turbio y siniestro tras la mirada de Lili, algo que no cuadraba realmente con aquel rostro de mejillas rosadas e inocencia infantil.

–No te preocupes, se hará rico y compartirá conmigo su dinero –Lili acercó su cara a la de Mei–. El ojo de jade –susurró.

Sorbió ruidosamente con la nariz y empezó a contonearse. Enroscó el índice en su pelo rizado, como un taladro. Sus ojos redondos se nublaron. Soltó una risita.

Mei se preguntó para qué sería en realidad la medicina. En aquella chica había algo que no andaba bien.

El hombre de la bicicleta estaba calentando cola en un hornillo. Un olor punzante se elevó de las volutas de fino humo negro.

Mei salió en silencio de aquel patio a la normalidad de las callejuelas ruidosas y las cuerdas de ropa tendida.

# 22

Mei llamó desde el coche a su oficina. Gupin le dijo que la había llamado la señora Fang, de la Dirección de Tráfico.

–Ha pedido que la llames –dijo.

Fang Shuming sonaba cauta al teléfono.

–¿Podemos vernos? Es mejor que hablemos cara a cara.

Mei tuvo la impresión de que Shuming le había encontrado algo. Acordaron verse después del trabajo en el parquecillo de la calle de las Diez Mil Fuentes.

En el parque, un hombre barbado intentaba hacer volar una cometa. Se humedecía el dedo índice y lo ponía al viento; luego corría con la cometa, cada vez desde un ángulo distinto. Mei contemplaba el forcejeo de la cometa desde el pabellón.

En la calle el tráfico rugía. La gente iba camino de sus casas a cenar. Los autobuses más que abarrotados pasaban oscilantes.

Mei pensó en Zhang Hong. Seguro que en algún momento había tomado uno de aquellos autobuses. Puede que pasara junto a pequeños parques como ése. Quizá había visto el hotel Esplendor desde un autobús, le había gustado su aspecto y se había trasladado allí cuando consiguió el dinero. Pero ahora era un cuerpo frío que yacía en el depósito de cadáveres. ¿Le habrían asesinado los matones de la casa de juego? ¿Habría habido lucha? ¿Le habrían envenenado? ¿Para qué?

Mei pensó en Lili, la chica con mentalidad de catorce años y cuerpo de veinte: al parecer no tenía ni idea de lo lejos que había ido ni de cuál era su sitio.

Una joven pareja de inconfundibles trabajadores de provincias se había sentado en uno de los pétreos bancos de la glorieta. La chica tenía la cabeza apoyada en el regazo de su novio. Parecía exhausta. El jersey ajustado que llevaba se le subía por la tripa desnuda. Él tenía aspecto de acabar de salir del trabajo, quizá de la cocina de algún hotel o algún restaurante. De vez en cuando se besaban, no apasionada sino dolorosamente. Dos jubilados del barrio que se estaban dando su paseo diario por la glorieta lanzaban miradas malintencionadas a la joven pareja.

A unos metros de allí, un gorrión despreocupado daba saltitos a lo largo de un sendero de piedra, buscando comida. El viento había amainado un poco y el aire estaba empezando a refrescar. Una fragancia distante de clavo infiltraba el atardecer cual mínima gota de pigmento en el agua clara.

En la distancia estalló una cacofónica percusión de tambores y címbalos. Mei escuchó mientras el sonido se iba acercando. Apareció una procesión de danzantes de *yangge*: hombres y mujeres de cincuenta o sesenta años, con maquillajes chillones. Los bailarines llevaban pantalones de seda de anchas perneras y camisas con mangas de farol. Sus pies, con calcetines blancos y zapatillas de tela, se movían como locos. Al tiempo que avanzaban,

meneaban las cabezas y agitaban a su alrededor con exuberancia pañuelos de seda roja. Tenían las caras brillantes de embeleso.

El *yangge* era en origen una danza popular campesina que se ejecutaba alrededor de una hoguera en las aldeas y en los campos. Era un baile de celebración que remedaba el nacimiento de las flores y el batir de las alas de los pájaros. El Ejército de Liberación Popular había llevado el *yangge* a las solemnes ciudades. Más tarde, en algún punto del sinuoso camino de la revolución, el *yangge* fue transformado en una manifestación artística. Pero a la muerte del Presidente Mao el *yangge* fue devuelto a puntapiés a los lejanos campos. Lo que estaba de moda en las ciudades eran los bailes de salón, elegantes y occidentales: Ling Bai y sus vecinos tomaban lecciones en el Centro de Actividades de los Camaradas; Mei bailaba el foxtrot en cantinas estudiantiles convertidas los domingos por la noche en salones de baile; Lu era una de las mitades de la pareja ganadora de los Bailes de Salón de la Liga Universitaria. Sin embargo un año antes, sin previo aviso, el *yangge* había resurgido, sin que nadie supiera cómo ni por obra de quién. De golpe había en Pekín miles de procesiones vespertinas de *yangge*, organizadas por los propios ciudadanos, que producían el caos en la circulación.

Mucha gente se detenía a contemplar a los danzarines de *yangge*. Algunos los señalaban con el dedo y se reían. Un grupo de adolescentes en chándal, que volvían a sus casas tras un partido de fútbol, los contemplaba en silencio, con aspecto de disgusto y horror.

Una mujer regordeta que iba empujando una impecable bicicleta Paloma Voladora se abrió paso hasta el pabellón. Era una mujer muy cuidadosa con su indumentaria: había escogido una bufanda de seda a juego con el color de su chaqueta, y llevaba unos finos zapatos de tacón propios de una mujer diez años más joven. Aparcó la bicicleta cerca del pabellón y subió los escalones de piedra. Su pelo permanentado apenas se movió.

–Paso por aquí todos los días, pero nunca me había detenido –dijo Shuming, alisándose la chaqueta de fieltro azul–. ¡Caramba, desde aquí se ven hasta los pies de los bailarines!

–Me alegro de verte, Shuming. Estás estupenda –Mei se levantó a saludar a su amiga. Ella había ayudado a Shuming en su divorcio.

–Uf, qué va. Qué le voy a hacer: demasiado trabajo –Shuming se sentó–. ¿Sabías que todos los meses se solicitan diez mil matrículas nuevas en Pekín? Tiene que haber lista de espera. Nosotros no podemos con ello, y las calles de Pekín tampoco.

Sacó un clínex y se sonó la nariz. Tenía las mejillas rojas de calor.

–Pero me siento bien, mucho mejor que cuando estaba casada con ese desgraciado. Y te lo tengo que agradecer a ti –miró a Mei y sonrió–. Hubo un momento en que me daba miedo volver a ser soltera, pero ahora me encanta: qué libertad. Creo que el divorcio me ha sentado bien. Me ha enseñado a respetarme a mí misma.

Se rió y se volvió para mirar a los bailarines de *yangge*, que trotaban con sus ropajes frente al pabellón.

–Mira a ésa, a la señora gorda que se parece a mí. ¡Mira cómo mueve los pies! La gente tiene la ridícula idea de que los gordos son lentos y torpes. Pues no es verdad: algunos somos muy ágiles. ¿Sabes por qué? Porque tenemos un montón de energía, como es natural, de tanto comer –Shuming soltó una carcajada masculina.

–¿Qué era eso que no podías decirme por teléfono? –le preguntó Mei.

–Tengo los datos del número de matrícula que me diste. El Audi pertenece al Ministerio de Seguridad del Estado.

–¿A los servicios secretos?

El Ministerio de Seguridad Pública, donde Mei solía trabajar, era el cuartel general de la policía, el equivalente de Scotland Yard. Sin embargo, el Ministerio de Seguridad del Estado era la auténtica envidia de todos los demás: el cuartel general de la policía secreta y los servicios de espionaje, la KGB china.

Shuming alzó las cejas y asintió significativamente.

Mei se sintió perdida. ¿Wu el Padrino se veía con alguien de los servicios secretos? Mei se hizo cábalas sobre quién sería en realidad aquel marchante de antigüedades.

–¿Podrías averiguar a quién está asignado el coche? –preguntó.

–Desde nuestro organismo, no. La asignación de coches oficiales es un asunto interno del ministerio.

Mei se sintió decepcionada.

Shuming se puso más cerca de ella y bajó la voz:

–No sé en qué tipo de caso estás trabajando ni lo que pretendes hacer pero, por favor, ten cuidado, Mei –se levantó para marcharse–. Adiós. Si necesitas algo más, llámame.

Bajó los escalones, y al poco su cuerpo rechoncho y su Paloma Voladora habían desaparecido de la vista.

Mei se abrió paso para salir del parquecillo. El tráfico empezaba a aliviarse en la calle de las Diez Mil Fuentes. Una línea de farolas centelleaba como un collar de perlas. El humo se elevaba de las chimeneas de restaurantes de reciente construcción. Su aroma de grasa churruscada con espesa salsa picante y azúcar vagaba por el aire.

Una mujer de rostro mezquino se levantó de un salto de su taburete de madera cuando vio a Mei entrando en el aparcamiento, que estaba vacío a excepción del Mitsubishi rojo y un gran autocar turístico azul.

–¡Habías dicho que sólo ibas a dejar el coche un momento! –le espetó la mujer. Se acercó a zancadas, con una gran bolsa militar de lona oscilando sobre las caderas. Tenía las manos oscuras, semejantes a garras y cruzadas de prominentes venas. Le plantó una de ellas a Mei delante de la cara–. Cinco yuanes más –dijo agriamente.

–¡No puede decirse que el aparcamiento esté lleno! –protestó Mei.

–Aunque no lo esté, eso no es asunto tuyo. Te he hecho un favor.

Mei sacó un billete de cinco yuanes y se lo soltó en la mano a la mujer. Estaba demasiado cansada para discutir.

# 23

Cuando Mei llegó a su casa era ya de noche.

Llamó a la tía Pequeña.

–Hermana Mayor sigue más o menos igual. A ratos está espabilada y con la mente clara, y a ratos está confusa. No ha comido nada en más de tres días ya, así que el médico le ha puesto alimentación asistida para que pueda nutrirse un poco. Han venido varias personas a visitarla. Por la mañana vino el director de Asuntos de los Camaradas Ancianos. Preguntó por su estado y habló con el médico. Dijo que su unidad de trabajo hará lo posible por sufragar los gastos sanitarios. Luego vino un señor que se llama Song Kaishan. Dijo que era un viejo amigo.

–¿Vio a Mamá?

–Hermana Mayor estaba despierta, así que habló con ella un rato, unos diez minutos.

–¿De qué hablaron?

–No lo sé –dijo la tía Pequeña–. Quería quedarse a solas con ella. Por la tarde vino el tío Chen. Hermana Mayor estaba dormida, así que charlamos un poco. Me dijo que conocía al señor Song.

–En todo caso, ¿quién es ese señor? ¿Por qué de pronto viene a ver a Mamá?

–Ah, no es más que un viejo amigo –dijo rápidamente la tía Pequeña–. ¿Estás bien?

–Eso creo. Estoy trabajando en un caso. Eso me ayuda a no pensar en otras cosas –Mei hizo una pausa; acababa de recordar algo–. ¿Ha ido Lu a ver a Mamá? Quedamos de acuerdo en que hoy iría ella.

–No ha podido. Llamó para decir que le había surgido algo importante.

–¿Quieres que vaya yo para que puedas descansar un poco?

–No necesito descansar –dijo la tía Pequeña–. La asistente se encarga de buena parte del turno de noche.

Unos instantes después colgaron el teléfono.

Mei se fue al cuarto de baño, se lavó los dientes, se lavó la cara y se la secó con una toalla. Se untó una generosa dosis de crema de noche y luego se arrastró hasta debajo del ligero edredón de plumón. Lo único que quería hacer en ese momento era acurrucarse como un gato y dormirse.

El ruido del tráfico de la carretera de circunvalación persistía. Como solía ocurrir, justo cuando se estaba quedando dormida pasó una motocicleta a toda velocidad.

Se volvió para recostarse de lado. La suavidad de la almohada la abrazaba, y al cabo de un rato la arrastró a un sueño profundo.

Entonces sonó el teléfono.

¿Cómo era posible? Estaba segura de haberlo apagado.

Se levantó y se dirigió al salón, donde el teléfono descansaba en la mesa próxima al sofá.

–¿Diga?

Nada.

–¿Diga? ¿Diga?

Nadie.

–¿Quién está ahí? –gritó.

Se oyó un chasquido, y a continuación un largo pitido.

¡A Mamá le había pasado algo! Mei fue presa del pánico. Tenía que irse al hospital. Empezó a correr, pero cayó de rodillas; algo le había dado un golpe en la cabeza: un gran murciélago. Oyó un golpe violento, y luego otro, y otro. Abrió los ojos como un ciervo atrapado ante los faros. Estaba sudando y con el corazón acelerado. Los estruendosos golpes no cesaron. Alguien estaba aporreando la puerta.

Se dio la vuelta y encendió la luz. En el despertador ponía «23:55». Soltó un gemido, mientras sus pies buscaban las zapatillas de plástico que se había quitado de un puntapié dos horas antes.

–¿Quién es? –preguntó.

Giró el cerrojo y abrió una rendija en la puerta. Era Hermana Mayor Hui, con ojos de enfado y la boca abierta.

–¿Dónde has estado? Llevo dos días intentando hablar contigo. ¿No has oído mis mensajes?

–El contestador está roto.

–¿Y se puede saber qué estás haciendo? –Hermana Mayor Hui se quedó mirando el pijama de Mei.

–Dormir.

–¡Pero si es viernes por la noche!

Hermana Mayor Hui iba profusamente maquillada. Llevaba las cejas pintadas. Se había puesto colorete de color melocotón en las redondas mejillas y carmín en los labios; el carmín se le había corrido un poco en las comisuras de la boca. Le brillaba la frente. Llevaba unos pantalones de satén naranja y una camisa de cuello mandarín con bordados rojos en los puños. La fragancia de su perfume se derramó sobre Mei como una ola.

–Tienes que venir ahora mismo conmigo –Hermana Mayor Hui entró con decisión.

–¿A dónde?

–Una fiesta.

Mei cerró la puerta y siguió a su amiga hasta el salón.

–Pero yo no quiero ir a ninguna fiesta. Estoy cansada. Llevo un par de días muy duros.

–Tonterías. Te vienes. Le he prometido a Yaping que te iba a llevar.

Hermana Mayor Hui depositó su maternal trasero en el sofá.

–¿Qué me estás diciendo? –a Mei se le heló el pensamiento.

–Yaping está en Pekín en viaje de negocios. Todos nuestros compañeros de clase se han reunido en su hotel. Se ha divorciado.

A Mei se le oprimió la garganta. No podía hablar.

–No te quedes ahí. Ve a arreglarte –Hermana Mayor Hui sacó un estuche de maquillaje y lo abrió: la paleta se encendió como una pequeña bomba de colorete–. ¡Date prisa! –ladró.

Mei se fue al cuarto de baño. Sintió vértigo. En su interior los pensamientos se arremolinaban como en una tormenta. «Yaping está en Pekín.» Ni siquiera mientras se estaba repitiendo a sí misma esas palabras podía creer que fueran ciertas. Aquello sonaba a broma. A lo mejor alguien estaba jugando con su mente. Miró a su alrededor. No había

nada fuera de lo corriente. Sus cosméticos yacían esparcidos en un cestillo junto al lavabo; había un jabón rosa en el platillo de porcelana blanca. En el espejo vislumbró su propio rostro, pecoso como siempre, aunque más pálido.

Se lavó la cara con agua fría. Hacía nueve años que él se había ido. Ella había quemado todas sus cartas, había intentado olvidarle. No había sido fácil. De cuando en cuando, todavía le volvía al pensamiento. Ella había imaginado que un día se encontrarían, algún día del futuro lejano en que ambos fueran viejos y canosos. Había imaginado que cuando volvieran a verse ella estaría tranquila y dispuesta a perdonar. Y ahora, sin previo aviso, él estaba de vuelta, soltero otra vez. ¿Qué había pasado? Las preguntas se agolpaban en su cabeza. ¿Estaría él triste? ¿Habría cambiado? ¿La reconocería? ¿Le reconocería ella a él? ¿Qué se dirían? ¿Había algo que decir?

Una abrumadora mezcla de emociones brotó en su interior, como el agua que brota de un pozo profundo, y sus pensamientos se enmarañaron. Por un instante no quiso ir. Se sentía herida, humillada. No quería que él viera que seguía soltera y pensara que todavía le amaba. Pero cuando el instante pasó deseó volver a verle, oír su voz, aunque sólo fuera por una noche.

Sacudió la cabeza. Se maquilló, se vistió y salió al salón.

–¿Qué has estado haciendo tanto rato? –protestó Hermana Mayor Hui–. Vámonos. El coche está esperando.

Bajaron a la calle. Había un Mercedes Benz negro aparcado ante su edificio. El conductor saltó fuera y les abrió la puerta a las damas.

–¡Por todos los santos!, ¿qué es esto? –preguntó Mei, sin creer lo que veían sus ojos. Hermana Mayor Hui era profesora en la Universidad de Pekín, y su marido, ingeniero, no era tampoco un magnate.

–Es de Yaping. Lo ha enviado por ti.

# 24

Desde el asiento trasero del coche, Mei miró pasar las calles de Pekín. Era como el desfile de los años: las farolas se acercaban, trayendo consigo hongos de luz amarilla, y luego desaparecían, dejando sólo oscuras sombras y secretos perdidos.

Como cualquier otra ciudad, Pekín parecía más romántico de noche. Torres de oficinas de reciente construcción iluminaban con portentosas expectativas el horizonte. Las ventanas de deteriorados cuchitriles se habían encendido ahora con la promesa de amor y cariño. Los últimos vendedores callejeros estaban cerrando, recogiendo barbacoas de barril y taburetes de madera en carretillas que luego empujaban con la espalda doblada hasta los dormitorios de chapa infestados de ratas que compartían con otros inmigrantes de provincias. Se les encendía la cara al pensar en el calor, las camas y los pueblos natales. Autobuses medio vacíos runruneaban nostálgicos por estrechas callejuelas. La noche era como un pincel mágico que cubría de negro toda la fealdad para que la hora del amor y los deseos pudiera desplegarse.

–Intenté hablar antes contigo con la esperanza de que vinieras a cenar –le dijo a Mei Hermana Mayor Hui–. Todo el mundo ha preguntado si ibas a venir. Bueno, todos menos Yaping.

Mei contempló las luces amarillas que venían y se iban. Estaban cogiendo velocidad.

–Después de la cena se han ido varias personas; porque les quedaba un largo camino en autobús hasta su casa, o porque tenían que recoger a los niños de donde los abuelos, o por lo que fuera. Al final sólo hemos ido cinco al salón reservado. Yo veía que Yaping se estaba poniendo nervioso como una hormiga sobre una estufa caliente, así que le he dicho que iba a venir yo misma a buscarte. Me ha dicho: «Que te lleve mi chófer». Te lo digo, a nosotros nos aguanta, pero la única persona a quien tiene interés en ver eres tú.

–Siempre estás exagerando –dijo Mei, sin conmoverse–. Se casó con otra, ¿recuerdas?

El coche salió de la carretera de circunvalación. Al final de la salida se les juntaron otros coches y algunas bicicletas.

–Sabía que vendrías –dijo Hermana Mayor Hui–. Sólo necesitabas que alguien como yo te diera un empujón.

Mei se volvió a mirar a su vieja amiga, por un momento una cara embadurnada con los labios corridos y al siguiente, con las farolas abandonadas a sus espaldas cual palillos usados, sólo un par de ojos brillantes.

Entrando en el hotel Sheraton Gran Muralla, desde el techo del vestíbulo, a siete pisos de altura, caían en cascada lámparas de cristal ambarinas y blancas. Entre dos columnas gigantescas, los ascensores de vidrio se elevaban como luminosos fanales hacia lo alto. Sobre el suelo de mármol, frío como un espejo, tocaba una banda de jazz. Ejecutivos con trajes oscuros y turistas con ropa informal sorbían cócteles en los sillones del bar.

Mei tuvo la impresión de estar siendo observada mientras Hermana Mayor Hui la conducía por el vestíbulo del hotel. Pese a haberse puesto su mejor conjunto de noche, se sintió fuera de lugar. Su túnica de cachemir morado con el cuello redondo no procedía del Centro Lufthansa, ni era importada de Hong Kong, Japón o Corea del Sur. Era de los grandes almacenes de Wangfujing, donde ella sabía que podía conseguir el mejor cachemir por un precio que podía permitirse. Por desgracia, ese establecimiento había dejado de renovar su estilo en 1982. Hasta entonces nunca le había importado, pero de pronto era dolorosamente consciente de ello.

Hermana Mayor Hui la guió al Club Noche de Pasión. Atravesaron una discoteca en plena agitación, un espacio repleto de buscadores de placer. Los focos de láser bombardeaban la pista de baile, congelando figuras y rostros en extrañas actitudes y expresiones.

Siguieron adelante; la música se iba debilitando a sus espaldas, hasta que sólo quedó la machacona percusión. Volvieron una esquina y entraron en un vestíbulo estrecho. Una larga alfombra se extendía hacia lo lejos.

La siguieron hasta el final del vestíbulo, hasta la última puerta a su izquierda.

La sala apestaba a tabaco y alcohol. Mei vio un grupo de siluetas. Una pareja se abrazaba en el sofá de la esquina. Una chica con un *qipao* azul se inclinaba sobre la máquina de karaoke; las aberturas laterales del vestido revelaban hasta las ligas sus blancas piernas. Un hombre cantaba por un micrófono, otro sostenía con una mano una botella de cerveza y con la otra hacía gestos de director de orquesta.

–¡Mirad quién ha venido! –gritó Hermana Mayor Hui.

La mano del director de orquesta se quedó en el aire. La pareja de la esquina se separó. El que cantaba dejó de cantar y se volvió hacia ellas; dos mechones de pelo mojados de sudor le caían por la frente. Su camisa blanca, con los dos últimos botones abiertos, mostraba un cuerpo en forma.

Sus ojos se encontraron con los de Mei.

Yaping se acercó con pasos largos, agarrado todavía al micrófono. En la pantalla del karaoke la letra de una canción de amor se iba dibujando en silencio.

–Hola –dijo.

Mei recordó la suave voz que una vez, hacía mucho tiempo, había conmovido su corazón.

–Ven a sentarte –le ofreció la mano–. Me alegro de verte.

Mei no le cogió la mano. Se dirigió al sofá de cuero de color crema, evitando su mirada. Le dijo hola al director de orquesta, que se había sentado a beber cerveza y a fumar. Saludó también de lejos al hombre delgado que estaba en el rincón y a la adolescente de pelo de punta que él presentó como su novia. Hacía años que Mei no veía a Liang Yi. Seguía siendo abrumadoramente guapo, y seguía siendo un donjuán.

–Hermana Mayor Hui, te debo una –Yaping se volvió sonriente hacia Hermana Mayor Hui–. ¿Qué te apetece beber? ¿Y comer?

Antes de que ella pudiera responderle ya se había vuelto hacia la chica que había estado manejando la máquina de karaoke:

–Señorita, ¿podría traernos otra bandeja de fruta y unas lenguas de pato especiales de la casa? Y más cerveza y más vino.

La camarera cimbreó su menuda cintura y salió.

Súbitamente una puerta lateral se abrió de una sacudida y la voz tonante de Guang salió de los lavabos:

–¡Su madre, no se quita! –tenía el pecho empapado. Llevaba en la mano una camisa blanca que se había vuelto rosa. Lanzó una mirada feroz a la sala–. ¿Por qué tanto silencio? ¿Quién ha dejado de cantar? –vociferó. Tenía la cara y los ojos rojos.

–Ay, Guang, ¡estás borracho! –chilló Hermana Mayor Hui.

–No: sólo huelo como si lo estuviera –rió él, agitando un dedo hacia ella.

Cuando vio a Mei se tropezó, con gran crujir de huesos.

–Mei, no le dejas dignidad a mi hermano. Mira que no venir, después de cientos de miles de llamadas... ¿Sigues teniéndotelo tan creído?

Yaping le puso la mano en el hombro:

–Tranquilo –le dijo con calma.

Guang le hizo un gesto como diciendo «Ya sé». Estiró sus largas piernas, suspirando tristemente.

–¡Eh, me he perdido la diversión! –exclamó Hermana Mayor Hui–. ¿Quién quiere cantar conmigo? Guang, tú y yo, a dúo.

Ante esa propuesta, Guang se animó. Se acercaron a la máquina para elegir una canción.

Dos camareras trajeron más comida y bebida: cuencos de nueces, melón, piña, fresas, y fuentes de fiambres. Ambas camareras lucían idénticos *qipao* de color azul imperial e idénticas sonrisas amplias. Una era alta, de pelo largo y guapa; la otra era corriente y tenía el pelo corto.

–¿Todavía no bebes cerveza? –dijo Yaping con una sonrisa, sentándose junto a Mei. Ella casi podía tocar su cálido aliento. Su cara había cambiado muy poco, pero su expresión había madurado.

–Todavía no –dijo Mei, devolviéndole la sonrisa.

Se había roto el hielo.

Hermana Mayor Hui y Guang eran viejos compañeros de canto que solían representar a sus departamentos en los concursos. Nueve años después, todavía eran capaces de cantar en armonía.

Yaping sirvió un vaso de vino tinto para Mei.

–Espero que te guste. Aquí la carta de vinos es bastante escasa –se disculpaba como si fuera culpa suya no poder ofrecerle nada mejor.

Mei dio un sorbo y dejó el vaso. Tampoco era bebedora de vino.

–Me sorprendió enterarme de que ahora eres detective privada.

–¿Por qué? ¿Es que no puedo ser detective? –preguntó Mei, con los ojos chispeantes.

–No, si no pretendía ser una crítica. En algunos aspectos estoy seguro de que eres muy buena detective, inteligente y extremadamente racional. Es sólo que no me parece que seas una persona a quien le interese la vida de la gente. En la universidad nunca fuiste realmente parte de la clase ni te implicaste en lo que pasaba a tu alrededor. Mucha gente pensaba que eras una orgullosa. Yo te veía aislada pero contenta de estarlo, ¿me equivoco?

Mei se encogió de hombros.

–¿Cómo te decidiste a convertirte en sabueso? –Yaping le puso unos cuantos fiambres en el plato.

–Me pareció lo más lógico que podía hacer. Había estado metida en trabajos policiales. Cuando dejé el ministerio pensé en intentar hacerlo de forma privada.

–¿Por qué dejaste el ministerio?

–Es una larga historia y no me apetece contarla, ¿vale?

–Entiendo –dijo Yaping.

El vino tinto y las lenguas de pato en adobo se entremezclaban, penetrantes y apetitosos. Yaping se puso más cerca.

–¿Por qué no me cuentas más de tu trabajo? ¿Qué haces, pinchar teléfonos?

Mei se rió.

–No, pinchar teléfonos es ilegal. Aunque también es ilegal tener una agencia de detectives. Nos las arreglamos como podemos. Lo que sí hago a veces es seguir a gente. Y también hago vídeos y fotos.

–¡Ajá: la fotografía! Me acuerdo: te gustaba fotografiar la naturaleza. Pero tu madre no estaba muy contenta con eso; ella habría preferido que te relacionases más con la gente.

La mención de su madre, como una piedra arrojada al agua en calma, le perturbó el ánimo. De pronto oyó a Guang: tenía el brazo alrededor de la cintura de la camarera de aspecto corriente y cantaba a grito pelado. Abandonado en el sofá, su busca estaba sonando, y no era la primera vez: su mujer se tenía que estar irritando. Hermana Mayor Hui sostenía una acalorada discusión con el director de orquesta. El donjuán y su novia habían vuelto a su besarse y manosearse.

Yaping no advirtió el cambio de humor de Mei.

–¿Recuerdas esas excursiones a la montaña que hacíamos para fotografiar el mundo silvestre? Te emocionabas tanto que apenas reparabas en mí. Y los picnics que hicimos. Llevábamos las tarteras de aluminio llenas de zumos de esos aguados con burbujas, que de zumo no tenían nada, ¿no crees?: puros químicos tóxicos. Pero cómo echo de menos su sabor; los estoy buscando desde que he vuelto, pero parece ser que ya no los hacen.

Llegó el té, pero Mei había perdido el apetito.

–Lo siento, me tengo que ir a casa –dijo con tristeza. Sintió cómo la soledad pesaba de pronto sobre ella–. Mi madre está en el hospital. Necesito ir a verla mañana por la mañana.

–¿Qué le pasa?

–Le dio un ataque. El médico ha dicho que puede que no se recupere.

–Cómo lo siento. No lo sabía.

–Me encantaría quedarme y ponerme a tono, pero... –bajó las largas pestañas. La vida estaba llena de decisiones difíciles.

–Deja que te lleve a casa –dijo Yaping, levantándose.

–No. No puedes dejar así a todos estos amigos. Han venido especialmente para verte.

–Entonces coge mi coche; que mi chófer te deje en casa.

Él le dio la mano, y ella se la cogió. Mirándole a los ojos, sintió cómo las fuerzas se le escapaban. El tacto de su piel era cálido y sugerente.

–¿Ya te vas? –Hermana Mayor Hui y el director de orquesta se pusieron de pie.

–La madre de Mei está muy enferma, y ella tiene que ir al hospital por la mañana –explicó Yaping.

El donjuán y su extensión corporal pararon su abrazo el tiempo suficiente para decir adiós. Guang ya no tenía remedio, agarrado a la camarera, cantando y llorando.

Yaping le pidió a la camarera de pelo largo que le dijera a su chófer que trajera el coche. Informó a sus amigos de que estaría de vuelta enseguida, recogió el abrigo de Mei y salieron.

La discoteca había cerrado, la multitud se había ido y el pasillo estaba vacío. Andaban el uno junto al otro.

–Vuelvo a Estados Unidos mañana por la tarde. ¿Puedo verte otra vez?

–No sé.

–Déjame que te lleve mañana al hospital.

–Tengo coche.

Anduvieron en silencio un rato y luego llegaron al patio cubierto. Los tacones de Mei tamborileaban en el suelo de mármol. Los ascensores de vidrio estaban anclados en la planta baja. El espacio vacío permanecía iluminado como un palacio de cristal.

–Quiero explicarte por qué me casé –dijo finalmente Yaping. Lo dijo de forma cuidadosa; sonó como si hubiera ensayado la frase muchas veces. Mei oyó cómo le palpitaban las palabras en la garganta.

–No hay nada que explicar –le dijo.

–No, es que quiero hacerlo. Llevo mucho tiempo queriendo hacerlo; pensé en escribirte.

Había refrescado. Faltaban pocas horas para que se hiciera de día. El conductor esperaba con sus guantes blancos.

–Me alegro de haberte vuelto a ver –dijo Yaping.

–Yo también me alegro de haberte visto.

Mei trepó al asiento trasero del coche. Notó el cuero frío.

–¿Le apetece un poco de música, señorita? –preguntó el conductor. Iban pasando por delante de los chalés del barrio de las embajadas. Las banderas estaban arriadas. Las luces estaban apagadas y los guardias, descansando.

–Sí, por favor –Mei se echó hacia atrás y cerró los ojos.

El sonido sensual de una voz de jazz salió flotando del estéreo del coche. Fuera, las calles oscuras corrían silenciosas, dejando atrás sus farolas apagadas. La noche estaba azul. Había aparecido un resplandor en la línea del horizonte; hacía señales a lo lejos, fuera de su alcance.

# 25

Mei se despertó con dolor de cabeza. No recordaba haber bebido mucho vino. No podía haber tomado ni medio vaso. Aun así, tenía la cabeza pesada.

Se acercó a la ventana y la abrió. El ruido del tráfico se vertió dentro como si estuvieran pasando por su salón. Mientras ella dormía, el mundo de cinco pisos más abajo había vuelto a la vida. Dejó una mano fuera y sintió el sol caliente. Ésa era la locura de la primavera en Pekín, pensó. Un día estaba invernal y el siguiente era un preludio del verano.

Mei estaba a punto de salir cuando sonó el teléfono. Era Lu.

–Mamá está peor. La trasladan al Hospital n.º 301.

–¿Qué ha pasado? Ayer estaba bien.

–No lo sé. Y la tía Pequeña tampoco. Sólo le han dicho lo que van a hacer, sin explicaciones. Estoy esperando a que el médico de guardia me devuelva la llamada, si es que lo hace.

–¿No deberían habernos consultado antes de hacer una cosa así? –la rabia se elevó en el pecho de Mei, la voz le salió forzada, la respiración se le aceleró.

–Sí, deberían. Pero no lo han hecho, ¿vale? ¡No nos sirve de nada discutirles su forma de proceder!

–¿Por qué la tomas conmigo? –estalló Mei.

–Bueno, la tomo con todo el mundo. La tía Pequeña no resulta muy útil en casos como éste. Y tú ¿dónde has estado?

–Ah, no me lo puedo creer. ¿Me estás echando la culpa por no haber estado allí? –replicó Mei–. ¿Por qué no estabas tú? Tú habías dicho que ibas a ir ayer al hospital, por eso no fui yo.

–Bueno, yo tengo un montón de obligaciones.

Mei sintió que el cuerpo se le tensaba y los brazos le empezaban a temblar. Tenía ganas de colgar de golpe el teléfono.

Pero encontró difícil rebatir a Lu. Lo que decía era cierto: nada había impedido a Mei estar al lado de su madre. Ella no tenía una carrera propiamente dicha. No tenía una familia, ni nadie a quien proteger o agradar. Aun así, no había cumplido con lo que era su deber de hija: cuidar a su madre. Se arrepentía de no haber ido al hospital la noche anterior, deseaba más que ninguna otra cosa haberlo hecho. Aflojó la mano del teléfono, súbitamente desbordada de remordimiento.

–Tienes razón. No tiene sentido que nos peleemos. Me voy al Hospital n.º 309, estaba a punto de salir para allá en cualquier caso –le dijo a Lu.

–Yo iré al 301.

Colgaron. Mei cerró la puerta con varias vueltas de cerrojo y luego voló escaleras abajo. Había un niñito sentado en un escalón dibujando círculos con un trozo de tiza; Mei casi se lo lleva por delante.

Se metió en su coche. Cuando intentó girar la llave de contacto, las manos le temblaban. Por la calle, la gente pasaba en bicicletas cargadas de compras. Los niños jugaban y los vecinos charlaban al sol. Volvió a girar la llave: el motor rugió. Segundos más tarde, entre goma quemada y revoloteo de basura, arrancó.

En el Hospital n.º 309, Mei le pagó diez yuanes por un pase de visita al amodorrado soldado de la ventanilla. Se lo enseñó al vigilante y entró. Corrió escaleras arriba hasta el largo corredor oscuro. La oficina de las enfermeras estaba abierta, pero vacía.

Parada en mitad del pasillo oscuro, Mei de pronto se percató del silencio. Todas las puertas estaban cerradas. No había nadie alrededor, ni carritos de agua hervida, ni parientes durmiendo en el suelo. Era como si hubiera tenido lugar una evacuación, como si ella estuviera en un edificio abandonado escuchando el paso del tiempo.

Se le encogió el corazón; no por ella misma, sino por su madre. Las paredes, vacías y encaladas, parecían estar mirándola. Con la imaginación se puso a dibujar formas absurdas en ellas.

Se dio la vuelta bruscamente y anduvo a paso ligero pasillo abajo, luego hacia la derecha y cruzó el corredor en voladizo hasta el despacho del médico. Salían voces del cuarto: una mujer se reía, unos hombres hablaban. Mei empujó la puerta y vio la larga mesa con unas cuantas cosas encima: una taza, un periódico en desorden, un montón de pipas de girasol tostadas, un par de pies sin zapatos con un dedo gordo asomando fuera del calcetín negro.

La televisión estaba encendida y el médico, con la boca abierta, abriendo y cerrando las ventanas de la nariz, sesteaba. Las gafas se le habían resbalado hacia un lado. Mei dio unos golpecitos en la puerta y él abrió los ojos. Era el mismo médico joven con el que había hablado el primer día.

Quitó los pies de la mesa y se enderezó en su asiento, colocándose las gafas.

–¿Sí? –preguntó. Se enjugó una comisura de la boca con la manga de su bata blanca.

–¿Cuándo han trasladado a mi madre? –preguntó Mei, mirándole con desprecio.

El médico se acomodó las gafas. Parecía confundido.

–¿Es usted... la hija de Ling Bai?

–Sí, una de ellas.

Él se puso aún más derecho en su silla, con la espalda recta, y miró su reloj de pulsera:

–Hace media hora, o quizá tres cuartos de hora.

–¿Por qué? ¿Quién ha tomado la decisión de moverla? ¿Cómo de mal estaba? ¿Por qué no se han puesto en contacto con la familia?

–Eh, eh, despacio, ¿vale? –el médico se puso de pie e hizo un gesto con las palmas a modo de barrera para detener el río de preguntas de Mei–. ¿Hemos cuestionado algo?: no. Hemos hecho lo que nos han dicho. ¡No me puedo creer que esté usted gritándome a mí! –se daba en el pecho con la mano.

–¿Qué quiere decir con eso?

–Seamos francos. He sido yo quien ha tenido que redactar los informes médicos sobre su madre y mandarlos para arriba todos los días. Ustedes tienen amigos en las alturas. Pues muy bien. No tenemos nada que discutirles. Al fin y al cabo, no es la primera vez que lo vemos. Si tiene usted contactos, por todos los medios, úselos. Yo también lo haría.

–¿De qué me está hablando? –Mei retrocedió.

–¿No han dispuesto ustedes el cambio al Hospital n.º 301? No ha sido decisión nuestra trasladar a su madre.

Mei negó con la cabeza.

–No. Nosotras no sabíamos nada de eso.

–Bueno, pues es raro –el doctor se echó hacia atrás para alcanzar su taza de té. Le dio un sorbo, frunció el ceño y la dejó en la mesa. Debía de haberse enfriado hacía ya rato–. Esta mañana llegó directamente de la dirección del hospital la orden de trasladar a su madre. Nos imaginamos que tenían ustedes buenos contactos.

–No. Desde luego, nosotras no hemos sido. ¿Me está diciendo que mi madre no se ha puesto peor?

–Tampoco es que esté mejor.

Ahora tanto Mei como el médico se sentían incómodos. Ella sonrió torpemente. Él trajinaba con sus gafas.

–Bueno, pues perdone que le haya molestado –dijo Mei, agarrándose el bolso.

–No, en absoluto.

Se despidieron educadamente y se volvieron cada uno para un lado, perplejos.

# 26

En la carretera de circunvalación había habido un accidente; uno pequeño, sin apenas consecuencias para ninguno de los coches implicados, pero no por eso había dejado de amontonarse el tráfico durante kilómetros. Cuando Mei rebasó la escena, había tres hombres y dos mujeres, los dueños de los coches accidentados, parados junto a la barrera central, señalándose con el dedo y gritando. Otros conductores abrían sus ventanillas al pasar y metían baza en la disputa.

Cuando Mei llegó por fin al Hospital n.º 301, se encontró con su hermana y la tía Pequeña ante la puerta de la unidad de cuidados intensivos.

La tía Pequeña parecía exhausta. La piel de la cara se le había encogido, haciendo sobresalir sus ojos. No había duda de que había comido mal y dormido poco en los últimos dos días. Estaba claro que el dolor de contemplar la agonía de su hermana era un gran peso en su corazón.

–No tenemos nada que hacer aquí. Está aislada, no permiten visitas –le dijo Lu a Mei–. ¿Has desayunado ya? Yo estoy muerta de hambre.

Mei pensó en las dos tazas de café que se había tomado por la mañana.

–No –dijo.

–¿Por qué no vamos a tomar algo rápido a la cafetería del hospital? Y luego, si ya no nos necesitan, nos podemos ir a casa.

–Id vosotras dos. Yo ya he desayunado –dijo solemnemente la tía Pequeña–; mejor me quedo por aquí, por si acaso.

–No me parece mala idea que se quede aquí una de nosotras –Lu miró primero a Mei y luego a la tía Pequeña–. ¿Estás segura de que no quieres que te traigamos algo de la cafetería? ¿Bollos al vapor, o quizá té?

–No, estoy bien –dijo la tía Pequeña.

La cafetería del hospital estaba en la planta baja del edificio principal, y las ventanas daban a un jardincillo de arbustos. En ese jardín, unos pocos pacientes acompañados por familiares daban paseos lentos, tomando el sol. Tras ellos estaba el edificio que alojaba la unidad de cuidados intensivos.

La cafetería acababa de empezar a servir la comida. Llegaban grandes fuentes de carne frita en manteca y pilas de bollos al vapor. Se había formado una cola mientras los empleados de la cocina se afanaban con las fuentes, los cestos de comida al vapor y las cajas de calderilla. Entró un grupo de enfermeras con gorritos blancos que llevaban cuencos de aluminio y palillos. Charlaban alegremente mientras hacían cola.

Lu se hizo con un espacio vacío de una mesa larga mientras Mei se ponía en la cola de la comida. Había cerca unos pocos embatados y visitantes terminándose sus desayunos o sus tentempiés. Algunos de ellos miraron a Lu con curiosidad, probablemente pensando que les resultaba familiar y preguntándose dónde la habían visto antes.

Lu no iba maquillada, pero llevaba los labios pintados. El brillo natural de su piel lucía como un pimpollo en una mañana clara. Un haz de sol, visible en las motas de polvo danzarinas, cruzaba el aire tras ella.

Mei compró dos platos combinados, servidos en las mismas cajas de plástico blanco que llevaban los carritos de comida para los enfermos.

–¿Cuál quieres, el cerdo refrito con arroz al vapor o las tiras de ternera con tallarines? – Mei había comprado también dos latas de leche de coco.

–Da igual. Tengo tanta hambre que me comería lo que fuera. Quizá los tallarines.

Lu rebuscó entre los palillos de distintas longitudes y distintos tonos que había en una taza de metal sobre la mesa.

–Éstos parece que casan –le alcanzó a Mei un par.

Las hermanas comieron hasta quedar satisfechas. Luego se relajaron y se bebieron la leche de coco.

–¿Qué os ha dicho el médico? –preguntó Mei.

–Poca cosa. Que quiere hacerle más análisis. Que no se siente optimista, pero que intentará hacer todo lo posible. Ha dicho que la unidad de cuidados intensivos es el mejor sitio para Mamá. Tienen un equipo de enfermeras de dedicación exclusiva, equipamiento moderno y un médico de guardia las veinticuatro horas del día. Si Mamá necesitase una reanimación de emergencia, allí se puede hacer sin moverla. Me ha dicho que la unidad de cuidados intensivos resulta especialmente eficaz los fines de semana, cuando el resto del hospital tiene un número mínimo de empleados.

–¿Ha dicho algo del dinero? –preguntó Mei, recordando su encuentro con el joven médico del 309 tres días antes.

–No. La tía Pequeña ha firmado un informe, y yo he firmado un par de formularios; lo de siempre, lo mismo que hicimos en el 309.

–¿No te parece que aquí pasa algo raro? Primero, el Hospital n.º 309 quería que pagásemos los gastos de su estancia. Ahora la trasladan al mejor hospital militar de China y nadie nos pide que paguemos nada.

La leche de coco estaba fresca y reconfortante hasta la última gota. La cantina vibraba con sonidos de todo tipo: voces serias, sonidos de almuerzo, el altavoz de la esquina llamando a médicos y enfermeras.

Lu encogió un hombro.

–Claro que me parece raro. Mamá hace ilustraciones para revistas y libros. Difícilmente se puede decir que sea famosa o rica.

–A lo mejor conoce a gente en puestos elevados. Ya sabes, gente con poder.

Lu no respondió, prefirió continuar con sus propios pensamientos:

–La mayor parte de los amigos de Mamá son artistas de poca utilidad: no tienen contactos ni dinero. Lo único que podrían darle son sus pinturas. Aunque puede que un día alguna de ellas llegue a valer algo.

»¿Recuerdas que cuando terminé la carrera me destinaron al Psiquiátrico de Pekín? Mamá intentó ayudarme, pero no tenía ninguna tecla que tocar. Al final salí por mis propios medios: aproveché todas las ocasiones, probé desde todos los ángulos, rogué y pagué los favores. Tuve que pasarme un año entero en aquel sitio deprimente. No, nuestra madre no tiene el tipo de contactos que pueden hacer todo esto por ella.

Mei se echó hacia atrás y apoyó los brazos en la mesa.

–Me pregunto si no tendrá esto algo que ver con Song Kaishan. Me parece que hay algo muy raro en él. Aparece de la nada con el tío Chen y la siguiente noticia es que Mamá recibe los mejores cuidados: su rango deja de ser problema y sus facturas de hospital están pagadas. ¿Pero por qué?

–Tú eres la detective. Averígualo.

Las dos hermanas se quedaron calladas, sin ideas.

–¿Qué hacemos con la tía Pequeña? –preguntó al fin Mei.

–Me la llevo yo a casa a pasar la noche, y luego ya veremos –dijo Lu.

Mientras hablaba volvió la cabeza y lanzó su melena de color miel por encima del hombro. El brillo de una sonrisa, apenas visible, apareció en las comisuras de su boca. Mei comprendió de inmediato: quizá la clave del misterio había estado ante ellas todo el tiempo.

–¡La tía Pequeña! –dijeron las dos a la vez.

–Vente a cenar esta noche –dijo Lu– y la sonsacamos.

–¿Y Lining?

–No te preocupes por él. Sale de viaje de negocios esta tarde.

–¿Se marcha un sábado?

–Se va a Estados Unidos. ¡Vaya, mira la hora que es! Quiero verle antes de que salga para el aeropuerto.

De vuelta ante la unidad de cuidados intensivos, encontraron a la tía Pequeña dormitando en una silla junto a la entrada. Alguien acababa de fregar el suelo, la estancia estaba fresca.

Los ojos de la tía Pequeña se movieron con sobresalto al despertarse:

–Creí que erais los médicos.

–Tía Pequeña, a ver qué te parece esto: tú te vienes conmigo a mi apartamento. Mandaré a mi ayudante a recoger tu equipaje del hotel. Mei va a venir a cenar, y podemos hablar de lo que haremos de ahora en adelante. Así también puedes descansar un poco y llamar a Shanghai.

–Va a ser lo mejor –dijo Mei.

La tía Pequeña estuvo de acuerdo. Cogió su bolsa de mano de cuero, que estaba apoyada junto a su silla.

–Déjame que te la lleve –se ofreció Mei.

–No hace falta. No pesa –dijo la tía Pequeña.

Las tres mujeres Wang se dirigieron hacia el exterior. Las habían aislado de su madre y hermana. La imagen de Ling Bai yaciendo sola en un cuarto desconocido pesaba con fuerza sobre sus pasos.

# 27

De vuelta en el paseo del Renacimiento y la carretera de circunvalación, Mei tuvo la impresión de que su vida se estaba enredando en una telaraña demasiado grande para abarcarla. Pensó en Yaping, en su coche con chófer y en el lujoso hotel Gran Muralla. Pensó en la Reina del Wentún con su gran barriga. Le gustaba el nombre Llegada de la Primavera. Pensó en la cara de niña de Lili, en su risita extraña. Otra vez, se representó los ojos en blanco de Zhang Hong, su cicatriz rosada y su cara azulenca.

La primavera, ya sin duda, había llegado. Mei habría jurado que por las orillas del Foso habían aparecido tiernos tonos verdes en sauces que el día anterior estaban desnudos.

Pero no había color en donde yacía su madre, en esa caja de un blanco descolorido, con las batas blancas y los gorritos de enfermera. A sólo un brazo de distancia, separado por una pared de ladrillo y el delgado cristal de una ventana, pero partido por una vida entera, el dulce aroma de la primavera brincaba sobre los rayos de sol como una mariposa transparente.

Mei salió de la carretera de circunvalación. Al bajar del paso elevado, el torbellino de la ciudad la engulló como una ola de marea, dispersando sus penas con su caótica energía.

Mei paró al costado del edificio de su apartamento y detuvo el motor. La urbanización estaba en calma a la hora de la siesta. Salió del coche e inhaló toda una bocanada de polvo primaveral. Tenía la garganta seca: necesitaba beber algo.

Subió las oscuras escaleras y abrió la puerta de su apartamento. La ventana seguía estando entornada; el ruido de la carretera de circunvalación se vertía dentro. Encontró una lata de coca cola en la nevera. La abrió con un chasquido y se la bebió entera, al tiempo que oía que llamaban a la puerta.

Era Yaping. Llevaba su alta figura vestida con una camisa blanca y unos pantalones informales. Un gran montón de rosas rojas florecía en sus manos. Se le veía fresco y aseado, tan atractivo en todos los detalles como la noche anterior.

–Iba hacia el aeropuerto y pensé que debía dejarme caer para probar suerte –dijo.

–Pero esto no está de camino al aeropuerto.

–Pues entonces será mejor que nos demos prisa. Déjame llevarte a algún sitio donde podamos hablar.

Mei vaciló.

–Por favor... –suplicó Yaping–. He venido desde muy lejos, y estas rosas me han costado una fortuna.

Aquello la hizo reír.

–Está bien –cogió las rosas–. Déjame que las ponga antes en agua –y fue a buscar un jarrón. Yaping se apoyó en el quicio de la puerta.

–¿Qué tal está tu madre? –preguntó, cruzándose de brazos.

–La han trasladado a la unidad de cuidados intensivos del Hospital n.º 301. Es lo mejor

para ella. Esperamos que con eso se ponga mejor.

–Me alegro de oírlo. Por favor, transmítele mis mejores deseos la próxima vez que la veas.

Mei asintió, aunque no estaba del todo segura de cómo respondería su madre a un saludo como ése.

En el exterior del Estadio de los Trabajadores, los vendedores estaban instalando sus puestos. Se descargaban cajas de agua mineral, cola y bebidas gaseosas con sabor a fruta. Una mujer de habla rápida daba órdenes relativas a la colocación de los dulces de ciruela, las frutas secas, los cacahuetes tostados y las pipas de girasol.

El estadio todavía no había abierto.

Yaping le pidió a Mei que le esperara junto a la entrada y desapareció en la taquilla. Unos minutos después salió con un hombre trajeado. Iban riéndose. El hombre abrió el cerrojo de una puerta lateral.

–Son sólo veinte minutos –le dijo Yaping. Era muy educado, pero tenía un aire de autoridad.

–No hay problema, señor, tómense el tiempo que necesiten –asintió el hombre. Era un hombre joven con actitud de viejo.

–¿Cómo has conseguido que te abra la puerta? –le preguntó Mei a Yaping cuando estuvieron dentro.

–Con un buen fajo de billetes –respondió Yaping.

El estadio estaba inundado de clara luz del sol y vacío kilométrico.

Yaping sonrió:

–¿Te acuerdas del partido de fútbol que vimos aquí? Era la clasificatoria de la Copa del Mundo, China contra Corea del Sur. Lo recuerdo como si fuera ayer. Gritaste y te exaltaste como todos los demás. Yo creo que nunca te había visto así.

Mei negó con la cabeza.

–No me acuerdo –mintió.

Pero sí que se acordaba. Aquel día el estadio estaba abarrotado y estridente. Por todas partes se agitaban pañuelos, sonaban tambores. Fue la primera y la última vez que estuvo allí.

Empezaron a andar junto a la barrera. A mucha distancia había unas pocas figuras indistintas preparando el campo para el partido de por la tarde. Las líneas blancas estaban resplandecientes bajo el sol, tan agudas que herían la vista.

–Era un día de mucho calor. Luego vino la lluvia. Yo me fui a Estados Unidos –Yaping se inclinó sobre la barra hacia el cálido espacio que había entre ellos.

–Y dejaste de escribirme –dijo Mei, contemplando el perfil de Yaping. Con la luz, su boca parecía suave. Un mechón de pelo se había ido deslizando hasta su frente. Pero tenía una expresión perdida en la mirada.

Se sentaron en uno de los bancos.

–Sentía que nunca iba a poder ser lo bastante bueno para ti –dijo Yaping–. Tú siempre me hacías sentirme inferior. Daba igual cuánto me esforzase en impresionarte: tú siempre tenías el listón más alto.

–Ah, así que fue culpa mía.

–No, fue mía. Yo era joven e inseguro, un chico del sur, un pueblerino. Me ofendía con

facilidad –Yaping respiró profundamente y dejó caer los hombros–. Conocí a mi mujer (mejor dicho, ex mujer) en el avión a Chicago. Para mi sorpresa, ella me persiguió. Yo me sentí halagado: ella pensaba que yo valía algo. Era un cambio agradable: sentirme solicitado, no tener que demostrar nada... y, por estúpido que suene, me gustó sentirme necesario. Tú nunca me habías necesitado, ni a mí ni a nadie. Me sentía inútil a tu lado. Y a veces te cerrabas: no podía alcanzarte. Era como si quisieras echarme de tu lado. ¿Es tan ilógico que un hombre quiera confianza, que quiera ayudar y proteger a la mujer que ama?

Mei frunció el ceño.

–¿Prefieres estar con alguien que sea débil?

–No, no es eso lo que quiero decir. Soy un hombre, ¿entiendes? Se supone que debo ser tu protector.

–Yo puedo cuidarme a mí misma –replicó Mei.

Yaping sacudió la cabeza y suspiró.

–Sabía que no lo entenderías. Pero no importa. Como te iba diciendo, yo estaba lejos de casa y solo en un mundo nuevo. Necesitaba cariño y aplomo. Luego vino el movimiento democrático estudiantil. Cuando vimos en la tele las noticias de la huelga de hambre de los estudiantes en la plaza de Tian'anmen, los estudiantes chinos de Chicago nos pusimos en movimiento. Conseguimos dinero, hicimos manifestaciones ante la embajada china. Hay algo en las épocas turbulentas que crea vínculos entre la gente. Nos enamoramos.

–¿Y qué pasó entonces? ¿Por qué os divorciasteis?

–Bueno, las personas cambian –Yaping contempló el estadio vacío como si tuviera el pensamiento muy lejos de allí.

–¿He cambiado yo? –preguntó Mei, inclinando la cabeza hacia un lado. Al hacerlo, sintió que algo tocaba su pelo. Era la manga de la camisa de Yaping.

–Todavía no lo sé. Pero sé que yo sí que he cambiado.

De no se sabe dónde vino un pequeño gorrión y se puso a tamborilear alegremente con sus minúsculas patas en los bancos.

–No estoy segura de si en realidad cambiamos –dijo Mei–. Cuando decimos que hemos cambiado, a lo mejor lo que queremos decir es que ha cambiado nuestra comprensión del mundo. ¿Recuerdas que cuando éramos jóvenes solíamos decir «para siempre»? Prometimos amarnos para siempre y recordarnos para siempre el uno al otro. No digo que no lo dijéramos de verdad, éramos sinceros al decirlo. Sólo que no teníamos ni idea de lo que significa «para siempre». No eran más que palabras que usábamos, como «lluvia» o «viento». Era una cosa que estaba ahí, una cosa oportuna.

Yaping se volvió a mirar de hito en hito a Mei mientras ella hablaba.

–Ahora he visto lo que es «para siempre» y, créeme, no tiene belleza ni glamour. «Para siempre» es de lo que está hecho el auténtico dolor. Mirando a mi madre en el hospital, he visto venir lo eterno. Se me ha acercado tanto que casi podría haberlo tocado. Cuando alguien muere, desaparece. La muerte es para siempre, irreversible y definitiva. Una vez que ocurre, nada la puede cambiar. «Para siempre» significa el final de todas las posibilidades, donde ningún error se puede enmendar y ningún remordimiento puede encontrar perdón.

»Cuando he visto cómo se le escapaba la vida a mi madre, algo me ha abandonado a mí también. Ya sabes cómo es mi familia. Mi madre nos crió a mi hermana y a mí ella sola. Luchamos mucho. Durante años vivimos en alojamientos temporales, muchas veces con poco que comer y a veces sin dinero con que comprar ropa para ir al colegio.

Alzó la vista al desierto estadio radiante de sol. Por unos segundos sus pensamientos divagaron.

–Pensar en el pasado me pone muy triste, sobre todo porque, como quizá recuerdes, nunca me he llevado muy bien con mi madre. Ahora que está gravemente enferma me doy cuenta de que hay muchas cosas que no sé de ella, y muchas que quisiera decirle.

»Cada vez que veo un rayo de sol nuevo, un verde nuevo en una hoja o una flor que brota, pienso en mi madre, en que puede que no vuelva a estar aquí para verlos. Y pienso en el día siguiente, en el año próximo, en que todas esas cosas volverán a ocurrir y la vida se renovará como si no tuviera memoria. El mundo continuará, yo continuaré, pero mi madre no.

Mei se quedó callada. Había olvidado adónde quería ir a parar con aquello. Fuera lo que fuese, ya no importaba; en ese momento había llegado a entender por qué buscaba a su madre en todos los lugares adonde iba. Había evocado su presencia en los parques urbanos y en los mercadillos mañaneros, y cuando andaba por las callejas estrechas y tortuosas veía en ellas a su madre y la soledad en sus miradas.

A lo lejos sonó una sirena, luego el sonido se fue apagando y se esfumó como un recuerdo.

–La quieres mucho, ¿verdad? –dijo Yaping. La voz de Mei le había llegado como el viento por la pradera, como un amor perdido que vuelve a casa, más suave y más clara que en sus sueños.

–Eso creo. No sé. A lo mejor es esto lo que la gente llama amor. Pero yo no lo veo así. Para mí no es más que la forma en que son las cosas, la forma en que deben ser. No tengo elección. Mi madre es como un faro: por mucho que intente alejarme de ella, parece que siempre acabo por volver.

–¿Crees que lo vas a llevar bien?

–¿Si mi madre se muere, quieres decir? Pues no lo sé. Soy una luchadora, o por lo menos eso es lo que me gustaría pensar. Me he enfrentado a momentos difíciles antes de ahora: cuando tú te casaste y cuando dejé el ministerio. Pero esta vez es distinto.

Mei vio un fruncido mínimo en el entrecejo de Yaping.

–Supongo que debería explicarte por qué dejé mi antiguo trabajo.

Él asintió:

–Me gustaría entenderlo.

–Cuando trabajaba en el Ministerio de Seguridad Pública, tenía el puesto de ayudante personal del jefe de Relaciones Públicas. Era en muchos aspectos un trabajo interesante y suculento. Me llevaba el glamour sin los sudores del trabajo a pie de calle. Lo que hacía era sobre todo derivar órdenes y requerimientos a las oficinas locales y ocuparme de los principales actos y presentaciones públicos. Hacía de enlace para los visitantes extranjeros y acompañaba a mi jefe a reuniones del ministerio.

»Mi jefe no era muy brillante, pero para trabajar con él no estaba mal. Teníamos una relación cordial. Vivíamos dentro del mismo recinto. Fui muchas veces a comer a su casa y me llevaba bien con su familia. Lo que hay que entender es que, para un burócrata como él, había llegado a una edad crítica. Si conseguía seguir ascendiendo, se apreciaría su juventud para un cargo ministerial; pero si no lograba abrirse camino, muy pronto le considerarían demasiado viejo y tendría que dejar paso a la siguiente generación.

»Te estoy explicando esto para que entiendas por qué fue tan crucial lo que ocurrió.

Como decía, como ayudante personal suya yo le acompañaba muchas veces a reuniones gubernamentales. Lógicamente, conocí a mucha gente importante, ministros incluidos.

»Para decirlo brevemente, uno de los ministros, según mi jefe, se había encaprichado conmigo y quería que fuese su amante. Ah, sí, eso es bastante corriente ahora, sobre todo cuando un hombre tiene dinero o poder. No te voy a decir quién era. Llevas demasiado tiempo fuera de China, seguro que ni lo conoces. Pero eso no importa. Yo dije que no. Y mi jefe, como no podía convencerme de que cambiara de opinión, me dijo que me iba a hacer la vida imposible hasta que aceptara. Sabes, yo me había convertido en la pasarela que podía llevarle a lo más alto del ministerio. Así que me desterró al trabajo de calle y me acosaba constantemente. Y la rueda de rumores seguía funcionando sin parar. No te puedes figurar las mentiras tan feas que se dijeron de mí, todavía me da náuseas pensar en aquello. Ya no tenía amigos. La gente me evitaba como a una plaga.

»Era como una riada de agua sucia que va llenando una cueva subterránea. Cada espacio, cada abertura de mi vida estaban siendo inundados. No podía escaparme. Así que pedí la baja. Eso no acabó con las mentiras, desde luego; ya habían llegado muy lejos. Pero ya no podían hacerme daño. Saqué a aquella gente de mi vida. Saqué mi vida de la de aquella gente. A veces pienso que eso se me da bien y que lo prefiero así. Creo que tengo un caparazón duro; en algunos aspectos, puede que lo haya tenido desde los cinco años.

»Pero lo que tengo ahora por delante con lo de Mamá es aún peor. ¿Adónde puedo ir? ¿Cómo puedo huir de la muerte de alguien a quien quiero?

–A lo mejor no puedes –Yaping se inclinó, acercándose a ella. Mei sintió el calor de su cuerpo y le vio los músculos debajo de la camisa. De pronto deseó que él la tocara, aunque sentía que, si lo hiciera, ella se rompería en mil pedazos–. A veces uno no puede protegerse del dolor –sus palabras rodaron por el cuello de Mei como perlas desengarzadas–. Si intentas evitarlo sólo consigues hacerte más daño. No, no estoy pretendiendo darte un consejo; no tengo forma de entender cómo te sientes. Lo único que estoy diciendo es que, a veces, hacerse parte de lo que nos duele es de hecho lo que nos ayuda a sobrevivir. Nos ayuda a seguir con nuestras vidas.

–Probablemente tienes razón –respondió Mei–, sólo que yo no puedo pensar en sobrevivir, al menos ahora. Ya sé que no es coherente. No paro de pensar en la muerte y en lo eterno, pero cuanto más lo pienso, más siento que no puedo vivir sin ella. Ella es lo más parecido que tengo al cariño, por triste que parezca. El mundo es un lugar frío, por lo menos para mí, y sin ella sería mucho más frío.

Se quedaron callados. El sol se extendía por todo el amplio espacio que tenían ante ellos en ondas, como la música, algunas notas más altas que otras, en una serena armonía.

Mei le había contado a Yaping cosas que nunca le había contado a nadie. No lograba entender por qué lo había hecho.

–Siento haber hablado tanto de mí misma. Tú tienes que coger un avión –dijo, recomponiéndose.

–No, soy yo el que lo siente. Me gustaría que pudiéramos quedarnos así y seguir hablando mucho tiempo. En estos años me he imaginado muchas conversaciones como ésta. En cierto modo, todas formaban parte de una conversación muy larga que todavía estamos manteniendo. Siento muchísimo lo de tu madre.

Se pusieron de pie. El sol cálido les acariciaba la espalda como las manos de un amante.

Un silencio triste empezó a dividir los minutos en mitades y las mitades otra vez en mitades hasta que ya no quedó tiempo.

–Es posible que vuelva a Pekín a trabajar –dijo Yaping–. La empresa quiere que crezca nuestra actividad en Asia y abrir aquí una sucursal.

Cuando llegaron a donde estaba el coche, Yaping sacó su equipaje del maletero.

–Voy a coger un taxi para ir al aeropuerto. El señor Liu puede llevarte a donde tú quieras. Está contratado por todo el día.

El conductor asintió cortésmente desde detrás del volante, sus guantes de una blancura impecable.

–Adiós, Mei –Yaping le tendió la mano.

–Adiós –ella le tendió la suya.

Sitiados por la luz blanca del sol, se quedaron con las manos cogidas, acordándose de una promesa que se les escabulló un día, en un tiempo lejano.

# 28

El portero del edificio de Lu tenía cara de luna llena, una sonrisa cálida y, por lo visto, una memoria asombrosa. Saludó a Mei por su nombre en cuanto ella entró en el portal.

–Señorita Wang, cuánto tiempo sin verla. ¿Qué han sido, seis meses, por lo menos? –el portero asintió, haciendo girar un lápiz con la mano. Llevaba el uniforme azul primorosamente planchado. Se había enterado de lo del ataque de Ling Bai y le dijo cuánto lo sentía–. Qué pena –sacudió la cabeza–. Lo han tenido difícil; la generación de los mayores, quiero decir. Primero fue el Gran Salto Adelante: nada que comer; luego la Revolución Cultural: la lucha y la paliza diarias. Por fin la vida mejora un poco, los hijos y las hijas van prosperando, y ahora, esto. Una pena, ya digo. La gente como su madre se ha pasado la vida sufriendo; no es de extrañar que se les haya resentido la salud.

Suspiró, jugueteando con el lápiz.

–Su hermana ha salido, pero ha dicho que subiera usted directamente en cuanto llegara –hizo una ligera inclinación.

Mei le siguió hasta el ascensor.

–Cómo quiere Lu a su madre. Rompe el corazón verla tan preocupada –dijo el portero.

Tras ellos, la gigantesca puerta de cristal se abrió y entraron un joven veinteañero rubio de bote y una chica algo más joven con un par de gafas excesivas y una melena rosa de muñeca. El chico llevaba una bolsa de golf tan grande como él mismo, con un hato de palos de golf cuidadosamente escondidos en mullidas fundas amarillo pollito. También se veían unas fundas rosas con pompones, presumiblemente de la chica.

El portero llamó rápidamente el ascensor para ellos, sonriendo a los recién llegados. La chica le hizo una inclinación y el chico le devolvió un hola cortés. Ninguno de ellos volvió a hablar. El ascensor del ático apareció enseguida.

–Gracias –dijo Mei, al tiempo que entraba en él.

Quería decir algo más, corresponder a la amabilidad del portero. Pero, antes de que pudiera hablar, la puerta se había cerrado y ella ascendía.

Con un sonido de campana, el ascensor se paró. Mei salió. Una impoluta moqueta beis se extendía por un pasillo blanco. Había lámparas como bolas de cristal distribuidas a lo largo de las paredes. No había sonido, sólo la pálida armonía de la muda perfección.

Mei tocó el timbre y esperó.

–¡Oh, Mei, has venido! –exclamó el ama de llaves, abriendo la puerta tanto como su sonrisa.

Un ligero aroma de clavo y jengibre saludó a los sentidos de Mei. La luz del sol hacía más profundos y cálidos los matices, y se pegaba a las ventanas que llegaban desde el suelo hasta el techo.

–Tu tía está durmiendo –dijo el ama de llaves.

Mei asintió y le dio el bolso y la chaqueta.

–¿Qué tal estás, tía Zhang? –dijo, volviendo la cabeza hacia un lado para que sus palabras pudieran seguir al ama de llaves mientras ésta se echaba a andar–. Parece que has adelgazado.

–¿De verdad? –la tía Zhang dio una vuelta. Se alisó la camisa de flores–. ¿Te parece? –preguntó complacida.

La tía Zhang rondaba los cincuenta años. Tenía los brazos y las piernas largos, con grandes manos y pies. Llevaba muchos años trabajando para Lu, primero limpiando y cocinando y luego, cuando Lu se casó, como ama de llaves, supervisando a las asistentas y a la cocinera.

Miró a Mei con una delicadeza que ayudaba a suavizar sus rústicos rasgos:

–Sé que estás preocupada por tu madre –sacó un par de zapatillas de franela blanca del zapatero–, pero escucha a la tía: tienes que cuidar de ti misma. Es lo mismo que le digo a Lu. No dejes que esto te hunda, porque entonces tu madre no podrá tenerte como apoyo.

Mei se puso las zapatillas. Estaban nuevas como la nieve virgen.

La tía Zhang señaló con la barbilla hacia la ventana.

–Siéntate. Te traeré un té.

Mei bajó dos escalones hasta el salón. Había largos trincheros antiguos de laca roja arrimados a las paredes. Por todas partes relucían objetos: un Buda de oro, un par de copas de vino antiguas, dos caballos de porcelana tricolor de la dinastía Tang, una caja de arras pintada con oro auténtico (eso decía Lu), un equipo de música Bang & Olufsen, premios, trofeos y fotos en marcos brillantes. Había dos macetas de orquídeas blancas en soportes con forma de clepsidra, con veinte flores cada una. El techo era tan alto que le hacía sentir vértigo.

Mei se sentó en el sofá al pie de un retrato a lo Warhol de Lu. Resultaba extraño ver en la pared a Lu en lugar de a Mao Zedong o a Marilyn Monroe.

Mei cogió de la mesita baja un lujoso libro sobre el río Azul y lo hojeó. En una de las páginas vio un junco solo, con su enorme vela amarilla, meciéndose en la margen de una oscura extensión de agua. A Mei le impresionó su solitaria grandeza. Algunas páginas más allá había fotos de las famosas cuevas y los «caminos celestiales». Esos caminos estaban cincelados en acantilados verticales: durante siglos, los ejércitos habían marchado lealmente por ellos. «La gente de la zona cree», explicaba el texto, «que por la noche aún puede oírse a los fantasmas de los soldados muertos que se afanan en subir los acantilados».

Todo eso estaría muy pronto bajo el agua, desaparecido para siempre, cuando la presa de las Tres Gargantas estuviera terminada. Mei pensó que tenía que ir y ver por sí misma el río antes de que fuera demasiado tarde.

–Aquí tienes el té –la tía Zhang entró con una bandeja en la que había una tetera de hierro fundido y delicadas tazas con ribete de oro.

–¿Dónde está Lu? –preguntó Mei.

–Ha ido al salón de belleza, pero estará de vuelta muy pronto.

La tía Zhang sirvió la primera taza, verde como el valle.

–Bebe sin prisa –dijo–. Si no me necesitas, tengo que ir a ayudar a la cocinera.

Las dos mujeres se sonrieron. Luego la tía Zhang salió, balanceando sus largos brazos.

Mei se acercó con su té a la ventana. El crepúsculo rosa cubría los tejados de Pekín. Ella siempre había sentido ajena esa parte de la ciudad, con sus chalés vallados, sus embajadas de otros países y su arquitectura de escaparate a lo largo del paseo de la Paz Eterna. No había

puesto el pie en esa zona hasta su último año en la universidad. Un estudiante japonés de intercambio la había llevado de compras a la Tienda de la Amistad, que estaba dedicada a los extranjeros, a dos manzanas hacia el sur de allí, en el paseo de la Puerta Interior de Jianguo.

Era la primera vez que Mei entraba en la Tienda de la Amistad. No podía creer lo que veían sus ojos. Las salas forradas de mármol estaban llenas de cosas que nunca había visto antes: oro, perlas, zapatos españoles, ropa deportiva estadounidense, cosméticos y perfumes. Y todas ellas eran extraordinariamente caras. Su compañero llevaba cupones por valor de cincuenta mil yenes japoneses. Mei apenas recordaba ya a aquel acompañante, salvo que siempre llevaba un largo abrigo negro y que era buen cocinero. La había enseñado a hacer sushi.

–Mei –dijo una voz suave detrás de ella.

Mei se volvió y vio a la tía Pequeña. Llevaba una camisa azul recién planchada. Su pelo negro brillaba del lavado y el suavizante.

–¿Has dormido bien?

–Profundamente, como hacía días que no dormía –la tía Pequeña sonaba animada.

–Hay té, pero se está quedando frío. A lo mejor la tía Zhang te puede hacer otro.

–No, ya he tomado mucho té.

Se sentaron en el sofá. Mei le preguntó a la tía Pequeña por su familia y si había alguna novedad cuando les llamó por la tarde. Intercambiaron noticias de otros parientes. Desde algún punto de la parte de atrás se oyó un suave tintineo de platos y vasos: la tía Zhang debía de estar poniendo la mesa para la cena en el comedor.

–¿Está ya la cena? –las sorprendió la voz cantarina de Lu. Se volvieron y la vieron en lo alto de los escalones con un vestido rosa. Era como si un trozo del cielo ardiente se hubiera desprendido y hubiera entrado con ella. Su pelo largo brillaba y lanzaba destellos de luz reflejada–. ¡Estoy muerta de hambre! –se quitó de un puntapié los zapatos de tacón y saludó con la mano a su hermana y a su tía.

La tía Zhang le llevó sus zapatillas de piel de cordero.

–Ya está preparada, ya está –asintió.

–Muy bien. ¡Mei! ¡Tía Pequeña! –les hizo gestos con la mano–. Venga, vamos a comer –Se disculpó por llegar tarde–: Hoy mi manicura estaba enferma y me ha tenido que atender otra que no entendía lo que yo quería que me hiciera. ¡Uf, qué dolor de cabeza!

Luego cogió del brazo a la tía Pequeña y le dijo amablemente:

–¿Por qué no te vas mañana al salón de belleza con mi tarjeta de socia? Que te hagan la cara, un corte de pelo o lo que a ti te apetezca.

Entraron en el comedor. Había una gran mesa de palo de rosa cubierta con un mantel y puesta con centelleante cristal y palillos de punta de marfil. Las paredes eran blancas y estaban decoradas con pinturas abstractas al óleo. Del techo colgaba una araña tan grande que más parecía propia de un salón de baile.

La tía Zhang y una mujer fornida traían platos servidos en fuentes de un azul Ming.

–Tienes que probar ese tratamiento nuevo que llaman «envoltura de algas» –le dijo Lu a Mei cuando estuvieron sentadas a la mesa–. Es fantástico, garantizado contra la energía negativa y la celulitis.

–¿Ah, sí? –dijo educadamente Mei.

–Ya sé que piensas que los salones de belleza son una cosa artificial. Pero, mi querida

hermana, podemos darnos una ayudita de vez en cuando, sobre todo ahora que ya tenemos cierta edad –Lu le guiñó el ojo a su hermana y sonrió.

La tía Zhang les trajo arroz blanco como la nieve.

Lu dijo a sus invitadas:

–He estado leyendo el *Última edición de Pekín* en el salón de belleza. Dice que el gobierno ha mandado cerrar todos los puestos de compraventa de acciones. Parece que por fin van a tomar medidas para acabar con la Bolsa de andar por casa.

La tía Pequeña asintió, mirando primero a Lu y luego a Mei.

–Últimamente en Shanghai todo el mundo se dedica a la Bolsa de andar por casa. En cuanto se abren los puestos de compraventa por la mañana están las abuelas haciendo cola para comprar y vender.

–Se meten a especular como quien apuesta en las carreras de caballos –dijo Lu–. La mayor parte de los pequeños inversores son unos ignorantes. Mira a esas abuelas, por ejemplo: apenas tienen estudios. ¿Qué sabrán ellas del mercado de valores? Al fin y al cabo, el mercado de valores no es lo mismo que el mercado donde hacen la compra por las mañanas.

»Bueno, en los negocios te encuentras con el mismo problema –continuó–. La cantidad de empresas que hay últimamente, construyendo hoteles, apartamentos, oficinas, y hasta carreteras; algunas pueden ser bastante corruptas y harían lo que fuera por dinero. El gobierno tiene que mirar con cuidado a quién encarga esos proyectos. Eso no es ni monopolio ni elitismo. Es como lo que ha dicho la Central del Partido: capitalismo con una orientación socialista. Si el gobierno puede regularlo y hacer que manejen la economía buenos hombres de negocios, a China sólo puede irle mejor. Mirad Singapur: se valora más a la gente que tiene una educación superior porque, bueno, afrontémoslo, *son* mejores.

»Cuando Lining y yo vamos al extranjero, la gente siempre nos dice: «Qué cosmopolitas sois». Nos ven como representantes de la China moderna.

La tía Pequeña asintió:

–La gente como Lining y tú es lista.

–Pero también trabajamos mucho –dijo Lu–. El elitismo es un error si los que son especiales no cumplen con sus obligaciones. Somos un modelo de comportamiento, no debemos olvidarlo.

Después de la cena les sirvieron té de jazmín en el salón. Sobre la mesa baja la tía Zhang dispuso pipas de girasol tostadas, lichis secos y cacahuetes salados en cuencos de cristal.

–Gracias por esta estupenda cena –dijo la tía Pequeña. Se recostó con cuidado de no verter té en el sofá de plumón de oca blanca de Lu.

–Nuestra cocinera es de verdad muy buena, ¿a que sí? Le diré que os ha gustado cómo cocina. Es una pena que Lining y yo no cenemos en casa más a menudo –Lu hablaba suavemente, tomando sorbitos de su taza de té ribeteada de oro–. Mei, ¿qué te parece mi suelo nuevo? –sonrió, ladeando un poco la cabeza–. Me lo acaban de hacer. Ahora todo el mundo pone los suelos de mármol –señaló al suelo con sus dedos de uñas esmaltadas en rojo–. La piedra es importada de Italia.

–Muy bonito –dijo la tía Pequeña, asintiendo mientras pelaba ruidosamente pipas de girasol con los dientes.

–Al principio no quería molestarme en hacerlo; al fin y al cabo, nos vamos a mudar muy pronto. Pero luego, ya me conoces, no me gusta dar mi brazo a torcer.

–¿Que te vas a mudar? Pero si no llevas ni dos años viviendo aquí –a Lu siempre le

pasaba algo nuevo: otro jade, otro rubí, un coche más nuevo, un asistente de mejor aspecto, amigos más deseables. Mei apenas lograba estar al tanto.

–Nos hemos comprado un apartamento en ese edificio nuevo del paseo de la Puerta de Jianguo que se llama Torre Jianguo. De hecho, ayer firmamos el contrato. ¿Sabes tú cuál digo, Mei? Lo tienes que haber visto: es inmenso.

–¿Pero es que te vas a mudar sólo por un par de manzanas? Si este apartamento es precioso.

–Ah, querida, el paseo de la Puerta de Jianguo es el Park Avenue de Pekín, y la Torre Jianguo va a ser el único edificio de apartamentos permitido dentro de la Puerta de Jianguo. La gente ya está hablando de ella. Vas a ver cómo la Torre Jianguo se convierte en el mejor sitio de Pekín.

–Los apartamentos tienen que ser muy caros –dijo la tía Pequeña con envidia.

–Lo son, y además te tienen que dar el visto bueno los directores del proyecto. Quieren sólo a la gente más respetable –Lu se estaba animando. La cara le brillaba de autosatisfacción.

Mei la miró estupefacta.

–¿Fue por eso por lo que no fuiste ayer a ver a Mamá? ¿Porque estabas comprándote un apartamento nuevo?

–Era importante. Llevábamos meses esperando a que nos dieran la aprobación.

–¿Más importante que ocuparte de tu propia madre? –le espetó Mei.

–No me critiques a mí. Tú tampoco estabas allí –replicó Lu.

–Qué egoísta eres. Sólo te preocupas de ti misma. «Ay, no puedo ir a ver a mi madre, que se está muriendo, porque tengo que ir a comprarme un apartamento más grande y mejor.»

–¿Que yo soy egoísta? –Lu se puso de pie, los almendrados ojos llameando de rabia–. ¿Qué has hecho tú por Mamá? Yo he traído a la tía Pequeña de Shanghai y he pagado todos sus gastos. También habría pagado los gastos de hospital de Mamá, que muy bien podrían haberle salvado la vida. ¿Y qué puedes hacer tú? Nada; porque no tienes nada. Eres un gran fracaso. De hecho, lo único que has hecho siempre ha sido dar disgustos a Mamá. Probablemente es culpa tuya que esté en el hospital.

Mei se levantó.

–¿Cómo te atreves? Yo quiero a Mamá. Haría cualquier cosa por ella. ¡Tú has triunfado porque has utilizado a todas las personas que has conocido!

–¡Chicas, chicas! –la tía Pequeña se puso de pie, moviendo los brazos como una demente–. ¡Parad ahora mismo este absurdo! –gritó–. Le rompéis el corazón a vuestra madre –de pronto rodaron lágrimas por sus mejillas–. ¿Tenéis idea de todo lo que ha pasado vuestra madre? Esto no está bien, sobre todo después de lo que ella ha hecho por vosotras.

Mei y Lu cogieron cada una de un brazo a la tía Pequeña y la ayudaron a sentarse en el sofá. Lu trajo rápidamente un paquete de clínex. La tía Pequeña lloraba, ora gimiendo dolorosamente, apretándose el pecho, ora haciendo mudos pucheros. Las hermanas contemplaron las lágrimas que se vertían por sus mejillas como si no tuvieran fin. Las conmocionó que su tía, a quien siempre habían conocido como la feliz hermanita menor de su madre, pudiera albergar tanta pena en su diminuto cuerpo; le temblaban los hombros, tenía los ojos rojos y llenos de aflicción.

–Háblanos de eso –dijo Mei. Le echó una mirada a su hermana: no la había perdonado, pero ahora tenían que dejar de lado sus diferencias y hablar con la tía Pequeña.

–Queremos saberlo –dijo Lu.

La tía Pequeña sacudió la cabeza:

–Le prometí a vuestra madre...

–Tía Pequeña –la dulce voz de Lu tenía autoridad–. Yo sé que Mamá no habría querido tener secretos para mí si supiera que se iba a morir.

Mei le sirvió una taza de té a la tía Pequeña. La fragancia del jazmín llenó el aire.

–Tía Pequeña, cuéntanos, por favor. Nosotras ya hemos descubierto muchas cosas. Sabemos que Mamá y el tío Chen trabajaron juntos. ¿Cuándo fue eso? ¿Qué hacía Mamá?

Poco a poco, la tía Pequeña dejó de sollozar. Se enjugó la cara con un clínex limpio y cogió la taza de té.

–Tendré que empezar por el principio –dijo pausadamente, mirando a las pipas de girasol del cuenco de cristal como si les estuviera hablando sólo a ellas.

Sus sobrinas asintieron. La presión en el cuarto había llegado a tal intensidad que daba la impresión de que una palabra más o un simple movimiento podían hacer que aquella confrontación se viniera abajo.

Despacio, suavemente, la tía Pequeña empezó:

–Vuestra madre fue seleccionada por el Ministerio de Seguridad del Estado antes incluso de licenciarse en la universidad. Hablaba bien el ruso, era una estudiante brillante y disciplinada, y además la representante del Partido Comunista en su clase. Sí, entró en los servicios secretos. Era un trabajo de mucho prestigio, como os podéis imaginar.

»Lógicamente, había mucha reserva: nunca podía decirme exactamente lo que hacía, y a veces ni siquiera dónde estaba. Pero yo sabía que era feliz. Se hizo nuevos amigos y volvió a conectar con viejos amigos, como el tío Chen, que también entró en el ministerio. Y conoció a vuestro padre, un joven escritor en alza, atractivo e inteligente. Vuestra madre se enamoró profundamente.

»Luego vino la Revolución Cultural. De pronto las instituciones, lo que solíamos llamar la Vieja Guardia, se convirtieron en enemigos del Estado. Yo me alisté en las Guardias Rojas, como tantos millones de adolescentes. Viajábamos por el país rebelándonos contra lo antiguo. Al poco tiempo, el país entero estaba siendo puesto patas arriba. Entonces vuestro padre fue denunciado y enviado a un campo de trabajos forzados por sus opiniones contra Mao. Vuestra madre fue con él, llevándoos a vosotras dos.

»Cuando por fin volvió a Pekín, había estado un tiempo enferma y había adelgazado mucho. No sé cómo os rescató vuestra madre del campo de trabajo, nunca me habló de eso. Pero sé que tiene que haber sido un infierno para ella. Uno no salía así como así de un campo de trabajos forzados.

»Ella había cambiado. Vuestra madre era guapa de joven. Pero cuando volví a verla después del campo de trabajo, parecía vieja y su belleza había desaparecido; estaba triste y hacía grandes esfuerzos para escapar de la desgracia que parecía estarla consumiendo. Había perdido su casa, su marido y su trabajo. No tenía esperanza alguna, aparte de vosotras dos.

»Es probable que no os acordéis de lo duro que fue cuando os estabais criando. Os iban trasladando de aquí para allá, a cualquier sitio donde hubiera un cuarto libre, y nunca os llegaba para comer. Tu madre luchó mucho, hasta que al final le dieron el trabajo en la revista.

–¿Qué pasó con su trabajo del Ministerio de Seguridad del Estado? –preguntó Mei.

–Lo perdió. Como estaba casada con tu padre y había ido con él al campo de trabajo, ya

no era una revolucionaria roja. Ya no podía seguir trabajando para el Ministerio de Seguridad del Estado.

–¿Y por qué ahora el ministerio se está ocupando de ella? –preguntó Lu, brillantes sus ojos de almendra.

–No sé si será el ministerio. No ha tenido nada que ver con ellos en veinticinco años –la tía Pequeña parecía reacia a continuar.

–¿Pero quién si no podría tener tanto poder? –Lu frunció el ceño.

La tía Pequeña sacudió la cabeza.

–Sea quien sea, ojalá hubiera llegado antes. Así ella no habría sufrido tanto. Mi pobre Hermana Mayor. Estaba sola y la salud se le iba. No debería haber sido así. Se suponía que ella lo tenía todo: belleza, inteligencia, pasión y un futuro brillante. Pero tuvo que casarse con vuestro padre.

–¿Tú sabes lo que le pasó a él? –durante veinte años, Mei había esperado a que alguien le diera una respuesta–. ¿Cómo murió?

–No lo sé y, francamente, creo que no deberías preguntar por él. Sobre todo ahora. ¿Por qué siempre te ha importado tanto tu padre? Eso es lo que suele poner triste a tu madre. Vuestro padre está muerto, y os destrozó la vida. Es vuestra madre la que ha sufrido, la que os ha querido y os ha criado. Espero que entendáis las dificultades que ha tenido que pasar. Escaló un monte de dagas y buceó en un mar de fuego por vosotras dos. Estáis hoy aquí porque ella os eligió. Eligió quereros a vosotras.

A medida que la tía Pequeña pronunciaba estas palabras, empezó a llorar de nuevo. Su hermana también la había querido a ella. Y ahora, la que había sido tan fuerte y tan generosa se estaba muriendo.

# 29

Mei anduvo a paso vivo a lo largo de los muros de la Antigua Sala de Plegarias. La mañana seguía fresca por el influjo de la noche. Los viejos y los enfermos habían salido al parque a hacer ejercicio, haciendo remolinos con los brazos. Un grupo de mujeres de mediana edad hacía ejercicios de sable en una glorieta. Junto a un pequeño estanque, un joven, de pie en el borde de un kiosco, cantaba ópera de Pekín.

La luz tranquila del sol, los gorriones que revoloteaban rápidos entre los árboles y las difusas campanas del Templo de los Lamas, todo parecía parte de un cuento de hadas.

–¡...nos días!

–¿Qué, sacando los pájaros a pasear?

Dos hombres se saludaban. Mecían sus jaulas de pájaros de un lado a otro. Llevaban camisas blancas de cuello mandarín y pantalones oscuros.

Fue en la plaza de más allá de la arboleda, en medio de los pajareros y sus jaulas colgadas de las ramas, con el canto de los arrendajos azules y los canarios amarillos, donde Mei encontró al tío Chen.

El tío Chen estaba haciendo taichí con un grupo de unas cincuenta personas. De lejos parecían una multitud echando una carrera lenta: estaban todos en cuclillas. Vuelto de espaldas, el profesor se movía ajeno a sus discípulos, que copiaban sus movimientos con calma y precisión.

El chándal beis del tío Chen le apretaba la tripa como un amigo, dejándole poco espacio para respirar. Cuando vio a Mei, dejó de «tejer la seda», se disculpó con una inclinación y zigzagueó para salir del grupo.

–Me ha dicho la tía Chen que te encontraría aquí –dijo Mei.

–Ha sido idea suya que haga taichí. Para adelgazar, me dice. Yo, sinceramente, preferiría quedarme durmiendo los domingos –el tío Chen se enjugó el sudor de la frente con la manga del chándal.

–¿Hay algún sitio donde podamos hablar?

–Claro. ¿Has desayunado?

Mei negó con la cabeza.

Se dirigieron hacia la entrada que daba al este, a contracorriente de los remolinos de brazos. Algunos de ellos le lanzaban un hola o un asentimiento cómplice al tío Chen, que les correspondía cumplidamente. Tenía orgullo en la mirada. En compañía de Mei se le veía no más ancho, sino más alto.

Los vendedores ambulantes habían plantado sus hornillos en la calle de la Comida Exquisita. Dados de queso de soja y carne picante de vaca crepitaban en las planchas de freír de hierro. El humo de las parrillas de carbón flotaba por todas partes. Los vecinos se saludaban calurosamente unos a otros, y clientes y vendedores gritaban.

–¿El hermano pequeño todavía se hace pis en la cama?

–Gracias a Dios que no es más que mi nieto.

Las guindillas y los granos de pimienta de Sichuan recién fritos chisporroteaban, levantando una ráfaga de toses.

–Jefe, no se pase con la guindilla, ¿eh? –un hombre abanicaba el humo con la mano.

–¡Si no pica, no sabe! –gritó el hombre de ojos negros desde detrás de una nube de vapor.

–Vamos al salón de té –el tío Chen le tiró del brazo a Mei–. La tía no me deja comer en la calle. Le parece que ésos no son sitios limpios.

El salón de té tenía la fachada abombada y la pintura desconchada. Tuvieron que darle un empujón a la puerta, que al parecer se atascaba. Dentro, la sala estaba húmeda y llena de humo.

–Éste es del Estado. Es caro, pero está limpio –dijo el tío Chen.

Encontraron una mesa en un rincón. El tío Chen se dirigió al mostrador. A los cinco minutos volvió con dos cuencos de sopa de arroz con huevo en salmuera, dos cestillos de bollitos Dragón y un plato pequeño de encurtidos.

Se sentó del otro lado de la mesa. Empujó un cestillo hacia Mei y le dijo que comiera:

–Los jóvenes como tú necesitáis comer para haceros fuertes.

Se atragantó: la sopa estaba caliente.

–¿Has encontrado el jade? –el tío Chen miró con ansiedad a Mei.

–En realidad no he venido por lo del jade.

–Ah, pensé que... –el tío Chen le dio un mordisco a un bollito Dragón. Un reguero de aceite manó de la comisura de su boca; se lo limpió rápidamente con la mano–. ¿Entonces de qué quieres hablarme? –preguntó.

Mei empujó con los palillos los huevos en salmuera, hundiéndolos en la sopa de arroz. No tenía hambre. Contempló cómo devoraba el tío Chen los bollitos Dragón.

–¿Quién se está ocupando de mi madre? ¿Son los servicios secretos? –preguntó.

Una lámina de rábano en vinagre se le atravesó en la garganta al tío Chen, que tosió:

–¿Qué te ha hecho pensar eso?

Mei frunció el ceño.

–Lo sé, tío Chen. La tía Pequeña nos lo ha contado. Tú también eres uno de ellos –apartó su cestillo de bollitos Dragón–. Tú lo sabías, ¿verdad? Por eso no te sorprendiste lo más mínimo cuando te dije que habían trasladado a mi madre.

El tío Chen enterró la cara en el cuenco de sopa. Un largo silencio cayó como una pluma.

–Song dijo que él se ocuparía –dijo al fin el tío Chen, de forma casi inaudible.

–¿Y él quién es?

El tío Chen apoyó los palillos sobre el cuenco de sopa y se enjugó la cara con sus manos rosadas.

–Ésa es una pregunta fácil de difícil respuesta –se inclinó hacia delante–. Nunca verás su foto, ni su nombre siquiera, en los periódicos. Uno ve a Song y se figura que es un limpio funcionario de grado medio de alguna unidad de trabajo sin rostro. Y no, es un hombre que puede decidir la vida o la muerte si quisiera.

A dos mesas de allí había gente que se iba, arrastrando las sillas en el suelo y hablando fuerte. El tío Chen esperó hasta que hubieron salido y luego continuó:

–Yo seguí a tu madre hasta Pekín cuando vinimos a la universidad. No dejamos de ser buenos amigos, pero en aquellos años parecía que ella iba por delante: las mujeres maduran

mucho más deprisa a esa edad. Por la época en que entró en el Ministerio de Seguridad del Estado, habíamos derivado cada uno hacia un lado. Quizá por eso luché tanto por meterme en el cupo de ese mismo ministerio. Por lo que puedo recordar, ésa fue la única vez en mi vida que competí por algo con tanta determinación. Pensaba que si entraba en el mismo ministerio podría reavivar el tipo de relación cercana que teníamos en Shanghai, y que quizá algún día ella llegaría a verme como algo más que un amigo.

El tío Chen miró a otro lado. Su voz se iba irritando.

–Pero, por supuesto, el ministerio era inmenso. Tu madre y yo no trabajábamos exactamente juntos, si es que puede decirse así. En realidad, ella vivía y trabajaba dentro del recinto principal del Jardín de Poniente, mientras que yo trabajé primero en una unidad especializada cerca del Jardín del Bambú de Púrpura y luego en la Agencia de Prensa Xinhua.

»Aun así se renovó nuestra amistad, porque pertenecíamos al mismo ministerio y hacíamos trabajos parecidos. A veces pasábamos juntos los domingos. Por aquel entonces la semana tenía seis días, y el domingo era el único día libre. Tu madre le gustaba a mucha gente y tenía muchos amigos; pronto todos nos fuimos conociendo. Así fue como conocí a Song, que era el jefe del grupo de ella en aquellos tiempos.

»Song tenía dos años más que tu madre. Era alto y guapo, era una estrella. A mí no me caía bien. Puede que me sintiera amenazado por él... pero entonces me sentía amenazado por mucha gente. Había algo en él que siempre me dejaba intranquilo, tenía siempre la sensación de estar siendo observado. Es muy raro, ya lo sé, pero así es como me sentía. Como si él tuviera un tercer ojo.

»Tres años más tarde empezó la Revolución Cultural y las cosas se pusieron mucho más oscuras. Se abrían los expedientes secretos y se creaban otros nuevos. La gente era denunciada por una razón u otra, especialmente si habían dicho o escrito cualquier cosa que pudiera considerarse «antirrevolucionaria». Pronto la gente empezó a morir en grandes cantidades, de formas horribles. Yo conocí a un tipo que fue apaleado hasta la muerte porque llevaba jerséis de cachemira de marca extranjera. ¡Qué locura fue todo aquello!

»La Revolución Cultural fue un golpe para tu madre. Cuando estuvimos en Luoyang, se quedó asombrada al ver lo que estaba ocurriendo en la calle.

–Creía que me habías dicho que habías ido tú solo.

–No quería meter a tu madre en la historia, pero ahora ya lo sabes. Las Guardias Rojas se habían atrincherado en el tejado de la biblioteca con ametralladoras y habían excavado túneles por debajo de sus posiciones para las líneas de abastecimiento. Hubo muchísimas muertes. Era gente muy joven y muy llena de devoción al Presidente Mao y al Partido. Tu madre no podía soportar mirar esas caras pálidas y esos cuerpos ensangrentados. No podía aguantar los gritos ni el rugido de las balas. Acababa de tenerte a ti. Eras algo tan bonito, una vida que acababa de empezar.

»Antes de que pasara mucho tiempo estábamos todos atrapados como pequeños insectos en la telaraña cada vez más apretada de la revolución, siendo denunciados, denunciando a otros, siendo enviados a campos de trabajo... Perdí por un tiempo el contacto con tu madre y por eso no tuve contacto con Song. Unos años después, empecé a oír su nombre: mientras nosotros sufríamos, él había ascendido a los puestos más altos del ministerio.

»Hacia el final de la Revolución Cultural, Song fue depuesto. Bueno, era muy difícil bandearse en la política de aquellos tiempos, las cosas se daban la vuelta todo el tiempo...

Un día Deng Xiaoping era un héroe, y al día siguiente, el enemigo público número uno. Así que no era inconcebible que Song pudiera haber errado en sus cálculos. Cuando cayó, su hijo fue enviado a las montañas de Dongbei, y oí decir que casi se muere allí.

»Luego vino la muerte de su mujer. Fue una cosa misteriosa: al parecer nadie sabía los detalles. Por lo que yo sé, pudo haber sido el propio Song el que la envió a la muerte. Tenía un algo muy frío por debajo de ese aspecto seductor. Hay personas de las que uno simplemente sabe que un día podrían golpear con la mayor crueldad.

»Su pérdida de poder y el sufrimiento de su familia hicieron de él una víctima de la Revolución Cultural, lo cual le dio los títulos para volver a ascender a la muerte del Presidente Mao.

El tío Chen suspiró.

–Así que ahí lo tienes. Cuando empezamos, Song no era más que el jefe de un grupo. Ahora es el subdirector del Ministerio de Seguridad del Estado: tiene un gran apartamento, un coche con chófer y un montón de poder.

–¿Pero por qué quiere ayudar a mi madre?

–Dejando a un lado el hecho de que a mí no me cae bien, con tu madre parece que se ha comportado. Durante un tiempo creímos que iban a casarse.

»Cuando tus padres se conocieron, tu padre era un joven escritor prometedor, un poeta de cierta fama. Era también un idealista, lo contrario de gente como nosotros, cuyo trabajo era espiar a otros. Es posible que ya entonces tu madre albergara inconscientemente dudas sobre cuáles eran sus deberes y sobre el mundo que ella representaba. Me imagino que era por eso por lo que tu padre ejercía tanta fascinación sobre ella.

El tío Chen suspiró otra vez, como si la vida hubiera sido un prolongado suspiro.

–Tu madre era una mujer guapa, inteligente y llena de vida. Todos estábamos enamorados de ella. Por desgracia, ella quería a tu padre.

Una chica regordeta con un delantal sucio había irrumpido en medio para recoger los platos vacíos en la bandeja de plástico que traía bajo el brazo, golpeando los cuencos y las fuentes sin ningún cuidado mientras lo hacía. El lustre de su cara traía el aire del interior de la cocina, espeso de manteca y de olor a salchichas curadas. Mei contempló cómo pasaba el paño por las mesas. Sus movimientos eran flojos, su ser entero estaba aletargado.

–¿Tomamos un poco de té? –le preguntó Mei al tío Chen. Sin esperar la respuesta, se levantó y se dirigió al mostrador, sintiéndose mareada.

Una mujer del tamaño de un pequeño elefante estampó una toalla en la barra.

–¡Te pillé! –exclamó, apartando con una toba del dedo corazón una mosca muerta–. ¿Qué quería? –le preguntó a Mei sin sonreír. Se secó las manos con la toalla.

–Una tetera de té Wulong, con dos tazas –Mei sacó su monedero.

La mujer se fue hacia el mostrador que había detrás de ella, cogió unas pocas hojas de té de una lata y las echó en una tetera marrón. Levantó una enorme pava de aluminio de la estufa y vertió agua caliente en la tetera.

–Cuatro yuanes –volvió a poner de un golpe la tapa de la tetera y empujó dos tazas hacia Mei.

Ella le tendió el dinero antes de que la mujer pudiera escupirle encima. Mientras se alejaba de allí con el té vio cómo el tío Chen se zampaba los últimos bollitos Dragón. Esta vez la mirada de Mei absorbió sus señas corporales en todos sus detalles: la abultada tripa, la cabeza que parecía un huevo del revés y la espalda combada sobre la mesa. ¿*Él* estuvo

enamorado de *Mamá*? El estómago se le contrajo. Entonces pensó en Song, en su esbeltez y en su andar elegante. Aquel hombre tenía un controlado carisma.

Con el té en las manos, Mei inspiró largamente y forzó una sonrisa:

–¿Un té Wulong?

Se sentó y sirvió el té. Sus manos se tendieron para coger las tazas al mismo tiempo. «Perdón», dijeron los dos, avergonzados.

–¿Sabes tú lo que ocurrió en el campo de trabajo? ¿Cómo consiguió ella sacarnos? ¿Y por qué no a mi padre también? –Mei sostuvo su taza cerca del corazón.

El tío Chen negó con la cabeza.

–No lo sé. Nunca me lo contó. Nunca ha querido hablar de aquel periodo de su vida.

Le echó una mirada a Mei con todo el dolor del mundo en los ojos.

–Lo siento, Mei. Si no quieres continuar con lo del jade, lo comprendería.

–Voy a continuar, y lo voy a encontrar –le espetó Mei.

Su voz se desvaneció. Ahora estaban los dos callados. Las camareras habían desaparecido. El salón de té estaba vacío. Un regusto almizclado llegaba de no se sabe dónde.

–¿Sabes lo que es el ojo de jade? –preguntó Mei.

El día anterior había llamado a Pu Yan con la misma pregunta; pero él no sabía la respuesta. Le dijo a Mei que iba a preguntar a algunos de sus colegas y que la llamaría si se enteraba de algo.

También el tío Chen estaba confuso.

–No. Me temo que no –apretó los labios y sacudió la cabeza–. ¿Por qué?

–Puede que no sea nada –dijo Mei–. Tengo que irme y dejarte volver a casa con la tía. Va a pensar que te he secuestrado.

Mei se levantó, empujando silenciosamente la silla hacia atrás. El tío Chen levantó la vista. Una melancolía oculta oscilaba tras sus poco profundos ojos.

–Ya te llamaré –dijo Mei.

La puerta volvió a atascarse, así que la dejó entornada. Fuera, el sol había explotado en mil pedazos de luz blanca.

# 30

–El jefe no está –dijo el encargado de la tienda de Wu el Padrino. Era alto, con la nariz como el pico de un cuervo. Llevaba un metro de seda negra colgado del hombro.

–¿Está usted seguro? –Mei frunció los labios–. Dígale que vengo del hotel Esplendor.

Él la estudió vagamente, contrayendo la nariz. Una nube de sospecha rondaba por sus ojos. Finalmente asintió con la cabeza y volvió a su trasiego de recibos. Detrás de ellos, los tenderos cuchicheaban, la gente iba y venía.

Le trajeron un recibo y estampó en él el sello de la tienda con tinta roja. Luego se dio la vuelta y salió. Una puerta se abrió y se cerró sin ruido. El cuervo negro ya no estaba.

La ventana estaba abierta al sol radiante. Wu el Padrino estaba sentado de espaldas a la ventana, observando a Mei desde detrás de una gran mesa rectangular. Parecía una vieja mesa de altar que una vez hubiera estado ante un oratorio familiar, con las patas talladas y sin cajones. No había gran cosa encima de ella: una pluma, una libreta, un teléfono, una figurita de porcelana de dos soldados del Ejército de Liberación Popular (un hombre y una mujer) en una pose de ballet, una lámpara con pantalla de seda, un paquete de tabaco, un mechero de plata y un cenicero de cristal.

Wu el Padrino aflojó los puños sobre la mesa. Los músculos le abultaban debajo del polo. Fijó la mirada en Mei.

–¿Qué es lo que quiere?

Mei estaba sentada ante él en una silla de palo de rosa de respaldo cuadrado.

–¿Mató usted a Zhang Hong? Tenía tanta prisa por salir de allí que casi me tira al suelo.

Los puños de Wu el Padrino se deslizaron fuera de la mesa. Encuadró a Mei con una larga mirada vacía.

–Se mató él mismo.

–¿Por qué iba a hacer eso? A ese tipo nunca le había ido tan bien: dinero, una mujer, una nueva vida...

Wu el Padrino soltó un gruñido gutural.

–¿Dinero? El muy idiota tenía que haberse ido de Pekín mientras aún le quedaba algo.

Se alcanzó el tabaco y vaciló, tamborileando con los dedos en el paquete. Sabía que había dicho demasiado.

–¿Cuál es su versión? –le clavó a Mei una mirada penetrante.

–Vamos a ver: Zhang Hong perdió todo su dinero en las apuestas y contrajo deudas. Vino a pedirle ayuda, pero usted no se la dio. Puede que él le amenazara con descubrir sus asuntos de contrabando. Usted le cerró la boca.

Wu el Padrino ladeó la cabeza y escupió.

–Y una mierda.

Agarró el paquete de Marlboro, le arrancó un pitillo con los dientes y empuñó el

mechero de plata.

–Déjeme decirle una cosa: yo puedo ser un bestia, pero no un asesino –encendió el pitillo–. Después de seis años en bandas callejeras y ocho años de «subida a la montaña y bajada al campo», puede creerme cuando digo que es mejor limitarse a romper algún hueso. Mire las fotos que tengo en la pared –movió la mano, dibujando un semicírculo con el humo del pitillo–. Soy un respetado miembro de la comunidad. Mis contactos llegan muy arriba. No le tengo miedo a nadie, y menos a un hombrecillo como Zhang Hong. Los ludópatas me ponen enfermo, no tienen principios ni lealtad –hizo una pausa, deleitándose en el sonido de sus propias palabras.

Mei contempló la habitación. En las paredes había fotos de caras sonrientes, la de Wu el Padrino entre ellas.

–Entonces ¿por qué fue usted a su hotel?

–No tengo por qué decirle nada –Wu dio golpecitos al pitillo sobre el cenicero–. Pero quiero dejar una cosa clara: él ya estaba muerto cuando yo llegué. Puede que no se suicidara, puede que fueran los de la casa de juego. Ni lo sé ni me importa.

–¿No le parece que a la policía sí que podría importarle?

Wu el Padrino resopló.

–¿Sabe usted la cantidad de gente que llega a Pekín todos los días? Veinte mil personas. Eso sin contar a los trabajadores de provincias que están aquí ilegales. Estamos hablando de cientos de miles de don nadies sin registrar. ¿Por qué iba la policía a ocuparse de ninguno de ellos? La gente muere, eso no es más que una realidad de la vida.

–¿Y por qué puso usted la habitación del hotel patas arriba? –Mei miró a Wu el Padrino desde detrás de sus pestañas.

–A lo mejor, simplemente, porque no me gustaba la cara de aquel tipo. Señorita, usted tiene una cara bonita, y puede que un bonito cerebro dentro de esa cabecita. ¿Por qué no me dice usted lo que está buscando, y luego le digo lo que yo buscaba?

Mei se cruzó de brazos.

–¿Y qué gano yo con eso?

–Dinero, naturalmente... ¿Por qué iba a hacerlo si no?

Mei se puso de pie. La espalda le dolía del duro respaldo de la silla y necesitaba estirar las piernas. Se entretuvo mirando las fotos de la pared.

–¿Cuánto tiempo lleva en este negocio? –le preguntó. Casi todas las fotos tenían un rótulo, pero ninguna estaba fechada. A juzgar por los atuendos, algunas eran de hacía ya tiempo.

–Diecisiete años.

–¿Ha estado siempre en Liulichang? –Mei reconoció en una foto a la estrella del pop Tian Tian.

–No. Tuve otras tiendas pequeñas en otros sitios durante un tiempo. Me trasladé a ésta hace unos pocos años.

La última era una foto en blanco y negro, tomada en la época en que Wu el Padrino era joven y delgado. Tenía el brazo izquierdo enganchado con el de otro joven, alto, de ojos bonitos y labios tímidos; al contrario que la de Wu el Padrino, su actitud era tranquila y casi retraída. Tras ellos había un hombre de más edad, sonriendo con orgullo.

Mei se detuvo mucho tiempo ante la foto. Pensaba que ya había visto antes al de más

edad en algún sitio. Pero cuanto más se esforzaba, más despacio parecía ir su cerebro, hasta que al final se le atascó. Desistió.

–¿Dónde se hizo esta foto?

Se volvió para mirar a Wu el Padrino. Tenía el pelo más corto y ya no tan poblado. La llama de su mirada se había extinguido.

–En mi primera tienda. Ése es mi socio –dijo Wu el Padrino con despreocupación–. Estuvimos juntos en la «subida a la montaña y bajada al campo». Cuando volví a Pekín, yo no tenía casa ni trabajo; él y su padre me ayudaron a montar este negocio.

Wu el Padrino dio una larga calada y luego fue soltando despacio el humo.

–¿Sabe por qué soy un buen marchante de antigüedades? –preguntó de pronto.

–¿Por qué?

Wu el Padrino se revolvió en su silla.

–Antes de que me llevaran al campo de trabajo, fui miembro de una banda juvenil durante varios años. Me creía muy duro. En las bandas callejeras la cuestión era no fiarse de nadie, porque ninguno de nosotros era de fiar. Éramos todos delincuentes. Si uno quería sobrevivir, tenía que guardarse siempre las espaldas.

«Pero las cosas eran diferentes en las montañas de Dongbei. Nuestro campo era un albergue de madera lleno de parches en lo profundo del bosque. En verano cortábamos árboles y mandábamos los troncos río abajo. El invierno era crudo, largo, con nieve alta. Nosotros éramos todos adolescentes pekineses. Nunca habíamos cazado un animal, ni sostenido un rifle, nunca habíamos estado aislados por una nevada.

»Cuando tienes que enfrentarte a las fuerzas de la naturaleza, aprendes a confiar. No a confiar a ciegas: los humanos pueden ser mucho más peligrosos que los animales salvajes, pero te das cuenta de en quién puedes confiar. Era necesario saber quién te iba a salvar si estabas en peligro, y a quién podías darle un rifle sin preocuparte al volverle la espalda. Más importante aún, era necesario saber a quién podías abrirle tu corazón sin que te traicionara ante el secretario del Partido. Todo era vacío allí fuera: el paisaje, los días y las noches. Si no podías hablar con alguien, te volvías loco.

»Las montañas eran inmensas y profundas. Era la clase de sitio que te daba escalofríos porque sabías que no podías escaparte. Todos los inviernos, cuando el aislamiento y la dureza de las condiciones se hacían excesivos, alguien lo olvidaba e intentaba fugarse. Pero nadie salió nunca de allí con vida.

»Como iba diciendo, había peligros por todas partes. Un verano, a un chico al que llamábamos Cuatro Ojos, porque llevaba gafas, se lo llevó la riada. Había llovido durante muchos días.

»El invierno era insoportable. A veces los camiones de aprovisionamiento no lograban llegar al campo en semanas por culpa de la nieve. Eso hacía que la gente perdiera la cabeza: les llevaba a hacer lo que fuera para escapar. Y cuando digo lo que fuera quiero decir lo que fuera: he visto a los seres más inocentes convertirse en demonios.

»A eso es a lo que voy. Yo aprendí muy pronto a juzgar a la gente: a darme cuenta de quién era leal y de fiar y quién no. Más adelante, un hombre al que llamábamos Gran Hermano me enseñó a leer los rostros. Mire, la mayor parte de los marchantes de esta calle saben de antigüedades más de lo que yo sabré nunca; pero no saben leer los rostros. No entienden a la gente. En cambio, yo sé al instante si alguien está mintiendo.

»Y, ahora, dígame... –Wu el Padrino se echó hacia atrás en su silla, cruzando los brazos

sobre el pecho–. ¿Qué hace una chica guapa como usted en un sitio como éste, buscando problemas?

–¿Qué problemas? –Mei miró directamente a Wu el Padrino y se encogió de hombros. No le gustaba que la amenazaran.

–¿Señorita qué?

–Wang.

–Señorita Wang, dígame una cosa más: ¿confía usted en la gente con facilidad?

Ella contempló cómo el humo del pitillo de Wu el Padrino se disolvía al salir por la ventana abierta. Pensó en el tío Chen, ese hombre a quien conocía de toda la vida. Él había sido la mano cálida a la que ella se había cogido de niña y el tío que nunca tuvo. Treinta años de amor valían mucha confianza. Aun así, ella se había preguntado, en el largo pasillo oscuro del Hospital n.º 309, en un momento de duda fugaz, hasta qué punto le conocía en realidad.

En aquel momento sonó el teléfono.

Wu el Padrino agotó su pitillo.

–¿Diga? Ah, bien... ningún problema... de verdad –la huella de una sonrisa serpenteó en su cara.

Mei se preguntó qué le habría respondido si el teléfono no les hubiera interrumpido.

Al colgar, Wu el Padrino estaba de buen humor.

–Piense en mi oferta. Quizá usted y yo podamos hacer negocios. Vamos a encontrar lo que sea juntos, y yo haré que valga la pena para usted.

Mei sonrió. Dejó una de sus tarjetas encima de la mesa y dijo:

–Volveremos a vernos.

# 31

Era un lunes húmedo. Como todos los lunes, éste se hacía eterno.

No había nada interesante en la oficina. Un par de facturas y un par de indagaciones inocuas que con toda probabilidad no llegarían a nada. No llamaba nadie para hablar del hombre de la cicatriz en la cara que se había dejado el cuerpo en el hotel Esplendor, y menos aún la policía. Era sólo un día normal, sin ninguna importancia en particular, un día de los que la fábrica de la vida llevaba produciendo, sin cambios, semana tras semana desde el comienzo de las fábricas.

Mei leyó los periódicos. Como de costumbre, el *Diario del Pueblo* traía un montón de artículos que anunciaban directrices gubernamentales. Algunos de ellos volvían a salir en el *Diario de Pekín*. Incluso el habitualmente informativo *Diario Matutino de Pekín* tenía sólo buenas noticias que publicar: la prosperidad y la gran expectativa de la devolución de Hong Kong a China.

Mei tiró los periódicos a la papelera y salió al recibidor. Gupin le dirigió una sonrisa desde detrás de su ordenador. Estaba afilando lápices y alineándolos cuidadosamente sobre la mesa como misiles.

–Hoy va a llover –dijo.

Mei asintió:

–Esa pinta tiene. ¿Podrías llamar al Instituto de Investigación Minera y preguntar si hay alguien que sepa lo que es el ojo de jade?

Gupin ya había alcanzado el teléfono, cuando de pronto se detuvo.

–¿No querrás decir *quién* es el ojo de jade?

–¿*Quién*?

–Sí, eso es lo que decimos en Henan. El jade es la piedra del emperador, por eso «el ojo de jade» significaba «un espía de palacio». Ahora la expresión se usa para cualquiera que esté espiando para alguien de más arriba, como el jefe.

Mei observó a Gupin, pensando a toda velocidad. Luoyang es la capital de Henan y fue la capital de trece dinastías antiguas.

Gupin la miró nervioso.

–Lo siento, no era eso lo que querías decir. Ahora mismo hago la llamada.

Mei despertó de sus cavilaciones. De pronto recordó dónde había visto al hombre de más edad de la foto que tenía en la pared Wu el Padrino.

–Está bien, olvídate de la llamada –sonrió, y añadió–: gracias.

# 32

El tío Chen vivía en una torre de apartamentos en la avenida de la Puerta de Fucheng.

Era la hora de comer. Ciclistas de todas las edades venían de todas partes, levantando al desmontar nubes de polvo. Los alumnos de instituto con sus uniformes llegaban como atletas. Todo el mundo tenía prisa por llegar a casa a comer.

El ruido de la calle aumentó. Los coches y los camiones avanzaban con estruendo. Los trolebuses azules y blancos, que parecían babosas con dos antenas negras, arrancaban chispas de los cables suspendidos por encima.

Mei tenía que conducir despacio, zigzagueando tras las bicicletas con su coche, que se ahogaba en su propio tubo de escape. Los ciclistas o la ignoraban o le echaban desde delante miradas de desdén.

Por fin encontró un sitio para aparcar en un lado del edificio del tío Chen, que lindaba con dos construcciones idénticas de color negro y gris.

Esas torres se habían levantado a finales de los años ochenta. En la época de su construcción, con sus ascensores y sus ventanales en los pasillos, eran los edificios de viviendas más codiciados de Pekín. Ahora parecían marchitas prostitutas luciendo sus gastados cuerpos en la acera. Los transeúntes les escupían y hablaban de su fealdad.

Ante el ascensor se había juntado un gentío.

–¿Te pasas a jugar una mano de póker esta noche? –gritaba un tipo bovino desde detrás de dos chicas modernas con tacones.

Un hombre con gafas miró a su mujer, que fingía estar enfrascada en la calvescente cabeza que tenía delante. El hombre le echó una sonrisa amarga a su vecino:

–Me parece que no.

Cuando el ascensor llegó, la gente se apretó en su interior, acalorada y sudorosa. A una de las chicas modernas se le enganchó la falda entre las piernas del tipo bovino, que le lanzó una sonrisa. Ella liberó de un tirón su falda, soltó una imprecación y le susurró algo a su amiga. Las dos volvieron la cara hacia otro lado con desagrado.

Mei se bajó en el décimo piso. Al fondo del pasillo había una bicicleta con candado apoyada en la mugrienta ventana. Atisbó el exterior: nubes oscuras se agolpaban en el horizonte. A su izquierda, a lo largo de un pasillo amarillento, vio las puertas cerradas, algunas cubiertas con planchas de hierro. Un delicioso olor a comida se escapaba de una de ellas.

Mei llamó al timbre del tío Chen. Oyó pasos pesados y el correr de los cerrojos.

–¡Mei, qué sorpresa! –el tío Chen mantuvo la puerta abierta y se apartó a un lado.

El recibidor era pequeño y estaba ocupado por una voluminosa lavadora. Había una cuerda de tender colgada con un clavo del marco de la puerta.

–Estamos comiendo –dijo el tío Chen–. ¿Tú has comido ya? ¿Quieres comer con nosotros?

–No, gracias, no tengo hambre –Mei sacudió la cabeza. Estaba nerviosa. Todos los gestos que hacía parecían falsos. Las sonrisas le salían forzadas y la voz insegura, y no sabía dónde poner las manos.

La tía Chen salió del salón con los palillos en la mano. Tenía la cara entera perlada de sudor.

–Mei, pobre niña –la tía Chen se dobló hacia ella como agobiada por el dolor; su insulsa cara había cobrado vida–. Aunque, desde luego, no hay que perder la esperanza. Tengo el presentimiento de que tu madre va a salir adelante. Todos rezamos por ella.

Condujo a Mei al salón.

Mei se sentó en el sofá y miró a su alrededor. El piso estaba decorado con mucho esfuerzo por alguien con medios limitados. Había una estantería atiborrada de fotos familiares, libros y bibelots. Pegada a una pared había una cama individual con una colcha verde y crema; era la de la tía Chen. En la pared de al lado, formando una ele, estaba la cama que correspondía al tío Chen. Unos pocos tiestos con flores, libros y utensilios domésticos variados se mezclaban en los alféizares. Prendidas de un alambre a cada lado de la ventana había unas cortinas de terciopelo dorado.

–Acabo enseguida –dijo el tío Chen, traspalándose a toda prisa la comida a la boca.

–¿Estás segura de que no quieres un poco de té? –preguntó la tía Chen.

–Estoy bien así, no te preocupes por mí –dijo Mei.

–Vale, ya he terminado –dijo el tío Chen, levantándose. Todavía estaba masticando–. Vámonos.

–¿Por qué os vais a marchar? Podéis charlar aquí. Yo me voy a lavar los platos a la cocina.

–Necesito volver pronto al trabajo. Mei y yo podemos hablar por el camino.

–¿Y qué pasa con tu siesta?

–Ya no estoy cansado –dijo el tío Chen, evitando la mirada de su mujer.

–Entonces espera un momento –la tía Chen fue rápidamente a la cocina y volvió al momento agitando una bolsa de red–. Compra algunos rábanos al volver a casa. Para la cena hay cazuela.

El tío Chen cogió la bolsa y asintió.

–Adiós, tía Chen –dijo Mei–. Ya hablaremos la próxima vez.

Ahora las calles estaban tranquilas. Era la hora de la siesta. La mayor parte de los vendedores había echado el cierre a sus puestos. Los conductores de carretas habían aparcado bajo los árboles y estaban acuclillados en círculo, comiéndose las meriendas que traían de casa.

El tío Chen iba andando al lado de Mei, empujando su bicicleta.

–Lo siento, fuera hace calor y humedad. Pero ya conoces a la tía, es mejor que no oiga lo que decimos.

Había un banco de piedra bajo un roble y un cuerpo desplomado sobre él: alguien había encontrado una cama para la siguiente hora. Más adelante encontraron un banco que no estaba ocupado y se sentaron.

El cielo amenazaba lluvia.

–Tío Chen, has sido amigo de mi familia mucho tiempo. Me conoces desde que era pequeña. Así que te lo voy a decir sin rodeos: doy por sentado que tenías tus razones.

Mei había barajado varias alternativas, pero las palabras que le salieron no estaban ensayadas.

–Nunca fuiste a Luoyang, ¿verdad? Si no, sabrías lo que es el ojo de jade; o, más exactamente, *quién* es el ojo de jade. Fue a mi madre y a Song a quienes se les asignó ese trabajo, y fue mi madre quien te habló del sello de jade. Te topaste con el artículo sobre la vasija ritual por casualidad, y te hizo pensar. Quizá pensaste que tenías una ocasión de hacerte rico, o puede que tuvieras otros motivos. Pero ¿por qué mentirme a mí?

La cara del tío Chen se puso roja. Sacó un pañuelo arrugado y se secó el sudor del ceño.

–Yo nunca...

–Ahora sé por qué no querías que se lo contara a mi madre –Mei contempló al tío Chen. Su ira y su sentimiento de traición contenidos amenazaban desbordarse–. ¿Estás contento de que le diera el ataque? Ahora puede que ya nunca llegue a saber quién eres en realidad.

–Por favor, Mei, no me digas esas cosas tan hirientes. Tú no sabes lo mucho que ella ha significado para mí –el tío Chen aspiró boqueando como un insecto atrapado en la tela de una araña–. Mi debilidad ha sido querer siempre cosas: quería ser alguien, vivir bien. ¿No me lo merezco? Siempre he seguido las órdenes del Partido. He dado mi corazón y nunca he herido a nadie, al menos a propósito. Pero nunca he sido lo bastante bueno, ni para tu madre, ni para mi unidad de trabajo; ni siquiera para mi familia.

»Mira mi casa: cien metros cuadrados. ¿Es eso lo mejor que voy a tener? Cincuenta metros cuadrados para una familia de cuatro. La tía y yo llevamos tantos años durmiendo en el salón que ya ha llegado a ser costumbre. Dong Dong tiene que esperar a casarse para que su unidad de trabajo le tenga en cuenta al asignar viviendas. La unidad de trabajo de Jing no tiene vivienda de ninguna clase. Y ganan tan poco que no pueden permitirse comprar ni alquilar.

»Yo he acabado una carrera. Antes pensaba que podía destacar. Pero mira a Song: tiene trescientos metros cuadrados sólo para él y el delincuente de su hijo: ese cabroncete es un gusano, y Song lo sabe, pero una y otra vez le saca bajo fianza. ¿Por qué? ¡Porque puede! Tiene poder y contactos, y su hijo va por ahí persiguiendo mujeres en un coche con chófer.

»Mis hijos no toman drogas ni andan con delincuentes, pero no tienen nada, porque su padre no es nada. ¿Quién soy yo? Un don nadie, y tu madre lo sabe –dejó caer la cara entre las manos.

Mei no dijo nada. No era necesario.

–Lo siento, Mei –suspiró él–. Nunca pensé que lo fueras a descubrir. Recurrí a ti porque sabía que no ibas a dudar de mí.

–Sí, fui una estúpida al creerme tus mentiras. ¿En qué otras cosas me mentiste? ¿Enviaste tú a mi padre a la cárcel? ¿O fue Song Kaishan? ¿Cómo murió mi padre?

–Te he contado todo lo que sé, Mei. Ésa es la verdad. Acudí a ti porque quería que nuestras dos familias sacaran provecho del asunto. Pensé que compartiríamos el dinero.

–¿Qué dinero? –dijo Mei–. El sello de jade fue con toda probabilidad destruido hace mucho tiempo, y tú lo sabes. Así que me he estado preguntando por qué te has metido en esto. Creo que lo has hecho por venganza. Sabías que yo seguiría el rastro hasta llegar a Song. Viniste a mí porque era yo la persona que tenía que hacerlo: yo soy hija de mi madre. Ahora, para variar, soy yo quien va a hablar: consígueme una entrevista con Song.

–No se puede entrar en el ministerio sin un permiso especial.

–Pero tú sí puedes. Dile que necesito hablar con él, y pronto.

De vuelta en su oficina, Mei se sentó junto al teléfono. Desde su ventana contempló cómo las nubes preparaban una tormenta.

Llamó a Lu y le dejó el recado al ayudante. Se preguntaba si el amigo médico de Lu habría averiguado algo de lo del hospital.

Gupin se fue a casa. Estaba oscureciendo. Por fin, el teléfono sonó.

–Te verá en el bar de Las Tres Banderas Rojas, en Houhai, dentro de una hora... –el tío Chen tenía la voz tirante y seca. Tuvo un instante de vacilación–. Mei, no vayas. Olvidémonos de todo el asunto.

–Me temo que ya es tarde para eso –dijo ella.

# 33

El cielo era como una inmensa tapa negra a punto de desplomarse. Los rayos llegaban en oleadas, perseguidos por los truenos. La lluvia caía sesgada.

Mei pisó el acelerador, dubitativa. No alcanzaba a ver la carretera ni el canal. Un muro de agua caía oblicuo sobre el parabrisas y ante los faros. En un relámpago (con su rodar de trueno) vio la oscura y arqueada forma de un puente de piedra. Luces rojas destellaban en la negrura ante ella a medida que muy poco a poco avanzaba hacia delante. Al siguiente relámpago giró por una calle y vio los bares de Houhai, iluminados como farolillos de papel en un mar de tempestad.

Mei dejó el coche junto al puente y salió. Se protegió la cabeza y adelantó el hombro contra la lluvia. De inmediato se le empaparon los zapatos, se le empaparon los vaqueros. El agua le chorreaba mangas adentro mientras trataba de mantener sujeto el impermeable.

Vio el Audi negro, pegado a la cuesta que bajaba hasta el canal. Siguió adelante. Algo o alguien se movía detrás de las ventanas amarillas, pero no lo veía con claridad: la lluvia lo velaba todo.

Cuando vio el bar Las Tres Banderas Rojas, cruzó la calle. No había nadie cerca, ni turistas, ni policías de servicio ni camareras que invitaran a entrar. Nadie ofrecía bebidas especiales ni horas felices.

Mei batalló contra el viento y la lluvia hasta la puerta. Cuando estaba a medio metro de ella hizo un último esfuerzo y alcanzó el picaporte.

Lo giró y al momento estuvo dentro del bar. El encargado se acercó corriendo a cerrar para que no entrara la tormenta.

Estaba tocando un grupo heavy. La cantante, en atuendo de mujer primitiva, saltaba y gritaba como si tuviera muelles por piernas. La guitarrista, con el pelo de pincho y vaqueros ajustados, estaba tranquila: tocaba como si le fuera indiferente, y probablemente así era. La batería era un remolino volante de pelo.

El encargado dijo algo que Mei no logró oír. Se estaba preguntando si no se habría equivocado de sitio. Se desenvainó del impermeable y se lo dio al encargado, que le tendió la chorreante prenda de plástico amarillo a una camarera de negro.

–¡He venido para ver al señor Song Kaishan! –gritó Mei lo más alto que pudo. Puso toda la fuerza en el nombre, con la esperanza de que él lo oyera.

El encargado abrió la boca. A Mei le pareció que estaba gritando una respuesta, pero lo que le estuviera diciendo no lo oyó.

Él le hizo gestos para que se alejaran de la banda. En el lateral había una puerta de palo de rosa de dos hojas, cada una de ellas decorada con intrincadas tallas de arriba abajo.

–Por aquí –le oyó decir, y le siguió a través de ella.

El pasillo era estrecho y con una sucesión de paneles de madera oscura. Al parecer habían rodeado la casa hacia la parte de atrás. Allí ya sólo se oía el sonido de la percusión.

–Por favor –el encargado abrió una puerta y le indicó a Mei que entrase–. Señor Song, ha llegado su invitada –dijo con voz nítida; y, con un chasquido del picaporte, desapareció.

Era un cuarto sin ventanas. Había una mesa baja negra en el centro, rodeada de blandos cojines. Luces de neón rosa brillaban en los vértices del techo.

Song Kaishan estaba sentado en los cojines del otro lado de la mesa. Ante él había unas cuantas fuentecillas de huevos en salmuera, oreja de cerdo en adobo y cacahuetes tostados. Había también una botella de Wuliangye, con esos colores rojo y blanco de la etiqueta que atraían de inmediato la mirada, y un calentador de licores de porcelana blanca encendido a su lado.

–He llegado pronto. Espero que no te importe –señaló lo que había sobre la mesa.

Mei no habría podido decir cuánto tiempo llevaba él bebiendo ni cuánto había bebido. El cuarto olía a aguardiente de arroz lo bastante fuerte como para intoxicar a un cerdo. Song le tendió una mano blanca y le hizo gesto de que se sentara. Sus gafas sin montura le hacían parecer más inteligente, al tiempo que hacían pantalla a sus pensamientos.

–Espero que estés contenta con lo que he hecho por tu madre.

Mei sintió cómo se hundía al bajar el cuerpo hasta los cojines y doblar hacia arriba las piernas. Sabía que tenía que estarle agradecida a Song, quizás decirle una o dos palabras de gratitud. No era difícil ser amable con un hombre elegante. Pero ella no quería serlo.

–No he venido para hablar de mi madre. He venido por un jade y por un hombre llamado Zhang Hong.

Nada cambió en la expresión de él.

–¿Quiere que le cuente la historia? –preguntó Mei.

Song llenó poco a poco el calentador de licores. Un penetrante olor a aguardiente de arroz se elevó como el humo.

Mei continuó:

–Hace treinta años, a dos jóvenes agentes secretos se les dio una misión en Luoyang, la antigua capital, donde decenas de miles de miembros de las Guardias Rojas habían decidido acabar por sí mismos con las viejas tradiciones... con los museos, los libros y las vidas de los intelectuales... Y, mientras lo hacían, se habían dividido en facciones que luchaban entre sí. El trabajo de los agentes consistía en apoyar a las Guardias Rojas y en recoger información sobre sentimientos antimaoístas en la región.

»Uno de los cabecillas de facción era un adolescente llamado Zhang Hong, un auténtico bestia, y un apostador nato. Puede que viera a uno de los agentes sacar un valioso jade del museo, así que él también cogió una cosa: una vasija ritual de tiempos de los Han. Zhang Hong no sabía nada de antigüedades, pero no era del todo idiota.

»Treinta años más tarde, todo es diferente. Las revoluciones hace ya tiempo que pasaron de moda. Ahora impera el dinero. Así que Zhang Hong vino a Pekín a vender la cerámica que había robado del antiguo Museo de Luoyang. Inmediatamente se hizo rico.

»¿Qué haría alguien como Zhang Hong al tener dinero? Gastárselo. Vivió como nunca había soñado. Cogió a una chica de un club nocturno y se fue a alojar en un resplandeciente hotel. Se jugaban el dinero en grandes cantidades.

»Muy pronto perdió todo el dinero y se endeudó. Volvió al marchante que le había comprado la vasija ritual a pedirle ayuda; el marchante se la negó. Por pura casualidad, Zhang Hong vio en su despacho una foto en la que reconoció al padre del socio del marchante, que era de hecho el agente que había visto en Luoyang hacía treinta años.

»Decidió hacerle chantaje. Y entonces fue asesinado en su habitación del hotel.

Song Kaishan sirvió un chupito de aguardiente de arroz para él y otro para Mei.

–¿Por qué me estás contando esto?

–No era sólo por el jade por lo que le hacía chantaje, ¿verdad? Robar tesoros nacionales es un delito pequeño comparado con el asesinato. Hubo muchas muertes en Luoyang. ¿Cuántas las causó usted con sus propias manos?

Mei miró el vasito de licor, pero no lo tocó.

Song sacudió la cabeza y se echó a reír. Vació su vaso.

–¿Estás asustada? ¿Crees que puedo haber envenenado tu bebida? Mei, estás totalmente equivocada conmigo. Yo estaba enamorado de tu madre, puede que todavía lo esté. Déjame, por favor, que te cuente mi historia ahora que yo he oído la tuya. Llevo treinta años esperando. Ya le he hecho a ella bastante daño.

»¡La Revolución Cultural! ¿Quién no hizo algo terrible en la Revolución Cultural? Mucha gente mató a otra gente. Pero tu madre no podía digerir aquello.

Se sirvió otro chupito.

–Ella siempre decía que lo mejor de tu padre era su integridad y su valor. ¿Y qué, si tenía valor? Desafiar al Partido no era una actitud inteligente, al menos durante la Revolución Cultural. Mira lo que él te aportó: el campo de trabajo. Tu madre eligió ir con él. Él no tenía nada que ofrecerle: ni protección, ni comida. ¿Por qué fue?

–Porque le quería.

–A lo mejor necesitaba demostrarse a sí misma que le quería.

Mei le contempló. Las palabras se le demoraban pesadamente en la garganta.

–En todo caso, tu madre no se podía permitir ser tan arrogante y tan egoísta como tu padre: tenía dos hijas pequeñas de las que preocuparse. La realidad era que tú y tu hermana sencillamente no podíais sobrevivir con esa clase de vida. Así que ella volvió y me pidió ayuda. No fue fácil. Ella había sellado su propio destino cuando se negó a colaborar con el Partido y se exilió al campo con tu padre: el Partido nunca olvida ni perdona.

»Yo la ayudé, con gran riesgo para mí mismo. Ella hizo lo que el Partido le pedía y aportó pruebas contra tu padre. Tuvo que dejar el ministerio, por supuesto. El que se hubiera casado con tu padre y su conducta hasta ese momento la habían descalificado para el ejercicio de su cargo. Pero denunciando a tu padre se salvó a sí misma y os salvó a vosotras dos. Intenté ayudarla en lo que pude cuando dejó el ministerio, buscándole trabajos temporales y alojamiento. Pero en aquellos años había veces en que ni siquiera podía protegerme a mí mismo y a mi propia familia.

»Hacia el final de la Revolución Cultural, cuando hasta a mí se me puso crudo, coincidí con tu padre en la cárcel. Yo siempre le había conocido como un tipo listo, cultivado, un poco arrogante quizá. Por eso fue un golpe encontrarme con que era un hombre deshecho. Hasta hoy le recuerdo sentado en un rincón tosiendo, o cojeando por el patio de la cárcel. Cada vez que había algún ruido fuerte o se acercaban los guardias, los ojos se le contraían y se le encogía el cuerpo. Era como un pájaro aterrorizado atrapado en una jaula invisible.

»Intenté hablar con él de prisionero a prisionero, pero tu padre no quería escuchar. No era la clase de hombre que perdonara fácilmente. El odio había echado dentro de él raíces que habían desarrollado nudos mortales. Me di cuenta de que eso le estaba matando desde dentro.

»Yo no pasé en la cárcel mucho tiempo. En unos pocos meses fui trasladado, y me

soltaron cuando la Revolución Cultural terminó.

»Hasta que volví a Pekín no tuve noticia de la muerte de tu padre. El relato oficial era que había muerto de una enfermedad en la cárcel. Fui a ver a tu madre, fue la única vez que accedió a verme. Quería saberlo todo sobre él. Qué tipo de comida comía, si estaba de buen ánimo, si pensaba en las niñas, qué había dicho sobre ella, por qué no le había escrito. Pensé que nunca había recibido información alguna sobre él, así que le conté todo. Buena parte de ello no fue para ella sorpresa, pero aun así se lo tomó muy mal. Cuando le conté que tu padre había dicho que nunca la perdonaría, lloró.

El hombre elegante hizo una pausa y tomó un sorbo de Wuliangye para humedecerse la garganta. Mei creyó ver un brillo de tristeza en sus ojos.

Él hizo una larga inspiración y se recompuso.

–¿Conoces a mi hijo? –las comisuras de su boca se alzaron en una sonrisa amarga mientras Mei negaba con la cabeza–. Pues no te pierdes nada. Es un auténtico desastre, y me desprecia. Lo único que quiere de mí es usar mi coche y que le proteja cada vez que él o su amigo Wu el Padrino se meten en líos. Me dijeron que este bar era uno de sus caladeros preferidos. No nos vemos mucho el uno al otro últimamente: él sale tarde a perseguir mujeres y luego duerme toda la mañana. Sé que mi hijo es un canalla, pero ¿qué le voy a hacer? Él es lo único que tengo.

»En China lo que cuenta es el poder. El dinero no habría podido llevar a tu madre al Hospital n.º 301, pero yo sí puedo, mi poder puede. Pero el poder no dura. Un día yo me moriré, y entonces ¿qué? ¿Qué va a ser de mi hijo si no estoy yo para protegerle? No resistirá la cárcel. Nunca ha sido capaz de soportar el sufrimiento. Es una de esas personas de cabeza débil. En la Revolución Cultural le enviaron a las montañas a ser reeducado. Quizá habría muerto de no ser por Wu el Padrino.

Volcó la cabeza hacia atrás, vació lo que le quedaba en el vaso y se limpió la boca con un flamante pañuelo blanco.

–Las personas como Zhang Hong destrozan vidas, la suya y las de los que les rodean. Alguien tenía que hacer algo. Nuestra sociedad está mejor sin gente como él.

»¿Por qué me miras de esa forma? No, tú no puedes juzgarme. No tienes derecho. Hice lo que tenía que hacer, igual que tu madre hizo lo que tenía que hacer. No había lugar para la moral en los tiempos de la Revolución Cultural. Uno sobrevivía a cualquier precio. Vosotros los jóvenes no lo entendéis. Os comportáis siempre como si fuéramos unos monstruos.

Song trató de impulsarse hacia arriba. Se tambaleó como si se hubiera perdido algo en su interior, algo que necesitaba para estabilizarse. Al segundo intento se levantó despacio, con el cuidado de quien ha bebido demasiado.

–Hazme el favor de irte a estar con tu madre. Hablé con el hospital antes de venir: me han dicho que se va a recuperar.

»Más tarde o más temprano nos llegará el momento. Lo único que nos queda ahora es esperar. Pero ¿sabes qué? La espera ha sido más dura de lo que pensé. Todo lo que has hecho mal en la vida te alcanza y se te come. Puede que sea así como nos vamos todos, cuando no nos queda corazón para sufrir.

Se dirigió a la puerta. Mei se puso también de pie y se le acercó para ayudarle.

Song la apartó como si ella fuera una rosa matutina, demasiado espinosa para tocarla. Enderezó el cuerpo. Las manos le temblaban un poco, pero ahora estaba firme.

–No, no importa. Ya no importa. Pero sí que quiero proteger a mi hijo y dejarle algo que le pueda mantener por mucho tiempo cuando yo ya no esté. He oído decir que el dinero es lo único que se necesita en Estados Unidos.

Se asió a la puerta de palo de rosa y empujó para abrir una de sus hojas.

–Deja de buscar el jade. Ya no existe –se dio la vuelta–. Chen es un cobarde, siempre haciendo que otras personas le resuelvan el trabajo sucio. Por eso tu madre nunca pudo enamorarse de él. Pero él se quedó por allí cerca, como una sombra sin forma, un oído sensible, siempre cerca. Nunca ha llegado a ningún sitio y nunca lo hará. Si quiere cazarme a mí, dile que venga y lo haga con sus propias manos.

Mei le vio cruzar el bar vacío con pasos pequeños, precisos. Mantenía la espalda recta. Cuando llegó a la puerta, la abrió y salió andando a la lluvia. El viento había aflojado. Su conductor corrió desde la orilla del canal, con un paraguas en alto para cubrir a su jefe.

# 34

Mei colocó la silla más cerca de la cama de su madre y se sentó.

Había un tubo pegado con esparadrapo justo debajo de las ventanas de la nariz de Ling Bai. Largos cables que se distinguían por colores, como las líneas de metro en un mapa, la ligaban a una pantalla de números en constante cambio.

Aunque Ling Bai estaba más o menos igual que la última vez que la había visto, Mei tuvo la sensación de que por debajo de la fachada había ocurrido algo notable. Vigiló el sueño de su madre, su respiración tranquila y estable. La expresión de su cara se había suavizado. Tenía cierta frescura, puede que hasta un ligero indicio de color en las mejillas.

Mei estuvo un rato sentada mirando a su madre. Luego se acercó de puntillas a la ventana donde la tía Pequeña estaba dormitando.

Mei le dio golpecitos en el brazo:

–Tía Pequeña –le dijo–, ¿por qué no te vas a casa? Yo me quedo con Mamá.

La tía Pequeña abrió los ojos.

–Estoy bien. Está casi amaneciendo.

Las dos decidieron quedarse. La tía Pequeña añadió agua caliente a las hojas de té usadas de su taza y se la pasó a Mei. Se sentaron junto a la ventana y compartieron el té, separadas por una generación y unidas por el amor.

La tía Pequeña señaló al hombre que había en la otra cama.

–Lo han traído hace sólo unas horas. Un suicidio. Es un soldado.

–¿Dónde está su familia?

–No tiene pinta de tener familia en Pekín.

El hombre gruñó un poco.

Mei miró a su tía; igual que ella, había heredado la fuerte nariz de sus ancestros. Las arrugas habían empezado a reclamar su cara. Las venas se extendían por sus brazos y por el dorso de sus manos como yedra.

La tía Pequeña no advirtió la mirada de Mei. Sorbía su té y contemplaba las luces que cambiaban de color en la pantalla. No sabía cómo le dolía a Mei el corazón.

–¿Tú, alguna vez...? –Mei empezó tímidamente–, ¿has tenido dudas?

–¿Dudas sobre qué?

–Sobre todo aquello que ocurrió en la Revolución Cultural, sobre las cosas que hiciste y las decisiones que tomaste.

–Por supuesto que las teníamos. El país entero tenía dudas, durante diez largos años desde el final de la Revolución Cultural. Pero ¿de qué sirve insistir sobre el pasado? Nadie puede cambiarlo en nada –la tía Pequeña le pasó la taza a Mei–. Éramos como un rebaño ovejas que llevaban de aquí para allá. No teníamos mucha elección.

–¿De verdad? Todo el mundo tomó sus decisiones. Mamá nos sacó del campo de trabajos

forzados, pero dejó a Papá allí. Papá eligió creer en sus ideas. Hubo gente que mató, y otros traicionaron a su familia y a sus amigos. Todos tomamos nuestras decisiones.

–Pero no puedes comparar lo que tenéis ahora con lo de tu madre o tu padre. Nosotros hemos vivido una época muy diferente. Era como una guerra civil, llena de vida y muerte. La mayor parte del tiempo no teníamos ningún control de las cosas.

–¿Pero qué habría pasado si hubierais tenido control? ¿Y si uno sabía que estaba mandando a alguien a la muerte?

–¿De qué me estás hablando?

Mei tenía muchas ganas de contarle a la tía Pequeña lo que sabía, pero no fue capaz de decir una palabra. El peso de los secretos de su madre, que ahora guardaba ella, la aplastaba. Estaba maldita: se había criado con amor envenenado, y envenenado estaba también su propio amor.

Mei se apartó, respirando con dificultad.

–No sé. Parece que todo está mal. Siempre había creído que la verdad y el amor me harían feliz, pero no ha sido así. Ahora yo misma tengo que tomar algunas decisiones difíciles. ¿Denuncio a un asesino que es el salvador de mi familia? La sabiduría antigua dice que una vida vale por otra vida, pero ¿qué hay de la justicia? ¿Y la justicia para la persona que hemos perdido? ¿Se puede perdonar a una asesina, aunque haya tenido los mejores motivos?

La tía Pequeña miró a Mei confusa y asustada.

–¿Y ésa quién es? ¿Alguien que yo conozca?

Mei no respondió. Le devolvió la taza de té a la tía Pequeña y se acercó a la cama de su madre.

Allí, al lado de la mujer que le había dado la vida dos veces, se sentó. Apoyó la cara sobre la mano de su madre y sintió el tacto de su piel, cálido y tierno. Mamá abrió los ojos un poco y luego los volvió a cerrar. Mei creyó ver una sonrisa fugaz.

La noche era tan callada como sus lágrimas. Se preguntó si el amor puede aceptarse sin justicia.

–Lo siento, Mamá –musitó.

Desde más allá de la oscura ventana, Mei oyó el primer canto del pájaro de la mañana. Pronto despertaría el día y la mañana llegaría como las olas a una costa sin contaminar. La luz se elevaría desde detrás del horizonte. Traería consigo el toque del paraíso.

# Post scríptum

En el verano de 1999, un sello de jade de la dinastía Han fue vendido en Nueva York a un coleccionista anónimo. La cantidad que se pagó nunca fue desvelada.

# Agradecimientos

Mi más profunda gratitud para Toby Eady, mi representante y amigo, por su visión, su fe, su sabiduría y su amabilidad.

Estoy agradecida a Laetitia Rutherford por su comprensión, que ha hecho este libro posible.

Doy las gracias a Humphrey Price, a Michal Shavit y a Ali Lavau por sus maravillosas perspicacia, orientación y edición.

Por último, mi agradecimiento y mi cariño para mi querido Pekín, para mi hermana, mi padre y mis amigos.

[1] La autora reproduce en inglés la costumbre china de dar tratamiento de parentesco a personas ajenas a la familia: en este caso, se llama «Hermana Mayor» a la compañera de más edad de la clase (siendo la edad un grado de respeto); en otros, se llama «tía» o «tío» y «abuela» o «abuelo» a quienes están una o dos generaciones por encima del hablante. *(N. de la T.)*

[2] En el calendario lunar chino se diría «el octavo mes», pero el original inglés dice «August». *(N. de la T.)*

[3] En el original: «Five Virtuous Liquid». Existe un aguardiente muy famoso, fabricado en Sichuan, cuyo nombre se transcribe igual: Wuliangye, sólo que el carácter que se lee *liang* es ligeramente distinto y, en lugar de «virtuosos», significa «cereales» (en cuyo caso, Wuliangye significa «Esencia de cinco cereales»; el arroz es uno de ellos). *(N. de la T.)*

# Mariposas para los muertos

Una vez más, a mi madre,
y a Andreas, Alexander y Elisabeth

# Prólogo

Campo de Lao Gai Viento del Este
Provincia de Gansú, China
Diciembre de 1989

Siguieron adelante, cantando «El comunismo es el farol rojo de mi corazón», sus voces remontando el viento gélido. Machacaban con los pies la hierba seca y el suelo pelado. Llevaban el paso con los brazos, manteniendo la frente alta, cada cual con los ojos clavados en la cabeza rapada del de delante. Cantaban con ahínco, con fuerza. Llevaban dos palabras, *lao gai*[1] (trabajo y reforma), estampadas en blanco en las chaquetas grises guateadas. Detrás de ellos, el cielo estaba del color de la arena, blanco el sol.

Nada ofrecían esos campos salvo viento áspero y seca tierra amarilla. Bajo la bóveda del cielo, las montañas de cumbres nevadas se alzaban como indeseables cargas del pasado. Aquélla era la provincia donde terminaba la Gran Muralla, donde la Ruta de la Seda se había abierto camino; ambas habían pasado los últimos mil años en el olvido.

Los guardias abrieron el portón para que entrasen los reclusos. Sobre el alto muro, cinco caracteres rojos, «Campo de Lao Gai Viento del Este», les hacían frente.

–¡Alto!

Los prisioneros se pararon. La canción terminó bruscamente.

–¡Vista al frente!

El funcionario Yao el Saltamontes, alto, con hombros de perchero, pasaba lista. Una estrella roja, pequeña pero muy reluciente, brillaba en la piel de su gorro.

–Doce treinta y uno.

–*Dao* –el prisionero gritó «sí».

–Cincuenta y seis treinta y cuatro.

–*Dao*.

Una racha repentina llenó el aire de arena como un camión que estuviera descargando en una obra, y 3424 cerró los ojos. Era un hombre joven: las líneas de su cara eran las de un niño, la piel aún sin curtir, el cuerpo aún por hacerse.

El guardia enarboló su porra y el prisionero cayó al suelo chorreando sangre, el hermoso rostro destrozado.

–¡Responde, Lin, cerdo antirrevolucionario y anti-Partido!

–Ha sido el viento, la arena –farfulló Lin, la sangre centelleante escapándosele entre los dedos. No levantó la vista. Estaba tratando de descubrir de dónde le venía el dolor. Cuando se tocó la brecha de la mejilla, soltó un aullido.

Ahora el guardia le pateaba las costillas. Lin gritó y se encogió sobre sí mismo en el suelo.

–¡Silencio! ¡Estás aquí para reformarte! –bramó el guardia–. Lo primero que vas a

aprender es respeto. Responderás cuando se te pregunte. Si desafías al Pueblo, el Pueblo te aplastará. ¿Está claro?

–¡Sí, señor! –gritaron al unísono las filas de prisioneros.

El Campo de Lao Gai Viento del Este consistía en una hilera tras otra de barracones. Los convictos, normalmente de dos en dos, compartían pequeñas celdas en cada bloque. Los bloques eran de techo bajo, con bombillas que deslumbraban desde las pantallas en forma de cono. Los suelos eran de piedra, de la cantera local. En cada celda había dos petates, dos palanganas, dos toallas y un cubo a modo de orinal.

Lin tosió, y le supo a sangre. Por encima de la brecha, el ojo izquierdo se le había hinchado. Su compañero de celda, el Recluta, intentó limpiarle la herida, pero Lin le quitó la toalla:

–Ya lo hago yo –dijo. Tenía el corte abierto, y resoplaba al tocárselo.

El Recluta se acuclilló lo más lejos que pudo del cubo que hacía de orinal.

–Te está haciendo pagar por lo de ayer. No puedes enfrentarte con Yao el Saltamontes.

Lin escupió sangre.

–¿Cuánto le puede durar?

–Hasta que tú te rindas. Muérdete la lengua y no intentes ponerte a su altura. Entonces se cansará y seguirá con cualquier otro.

–Yo estaré aquí por el delito que sea que haya cometido, pero él no tiene derecho a pegarme. Pienso reclamar a las autoridades.

–¿Reclamar? No vas a llegar a ningún lado escribiendo cartas. Mira al viejo Tang. Lo metieron en un pequeño calabozo sin luz durante un año. ¿Y el Lisiado? No estaba lisiado cuando entró. Los bestias del Número Dos le hicieron un estropicio. Fue idea del guardia, según dicen –el Recluta se mordió las uñas–. Universitario, no hagas nada... o lograrás que te maten. Déjalo estar. No puedes cambiar nada.

La cena venía en platos de aluminio, la misma todos los días: duros *wotou*, bollos de maíz, con verdura.

–Treinta y cuatro veinticuatro, hoy no has cumplido tu cuota. Media ración para ti –había un solo *wotou*, del tamaño del puño de Lin, en su plato.

Se acuclillaron para comer.

–Tienes que cumplir la cuota, Lin –el Recluta tragó–. Tienes las manos como las de una niña, pero no por mucho tiempo, trabajando en los hornos de cal –le enseñó a Lin sus manos, que estaban curtidas y encallecidas–. Éstas son manos de obrero. Yo hago mi cuota y no me hago notar. Dos años más y entonces me iré a casa con mi madre. Se acabó el contrabando. Encontraré una mujer y seré feliz.

–¿Sabe tu madre dónde estás?

–Puede ser. Nos cogieron en Mongolia Interior con nuestros mulos. Mi hermano era nuestro jefe. Le metieron una bala en la nuca. Mamá tuvo que pagar la bala, me lo dijo. No la he visto desde que me metieron a empujones en un camión para venir aquí. No me dijeron adónde iba.

–¿Te ha llegado alguna carta suya?

–No sabe escribir. Un hombre de nuestro pueblo escribe cartas para todo el mundo, pero de mi madre no.

–Yo tampoco he sabido nada de mi abuelo. Seguro que no sabe dónde estoy, porque si no me habría escrito. No creo que nadie sepa dónde estoy.

El *wotou* era duro de morder y aún más duro de tragar.

–Estará esperándote. Mi madre me está esperando, lo sé –el Recluta se golpeó el pecho.

–Él puede que haya muerto. Tenía setenta y dos años cuando me detuvieron. Pienso en él todos los días. Ojalá pudiera escribirle unas pocas líneas. No quiero que se preocupe.

–No hagas nada, ¿entiendes?

–Si algún día consigo salir de aquí, juro que... lo haré –Lin apretó los puños.

–Se te ha vuelto a abrir el corte –el Recluta agarró la toalla y se la tendió a Lin–. Apriétate fuerte.

Por la noche, Lin estaba tumbado en su petate, el olor del orinal desbordándose. El Recluta roncaba. Por el ventanuco que había en lo alto de la pared, veía el cielo de la noche clara y una estrella.

Recordó las estrellas de las noches de verano en Pekín, el perfume de las uvas y la fresca sombra del emparrado. El abuelo y él estaban sentados en el umbral de la puerta, abanicándose. Hacía demasiado calor para dormir. Los mosquitos flotaban en el aire por manadas.

El abuelo le contaba historias: Guan Yin y Liu Hui, la *Leyenda de los tres reinos*; el rey Mono y el monje Tangseng; la saga de los Caballeros del Kong Fu.

–Son historias para chicos, para ti –le había dicho el abuelo–. Los chicos tienen que aprender la fe y la lealtad.

Durante veinte años, el abuelo lo había observado crecer. Ahí fueron la escuela elemental, las primeras peleas, su primera bicicleta, el primer Premio a las Tres Virtudes, el fútbol, la caza de libélulas en el foso municipal, las noches estudiando hasta tarde. Y ya el umbral estaba gastado, erosionado por el centro.

Dejó al abuelo para ir a la universidad. Lin nunca había visto el océano, pero quería estudiar oceanografía. Le gustaba la idea de recorrer el mar en su inmensidad. Quería aprender más de los animales marinos sobre los que había leído y que había visto en la televisión en programas sobre la naturaleza. Cuando Lin estaba en el instituto, sus vecinos los Chen habían comprado un aparato y él había ido a la casa de al lado a verlo siempre que ponían algún programa sobre la naturaleza. Se había criado con el hijo de los Chen, a quien todos siguieron llamando Gordi incluso cuando se hubo convertido en un joven delgado.

–Vete –le había dicho el abuelo, sentado en su cama con las piernas cruzadas–. El buen hijo debe surcar los cuatro mares. Tu padre y tu madre estarían orgullosos de ti. Por mí no te preocupes. Soy de huesos fuertes. Además, tengo a los vecinos. No me va a pasar nada.

Lin escribió a su abuelo desde la universidad. Escribió sobre el mar que por fin había visto, reluciente a la luz del amanecer. Le contó a su abuelo que nunca había visto nada más bonito. «El sonido del mar, abuelo», recordaba haber escrito, «es como una canción. Algunos lo oyen, algunos lo sienten; muchos lo recuerdan».

Fue junto al mar donde la vio a ella por primera vez, como una canción que no pudo olvidar. Su piel clara, su sonrisa abierta y sus grandes ojos castaños tuvieron para él el mismo hechizo que el mar.

El día en que ella le dijo que le quería, él fue el hombre más feliz del mundo. Iban andando por la playa y Venus lanzaba destellos en el cielo, como si estuviera enviando un

mensaje secreto a los enamorados de abajo. El aire sabía a sal y ellos estaban pletóricos de deseo y de amor. Las olas lamían suavemente la orilla.

Lin se levantó. Le dolía el cuerpo de las doce horas en el horno de cal. Sentía la brecha de la cara como si fuera obra de cien cuchillos y no de un puño. La sensación de ella se desvaneció. Alrededor de su cabeza, el jergón estaba mojado.

Se frotó deliberadamente la herida hasta que se le abrió otra vez. Rechinó los dientes. «Recuerda este dolor, esta noche, y cada día de *lao gai*», se ordenó a sí mismo. «Recuerda a tus enemigos. No olvides nunca.»

# Primera parte

# 1

Faltaban dos semanas para el Año Nuevo Chino, la Fiesta de la Primavera, que celebra el fin del invierno. Es la principal festividad del año, con festejos que duran siete días. Había carteles rojos de la suerte pegados en las puertas de todas las casas. Se hacía carne en adobo y se compraba vino de arroz del fuerte: *jiu*. Las familias concertaban visitas, y se preparaban banquetes. En Pekín millones de personas se agolpaban en los mercadillos de los templos para completar sus compras navideñas.

El mayor *miaohui* era el del parque Ditan. Allí el ruido era ensordecedor. Los tambores redoblaban, los platillos entrechocaban y las trompetas tronaban en el aire frío. Los dueños de los puestos pregonaban sus artículos y los clientes gritaban para que no se les rezagaran los niños.

Arrastrada por la muchedumbre, Mei andaba junto a su hermana, cuyo humor se había ensombrecido.

–¿Por qué tenemos que venir aquí todos los años? –se quejó Lu–. Con toda esta gente empujándose…, ¿y dónde está mamá?

–Ha dicho que quería comprar una cosa –Mei se puso de puntillas para buscarla pero no logró verla. Faroles rojos se mecían bajo el arco de piedra blanca del Altar del Sacrificio, donde el emperador ofrecía sacrificios a la Tierra en el solsticio de verano; y, detrás de él, más multitudes y puestecillos.

–¡Petardos! ¡Cohetes para la Fiesta de la Primavera!

–¡Carteles de la suerte para recibir la primavera y echar a los fantasmas!

Al final de la calle aparecieron bailarines con zancos, acompañados de trompetas y tambores. La mujer iba de satén rojo y hacía ondear inmensos abanicos rosas. Los hombres llevaban largas túnicas azules y sombreros abombados sobre las caras profusamente maquilladas con línea gruesa en los ojos y colorete en las mejillas. Dos niños corrían por delante de ellos, haciendo que alguno se tambaleara. En aquel momento Mei vio a su madre abriéndose paso entre la multitud con dos calabazas de peregrino.

–¿*Hulu*? –Lu frunció el ceño, y descruzó los brazos para coger la calabaza.

–Para que nos traiga suerte... y un nieto pronto –dijo Ling Bai.

–¡Mamá! –protestó Lu. Su rubor avergonzado era enternecedor.

–Y a ti –Ling Bai se volvió hacia Mei– te protegerá de los demonios.

–No me hace falta.

Ling Bai clavó la vista en su hija mayor:

–¿Treinta y un años y sin novio? A ti te hace falta un amuleto.

Lu le dio un codazo a Mei.

–Tú cógelo –le susurró.

–El *hulu* es muy poderoso. Mirad las curvas. Son el Cielo y la Tierra unidos, en verdadera armonía. Especialmente favorable para la mujer –afirmó Ling Bai.

Subieron los escalones de piedra hasta el Altar del Sacrificio, donde había un «teatro de *jiaozi*» en plena agitación, los músicos tocando, de forma exagerada, trompetas, tambores, címbalos y un *erhu*, un instrumento de cuerda chino. Cuatro hombres bailaban al tiempo que bamboleaban un palanquín –el *jiaozi*– con una actriz dentro.

–«¿Dónde vas, joven esposa?» –rugieron los hombres.

–«Vuelvo a casa de mi madre» –cantó la actriz.

–«¿Y dónde está tu marido?»

–«En casita, con su mami, como un niño.»

El público se reía, pero Lu permanecía rígida y miraba con disgusto el espectáculo. Detestaba la danza folklórica. Mei le echó una mirada a su madre, que estaba sonriente, disfrutando de la representación. Tenía la cara arrugada, y mechones de pelo gris le revoloteaban alrededor al viento. Mei se estremeció; de frío y de culpa. Pero ¿cómo iba a amar a su madre si no podía perdonarla? Se había enterado de su participación en la muerte de su padre, y eso la había separado de ella tan profundamente como si se hubiera levantado una muralla entre las dos[2].

Sacudió la cabeza como para despejársela. Deseó poder confiarse a alguien para compartir su carga.

–¿Vamos a buscar unos *bingtang hulu*? –preguntó Ling Bai. Las brochetas de frutos de espino albar confitados eran una apreciada exquisitez invernal que todo el mundo andaba masticando en el *miaohui*.

–Para mí no, gracias –dijo Lu–. ¿Cómo te puedes comer una cosa que lleva horas tirada en medio de este polvo?

Las Wang se abrieron camino hacia la Puerta del Norte, Ling Bai buscando un puesto de *bingtang hulu*.

–La gente te está mirando –le susurró Mei a su hermana.

–¿Ah, sí? –Lu sonaba indiferente, y Mei sabía por qué. Su hermana era de una belleza impresionante, pero nunca pensaba en ello; sólo a los demás les interesaba.

Ling Bai compró dos *bingtang hulu*, uno para Mei y otro para sí misma. Se los fueron comiendo mientras andaban. El camino que llevaba a la Puerta del Norte estaba hasta arriba de puestos. Un hombre servía el té de una gran tetera de cobre con el pitorro muy largo. De las parrillas de kebab se elevaba humo, llenando el aire de perfume de comino y guindilla. Giraban coloridos molinillos, y se balanceaban faroles rojos, como frutas gigantescas, de las ramas sin hojas.

Un tobogán de hielo se erguía en mitad de la plaza de la Puerta del Norte: niños y adultos que chillaban y reían al caer resbalando. Una larga cola serpeaba alrededor de la taquilla. Había vistosos carteles que exhibían *miyu*, adivinanzas, colgados de unos árboles donde se había congregado una gran multitud.

A Ling Bai y a Mei les gustaban las *miyu*. Algunos años antes, cuando Mei todavía era una niña, habían concursado en la Fiesta Nacional, y ganaron premios.

–Ahí hay una –dijo Mei, leyendo en alto–. «Buen principio, moneda extranjera» –pensó un instante–. La respuesta es *mei yuan*, «el dólar». *Mei*, además de «estadounidense», significa «bello, estupendo», y *yuan* puede significar «moneda» y «principio» –le susurró a Ling Bai.

–Ay, sí –exclamó su madre–. Escríbelo, que vamos a ganar un premio.

–Con una no vamos a ningún lado. Tendríamos que resolver por lo menos diez para

ganar algo que valga la pena.

–Tenemos tiempo de sobra –le echó una mirada a su hija Lu.

–Yo estoy cansada de estar por ahí de pie con este frío –dijo melosamente Lu. No era una queja–. Hace ya horas que hemos salido.

–Puede que tengas razón –dijo Ling Bai, apretando su bolsa de compras.

Lu le cogió el brazo a su madre.

–Todos los años es lo mismo.

Oyeron un redoble de tambor procedente del Altar del Sacrificio y alguien gritó:

–¡La danza del león!

La muchedumbre se desbordó.

Mei, Lu y Ling Bai anduvieron hasta la salida de la Puerta del Norte, donde los taxis estaban despachando jaraneros a la feria. Lu encontró uno libre y se metió dentro, su madre tras ella. Mei se sentó junto al conductor.

–¿Adónde? –preguntó él jovialmente.

–Al Gran Hotel –dijo Lu.

Él arrancó el motor y encendió el taxímetro.

–¿Por qué camino vamos? En el paseo de Chang'an hay retenciones.

–Por donde sea más rápido –dijo Lu con un deje de impaciencia.

En el Gran Hotel se sentaron a una mesa con mantel de hilo en la cafetería Gran Muralla. La camarera les trajo té en tetera de plata, y al dejarlo en la mesa tintineó la porcelana. Se fue, y volvió con un capuchino para Lu.

La cafetería tenía el techo alto, lámparas de cristal y una escalera de caracol con una enredadera que crecía hacia arriba por la barandilla. Las plantas en macetas y las ventanas panorámicas daban una impresión de exuberante invernadero. Un camarero trajo pasteles a la occidental en un carrito, tan perfectos que habrían podido ser de plástico.

–Demasiado bonitos para comérselos –dijo Ling Bai echándoles un vistazo. Mei pidió uno amarillo glaseado. Esperaba que fuera de tarta de queso, porque ya la había probado una vez y le había gustado.

Lu revolvió el café.

–Estaban diciendo que va a nevar mañana.

–No me sorprende. Ahora es el Gran Frío, las dos semanas más frías del año –dijo Ling Bai.

Sentada en el café, a Mei se le hacía difícil creerlo. Allí estaban aisladas del mundo exterior.

Lu sacó su teléfono móvil.

–Li-ning está comiendo en el Club de China. A lo mejor puede venir si han terminado.

Mei y Ling Bai dieron sorbitos a sus tés, incómodas de estar la una con la otra ahora que Lu tenía la atención puesta en otra parte. Mei miraba fijamente por una ventana, con su nariz poderosa y su boca firme afilándole el perfil. El cielo estaba más oscuro, las nubes, espesas, y el tráfico, denso como puro barro, parado en el paseo de Chang'an. Se estiró intentando atisbar la plaza de Tian'anmen, que no estaba lejos, pero no alcanzó a verla.

–¿No puedes venir sólo unos minutos? –dijo Lu, al teléfono. Sonaba molesta.

–¿Cuándo os vais a Canadá? –le preguntó Mei a su madre, aunque sabía la fecha. Le

estaba dando vergüenza ver cómo tendía la oreja para enterarse de la conversación de Lu.

–Dentro de una semana, creo –dijo Ling Bai, taciturna–. ¿Podré verte antes de irme?

–Ya sabes que Gupin, mi ayudante, vuelve a casa por la Fiesta de la Primavera. Me temo que voy a estar demasiado ocupada –le dijo Mei más a su taza de té que a su madre.

Ling Bai suspiró.

–Deberías pensar en buscarte otro ayudante. Creía que te estaba yendo bien. ¿Por qué vas a seguir teniendo a un trabajador de provincias en la oficina, y más siendo un hombre? Qué va a decir la gente.

–Me da igual lo que digan. Gupin hace bien su trabajo. Al contrario que algunos, tiene el graduado escolar y asiste a clases nocturnas en la universidad –de repente se estaba imaginando el rostro cincelado de Gupin y sus hombros musculosos. Se preguntó qué pensaría hacer ese fin de semana. Puede que estuviera todavía trabajando en el caso del niño que había muerto en el hospital durante una operación de poca importancia. Puede que hubiera ido de compras para su madre enferma... que hubiera estado incluso en el *miaohui*, comprando exquisiteces pekinesas para llevar a su tierra. Ese pensamiento la hizo sonreír.

Lu cerró el teléfono.

–Lo siento. Li-ning no va a poder venir, por más que quiera. Está de camino al campo de entrenamiento con el gran jefe Dong.

–Siempre está ocupado –Mei se acordó de la última cena a la que Li-ning no había podido ir.

–Todo el mundo quiere colaborar con él en sus proyectos o convencerle para que invierta. Es duro ser un magnate.

–Claro...

–A mí no me importa. Yo sé lo que cuesta el éxito. Él tiene que dedicar un montón de tiempo y esfuerzo a hacerse contactos, y eso implica algunos sacrificios en nuestra vida personal. A mí me pasa lo mismo con mi programa –dijo Lu. Ella presentaba en Telepekín un programa en el que hacía entrevistas y daba consejos a gente que tenía problemas tales como relaciones adúlteras o suegras difíciles. Estaba comprobado que tenía mucha audiencia, y durante un tiempo se habló de hacerlo de difusión nacional.

–Trabajáis tanto las dos que apenas os veo –dijo Ling Bai, mirando primero a Lu y luego a Mei–. Sobre todo a ti.

–Mamá, ya sabes que todo el mundo quiere que le resuelvan su caso ya mismo.

–¡Las oportunidades! Están por todas partes. Si tú no las aprovechas, lo hará otro –Lu levantó una mano para callar a Mei, que estaba a punto de interrumpirla–. No sé cuánto sacas tú, Mei, por pillar a maridos mentirosos, pero a nosotros una ocasión perdida nos puede costar millones. Así que no paramos de trabajar, intentando mantenernos a la altura. Li-ning y yo sabemos que no estamos siendo justos con nuestra familia y nuestros amigos –apoyó cariñosamente la mano en la de su madre–, y por eso estas Fiestas de la Primavera nos vamos a llevar a mamá a Vancouver, a ver a la familia de Li-ning –se volvió hacia Mei–. Me ha dicho mamá que no has vuelto a ir a verla desde que salió del hospital.

–Mira quién fue a hablar –Mei, molesta, miró de reojo a Ling Bai.

–Yo estoy ocupada. Tengo el programa, doy conferencias y a veces viajo al extranjero con mi marido. Y *yichuo*..., ¡ni te imaginas! Cenas, comidas, fiestas, ir al teatro y a la ópera con los contactos del trabajo… Si no dijéramos que no de vez en cuando, estaríamos trabajando veinticuatro horas al día. Pero mamá ha estado en casa cenando. Hemos ido juntas de

compras –Lu le echó una mirada a Ling Bai–. Nos hemos acercado más desde que le dio la embolia. Lo que ocurrió la primavera pasada me hizo comprender que no se puede dar nada por descontado. Un día la perderemos y entonces desearemos haberla cuidado como correspondía.

Mei no pudo contradecirla, pero tampoco podía explicarse. Estaba callada, haciendo girar el té en el fondo de su taza.

–¿Os habéis enterado? –dijo Ling Bai, deseosa de rebajar la tensión–. Han soltado a Hu Bin.

–¿No era uno de los cabecillas de los estudiantes en Tian'anmen?

Ling Bai asintió.

–Mei lo conoció en la universidad, ¿verdad, Mei?

–Nos cruzamos un par de veces por el campus –dijo Mei. Lo había visto en letra pequeña en la página veintiuno del *Diario de Pekín* de ese día. Hu Bin había sido condenado a doce años por encabezar la protesta estudiantil en 1989. Su puesta en libertad, cuando aún le faltaban tres años, podía significar que estaba enfermo.

La puesta en libertad de Hu Bin le trajo incómodos recuerdos. Ella ya estaba trabajando en el cuartel general de la policía (el Ministerio de Seguridad Pública) cuando los estudiantes tomaron las calles en la primavera de 1989. Todos los días leía con avidez las noticias sobre la protesta en la plaza, pero, a diferencia de otros trabajadores de oficinas y fábricas de la ciudad, no había salido a unirse a ella. Se había quedado sentada tras su escritorio del ministerio, apoltronada en el otro bando: el bando que finalmente se volvió contra los estudiantes. Llevaba desde entonces reprochándoselo. El sentimiento de culpa por no haber estado con quienes le importaban se le había alojado como una piedra en el corazón. Pero ¿cómo podía ella saber que la cosa iba a acabar en un baño de sangre? ¿Que iba a morir gente, y que amigos como Hu Bin iban a estar tanto tiempo en la cárcel?

Mucho era lo que podía reprocharse. Ella había sido en realidad, reflexionó, quien le había quitado la vida a su padre. Su madre lo había denunciado por criticar los métodos de Mao en la Revolución Cultural; era la única forma de salvar a sus hijas del campo de trabajo. Su testimonio había contribuido a enviarlo a la prisión donde murió joven. Cuando Mei se tropezó con la verdad el año anterior, mientras desentrañaba el caso de un antiguo jade perdido desde la Revolución Cultural, al principio se había enfadado, pero luego le había dado pena. El odio amenazaba acabar con su amor por su madre. Mei habría querido ser capaz de perdonar a la mujer que había hecho tan enormes sacrificios y que a ella le había dado la vida dos veces.

La voz de su madre la hizo volver a la cafetería Gran Muralla.

–Me figuro que lo de soltarlo antes de las fiestas es un gesto de buena voluntad.

–Estoy segura de que sí –dijo Lu terminándose el café–. Ya va siendo hora. Una historia tan antigua. Lo mejor para las dos partes es olvidarla.

–Sólo han pasado nueve años –replicó Mei.

–Exacto. Historia antigua –Lu se echó la melena por encima del hombro y rió–. Querida hermana, vives demasiado en el pasado, y el resto del mundo sigue adelante. ¿Cómo era ese viejo proverbio? «El presente es oro.»

En ese momento, el camarero les trajo los pasteles. Por un momento contemplaron, intimidadas y en silencio, las obras de arte que había en sus platos. Luego Mei tomó un

bocado del suyo y se estremeció: era de lima, no de tarta de queso, y a ella la lima no le gustaba.

–Lu tiene razón –le dijo Ling Bai a Mei a través del milhojas del que tenía la boca llena–. Tienes que olvidar el pasado y seguir adelante. No andes con eso a cuestas. Aprende a perdonar.

A Mei el corazón le dio un brinco. ¿Acaso su madre sabía que había averiguado lo que le pasó a su padre?

–¿Vas a volver con Ya-ping?

Mei suspiró.

–Pero si a ti no te gustaba... no querías que me casara con él.

–Eso era hace años, cuando sólo era un estudiante de provincias. Ahora es un próspero ejecutivo que vive en Chicago.

–Pero está divorciado.

–Como Li-ning –Ling Bai contempló orgullosa a su hija menor–. Puede que eso lo convierta en un marido mejor.

Mei le dio otro mordisco a su pastel.

–Cuando un vaso se ha roto, ya no tiene arreglo.

–Será porque tú no quieres que se arregle –dijo Lu–. Él te rompió el corazón, vale, pero eso es otra historia antigua. Vive en el presente. Ésa es la clave de la felicidad.

–Y tú déjame que sea yo quien se ocupe de mi vida amorosa –¿y si ella no podía aprender a perdonar y olvidar?

Lu le pidió por señas la cuenta al camarero y luego le dijo a Mei:

–Pues sí que me preocupo por ti, porque eres mi hermana. Mañana te va a llamar un amigo mío: el señor Peng. Es el presidente de la compañía discográfica Guanghua. A lo mejor tiene un caso para ti... podría ser algo importante.

–Gracias –dijo Mei. Su hermana la había irritado con esos consejos que no le había pedido, pero acababa de hacerse perdonar.

# 2
# Ocho meses antes

–Tienes que agradecérselo al Partido Comunista –dijo el delegado Yao.

Ya nadie le llamaba Saltamontes. Su delgadez había dejado paso a la amplitud de la edad madura. Ya no pegaba a los prisioneros. Al contrario, hablaba de trato humanitario y modernización. Igual que el resto del país, los campos de *lao gai* estaban siendo sometidos a reforma. El delegado Chen no creía en la retórica. Algunas veces dejaba pasar una paliza sin amonestación; los guardias jóvenes sólo estaban deseosos de hacerlo lo mejor posible, le decía a su jefe del ministerio. Pero él tenía aspiraciones, así que cumplía las órdenes del Partido.

Se sentó a su mesa más tieso que un lápiz. Su mirada no había cambiado: seguía siendo tan escalofriante como siempre.

Lin estaba sentado en un pequeño taburete de madera, encogido, la cabeza gacha.

–Has perdido tus buenos años por haberte puesto en contra del Pueblo.

–Lo sé –Lin apretaba un pequeño hatillo como si de un bebé se tratara. Tenía la mirada vacía, la cara curtida y enrojecida del viento del desierto.

–El Partido te va a dar una segunda oportunidad para servir al Pueblo –dijo el delegado Yao–. Pero recuerda: uno nunca termina de reformarse. Tienes que continuar cuando te hayas ido. Llevas muy dentro el sentimiento antirrevolucionario, por más que hayas cumplido entera tu condena. Contra eso tienes que luchar siempre.

–*Shi* –respondió Lin.

–Ahora puedes irte.

–Gracias.

–No me las des a mí; dáselas al Partido.

Lin se levantó. Le habían dado una chaqueta a lo Mao y un par de pantalones de campesino: ropa que no le quedaba bien. Un guardia de la edad que tenía Lin cuando lo detuvieron lo condujo a través de los barracones. Los presos se habían ido a trabajar al horno de cal, las celdas estaban vacías, las sábanas cuidadosamente dobladas.

Lin iba dando traspiés como un anciano, intentando mantener el paso. El silencio era aterrador. Desde que le habían dicho que lo iban a dejar libre tenía la sensación de que algo horrible estaba a punto de ocurrir y de que no llegaría a salir del campo. Mientras estuvo extrayendo terrones de cal del fondo del horno, había temido que se le viniera encima, como le ocurrió al Recluta. Temía que la cal le salpicase los ojos, no por la ceguera que le produciría sino por el dolor. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Hu Wei rodando por el suelo, gritando, intentando salir por sí mismo cuando fue a él a quien le ocurrió.

El guardia abrió la puerta y Lin entró solo en el patio.

El aire le abrasaba la cara. Se sintió mareado. Le pareció que el suelo se movía bajo sus

pies. Estaba rodeado de altos muros y vallas de alambrada. Intentó serenarse. Se sentía como si estuviera en un lugar distinto, un sitio que no conocía, por más que todo en él le resultara familiar. Dio un paso hacia delante, dos pasos, tres.

El guardia abrió la verja. Lin bajó la cabeza. En cualquier momento vendría alguien por detrás y lo arrastraría otra vez adentro, lo sabía. Iba contando los pasos: ...ciento sesenta y ocho, ciento sesenta y nueve, ciento setenta... Había pasado el portón... Doscientos uno... trescientos dos... Estaba en campo abierto.

Cuatrocientos. Se detuvo y se dio la vuelta. La verja se había cerrado. Se quedó mirando los altos muros y el alambre de espino que se achicharraban al sol. La reverberación le quemaba los ojos.

–¡Eh! –gritó alguien.

Giró sobre sí mismo y vio un carro tirado por un burro.

–¡Eh! –volvió a llamar el conductor–. ¿O es que piensa irse andando?

Lin apretó su hatillo y entornó los ojos. ¿Qué hacía ese hombre ahí? ¿Y por qué le estaba hablando? Miró a su alrededor. No había nada más que el sol y el árido paisaje.

Entonces lo entendió. El carro con el burro había venido para recogerle. Se trepó a él. El conductor escupió, fustigó al burro con su látigo y gritó: «*Jia*». Se alejaron.

–¿Cuántos años? –preguntó el conductor. Era un joven campesino de piel morena y brazos fornidos. El ala de su sombrero de paja estaba raída.

–Ocho –Lin se quitó la chaqueta Mao y la dobló con cuidado. Tenía el cuerpo, bajo una vieja camiseta a la que le había hecho muchos remiendos, duro y fuerte de los años de trabajo.

–Mucho tiempo –observó el conductor–. ¿Qué había hecho?

Lin no respondió. Clavó la vista en la tierra que se extendía ante él, yerma, montañosa.

–Las cosas han cambiado –dijo el conductor al cabo de un rato–. Andas quinientos *li* y ves extranjeros en Jiayuguan. La gente de la ciudad me cuenta que vienen grandes autocares japoneses. Son altos como casas y por dentro llevan aire frío.

–Hum –Lin no tenía ni idea de lo que le estaba contando el conductor.

–Un día voy a ir a verlo. Teníamos un autobús interurbano, pero se rompió. Nadie sabe cuándo se podrá arreglar. ¿Le llevo a la estación de tren?, ¿sí? –hizo una pausa–. ¿Va a venir su familia a recogerle?

–No creo.

–¿Y cómo piensa irse?

–Ya encontraré la forma.

–¿Dónde está su casa?

–En Pekín.

El conductor miró a Lin y su hatillo.

–No llegará hasta allí.

El carro siguió adelante. El burro resoplaba. Las ruedas chirriaban. Lin no se molestó en preguntarle por qué había dicho eso. Hacía mucho que había dejado de preocuparse de lo que dijeran los demás.

–¿Conoce a mi hermano? –preguntó el conductor.

Lin negó con la cabeza.

–Era su cocinero. Él me ayudó a conseguir este carro. Es el único de la comarca. Sabemos que la gente quiere irse. Por aquí no encuentran nada. La cantera no vale la pena, nunca la

ha valido. No para de morir gente, de perder una pierna o un ojo. Es un trabajo duro por el que no pagan casi nada. No da para hacerse una casa ni para comprarse una novia. La Comuna Popular tampoco es mejor. El Partido Comunista dice: «La voluntad del Pueblo está por encima del Cielo». Pero, claro, un brazo no puede echar un pulso contra una pierna. No se puede cultivar la arena. El horno de cal estaba bien... hasta que construyeron el campo de *lao gai* y pusieron a los presos a trabajar en él gratis. Pero al final el campo de *lao gai* nos ha venido bien. Ellos me pagan por llevarme a la gente con mi carro y mi burro. Puede que pronto junte suficiente para una novia.

Li escuchaba, pero sólo oía una palabra aquí, una frase allá. Tenía los oídos, los ojos y la garganta entumecidos.

–No es usted de mucho hablar, ¿eh? –el conductor se le quedó mirando.

Lin se levantó el borde de la camiseta para enjugarse el sudor de la cara.

–¿Qué edad tiene? –le preguntó el conductor, tendiéndole una vieja cantimplora.

–Veintiocho.

–¿Tiene mujer?

–No.

Lin tragó agua. Olía a metal y estaba demasiado caliente. Miró hacia atrás. A lo lejos, el campo de *lao gai* parecía el castillo de arena de un niño. Lin enroscó con fuerza el tapón de la cantimplora. Frente a él veía a lo lejos más montañas, y soñaba con una sombra.

La estación de tren estaba desierta, una caseta y una sola vía. Parecía que el calor le hubiera succionado la vida a todo lo que la rodeaba. Junto a la vía la hierba estaba seca, y la mena de hierro se oxidaba en la grava caliente.

El jefe de estación, un hombre cuarentón, de labios fruncidos y bigote negro, estaba sentado a una mesa con una baraja de naipes. Llevaba, igual que Lin, una camiseta blanca; la suya tenía dos agujeros, cada uno del tamaño de una moneda. Dejó las cartas en la mesa y miró a Lin. Su mirada se dirigió primero a la cabeza rapada, luego a la cara, el cuerpo de arriba abajo, sus zapatos nuevos y su hatillo.

–¿Qué haces aquí?

–Quiero coger el tren.

–De aquí no sale ningún tren de pasajeros; sólo de mercancías.

–Me ha traído el tipo del carro y el burro. Me ha dicho que el autobús interurbano está estropeado.

–El muy imbécil. No ha hecho un solo trabajo decente en toda su vida... No va a la cantera porque es demasiado duro. Pues bien que van todos los demás. Allí me destrocé yo la pierna. Una roca me cortó el muslo –sacudió la cabeza–. Hay gente que no piensa más que en el dinero, como él y su hermano. ¿Traerte aquí para coger el tren? Te ha engañado.

Lin dejó caer el hatillo y se acuclilló, hundiendo la cara en las manos. El aire parecía cola arábiga.

–¿Qué tengo que hacer? ¿Cómo puedo salir de aquí?

En el momento de salir del Campo de Lao Gai Viento del Este, Lin había tenido miedo. La visión del campo, los chillidos de los cuervos, la sombra de las nubes, todo le había sobresaltado. Temía que los guardias fueran tras él y volvieran a llevárselo. Sus nervios, igual que su libertad –ganada con tanto esfuerzo–, eran delicados.

–O te esperas a que arreglen el autobús o te vas andando hasta Yumen, que está a ciento veinte kilómetros –el jefe de estación se calló un instante; luego dijo–: ¿Por qué te encerraron? ¿No será por violación? No aguanto a los violadores –se trabajó la nariz con un dedo, barrenando a fondo, poniéndose bizco y arrugando la frente.

«Vaya alma de cántaro», pensó Lin. Si él hubiera sido un violador, no estaría hablando con el jefe de estación. Lo habrían ejecutado.

Lo único que Lin quería era alejarse lo más posible de aquel lugar maldito. Pensó en sobornar al hombre. Pero ¿con qué? No tenía pertenencia alguna. Al final se levantó, sacó un fajo de papeles, apartó su certificado de excarcelación y cogió un billete de diez yuanes. No tenía ni idea de si era mucho o poco lo que se podía comprar con eso. Sólo le habían dado cincuenta yuanes.

–Ayúdeme, por favor –dijo tendiendo el dinero.

–¿Y eso para qué es? No has aprendido gran cosa en el campo, ¿eh? ¿Es que te has creído que yo soy como ese sinvergüenza del burro o como esos tipos con los que estabas preso? Delincuente fuiste y delincuente serás. ¡Fuera! –el jefe de estación se puso de pie y señaló la puerta abierta.

Lin cogió su hatillo y salió. Volvió a meterse el dinero en el pantalón y se puso en cuclillas en el lado de la caseta donde había sombra. El calor lo devoraba. Dondequiera que mirase, sólo veía el resplandor blanco del sol, sin ningún refugio. Le dolía la cabeza.

Tenía jaquecas frecuentes. A veces el médico del campo decía que eso era «del viento caliente», a veces que «del viento frío». Lin sospechaba que no sabía lo que tenía. El dolor, cuando le venía, le escindía la cabeza como un cuchillo, haciéndole sentir vahídos. El médico le daba aspirina, pero eso no le aliviaba. Los dolores de cabeza no contaban como enfermedad en el campo de *lao gai*: los guardias le pegaron las veces que se desplomó en el horno de cal, rompiéndose la nariz, los dientes y una vez el codo, y luego lo encerraron en el «cuarto oscuro» por escaquearse del trabajo.

A lo lejos, oyó un tenue silbido. Levantó la vista; una columna de vapor blanco se elevaba desde detrás de unos montes.

El jefe de estación salió de su caseta. Echó una mirada al tren que llegaba, luego otra a Lin.

–No quiero tu dinero, pero tampoco quiero que hagas nada ilegal.

–Lo siento. No pretendía ofenderle. Me he pasado ocho años en el campo y sólo quiero irme a casa.

–El tren viene por la cantera y el horno de cal. Para y carga. No te cueles en un vagón como hacen los campesinos. Va contra la ley; y no está bien viajar sin pagar. Pero habla con el conductor, explícale lo del autobús. Puede que quiera llevarte en la cabina con él.

Lin se levantó de un salto, con el corazón latiéndole rápido.

–Gracias.

–Todavía no estás en el tren –le recordó el jefe de estación.

# 3

Por una vez el pronóstico del tiempo había acertado. La nevada, la quinta de ese invierno, llegó antes del amanecer, y para por la mañana ya había cubierto con un grueso manto blanco la ciudad. Las bicicletas aparcadas en las aceras desaparecieron. Las quitanieves, exhaustos ya sus conductores antes de la hora punta de la mañana, se paraban en los arcenes. Los pocos autobuses que circulaban iban abarrotados. Camiones y coches patinaban descontrolados. Algunos se quedaban varados, otros se averiaban.

A Mei le pareció un milagro que su pequeño Mitsubishi rojo lograra abrirse camino. Llegó a su oficina poco después de las diez y preparó una tetera de té Wulong. Luego observó la pila de papeles que había en la mesa de Gupin y volvió a impacientarse por sus vacaciones. Todavía había mucho trabajo por hacer en el caso del niño que había muerto en el hospital. Había que examinar apuntes de entrevistas y partes médicos, comprobar hechos y hacer deducciones.

Habría querido llamar a Gupin al busca, pero sabía que no iba a servir de nada. Puede que estuviera atascado en un autobús. Se llevó los papeles a su escritorio. Gupin había puesto flechas y signos de interrogación en una de las hojas impresas en el ordenador. Se preguntó qué significarían.

Sonó el teléfono y ella se lanzó a coger el auricular. No era Gupin.

–Me llamo Peng Datong –dijo una voz desconocida–. Soy amigo de su hermana Lu. Usted y yo nos conocimos en su boda. Soy el presidente de la compañía discográfica Guanghua. Necesito su ayuda. Lu me ha dicho que es usted una de las mejores detectives de Pekín. ¿Puede venir a mi oficina?

–¿Ahora?

–Sí. Es urgente. Mando a mi chófer a recogerla.

–¿Cuál es el problema?

–Por teléfono no. Mi secretaria la esperará en el portal de nuestro edificio y la traerá hasta mi oficina. Dese prisa, por favor.

Mei colgó y se puso a dar paseos por su oficina, intentando pensar. El tono del señor Peng la había dejado inquieta. Sabía que no podía decirle que no a un hombre como él (eso él lo había dejado claro), pero no le hacía ninguna gracia.

«¿Dónde estará Gupin?» Miró su reloj de pulsera. Eran casi las once. Entonces llamó a Gupin al busca y le dejó el número de su móvil a la chica de la centralita.

La secretaria del señor Peng no saludó a Mei. Ni siquiera la miró. Era una mujer rolliza de veintipocos años, estrechamente embutida en un traje rosa. Condujo a Mei por los brillantes pasillos con sus altos tacones rosas. Las puertas se iban abriendo y cerrando de golpe. La gente pasaba junto a ellas a toda velocidad, saludándose unos a otros o gritando,

con pósters o cintas de vídeo en la mano o empujando carritos cargados de revistas. Algunos les dijeron hola. La Señorita de Rosa no dijo nada.

En sus lóbulos, un par de pendientes de perlas se movían como peces que saltaran fuera del agua, atrayendo la atención de Mei. Mei le veía el cuello, blanco como la porcelana. Se preguntó qué se sentiría al tocarlo.

El ascensor las elevó veintidós pisos hasta el último. Las puertas se abrieron y ellas entraron en una oficina. Dos lámparas con pantalla de seda brillaban sobre un escritorio tras el cual se alzaban unos archivadores y una butaca de cuero. Mei supuso que aquél era el asiento de la Señorita de Rosa.

La Señorita de Rosa la condujo, por una puerta forrada de cuero, a una enorme sala con ventanales del suelo al techo y un gran escritorio de caoba.

–Un té negro. Bien cargado –dijo una voz cansada. Un alto sillón de cuero se dio la vuelta lentamente. Había un hombre de rostro anguloso, con una tupida maraña de pelo, camisa blanca y traje oscuro, sentado en él.

–Sí, señor –oyó Mei que decía la Señorita de Rosa. Que fuera capaz de hablar, y con esa dulzura, casi la sorprendió.

El señor Peng tenía los ojos rojos y la mirada perdida.

–Gracias por venir.

Mei tomó asiento frente al escritorio. La tapicería de cuero parecía nueva y flexible.

Durante un instante permanecieron en silencio; esperando, según le pareció a Mei, a que el señor Peng se despertara.

La Señorita de Rosa volvió con el té en una bandeja. La posó sobre el escritorio del señor Peng y sirvió dos tazas. El señor Peng cogió la suya.

–Nada más –le dijo a la secretaria. Los labios largos y delgados se le rizaban hacia abajo al hablar. Sus miradas se encontraron. Mei vio cómo los ojos de la Señorita de Rosa se iluminaban. Le tendió la segunda taza a Mei y salió taconeando.

El señor Peng cogió un mando a distancia que había sobre la mesa y encendió el televisor. Apareció un vídeo musical, imágenes de ríos, montañas, un bosque de bambú en un vendaval. Una lucha a espada hacía un fundido con una mujer que cantaba, bonita, nostálgica, llorosa.

–¿Es guapa, verdad? –dijo el señor Peng–. Poco convencional, quizá, pero te puede dejar hecho añicos con esos ojos. Y esa voz... ¡extraordinaria!

Mei no dijo nada.

–No sabe usted quién es, ¿verdad? –el señor Peng le dio algunos sorbos al té.

–No.

–Es Kaili, la última estrella que hemos lanzado. La canción la tiene que haber oído. Es la banda sonora de la película *Caballeros celestiales*.

–Lo siento –Mei no había visto la película. De hecho, hacía mucho tiempo que no iba al cine.

Los bosques de bambú y un río dejaron paso a una boda; luego, una travesía, nieve, y Kaili con una voz como de fuego. El señor Peng apagó el vídeo.

–En este momento Kaili es nuestra estrella más importante. Algún día podría llegar a ser tan grande como Tian Tian –el señor Peng hizo una pausa–. Pero ha desaparecido.

–¿Qué quiere decir?

–No logramos encontrarla. Ha faltado a compromisos. No ha pasado por su

apartamento. Nadie la ha visto ni ha sabido de ella. Estamos sufriendo un bombardeo de llamadas de periodistas que preguntan qué le ha pasado. ¡Y está contratada para actuar en la gala de las Fiestas de la Primavera dentro de dos semanas! Tenemos que encontrarla.

–¿Cuánto tiempo hace de esto?

–Cuatro días.

–¿Por qué ha esperado hasta ahora para ponerse en contacto conmigo?

–Al principio pensamos que era otra de las suyas. Al ver que no aparecía, su ayudante preguntó en los balnearios y las salas de fiesta a los que suele ir, habló con gente que ella conoce, y yo fui a su apartamento.

–Cuando dice «otra de las suyas», ¿a qué se refiere?

–Ya había ocurrido antes... alguna vez. Desaparecía sin decir palabra, a veces un día o dos, a veces más tiempo.

–¿Qué ocurrió aquellas veces?

–O la encontramos o volvió a aparecer ella sin más. Ya sabe cómo son estas estrellas del pop, con sus caprichos y sus cambios de humor. Kaili es una buena cantante, con mucho carisma... y con temperamento artístico; pero hace un año la encontramos en el hospital de Xiehe, con una sobredosis.

–¿Es drogadicta?

–Consume drogas, unas veces más que otras. No siempre es culpa suya. Hay demasiadas malas influencias a su alrededor –el señor Peng sacó una cajetilla y un mechero dorado–. El miércoles pasado Kaili dio un concierto en el Estadio de la Capital. Manyu, su ayudante, la pondrá al tanto de los detalles. Después de eso, desapareció.

–¿Qué hay de su familia? Puede que ellos sepan dónde está.

–Sus padres viven en Hangzhou y no se trata con ellos –el señor Peng le lanzó un pedazo de papel doblado por encima de la mesa–. Aun así les envié un telegrama por si sabían algo. Pero no; esto es lo que han respondido.

Mei lo recogió. Había sido expedido el día anterior a las cuatro y cuarto, dirigido al señor Datong Peng, director ejecutivo, compañía discográfica Guanghua, paseo de Fuchang, 356, Pekín. Decía:

NO SABEMOS DÓNDE ESTA KAILI STOP
HAY ALGÚN PROBLEMA INTERROGACIÓN
GANG KANG.

El señor Peng encendió un pitillo.

–A mí no me sorprende. Llevan años sin hablarse. Sus padres renegaron de ella cuando dejó la universidad. Cuando yo la conocí, vivía en Pekín con un empresario.

–¿Ha dado usted parte a la policía?

–¡Desde luego que no! ¡No puedo permitir que se sepa que he perdido a una de mis mayores estrellas!

Sonó el teléfono. El señor Peng frunció el ceño. Esperó a que parara de sonar, pero al ver que no paraba agarró el auricular:

–¡He dicho que no quiero llamadas! –explotó–. Dile que estoy ocupado... di que estoy en una reunión... ¡maldita sea, es que lo estoy! –daba la impresión de que quería colgar de un

golpe: le temblaban las manos de puras ganas de hacerlo. Pero algo le hizo contenerse. Cogió un bolígrafo y tamborileó con él en la mesa–. Está bien, pásame con ella. Hola, mi amor, ¿qué te pasa? –dijo con calma, una sonrisa flotándole en la cara–. ¿Cómo es que no estás en el cole?

Mei se sintió incómoda de estar escuchando una conversación privada. Pero el señor Peng parecía haberse olvidado de su presencia. Se había repantingado en su asiento y le daba vueltas a una estilográfica de oro, contemplando el reflejo de luz que despedía.

–¿Que mamá está llorando? ¿Por qué? Déjame que hable con ella.

Mei miró por la ventana. Seguía nevando. Oyó al señor Peng decir:

–No te preocupes, mi amor. Mamá tiene un agujerito en el corazón; no puede respirar si se le dan disgustos. He estado trabajando, cielo. Siempre estamos muy ocupados en esta época del año. Mamá lo sabe. Entiendes por qué lo hago, ¿verdad? Por ti y por mamá. Te voy a hacer un regalo muy especial por las Fiestas de la Primavera... No, aún mejor que eso... Vas a tener que esperar. Ahora vete al colegio, y yo intentaré ir a casa esta noche... No puedo prometértelo, pero lo intentaré. Habla con mamá. A lo mejor podéis ir las dos a Hong Kong la semana que viene, a hacer algunas compras para las fiestas.

El señor Peng colgó y dejó caer la pluma sobre su mesa.

–Mi hija. Es una chica inteligente, va a cumplir los catorce. Lástima que no vaya bien en el colegio. Su madre no se ocupa de ella. ¡Esa mujer! Le he dado todo lo que haya podido desear: un piso grande, una casa en el campo, un coche, un conductor y tres criadas... pero está todo el tiempo haciéndose la enferma. Que si tiene jaqueca, que si le cuesta respirar, lo del corazón... Se ha sometido a todo tipo de tratamientos: medicina china, acupuntura, ventosas. Una de las criadas se pasa casi todo el día preparándole infusiones de hierbas. ¿Se acuerda de esas bebidas de hongos que hicieron furor el año pasado, que los cultivabas en una especie de brebaje y al final te bebías el caldillo? Mi mujer tenía tantos tarros de ésos que el piso estaba invadido. Parecía un laboratorio lleno de medusas en peceras. Está mal de la cabeza, y es una mala influencia para mi hija. ¿Pero qué le voy a hacer? Yo estoy siempre en el trabajo. ¿Cree usted que debería meter a mi hija en un internado? Hay gente que me dice que debería hacerlo.

El señor Peng se puso de pie y anduvo hacia el ventanal. Era bajo pero perfectamente proporcionado. Tenía la cara bien dibujada y plana. Sus ojos eran pequeños pero no apagados. La combinación de estos elementos, sin embargo, resultaba anodina, como si quienquiera que los hubiese ensamblado los hubiera escogido al azar. Parecía que nada estaba en su sitio. La espesa mata de pelo, que en otro podría haber resultado juvenil, en él sólo sugería desenfreno.

El señor Peng contempló la nieve como si no la hubiera visto nunca antes. Finalmente dijo, en tono grave:

–Señorita Wang, necesito que encuentre usted a Kaili. Estoy preocupado. Esto ya no es propio de ella, y no hay noticia de que nadie la haya visto. Para una persona como ella, eso es casi imposible.

–¿Sabe mucha gente que ha desaparecido?

–De la empresa, sólo Manyu y yo. Puede que otros se hayan dado cuenta de que algo no marcha bien.

–¿Y qué hay de sus amigos?

–No tiene amigos. Tiene un par de rémoras que viven a su costa, pero ella los odia.

El señor Peng volvió a su escritorio. Abrió un cajón.

–Aquí tiene una llave del apartamento de Kaili. Y quiero que vea a su ayudante. Con su ayuda sabrá por dónde empezar.

Mei la cogió.

Él llamó por teléfono a su secretaria.

–La señorita Wang se va. Por favor, llévela a donde Manyu.

Se quedó mirando a Mei.

–Encuéntrela, por favor. Llámeme por teléfono en cuanto sepa algo.

La puerta se abrió y allí estaba otra vez la Señorita de Rosa.

# 4

El señor Zhang, conductor de trenes de mercancías, llevaba veintidós años recorriendo de punta a punta aquel ramal del ferrocarril.

–Me llaman el Viejo del Ferrocarril (Lao Tielu). Lo he visto todo. La gran tormenta de nieve de 1982: nos quedamos tirados durante cinco días. Creí que nos moríamos –el señor Zhang tenía una toalla alrededor del cuello y fumaba de una pipa llena de tabaco. Llevaba puesta una gorra de ferroviario incluso cuando se quitó la camisa y se quedó a pecho descubierto. Hacía calor en la cabina. Dio unas caladas a su pipa, contempló cómo Lin alimentaba la caldera, y siguió hablando:

–El ferrocarril de Gansú se construyó en los años cincuenta y sesenta. Lo bautizaron «Descubrimiento y Desarrollo del Oeste». Mi padre fue uno de los que acudieron a la llamada del Partido; él era de Hangzhou, ingeniero. Un proyecto impresionante... Decían que era la Nueva Ruta de la Seda.

El señor Zhang comprobó el nivel del agua y el termómetro. Se asomó por fuera de la cabina para ver por dónde iban.

–Deja de echar carbón –le dijo a Lin–. Ya es momento de ir frenando.

»Hace tres años, mi padre volvió a su pueblo de visita. Dijo que todo estaba cambiado. En todas las casas había nevera y televisor en color. Yo no me lo podía creer. Y los ricos de verdad tenían coche. Es difícil hacerse rico aquí en Gansú, donde sólo hay arena y piedras. ¿Es fácil hacerse rico en Pekín? Me imagino que ya debe de ser rico todo el mundo, con todos los peces gordos esos. Yo nunca he estado en Pekín, pero mi padre fue una vez, a un congreso del ferrocarril. Se pasó años presumiendo de aquello. Contaba que Pekín es tan grande que se puede andar en cualquier dirección sin llegar nunca a las afueras. Que las avenidas eran tan anchas que habrían cabido cinco autobuses juntos. Igual voy yo algún día, aunque sólo sea para verlo con mis propios ojos.

Caía el crepúsculo mientras de los campos se elevaba la niebla, al principio despacio, y luego ya estaba oscuro. Por fin llegaron a su destino: un depósito de mercancías. Lin se apoyó en el fondo de la cabina, mirando cómo el fuego se iba extinguiendo en la caldera. Tenía la cara cubierta de sudor, los brazos y la camiseta tiznados de negro. Se frotó las palmas de las manos, buscándose el color de la piel.

–Yo paso aquí la noche y salgo otra vez por la mañana –le dijo el señor Zhang–. No puedo llevarte más lejos. De aquí a Lanzhou, la policía de ferrocarriles está al acecho. Yumen está a unos ocho kilómetros, no muy lejos. Vete allí y coge un tren de pasajeros para Lanzhou.

Se dijeron adiós entre una locomotora y una ristra de vagones de carbón.

Lin no supo si debía echarse a andar hacia Yumen directamente o esperar a que se hiciera de día. Se puso a deambular sin objetivo por el depósito de mercancías. Ni siquiera sabía por dónde se iba a Yumen.

Dos luces que se movían de un lado a otro se aproximaron; las llevaban un hombre y una mujer con uniformes ferroviarios.

–¿Qué está haciendo aquí? –la mujer apuntó con su farol a la cara de Lin.

–No está permitido el paso a la estación de mercancías –añadió el hombre.

Lin volvió la cara hacia un lado.

–Ésta no es la estación de pasajeros –la mujer tenía la cara redonda y el pelo corto y liso.

Esta vez fue el hombre quien dirigió su luz hacia Lin:

–Éste no quiere pagar como todo el mundo. Maldito campesino– le arrancó a Lin su hatillo–. ¡Dame eso! –se lo destripó entero–. Hermana Mayor, éste no es pobre. Mira esto –desplegó la chaqueta Mao nueva que le habían dado en el campo de *lao gai*.

–Fuera de aquí –le instó la mujer–. Si no se va, le va a coger la policía de la estación de mercancías.

–Es un delincuente. Mírale la cabeza rapada; se ha escapado de la cárcel. O peor aún, puede que sea un saboteador. Deberíamos entregarlo a las autoridades.

–Ése no es nuestro trabajo –la mujer le tiró de la manga–. Vamos a terminar de colocar los faroles y nos volvemos a casa. Tú déjaselo a la policía.

El hombre arrojó el hatillo a los pies de Lin y ladró:

–¡Fuera de la estación!

La mujer volvió a darle un tirón en la manga y se fueron, balanceando sus faroles para que otros trabajadores pudieran saber dónde estaban.

Lin recogió su hatillo y avanzó en sentido opuesto, pasando junto a monstruosos vagones negros con caracteres blancos, como el ojo del mal, en los costados. Iba tropezando en la grava y en la accidentada vía. Las piedras afiladas se le clavaban en las suelas de esparto de los zapatos. Cruzó una vía y corrió junto a una hilera de vagones de carga. Oyó a los trabajadores gritar a cierta distancia. El brillo de un foco apareció justo delante; buscó un resquicio entre los vagones y luego cruzó al otro lado.

No podía dejar que le cogiera la policía de la estación de mercancías. Lo encerrarían otra vez. Un preso reformado seguía siendo un delincuente.

Quería salir de la estación, donde había luces, ahora por todas partes, y voces.

Lin tiró de la puerta de un vagón, pero estaba cerrada con llave. Los focos y las voces estaban más cerca. Probó con otro: se movió un poco. Tiró con todas sus fuerzas y la puerta se abrió deslizándose. Arrojó su hatillo dentro y trepó tras él.

Cerró la puerta y tanteó el camino hasta una esquina. Cuando los ojos se le hubieron acostumbrado a la oscuridad, vio debajo de la puerta una luz tenue, que se fue haciendo más intensa y más nítida mientras la observaba. Lin se puso tenso.

Poco a poco la luz fue atenuándose hasta dejarlo sumido en la oscuridad. Sintió un escalofrío. Sacó toda la ropa que llevaba en el hatillo y se la puso, con la chaqueta Mao bien ceñida encima. Decidió quedarse donde estaba hasta que se hiciera de día, y buscar entonces el camino de Yumen.

Se enroscó en la esquina, escuchando. Oyó el grito de un búho, el chirriar de las vías al correr los trenes sobre ellas, sonidos amortiguados que podían ser pasos de hombres o de animales silvestres.

El vagón estaba vacío, pero persistía el olor a mena de hierro. Le recordaba una estación de tren de hacía mucho tiempo, cuando él era joven y estaba recién llegado al océano,

cuando viajaba a casa desde la universidad, cuando le dijo adiós a ella, cuando se sentó frente al tren en aquella fatídica noche en que el verano había llegado demasiado pronto...

Cuando Lin se despertó todavía estaba oscuro, pero el tren se movía, las ruedas martilleando a ritmo lento. Intentó levantarse, pero se le habían dormido los pies. Se desplazó hacia la puerta, buscándola con las manos, encontró la palanca y empujó. La puerta se deslizó a un lado revelando un paisaje lunar; distinguió vallas, los mojones de piedra blanca de las vías y, a lo lejos, alguna choza de vez en cuando, más allá de la cual las escarpadas montañas se elevaban hasta el cielo.

Un viento de hielo le golpeó como un tiro en el corazón, y cayó de rodillas.

Era libre. Estaba volviendo a casa, a la ciudad de sus recuerdos de infancia, a los estrechos callejones y el aroma de los picatostes en las mañanas de verano, al portón que se desmoronaba y el anciano arce; él había escondido pequeños tesoros en sus grietas.

Se agarró a la puerta, los dientes castañeteándole. El tren estaba doblando una curva, la locomotora resoplaba nubes blancas. Lin se quedó mirando a lo lejos mientras el horizonte palidecía. Una mañana nueva.

# 5

La ayudante de Kaili, Manyu, tenía un despacho en la cuarta planta del edificio de la compañía discográfica Guanghua. Era un cuarto pequeño con una ventana que daba a la calle. Las paredes estaban desnudas y había un biombo chino en una esquina.

Cuando la Señorita de Rosa y Mei llegaron, Manyu estaba al teléfono. Sonrió al micrófono y les dijo por señas que entraran.

–Debería ponerse mejor en un par de días... ¿Por qué iba yo a mentirle…? Por supuesto, prometido –colgó y su sonrisa se desvaneció–. La prensa –dijo.

La Señorita de Rosa presentó a Mei:

–Ésta es la señorita Wang.

Manyu se puso de pie. Era de aspecto corriente, de unos veintimuchos o treinta y pocos años. Una pequeña nariz le salía de la cara lo mismo que los pechos le brotaban del cuerpo. Llevaba un jersey amplio con una camisa de cuadros y pantalones grises. Tenía una sonrisa cálida pero que no la ayudaba, como a la mayoría de las mujeres, a parecer más atractiva.

–La estaba esperando.

Señaló las dos sillas que había frente a su mesa.

–Yo me vuelvo arriba –dijo la Señorita de Rosa. Puede que su observación fuera en parte para Manyu, pero no la miró–. Cualquier cosa que necesite, señorita Wang, llámeme, por favor –le hizo a Mei un gesto afirmativo, dio media vuelta y salió: repique de tacones rosas.

–Gracias –le gritó Manyu. Pero la Señorita de Rosa había desaparecido–. No sé qué le habrá contado el señor Peng –dijo Manyu sentándose.

–Poca cosa.

Manyu asintió sin mirar a Mei a los ojos.

–En ese caso será mejor que empiece por el principio. La semana pasada, la Asociación de Trabajadores de China preparó una Celebración de Excedentes de Producción y Bienvenida a las Fiestas de la Primavera. Había un montón de famosos allí: Tian Tian, Chen Jung, que acababa de ganar un premio de cantes populares en Budapest, Tontín y Tontón y el Grupo de Danza del Ejército de Liberación Popular. Kaili era la novedad de este año, una de las estrellas. Es muy conocida, aunque sólo sea porque canta la canción de *Caballeros celestiales*. Después del espectáculo fui a su camerino. Le llevé té de miel y tabaco. No me quedé a charlar; después de las actuaciones está agotada y prefiere no hablar. Puede llegar a ser complicado, pero yo tengo que estar preparada para atenderla esté ella del humor que esté. La dejé para ir a mirar la entrada de artistas. A Kaili le gusta saber cuánta gente hay ahí esperando para verla; le gustan ese tipo de cosas. Luego fui a avisar al conductor. Es probable que estuviera lejos de ella una media hora.

–Eso parece mucho tiempo.

–Bueno, me tropecé con gente que conocía. En la industria de la música todo el mundo se conoce, sobre todo los ayudantes y los relaciones públicas –Manyu titubeó.

Sonó el teléfono. Manyu esperó a que parara, luego le preguntó a Mei si podían ir a algún otro sitio.

–Me temo que habrá más llamadas; todo el mundo pregunta por Kaili. Podríamos bajar a la cafetería, si quiere.

Mei estuvo de acuerdo. Manyu se levantó y desapareció tras el biombo. Emergió con dos grandes dietarios.

–Yo me ocupo de que se cumpla el programa de Kaili y le hago los recados. Éstas son las anotaciones.

La cafetería estaba en un patio de techo de cristal, con una fuente de roca en el centro, palmeras y hiedra. Mesas de tapa de cristal con soporte negro salpicaban el suelo de color melocotón.

–Los árboles son de plástico –explicó Manyu.

Un fotógrafo, un maquillador y algunas modelos pululaban por entre el verdor sintético. Parecía que estaban haciendo un reportaje de moda.

Un alto camarero con camisa blanca y pantalón negro se acercó a ellas.

–¿Qué les puedo traer? –preguntó inclinándose levemente.

Mei pidió café con leche y Manyu leche de coco. Continuaron por donde lo habían dejado.

–¿Qué pasó cuando usted volvió? –preguntó Mei.

–Esperé a la entrada de su camerino –Manyu apiló los dietarios sobre la mesa, alineándolos con precisión.

–¿Es normal que no entrara a ver cómo estaba ella?

–Pues no; yo no soy su guardaespaldas. A veces entro, a veces espero a que me llame. ¿Cómo iba yo a saber que iba a desaparecer? No había nada en ella o en su entorno que pudiera haberme puesto sobre aviso. Yo hacía mi trabajo como llevo dos años haciéndolo. Soy una buena ayudante, concienzuda, trabajadora y organizada. Kaili se lo diría si pudiera preguntarle a ella.

–Pero no estamos hablando de usted.

–Pues da la impresión de que sí. Usted sospecha algo de mí. El señor Peng piensa que no he hecho correctamente mi trabajo. Pero los últimos meses han sido una locura. Kaili tenía un montón de actuaciones, compromisos y entrevistas con la prensa. Yo tenía que encargarme de muchas cosas, y el caos no se me da bien.

De la sesión fotográfica llegó un grito, luego hubo un revuelo.

–¿Ha estado alguna vez entre bastidores en una actuación? –Manyu la miró como si estuviera justificándose–. Es desquiciante: el atrezzo, los trajes, con tanto ruido y tanta gente... Yo tengo que lograr que todo esté preparado: la ropa de Kaili, bastoncillos de algodón, caramelos de limón, tabaco, pastillas... Tiene que tomarse el té a la temperatura exacta: templado, no caliente.

–¿Es difícil Kaili para trabajar con ella?

–No. Me gusta mi trabajo y el sueldo es bueno. He aprendido muchísimo de este negocio, he conocido a muchísima gente interesante. Kaili no es una persona fácil, pero los famosos no lo son nunca. Les gusta que las cosas se hagan a su manera.

El camarero les trajo lo que habían pedido, luego volvió a dejarlas solas.

–¿Cuándo te diste cuenta de que Kaili se había ido? –preguntó Mei.

–Cuando se hubo marchado toda aquella gente, me imagino, alrededor de medianoche.

No la había visto y estaba preocupada, así que fui a llamar a su puerta. No hubo respuesta. No estaba segura de si debía entrar, pero al final entré y ella no estaba. Primero pensé que quizá hubiera ido a hablar con alguien, pero casi todo el mundo se había marchado y los camerinos estaban vacíos. Entonces pensé que podía haberse ido sin mí, pero el coche seguía ahí. Nuestro conductor se había quedado dormido apoyado en el volante.

–¿Estás segura de que estuviste todo el tiempo a la puerta de su camerino?

–Sí; para que pudiera encontrarme si me necesitaba.

–Entonces es imposible que se fuera sin que tú la vieras.

–No necesariamente, si lo que quería era escabullirse. Pero los porteros de la entrada de artistas tampoco la vieron salir. Yo pensé que a lo mejor se había ido con alguien, pero en ese caso los porteros se habrían dado cuenta.

–¿Podría llevarme al Estadio de la Capital? Me gustaría echar un ojo entre bastidores.

–¿Hoy?

–Cuanto antes mejor.

# 6

Lin salió del vagón en cuanto se detuvo el tren. Fuera hacía calor. Empezó a andar, mirando hacia atrás a cada pocos pasos, pero no le estaba persiguiendo nadie. El tren parecía haberse parado sin causa alguna. No se estaba cargando ni descargando nada. Al resplandor del sol, parecía un rosario de gigantescas cuentas negras.

Al cabo de unos tres kilómetros llegó a una estación consistente en un andén y una sola ventanilla de venta de billetes. Un cartel abollado rezaba: «Valleseco». Había dos jornaleros de piel morena acuclillados junto a unos sacos, fumando tabaco de liar, y una mujer de edad imprecisa sentada en un taburete, a sus pies una cesta de huevos duros, su cabeza envuelta en una toalla. Junto a ella, un niño pequeño de cara grande y ojos rasgados; llevaba sólo un par de pantalones de algodón con agujeros en las rodillas que le estaban grandes. De cuando en cuando soltaba una risilla. A ratos hacía sonidos que parecían palabras pero resultaban incomprensibles.

Lin compró un billete para el siguiente tren de pasajeros, un tren lento que iba hacia el este. El hombre de la ventanilla bufó al ver su certificado de dispensa de *lao gai*, el documento de identidad que había que enseñar para comprar billetes de tren, pero puede que estuviera demasiado cansado o que tuviera demasiado calor para retenerle. O que le trajera sin cuidado.

Lin compró un huevo, lo limpió frotándoselo en la camiseta, tiró la cáscara al lado del andén y se lo comió. Entonces se dio cuenta del hambre que tenía y compró otro. La mujer se sacó de la espalda una cantimplora militar de aluminio. Sonrió, enseñando sus dientes picados, y se la ofreció a Lin.

–¿Qué provincia es ésta? –le preguntó él.

–Gansú –respondió la mujer.

«Aún en las montañas», maldijo Lin. La tierra era como una mano gigantesca que en cualquier momento podía cerrarse de golpe, atrapándolo.

Se sentó sobre su hatillo cerca de los jornaleros, que continuaban fumando y pasándose el tabaco el uno al otro sin decir esta boca es mía. El niñito se había trepado al regazo de la mujer de los huevos y estaba mamando de su pecho. Lin contempló el conjunto que formaban la madre y el niño medio desnudo. Daba la impresión de que no existían como cuerpos independientes, sino como parte de la tierra y el aire.

Las cigarras cantaban en los arbustos secos. Un buitre que había estado planeando por encima desapareció, probablemente porque encontró presa. A cada bocanada de aire, Lin sentía que el calor lo resecaba.

Por fin el tren llegó y él se subió. Los vagones estaban casi vacíos y tenían bancos de madera por asientos. Por la ventana contempló la puesta de sol: un disco abrasado hundiéndose en la tierra gris. Al llegar la noche se recostó, haciéndose almohada con su

hatillo, pero el sueño fue ligero y duró poco. Los estrechos listones del asiento le herían los huesos.

Sus sueños, cuando los tuvo, fueron entrecortados y horripilantes. Allí estaban la negrura de la celda de aislamiento y el infecto olor de los desechos. Cuando el tren se detuvo, las luces de la estación lo despertaron. Volvía a sentirse asustado, y confundido. Vio al Recluta retorciéndose, la cara ensangrentada, el horror de la muerte de su amigo el día en que el horno de cal se desplomó.

Sintió primero frío, luego calor. Tiritó en la oscuridad y a la luz del día.

Al final del segundo día, el paisaje había cambiado. La tierra era ahora amarilla con altiplanos dentados y arenosos riscos. El tren estaba atravesando la comarca del río Amarillo. Por un instante fugaz, Lin sintió amor por su país. Le vino a la mente un tropel de poemas sobre el imponente río, aunque sólo se acordaba de fragmentos. «Juventud», pensó con nostalgia: «qué bella palabra. Pero ¿de qué sirven las palabras cuando no se tiene ni amor ni esperanza?».

A la mañana siguiente Lin se despertó hambriento, con rayos de sol derramándose por la ventana. El tren iba otra vez por las montañas, pero esta vez había escarpadas laderas verdes, y por debajo un paisaje abierto de maizales y trigo. Casas de adobe de oscuros tejados entrelazados se erguían en la orilla de los campos.

Cuando el sol salió, apareció un pueblo y el tren redujo la marcha. Una carretera corría paralela a los raíles. Los campesinos porteaban pesadas cargas en *bian dian* (pértigas de bambú cruzadas sobre los hombros) y andaban bamboleándose; los carros tirados por burros los adelantaban. Niños desnudos jugaban a la puerta de sus casas. Cuando vieron el tren, pararon de jugar y gritaron: *«Houche! Houche!»* («¡Coches de fuego!»). Dos o tres de ellos corrieron junto al tren, con los traseros de un blanco deslumbrante al sol.

El tren pasó junto a más casas en las que había mujeres tendiendo sus coladas, y luego paró en una estación. Lin se apeó. Había llegado todo lo lejos que su billete le permitía, hasta el final de la línea. Se tocó la cinturilla del pantalón y sintió el crujir del dinero: sus últimos diez yuanes. Se echó el hatillo al hombro e inspiró una profunda bocanada de aire cálido.

# 7

El Estadio de la Capital se vislumbraba entre los remolinos de nieve. Mei entornó los ojos. Sólo logró distinguir las banderas rojas del tejado. Desde que podía recordar, el Estadio de la Capital era donde se había celebrado todo: el campeonato mundial de ping-pong, los aniversarios del Partido Comunista, la Fiesta de Mayo y el Día de la Nación y, por supuesto, la gala nocturna de las Fiestas de la Primavera.

Era tradición que las familias se reunieran la noche del Año Nuevo chino para darse un festín y ver por televisión la gala nocturna de las Fiestas de la Primavera. En el campo, donde pocas familias poseían un televisor, los aldeanos y sus familias viajaban kilómetros para ver ese concierto, en el que actuaban los actores y los cantantes más famosos del país. Los máximos cargos del Partido asistían siempre, así como estrellas especialmente invitadas de Hong Kong o de Japón.

Algunos años antes, cuando trabajaba en el Ministerio de Seguridad Pública, Mei había asistido a la gala. Un casamentero le había presentado a Yuan Yuan, el menor de los hijos de una familia revolucionaria de toda la vida, los Chou, que asistían a la gala todos los años. Invitaron a Mei a ir con ellos y la sentaron entre los padres. El general Chou apenas dijo palabra, ni a ella ni a nadie. Se aplicaba a estar sentado en su butaca con la misma intensidad con que habría dirigido una batalla campal. Yuan Yuan estaba sentado al otro lado de su madre, aburrido. A veces aplaudía para hacer ver que se lo estaba pasando tan bien con el espectáculo como todos los demás. La señora Chou, en cambio, no paró de hablar. Quería saberlo todo de Mei: su trabajo, sus amigos, sus valores, sus opiniones sobre la política del Partido, su madre, su hermana, y el tipo de esposa que sería.

Más adelante Mei se quejó ante su hermana de aquel interrogatorio, pero Lu sólo dijo:

–Es evidente que te tienen que hacer todas esas preguntas. Necesitan estar seguros de que eres apropiada para Yuan Yuan y su familia. Míralo por el lado positivo.

Mei se preguntó qué habría sido de Yuan Yuan. Había dejado de llamarla cuando ella se negó a ser amante del ministro y renunció a su cargo.

Mei y Manyu cruzaron con paso rápido la plaza que había ante el Estadio de la Capital. Por delante de ellas, una sombra se movía en la ventisca. Al ir acercándose vieron que era un joven con una lanza. Sólo llevaba un chándal, sin gorro. Iba moviendo la lanza, y la borla de la punta revoloteaba de aquí para allá. Manyu le echó una mirada a Mei. Sus ojos parecían preguntar: «¿Por qué?». Mei también se lo preguntaba. ¿Quién iba a practicar el kung fu en mitad de una tormenta de nieve? Puede que el tiempo estuviera volviendo loca a la gente.

Siguieron adelante y continuaron hablando. Mei recordó la llave del apartamento de Kaili que le había dado el señor Peng y preguntó qué relación tenía con él la cantante.

Manyu se asomó fuera de su capucha. Parecía un pajarillo.

–¿En qué sentido?

–Ya sabe lo que quiero decir. ¿Era una relación íntima?

–No lo sé. Pero el señor Peng se ha involucrado en la carrera de Kaili, lo cual es bueno para ella. Él tiene mucho poder, es un fabricante de estrellas. Al fin y al cabo, fue él quien descubrió a Tian Tian.

Mei pensó que una ayudante personal debería estar al corriente de la vida amorosa de su jefa. Manyu no estaba diciendo la verdad.

–¿Le tienes miedo al señor Peng? –le preguntó de pronto.

La nieve caía entre ellas. Manyu apartó la mirada.

–Hago mi trabajo y nada más.

Rodearon el estadio hasta la parte de atrás, que estaba cubierta de andamios. Había pilas de ladrillos, vigas de madera y largas formas envueltas en plásticos azules dentro de una zona circundada por una verja de plástico verde. Un vigilante con chaleco de seguridad permanecía acuclillado sobre un montón de postes de hierro, tiritando. Obreros con abrigo guateado de invierno y casco se debatían en la nieve, empujando carretillas.

Esperaron junto a la puerta de artistas al encargado del recinto, que iba a dejarlas entrar.

–Cuéntame más de Kaili. ¿Bebe? –Mei se caló el gorro de lana hasta las orejas.

–A veces, en las fiestas. Y a veces ella sola.

–¿Mucho?

–Depende. Bueno, algunas fiestas se descontrolan. En realidad una no puede... A veces... Ella tiene sus cambios de humor...

–¿Y drogas?

–No –Manyu fue rápida y enérgica–. Kaili no está metida en drogas.

Recordando lo que el señor Peng le había contado sobre el pasado de problemas con la droga de Kaili, Mei tuvo ahora la certeza de que Manyu no estaba siendo sincera. Pero ¿por qué? ¿Tenía miedo? ¿Sería culpable de algo? ¿Qué estaba ocultando?

Se abrió la puerta de artistas. Un hombre con chaqueta oscura y corbata, carpetilla en mano, las condujo al interior. Se presentó a sí mismo como Huang, gerente del recinto.

–Me han dicho que la lleve a los camerinos, ¿no es eso? ¿Qué quiere usted ver?

–Todavía no lo sé –dijo Mei.

Mei y Manyu se quitaron las chaquetas guateadas, los gorros y los guantes. Mei sacudió el suelo con los pies para que se le desprendiera la nieve de las botas, produciendo sonoras resonancias.

El señor Huang las condujo a un largo pasillo donde unos albañiles estaban enyesando y pintando las paredes mientras un capataz, con los brazos en jarras, daba instrucciones a gritos.

–Renovación –dijo el señor Huang–. El edificio tiene ya cuarenta años. Necesita un montón de remiendos. El año que viene van a rehacer este sitio entero, lo cual significa que tendremos que cerrar por un tiempo.

Había un grupo de cinco o seis hombres jóvenes en cuclillas junto a la pared, comiendo arroz y tallarines en sus tarteras. Dejaron de hablar para observar a los visitantes. Más allá, unos electricistas tiraban de los cables y pedían a gritos herramientas mientras trabajaban en las luces.

–¿Hoy no ha venido nadie más que vosotros? –le ladró el señor Huang a uno–. ¿Y ya comiendo? ¡Pues no os podéis marchar hasta que esté acabado el trabajo!

El hombre se puso de pie.

–Es por el tiempo que hace. Muchos viven lejos.

–Os voy a recortar la paga como no terminéis a tiempo para la gala de la Fiesta de la Primavera.

Al minuto siguiente, Mei oyó al capataz metiendo prisa a los hombres para que volvieran al trabajo.

–¿De dónde saca usted los albañiles? –le preguntó Mei al señor Huang.

–Vienen de todas partes. Los electricistas son de Pekín, algunos de pueblos de las afueras, de Chang Ping o de Ping Gu. Otros son trabajadores de provincias, jornaleros. Cobran poco y trabajan mucho. Pero tanto pagas, tanto te llevas. La calidad es un problema –escupió–. El trabajo en la construcción solía ser una profesión respetada, empleo estatal, con buen sueldo... Ya no. En estos tiempos, a todo el mundo se le ha ocurrido una manera mejor de ganar dinero y nadie tiene ganas de sudar y dar el callo. Yo fui un día obrero veterano. Sabíamos cómo hacer las cosas.

El pasillo se hizo más estrecho y más oscuro. Las pocas ventanas que había estaban cubiertas con paneles sucios, y había tablones de madera apilados al pie del muro. Mei contempló a los trabajadores de provincias, que lijaban, martilleaban y pintaban. Volvió a pensar en Gupin. Él había trabajado en la construcción cuando llegó a Pekín por primera vez. Se imaginó entonces que era uno de aquellos hombres, el sudor goteando de su frente. La recorrió un escalofrío. Gupin nunca llegaba tarde; y todavía no se había puesto en contacto con ella; podía haberle ocurrido algo malo esa mañana.

Doblaron por un pasillo desnudo, oscuro. Algunos accesorios de teatro, dos mesas plegables, una escalera, dos fregonas y un cubo se habían quedado por allí tirados. El señor Huang tiró de una cuerda que pendía del techo. Unos tubos de neón parpadearon y se iluminaron.

–Los camerinos –el señor Huang señaló con la mano la fila de puertas.

–Éste era el de Kaili –Manyu señaló uno.

Mei entró y encendió la luz. No había ventanas. El cuarto estaba vacío salvo por una camisa blanca colgada en un gancho de la pared. Mei la descolgó. Era de hombre, talla grande, deshilachada por el cuello y el dobladillo. La etiqueta decía: «Gran Belleza».

–¿Cuándo ha sido la última función? –gritó hacia el señor Huang.

–Ayer.

Mei se llevó la camisa a la nariz pero no olía a nada en especial. La devolvió al gancho.

–Los camerinos se acaban de limpiar –añadió él.

Las lámparas del techo proyectaban un resplandor suave. En el aire persistía un olor a cerrado. Estaba claro que sólo había una forma de entrar y salir de aquel sitio: por la puerta. ¿Cómo había podido Kaili salir sin que la vieran? Mei se lo preguntó a sí misma, mirando a su reflejo en el espejo.

Un débil martilleo la distrajo. Salió del cuarto y anduvo por el pasillo adelante.

–¡Pero si el escenario está por allí! –la llamó Manyu.

Mei siguió andando hacia el lugar de donde venía el ruido. Al fondo, el pasillo había sido cerrado con un tabique provisional y un cartel: «En obras. No pasar». Escuchó, pero no oyó nada del otro lado de la mampara.

# 8

La aldea, Nanguan, tenía una calle principal. En ella las casas eran de adobe, quitando el Salón del Comité Revolucionario de la Aldea y de Seguridad de la Aldea, que era de ladrillo. Había unas pocas tiendas: un almacén, una tienda de ultramarinos, una carnicería, un herbolario, una repostería con comercio de té y dos casetas que vendían tortitas de cebollino y *wotou*.

Era día de mercado. Los campesinos andaban deprisa, con cestos de verduras colgados de sus *bian dian*. Las mujeres llevaban alforjas de bambú en brazos o sobre la cabeza. Carros tirados por burros o por bueyes transportaban cerdos, gallinas y personas. A cada diez metros, un nuevo grupo se apiñaba sobre las bicicletas y los carros de burros, intentando arreglar cadenas y neumáticos. Un viejo autobús se había averiado ante el Salón. El conductor tenía el capó levantado y estaba hurgando en el motor. Un grupo de hombres lo rodeaba, mirando algunos, otros dando consejos.

Lin compró el almuerzo en un puesto de comida: dos *wotou* y un gran cuenco de *pao mo* (pan desmigado en caldo). Los *wotou* no se parecían a los que comía en el campo de *lao gai*. Estaban calientes y hechos de harina fresca de maíz. Mientras comía, Lin contempló a los transeúntes. Pasaban grupos de hombres jóvenes con sus mejores camisas y pantalón de poliéster. Las chicas iban de la mano y soltaban risitas nerviosas. Dos campesinas de largas trenzas pasaban en un carro tirado por un burro. Aparentaban unos dieciséis años, la silueta de los pechos se vislumbraba bajo las blusas ligeras. Sintió que se le despertaba una lujuria melancólica.

Al otro lado de la calle, sentado en una silla plegable, un barbero ambulante esperaba clientes. Lin cruzó.

–¿Cuánto?

–Afeitar, cortar y lavar, cinco yuanes.

Lin aceptó asintiendo con la cabeza. El barbero desocupó la silla plegable para que él se sentara.

–Deja el hatillo en el suelo –le dijo afilando una navaja de afeitar en un trozo de cuero–. Yo te lo miro.

Pero Lin siguió agarrado a sus pertenencias.

–¿Vienes de muy lejos, hermano? –le preguntó el barbero.

–Sí.

–¿De dónde, y adónde vas?

Lin se lo pensó.

–De Gansú.

–No tienes acento de Gansú.

–Gansú no es mi *laojia* –admitió rápidamente Lin–. Mi tierra está más al oeste, en el altiplano de Qinghai.

El barbero le humedeció la cara con una toalla. Tenía los ojos muy separados y aún se le estiraban más hacia atrás cuando sonreía.

–¿Y qué te trae por aquí?

–Necesito trabajo.

–¿De qué tipo?

–Da lo mismo. Sólo quiero ganar dinero suficiente para un billete de tren a Pekín.

–Todos los jóvenes quieren ir a la ciudad –dijo el barbero mientras le enjabonaba a Lin la barba–. No se lo reprocho: los ricos viven en las ciudades, los pobres en el campo. Uno no llega a hacerse rico trabajando en el campo, con los cupos, los otros cupos, los impuestos generales y los aranceles comarcales. Cuando tienes un buen año, te endilgan una «tasa por excedentes», y como el tiempo no acompañe, estás apañado: no puedes dar de comer a los viejos y a los niños. No es fácil ganarse la vida cuando uno depende del tiempo que haga. Échate hacia atrás, hermano. Si yo fuera joven como tú, me iría también. No te muevas, que tienes la navaja encima. ¿Qué clase de trabajo hacías en tu tierra?

–Trabajaba en hornos de cal.

–Aquí no hay hornos de cal, sólo granjas. Doy gracias al cielo por no trabajar en los campos. Tengo este modesto oficio. No espero hacerme rico, pero mientras tenga mi navaja puedo dar de comer a mi familia. Tengo dos niños –levantó dos dedos–. Una niña y un niño. Cuando mi mujer tuvo al segundo, nos pusieron una multa de cuatro mil yuanes por contravenir la norma del hijo único. Mi oficio será modesto, pero allí me fui a tirarles el dinero a la cara. Tengo un hijo: eso es lo único que me importa. ¡La llama de mis antepasados va a seguir ardiendo!

Cuando hubo terminado, el barbero sacó una polvera rosa, la abrió y sostuvo el espejo delante de Lin, que se acariciaba la barbilla. Se la notó lisa y suave. Se quedó mirando el extraño rostro del espejo: casi llegó a ver al joven que había sido.

El barbero estaba lavando la navaja en un cubo de madera cuando Lin le tendió el dinero; levantó la vista entornando los ojos.

–Muchos jóvenes se han marchado a las ciudades. Ahora, en época de cosecha, hay demasiado trabajo para las mujeres y los viejos. Si no te echa para atrás el trabajo duro, en los campos hay un montón. Pero no te van a pagar mucho.

El consejo del barbero le iba resonando a Lin en los oídos mientras deambulaba entre la clientela del mercado. Pensó en buscar trabajo en alguna de las tiendas; al fin y al cabo, había ido a la universidad. Pero puede que tuviera que enseñarles el certificado de excarcelación, y entonces no encontraría trabajo de ningún tipo.

La multitud mantenía a los tenderos ocupados. Sus mercancías estaban dispuestas sobre esteras de paja, como tesoros: modernos bolsos de cuero y cinturones, cosméticos y horquillas de muchos colores y formas de las provincias costeras.

Las dos chicas del carro tirado por un burro estaban mirando pañuelos para el cuello.

–El rojo te quedaría bien –dijo Lin. Aquellos pañuelos le hicieron acordarse de su casa. Recordó que había mujeres que los llevaban en Pekín.

La chica se volvió. Era menuda y morena, de barbilla aguda y mirada agreste.

–Me parece que es así como hay que ponérselo –le dio la vuelta de modo que el dibujo mostrara sus verdaderos colores y se lo anudó a la chica en el cuello.

–Ya lo sé –ella se desprendió de un tirón.

Su amiga, más grande y más rolliza, sonrió a Lin. Tenía una expresión inocente como la

de un niño y parecía decir: «Ella es así siempre».

–Veinte yuanes –dijo el vendedor.

–¿Cuánto? –chilló la chica guapa, pero sin quitarse el pañuelo.

–Es importado. Mira la etiqueta: de Corea. Un estampado como éste no lo encuentras en China.

–Diez.

–Yo me tengo que ir hasta Chengdú para comprarlos, y en cualquier caso son caros. Si tú no lo quieres, otra lo querrá.

–Es demasiado –dijo en un murmullo su amiga.

Pero, como si estuviera bajo el efecto de un hechizo, la chica no podía soltar el pañuelo.

–¡Pero si es la hermanita Xue! –aparecieron tres chicos, uno de ellos con un niqui de muchos colores y gafas oscuras de aviador. Sus compañeros eran más bajos y más delgados. El menor de ellos tenía los ojos inyectados en sangre: había estado bebiendo.

–¿Pero tú puedes pagar eso? –el tipo de las gafas oscuras le tiró del pañuelo a la chica. Tenía los brazos musculosos y la nuca roja.

–¡Eso no es asunto tuyo! –ella trató de liberarse, pero él la sujetaba.

–¡Como se rompa me lo pagas tú! –bramó el dueño.

–Quizá debería comprártelo –tiró de ella hacia él y pegó su cara a la suya.

La chica regordeta gritó:

–¡Déjala! –intentó acudir al rescate de su amiga, pero los otros tipos la sujetaron. Ojos Inyectados soltó un extraño resoplido.

La chica menuda se debatió, retorciéndose violentamente. Tenía el brazo derecho a la espalda, inmovilizado, pero con la mano libre le lanzaba golpes a su atacante, acertándole en el hombro y en la cara. A él se le cayeron las gafas de sol. Se reía. Apretó su cara contra la de ella, y ella le escupió en los ojos.

–¡Puta! ¡Con otros bien que te abres de piernas, y a mí no me das ni un beso! –se secó la cara con el dorso de la mano, luego apretó un puño y lo proyectó contra ella, que puso los ojos como platos y se echó hacia atrás; era como un caballo que sabe que le va a caer un golpe porque está acostumbrado a las palizas. Por un instante se vio en su rostro una tristeza que la hizo parecer diez años mayor y una belleza que partía el alma.

Lin se acercó como un soplo de viento, el puño duro como una piedra. De un solo golpe derribó al hombre, que cayó sobre un muestrario de horquillas y cajas de cosméticos, aplastándolos con su peso. El tendero gritó y las chicas también. Los otros dos hombres se le echaron a Lin encima. Ojos Inyectados saltó sobre él y lo mantuvo sujeto mientras el otro tipo le sacudía en la cara. Los dientes se le cerraron de golpe y oyó un chasquido.

Agarró a Ojos Inyectados y lo tiró al suelo. Le atizó al otro hombre, que soltó un grito y cayó de rodillas; entonces lo pateó. Ojos Inyectados se levantó y pegó a Lin por la espalda, pero Lin apenas sentía los golpes. Lo único que veía era al cobarde que estaba a sus pies. De pronto sintió un deseo irrefrenable de matarlo. El pensamiento de extraerle la vida con sus propias manos lo llenó de excitación. Lo machacó repetidamente con los puños, cada vez más fuerte.

–¡Quieto! ¡Que lo vas a matar! –gritó el tendero. Las chicas se apretaron una contra otra, pidiendo ayuda. Ahora la gente corría hacia el jaleo: «¡Una pelea, una pelea!». Creció la multitud. Otros intervinieron en la reyerta y pronto estuvieron todos enredados pegándose con todos.

–¡Llamad a los guardias! –rugió alguien.

Las sillas rodaron por el suelo. Los pañuelos volaron por el aire como pájaros exóticos. Lin había olvidado contra quién peleaba y por qué. Entonces oyó la voz de ella:

–¡Vete! –sintió sus manos sobre él–. ¡Deprisa! ¡Corre a la montaña!

Lin salió de la refriega abriéndose camino a puñetazos y para allá se fue. La gente corría hacia él.

–¿Qué ha pasado? –le preguntaban.

Él no respondió, sólo siguió adelante, lo más rápido que pudo, saliendo del mercado y de la aldea. Cuando encontró un camino, lo siguió. Ante él se extendían el campo abierto y los sembrados amarillos. Volvía a ser un hombre sin hogar y sin pertenencias.

# 9

Mei salió del coche e inspeccionó los bloques de apartamentos que tenía enfrente. La noche estaba oscura. Nevaba rápido y fuerte. Comprobó una vez más la dirección, desconcertada. Habría esperado de Kaili que viviera en un recinto cerrado vigilado por personal de seguridad uniformado. Pero en lugar de eso se encontró en un vecindario de clase media, con pocas comodidades.

Mei subió en ascensor hasta el duodécimo piso del Edificio número 4. El pasillo olía a moho, a bebé y a guisos. Encontró la puerta que buscaba y la abrió con la llave que el señor Peng le había dado. Las lámparas del pasillo proyectaron su sombra dentro del oscuro apartamento.

Encendió la luz. Las paredes estaban forradas de fotos de Kaili de tamaño natural. El apartamento estaba en silencio, y eso hizo que la sensibilidad de Mei se aguzara. Sus oídos se esforzaron en captar el más mínimo ruido; sus ojos, el más ligero movimiento. El corazón le latía casi demasiado rápido para poder respirar y tenía el cuerpo en tensión. Se adentró con movimientos cuidadosos por un sombrío pasillo hacia los dormitorios. En las paredes, más fotos de Kaili se mofaban de ella, pero al mismo tiempo la incitaban a continuar. Cada puerta cerrada escondía el peligro. A cada paso que daba, su miedo se hacía más intenso. El pasillo parecía estrecharse, los muros se iban cerrando sobre ella.

Estaba cerca. La puerta del fondo se abrió de golpe y una silueta salió corriendo.

Mei se dio con la cabeza contra pared, la vista se le nubló y le zumbaron los oídos. Mientras caía al suelo alargó una mano y atrapó algo. Se oyó un grito y la sombra se desplomó. Mei se arrojó encima de ella. Lucharon. Un largo arañazo hizo que a Mei le ardiera la cara, y un codo agudo se hundió en su pecho; le faltó el aire, pero no soltó su presa.

Al final dejaron de debatirse y se sentaron en el suelo, jadeando.

–¿Qué está haciendo usted aquí? –resopló Mei. El pelo perfectamente recogido de la Señorita de Rosa se había desmoronado. Tenía el maquillaje corrido. La chica miró a Mei con aversión:

–Nada que a usted le incumba.

–Le incumbe al señor Peng –Mei le tendió la mano a la Señorita de Rosa, que se la cogió para volver a ponerse de pie.

–¡Mire lo que le ha hecho a mi traje! –examinó un desgarrón que tenía en la falda.

Por lo que ahora se veía Mei, al caer, se había agarrado a la correa del bolso de la Señorita de Rosa: lo tenía todavía en la mano. La Señorita de Rosa lo vio y se lanzó a por él, pero Mei fue más rápida. Se dirigió al salón y volcó el contenido encima de una mesa: carmines, llaves, cosméticos, una cartera, una agenda rosa, unos cuantos bolígrafos, un mechero, un paquete de Virginia Slims y algunas cartas cayeron sobre la superficie de cristal. Mei las cogió:

–¿Qué tenemos aquí?

La Señorita de Rosa se mordió los labios:

–No tengo por qué decirle nada.

Mei recogió de la mesa una llave. Era igual que la que el señor Peng le había dado a ella.

–¿De dónde ha sacado esto?

La Señorita de Rosa alargó la mano hacia sus pitillos, sacó uno del paquete y se lo encendió.

–Es mía.

–¿Qué quiere decir con eso?

–Este apartamento es mío. Lo compró él para mí –dio una larga calada–. Solía hacerme todo tipo de regalos, joyas de oro, perlas... Le encanta que sus mujeres lleven perlas. Un día me dijo que me había comprado un apartamento. Pero entonces conoció a Kaili. A él le gustan los sitios corrientes. Que no atraigan la atención sobre él. ¿No le parece que éste es el refugio perfecto para una amante? Además, a él le gusta lo barato... por más dinero que tenga, no es capaz de resistirse a un chollo. Puede que fuera eso lo que le llevó hasta Kaili, un viejo zapato demasiado usado. Ella estaba de ocasión –la Señorita de Rosa soltó una risa desagradable y maliciosa. Un tufillo a tabaco salió de sus almohadillados labios–. ¿Piensa usted que fui una idiota al creer que entre él y yo había algo especial? Yo sabía que él no me iba a ser fiel. Pero no me importaba. Míreme... Tampoco puedo ser demasiado exigente, ¿no le parece? Entré directamente en la compañía discográfica Guanghua al terminar la escuela de secretariado. Trabajábamos hasta tarde en la oficina. Pasamos las crisis juntos. Él dijo que no habría podido hacerlo sin mí. Ésa es la verdad.

–Pero si el señor Peng le dio este apartamento a Kaili, ¿por qué tiene usted la llave?

–Me hice una copia de la que él le ha dado a usted –la Señorita de Rosa cruzó las piernas–. Al principio no hice mucho caso de los rumores. Kaili es una de esas mujeres desquiciadas, una devoradora de hombres, un alma de zorra. A veces desaparece varios días. Hay quien dice que se encierra en este agujero para pincharse. Pero cuando apareció usted por la oficina comprendí que había pasado algo más serio –la Señorita de Rosa suspiró–. Estoy enamorada, señorita Wang. ¿Puede usted imaginarse lo dolida que estoy? Le escribí cartas anónimas. La odio. Pero no creo que a Kaili le preocuparan demasiado, o si le importaban no lo demostraba. Nunca la he oído hablar con nadie de eso. Por lo que yo sé, es probable que ella se deshiciera de las cartas. Pero si no lo hizo, prefiero que no las encuentre la policía.

Mei abrió una y le echó una ojeada. Se sintió desconcertada.

–Son cartas de amor.

–Las estaba clasificando cuando ha llegado usted, y he pensado que más valía llevarme todo lo que hubiera. En cualquier caso ya estaba cansada de leérmelas. A esa mujer no le importa nadie. Se come a los hombres y escupe los huesos. Me alegro de que haya desaparecido. Ojalá esté muerta.

–Usted sabe que si la policía interviene tendré que contarles la verdad.

–¿La verdad? –la Señorita de Rosa soltó una risita amarga–. Espero que llegue a encontrarla.

Recogió sus cosas una por una y las volvió a poner, despacio y con cuidado, en su bolso de mano. El pitillo debía de haberla relajado. Cuando lo hubo guardado todo, se dirigió a la puerta, repiqueteo de tacones rosas, bamboleo de caderas, y se marchó sin añadir palabra.

Había parecido que recobraba la compostura, pero se la había visto dañada, igual que su traje roto.

Mei entró primero en el dormitorio, el cuarto más importante de la casa para cualquier mujer. Una gran cama de latón ocupaba la mayor parte del espacio. A un lado había una mesilla, y al otro un tocador. Al parecer no había nada fuera de su sitio. Si la Señorita de Rosa había registrado esa habitación, luego había vuelto a ponerlo todo donde estaba.

Se puso un par de guantes de goma y abrió el ropero. Estaba hasta arriba de ropa, vestidos largos, faldas cortas, pieles y cueros, la mayoría negros. Había también unas pocas prendas de ropa de hombre, entre ellas un batín de seda. En el estante más bajo encontró zapatos apilados en montones, y en el de arriba bolsos de Chanel, Louis Vuitton y Gucci.

El tocador estaba en desorden. Había maquillaje, frascos de perfume, paquetes de tabaco y botes de pastillas esparcidos por encima. Mei comprobó las etiquetas: analgésicos, pastillas para dormir... algunas sin identificar. Le dio pena de la mujer que vivía allí.

En la mesilla ninguno de los cajones estaba cerrado con llave. Abrió el primero y encontró billetes, recibos, carnés de identidad, anotaciones de citas y libretas de banco amontonados juntos al buen tuntún. Extrajo las libretas de banco y las hojeó. Al parecer Kaili no había empezado a tener dinero hasta hacía poco, y había sacado grandes cantidades unas cuantas veces; Mei anotó las fechas y el importe retirado, luego devolvió las libretas de ahorros al cajón. Los dos cajones siguientes contenían joyas, sartas de perlas y piedras preciosas tiradas todas juntas de cualquier modo dentro de cajas.

Parecía que a aquella mujer nada le importaba, puede que viviera su vida día a día.

Al final del pasadizo estaba el despacho, más ordenado, con trofeos, premios, álbumes de fotos y libros de recortes de prensa en una vitrina. En ella se apoyaban dos guitarras, con partituras y cuadernos a su lado en el suelo. La puerta de la vitrina estaba abierta, y había una caja en el suelo delante de ella. La Señorita de Rosa la estaba revisando cuando Mei entró; algunas cartas las había abierto y leído, y desechado luego a un lado de la caja: más cartas de amor.

Mei levantó la caja y la llevó al escritorio. Encendió la lámpara y fue sacando una cosa tras otra: un Cupido de porcelana en miniatura, un collar hecho de conchas diminutas, un *ei* (una piedra con un mensaje de amor grabado), pañuelos, una hoja de arce prensada que crujió al cogerla ella. Recuerdos de amor, probablemente.

Qué vanidad, pensó Mei. Los trata sin el menor cuidado, como meros trofeos de sus conquistas. Se preguntó si Kaili los miraría alguna vez, si leería una o dos líneas de alguna carta. ¿Recordaría los momentos tiernos, o sólo para regodearse? A lo mejor los guardaba a modo de archivo, sin volver nunca sobre ellos una vez que habían ido a parar a la caja.

Entonces, desconcertada, Mei sacó las cosas y las examinó. Estaba tratando de encontrar algo, lo que fuera, que pudiera darle una pista. Sentía una inexplicable fascinación por Kaili. Pensó que bajo aquella superficie se escondía una mujer distinta, y ella tenía que encontrarla.

Por fin llegó al fondo de la caja. Allí, para su sorpresa, había más cartas, escritas en un papel de cartas pasado de moda, que hacía mucho que ya no se usaba. Parecía que no se habían tocado en bastante tiempo, olvidadas quizá... En los lugares por donde el papel estaba doblado había ya surcos hondos. Mei las cogió, tres en total, y las extendió cuidadosamente sobre la mesa.

# 10

Lin siguió el empinado camino que subía a las montañas y llegó a un pueblo con un arco de cerámica en la entrada. Atardecía, y los ancianos del pueblo estaban sentados en taburetes y en leños fumando sus pipas bajo una espesa fronda de hojas de roble. Puede que llevaran ahí todo el día. Cuando Lin se aproximó, pararon de conversar.

Lin sonrió y se acercó a una enorme piedra que había fuera de la sombra del árbol. Se sentó. El tejadillo de madera oscura de un pozo atrajo su mirada a la luz del crepúsculo. Parecía un templo. Lin levantó la vista hacia las montañas. El pueblo, según vio, se extendía ladera arriba del monte, con casas y vallas de adobe. Había un candil de aceite de brillo vacilante en una ventana. El viento soplaba montaña abajo, trayendo consigo un olor a guisos. Lin imaginó dulces *wotou* amarillos que siseaban al cocerlos al vapor, carne bien entreverada de grasa hirviendo y tallarines que caían en una olla de sopa.

Un grupo de figuras apareció en lo alto del monte, algunas con faroles. Su número fue aumentando igual que el hambre de Lin. Oía sus voces acercándose. Pensó en la chaqueta Mao, todavía doblada dentro de su hatillo. Habría sido agradable ponerse algo encima en ese momento.

–¡Ahí está! –los niños bajaban el monte corriendo todo lo rápido que les permitían sus piernas. Otros vecinos del pueblo, hombres y mujeres que volvían de los campos o del mercado, les seguían. Parecía que todo el mundo se había enterado de que allí había un forastero.

El tropel se detuvo a medio metro de Lin y se quedó mirándolo, calibrándolo.

–¿Qué está haciendo aquí? –le gritó un hombre.

–¿De dónde viene? –una mujer alzó su candil para alumbrar con él la cara de Lin.

–Estoy buscando trabajo. ¿Necesitan ayuda para la cosecha?

–¡Llamad al jefe!

–¿Le ha visto alguien?

–El trabajo del campo es duro –dijo un hombre medio calvo.

–A eso estoy acostumbrado –dijo Lin.

–¡Viene el jefe! –la multitud fue recorrida por un murmullo como el viento que cruza un campo de cebada, y se dividió para abrirle camino al jefe: tenía unos cuarenta años, era fornido, de andar medido y mirada firme. Iba fumando con la pipa en la comisura de la boca. Parecía el tipo de persona que nunca haría nada con prisas.

–¿Qué pasa? –se había parado delante de Lin, pero estaba mirando a los del pueblo.

–El forastero dice que busca trabajo –dijo el campesino joven que había sido el primero en dirigirse a Lin.

–¿Se sabe de dónde es?

–No lo ha dicho –informó el joven.

–¿Sabéis cómo se llama?

–No.

–¿Y por qué no se lo habéis preguntado? –el jefe fumó de su pipa; luego le preguntó–: ¿Cómo te llamas?

–Lin –respondió él. Le gustaba el olor del tabaco del jefe, una áspera variedad de aquella zona.

–Necesito ver tus papeles. Tampoco es que cojamos al primero que pase por aquí. Ven conmigo.

Lin se puso de pie. La multitud retrocedió unos pasos.

–Ya está –les dijo el jefe–. Ahora os podéis ir a casa. Ya no hay nada más que mirar.

Despacio, las mujeres se fueron hacia el roble a recoger a sus ancianos. A los niños se les dijo que corrieran a casa; a algunos hubo que llevárselos a rastras. El jefe se fue monte arriba a paso tranquilo, con Lin y los demás siguiéndolo como un enjambre de abejas.

Una chica gorda salió corriendo de una casa. Lin la reconoció, del mercado.

–*Ba*, ¿qué pasa? –llamó al jefe.

–Nada. Te había dicho que no salieras. ¿Está ya la cena? Dile a tu *ma* que no voy a tardar.

La chica gorda no se movió. Tenía la mirada fija en Lin.

–¿Adónde lo llevas?

–A la oficina del Comité, por supuesto. ¡Métete en casa!

La procesión siguió su marcha.

Cuando Lin se volvió a mirar atrás, la chica gorda estaba sola en la ladera, el monte desapareciendo bajo sus pies. Ya estaba demasiado oscuro para verle la cara, pero Lin se la imaginó llena de ansiedad, igual que en el mercado.

Luego se imaginó a su amiga llamándolo, alzándose con la voz por encima del mundo: «¡Corre a la montaña!».

La oficina municipal era una casa de adobe con patio. Por fuera, un gran cartel blanco decía: «Comité Revolucionario de la Aldea». La multitud se dispersó y se fue a casa, a excepción de tres jóvenes que se habían nombrado a sí mismos centinelas y se quedaron a la puerta.

En el interior de la casa del Comité, el jefe descolgó un candil de aceite de un gancho de la pared y lo prendió. Sombras oscuras flotaron entrelazándose de forma amenazante.

El jefe se sentó en una silla y se metió la pipa en la comisura de la boca.

–Soy el único funcionario que hay aquí: jefe de aldea, secretario del Partido, presidente del Comité Revolucionario... Pozos Gemelos, que así se llama nuestra aldea, es pequeño, unas treinta o cuarenta familias, dependiendo de cómo cuente uno los parientes. Somos pobres. No me reconocen la desgravación por jefe de aldea. A fin de año tengo que entregar la misma mies que todo hijo de vecino. Si te portas bien, puedes quedarte. Últimamente la Comuna Popular es una armazón vacía. Cada familia tiene que producir su cuota de cereales. La cosecha es un momento difícil. Si no te portas bien, te vas. ¿Entendido? Mi palabra es ley.

En un póster, el presidente Mao tendía la mirada enigmáticamente hacia una distancia media. ¿Qué estaría mirando? Lin no tenía ni idea. A cada lado del póster pendía un *chun lian* rojo que decía: «Enhorabuena por hacerse ricos». Seguro que los habían puesto seis meses antes, por las últimas Fiestas de la Primavera. El color se había desvaído.

–¿Has tenido algún problema con la policía?

Lin se lo pensó. Lo de esconderse en el tren de mercancías, la pelea en el mercado... podrían volver a meterle entre rejas mañana mismo.

–Hoy en día no es difícil tenerlos –dijo.

–Ándate con ojo, jovencito.

–No, señor. No he tenido problemas.

–¿Y qué hay de la herida que tienes en la cabeza? Es nueva.

–No fue culpa mía.

–Un hombre cabal no pelea.

–Un hombre cabal no afloja.

–¿De dónde eres? –preguntó el jefe.

–De muy lejos.

–¿Quieres trabajar, o no?

–Soy de las montañas de Qinghai. Nuestra *ma* está enferma y necesita dinero. Todo el mundo dice que por aquí pagan bien.

El jefe sacudió la cabeza:

–Me estás mintiendo, y al hombre cabal la mentira se lo lleva. Déjame ver tu carné de miembro de la Comuna Popular.

–He perdido mi documentación, y mi hatillo, y el dinero.

–No me digas que te lo han robado.

–No. Me metí en una pelea y tuve que salir corriendo.

–Entonces te tengo que mandar que te vayas –dijo el jefe–. La cosecha va a ser dura para muchas familias, pero no podemos tener con nosotros a alguien en quien no confiamos.

Salieron al patio. Uno de los tres jóvenes, que había estado intentando oír la conversación, salió corriendo a divulgar las novedades.

Justo en ese momento apareció una chica.

–*Ba*, no puedes decirle que se vaya. ¿Adónde va a ir en la oscuridad? –jadeó la hija del jefe.

–Gordita, tú no te metas –ladró su padre.

Y entonces Lin vio a la otra amiga, con una camiseta ajustada rosa y pantalones anchos negros. Se había quedado parada en la entrada, con un candil de aceite en la mano, la llama bailando y reflejándose en sus ojos.

–*Ba*, le conocemos del mercado. Es un hombre cabal. Nos ayudó a Xiao Hua y a mí –dijo Gordita, las palabras saliéndole a borbotones rápidos pero inconexos–. Ya conoces a Du el Chulo, de la aldea de los Du; él y sus amigos nos atacaron. Este hombre nos defendió.

El jefe se volvió hacia la otra chica:

–¿Es eso cierto, Xiao Hua?

Ella asintió.

–¿Por qué no me lo habías contado antes? –dijo el jefe a su hija–. ¿Lo sabe tu madre?

Gordita le agarró el brazo a su padre:

–¡*Ba*!

Él dudó.

–Lo mejor va a ser que entréis las dos –dijo al final.

Los tres entraron en la casa y cerraron la puerta. Unos minutos más tarde salieron, las dos chicas de la mano y sonriendo.

–He comprobado lo que me has dicho de la pelea y de tu hatillo –le dijo el jefe a Lin–, y puedes quedarte. Dormirás en el establo.

–Gracias... ¿Podría comer algo? Tengo mucha hambre.

–Venga a nuestra casa –dijo Gordita con emoción–. *Ma* ha hecho carne. Yo me llamo Li Yun Yun, pero todo el mundo me llama Gordita.

–Ya basta –le dijo el jefe a su hija–. Vete a decirle a tu madre que ponga un plato más.

Después de la cena, el jefe acompañó a Lin al establo. Llevó un candil de aceite y una manta de guata enrollada. Las estrellas habían salido y titilaban por el cielo. Anduvieron hasta el límite de la aldea.

La noche estaba fresca. Lin oía el revolotear de las hojas a la brisa suave.

–Te he dejado quedarte. Eso no significa que confíe en ti.

–No daré problemas –le aseguró Lin.

–Mantente apartado de Xiao Hua –le previno el jefe.

Dentro de los bosques, un zorro lanzaba su llamada. La media luna brillaba por encima de los árboles.

El jefe tiró la manta sobre el heno.

–Salimos temprano mañana.

Cuando se hubo ido, Lin se metió entre el heno y cayó en un sueño sin sueños. Por un tiempo su pasado desapareció.

# 11

El papel, que de tan fino era casi transparente, hizo un ruido suave cuando Mei lo desdoblaba. La letra escrita a mano, caligrafía casi, era exquisita.

8 de febrero de 1989

Querida Kaili:

Llevo ya tres semanas en casa y pienso en ti todos los días. Hace muchísimo frío, porque son las Fiestas de la Primavera y la temporada del Gran Frío. Ha nevado un día antes de la Nochevieja china.

Cada vez que vuelvo a casa encuentro al abuelo más viejo. Se mueve despacio y a veces olvida cosas, pero sigue trabajando en mi antiguo instituto, el Instituto Número 7 del Distrito Oeste (¡es el conserje desde hace veinte años!). Piensa que con eso se mantendrá vivo y ágil los próximos años, pero yo estoy preocupado. Al fin y al cabo tiene ahora setenta y un años y no hay nadie que se ocupe de él cuando yo estoy en la universidad.

Me alegro de haber vuelto al terminar el curso. Le he comprado más carbón al abuelo para que pueda mantener la calefacción encendida hasta la primavera. Le llevé a uno de los nuevos centros comerciales de Pekín. Compramos *chun lian* para pegarlos en nuestra puerta... El abuelo estaba desconcertado con tanta variedad. Él sólo compra en los *hutong*, en nuestro estrecho vecindario de callejones. Compramos petardos y papel para hacer recortes. Al abuelo eso se le da muy bien... tenemos dos fénix y una flor de loto de filigrana pegados en la ventana.

Fuimos a casa de Gordi en la Nochevieja china. Cenamos juntos y vimos la gala de las Fiestas de la Primavera en su televisor.

Gordi ha vuelto de la academia de policía por las fiestas. Algún día lo conocerás. En tres años de entrenamiento policial se ha puesto fuerte y delgado. Ahora parece más un adulto y también está más serio, pero seguimos siendo los mejores amigos, por más que pasemos meses enteros sin vernos. Cuando volvemos a encontrarnos, empezamos otra vez por donde lo habíamos dejado.

Gordi y yo fuimos al *miaohui* del parque Ditan a comprar cosas para las fiestas. El abuelo no quiso venir porque no le gustan las aglomeraciones. Puede que pensara que yo lo iba a pasar mejor si iba solo con Gordi. Y es verdad que lo pasamos bien. A Gordi le encantan los viejos aperitivos pekineses, así que comimos sopa de flor de loto, bastoncillos de masa de judías verdes, tallarines en salsa de carne, batido de alubias rojas...

Gordi no iba bien en el colegio, sus padres sufrieron una desilusión cuando se metió en la academia de policía porque no era una facultad propiamente dicha. Pero lo ha hecho bien allí. Ha entrado en el Partido y fue miembro modelo el año pasado. Los instructores le han dicho que tiene un futuro prometedor. Su perspectiva de la vida ha cambiado. Ahora habla de sueños y aspiraciones.

Le conté de ti, que tienes dieciocho años, que eres inteligente, guapa y atrevida. Le hablé de una vez que salimos con los pescadores. Tú nunca habías estado antes en el mar y yo sólo había ido una vez en nuestro barco de investigación. La barca de pesca era mucho más pequeña que nuestro pesado barco cargado de instrumentos científicos. Se bandeaba de un lado para otro, a merced de las olas. Era ya otoño, pero el sol calentaba. Cuando los pescadores hubieron lanzado al agua sus redes, nos sentamos en la barca, hablando y esperando. Lo siguiente que supe fue que habías saltado al agua y estabas nadando como un pez, riéndote y metiéndote con los jóvenes pescadores. Alguno te había desafiado a hacerlo.

Le conté a Gordi que les impresionaste. Le ha parecido que debes de estar un poquito loca... pero

viniendo de él eso es un cumplido. Quería ver una foto tuya. No pude satisfacerle.

No le puedo pedir al abuelo que me compre una cámara. Tal como estamos ya no nos alcanza el dinero. Ni tampoco quiero hablarle de ti. Él piensa que soy demasiado joven para tener novia. Pero voy a cumplir veinte años el verano próximo. A veces siento que nadie se ha dado cuenta de que me he hecho mayor. Todo el mundo me sigue tratando como si fuera un niño. Los padres de Gordi están tan encima de mí como cuando volví de la escuela con el Premio a las Tres Virtudes. Y Liu el Padrino, el barbero ambulante que lleva viviendo en el *hutong* tanto tiempo como mi familia, me dice que debería cortarme el pelo con él, y no en el elegante salón de belleza nuevo.

«Siempre te he cortado yo el pelo, ¿por qué no?», se burlaba.

De todas formas el peor problema es el del abuelo. A veces se pasa la noche entera hablando del pasado, de cuando vivían mis padres. Siempre le ha gustado hablar de los viejos tiempos, pero ahora que yo he estado fuera y he vuelto, da la impresión de que vive en el pasado. Me pregunto si pensará todo el rato en mí cuando no estoy. No se lo reprocho, pero yo quiero hablarle del futuro, de ti, y no puedo.

Así que estuvo bien ir a casa de Gordi a ver la gala nocturna de las Fiestas de la Primavera. Hablamos de nuestro futuro inmediato. Gordi dijo que cuando se ponga a trabajar va a ahorrar para una motocicleta. Sus padres dicen que no va a poder pagarla nunca, por lo menos con un sueldo de policía.

«No estoy hablando de una Honda o una Yamaha. Me conseguiré una vieja moto del ejército», dijo Gordi. «Tenemos unas cuantas en la academia. Cuando esté casado y con un niño, le puedo añadir un asiento al sidecar.»

Sus padres me decían que estaba soñando.

«¡Qué tontería! Nuestro hijo nunca ha hecho bien nada. Es bochornoso, viejo vecino», le dijo su madre al abuelo. «Su Lin es tan inteligente...»

Al abuelo le gustó oír eso. Está orgulloso de haberme criado él solo.

Les dije a los padres de Gordi que debían tener confianza en su hijo.

«Con lo bien que lo está haciendo en la academia... ¿Quién les dice que no va a tener un futuro brillante?»

Dijeron que eso lo creerían cuando ocurriera.

Los padres, y los abuelos... tienen formas extrañas de demostrarnos su amor.

A Gordi no le gustó lo que habían dicho sus padres. Se quedó un rato callado, pero después de la comida volvió a ser el que era. Quería saber lo que traería el nuevo año. Sabes, el abuelo vivió los tiempos del último emperador y sabe mucho de las viejas tradiciones.

Al principio no quería hablar de eso, pero le convencimos.

«El año de la Serpiente no es bueno», dijo. «Y este año va a ser aún peor que un año de la Serpiente normal. De los cinco tipos que hay (de tierra, fuego, aire, metal y agua), la Serpiente de tierra es especialmente mala. Habrá conflicto, negociaciones críticas, desórdenes y hasta guerra.»

«Pues yo creía que las serpientes eran inteligentes», le dije.

«La gente nacida en los años de la Serpiente desde luego que sí lo es. Pero el año de la Serpiente es el que tiene la fuerza negativa más fuerte de todos los signos.»

Aquello ensombreció nuestro espíritu festivo-primaveral, hasta que Gordi dijo:

«Bueno, pues eso quiere decir que va a ser un buen año para mí. ¿No se suele decir que del caos se hacen los héroes?»

«¡Ay, más tonterías!», exclamó la madre de Gordi, y nosotros nos reímos.

Después del concierto de la gala, a medianoche, salimos del *hutong* a tirar petardos en la nieve. Todo el mundo salía de las casas, hasta los bebés con sus padres, todos riéndose, felicitándose unos a otros, diciéndose: «¡Buena suerte!» y «¡Enhorabuena por hacerse rico!». ¡Ah, me encanta el *hutong*, y la nieve, mis vecinos y el año nuevo!

Y te quiero.

L.

El brillo de la lámpara iluminaba las palabras. La carta había sido escrita nueve años antes, cuando Kaili era una jovencita. A lo mejor «L.» fue su primer amor, inocente y puro. Mei pensó en sus propios amores a esa edad. Había conocido a Ya-ping cuando tenían dieciocho

años, en su primer día de universidad, y se habían enamorado a los veinte. Recordaba sus encuentros con él al pie de la pagoda del lago Weming, la fragancia de la hierba primaveral a sus orillas. Fueron tiempos de sabiduría, aprendizaje, esperanza: el primer beso, las primeras palabras de amor.

Los ojos de Mei volvieron a la carta. Dentro de aquellas páginas, Kaili era una persona diferente: joven, valiente y llena de vida. Mei quería saber más de ella y de lo que había sido de aquel amor. Abrió la segunda carta.

# 12

La cosecha es trabajo duro, incluso cuando uno no está intentando hacer el doble que cualquier otro para ganarse el billete a casa. Durante todo el día, Lin trabajaba en los campos, la espalda doblada, cortando con una hoz el trigo. Viendo a los campesinos parecía fácil, pero a él la hoz pronto empezó a pesarle. A veces, cuando se enderezaba, miraba a los otros hombres que trabajaban allí cerca y las zonas de los campos que estaban ya segadas. Pero lo que aún quedaba parecía interminable. Hacía un sol de justicia desde por la mañana temprano hasta bien entrada la tarde. Le achicharró la piel hasta dejársela de un moreno oscuro.

A mediodía, un carro tirado por un burro venía de la aldea con agua y comida. A veces tenía que seguir camino hasta los campos de maíz donde estaban las mujeres recogiendo mazorcas y metiéndolas en sus cestas. El descanso animaba a los jóvenes campesinos. Contaban chistes groseros delante de sus mujeres cuando llegaba la comida, las perseguían por los sembrados, riéndose y a veces ganándose algún sopapo bondadoso.

Lin se sentaba apartado de ellos, y ellos nunca se atrevían a acercarse a él, aunque algunos le trataban con cortesía: de vez en cuando le hacían una broma o le preguntaban de sus viajes; pero habían oído hablar de la pelea del mercado. Le habían visto un par de veces perder los nervios cuando alguien le provocaba y tenían miedo de la bestia salvaje que al parecer vivía en su interior.

En ocasiones hasta al propio Lin le asustaba su violencia. De repente la furia se le encrespaba dentro (no lo sabía nadie más que él), y cuando eso ocurría sabía que tenía que retirarse a su soledad. Una vez solo, se le pasaba. El calor del campo le dejaba la mente seca y, con un rumor de cigarras como el de las olas del océano, soñaba con una sombra. Pensaba en los ancianos robles que flanqueaban las calles del viejo Pekín y ante él pasaban como centellas imágenes de su niñez: la nevera de un vendedor de helados en la trasera de una bicicleta, la ventana de casa del abuelo, Gordi...

La familia Xue vivía en las afueras de Pozos Gemelos, cerca de los bosques y del cementerio. Ése era el porqué, según Xiao Hua, de que los otros vecinos casi nunca los visitaran.

–Dicen que el viento del cementerio sopla hacia nosotros y trae mala suerte. Pero eso son supersticiones. Nosotros no lo creemos, ¿verdad, Segunda Rama?

El hermano de Xiao Hua negó con la cabeza. Era tartamudo y por eso hablaba poco.

Lin y Segunda Rama se sentaron en el *kang* (la cama hecha de adobe) con las piernas cruzadas y una mesa baja cuadrada entremedias. Había cuatro platos, un estofado de carne, huevos revueltos y dos de frituras, dispuestos encima de ella. También sobre la cama, esperando para comer, estaba el padre de Xiao Hua, medio recostado entre las almohadas.

La luz del día se había difuminado en un atardecer rosado y el vapor se elevaba de la mesa

humedeciendo el aire seco.

Xiao Hua entró con un plato de *wotou*.

–No es nada especial –se disculpó con Lin.

–Queman –gruñó su padre.

Era un hombre bajo que parecía haber encogido de dentro afuera. Tenía la piel pálida y arrugada, y los ojos y la boca hundidos en la carne que los circundaba. Contempló malhumorado la comida:

–Cuántos platos; a ver si te has creído que somos ricos.

–*Ba* –Xiao Hua se sonrojó–, tenemos un invitado.

El viejo tosió. Lin oyó el burbujeo mucoso de su garganta.

–Si gastas todo lo que tenemos, ¿qué vamos a comer más adelante?, ¿viento del noroeste?

Segunda Rama cogió un trozo de carne y se lo puso en el cuenco a Lin.

–Co-co-co-coma –le dijo muy serio.

Las moscas describían círculos por encima de la comida. Xiao Hua las espantó con la mano, pero volvieron.

–Déjate de remilgos –le dijo el viejo–. Nuestro invitado tampoco es que sea un funcionario.

Xiao Hua le lanzó a su padre una mirada de desesperación.

–Coma usted despacio –le dijo a Lin.

Él la miró pasar junto a un póster de dos bebés sonrientes que había en la pared y desaparecer tras la cortina de la cocina.

–Tiene que ser un alivio tener una hija tan hacendosa –le dijo Lin al viejo. Se sentía obligado a darle conversación, aunque estaba claro que al otro le incomodaba su presencia.

–Me deja que me pudra aquí el día entero. Estoy viejo y enfermo –el viejo volvió a toser–. Debería cuidarme alguien.

–A mí me parece que su hija lo hace.

–Se gasta todo nuestro dinero, y somos muy pobres –se detuvo a coger aire–. Yo he trabajado mucho toda mi vida, y he criado a mis dos hijos.

Segunda Rama, que probablemente oía todos los días la misma cantinela, no le prestaba atención. Continuó sorbiendo ruidosamente su cena. Había otra almohada y otra manta esmeradamente dobladas encima del *kang*, junto a la pared. Lin supuso que eran las de Segunda Rama.

–Las hijas también tienen sus obligaciones –dijo el viejo–. Aunque Gordita no tiene de qué preocuparse: su familia tiene dinero.

Lin agachó la cabeza y siguió comiendo. No tenía ni idea de lo que le estaba contando el viejo. Lo único que podía suponer es que su mente andaba por algún lugar de esos que sólo los ancianos conocen. Pensó en Xiao Hua. Debía de haber terminado de recoger y se había sentado a comer en un pequeño taburete junto a la estufa.

Del otro lado de la mesa, Segunda Rama mordisqueaba su tercer *wotou*.

Xiao Hua trajo una tetera y tres tazas. Sirvió a su padre.

–Tazas de plástico. Pues vaya un banquete –gruñó el viejo.

Xiao Hua no le miró. Se encaramó al *kang* y cerró la ventana que había detrás de él. Tenía un delgado marco de madera, con papel blanco, que no vidrio, pegado en él. La corriente de aire se detuvo. El aire del cuarto era sofocante. Xiao Hua llevó una lámpara a la mesa.

–No malgastes aceite –dijo su padre–. Todavía no está oscuro.

Xiao Hua se fue a la cocina. Volvió haciéndole pantalla con la mano a una pajita encendida, y prendió el candil.

El viejo soltó un murmullo consternado.

–Tómate el té, *ba*. Ya pronto va a ser hora de irse a dormir.

Lin y Segunda Rama habían acabado ya. Los platos estaban vacíos.

–Espero que le haya gustado la cena –le dijo Xiao Hua a Lin–. Sólo cocina casera –estaba recogiendo los platos.

–Estaba muy buena –sonrió Lin–. Cocinas muy bien.

–Bueno, dicen que hasta a la mejor esposa le cuesta apañárselas si no tiene arroz –dijo Xiao Hua.

Su padre tosió.

–Mujeres; no saben más que gastar dinero.

–Me lo he ganado yo –replicó Xiao Hua.

Al viejo se le aceleró la respiración y a Xiao Hua se le nubló la mirada de culpa y de lástima.

–Ahora tienes que descansar, *ba*.

Llevó los platos y los cuencos a la cocina, luego levantó la mesa cuadrada del *kang* y la puso en el suelo. Segunda Rama colocó la almohada de su padre en la esquina. Xiao Hua mojó una toalla en una jofaina y se la pasó a su padre por la cara. Segunda Rama la ayudó a acostarlo. El viejo tosió más aún.

Lin salió del cuarto. Los platos sucios estaban apilados en una sartén sobre el hornillo. Cogió una paja de un montón que había en el suelo y la empujó hacia la agonizante llama; se le prendió fuego, y con ella Lin se encendió un pitillo que acababa de liar.

La cocina era pequeña y estaba desordenada. La paja y la leña se habían apilado juntas contra la pared. Había una tinaja de agua del tamaño de una persona pequeña junto a la puerta. Un repollo apestaba dentro de un cubo de madera. Huevos, ajo, cebollinos y mazorcas de maíz se amontonaban en un cesto. Había un enorme cuchillo de cocina a un lado de la sartén.

Lin soltó el humo. Los leños crujían en la estufa. Por la puerta abierta alcanzaba a ver la noche oscura, unos pocos árboles vagamente visibles. Pekín y el odio parecían muy lejanos.

Xiao Hua y Segunda Rama entraron en la cocina. Xiao Hua llevaba la jofaina y el candil, y Segunda Rama un cubilete de bambú con tapa.

–Segunda Rama quiere bajar al pueblo. Esta noche va a haber peleas de grillos –dijo Xiao Hua mientras soltaba el candil y la jofaina.

Segunda Rama quitó la tapa y le enseñó a Lin su grillo.

–¿Que-que-qué le parece?

Lin levantó el candil. Había una criatura minúscula sentada en el fondo del cubilete. No se movía.

–¿Estás seguro de que va a luchar? –preguntó Lin.

Segunda Rama sonrió abiertamente y asintió.

–¿Quiere usted ir con él? –preguntó Xiao Hua.

–Mejor me quedo a ayudarte a ti.

Xiao Hua sonrió, con una chispa en la mirada.

–No vuelvas tarde –le dijo a su hermano, que se marchaba corriendo.

Xiao Hua cogió dos mazorcas del cesto y las echó en las cenizas de la estufa. Llenó la

sartén de agua de la tinaja y en ella lavó los platos.

No había gran cosa que Lin pudiera hacer. Se quedó allí al lado, fumando.

–La casa está tan sucia... –dijo ella–. Hay paja por todas partes... y mire las moscas. Yo limpio, pero ellas vuelven otra vez. Hace años, cuando *ba* estaba bien, hablaba de ampliar la casa. Pero nunca tuvimos dinero suficiente. Es todo tan caro... sobre todo si va uno a la ciudad.

Sus manos se movían rápido, como peces saltando dentro y fuera del agua. Fue apilando cada plato o cuenco con los demás sobre la superficie de adobe que había junto a la estufa.

–¿Ha estado alguna vez en una ciudad? –preguntó.

–Sí.

–¿Era agradable?

–Mucho.

–Me imagino que las chicas serían modernas y guapas, como las que se ven en las revistas.

–Tú sí que eres guapa.

–Ayúdeme con el agua –dijo Xiao Hua.

Él cogió la sartén y fue a verter el agua sucia fuera de la casa.

Ella se secó las manos en el borde de la blusa. Sabía por descontado que era guapa (Lin contempló los ojos grandes, de largas pestañas), pero eso no era suficiente.

–Dicen que la belleza de una mujer es un treinta por ciento natural con un setenta por ciento de maquillaje. Si yo tuviera dinero... –murmuró.

–Estás a salvo y tienes a tu familia. Puede que eso ahora no te parezca gran cosa, pero lo vale todo.

Xiao Hua sacó el taburete afuera.

–Venga aquí –le llamó–. Se está más fresco.

Lin la siguió y se sentó en el umbral de la puerta.

–¿Echa de menos su casa? –preguntó Xiao Hua.

–Sí. Cuando termine aquí, volveré. Lo que empezó allí tiene que terminar allí.

–¿Quiere decir que va a llevar dinero de vuelta a casa?

–El dinero no significa nada para mí. No me puede devolver lo que he perdido.

–¿Qué pasó?

–Es una historia muy larga –Lin intentó sonreír–. Puede que algún día te la cuente.

Xiao Hua le dio una calada al pitillo de él.

–Yo haría cualquier cosa por dinero. Estoy aburrida de ser pobre.

–Hay cosas peores que la pobreza.

–¿Ah, sí? Esta primavera nos quedamos sin comida y no tuvimos dinero para comprar nada en dos meses. Segunda Rama y yo nos íbamos al bosque a desenterrar raíces. No teníamos dinero para la medicina de *ba*. Si el jefe no nos hubiera prestado unos yuanes, *ba* podría haber muerto. Segunda Rama no tenía abrigo de invierno. No teníamos ni para comprar versos de primavera por Año Nuevo. ¡Fue vergonzoso! En cincuenta kilómetros a la redonda todo el mundo se enteró de lo pobres que eran los Xue.

–Por lo menos eres libre.

–¿Y eso para qué sirve, cuando uno está acogotado por la pobreza? Los casamenteros me ofrecen a Du el Tonto y a Huang el Loco. ¿Es que no soy más que eso? ¿Una novia barata? A *ba* también le da vergüenza, pero no lo demuestra. Quiere el dinero de mi dote... y yo

aceptaría a cualquiera por *ba*, y por Segunda Rama. Por supuesto que sí. Son lo único de mi carne y de mi sangre... –la voz se le quebró.

Pero no podía, pensó Lin. No podía renunciar a sí misma todavía.

–Mi pobre madre muerta –Xiao Hua miraba fijamente hacia el cementerio. En la oscuridad nada se movía sino las estrellas que parpadeaban en el cielo–. Ojalá ella estuviera todavía aquí. Hubo un tiempo en el que fuimos felices.

A Lin le dieron ganas de cogerle las manos y contarle su propia historia. Le dieron ganas de compartir con ella su carga. Pero se calló. Tenía que tener cuidado. Bajo ninguna circunstancia podía dejar que nadie supiera quién era él.

En ese momento sintió el peso y al mismo tiempo la belleza de la vida. La noche translúcida, el cielo plateado, la fragancia de la brisa veraniega y los sonidos de vida silvestre de los montes se le desgarraban en el corazón y le hacían pensar en otra noche de verano en el umbral de otra puerta.

–Sin descanso he viajado buscando por todas partes;
y lo que nunca he encontrado
es mi corazón de antes.

–¿Eso qué es?

–Parte de un poema.

–¿Lo ha escrito usted?

–No. Lo escribió un poeta que murió hace más de mil años.

Xiao Hua se le quedó mirando. Él notó que estaba perpleja, que buscaba en su cara una respuesta.

–¿Usted quién es? Los vagabundos no saben poesías.

–Ésta me la enseñó un anciano hace años. Creía que la había olvidado –mintió, quitándole importancia–. No sé lo que significa, pero suena bien.

Xiao Hua sonrió. El equilibrio se había restablecido. Ella entró en la casa.

Las mazorcas estaban hechas. Las sacó de la estufa, les quitó las cenizas y las llevó afuera en el bajo de su blusa.

Lin y Xiao Hua se sentaron el uno junto al otro a comerse el maíz. El candil se estaba consumiendo. Los pechos de Xiao Hua subían y bajaban bajo la blusa de algodón, su hombro casi tocaba el de Lin. A él le llegaba el aroma de su piel, sentía su calor. El recuerdo del océano y de la mujer a la que había amado hacía mucho tiempo tomó cuerpo. El deseo se despertó en él.

Del bosque llegaron mosquitos zumbando una marcha triunfal.

# 13

28 de mayo de 1989

Querida Kaili:

Siento no haber podido escribirte antes. Sé que estás preocupada, pero no lo estés, mi amor.

Hasta que volví a casa no supe lo preocupado que ha estado el abuelo. Han pasado y siguen pasando demasiadas cosas en Pekín, hasta un punto que no habíamos ni imaginado...

El Comité Revolucionario del Hutong y la Calle recibió un comunicado del Centro Municipal y del Partido sobre el movimiento estudiantil que decía que es antirrevolucionario y avisaba de las consecuencias para quienes participen. La presidenta, la señora Tang, vive en nuestro *hutong*. Se fue a ver al abuelo y le calentó tanto la cabeza que él se dejó llevar por el pánico y me puso un telegrama.

Cuando he llegado a casa, me ha dicho: «Me da menos miedo cuando estás aquí, porque puedo encargarme de que no te metas en problemas».

Le dije que los estudiantes no estaban causando problemas. Que querían sólo democracia y libertad para que todos los chinos podamos vivir mejor.

El abuelo dijo que él no entiende ni la democracia ni la libertad, pero sí lo que es una buena vida: una en la que no haya problemas, conflictos ni muertes. «Serás feliz si no le pides mucho a la vida. Y desafiar al Partido Comunista no compensa jamás.»

No se lo puedo reprochar. Perdió a su único hijo a manos de la Revolución Cultural.

Pero le he dicho que esta vez las cosas van a ser de otro modo. China ha avanzado hacia una modernidad y se ha abierto al mundo. El presidente Mao lleva muerto casi trece años y el Partido ha reconsiderado su legado.

La gente de la generación de nuestros padres habla de cuando eran de las Guardias Rojas, de lo emocionantes que fueron aquellos tiempos... hasta que la revolución se convirtió en destrucción masiva. En el tren a Pekín, sentí por primera vez que entendía el entusiasmo de la gente. Los otros pasajeros compartían con nosotros su comida y nos decían cuánto apreciaban lo que estábamos haciendo los estudiantes por el país. A muchos de nosotros nos dejaron subir al tren sin billete, en un acto solidario de los guardias y los taquilleros.

En Pekín la atmósfera era de más cautela. Ayer fui a la plaza de Tian'anmen, pero no pude llegar hasta la zona de seguridad de los estudiantes ni con el carné de la universidad. Vi que los estudiantes estaban mandando de vuelta a los simpatizantes recién llegados de las fábricas o las universidades de otras provincias. Se los veía tensos. Uno me dijo que tenían miedo de la policía secreta que se está infiltrando en la plaza.

Han abandonado la huelga de hambre, pero miles de ellos siguen sentados en la plaza. Todavía ondeaban las banderas de las universidades. Los altavoces seguían difundiendo denuncias del trato que da el Partido a los estudiantes. Pero nadie tenía la sensación de que aquello sirviera para nada. Nadie se hace ninguna ilusión de que el gobierno, ahora que ha sobrevivido a la huelga de hambre y a manifestaciones de un millón de personas, vaya a darse por vencido. Los estudiantes no quieren retroceder, pero parece que no hay posibilidad alguna de que ganen. La gente que se acercaba a mirar seguía echando dinero en las urnas de la colecta y se preguntaban para qué iba a servir. Se ha llegado a un punto muerto en la plaza y nadie le ve el final.

Había muchos estudiantes venidos de todo el país dando vueltas por las calles. Estaban descontentos por el mal recibimiento de los estudiantes de Pekín. Muchos de ellos han viajado durante días para poder estar ahí. Los estudiantes pekineses están para el arrastre, pero los recién llegados todavía están

llenos de entusiasmo y rebosantes de energía. Hablaban de organizarse entre ellos. Sentían que se estaban perdiendo lo mejor.

En Qinghai nos sentíamos excluidos, ¿no te parece? Ni que decir tiene que fuimos al ayuntamiento a expresar nuestro apoyo a la huelga de hambre. Tuvimos alguna pequeña refriega con la policía. Nos íbamos a parar los trenes que llevan suministros militares a Pekín, aunque vete tú a saber lo que llevaban y adónde iban. Hacíamos esas cosas porque sentíamos que debíamos hacerlas y porque, muy en el fondo, nos sentíamos culpables de no estar en Pekín, apechugando hombro con hombro con nuestros compañeros. Incluso se habló de hacer una huelga de hambre por nuestra cuenta, pero el número de voluntarios era muy pequeño. Todo el mundo quería estar en Pekín.

Era verdad lo que te dije de que no quería separarme de ti, pero tenía que volver por el bien del abuelo. Ojalá hubieras podido venir conmigo.

Estar aquí no me está resultando fácil, porque no soy de una universidad pekinesa. No he podido entrar en la plaza de Tian'anmen ni unirme a las barricadas antitanques. Intenté encontrar a mis antiguos amigos del instituto, que ahora están en la Universidad de Pekín, pero no conseguí dar con nadie. Todo el mundo estaba en la calle.

Hoy hemos sabido que se han visto soldados en el centro de la ciudad, aunque sólo sea un destacamento. Ahora el abuelo no me deja salir de noche. Las tardes han sido calurosas. Después de la cena, los vecinos salen a conversar o a pasear juntos por el vecindario, por las callejuelas estrechas. A todo el mundo le preocupa lo que pueda pasar a continuación.

Yo estoy inquieto, aunque no me creo muchas de las cosas que me han dicho el abuelo y los vecinos. Pero me estoy preguntando si nuestra juventud no nos habrá hecho ser demasiado optimistas. Todos sabemos lo que ocurrió en la Revolución Cultural y con qué brutalidad se arrampló con las vidas. Yo perdí a mi madre y a mi padre en esa violencia. Nos hacemos demasiadas esperanzas. Soñamos que somos muy grandes. Pero imagínate que ganan los estudiantes; ¿qué vamos a hacer? ¿Podemos componer un gobierno? ¿Podemos reconstruir China? Sólo tenemos veinte años. La revolución es una cosa y la producción, otra muy distinta.

Espero que no estés otra vez frustrada con «mi pesimismo», como tú lo llamabas. Recuerdo que te impacientabas cuando lo discutíamos. Tú decías que yo veía problemas donde no los había. Decías que yo pasaba por la fase del fin de carrera confundiendo incredulidad con madurez.

Tú nunca dudabas. Tú creías en la vida, el amor y, sobre todo, la esperanza. Estar contigo era como darse un baño de sol, lo necesario para hacerme olvidarme de mi demonio interior. Pero sigo teniéndolo, y por las noches me mira con ojillos maliciosos. Tiemblo de miedo, y ni yo sé por qué.

Ojalá estuvieras aquí. Me darías ánimo. La chispa de tu mirada iluminaría mis más oscuros pensamientos.

Pienso en la noche que pasamos en tu cuarto. La revolución tiene su lado bueno: a nadie le preocupaban ya las normas. En algún lugar había una manifestación, y tus compañeros de cuarto allí se habían ido. Debían de verse estrellas por la ventana y a nuestro alrededor el mundo estaba en ebullición, la fe desplomándose, las hogueras ardiendo. Pero nada de eso importaba.

Tú sabes que te quiero, ¿verdad? Te querré siempre hasta el fin de mis días.

El abuelo está roncando al otro lado del cuarto, con una cara arrugada más pacífica que la de un bebé. Muy pronto tendré que hablarle de ti, de nuestro plan de casarnos y quedarnos en Qingdao cuando terminemos la carrera. Se le va a romper el corazón. Pero es lo mejor. Nuestro sitio está junto al mar.

Espero que los trenes correo estén circulando y que puedas recibir esta carta. No sé cuándo volveremos a vernos, pero cuento los días, las horas y los minutos.

Con amor,

L.

Mei apoyó la carta. Tenía la respiración acelerada. Kaili y su amante habían estado metidos en el movimiento estudiantil, que Mei había presenciado y en el que, para su arrepentimiento, no había participado. Ahora se sentía identificada con la cantante. Reconocía la pasión que había habido entre ellos, y que latía también en su propio corazón. Eran de su misma generación; habían compartido la historia.

Mei sentía una fascinación especial por L., quizá porque él estaba más cerca de Pekín y más cerca de ella en edad, o quizá porque estaba leyendo sus palabras, escritas de su propia mano. Se hizo una imagen mental de él, pálido, con el pelo corto y negro y la mirada amable, un libro en la mano, callado y pensativo. Pero también era valiente.

¿Qué había sido de él? ¿Qué había sido de su amor? Mei quería saberlo. Con manos temblorosas cogió la última carta.

3 de junio de 1989

Querida Kaili:

Se va adentrando el crepúsculo y el *hutong* está en silencio. Estoy esperando a que el abuelo se duerma. Está tumbado en su cama a un metro de mí, en la otra punta del cuarto, moviéndose todavía. El calor ha refrescado, y es de esperar que pronto esté dormido.

Quiero escribirte antes de irme.

El abuelo me ha prohibido salir de noche. No vivimos lejos del centro de la ciudad. Si cojo la bici puedo llegar a la plaza de Tian'anmen o al paseo de Chang'an en media hora. Ahí fuera, miles de personas de mi generación están haciendo historia. Y yo aquí sentado noche tras noche, con un grupo de hombres mayores, y a veces también mujeres mayores, oyéndolos hablar del pasado.

¡Estoy deseando salir!

El abuelo me deja ir a donde quiero durante el día. Todas las mañanas me levanto temprano y me voy del *hutong*. Quiero saber lo que ha pasado durante la noche y estar con gente de mi edad.

Ahora la situación en Pekín es desesperada. Está cundiendo el miedo. Se han quemado autobuses para cortar el tráfico en el paseo de Chang'an. Se han incautado camiones y coches y se han amontonado todos juntos. Ya nadie duda que va a intervenir el ejército. Los estudiantes se preparan para el choque. Todo el mundo habla de gases lacrimógenos y disparos de pelotas de goma.

¿Cómo hemos llegado hasta este punto? No lo sé. La ciudad parece un campo de batalla.

Por la calle voy conociendo gente, sobre todo a estudiantes de otras provincias. Algunos se han instalado en casa de algún pariente, pero otros llevan desde que llegaron vagando por las calles y durmiendo al raso. Revolotean por la periferia como hojas secas. Quieren participar. Se dan cuenta de que la Historia se está haciendo. Yo me parezco a ellos en que también intento enterarme de lo que está pasando, pero no comparto su impaciencia ni su ingenuidad.

Ya sé lo que vas a decir: que otra vez estoy siendo pesimista. Puede ser. ¿Pero tú crees que lo hemos previsto todo? Cuando los estudiantes se sentaron a escribir sus peticiones, ¿se pararon a pensar qué posibilidades había de que fueran atendidas? Cuando se fueron a la plaza de Tian'anmen a hacer la huelga de hambre, ¿creyeron que iba a servir de algo, que el poderoso Partido Comunista Chino se iba a rendir sólo porque unos pocos estudiantes se estuvieran suicidando?

No hablo desde el punto de vista de quien perdió a sus padres en uno de los movimientos políticos de Mao, sino como analista objetivo de la historia. La muerte siempre se ha cebado con los chinos, y no sólo en la República Popular (cayeron millones en el Gran Salto Hacia Delante y cientos de miles en la Revolución Cultural), sino también durante las generaciones de emperadores.

Si queremos cambiar el curso de la Historia con sangre, tenemos que estar preparados para ver correr ríos de ella. Pero el derramamiento de sangre y la muerte no son el camino hacia delante. De las dos cosas ha habido ya demasiado.

Debe de ser la espiral antimosquitos, que me está mareando; o la noche, que está sofocante y demasiado silenciosa. Sea lo que sea, el caso es que siento la muerte cerca, en el aire. Estoy enfadado porque tengo miedo.

Ahora me estoy acordando de otro incidente. Cerca del mediodía, estábamos un grupo de estudiantes de otras provincias y yo sentados en un bordillo. La mayor parte de las calles estaban desiertas, sin autobuses ni coches. De vez en cuando pasaba alguien en bicicleta. Nosotros estábamos discutiendo hacia dónde había que ir para encontrar algo de acción.

Entonces junto a nosotros pasaron pedaleando cerca de una docena de estudiantes; una bandera roja con un «Academia Espacial de Pekín» ondeaba tras una de las bicicletas. Algunos del grupo llevaban

bandas blancas en la frente; no pude leer lo que llevaban escrito en ellas; iban hacia la plaza de Tian'anmen.

Todos nos animamos, y uno daba puñetazos al aire, gritando: «¡Lucharemos hasta el fin!».

Se nos levantó el ánimo. Hacía sol y el ancho bulevar irradiaba calor. Nos quedamos mirándolos hasta que desaparecieron.

Mis compañeros empezaron a hablar de la muerte. Había una chica de sólo dieciocho años. Dijo que no le importaría morir para que gente como sus padres despertara. Era como si nuestro país hubiera muerto. Ella se preguntaba cómo puede la gente someterse sin cuestionárselo al gobierno de acero del Partido.

Yo ya no aguantaba seguir escuchando, así que me fui.

Esa chica me recordaba a ti. Me acordé de aquella noche que pasamos en la estación de Qingdao. Estábamos sentados en las vías, y algunos de nuestros compañeros de estudios se tumbaban para que los trenes no pudieran moverse. A ti te brillaban los ojos de inocencia y emoción. Te empeñaste en que nos sentáramos justo delante de la locomotora.

Habría quizá unas cien personas en la estación y nos pasamos la noche cantando viejas canciones soviéticas y cantos populares, marchas revolucionarias, canciones de cuna e hitos del rock. Nos sentíamos como si formáramos parte de un plan divino y nuestras vidas tuvieran un propósito más elevado. Estábamos tan asustados que no podíamos callarnos ni un minuto.

He sentido ese mismo miedo en las calles de Pekín, pero ahí nadie cantaba. Estábamos a la sombra de los viejos palacios, silenciosos. En nuestro silencio casi llegaba a oírse la catástrofe.

Aun así, intentamos resistirnos a ella. Cuanto más desesperada era la situación, más ganas teníamos de luchar.

Aquella chica de dieciocho años tenía las mejillas hinchadas. Decía que el peor castigo que podríamos infligir a nuestro país sería no intentar cambiar las cosas. ¿Estás tú de acuerdo? ¿Nos arrepentiremos algún día si no luchamos hasta el fin?

Esta noche, la radio ha difundido advertencias del gobierno municipal. Conminan a ciudadanos y a estudiantes a no salir esta noche. Ni que decir tiene que cuando he dicho que quería enterarme de lo que está ocurriendo el abuelo se ha negado en redondo a permitírmelo. Para él no cabe duda de lo que va a pasar. El ejército, que se ha concentrado en las afueras de Pekín, va a cargar.

La espiral antimosquitos se ha consumido. El abuelo lleva un rato sin moverse. Puede que esté dormido.

Voy a esperar otros cinco minutos para estar seguro. Entonces saldré del *hutong* y bajaré en bicicleta la calle Sur de la Torre del Tambor hasta la plaza de Tian'anmen. He estado demasiado tiempo en casa, no sé si por cobardía o por reflexión. Tengo que salir. Es la única forma de averiguar lo que está pasando.

Pienso en aquellos estudiantes tumbados delante de los tanques en las Montañas del Oeste. Me comparo a mí mismo con ellos. Ellos tienen algo que a mí me falta: están decididos. No cuestionan ni dudan. Me dan envidia.

Ahora que estoy lejos, pienso más en ti que nunca. Repaso mentalmente tus rasgos como en una película. Veo encenderse tus ojos y tu cara resplandecer con una clase de belleza tan transparente como el corazón de un niño. Me pregunto qué es lo que te hace tan radiante. Es más que juventud. Es pasión y confianza.

Parece decadente pensar en el amor cuando la Muerte acecha en la sombra. Pero tanto hablar de ideales me ha dejado seco. Tu recuerdo, como agua fresca, me da valor. Te quiero.

Hay un viejo arce en nuestro *hutong*. Cuando yo era pequeño solía treparme a él y sentarme en una de las ramas altas a ver cómo atardecía por detrás de la Torre del Tambor. El abuelo me había contado que en tiempos del emperador batían en ella veinticuatro tambores para dar las horas y el cambio de los relojes por la noche. Puede que sea ésa la razón por la que siempre he sentido que la torre, con su superposición de tejadillos curvos y sus gruesos muros, tiene un poder místico.

Desde lo alto del arce veía también los *hutong*, las estrechas callejuelas que serpenteaban de un lado para otro, como un laberinto, como las raíces de un viejo árbol. Raíces que cada año crecían un poco. Se iba instalando más gente en los patios, nacían bebés, los hijos se casaban. Aquí y allá se desmoronaba un muro o se caía una casa, o se construía una ampliación en el espacio que se pudiera encontrar; se

alzaban palomares, se reparaban chimeneas. Como una fea pero indestructible forma de vida primitiva, el *hutong* iba subsistiendo.

Quizá sea así como acabe esto, espero: triunfando la vida, y no la muerte.

Tengo que irme. Pero te prometo que volveré a escribir muy pronto.

Tuyo para siempre,

L.

Las hojas se le resbalaron de los dedos. Mei recordó aquella noche en la plaza de Tian'anmen. Desde el recinto de las residencias ministeriales, donde ella vivía, oyó los tanques y otros vehículos militares que enfilaban con estruendo el paseo de Chang'an y salió corriendo a mirar qué estaba ocurriendo. Una bala perdida pasó cerca de ella y de su compañera de cuarto. La artillería encendió el cielo. La poderosa maquinaria del ejército chino había llegado para aplastar a los desarmados estudiantes. Se acordó de que había escrito a Ya-ping, su novio que estudiaba en Chicago, para contarle que algunos de sus amigos estaban heridos, otros habían desaparecido. Le escribió varias cartas largas sobre lo que había visto aquella noche y en los días que siguieron; sobre su sentimiento de culpa por no haber estado en la plaza, y sobre su soledad. Sentía que sus amigos la habían abandonado, igual que los abandonó ella cuando la necesitaban. Se sentía culpable por haber sido incapaz de ayudar.

Mei no envió jamás aquellas cartas, sabiendo que serían revisadas por el aparato de seguridad del Estado. Ya-ping tampoco escribió entonces. Mei pensó que quizá temiera lo mismo que ella. Pero cuando algunos meses más tarde recibió carta suya, lo que él le contaba era que se había enamorado y que no iba a volver.

En ese punto Mei sintió una sed raspante. Con un vahído, se levantó y fue a la cocina. En los años que siguieron, se había preguntado si lo de la plaza de Tian'anmen habría influido en la decisión de Ya-ping.

La nevera estaba casi vacía, salvo por unas cuantas latas de cerveza y una botella de sake. Mei bebió un poco de agua del grifo, con la esperanza de no ponerse enferma al día siguiente.

En el camino de vuelta hacia el despacho, oyó ruido a la puerta del apartamento. El corazón le dio un vuelco. ¿Qué pasaría si alguien la encontraba? ¿Qué podía decir para justificarse? Se quedó quieta y aguzó el oído. Alguien hablaba en voz alta en el pasillo de la escalera. Sonaba como una discusión entre vecinos.

La noche se iba adentrando, y Mei miró el reloj. Eran cerca de las once. Se tomó un respiro y trató de poner en claro sus pensamientos. Estaba traspasada por lo que había leído. ¿Qué le habría pasado a L.? ¿Habrían vuelto a verse alguna vez Kaili y él? ¿Habría muerto en la plaza? Quería averiguar más de él y de aquella Kaili a quien por lo visto nadie conocía realmente.

Rebuscó entre los álbumes de fotos y de recortes. Había imágenes publicitarias y fotos tomadas en fiestas, pero nada «antiguo»: ninguna foto de la infancia. Siguió hojeando las páginas, cada vez con mayor frustración. Entonces se detuvo. Había una bonita mariposa de papel pegada en la primera página de un álbum de recortes. Con mucho cuidado la despegó y la levantó hacia la luz. Estaba hecha de un papel de arroz blanco casi transparente de puro fino. Las alas se habían montado sobre marcos de bambú del grosor de un pelo y se les

habían pintado nervios dorados. Cuando Mei le dio la vuelta, la mariposa pareció aletear. Entonces, con un sobresalto, vio una pequeña «L.» dorada inscrita en una de las alas.

# 14

Xiao Hua posó la cesta junto a la tumba de su madre. Quitó algo de hierba y alisó el suelo. La lápida era pequeña y sin ninguna inscripción. Con el tiempo se había erosionado y agrietado. De la cesta sacó un cuenco de bollos al vapor y otro de manzanas; los colocó delante de la lápida.

–Ven, Segunda Rama. Hazle un *ketou* a *ma*.

Segunda Rama se arrodilló al lado de su hermana. Se inclinaron.

–La cosecha ha sido buena este año, *ma*. Hemos comprado un nuevo tratamiento de hierbas para *ba*. Él ha dicho que quizá incluso podríamos apartar algo de dinero para Segunda Rama. Es hora de que tome esposa.

–N-n-n-n-no.

–Pronto vas a cumplir dieciocho años. Ya es hora –Xiao Hua miró con ternura a su hermano. Se volvió otra vez hacia la lápida y juntó las palmas de las manos–. *Ma*, éste es Lin. Es el hombre del que te vengo hablando. Sin su ayuda no se nos habría dado tan bien la cosecha. Hemos tenido suerte, *ma*. Gracias a ti que velas por nosotros.

Xiao Hua y Segunda Rama se levantaron. Cogieron de la cesta tiras de dinero fantasma blanco y las prendieron. La llama fue creciendo lentamente, un humo negro salió en volutas y el fuego se tragó el papel, constelando de chispas el viento.

Cuando se hubo apagado y sólo quedaron cenizas e hilos de humo, Lin se despidió de ellos.

–A-a-a-adiós, hermano mayor –Segunda Rama le tendió la mano, y Lin le dio la suya.

–Segunda Rama –le dijo–, tú eres inteligente. No dejes que nadie te diga otra cosa.

Segunda Rama apretó los labios y asintió con la cabeza. Daba la impresión de que quería decir más pero no le salían las palabras. Se limitó a sonreír.

Xiao Hua le dio a Lin un paquetito, envuelto en un trozo de tela de un corte que había comprado.

–No lo abras todavía.

Lin no le hizo caso. Dentro encontró un par de alpargatas nuevas y algo de dinero doblado y vuelto a doblar.

–No puedo cogerlo. Son tus ahorros –no había más que cinco o seis billetes, pero él sabía lo que significaban para la familia Xue.

Xiao Hua le volvió a poner el dinero en las manos. Ahora estaba llorando.

–¡Vete! ¡Vete ya!

–Adiós –dijo Lin. Algo le decía que nunca volverían a verse.

Dio media vuelta y anduvo montaña abajo, vacilantes los pasos. No miró atrás. Cuando llegó abajo buscó el camino que iba a llevarle a casa.

# Segunda parte

# 15

Mei no durmió bien. Fragmentos de las cartas de Lin se infiltraban en sus sueños. A la mañana siguiente se levantó aturdida, y se quedó un rato sentada en la cama, pensando en el pasado.

Ella estaba trabajando en el Ministerio de Seguridad Pública en aquella primavera de 1989, que empezó como cualquier otra primavera. Los sauces llorones reverdecían, las lilas florecían en las riberas. Pasado el largo y frío invierno, las familias se iban a las Montañas del Oeste por la fiesta del Florecer del Melocotonero.

Pero mientras iba haciendo más calor y las magnolias iban llenando el patio del emperador en el Palacio de Verano de níveas flores, ella estaba inquieta. Esperaba con ansiedad las cartas de Ya-ping, su novio desde hacía tres años, que se había ido a vivir a Estados Unidos el verano anterior. Llegaban cada vez con menos frecuencia.

El 15 de abril fue un día caluroso. Lo recordaba porque fue el día en que llamó por teléfono a Ya-ping. Se había ido al Hotel de la Amistad, uno de los pocos lugares de Pekín desde los que se podían hacer llamadas internacionales, y se había gastado en teléfono el sueldo de un mes. Se quedó sentada en el locutorio con las lágrimas rodándole por las mejillas, abrumada de alegría de oír su voz. Decía que esos últimos años de la licenciatura estaban resultando más difíciles de lo que él pensaba, y que tenía que ir a clases suplementarias de inglés; pero prometió escribir pronto. *I love you*, le dijo en inglés antes de que colgaran.

El 15 de abril de aquel año el antiguo presidente del Partido Comunista, Hu Yaobang, murió de un ataque al corazón. Las noticias habían sorprendido a todo el mundo. En el ministerio hubo revuelo de agentes durante días después de aquello. Mei estaba terminando un programa de un año de prácticas, trabajando horas extraordinarias en la oficina central de relaciones públicas. Su jefe, que más tarde le pediría que fuera su asistente personal, había empezado a esbozar para ella un brillante futuro en el ministerio.

Entonces hubo problemas. Muchos estudiantes de la universidad veían a Hu Yaobang como simpatizante y protector suyo, porque había sido tolerante con las protestas estudiantiles durante su presidencia, y solicitaron asistir a su funeral. Pero también había sido el jefe del partido que gobernaba China, por lo que su funeral era un asunto de Estado. Los estudiantes no estaban invitados.

Llegado el día, el ministerio estaba en tensión. Los rumores de que los estudiantes estaban haciendo una sentada a la puerta del Gran Salón del Pueblo se habían propagado como un incendio. La gente iba deslizándose de despacho en despacho tratando de averiguar lo que estaba pasando. Mei oyó decir que había veinte mil estudiantes sentados en la plaza de Tian'anmen.

Después del trabajo se fue a ver a unos amigos, una pareja joven que vivía en el mismo

edificio que ella. Se sentaron los tres ante el televisor con el menú de la cantina del ministerio a ver los sucesos del día.

Por la mañana temprano se habían juntado cuarenta mil estudiantes en una sentada en la zona oeste de la plaza. Voceaban consignas y cantaban. Había banderas rojas en representación de casi todas las instituciones de enseñanza superior de Pekín. En el interior del Gran Salón del Pueblo, el funeral continuaba según lo previsto. Todos los altos cargos estaban allí.

En el exterior, el sol castigaba. Se produjo un tumulto. Se abrió una puerta lateral y salieron algunos empleados del Gran Salón. Los representantes de los estudiantes fueron a su encuentro, y llevaban con ellos una petición portadora de cien mil firmas. Querían hacérsela llegar al gobierno. Los empleados les respondieron que estaban perturbando el orden y les pidieron que se marcharan.

Cuando éstos desaparecieron otra vez en el Gran Salón, los estudiantes volvieron donde sus camaradas. Al poco, tres de ellos salieron de la masa humana y subieron los imponentes escalones de piedra. Se detuvieron en lo alto y se arrodillaron, levantando la petición por encima de sus cabezas.

Mei y sus amigos permanecían en silencio. El locutor dijo que los estudiantes se habían quedado en el sitio cuarenta minutos, sin que nadie se acercara a recoger el pliego.

Esa noche, descansando en su almohada, Mei repasó mentalmente aquellas imágenes: las caras de estudiantes que le resultaban familiares, caras tan jóvenes como la suya propia, el sol fulgurante en las banderas rojas, las tres figuras de rodillas en lo alto de los escalones de piedra blanca. El corazón le dolía.

A los pocos días, los estudiantes se estaban marchando de las clases. Se manifestaron por las calles y fueron a la plaza de Tian'anmen. Allí reclamaron libertad de expresión y democracia. Se estableció una federación de estudiantes universitarios y una delegación formada para promover el diálogo con el gobierno. En poco tiempo se les habían unido obreros, funcionarios, padres y abuelos.

En el ministerio había reunión todos los días y le dijeron a todo el mundo que había llegado la hora de la verdad. Que su futuro iba a estar determinado por lo que decidieran: ¿iban a estar del lado del Pueblo y el Partido, o con los anarquistas? «Es en las crisis donde las auténticas convicciones salen a la luz», gritaba el ministro por el micrófono.

Pero Mei tenía el pensamiento puesto en las calles y en la plaza de Tian'anmen. Se imaginaba a sus amigos manifestándose, pidiendo libertad y democracia. Quería liberarse de los altos muros del Ministerio de Seguridad Pública.

Quedó con Hermana Mayor Hui en una cafetería del barrio en *zhongguancun*, cerca del que fuera su centro de estudios universitarios, la Universidad de Pekín. Cuando Mei salió de la universidad, Hermana Mayor Hui continuó allí, haciendo estudios de posgrado.

–No vengas, Mei –le advertía Hermana Mayor Hui desde detrás de una lata de leche de coco–. Te guste o no, si te sumas a los estudiantes te van a ver como representante del Ministerio de Seguridad Pública. Algunos te considerarán una heroína, pero otros pueden sospechar que eres una infiltrada. ¿Estás segura de que quieres ser una heroína? Yo desde luego no quiero verme metida en ningún escándalo de espionaje. Además, tenemos partidarios de sobra. Una más no se iba ni a notar –su voz sonaba burlona.

–¿Qué quieres decir?

–Mei, tú eres mi amiga. Cuando me has pedido que quedáramos aquí, he venido, aunque

estoy muy ocupada. Cincuenta estudiantes de los nuestros, la mayoría de dieciocho o diecinueve años, están haciendo una huelga de hambre en la plaza de Tian'anmen. Así que te soy sincera. Tú no estás hecha para actos heroicos, y además, no seas ilusa: la mera idea de participar en una acción colectiva, como es la nuestra, te pondría probablemente enferma.

–¿Me estás diciendo que soy una cobarde?

–¡No! Sólo que no te dejas llevar. El hecho mismo de que hayas querido hablar conmigo en lugar de echarte a la calle con un cartel de «La policía apoya a los estudiantes» dice ya mucho de ti. Nunca te has sentido a gusto en los movimientos de masas. Algún día vas a ser más valiente que todos nosotros, pero lo harás a tu modo.

Pasó un camión abarrotado de estudiantes, con una bandera roja al vuelo, iluminada por cuatro caracteres gloriosos: *Bei Jing De Xue* (Universidad de Pekín). La gente de la calle los saludaba con las manos y gritaba palabras de adhesión. Los ciclistas hacían sonar los timbres.

A Hermana Mayor Hui le brillaron los ojos:

–Esta vez tenemos posibilidades de ganar. Durante días, un millón de personas se ha manifestado alrededor de la plaza de Tian'anmen en apoyo de la huelga de hambre; puede que se haya movilizado el país entero. Ayer, cuando estuve allí, sentí que aquello era de verdad la voluntad del Pueblo. Miraras a donde miraras veías un mar de caras, banderas rojas y pancartas. Estoy segura de que sabes que han ido llegando comunicados de la Central del Partido. En uno se decía que los estudiantes estaban siendo manipulados por antirrevolucionarios, y otro llamaba a todos los miembros del Partido a quedarse del lado del Partido. ¿Que cómo lo sé? Ah, Mei, nosotros tenemos nuestras fuentes... Mis padres tienen miedo. Vieron demasiados horrores en la Revolución Cultural. A mi padre todavía le quedan secuelas de los tiempos del campo de trabajo. Le sigue doliendo la rodilla cada vez que llueve. Pero el que murió en la cárcel fue tu padre.

Mei bajó los ojos. El café se le había enfriado, pero se lo bebió igual. Le supo amargo.

Pero Hermana Mayor Hui se equivocaba en lo de la victoria. Al ejército sólo le llevó una noche despejar la plaza de Tian'anmen. Muchos quedaron muertos o heridos en los hospitales cercanos al paseo de Chang'an. Se declaró la ley marcial en Pekín.

Dos días después, Mei intentó ir en bicicleta al centro de la ciudad. Normalmente atestado y bullicioso, lo encontró notablemente silencioso. No se oían timbres de bicicleta ni llantos de niño. También el color parecía haberse desvanecido. Las calles estaban cubiertas de vehículos quemados, ladrillos rotos, manchas de sangre ennegrecidas y escombros. Ya no había banderas rojas ni jóvenes caras entusiastas con bandas blancas en la frente. Los muros de los edificios de apartamentos estaban picados de agujeros de bala. Soldados con las semiautomáticas preparadas para hacer fuego vigilaban las intersecciones de las calles.

Mei tuvo que pararse en un cruce. Una larga fila de camiones militares cubiertos retumbaba bulevar abajo, los cañones de fusil sobresaliendo por los lados. El miedo la estremeció hasta los huesos. Nunca llegó al centro de la ciudad. Lo habían clausurado.

En unos pocos días casi todos los dirigentes estudiantiles fueron detenidos, y más tarde sentenciados a largas condenas. Los «violentos» y los «malos elementos» fueron ejecutados. Mei esperaba las cartas de Ya-ping, que no llegaban nunca.

El radiador que había junto a su cama hizo un ruido sordo, despertándola del pasado. Se

levantó, se puso una gruesa chaqueta encima del pijama y se fue a la ventana. Los tejados de Pekín se cernían bajo el cielo brumoso hacia el horizonte.

El ejército había entrado en Pekín y había abierto fuego sobre los estudiantes el 4 de junio de 1989. A lo largo de los últimos nueve años, esa fecha se había convertido en un secreto. El gobierno nunca la mencionaba, pero Tian'anmen se cerraba todos los años por el aniversario. Nadie hablaba de ello. Era como si hubieran enterrado un cofre y hubieran tirado la llave. Pero a cada poco ocurría algo que hacía que recuerdos frescos como las emociones de aquel día se dispararan en Mei. Esta vez habían sido las cartas de L.

Mei se hizo un café y se sentó con él en el sofá. Había ido al apartamento de Kaili en busca de respuestas, pero había salido de allí con más preguntas. No sabía si con eso estaría más cerca de encontrar a Kaili. Aun así, se sentía animada. Había descubierto verdades, y por pequeñas y lejanas que pudieran ser, la llevarían a otras verdades. Cogió la mariposa de papel, que reposaba junto a la carta de L. sobre la mesita de café. Pensó con asombro en su belleza y en lo que podría significar.

El camino en coche hasta su oficina fue estresante. Nada más salir de la carretera de circunvalación, Mei se metió en un atasco que duraba kilómetros. Los ciclistas iban zigzagueando entre los coches y los camiones inmóviles, chocándose unos con otros. Los autobuses machacaban con humo negro y suciedad la nieve. Las tiendas de los lados de la calle permanecían cerradas, pero quedaban los abigarrados anuncios para tentar a los transeúntes desde los escaparates.

Cuando por fin Mei entró en el aparcamiento de su oficina, la nieve había cubierto el viejo roble. Se erguía cual elaborada escultura, como si alguien hubiera espolvoreado una a una sus ramas con azúcar de un blanco inmaculado: un monumento a la renovación. Mei apagó el motor. Levantó la mirada a la última ventana del primer piso, de donde pendía una hilera de carámbanos, y se preguntó si Gupin estaría dentro.

A la puerta, las bicicletas, con las ruedas candadas, estaban amontonadas unas sobre otras. Junto a ellas había un hombre menudo, encogido bajo un chaquetón de invierno y un gorro militar con forro y orejeras. Tenía la espalda doblada. Sus miembros daban la impresión de estar plegados hacia el interior del cuerpo. De vez en cuando daba golpes con los pies en el suelo y se echaba el aliento en las manos enguantadas. Mei lo miró de soslayo al pasar junto a él. Los dos ojillos penetrantes que escudriñaban desde debajo del gorro se movieron con rapidez y se detuvieron para observarla.

Ella se zafó entrando en el edificio.

–¡Súbete el agua caliente! –gritó el portero. Tenía la puerta entornada. Mei la empujó y lo vio sentado junto a la ventana mirando hacia fuera, con las piernas apoyadas en la mesa. Estaba escuchando ópera pekinesa en una radio anticuada y acompañaba cantando desafinado, balanceando la cabeza. De pronto se dio una palmada en la pierna. En la radio, el cantante había prolongado una nota alta con un fino grito. Como en un calco de su ascenso, el portero estiró la mano derecha, temblorosa, hacia el techo.

Mei cogió un termo de agua caliente y gritó:

–¡Gracias!

El portero no se volvió, pero le hizo un gesto con la mano para que viera que la había oído.

En su oficina encontró todo igual que lo había dejado. Ni rastro de Gupin. Mei cerró la puerta. Estaba el ordenador de Gupin, solitario recordatorio de su persona, sobre su mesa, en la antesala. No había mensajes en el contestador automático.

Oyó unos golpecitos flojos, tímidos casi, en la puerta. Al cabo de medio minuto sonaron otra vez.

Mei abrió la puerta. Ante ella estaba el hombre menudo que había visto a la entrada del edificio. Llevaba todavía el gorro militar con orejeras, pero la espalda se le había enderezado. La luz que salía por la puerta lo iluminaba. Tenía una cara joven y casi pícara.

–¿Es usted Wang Mei? –preguntó con fuerte acento.

–Sí.

–Soy amigo de Gupin. Me llaman Joven Montaña.

–Me temo que Gupin no está –dijo Mei, todavía sujetando la puerta.

–Ya lo sé. Por eso he venido. Tuvo un accidente ayer y lo llevaron al hospital.

–Pasa.

Joven Montaña entró en el cuarto. Se quitó el gorro y lo estrujó con las manos.

–¿Dónde está? ¿En qué hospital? –preguntó Mei, el corazón palpitándole.

–Ahora está en casa. No se puede quedar en el hospital. No tenemos asistencia médica.

«Pues claro», pensó Mei. Los trabajadores de provincias no reciben prestaciones sociales en Pekín.

–¿Cómo está? –preguntó.

–Tiene algunos cortes y una pierna rota.

–¿Te sientas? –Mei le acercó una silla.

–No, gracias. He venido para pedir ayuda. Gupin no está bien. Tiene fiebre. ¿Conoce usted a algún médico que pueda ir a verle? Tenemos dinero para pagar.

–¡Un médico! –Mei pensó en Lu, que tenía probablemente los mejores contactos de todo Pekín–. Espera, por favor –le dijo a Joven Montaña. Se metió en su despacho y descolgó el teléfono.

–¡Ah, eres tú! –exclamó su hermana–. Creí que era otra vez el inepto del agente inmobiliario ese. Estoy intentando invertir en la compra de algunos pisos. Los precios de venta están subiendo, pero los alquileres también.

Mei le contó lo que le había pasado a Gupin.

–Por supuesto que conozco a médicos y a cirujanos –dijo Lu–, pero no creo que quieran ir a visitar a un trabajador de provincias, y sobre todo con el tiempo que hace. ¿No puede buscarse él mismo un médico? Está abusando de ti, Mei. Esto no es problema tuyo. A mí nunca me ha gustado lo de que contrataras a un trabajador de provincias; estaba claro que iba a haber complicaciones.

–Tengo que ayudarle. Es mi secretario –además era su amigo, y no pensaba dejarle en la estacada.

–Pues igual ha llegado el momento de buscarse a otro. Mira, hermana, tú te pasas de buena. Cuidar a Gupin no es asunto tuyo. Pero si no es más que un empleado.

Mei colgó, despechada. Se sentó tras su escritorio y estuvo pensando un rato. Su amigo de la infancia Ding ¿la ayudaría? Él era médico, pero hacía ya dos años que había dejado el hospital para ganar más dinero vendiendo instrumental médico. A Mei le parecía un desperdicio que un licenciado de la principal facultad de medicina de China se ganara la vida como vendedor ambulante.

Marcó su número. Él y su mujer vivían en el apartamento que le había proporcionado a ella su centro de trabajo. Había un teléfono de uso común en cada planta.

Para sorpresa de Mei, fue Ding quien lo cogió.

–¿No estás de viaje? –le preguntó.

–El gobierno está volviendo a aplicar medidas restrictivas –a Ding parecía que no le importaba quién pudiera oírle. Mei supuso que los demás se habrían ido todos al trabajo–. Son las Fiestas de la Primavera. Ya sabes cómo les gusta eso de apretar el control durante los «periodos especiales». Los hospitales tienen que atenerse a las normas y conseguir todo lo que necesiten de la Oficina de Equipamiento Médico.

–¿Significa eso que no estás ocupado?

–Eso es. Volveré a trabajar en un mes, cuando todo esto haya pasado.

–¿Podrías venir a ver a un amigo? Mi ayudante ha tenido un accidente de tráfico y está herido. No es de Pekín y aquí no tiene seguro médico. Pero tiene dinero para pagar... aunque quizá no mucho.

–No te preocupes por el dinero. ¿Dónde está?

Mei se avergonzó de no saberlo.

–¿Dónde vive Gupin? –le preguntó a Joven Montaña.

–En la Aldea del Depósito del Sur.

–¿Dónde está eso?

–Cerca de Sieteárboles.

–Ding, ¿sabes dónde está Sieteárboles?

–Sí, pero voy a tardar bastante en llegar hasta allí. Desde donde estoy no hay autobús directo.

–Cógete un taxi. Yo te lo pago. Dile al conductor que te lleve a la Aldea del Depósito del Sur. Allí nos vemos.

Colgaron.

–¿Dónde está Sieteárboles? –preguntó Mei poniéndose el abrigo.

–Cerca de Mediatienda –dijo Joven Montaña.

–¿Me puedes ir diciendo el camino?

–Creo que sí.

# 16

A Joven Montaña no se le daba demasiado bien indicar el camino. No sabía ni uno sólo de los nombres de las calles. Fueron buscando puntos de referencia que él había visto desde los autobuses y se perdieron un par de veces, pero al final llegaron a Sieteárboles. Mei condujo por la calle principal, luego hizo un giro cerrado y al instante estaban en un camino rural. A ambos lados, los campos cubiertos de nieve se extendían como un páramo. El pequeño Mitsubishi rojo avanzaba penosamente por la carretera helada, el motor amenazando calarse. A través del parabrisas, Mei no conseguía distinguir más que un pueblo en el horizonte.

Joven Montaña hablaba sin parar:

–Mi mujer trabaja en un restaurante. Tienen teléfono. La llamó alguien del hospital, no sé si una enfermera. Normalmente su jefe no deja salir a nadie antes de su hora, aunque no haya trabajo, pero últimamente está muy contento con mi mujer porque nos hemos quedado en Pekín a trabajar durante las fiestas. En vacaciones necesitan gente. Se gana mucho dinero. Tenemos un hijo, de un año. Está con los abuelos. Cuando crezca lo traeremos a Pekín. No queremos volver a nuestra tierra. Aquí se vive bien.

–¿Cómo estaba Gupin cuando llegó al hospital? –Mei estaba ansiosa de enterarse mejor de lo que había ocurrido.

–Primero, mi mujer vino a buscarme a mí. Yo le pregunté al capataz de mi cuadrilla si me podía tomar el resto del día libre, pero me dijo que no, que habíamos llegado tarde. Bueno, no habíamos podido evitarlo... había tormenta de nieve. Dijo que él no nos paga para que lleguemos tarde. Que la construcción no espera a nadie. ¡El muy huevo de tortuga…! ¡Si hace meses que no nos pagan! Cuando me marché se puso a gritarme, diciendo que no me molestara en volver. ¡El muy perro! No le tengo miedo. La mayor parte de los trabajadores de provincias se vuelven a casa por las Fiestas de la Primavera, y hay un montón de trabajo. Te vas por la mañana a las zonas de contratación y sobre la marcha te consigues algo.

–¿Qué aspecto tenía Gupin cuando lo viste?

–Cuando mi mujer y yo llegamos estaba acostado en una camilla de la sala de urgencias, todo cubierto de vendas. Lo habían operado y le habían escayolado la pierna. El médico dijo que no podían darle una cama pero que necesitaba cuidados, y le dio algunos analgésicos. Yo le pedí prestado un triciclo de reparto a un hermano que trabaja cerca del hospital y nos llevamos a Gupin a casa. La tormenta estaba fea. Llevé el triciclo pedaleando veinticinco *li*, desde allí hasta el Depósito del Sur. De camino, mi mujer dijo que quería hacerle a Gupin sopa de pollo, pero con aquella ventisca dónde iba a encontrar un pollo.

Justo en ese momento llegaron a la entrada del pueblo. Mei paró el coche al lado de un puente de madera y se apearon. La temperatura había bajado más todavía, el viento les heló los huesos. Cruzaron andando el puente, que crujió bajo sus pies. Por debajo había un arroyo helado cubierto de nieve.

–Gupin para mí es como un hermano –decía Joven Montaña–. El invierno pasado cuando me lesioné en el trabajo me ayudó a pagar las facturas del médico y se ocupó de mi mujer y de mi hijo. Tiene un corazón de oro –asintió rotundo.

Un callejón de unos dos metros de ancho serpenteaba por entre las estrechamente apretadas casas con patio. Los muros estaban agrietados, y el enlucido se estaba pelando por zonas que mostraban ladrillos putrefactos. En el suelo había trozos de hielo amarillo cubiertos de hojas de col congeladas y huesecillos. Mei y Joven Montaña rebasaron las letrinas comunes y un árbol sin hojas.

Un hombre viejo emergió de uno de los patios, tosiendo, el fino pelo gris revoloteando al viento. Tras él, el portón de madera se cerró con un chirrido. Estaba empapelado de carteles con avisos que advertían de «enfermedades sexuales».

–Aquí estamos –dijo Joven Montaña, volviendo a abrirlo.

Mei lo siguió. Al ir adentrándose, la duda surgió en su mente. Joven Montaña cruzó el patio y desapareció dentro de una casa gris. Era ligeramente mayor que las vecinas, las ventanas cerradas con cinta adhesiva y cubiertas con periódico.

Mei se detuvo. Los periódicos siempre estaban publicando historias de raptos y atracos en sitios como ése. Le dio la impresión de que los rancios muros, desmoronándose desde los tiempos de los emperadores, la estaban cercando.

La puerta volvió a abrirse y reapareció Joven Montaña, haciéndole señas para que entrara. Mei respiró hondo. Ya había llegado hasta allí. Ahora lo único que tenía que hacer era dar los últimos pasos.

El cuarto olía al humo de una estufa de carbón. Gupin estaba sentado en la cama, apuntalado con dos almohadas. Tenía la cara deformada por cortes, magulladuras y grandes esparadrapos de sutura. Llevaba una de las manos vendada. Una colcha le tapaba las piernas, pero una la tenía visiblemente más abultada que la otra.

–Joven Montaña no te debería haber traído aquí –dijo. Sonreía, pero Mei se dio cuenta de que estaba enfermo. Tenía la mirada apagada, el rostro febril.

–He querido yo venir. ¿Cómo te encuentras? –se acercó a él y se sentó a su lado, en el borde de la cama–. Joven Montaña me lo ha contado. Va a venir un médico amigo mío a verte.

Echó una mirada a la habitación. Estaba amueblada con sencillez. Junto a la puerta había una tinaja de agua con una calabaza de peregrino, vaciada para usarla como cazo, colocada en equilibrio sobre la tapa. Pegado a la pared había un armario; encima, edredones enrollados y dos cajas de cartón. Una cuerda de tender cruzaba el cuarto, cortando un triángulo desde la estufa a la cama de Gupin; en ella se estaban secando dos toallas de manos. Junto a la estufa había una pila de carbón.

–Está muy sucio –dijo Gupin, respirando con esfuerzo.

Joven Montaña le interrumpió: iba a salir, dijo, pero estaría de vuelta enseguida.

–¿Por qué vives aquí? –preguntó Mei desconcertada–. Te pago bien. Podrías haberte alquilado una habitación, por no decir un apartamento, en la ciudad.

Gupin echó una mirada a la ventana sucia y a un agujero de la pared que había sido rellenado con periódico.

–Aquí es barato. Cuanto más ahorro, más puedo mandarle a mi madre. Está paralítica, así que siempre anda corta de dinero. Cada visita del doctor es una factura que hay que pagar. Las plantas medicinales cada vez cuestan más. Mi hermano dice que el médico de la capital

comarcal le ha contado que ahora se puede conseguir una medicina importada, muy eficaz, pero cara. Ahora que yo trabajo en la ciudad, mi cuñada quiere contratar a alguien para que se ocupe de *ma* –Gupin sonrió–. A ti puede que te parezca que este cuarto no está bien, pero a mí no me importa. Yo vengo de un pueblo mucho más pobre que esto. Además, casi todo el tiempo me lo paso en la oficina –se chupó los labios–. Aquí viven muchos trabajadores de provincias, familias con niños. En la puerta de al lado están Joven Montaña y su mujer. Son de la misma zona que yo. Cada vez que uno de nosotros vuelve al pueblo, el otro puede mandar mensajes o un paquete de comida. Nos ayudamos el uno al otro.

Joven Montaña irrumpió en el cuarto con un cuenco humeante. Le dijo algo a Gupin en el dialecto de ambos, y luego le dijo a Mei, con una sonrisa, mientras ponía el cuenco a enfriar en el alféizar de la ventana:

–Mi mujer ha hecho sopa de pollo. ¿Cuándo va a venir el médico?

–Debería llegar enseguida.

–Me voy al puente a recogerle.

–Pero si nunca le has visto. ¿Cómo le vas a reconocer?

–Viene en un taxi. Ya preguntaré –y salió.

–Tuve yo la culpa. Qué estúpido –Gupin se recostó en las almohadas y suspiró–. Iba demasiado cerca de los coches. La calle estaba resbaladiza y la nieve caía cada vez más fuerte. Tenía que haber cogido el autobús en lugar de la bicicleta, pero no quería llegar tarde. Sabía que tenías que resolver el caso del niño que murió en el hospital antes de que yo me fuera al pueblo –se miró la pierna rota–. De todas formas ahora no puedo viajar. Pero llevo sin ver a mi madre un año, y siempre hemos pasado juntos las Fiestas de la Primavera.

–Igual podemos hacernos compañía el uno al otro. Mi hermana se va a llevar a mi madre a Canadá. Ahora come un poco de sopa –Mei ahuecó las almohadas y ayudó a Gupin a incorporarse. Vio que moverse le dolía: le había brotado sudor en la frente–. ¿Necesitas un analgésico?

Gupin negó con la cabeza:

–Tampoco es para tanto.

Mei cogió un poco de sopa con la cuchara, sopló suavemente para enfriarla, luego se la llevó a la boca a Gupin. Sus ojos se encontraron. La sopa tocó los labios de Gupin. Él se la tragó, y aquel momento pasó. Empezaron a hablar los dos al mismo tiempo, Gupin preguntando por el niño muerto, y Mei por aquel barrio.

–Pues aquí vive gente de todo tipo –dijo él–. Hay dos hermanas que trabajan en salones de belleza...

–No he hecho gran cosa desde que me pasaste el expediente. Estoy con un caso nuevo, una estrella del pop...

Se echaron a reír.

–¡Una estrella del pop! –exclamó Gupin–. ¿La conozco yo?

–¿Has oído hablar de una cantante que se llama Kaili?

–¿La que cantaba la canción de *Caballeros celestiales*?

–Me has dejado impresionada –dijo Mei, curvándosele hacia arriba las comisuras de la boca.

Siguió dándole sopa de pollo a Gupin mientras le contaba lo que llevaba descubierto. Gupin la escuchaba, hechizado.

–Yo estaba convencida, sobre todo después de ver todas las pastillas, las bebidas y los

cigarrillos que había en su apartamento, de que Kaili era una diva que vivía al límite. Pero las cartas de L. me han hecho cambiar de opinión. Hay más de lo que se ve a simple vista. Quiero averiguar más de L. Puede que sea un artista. Me gustaría que vieras la mariposa de papel. Es una obra de arte, no he visto nunca nada parecido –Mei suspiró–. Pero creo que ella le ha olvidado. Ha estado mucho tiempo sin tocar esas cartas.

–¿Te parece que L. tiene algo que ver con la desaparición de Kaili?

–No. Pero quizá él sea la persona que me puede contar algo de la verdadera Kaili. Espero que eso me ayude a encontrarla.

–Me gustaría poder ayudarte –dijo Gupin cuando ya no quedó sopa.

–Tú céntrate en ponerte mejor. Eso es lo que puedes hacer –dijo Mei.

La puerta se abrió y Joven Montaña hizo pasar al médico. Ding era un año menor que Mei, corpulento, de cara redonda y amable. Él pensaba que se había equivocado estudiando medicina. Su amor primero, según descubrió cuando los ordenadores llegaron a China, era la electrónica. Se pasaba su tiempo libre arreglando ordenadores, radios y televisores.

–Gracias por venir –Mei se levantó para saludar a su amigo.

Ding se quitó las gafas y, con los dedos, les limpió el vapor que se las empañaba. Volvió a ponérselas.

–Déjame que le eche una mirada al paciente.

Examinó a Gupin mientras le hacía preguntas sobre el accidente y la operación. Gupin describió cómo lo había atropellado un coche cuando iba en bicicleta con aquella nieve y cómo la gente que pasaba lo había llevado al hospital donde le operaron de la pierna rota. Joven Montaña estaba de pie junto a él, interrumpiendo de vez en cuando con su versión de los hechos.

Ding le pidió a Gupin que se desabotonara la camisa para poder auscultarle el pecho.

Mei salió del cuarto. Había un montón de basura helada junto a la entrada del patio. Alguien acababa de añadirle unas cuantas coles podridas. La escena le recordó a Mei su niñez. Debía de tener siete u ocho años cuando hubo algún problema con el trabajo de su madre y tuvieron que mudarse otra vez. Se recordó sentada en el umbral de la puerta, en un patio no muy distinto de aquél, haciendo bolas de carbón con carbón en polvo y agua. La piel de las manos se le había agrietado y le sangraba.

Mientras hacían las bolas, discutían sobre su nueva casa. Mamá dijo que tenían suerte de poder calentar el cuarto con la estufa, pero les advirtió a Mei y a Lu que no jugaran cerca. Luego hablaron de la escuela nueva de Mei en el pueblo. Mei dijo que en su clase tenían una estufa del mismo tipo. Pero no le habló a mamá de la ceniza que había en su pupitre ni de cómo le pegaban en el patio los niños campesinos. Le preguntó a mamá cuándo iba a volver *baba* del campo de trabajo. Mamá respondió, guiñando los labios en una sonrisa, que esperaba que muy pronto.

Pero no volvió nunca.

Según estaba allí Mei, bajo la nieve, la ira se despertó en ella. Durante los últimos veinte años había querido a su madre y la había consolado en su pérdida. Pero luego había descubierto su traición.

Sin embargo, ¿acaso no había querido y protegido a sus hijas? Mei recordó las privaciones y la determinación de su madre de sobreponerse a ellas por sus hijas. Recordó sus ojos, amables pero tristes, y sus abrazos, siempre un poco demasiado apretados. Puede que ella también hubiera sufrido, y que estuviera arrepentida. Nunca había vuelto a casarse.

Se había dedicado por entero a las hijas de su difunto marido. El viento aullaba, azotando la cara y las manos de Mei. Se caló bien el gorro y se ajustó el pañuelo, luego volvió adentro.

Ding estaba recogiendo sus instrumentos.

–Tienes que cuidarte. Si hay más complicaciones estarás otra vez en el hospital –le dijo a Gupin. Al ver a Mei, añadió–: Necesito ir a mi antiguo hospital a pedirle a un amigo que nos recete la medicina.

–Déjame que te lleve.

–Gracias, doctor –dijo Gupin–. ¿Cuánto le debo?

–Nada –Ding movió la mano en un gesto informal–. Sólo hay que pagar la medicina.

Mei sonrió a su viejo amigo. Cuando eran niños, Ding la había enseñado a atrapar gambas con carne adobada en alcohol como cebo y una bolsa de red vieja. Era un juego al que jugaban todos los veranos junto al foso de la ciudad.

Se despidieron de Gupin. Joven Montaña insistió en guiarlos hasta la salida del pueblo. Mientras el coche rodaba por las tortuosas callejuelas, Mei le preguntó a Ding por sus padres, médicos jubilados los dos.

–*Ma* está feliz. Va a la Asociación de Camaradas Revolucionarios Jubilados tres veces a la semana a aprender bailes de salón. A *ba* le está costando. Ha hablado con su antiguo centro de trabajo para ayudarles con algunos casos. Piensa que sus conocimientos les pueden ser útiles.

–¿Le van a pagar?

–Hay algunos que se hacen ricos abriendo una consulta después de jubilarse, pero a mi *ba* no le importa el dinero. Es sólo que está aburrido de estar en casa. No sabe cocinar, ni hacer la colada, ni una compra en condiciones. A *ma* la tiene loca con sus salidas de tono.

Mei sonrió:

–Tu madre me encanta. Qué amable es; nunca la he visto perder los nervios.

–A menos que le menciones a mi hermana. Se ha ido a vivir con su novio, y mi *ma* está furiosa. *Ba* ni siquiera se habla con ella.

–¿El alemán?

–Sí.

–¿Se van a casar?

–Hablas exactamente igual que mi *m*a. Pues no sabemos. Pero eso no importa, al menos en los tiempos que corren. He intentado decirles a mis padres que ésa es la forma moderna de hacerlo.

–¿Y qué dicen ellos?

–*Ba* no me hace caso. Se ha hecho cargo de todo tipo de accidentes, catástrofes y brotes de epidemias a escala nacional, pero no es capaz de superar que su hija soltera se vaya a vivir con un hombre.

–Y además un extranjero. ¿No será que tu padre sigue viendo a los extranjeros como enemigos? –dijo Mei para chincharle.

–¿Cómo lo has adivinado?

–Estás de broma.

–*Ba* nunca está de broma.

Pronto llegaron al puente de madera y dijeron adiós a Joven Montaña. Más a lo lejos, detrás de la contaminación, se vislumbraba la ciudad, con sus modernos edificios de apartamentos y sus enormes rascacielos.

# 17

Mei dejó a Ding en el hospital donde trabajaba antes, hizo un giro cerrado y estaba a punto de salir de allí cuando le sonó el teléfono móvil. La voz desconsolada del señor Peng le dijo:

–La han encontrado.

–¿Quiénes?

–Me ha llamado la policía. He mandado a Manyu a identificar el cuerpo.

Mei dio un respingo.

–¿El cuerpo? ¿Dónde está?

–En una fábrica abandonada de Dashanzi. Manyu no tiene experiencia en tratar con la policía. ¿Puedes ir tú y asegurarte de que no dice ninguna tontería? –le preguntó el señor Peng–. Hazme saber lo que averigües –y colgó el teléfono.

Mei soltó su teléfono y salió de allí pisando el acelerador.

Dashanzi (Gran Montaña) era un llano emparedado entre el río del Caballo Luminoso y la autopista del aeropuerto. Fue un día el rincón industrial de Pekín, con fábricas del Estado que hacían componentes eléctricos. Muchas habían quebrado o habían sido trasladadas a otras provincias. Los recintos de los centros de trabajo, donde miles de trabajadores habían vivido con sus familias, estaban ahora vacíos. La economía de la zona se había venido abajo. Los parados («jóvenes en espera de trabajo», como los llamaba el Partido) merodeaban por allí dando problemas. Muchos taxistas se negaban a ir a aquel sitio incluso de día.

En Dashanzi, Mei condujo a lo largo de lo que parecía una calle concurrida. Los cables eléctricos se entrecruzaban de un poste a otro. La calle estaba flanqueada de casetas provisionales convertidas en tiendas. Un edificio de cuatro pisos se alzaba solo en uno de los lados. Tenía el carácter *chai* («demolición») pintado en blanco en los muros. Los ciclistas pasaban de un lado para otro. Había unos pocos compradores deambulando.

Mei se detuvo ante una garita de policía, pero dentro no había nadie. Miró a su alrededor y vio a una anciana que salía renqueando de un callejón, y le preguntó cómo llegar a la comisaría de Dashanzi.

–¿Por qué lo preguntas? –la mujer se apoyó en su bastón.

Al instante Mei se dio cuenta de que había tropezado con una de esas viejas que quieren saberlo todo. Intentó parecer paciente, y sonrió al decir:

–Tengo un asunto que resolver allí.

–¿Qué asunto? –la mujer rechinó los pocos dientes que le quedaban.

–Uno oficial.

–Si es un asunto oficial, ¿por qué no sabes dónde está la comisaría?

–Anciana Madre, ¿sabe usted dónde está o no?

–Claro que sí. He vivido aquí toda mi vida. Está ahí –levantó el brazo izquierdo.

Mei pensó que le estaba indicando dónde estaba.

–¿Calle adelante? ¿A qué distancia?

–¡Ahí! –dijo la anciana con impaciencia, y se marchó con su paso torpe.

Mei no encontró comisaría alguna en el sitio que había indicado la mujer. Dio unas cuantas vueltas con el coche y volvió a aparcar. El viento estaba gélido. Miró a ambos lados de la calle, pero allí sólo había gris melancolía. Pasó a su lado un grupo de jóvenes, arrastrando los pies por la nieve. Clavaron descaradamente la vista en Mei. Ella se volvió hacia el otro lado. Otros diez minutos más tarde, paró a un padre con su hijo. El padre le dijo que la comisaría la habían trasladado hacía ocho años. Se acercó al bordillo y le señaló el cruce de calles:

–Sigue hasta allí, tuerce a la derecha y en cuanto pases un puentecillo la verás.

Pero Mei no la encontró hasta que llegó con su coche al final de la calle, donde junto a un charco helado se alzaba un poste indicador con la palabra «Comisaría». Aparcó el coche y anduvo por un camino nevado. Pasó dos tiendecitas y se paró delante de la comisaría. En la puerta de la izquierda un letrero decía: «Registro de *hukou*», y a la derecha, otro: «Investigación pública». Para ahorrarse la larga cola que había en esta última, se fue hacia los permisos de residencia: el despacho de registro de *hukou*. Había tres mujeres policía clasificando libretillas. Mei les dijo para qué estaba allí y les preguntó adónde tenía que dirigirse.

–Entre dentro de la comisaría, por la puerta trasera –le dijeron.

Mei dio la vuelta al edificio, y allí de pronto se quedó paralizada, asombrada de la visión que tenía ante ella. Un imponente arco daba paso a un patio descubierto tan grande que de él partían no menos de tres patios interiores. Cien años antes, supuso Mei, la casa habría pertenecido a algún terrateniente rico, o incluso a algún funcionario menor de la Corte. Bajo el arco se habían colgado dos carteles rojos; uno decía: «Al servicio del Pueblo», y el otro: «Es glorioso ser la Policía del Pueblo». Más abajo había fotografías de todos los policías de esa comisaría, por orden de rango. Todos ellos, veinte rostros, lucían grandes sonrisas profidén.

De uno de los patios interiores salió un policía balanceando un par de esposas. Paró a Mei cuando la vio cruzar el arco.

–¿A quién busca? –llevaba un largo abrigo guateado pero iba sin gorro.

–A la señorita Manyu, de la compañía discográfica Guanghua. Ha venido a identificar un cadáver.

El policía cambió el peso a la otra pierna. Miró a Mei con suspicacia:

–¿Qué cadáver?

Mei se preguntó si el señor Peng no se habría equivocado de comisaría.

–El de una cantante famosa –aventuró.

El policía se meció en el sitio. Se pasaba las esposas de una mano a la otra. Salió otro agente.

–¿Ha venido alguien de una compañía discográfica? –le preguntó el primero. Seguía sin quitarle la vista de encima a Mei.

–Está en la sala de visitas con los Gemelos.

El primer policía soltó un escupitajo.

–Puede entrar –le dijo a Mei.

Ella cruzó el patio, siguió un camino estrecho y entró en el segundo patio. La comisaría le recordó el Ministerio de Seguridad Pública. Cuando acompañaba a su jefe en salidas de

investigación, habían ido a comisarías de barrio, pero nunca a una de pueblo como aquélla. En todos los lugares a donde fueron, el comisario en jefe y su superior inmediato les habían enseñado el lugar y luego les habían servido un té en el mejor despacho.

Cómo habían cambiado las cosas, pensó Mei. Ahora ella era una civil, luego hasta el último de los policías podía tratarla como un tigre.

La sala de visitas estaba en el patio interior. Tenía una puerta de celosía de estilo antiguo, las aberturas encristaladas con papel fino de arroz. Mei hizo un ligero «toc-toctoc» en su delicado marco.

Una voz de hombre le dijo que entrara.

Abrió la puerta y vio a Manyu sentada en un sillón, encogida sobre una taza de té como si fuera una fuente de calor vital. Había dos policías de uniforme en la sala, sentados a una mesa del rincón. Uno de ellos se estaba escarbando la boca con un palillo de dientes. El otro estaba hablando con Manyu, pero cuando entró Mei se interrumpió y se dirigió a ella:

–Usted debe de ser la señorita Wang. La señorita Manyu nos dijo que iba a venir. Yo soy el comisario Li –le tendió la mano.

Mei le dio la suya. El otro policía se metió el palillo en el bolsillo y se puso de pie. Mei le dio también la mano. Él se presentó como Gao.

De pie el uno junto al otro, parecían hermanos gemelos. Los dos tenían veintitantos años, eran bajos, de cara redonda y brillante. Mei supuso que no hacía mucho que habían salido de la academia de policía.

–Acabamos de venir de identificar el cuerpo. Me temo que la señorita Manyu está un poco impresionada –dijo uno de ellos.

Mei se volvió. Manyu tenía el rostro ausente y su mirada vagaba por la mesa del café.

–Se repondrá enseguida –dijo Li.

–Nosotros ya sabemos cómo es esto. A la gente normal la descoloca ver un cadáver –añadió Gao–. No podemos hacer nada. Lo tiene que superar cada uno a su ritmo.

Li le hizo señas a Mei de que se sentara a la mesa.

–Nuestros instructores ya nos avisaron de que ocurren este tipo de cosas cuando estábamos en la academia –dijo–. El shock le afecta a cada uno de una forma distinta.

–Estaba bien, hasta que ha visto el cadáver –dijo Gao, como para tranquilizar a Mei.

–¿Dónde lo tienen? ¿Lo puedo ver? –preguntó Mei.

–En el hospital.

–Tenemos que consultarlo con nuestros superiores.

–¿Saben ya la causa de la muerte?

–No. Pero creemos que alguien la mató. Había un montón de sangre, ¿verdad? –se miraron el uno al otro y asintieron.

–¿Fueron ustedes quienes encontraron el cuerpo?

–Sí. Somos policías de patrulla. Siempre que ocurre algo en nuestra zona, vamos nosotros a averiguar qué es.

–Pero ahora Homicidios se ha hecho cargo del caso.

–Entonces ¿es un asesinato? –dijo Mei.

–Desde luego. A una persona como ella no la encuentra uno por sitios como ése. En cuanto le vi la cara, supe que la había visto antes. ¿Verdad que te lo dije, Gao? Pensé y pensé, y entonces me acordé. La gente dice que la televisión es dañina y que las revistas no

valen nada. ¿Pero de qué otra forma puede uno a aprender sobre nuestra sociedad? ¿No es verdad, Gao? Bueno, que identificamos a la víctima allí mismo.

Era evidente que Li estaba orgulloso de su hazaña. Se recostó en su silla y estiró las piernas.

–Me pregunto cómo llegó hasta allí –pensó Mei en voz alta.

–Secuestro –Gao asintió muy convencido–. En estos tiempos nadie está seguro. Están viniendo todo tipo de bandas de las provincias. Son bandidos, *tufei*. Uno habría dicho que ya no quedaba ni uno, que el Partido Comunista se los había cargado a todos en la guerra civil, hace cincuenta años, pero han vuelto. ¿Ha oído hablar de los *tufei* de Dongbei? Son capaces de matar sin pestañear. Y luego están los *tufei* del sur del río Yangtsé. Ésos son unos zorros... Una chica como Kaili se mete en un taxi. El conductor arranca y... ¡zas! La raptan y la encierran en una guarida de *tufeis*. Si su familia no paga, está muerta.

El señor Peng no había mencionado ningún rescate, pensó Mei.

Li alzó una mano para interrumpir a su compañero:

–Ya basta –miró a Mei–. Los de Homicidios han dicho que quieren hablar con usted.

Mei se preguntó qué les habría contado Manyu.

–El detective Zhao piensa que usted puede tener información que ayude a encontrar al asesino –Li le echó a Gao una sonrisilla desdeñosa mal disimulada. Mei sacó la impresión de que no les caía bien el detective Zhao.

–Vamos a informarle de que ha llegado usted –se levantaron y se fueron.

Mei se sentó al lado de Manyu, que arrancó a hablar sin previo aviso.

–El señor Peng mandó a buscarme. Dijo que había llamado la policía. Habían encontrado un cadáver en Dashanzi. Pensaban que era Kaili. Me pidió que viniera a identificarlo.

–¿Y cómo ha sido?

Manyu la miró. Las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

–No es justo. Con lo guapa que era. Pero en el sitio aquel estaba con todo el pelo hecho un pegote ensangrentado y la cara, ¡qué horror!, helada y de color gris. Ah, ha sido espantoso –Manyu se estremeció–. Pensaba en cómo habrá luchado ella en sus últimos minutos. Aunque no quería hacerlo, no he podido evitar imaginarme lo que tiene que haber sufrido. Y pensar que la odiaba... pero ¿por qué? Por cosas insignificantes que en realidad no son importantes. Ella tenía sus cambios de humor... pero yo le tenía envidia, todo lo suyo me molestaba: lo guapa que era, su dinero, su fama, la forma en que los hombres se echaban a sus pies... Lamento haberte mentido. No me quedé a la puerta de su camerino aquella noche. Me fui a ver a unos amigos. Me daba igual lo que ella pudiera querer. Mis padres me enseñaron a ser amable y les he fallado. He dicho cosas feas de Kaili. He filtrado historias a la prensa. Algunas veces hasta deseé que le ocurriera algo horrible –las lágrimas le rodaron por las mejillas–. Y ahora que está muerta, qué puedo hacer, ya no puedo hacer nada para compensar eso.

Mei sacó un paquete de clínex de su bolso y se lo dio a Manyu. No se veía capaz de darle el tipo de consuelo que ella necesitaba. En lugar de eso, pensaba en L., en las cartas que había encontrado en el apartamento de Kaili y en la mariposa de papel. La invadió un sentimiento de pérdida.

Diez minutos más tarde llegó el detective Zhao, un hombre desaliñado de poco más de treinta años, alto y delgado. Apenas le dio tiempo de presentarse antes de empezar a toser furiosamente. Al final sacó un pañuelo de cuadros azules y se secó con él la boca.

–No sé qué les habrán dicho los Gemelos, pero no es verdad –dijo acercando una silla y sentándose enfrente del sofá–. Hubo un tiempo en que tener cerebro se consideraba esencial en la academia, pero hoy en día nadie quiere ser un policía mal pagado.

Fijó la mirada en Mei:

–He hablado ya con la camarada Manyu, que ha sido de gran ayuda. Tengo entendido que el señor Peng la contrató a usted para buscar a Kaili. ¿Por qué?

–Por motivos de negocios.

–¿Está usted segura?

–¿Por qué no se lo pregunta al señor Peng?

–Lo haré –respondió el detective Zhao.

–¿Esto es un interrogatorio oficial?

–Sólo estamos charlando, ¿no?

–Pero ha habido un asesinato.

–¿Quién ha dicho eso?

Estalló en otro ataque de tos. Mei y Manyu cruzaron una mirada. A sus espaldas, la luz del día se filtraba por el papel de arroz de la puerta proyectando sombras informes.

–Veo que los Gemelos han estado diciéndoles cosas –dijo el detective Zhao cuando hubo parado de toser–. Están muy orgullosos de haber reconocido a Kaili, se creen muy listos. Pero son agentes de patrulla que nunca salen de su zona de servicio. Se toman al pie de la letra cualquier cosa que les diga el Comité Revolucionario de la Calle y el Hutong... –hizo una pausa–. Camarada Wang Mei –continuó–, usted y yo nos conocemos de antes, aunque supongo que usted no se acordará. De 1990, del primer aniversario del 4 de Junio. Hubo una ceremonia en el Ministerio de Seguridad Pública para conmemorar la excepcional actuación de la policía en aquellos momentos. Yo fui uno de los galardonados. Nos presentaron. Nos dimos la mano.

Mei recordaba el acontecimiento, pero vagamente. Al fin y al cabo, hacía ya mucho tiempo. En los años que pasó trabajando en el ministerio, hubo muchos actos de ese tipo, todos tediosamente parecidos.

El detective Zhao continuó:

–Recuerdo que yo estaba sentado entre el público y me preguntaba quién sería aquella atractiva mujer que estaba sentada con los grandes jefes. Más tarde estuvimos hablando de usted: nos impresionaba su éxito.

–Ah –Mei soltó una risa corta, casi avergonzada, pero se sintió halagada. Le volvieron al recuerdo los buenos tiempos y el gran futuro que una vez había vislumbrado ante ella. Pero aquello había sido un espejismo, se dijo a sí misma, que al final fue sustituido por la realidad.

«Pero si el detective Zhao fue uno de los protagonistas de aquel acto», siguió pensando, «¿qué hace trabajando en una comisaría pequeña como Dashanzi?». Le estudió. Llevaba el uniforme limpio pero arrugado; había sido lavado demasiadas veces. Tenía las botas gastadas. Estaba pálido... y además aquella tos. Mei sospechó que su promesa, igual que la de ella, no se había cumplido.

–Qué extraño que volvamos a encontrarnos de esta manera. Tengo entendido que ya no está con el ministerio y lleva su propio negocio privado. ¿Se ha hecho rica?

–Me defiendo.

–¡Más que eso! El Mitsubishi rojo que hay fuera es suyo, ¿verdad?

Mei se preguntó qué más habría averiguado sobre ella.

–¿Cuándo contrató el señor Peng sus servicios?

–Ayer.

El detective Zhao soltó una risilla:

–Pues sí que empieza usted bien.

–Dígamelo a mí.

Mei esperó. Pensaba que el detective Zhao le iba a señalar que la investigación privada era ilegal en Pekín. Si lo hacía, pensó Mei, ella tendría que negarlo todo. Como muchos otros detectives privados, se había dado de alta como consultoría de información para sortear las cortapisas oficiales.

Pero él no lo hizo.

–¿Puedo ver el cadáver? –preguntó ella.

–Es demasiado tarde –el detective se miró el reloj–. Pero lo organizaré para que lo pueda ver mañana. Al fin y al cabo usted y yo no somos dos desconocidos –se puso de pie y sonrió con la confianza del jugador de ajedrez que acaba de hacer un movimiento inteligente.

# 18

Mei vivía en un *jumin xiaochun*, una urbanización residencial. A su casero hacía catorce años que su centro de trabajo le había dado aquel apartamento de un solo dormitorio, pero no había vivido en él nunca. Vivía con su mujer y sus dos hijos en el Distrito Oeste de la ciudad, en un apartamento de dos dormitorios que les proporcionaba el centro de trabajo de su mujer. El apartamento de Mei había estado muchos años vacío, y enfrente de él habían construido una de las carreteras de circunvalación de Pekín. Cuando lanzaron la propiedad privada para todos, su dueño lo compró por una cantidad simbólica, le puso un suelo sintético y lo alquiló. Como inquilina que era, Mei estaba aislada de sus vecinos, que llevaban años trabajando juntos. Eso a ella no le molestaba: le gustaba tener su intimidad. Aunque, por supuesto, sus vecinos aprovechaban cualquier ocasión para espiar por su puerta o escuchar sus conversaciones. Algunos, como la anciana señora Yang, la paraban por las escaleras cuando la veían y querían enterarse de todo lo que pasaba en su vida.

Mei aparcó el coche a un lado de su edificio, tapando a medias el paso. Una sola farola relumbraba. Como de costumbre, la entrada estaba bloqueada por las bicicletas. Mei apartó dos de en medio para poder pasar y se fue escaleras arriba. En catorce años nadie había pintado las paredes: se habían puesto grises y estaban salpicadas de pintadas. Mei fue subiendo despacio. Estaba cansada. Cuando estaba llegando al último tramo el temporizador apagó la luz y ella siguió adelante en la oscuridad. Llegó arriba, dejó caer el bolso en el suelo, volvió a encender la luz y abrió con la llave su puerta.

En el apartamento hacía un calor sofocante. La calefacción central, controlada por caldera en toda la urbanización, estaba a todo trapo. Ninguno de los radiadores tenía termostato, así que Mei no podía regular la temperatura. Cerró la puerta, se fue al salón y abrió la ventana.

Luego se tiró en el sofá y llamó al señor Peng al móvil.

–Soy Mei. Acabo de volver de la comisaría de Dashanzi.

Pero el señor Peng la interrumpió.

–Mejor no hablamos por teléfono. ¿Puedes venir a verme?

Mei se enfadó. Hacía sólo un instante que había llegado a casa.

–¿Es realmente necesario?

–Sí. Voy a cenar en mi club. Ven a reunirte conmigo. Se come bien aquí.

–Ya he cenado –dijo Mei–, pero iré. ¿Dónde está su club?

El Club de la Cama Caliente resplandecía de luces que iluminaban el recinto entero. Cuando Mei entró en el aparcamiento un joven se acercó corriendo para indicarle dónde había un sitio. El Club de la Cama Caliente lo había abierto un año antes un conocido actor que se hizo famoso haciendo de héroe comunista en epopeyas antijaponesas de la Segunda Guerra Mundial. Ocupaba ochenta mil metros cuadrados en el barrio de Haidian, y lo

habían construido al estilo de las antiguas casas de campo, que estaban todas provistas de *kang*, o «cama caliente», típico de las zonas rurales del norte de China. Era de adobe y tenía un brasero debajo para mantener la cama caliente en invierno.

El club contaba con muchos altos cargos, y militares veteranos, de los que lucharon contra los japoneses, entre sus miembros. Al parecer, aquello les recordaba «los viejos tiempos».

Como estaba cercado por un alto muro, todo el mundo quería enterarse de lo que pasaba allí dentro. Corrían abundantes rumores, pero nadie sabía con certeza si de verdad los funcionarios se acostaban con las camareras ni si fue allí donde el primer teniente de alcalde hizo sus corruptas transacciones antes de que lo pescaran. Igual que nadie sabía si la acusación de corrupción estaba basada en algún delito verdadero o si el caso se había entablado para exigir venganza política.

Una chica joven condujo a Mei hasta el señor Peng; llevaba puesto un *dajin* guateado con botones de cordón anudado, y en la mano un farol rojo con la palabra «suerte» (*fu*) escrita encima. Cruzaron el patio nevado hasta una casa adornada con dos grandes faroles rojos. En el exterior había un cartel con un *fu* del revés, que simbolizaba la llegada de la suerte. La chica, que no había dicho ni pío, abrió la puerta. Mei entró. La puerta se cerró.

La cama caliente ocupaba por entero la pared del fondo. El señor Peng estaba sentado encima con las piernas cruzadas, los primeros botones de la camisa desabrochados. Ante él, en una mesa baja, había fuentes de comida caliente, una jarra de vino de arroz y dos vasitos. Una camarera con traje de campesina, arrodillada delante de la cama, arreglaba el brasero. Otra se afanaba en un hornillo pequeño que había en una esquina calentando la comida, el vino de arroz y las toallitas húmedas.

Sentada enfrente del señor Peng estaba la Señorita de Rosa, recostada sobre una pila de edredones de seda y largos almohadones bordados. Llevaba un escotado vestido rosa y el pelo recogido hacia atrás en un moño, con algún mechón suelto cayéndole por el cuello. Tenía las mejillas rojas del alcohol.

–¡Ah, aquí estás! Ven a sentarte en la cama –la llamó el señor Peng. Tenía los ojos inyectados en sangre.

Mei buscó una silla.

La Señorita de Rosa se levantó y fue a sentarse al lado del señor Peng.

–Cógele el abrigo a nuestra invitada –le ordenó a la chica que se ocupaba del fuego de debajo de la cama.

–Ven aquí. Se está calentito en la cama –insistió el señor Peng.

Mei, reacia, se sentó en el borde de la cama. Una camarera se acercó para quitarle los zapatos.

–¡No!

La chica se sobresaltó y miró al señor Peng.

–No seas tímida –dijo él.

–No quiero que nadie me quite los zapatos –le replicó Mei. Ella había pensado que el señor Peng daría alguna muestra de dolor, y no esperaba encontrar a la Señorita de Rosa allí. Se sentía perpleja, y también enfadada.

El señor Peng se rió:

–Como tú quieras. Dime, ¿han determinado ya la causa de la muerte?

–No, pero lo están enfocando como un asesinato.

–¿Cuál habría sido el móvil?

–Es demasiado pronto para decirlo. El agente que está al cargo del asunto es el detective Zhao. Está receloso porque no se denunció la desaparición de Kaili.

–¿Le has contado por qué no llamé a la policía?

–Sí, pero ha dicho que le gustaría hablar con usted.

–¡Que le gustaría! –el señor Peng apoyó los palillos–. Así que un detective de Dashanzi quiere interrogarme a mí. A ver si es que piensa citarme en la comisaría de Dashanzi.

La Señorita de Rosa soltó una risita y le puso un poco de vino de arroz.

El señor Peng dio un sorbo y sacudió la cabeza.

–Está claro que no tiene ni idea. ¡Yo no hablo con cualquiera! Y la policía local es completamente incompetente. Hacen más daño que bien.

La Señorita de Rosa le encargó más comida a una de las camareras. Mei tenía la impresión de que no era la primera vez que la Señorita de Rosa visitaba aquel club.

–No tengo nada que ocultar –añadió el señor Peng, metiéndose un cacahuete en la boca y chascándolo–. Lo de Kaili ha ocurrido así, sin más. Muchas veces me advirtieron que no me hiciera cargo de ella. Pero yo no les hice caso... no quise hacerles caso. Ella jugaba con fuego –el señor Peng le lanzó una mirada a la Señorita de Rosa–. Supongo que quería ayudarla. Tenía el presentimiento de que iba a acabar mal, así que le di dinero, un coche y un apartamento. Intenté que no se metiera en líos. El hombre poderoso a veces llega a creerse un Espíritu Protector.

–No te eches la culpa. Tú fuiste bueno con ella, mientras que ella nunca te respetó –le recordó la Señorita de Rosa.

–Se lo di todo y la convertí en una estrella. Pero no era suficiente. Ella siempre quería más... no sé de qué, y dudo que ni ella misma lo supiera –el señor Peng hizo un gesto para que volvieran a llenarle el vaso–. ¿Qué se te debe? Mándame una factura –le dijo a Mei sin mirarla.

–¿Quiere que dé por terminada la investigación? Pero Kaili ha muerto... ¿no quiere saber por qué?

–Claro que sí. Pero tengo que preocuparme de mi negocio. Una persona desaparecida es una cosa, pero ¿un asesinato? No podemos dejarnos enredar en eso. Por lo que a ti respecta, ya han encontrado a Kaili, que en paz descanse... Se te pagará. De ahora en adelante me voy a ocupar yo mismo de esta cuestión.

–Tráele el abrigo a nuestra invitada –le dijo la Señorita de Rosa a una camarera.

–Kaili ya no es asunto tuyo –dijo el señor Peng con una sonrisa–. Por cierto, Li-ning y tu hermana están aquí esta noche. Me he encontrado con ellos al entrar. ¿Quieres verla?

Mei se levantó, cogió su abrigo y se lo puso.

–Le diré a una camarera que te lleve con ella –dijo el señor Peng–. Adiós.

Un sendero serpenteaba de un lado a otro del patio como un largo y elegante trazo caligráfico. La camarera abría la marcha con un farol de *fu* rojo, pasando junto a casas bien iluminadas. Mei se preguntó qué secretos se guardarían tras aquellas ventanas. Otro farolillo rojo iba haciendo su camino desde el otro extremo del patio.

Aquello era un pequeño paraíso para los ricos y poderosos que tenían medios para reinventarse la realidad, pensó Mei. Pero ¿qué clase de realidad era ésa?

Mei se acercó a una puerta abierta y vio a Lu y a su marido. Parecían estar agasajando a unos empresarios. Su guapa hermana estaba sentada en lo alto del *kang* rodeada de hombres trajeados. Se estaban riendo, y oyó la voz de Lining. Algunas camareras, medio recostadas sobre el *kang*, bebían vino de arroz con ellos. Otras corrían de aquí para allá, reabasteciéndolos.

Mei se detuvo justo antes de entrar.

–Por favor, lléveme a la salida –le dijo a la camarera–. Prefiero irme a casa.

Emergió en el umbral de aquella ciudad proliferante. Pensó en Kaili y en L., en la injusticia y la culpa. Sabía que tenía que continuar con el caso. Se lo debía a Kaili, a L. y a esos estudiantes que se habían echado a la calle en aquella aciaga primavera de hacía nueve años. Se lo debía también a sí misma. No había sido capaz de estar con ellos entonces y por eso ahora no los abandonaría: por justicia.

# 19

Por la mañana temprano Mei volvió en su coche a Dashanzi. La luz del sol se reflejaba en la nieve, deslumbrándola, y el cielo estaba azul con hebras finas de nube.

El despacho del detective Zhao era un pequeño cuarto que estaba en la esquina del segundo patio interior, caldeado por una estufa de carbón. Saludó a Mei con un apretón de manos y le pidió que se sentara.

–¿Té o agua hervida? –preguntó, poniendo otra taza sobre la mesa.

–¿Tiene té Wulong?

–Lo siento, pero no.

–Entonces agua hervida, por favor.

El detective Zhao se la sirvió de un termo verde y le alcanzó la taza a Mei.

–He estado pensando. Usted es licenciada universitaria y estuvo en el ministerio. Tiene que ser inteligente. No hay nadie como usted por aquí. De hecho, no hay nadie en absoluto... El departamento de Homicidios soy yo, y eso sólo sobre el papel. Dashanzi no es una zona de violencia. Hay mucha delincuencia, pero sobre todo infracciones menores, como atracos o peleas callejeras. Tenemos también muchos trabajadores de provincias.

El detective Zhao tosió aún más violentamente que el día anterior. Tuvo también que sonarse la nariz una y otra vez.

–Pero hay un impedimento –se frotó las manos.

–¿Cuál es?

–Que usted trabaja para el señor Peng.

Mei tomó un trago de agua.

–Ya no. Me retiraron el encargo anoche. El señor Peng me hizo ir hasta el distrito de Haidian para poder decírmelo en persona.

–Entonces ¿por qué está usted aquí?

–Tengo mis razones. También quería hacerle saber que el señor Peng no quiere que se asocie un asesinato con su empresa. Intentará mantenerlo tapado.

El detective Zhao tosió durante casi un minuto.

–En ese caso, será mejor ponerse en marcha –se puso su gorra de policía y el abrigo verde guateado de invierno y abrió la puerta; el sol de invierno se derramó dentro del cuarto. Mei le siguió afuera.

Cruzaron el patio y se metieron en un pasadizo que llevaba al patio delantero. En la esquina, el detective Zhao se detuvo y empujó una puerta para abrirla.

Dentro estaban los Gemelos jugando a las cartas.

–¿Qué hacéis aquí? –les reclamó–. Os he dicho que fuerais a hablar con el Comité de la Calle y el Hutong.

–Pero no ha dicho cuándo –dijo uno.

–Todavía es temprano –dijo el otro.

Mei no habría podido decir cuál era Li y cuál era Gao. Cuanto más los estudiaba, más parecidos los encontraba.

–Vais a necesitar todo el tiempo que tengáis. Como ya os he dicho, hay que interrogar a todo el mundo, no sólo a la presidenta del Comité.

–¿Qué tipo de información quiere?

–Quiénes viven ahí, cuántos, si han visto o han oído cualquier cosa sospechosa en los últimos días... ¡no sé! Usad vosotros la cabeza.

–¿Debo preguntar sobre chantaje? Apuesto a que ahí está la raíz de esto –dijo el tipo que Mei pensaba que era Li.

–No. Es más probable un atraco –discrepó Gao.

El detective Zhao rechinó los dientes.

–¡Está bien! ¡Andando!

Despacio, los Gemelos se pusieron los abrigos y se fueron.

–Y nos os paréis por el camino a comer leche de soja caliente con picatostes –les recordó a sus espaldas el detective Zhao.

Gruñó mientras los miraba marcharse.

–No les gusta que les dé órdenes. Son primos segundos del director de Control de Vivienda, ¡y un día mi trabajo será suyo! ¡Sí! Es la Iniciativa de Mejora del Nivel de Educación de las Fuerzas Públicas. Al final, todos los agentes acabarán teniendo un diploma de la universidad. Por desgracia, yo no me gradué. Me faltaba un año de academia cuando ocurrió lo del 4 de Junio. La situación entonces era tan grave que nos sacaron a nosotros y nos pusieron en la calle a trabajar al lado del Ejército de Liberación Popular. Entonces se declaró la ley marcial.

Llegaron, al final de un sendero, a unas pocas casetas desvencijadas. Un trozo de madera nueva, probablemente robado, sobresalía de un tejado en un ángulo peligroso, y entre los habitáculos se tendían sin orden ni concierto los hilos eléctricos.

–Esto solía estar lleno de casetas de éstas. Luego el gobierno del pueblo y el barrio decidió reurbanizarlo, pero esta gente se negó a marcharse. Dijeron que no querían irse aún más fuera de la ciudad, pero lo que en realidad querían era más dinero. Han calculado mal. Un día el gobierno va a mandar una excavadora y se quedarán sin techo.

Pasaron las casetas y llegaron a una calle más ancha de tiendas pequeñas. El detective Zhao andaba a paso rápido.

–Espero que no le importe –le dijo a Mei, soltando vapor por la boca–, pero vamos a ir andando al hospital.

Entraron por una puerta que tenía una cruz roja pintada. Dentro, el vestíbulo estaba iluminado por unas pocas bombillas desnudas. Había una larga cola frente a la ventanilla de la farmacia.

El detective Zhao tomó por la escalera y Mei se apresuró para seguirle el paso. Fueron al primer piso. El pasillo estaba lleno de gente. Los pacientes, sentados en los bancos o apoyados en la pared, esperaban a que los llamaran, la familia y los amigos agolpados a su alrededor. En cuanto una puerta se abría, un tropel trataba de trasponerla. Algunos querían saber cuándo les iba a llegar el turno; otros protestaban de que se hubiera dejado pasar a fulanito antes que a ellos.

El detective Zhao se abrió paso a empujones entre la multitud. Se movía con una seguridad que hacía que la gente se parase a mirarlo. Cuando le veían el uniforme de policía, se reportaban y trataban de apartarse de su camino.

Al final del corredor llegaron a una serie de puertas con un letrero de «Zona de acceso restringido». Por allí siguieron, y el ruido de los pasillos se fue apagando. El detective Zhao se detuvo ante otra puerta, que tenía un cartel que decía: «Laboratorio». Llamó y entró sin esperar respuesta.

–¡Estás aquí! –dijo una voz ronca desde detrás de un montón de probetas.

Emergió un hombre con bata blanca. Era bajo, de pelo corto, con los ojos pequeños y redondos. Tenía las cejas pobladas y se le juntaban por encima de la nariz. Parecía unos diez años mayor que el detective Zhao.

–Lao Li, la camarada Wang Mei –el detective Zhao los presentó de modo informal. Parecía que los dos hombres se conocían.

Lao Li se secó las manos en una toalla y le tendió una de ellas a Mei.

–Buenos días –le dijo. Se volvió al detective Zhao con una sonrisa–. Vi a tu mujer, mi Segunda Hermana, ayer en el mercado. Me dio buenas noticias: ¡dos apartamentos nuevos!

El detective Zhao se quitó el abrigo.

–Dos o los que sean; no hay ninguno seguro todavía. Ya sabes cómo funcionan estas cosas. Son las viviendas de la Segunda Fábrica de Radios de Pekín. Han acordado dar dos módulos a nuestra comisaría. Pero todavía puede aparecer de pronto el hijo o el nieto de alguien y quitarnos uno.

–¿Te darán uno esta vez? Llevas años esperando.

–No lo sé. Tengo puntos suficientes, al menos por lo tocante a edad y grado, pero siempre están cambiando el sistema de puntuación.

–Segunda Hermana lleva toda la vida queriendo uno de esos apartamentos modernos. Me ha dicho que ya casi han terminado de construirlos, en la nueva urbanización. ¿La has visto?

–Me ha hecho ir ella allí muchas veces –el detective Zhao sonrió con amargura y se sonó la nariz–. La camarada Mei está aquí para ver el cuerpo –añadió.

–Os llevo en un minuto –dijo Lao Li–, pero antes déjame que te dé esto –se fue a un escritorio que había en un rincón y volvió con una bolsa de plástico transparente–. Esto pertenecía a la chica muerta –lo sostuvo en alto. Dentro había dos pendientes de clip–. Lo encontraron junto al cuerpo.

El detective Zhao se metió la bolsa a presión en el bolsillo.

Lao Li los condujo a la sala siguiente. Las cortinas estaban echadas, y hacía mucho frío, olía a lejía. En la penumbra, Mei vislumbró un montón de cajas de medicamentos. Dos refrigeradores industriales hacían runrún.

Lao Li abrió las cortinas. Había una camilla de hospital con ruedas junto a la ventana. Sobre ella yacía un cuerpo, cubierto con una sábana blanca.

–¿Ha visto alguna vez un cadáver? –preguntó Lao Li.

Mei asintió con la cabeza.

–Entonces recuerde que fueran lo que fueran en vida, hombre, mujer, guapos, feos, ricos, pobres, buenos, malos, todo el mundo es lo mismo cuando muere: una cáscara vacía.

Lao Li retiró a medias la sábana.

La cara de Kaili estaba de un blanco azulenco. Un corte en la mejilla le había desfigurado las facciones, torciéndole la nariz. Los labios los tenía de un morado pálido. El pelo parecía

que se lo hubieran pegado al cráneo. Su belleza había desaparecido. De hecho, era difícil imaginarse que dentro de aquella cáscara había habido algo vivo.

–¿Causa de la muerte? –inquirió el detective Zhao.

Lao Li levantó la cabeza de Kaili, se la volvió hacia un lado. Le apartó el pelo para desvelar un corte profundo.

–¿Arma? –preguntó el detective Zhao.

–Algo alargado pero sin filo.

–¿Como una barra de metal?

–Posiblemente. Por lo que puedo apreciar, lleva muerta tres días.

El detective Zhao asintió.

–Eso significa que murió el día de la nevada.

Mei se quedó mirando al cadáver. No era capaz de decidir qué le resultaba menos irreal, si la cantante del vídeo, viva y guapa, a quien no había llegado a conocer, o aquel cadáver.

Media hora más tarde, Mei estaba otra vez en la calle principal. Esponjosas nubes blancas navegaban por el cielo.

–¿Lista para el almuerzo?

Mei negó con la cabeza. No podía ni pensar en comer tan poco tiempo después de la sesión con Lao Li.

–Yo estoy famélico. Llevo en pie desde el amanecer –dijo el detective Zhao–. Y como normalmente a los Gemelos les cuesta mucho tiempo reunir información... Iremos a un sitio que conozco.

El restaurante se llamaba Pabellón del Viento del Este. Formaba parte de un pequeño hotel. En cuanto entraron, un hombre gordo con papada se acercó corriendo a ellos, sonriendo.

–¡Bienvenidos, camaradas! –le dio la mano al detective Zhao, con un ojo puesto en Mei–. ¡Qué buen día hace! ¿Seguirá así para las Fiestas de la Primavera?

–El señor Liang es el director de esto –le dijo el detective Zhao a Mei, pero no los presentó.

Sin embargo el señor Liang le dio a Mei la mano.

–¿Van a ser sólo dos para comer? –preguntó.

–Sí –dijo el detective Zhao, y se dirigió hacia el fondo.

–Pasen a la sala de dentro, por favor –dijo rápidamente el señor Liang, corriendo detrás del detective–. He oído hablar del gran caso –bajó la voz.

El detective Zhao frunció el ceño.

–¿Cuál?

–El asesinato, por supuesto –dijo Liang con aire teatral–; el camarada Li y el camarada Gao llamaron antes para pedir leche de soja caliente con picatostes. ¡El asesinato de una estrella del pop! Me quedé horrorizado –cerró los ojos apretando mucho–. ¡Ah, usted también está resfriado! Mi cuñado lleva semanas enfermo. Triste invierno éste, cinco tormentas llevamos ya. Nos vamos a poner enfermos todos –el señor Liang dio dos pasos rápidos y abrió la puerta de un comedor privado, pequeño y sin ventanas. La moqueta de color claro lucía algunas manchas de buen tamaño. Una gran mesa redonda y diez sillas de respaldo alto ocupaban casi todo el espacio.

El detective Zhao se sentó y volvió a sonarse la nariz.

El señor Liang sonrió, la doble barbilla estirándosele hasta hacérsele una sola.

–Está de suerte, camarada Zhao. Tenemos manitas de cerdo en salsa.

–¿Le gustan? –le preguntó el detective Zhao a Mei. Se buscó el tabaco por los bolsillos.

–¡Manitas! –exclamó Mei–. Yo creí que ya nadie las comía. Cuando estábamos creciendo, eran la comida preferida de mi madre.

El señor Liang sonrió de oreja a oreja:

–En la Revolución Cultural las manitas de cerdo eran un manjar. La carne era difícil de encontrar. Hoy hay una marisquería cantonesa en cada esquina. La gente compite por pagar más caro que nadie un pescado, a veces miles de yuanes porque es importado de Australia. Aquí hacemos comidas honradas. No encontrarán manitas en ningún otro sitio.

El detective Zhao se encontró el tabaco en el bolsillo del pantalón.

–Tenéis manitas porque aquí son todos campesinos –se incrustó un pitillo en la boca. El señor Liang se lo encendió.

El detective Zhao se volvió hacia Mei.

–Éste es un restaurante que nos gusta. Sin montajes ni tonterías. Las noches que estoy de guardia me traigo aquí a los agentes a tomar un tentempié. El propietario es un obrero industrial veterano. Lo conocemos bien.

Enseguida se dio cuenta Mei del tipo de restaurante que era aquél: un sitio donde los policías podían comer sin pagar. A cambio, ellos avisaban con antelación al dueño de las inspecciones.

–Señor Liang, ¿de qué más hablaron los Gemelos? –preguntó el detective Zhao.

–Me contaron que su comisaría ha «convencido» a la Segunda Fábrica de Radios de Pekín de que le pase dos apartamentos de las viviendas nuevas que están construyendo. Va a haber un nuevo sistema de puntos para ver quién se los queda. Se va a basar en los méritos, según dijeron.

–Digo sobre el caso.

–Sólo que fue un atraco. Dijeron que en Dashanzi nunca había habido un caso tan grande. Los del distrito mandarán a alguien para investigarlo.

El detective Zhao soltó con fuerza el humo.

–Tenemos trabajo, señor Liang. ¿Puede encargarse de que nos traigan rápido la comida?

–Voy ahora mismo a la cocina para ponerlos en marcha –se inclinó y salió.

El detective Zhao aspiró de su pitillo, luego dejó salir el humo; se elevó hasta el techo y se disolvió.

–Los Gemelos no se aguantan de ganas de que venga alguien de la comisaría del distrito. No les importa resolver el caso. Si hubiera cualquier imprevisto no sabrían qué hacer. Sólo quieren impresionar a algún funcionario de una comisaría de más rango y que les asciendan –soltó un escupitajo–. A los Gemelos no se les da bien el trabajo de verdad; aunque tampoco es que sean estúpidos del todo. Pero yo no voy a consentir que un tipo cualquiera del distrito me quite este caso. Me he esforzado demasiado y he esperado demasiado tiempo.

Para qué, eso no lo dijo. Mei se preguntó si se referiría al apartamento nuevo, al ascenso o a las dos cosas. Sonó su teléfono. Era Manyu.

–Estoy llamando desde un teléfono público. ¿Podemos vernos? Tengo que contarle una cosa.

–¿Quieres que te recoja a la salida del trabajo?

–No, prefiero que nos veamos en algún otro sitio.

Mei pensó un instante.

–Podríamos ir a un Flor de Soja, esa cadena de restaurantes sichuaneses. Hay uno en Xidan no muy lejos de donde tú vives. Pasé ayer por allí.

–Lo conozco, he estado con mis padres. ¿A las seis y media?

–Sí.

Colgaron.

–¡Es usted rica! –dijo el detective Zhao con sorna–. ¡Coche, y teléfono móvil! ¿Tiene también un apartamento? El trabajo por cuenta propia tiene que dar mucho dinero. Sólo espero que no esté trabajando como detective privada. No haría usted eso, ¿verdad?, sabiendo que es ilegal.

Mei entornó los ojos:

–Por supuesto que no.

El detective Zhao sonrió. Quería que ella supiera que él lo sabía, pero que no haría nada para perjudicarla mientras las relaciones entre ellos fueran amistosas.

Liquidó el pitillo en el cenicero.

–Mi mujer me dice que no debería fumar, pero no puedo evitarlo. Me grita desde los bolsillos, incitándome, cada vez que me siento o cuando estoy aburrido. Puede que usted también haga cosas que sabe que no le convienen pero que no es capaz de evitar.

Le echó a Mei una mirada significativa.

Ella se preguntó qué querría decir. ¿Qué era lo que a ella no le convenía, tener un negocio ilegal o meterse en el asunto de Kaili?

–Eso le pasa a todo el mundo, ¿no? –intentó sonar despreocupada.

Pero el detective Zhao movió la mano para introducir una precisión:

–Su empresa se llama Consultoría de Información El Loto. Me gusta traer los deberes hechos. Está claro que el negocio va viento en popa. A usted la ha hecho rica. Pero no le tengo envidia. A veces duele ver que hay colegas o amigos que se compran coches o van a restaurantes caros... Mi mujer siempre me está dando la tabarra con que gane dinero como fulanito o con que intente que me den un ascenso. Por desgracia para ella, a mí el dinero me da igual. Los ricos no me caen mejor que los pobres.

Mei se dio cuenta de que le estaba diciendo sutilmente que era un policía honrado y que podía confiar en él.

–Kaili era rica y famosa, y a usted le podría venir muy bien resolver su caso –le dijo.

–Estoy trabajando en ello porque es lo que hay que hacer... y sí, necesito llegar al fondo de lo que pasó para que mi mujer consiga su apartamento nuevo –se encendió otro pitillo–. Pero tenemos que actuar con cautela. Hay demasiados Budas ante los que tenemos que hacer *kowtow*. Si nosotros no tenemos cuidado, la cosa será un desastre.

–¿Nosotros?

–Usted quiere resolverlo tanto como yo, aunque no entiendo por qué. Desde luego dinero no va a ganar.

–Me gustan los desafíos –dijo Mei.

El detective Zhao la miró fijamente. Pero Mei no quería explicarle lo cerca que se sentía ahora de Kaili. La plaza de Tian'anmen había tenido su papel en las vidas de ambas, en la pérdida del amor, el truncamiento de la esperanza y la traición de la fe.

–Me dirá todo lo que sabe de ella, ¿verdad? Si no trabajamos juntos, no llegaremos muy lejos –dijo el detective Zhao.

La puerta se abrió, y el señor Liang entró desfilando con un cortejo de cuatro camareras que portaban manitas de cerdo estofadas, embutidos, verduras salteadas, vino de arroz y té.

# 20

Aquella tarde, el detective Zhao y Mei fueron a toda prisa a la Fábrica 958. De camino, el detective Zhao amonestó a un tipo que vendía petardos en la acera porque no tenía licencia de comercio.

–No quiero verte cuando pase de vuelta –le previno.

El vendedor comprendió que estaba de suerte. Lo normal habría sido que lo llevaran a la comisaría, lo multaran y le confiscaran la mercancía.

–Vendo estos pocos que me quedan y enseguida me marcho, señor.

Al final de la calle giraron hacia el este. Un sendero cubierto de nieve corría a lo largo de los campos abiertos. Unas cuantas personas iban por el mismo camino, empujando bicicletas. Un carro tirado por un burro había dejado largas huellas de ruedas en la nieve. En los sembrados, cuervos negros picoteaban esperanzados, en busca de comida.

Mientras avanzaban penosamente el detective Zhao le contó la historia de aquella zona.

–La fábrica hacía radios como las del modelo Rojo por el Este... ¿te acuerdas de ellas? Tenían la caja de madera, pesaban mucho y se estropeaban cada dos por tres. No se cogían muchas emisoras con aquello. Ahora todo el mundo tiene radios japonesas, tan pequeñas que se pueden llevar en el bolsillo. Después de la Reforma y las Puertas Abiertas, la Fábrica 958 pasó a hacer piezas para aquellos modelos desfasados, pero ese negocio acabó por agotarse también. Hubo un momento en que se habló de modernizarla, formando un proyecto común con un socio extranjero, pero ya era demasiado tarde. En las provincias de Cantón y Zhejiang había ya muchas empresas de ese tipo que hacían piezas para radios. Al final la fábrica se cerró. El terreno y los edificios eran propiedad del gobierno, así que tanto la ciudad como el distrito los reclamaron. Mientras lo estaban discutiendo, el sobrino del director de Control de Vivienda del Distrito empezó a alquilar cuartos a los trabajadores venidos de otras provincias. Dijo que su tío le había dado permiso para hacerlo. Entonces salió algún otro con un permiso de la Oficina de Reforma de la Vivienda de Pekín para hacer lo mismo. Su autorización era de más peso que la del sobrino, pero sus superiores estaban más lejos. El director de Control de Vivienda del Distrito es primo segundo de nuestro jefe, pero como policías no podemos dejar ver que ignoramos las órdenes de arriba. Total, un desastre. Ahora, con lo del asesinato, se va a enterar todo el mundo de lo que viene ocurriendo en la 958.

Pasaron grupos de árboles desnudos e hileras de almacenes; luego, cuatro o cinco edificios más pequeños. El detective Zhao se los indicó:

–Éstos eran los talleres, pero ahora están vacíos. El cadáver lo encontraron en uno de ellos.

Pasaron un viejo cobertizo de bicicletas, parte de cuyo tejado estaba hundido, y se pararon delante de un edificio de tres plantas con grandes aunque en su mayor parte rotos

ventanales. Sujetos a la fachada, como garras gigantescas que se estiraran hacia el cielo, había cuatro tubos de ventilación cuadrados.

Mei distinguió dos consignas revolucionarias de un rojo desvaído en los muros: «Horas extraordinarias con extraordinaria atención para la Revolución» y «Trabajo duro y producción por encima de la cuota».

En el lado izquierdo de la entrada, una escalinata llevaba a los pisos de arriba. En el rellano un policía, los brazos doblados y las manos metidas en los bolsillos, daba paseos de un lado para otro.

–¿Dónde están los Gemelos? –le llamó el detective Zhao con voz resonante.

El joven policía se sacó las manos de los bolsillos y enderezó la espalda.

–No lo sé, señor. No los he visto.

El detective Zhao soltó un bufido.

–Ésta es la camarada Wang –le dijo–. Vamos a echarle un vistazo al lugar del crimen.

–Sí, señor –se cuadró el policía.

El detective Zhao empezó a subir las escaleras, con Mei a la zaga. En el descansillo vieron manchas de sangre, en las escaleras y en la pared.

–Aquí es donde estaba el cadáver –dijo él.

Mei examinó la sangre.

–¿Podemos seguir subiendo?

El detective Zhao asintió. La ventana que había por encima de la escalinata estaba rota. La nieve se había colado por ella y se había helado en mitad del rellano. Siguieron subiendo escalones hasta el piso más alto. El pasillo era ancho pero estaba oscuro. Faltaban algunas puertas, por las que Mei vio desolados cuartos con ventanas rotas, pintadas en las paredes y cúmulos de nieve.

–La gente robaba las puertas para venderlas, o para usarlas ellos mismos –dijo el detective Zhao–. El edificio está inhabitable. No hay electricidad ni agua. No les gusta ni a los niños, pero algunos entraron a jugar cuando cayó la nevada. El cadáver lo encontraron ellos.

Mei entró en uno de los cuartos. Tenía el techo alto. Por la ventana vio unos barracones destartalados; de una o dos de las ventanas se escapaba un humo fino.

–¿Es ahí donde viven los trabajadores de provincias? –señaló hacia los barracones.

–Sí, en los antiguos cobertizos de la fábrica. Los han dividido en porciones más pequeñas; algunas de una familia, otras de cuatro cinco trabajadores juntos.

–¿Ha hablado usted con ellos? –preguntó Mei.

–Lo he intentado, pero cada vez que me acerco a alguien, por ejemplo a una mujer que está haciendo la colada en la fuente, corren todos a meterse en sus casas. Interrogué a algunos de ellos, pero preguntara lo que preguntara me decían que ellos no habían visto nada. Naturalmente, le tienen miedo a la policía. Están en Pekín sin permiso de residencia, así que sus niños no pueden ir a la escuela y corretean asilvestrados por las calles en pandillas. A veces roban. Ahora hay un cadáver. Por supuesto que todo el mundo tiene miedo.

–¿Cree que tienen algo que ver con el asesinato? ¿Cuál habría sido el móvil?

–Los Gemelos piensan que fue un atraco que se torció. Me encantaría no estar de acuerdo, pero no se me ocurre ninguna otra cosa. Desde luego, parece un atraco. Manyu dijo que la noche del concierto Kaili llevaba dos anillos grandes, un reloj de pulsera y unos

pendientes. Pero sólo hemos encontrado esto –de su bolsillo sacó la bolsa de plástico que le había dado Lao Li.

–¿Lo puedo ver?

El detective Zhao le dio la bolsa.

Ella se acercó a la ventana, abrió la bolsa, sacó uno de los pendientes con la punta de los dedos y lo miró de cerca.

–¿Pero por qué iban a matarla?

–Puede que se enfadaran al descubrir que las joyas eran falsas. Puede que ella opusiera resistencia.

–No me parece que ella fuera capaz de luchar por un reloj o unos pendientes. Tenía muchos más. Por cierto, los pendientes eran auténticos: tienen el contraste de Cartier.

–¿Qué es «Cartier»?

–Una famosa joyería francesa, muy cara.

–Así que fue un atraco.

–No.

–Pero si me acaba de decir que ella llevaba pendientes caros.

–Los llevaba. Pero nadie se los cogió antes de que muriera. Si hubiera sido un atraco, se los habría quitado ella misma. No habrían encontrado los pendientes.

El detective Zhao se sonó la nariz. Se quedaron en silencio un rato.

Entonces les llegaron voces flotando desde abajo. Mei le devolvió la bolsa al detective Zhao y se asomaron por la escalera. Los Gemelos estaban subiendo.

–¿Dónde estabais? –les ladró el detective Zhao.

–Queríamos ser minuciosos –dijo uno de ellos.

–¿Qué habéis averiguado?

–El cadáver lo encontraron los niños de los trabajadores de provincias. Se pasan el día haciendo el vago por los terrenos de la fábrica, enredando.

–¿Habéis averiguado algo nuevo?

–Dos de las madres vieron el cadáver. Se lo dijeron a uno de los padres, que informó de ello al Comité Revolucionario del Hutong y la Calle.

–Y hemos averiguado por qué estaba ese hombre en casa y no en el trabajo. Estaba enfermo.

–No, no era eso. Estaba haciendo el turno de noche.

–¿Hablasteis con la madre, con el padre o con el niño? –preguntó el detective Zhao.

–No.

–¿Con quién hablasteis?

–Con el Comité Revolucionario del Hutong y la Calle, por supuesto.

–Pero ellos no tienen nada que ver con los trabajadores de provincias.

–Los tienen vigilados. Saben lo que está pasando.

–¿Ah, sí? –dijo el detective Zhao con ironía.

–Los trabajadores de provincias no quieren hablar con el Comité. Están ocultando algo –dijo uno de los Gemelos.

–O a alguien –añadió el otro.

–Probablemente tienen miedo de delatarse a sí mismos.

El detective Zhao hizo con la mano un gesto de impaciencia.

–¿Qué más os han dicho los miembros del Comité? ¿Ha habido algún movimiento en las

pandillas?

–Siempre hay gente yendo y viniendo. Los que llegan nuevos prefieren meterse a vivir con sus parientes o con sus viejos vecinos del pueblo. Nadie sabe exactamente cuánta gente hay ahí, y la situación está empeorando.

Asintieron.

–Pronto la mayor parte de ellos se irá a su tierra por las Fiestas de la Primavera y no nos será posible continuar –dijo el detective Zhao–. Id a buscar a los que vieron el cuerpo. Llevadlos a la comisaría. Si no quieren hablar con nosotros aquí, lo harán allí.

–¿Los quiere hoy?

–Sí –el detective Zhao empezó a bajar la escalera; luego se paró, y se volvió–: ¡Pero no os quedéis ahí parados! ¡Daos prisa!

–Vale –los Gemelos bajaron los escalones arrastrando los pies a cada paso.

Había llegado un nuevo policía para vigilar el escenario del crimen. El detective Zhao habló con él brevemente mientras Mei continuaba bajando.

Una vez fuera, se enfundó el gorro y los guantes. El sol se estaba poniendo entre brumas rosas. El aire olía a brasas de carbón.

–Me pregunto si le harían chantaje –dijo el detective Zhao mientras iban andando hacia la calle.

–¿Por dinero?

–O por otra cosa.

# 21

Estaba ya oscuro cuando Mei llegó a Xidan. Aparcó el coche fuera de la principal zona comercial y fue andando hasta la calle Norte de Xidan. Estaba abarrotada de compradores por las fiestas, y los vendedores de tentempiés pregonaban sus artículos: bollos al vapor, pinchos mongoles de cordero y *nian gou*, pasteles de pasta de arroz.

Buscó el restaurante Flor de Soja. Bajo el cielo despejado las familias merodeaban alegremente al frío, los niños con sus *bingtang hulu*. Una adolescente se quedó mirando a Mei. Tenía la mirada brillante y curiosa y las mejillas rojas.

Cuando tenía la edad de esa chica, Mei había ido de compras al centro de la ciudad con su madre. Desde donde ellas vivían, en el lejano ángulo noroeste de la ciudad, habían tenido que hacer un largo trayecto en autobús, con dos transbordos. Como eran propensas a marearse en marcha, se bajaron varias veces del autobús y anduvieron los últimos cinco o seis kilómetros. Algunas veces se apeaban en una parada que no les resultaba familiar para explorar el vecindario y las calles a su paso.

El recuerdo de la felicidad hacía tiempo perdida aguijoneó el corazón de Mei como una espina y la entristeció. Se acordó de lo crudo que lo habían tenido como marginadas, unas hijas sin padre, una mujer sin marido, una madre a la que le hicieron la vida imposible en todos y cada uno de los trabajos que tuvo. Habían soportado muchos sufrimientos, pero el amor que se tenían sobrevivió... hasta que la verdad sobre la muerte de su padre se había interpuesto entre ellas. Mei se preguntó si su conocimiento habría estado hiriendo a su madre, como ahora la hería a ella, durante los últimos veinticinco años. Su pobre y triste madre... De pronto quería decirle que la seguía queriendo a pesar de todo. Pero no podía. Era como si una lámina de hielo, con la forma de su padre muerto, se alzara entre ellas.

Mei volvió bruscamente la cabeza. Las estrellas brillaban pálidas por encima de las luces de la ciudad. Entonces volvió a mirar la calle, y vio, entre la niebla, el cartel amarillo y rojo del restaurante Flor de Soja.

Dentro, el aire apestaba a guindilla, pimienta de Sichuan y hierbas aromáticas. Si quedaba algún rescoldo de sus pensamientos en su madre y en su pasado juntas, fue rápidamente olvidado.

El restaurante, abarrotado de mesas oscuras y sillas de respaldo alto, estaba lleno. Los clientes sorbían ruidosamente empanadillas calientes con salsa de guindilla roja y se llenaban la boca de arroz después del tofu picante. El ruido era ensordecedor. De vez en cuando, alguien llamaba a gritos a una camarera.

Mei encontró a Manyu sentada en una mesa de un rincón con la espalda apoyada en la pared. Estaba jugando con su taza de té, empujándola alrededor de la mesa, absorta en sus pensamientos.

–Siento llegar tarde. Había mucho tráfico en la autopista del aeropuerto –dijo Mei cuando llegó a su lado.

Manyu sonrió.

–En todo caso necesitaba tiempo para pensar bien las cosas.

Mei se quitó el abrigo, lo dobló sobre el respaldo de la silla y se sentó.

–Estoy tomando té de jazmín. ¿Prefiere alguna otra cosa?

–Jazmín, por favor –dijo Mei. Normalmente le gustaba más el té Wulong, pero después de la caminata estaba sedienta. El jazmín la refrescaría.

–Siento no poder invitarla a mi casa. El apartamento es pequeño, y mis padres podrían escucharnos.

–Éste es buen sitio.

–Hay mucho ruido, así que no nos oirá nadie ni por casualidad.

Mei asintió.

–¿Qué es lo que quieres decirme? –vació su taza. El té estaba cocido y se había quedado frío.

–Me gustaría ayudar –dijo Manyu, cogiendo el menú que había sobre la mesa–; pero ¿pedimos primero? Seguro que usted tiene hambre.

Cuando se hubieron decidido por algunos renombrados platos sichuaneses, Mei llamó a la camarera y pidió Filete del Diván del Esposo y la Esposa, Empanadillas en Agua Carmesí, *mapuo tofu* y Pescado Hervido a las Cuarenta Especias.

–¿Y nos puede traer otra tetera, por favor? Ésta se ha quedado fría.

–He estado pensando mucho ayer y hoy –dijo Manyu–. Ha sido todo un golpe para mí. Como usted sabe, nunca me gustó Kaili. Era guapa y era inteligente, pero se aprovechaba de la gente. Cuando les había sacado todo lo que había podido, se deshacía de ellos. Era caprichosa. Le importaban poco los sentimientos de los demás. ¿Pero merecía morir así? Nadie lo merece. Yo anoche no podía dormir. Seguía viendo su cara, machacada y sin vida. ¿De qué sirven la juventud y la belleza? La muerte se lo lleva todo: los recuerdos, el amor, el odio, la culpa, las promesas... todo –su voz se fue apagando. Tras un corto silencio, tomó un trago de té y continuó–. Ahora que Kaili está muerta, pienso en ella todo el tiempo. Recuerdo incidentes que creí que había olvidado y los veo de otra manera. No puedo decirle cómo ha sido, pero es como si de pronto la hubiera comprendido. Ella no era feliz. No sabía lo que quería. Estaba intranquila, siempre buscando algo que no había. Yo entonces pensé que quizá en realidad no quería nada. Ella estaba tan triste y tan dolida que no tenía metas en la vida ni ganas de vivir.

–Ella no se mató –introdujo Mei.

–No es eso lo que quiero decir. Kaili no era del tipo de persona que comete un suicidio. No tenía el coraje. Pero como no valoraba sus propios sentimientos, trataba al resto del mundo con desdén.

–Pero tú quieres ayudar a coger a su asesino.

–Es extraño, ya lo sé. Yo tampoco lo entendía. ¿Por qué iba yo a arriesgar mi trabajo y mi futuro por ella? Está muerta, y nunca fue amiga mía.

Manyu volvió a empujar su taza en círculos.

–Supongo que quiero ayudar porque ella estaba triste, porque había sufrido y la habían tratado mal.

–¿A qué se refiere?

–¿Sabe usted que Kaili era amante del señor Peng?

Mei asintió.

–Pero el señor Peng tenía además un lío con su secretaria. Mucha gente de la empresa lo sabía. No sé cómo Kaili no llegó a enterarse antes... quizá porque el señor Peng nunca le importó. Sólo estaba con él por razones prácticas. El día del concierto en el Estadio de la Capital, Kaili acababa de enterarse de lo de la secretaria. Cuando yo la vi, estaba de muy mal humor. Me dio pena y traté de consolarla, pero ella me dijo que no quería mi compasión y me echó de allí a gritos.

–Si no estaba enamorada del señor Peng, ¿por qué le importaba?

–Puede que estuviera herida en su orgullo.

La comida llegó. Dos camareras depositaron los platos frente a ellas y les llenaron de arroz los cuencos. Mei esperó a que se hubieran ido y preguntó:

–¿Tienes idea de por qué desapareció?

–Creo que estaba dolida de verdad. No tenía amigos y encima el señor Peng la había traicionado. Puede que quisiera vengarse –Manyu miró a su alrededor. Cuando estuvo segura de que no había nadie escuchándola, susurró–. Lo que dicen los rumores es que el señor Peng fue quien metió a Kaili en las drogas.

–¿Crees que ella podía saber algo sobre él de lo que él tuviera miedo?

Manyu asintió, brillándole los ojos.

Mei cogió su taza. El habitualmente aromático té de jazmín sabía a agua.

Manyu puso una cucharada de *mapou tofu* en el plato de Mei.

–No sé si nada de todo esto servirá de algo, pero pensé que debía contárselo a usted de todos modos.

–Gracias –dijo Mei. El tofu le quemó la lengua; luego se le insensibilizó.

–Si puedo ayudar en algo más, hágamelo saber –dijo Manyu.

Mei arrancó una hoja de su libreta y copió en ella los datos de las veces que Kaili había retirado dinero en efectivo. Deslizó el papel hacia Manyu.

–¿Puedes averiguar dónde estuvo Kaili alrededor de estas fechas?

–Lo intentaré. Comprobaré su agenda y hablaré con nuestro chófer.

–Bien –Mei sonrió.

La ventana que había detrás de Manyu estaba empañada. Por una zona se estaba esclareciendo: gotitas de agua rodaban cristal abajo como lágrimas.

# 22

Al día siguiente Manyu llamó a Mei a mediodía.

–Puede que haya encontrado algo –dijo con impaciencia–. He comprobado las tres fechas que me dio en la agenda de Kaili. El primero de los días canceló dos entrevistas con la prensa. En los otros dos no hay nada escrito. Luego he hablado con nuestro chófer. Parece ser que Kaili usó el coche los tres días, y todas las veces para ir a la Torre del Tambor. Invité al chófer a desayunar. Estuvimos mucho rato charlando. Ya nos conocíamos bastante... –Manyu hizo una pausa–, porque a ninguno de los dos nos caía bien Kaili. Le estuve sonsacando y me dijo que las tres veces la había dejado en el callejón trasero de la Torre del Tambor y que ella se había metido en el *hutong*.

–¿Se quedó a esperarla?

–Sí, pero no recuerda cuánto tiempo tardó ella. Nuestros conductores llevan a distintas personas a un montón de sitios. Hay que darles fechas y horas concretas. Se supone que tienen que llevar un registro de todos los viajes que hacen en un cuaderno, pero la mayoría ni se molesta. A veces anotan de forma general la zona a la que van. ¿Qué piensa usted?

–Puede que fuera a encontrarse con alguien... quizá en alguno de los restaurantes del Houhai. Puede que estuviera sufriendo un chantaje, saldando alguna deuda –dijo Mei, sopesando las posibilidades.

–¿Hay alguna noticia de la policía? –preguntó Manyu.

–He llamado esta mañana al detective Zhao pero no me ha devuelto la llamada.

–Espero que encuentren al asesino.

–Gracias por tu ayuda –dijo Mei.

–Si hay algo más que pueda hacer, llámeme otra vez, por favor.

Luego Mei llamó a Ding.

–Hola, soy Mei –dijo rápidamente en cuanto él respondió–. ¿Podrías ayudarme otra vez? Te pagaré.

La voz de Ding era tranquila.

–¿Qué pasa?

–Un niño murió en el hospital tras una operación de poca importancia. Sus padres querían saber lo que ocurrió en realidad... –le resumió lo que llevaba averiguado hasta ese momento–. Ahora que Gupin no puede trabajar, me pregunto si no podrías tú intervenir.

–Lo haré, si mi mujer me deja –dijo Ding–. Supongo que le gustará lo del dinero.

Mei sonrió.

–Bien. Te llevo el material del caso. ¿Puedes salir a esperarme a la puerta de vuestro recinto? No tengo tiempo de registrarme y entrar. Intentar visitarte a ti es como meterse en zona militar.

–Bueno, es que es un hospital castrense –dijo Ding.

Más tarde, después de ver a Ding, Mei condujo por la carretera de circunvalación hacia la

Aldea del Depósito del Sur. Ding le había asegurado que Gupin se iba a recuperar por completo, pero quería ver cómo estaba y también pedirle consejo.

Se alegró de verle con mejor aspecto. Tenía cara de salud y parecía que estaba más fuerte. La estufa calefactora ardía resplandeciente, llenando de calor el cuarto. Gupin dijo que estaba aburrido de estar postrado en la cama y que había estado pensando en lo del niño muerto.

–Han dado tantas versiones distintas de la historia entre el hospital y las empresas farmacéuticas que la cosa no tiene sentido –dijo.

–Estoy de acuerdo. Por el momento no veo la conexión entre esos dos grupos, pero estoy casi segura de que la hay. Por eso le he pedido a Ding que nos ayude. Ha sido médico durante muchos años, y ahora vende instrumental médico. Quizá alguno de sus contactos pueda arrojar algo de luz sobre el caso.

Gupin asintió.

–Es buen tipo.

–Ha dicho que vendrá a verte en unos días.

Mei cogió el hervidor de encima de la estufa, se acercó a la tinaja que había junto a la puerta y lo llenó con dos calabazadas de agua.

–¿Y qué pasa con el otro caso... lo de Kaili? ¿Estás ya más cerca de encontrarla? –preguntó Gupin.

Mei volvió a poner el hervidor sobre la estufa.

–La han encontrado... Por lo menos, han encontrado su cuerpo.

–¿Está muerta?

–Parece que la han asesinado.

Mei se sentó en el taburete junto a la cama de Gupin y le contó lo que había pasado. Gupin la escuchaba sin pestañear. Mei sacó la mariposa de papel de su bolso y se la pasó. Sobre las palmas de sus grandes manos, se la veía desvalida.

–La encontré en el apartamento de Kaili –dijo Mei. Le contó a Gupin lo de L. y sus cartas–. En esas cartas había una Kaili diferente, idealista, ingenua y audaz. L. era reflexivo y cauteloso. Estaba enamorado de ella.

–¿Tú crees que esta mariposa de papel la hizo él? –preguntó Gupin.

A Mei la pregunta la pilló por sorpresa y frunció el ceño:

–Sí –dijo–. Puede que la hiciera él. Puede que fuera un artista. No. La Universidad de Qingdao es sólo de ciencias. No tiene facultad de bellas artes. Pero podría ser un artista aficionado.

–O un aficionado a la artesanía –dijo Gupin, sosteniendo la mariposa en alto y examinándola–. La gente en sus casas hace cosas como ésta, si no estas mismas. Los antepasados de algunas familias tenían un oficio que se pasaba de generación en generación.

–O puede que la comprara en una tienda y le escribiera su inicial en el ala –dijo Mei, pensando en voz alta–. Podría haberla hecho él mismo, pero ¿para qué sirve? La artesanía suele tener un propósito práctico... al menos en su origen lo tenía.

–De artesanía saben los viejos. En nuestro pueblo hay uno a quien llamamos Anciano Abuelo. Creemos que ronda los cien años. Lo ha visto todo y lo sabe todo. Tenemos que encontrar a alguien como él. Pero Pekín es demasiado grande: es imposible.

–No necesariamente. L. vivía en un viejo *hutong*. Quizá alguien de por allí pueda saber algo de la mariposa de papel, si es que es una artesanía tradicional.

–Hay tantísimos *hutongs*...

–En su última carta había una referencia a la Torre del Tambor –dijo Mei–, y a la Torre del Tambor fue Kaili varias veces.

–¿Tú crees que es una simple coincidencia?

Dio la impresión de que una luz le recorría el rostro:

–Quizá no. ¡Eso es, Gupin! –exclamó Mei, cogiéndole sin pensar las manos. A Gupin la cara se le puso roja. La mariposa de papel cayó al suelo. Mei le soltó.

El hervidor hervía, con la tapa repiqueteando. El vapor brotaba a chorro por el pitorro. Mei lo apartó del fuego y tapó la estufa con un disco de hierro. Le llenó a Gupin la taza de agua recién hervida y se la tendió.

–Antes de irme, necesito pedirte un favor. ¿Conoces a alguien, a algún trabajador de provincias quiero decir, en Dashanzi, o, mejor aún, en la Fábrica 958? ¿Podrías averiguar qué saben ellos sobre la muerte de Kaili? Nadie de por allí quiere hablar con la policía.

–Eso no va a ser problema. Se lo diré a Joven Montaña. Él conoce a mucha gente.

–¿Cómo me harás llegar la información?

–Le pediré a Joven Montaña que te la lleve a la oficina.

–Estaremos en contacto –y, con eso, Mei se fue. En el patio, el hielo había empezado a derretirse.

# 23

A las tres y cuarto de aquella tarde, Mei iba en su coche recorriendo la calle Oeste de la Torre del Tambor. Era una de sus preferidas, sobre todo en verano, cuando los castaños le daban sombra. Aparcó el coche en la cuneta, junto a un gran montón de nieve sucia.

Fuera de esa calle, *hutongs* largos y estrechos se extendían como raíces que llevaban hasta el laberinto del Houhai... Mei entró en un callejón. Estaba muy tranquilo, y había trozos de nieve aplastada que brillaban al sol claro de invierno. Apareció una sombra alargada por el otro extremo de la calle y un hombre vino hacia ella empujando una bicicleta. Miró a Mei sin disimulo, como hacen, por lo visto, los pekineses.

Al final del *hutong* encontró un lago blanco helado. El sol radiaba desde su satinada superficie. Había un bar pequeño en la esquina. Alguien le había embadurnado la pared de palabras coléricas en rojo: «Callaos. Quiero dormir. Quiero vivir».

Mei anduvo junto al lago, entre elegantes sauces llorones que aguardaban la primavera. El vetusto barrio estaba a medio resurgir. A algunas casas les habían dado una capa de pintura gris, mientras que otras todavía estaban deterioradas y desconchadas. Resplandecían los bares nuevos, pero detrás de ellos las viejas corralas se estaban viniendo abajo.

Mei fue hacia el este, cruzando el Puente del Lingote de Plata. Pasó ante el Shao Ro Ji (el restaurante La Carne Asada). En su aparcamiento, clientes bien vestidos descendían de sus coches.

La calle se estrechaba y se hacía calleja. La reforma urbana no había llegado más allá. Mei siguió por la calleja que llevaba al lago; luego dio media vuelta. Se paró en la curva.

Había allí una casa pequeña. Grandes trozos de pintura se le habían desprendido de las paredes, descubriendo el yeso. Dos extintores de incendios, encadenados a un gancho metálico, componían un cuadro extraño tras un panel de plástico transparente, bajo la ventana. Sobre el dintel de la puerta un cartel rezaba: «El Rey del Bao Du».

Mei abrió la puerta de un tirón, apartó una cortina a cuadros y entró en un restaurante de una sola sala. Estaba abarrotado de muebles de madera oscura, algunos de ellos despojados de pintura. Un olor espeso a callos hervidos y salsa picante llenaba el ambiente. Dos hombres entrados en años se encorvaban sobre una mesa, sorbiendo con ruido de unos cuencos. Había un viejo de pelo plateado y con un mandil sentado con ellos hablando. Era menudo, de cara plana y pecosa marcada con pliegues profundos como cuchilladas. Al hablar le centelleaban los ojos. Era el Rey del Bao Du.

Se volvió:

–¿*Bao du*? –le preguntó a Mei.

–Sí –dijo Mei quitándose el abrigo y sentándose a una mesa.

–¿Cuántos platos?

–Uno.

–¿Quiere también bollos secos?

Mei no estaba segura.

–¿Ha comido alguna vez *bao du*?

–No.

–Entonces tómese unos bollos secos –sentenció el Rey del Bao Du. Los dos viejos asintieron.

–Muy bien –dijo Mei con una sonrisa vacilante.

–¿Un té?

–Sí; Wulong.

–¿Monje de Acero o Mono Blanco?

–Monje de Acero.

El Rey del Bao Du se puso en pie, les dijo a los otros clientes que comieran despacio y se fue a la cocina.

Mei había leído cosas sobre el Rey del Bao Du en los periódicos. Que había aprendido a saltear callos de joven, en el barrio musulmán. Que había regentado un pequeño restaurante en aquella zona hasta que, en los años cincuenta, el Movimiento para Acabar con los Cuatro Viejos erradicó las casas de comidas tradicionales de Pekín. Cuarenta años después, el gobierno municipal había decidido recuperar las tradiciones y devolver la actividad al Houhai, con lo que el Rey del Bao Du volvió a su antiguo negocio. Pero eso a los funcionarios ya no les hizo gracia: pensaban que el *bao du* no era un plato digno de resurrección, y que El Rey del Bao Du era demasiado cochambroso. Intentaron cerrárselo. Y cuando los periódicos publicaron la historia, el Rey del Bao Du se hizo famoso.

Mei había ido allí porque creía que el Rey del Bao Du podría conducirla a alguien que supiera de la mariposa de papel. Él llevaba viviendo en ese barrio casi medio siglo y conocía bien a los vecinos. Además, los vecinos más antiguos se reunían en su restaurante para saborear el viejo Pekín y para encontrarse entre ellos. Mei confiaba en que el Rey del Bao Du sabría si la mariposa de papel procedía verdaderamente de allí.

Una mujeruca llena de arrugas salió en ese momento del cuarto trasero. Llevaba un sombrero negro de punto encima del pelo blanco. Su cara había empezado a hundirse por en medio: parecía que los ojos, la nariz y la boca se le estaban cayendo en un agujero. Le trajo el té a Mei y sonrió sin dientes. Mei recordó que el Rey del Bao Du llevaba el restaurante a medias con su mujer.

Al poco rato emergió él con un plato de callos de cordero hervidos, sepultados bajo una espesa salsa de sésamo.

–¿Cuándo llegó el *bao du* a Pekín? –le preguntó Mei cuando él posó el cuenco en la mesa.

–¿Pero no lo sabe usted? –dijo el Rey del Bao Du con incredulidad–. Hace más de cien años, el emperador Qianlong dirigió una campaña en la Región del Oeste. El ejército se quedó sin provisiones. Desesperado, el cocinero real hirvió las tripas de una vaca muerta para el emperador, y a él le pareció la mejor comida que había probado nunca. Una vez ganada la guerra, el emperador volvió a Pekín y pidió otra vez ese plato. De ahí viene nuestro famoso *bao du*.

Los dos viejos clientes habían terminado su almuerzo. Se mondaron los dientes con las uñas. Uno de ellos dijo una palabrota y se pusieron de pie. Le gritaron al Rey del Bao Du que se marchaban. Él corrió hacia ellos.

–¿No se quedan un poco más?

–Nos vamos.

–Pues vayan despacio.

–¡Con el frío que hace!

La señora de Bao Du salió de la cocina con un gran cuenco de comida en cada mano y los puso sobre una mesa en un rincón. El Rey del Bao Du volvió y se sentó. Cruzaron unas pocas palabras y empezaron su almuerzo.

Mei pensó que había llegado su oportunidad y se acercó a ellos:

–Padrecito, madrecita... siento molestarles –sacó del bolso un paquete cuidadosamente envuelto, y lo abrió para descubrir la blanca mariposa de papel–. Creo que esto salió de algún sitio de por aquí cerca. ¿Saben algo de ella? ¿Quién las hace?

El Rey del Bao Du y su esposa miraron la mariposa de papel y luego se miraron el uno al otro. El Rey del Bao Du la cogió y le dio vueltas.

–¿Está usted buscando más de éstas? –preguntó.

Mei se les sentó a la mesa.

–Puede ser. ¿Para qué sirven?

–Para quemarlas. Son para los funerales, una costumbre manchú.

–Como el dinero fantasma.

–Sí. Era costumbre en tiempos del emperador Qing, porque la Corte era manchú, pero nosotros, los chinos Han, no lo hacíamos –frunció el ceño–. ¿De dónde la ha sacado? Hace años que no había visto ninguna.

–De una amiga.

–Pues su amiga sabrá quién la hizo.

–Me temo que ella no me lo puede decir.

–¿Por qué no?

–Está muerta.

El Rey del Bao Du miró a su mujer.

–Liu el Padrino –dijo ella.

El Rey del Bao Du asintió.

–Es un barbero ambulante. Lleva aquí viviendo hasta más tiempo que yo mismo, y se ha pasado décadas cortando el pelo por los *hutongs* vecinos. Tiene setenta y seis años, pero aún sale todos los días a atender a sus clientes –hizo una pausa, carraspeó–. Es a él a quien habría que preguntarle. Es supersticioso: cree en demonios, en la otra vida y cosas así…

–¿Dónde lo puedo encontrar?

–A esta hora, es difícil decirlo. Puede que esté en su casa. Vive en el *hutong* del Molino de Tofu.

–Número 19 –dijo la señora Bao Du, y le indicó a Mei el camino.

Ella les dio las gracias, pagó su *bao du* y sus bollos secos y se fue. El cielo estaba teñido con la bruma azul de la noche incipiente. Una delgada luna creciente asomó por encima del Puente del Lingote de Plata.

Mei atravesó el puente y torció a la derecha por una calleja ancha donde había un hombre dando vueltas a unos boniatos asados en un bidón que hacía las veces de hornillo. Un poco más allá una mujer vendía bollos al vapor. Un anciano estaba revolviendo entre las primeras ediciones de una pequeña librería. La campana repicaba en la Torre de la Campana.

En el *hutong* los niños alborotaban, jugando a perseguirse unos a otros. Los adultos pasaban en bicicleta, camino de casa a la salida del trabajo. Mei volvió a girar a la derecha

hacia el *hutong* del Molino de Tofu en una tienda que hacía esquina. Había un grupo de niños jugando al fútbol.

Una extraña y lastimosa escena la recibió en el número 19. Dos grandes faroles blancos, indicadores de una muerte en la vecindad, se balanceaban sobre la entrada, como los ojos erráticos de un fantasma. Un par de viejas conversaban en la puerta mientras los niños que estaban vigilando jugaban con la nieve.

–¿Buscaba usted a alguien en particular? –le preguntó a Mei una de ellas con aire suspicaz.

–A Liu el Padrino.

Ella dio un resoplido:

–Ha salido.

–¿Sabe adónde ha ido?

–Al local de *qipei*, seguro.

–¿Es verdad que juega a las cartas todos los días?

–Ese local de *qipei* ha sido la perdición hasta de buenos padres de familia.

–¿Podrían decirme dónde está? –preguntó Mei.

Levantaron un brazo cada una, apuntando hacia sitios opuestos y diciendo:

–Por allí.

Mei tardó un rato en encontrar el local de *qipei*, porque no tenía cartel y se parecía a cualquier casa de las que dan a la calle en cualquier vía residencial. Estaba lleno de humo, olía a alcohol, y estaba abarrotado de gente jugando a las cartas, al ajedrez chino, al *go* y al *mah-jong*.

El propietario, el Viejo Grande, como la gente le llamaba, se fue hacia Mei con ademán agresivo cuando ella entró, temiendo quizá que fuese de la Oficina de Inspección del Distrito. Pero cuando Mei le dijo a quién buscaba, le señaló una mesa esquinera donde había dos hombres de edad jugando a las cartas.

Uno tenía el pelo blanco y los labios curvados, mientras que el otro era flaco, con el pelo negro azabache cortado a cepillo. Tenía cerca de la nariz un lunar pequeño del que le brotaba un largo pelo. En la mesa, entre ellos, había una botella de *er-guo-tuo*, licor de vino de arroz.

Mei se acercó y oyó que el hombre de pelo blanco decía:

–He oído que ha muerto el abuelo Wu. ¿Qué ha pasado?

El hombre del lunar contestó con voz chillona:

–La vejez. La mujer de Chen el Poli lo encontró muerto esta mañana después de la nevada.

–Uno más que se nos va. Pronto estaremos todos muertos –siseó el otro hombre–. ¿Qué edad tenía?

–Cuatro años más que nosotros, o sea que ochenta.

–Una vida larga.

–Pero triste.

Suspiraron y siguieron con su juego.

–¿Liu el Padrino? –preguntó Mei.

Los dos hombres levantaron la vista.

–¿Para qué lo busca? –dijo el hombre del lunar.

Mei se quitó el abrigo largo y el gorro negro de lana, y se sentó. Sonrió, los labios del mismo tono que el jersey rosa.

–El Rey del Bao Du me dijo que usted podría hacerme el favor de echarle un vistazo a una cosa.

–¿Qué cosa?

Mei sacó el envoltorio y lo abrió.

Liu el Padrino soltó un grito ahogado.

–¿Dónde ha encontrado usted esto?

–Es mía –dijo Mei, perpleja.

–Liu, ¿te encuentras bien? –el hombre de pelo blanco se inclinó hacia delante.

–¿Quién es usted? –el rostro de Liu el Padrino había palidecido. Las cartas se le escaparon de los dedos.

El hombre de pelo blanco sirvió *er-guo-tuo* en una taza y se la alcanzó a su amigo, que se la bebió de un solo trago. Pidió que se la rellenase, y se tragó también eso. Sus ojos saltaban de Mei a la mariposa, y otra vez a Mei. La gente giraba la cabeza, preguntándose a qué se debía aquella agitación.

–¡Esto es demasiado raro! –Liu el Padrino meneaba la cabeza. Pidió por señas otro trago. La botella estaba vacía. Mei le pagó otra al dueño–. ¡Pero si el abuelo Wu está muerto! –repetía una y otra vez el hombre.

Después de otras dos tazas pareció que se calmaba.

–¿El abuelo Wu hacía mariposas de papel? –aventuró Mei.

–Sí. Ése era el oficio de su familia. Eran manchúes. Antiguamente fueron proveedores de la Corte –su voz sonaba como la de un animal pequeño atrapado en un túnel oscuro–. Hace años tenían una pequeña tienda de artículos funerarios, pero fue destruida en el Movimiento para Acabar con los Cuatro Viejos –bebió otro trago de *er-guo-tuo* y le volvió el color a la cara–. Después de aquello ya no hubo más entierros, y las tradiciones que los rodeaban se prohibieron. El presidente Mao decía que eran supersticiones.

–Pensábamos que aquello era el final. Pero entonces vino la Revolución Cultural. Una noche los Guardias Rojos vinieron a nuestro *hutong* y echaron abajo la casa de la familia Wu. Quemaron todas las mariposas de papel. Yo ya le había dicho al abuelo Wu que se deshiciera de ellas. «No las guardes en tu casa», le decía. «Mira que tú eras manchú, y comercias con rituales supersticiosos.» Pero no comprendió el riesgo. Él era demasiado viejo, y el niño demasiado pequeño, así que los Guardias Rojos se llevaron a su hijo y a su nuera. Al día siguiente estaban muertos, los cráneos rotos, las caras aplastadas. El abuelo Wu tuvo que recoger sus cuerpos. Los habían dejado tirados en la calle, en el sitio en que murieron. Después de aquello dejó de hacer mariposas de papel. Ni siquiera hablaba de ello.

–Pero ¿de qué vivía? –preguntó Mei.

–Limpiaba las calles y las escuelas locales. Trabajaba de portero. Crió él solo a su nieto.

–¿Dónde está el nieto ahora?

–Nadie lo sabe.

–¿Cómo se llama?

–Lin.

«¡Eso es!», pensó Mei. «Lin tiene que ser L. El nombre encaja. El lugar coincide. Su abuelo era portero de la escuela local y eso también encaja.»

Mei cogió la mariposa y trató de dársela a Liu el Padrino. Pero él no quiso tocarla.

–¿Cómo puede usted estar seguro de que ésta es una de las mariposas del abuelo Wu? Tiene que haber más gente que sepa hacerlas.

–Es del abuelo Wu. Hemos vivido en el mismo *hutong* durante más de setenta años y la reconocería donde la viera. Ésta es una mariposa de la familia Wu. Las vetas doradas eran su especialidad.

–Ya empezamos –el hombre del pelo blanco sonrió–. ¿De qué tienes miedo? No es más que una mariposa del abuelo Wu.

–¿Es que no me has oído? El abuelo Wu está muerto. Y un muerto no puede hacer mariposas de papel.

–Puede que ésta la hiciera mucho antes de morir, hace muchos años –dijo Mei.

–Pero ¿hizo también todas las otras?

–¿Qué otras?

–Al día siguiente de la muerte del abuelo Wu había una mariposa de papel en el umbral de cada una de las casas del patio.

–¡Qué me está contando! –Mei estaba estupefacta.

–¡Su espíritu nos persigue!

–Ya estás otra vez con tus supersticiones –dijo el hombre de pelo blanco–. Además, has sido amigo del abuelo Wu durante sesenta años. No tienes nada que temer de su fantasma.

–Nunca se sabe... Puede que a él no le gustara el cobertizo que construí en la parte de atrás de su casa. Pero cada cual se agenciaba su espacio. Si no lo hubiera hecho yo, lo habría hecho otro cualquiera. Es posible que no le gustaran mis cotilleos. Pero todos nos ocupábamos de él. Yo le hacía la compra, y la señora Tang, que fue la presidenta de nuestro Comité Revolucionario de la Calle y el Hutong, le recogía su pensión de jubilación. La señora Chen le hacía de comer. No podía haber tenido unos vecinos mejores.

El hombre de pelo blanco asentía.

–Al abuelo Wu no le quedaban parientes –siguió Liu el Padrino–. Ha tenido que llevar Chen el Poli su cuerpo al crematorio. Hoy en día es caro incinerar un cuerpo. Mañana le haremos un velatorio. Todos los vecinos viejos estaremos allí.

–Yo voy a ir –dijo el hombre de pelo blanco.

Liu el Padrino paró de hablar; se le enturbió la mirada. El pelo del lunar se le estremeció. Los dedos le temblaban cuando intentó tocar la mariposa de papel que reposaba en la mesa.

–Los espíritus actúan de forma misteriosa –murmuró.

El hombre de pelo blanco lo agarró del brazo.

–No hay espíritus. Eso es superstición. ¿Es que no te han enseñado nada los comunistas?

–Eso es lo que tú dices, pero ¿qué pasa con las orejas de cerdo que hay colgadas de tu puerta? Dime ahora que no crees en demonios –replicó Liu el Padrino.

# 24

A la mañana siguiente Mei telefoneó al Ministerio de Correos y Telecomunicaciones para hablar con Jing Jing, la hermana menor de Hermana Mayor Hui, la mejor amiga de Mei de la universidad. En contraste con su oronda hermana, Jing Jing era flaca como un palillo, y la voz la tenía igual.

–Qué gracia que me llames –dijo Jing Jing con su voz cantarina–. De ti precisamente estuvimos hablando el otro día.

–¿De verdad?

–Mi hermana cree que ha encontrado a alguien para ti.

–¿Otra vez?

Jing Jing soltó un risita.

–Se siente mal por lo del último. ¿Quién iba a pensar que iba a ser tan espantoso? Este otro es justo lo contrario. No es tan aparente, pero sí muy agradable. ¿Por qué no la llamas? La universidad está cerrada por las vacaciones de invierno desde hace un par de semanas y ella está en casa aburrida.

–Yo creía que estaba escribiendo una colección de poemas.

–Me parece que no le está yendo muy bien con eso. Pero no le digas que te lo he dicho –rogó Jing Jing–. Se ha puesto otra vez a hacernos sombreros de punto.

–Y a organizarme mi vida amorosa –dijo Mei.

Se rieron.

Luego Mei le dio a Jing Jing el número del teléfono móvil de Kaili.

–¿Puedes darme una lista de las llamadas que se hayan hecho desde él en los últimos seis meses? Sé que estás ocupada, pero es importante.

–Igual no saco tiempo hasta mañana.

–Está bien. Por cierto, ¿cuándo es la remodelación?

–¿Cómo te has enterado de eso? Se supone que es un secreto.

–Pues por eso lo sabe todo el mundo.

–Después de Año Nuevo, y va a ser cosa fea –dijo Jing Jing; luego–: Mi jefe viene de camino hacia aquí. Más vale que me vaya.

Después de colgar, Mei intentó rellenar algunos impresos que habían llegado del gobierno municipal, pero estaba preocupada con el misterio de las mariposas de papel. ¿Por qué una para cada vecino? ¿Cómo habían llegado hasta allí? ¿Por qué estaban ellos tan asustados? Ahora Mei estaba segura de que L. era Lin, el nieto del abuelo Wu. Pensó en Kaili. ¿Por qué había hecho esas visitas a la zona de la Torre del Tambor?

A la vuelta de la esquina había una taberna de tallarines que le gustaba, así que cogió su abrigo y estaba a punto de salir cuando oyó que llamaban a la puerta. Fuera había dos hombres corpulentos con plumíferos. Uno de ellos llevaba un maletín.

–¿Es usted la señorita Mei Wang?

–Sí –contestó Mei de mala gana.

–Somos de la Oficina de Ordenanzas.

Sin esperar su permiso entraron y se quitaron las chaquetas. Se alcanzaron un par de sillas y se sentaron el uno cerca del otro.

Mei se sentó también.

–¿De qué se trata?

El hombre del maletín lo abrió y sacó una carpeta.

–Usted es la dueña de la Consultoría de Información El Loto, situada en la calle Norte de Chongyang, 122, Comuna del Pañuelo Rojo, Edificio número 1. Tiene actualmente un empleado, un trabajador inmigrante de Henan. ¿Son estos datos correctos?

–Sí –Mei presentía que la conversación iba a dar un giro desagradable.

–Hemos descubierto recientemente que algunas personas usan empresas legales como esta suya para actividades ilegales como la investigación privada. Necesitamos examinar sus libros para comprobar que ha estado usted actuando de acuerdo con la ley y las ordenanzas.

–¿Es que alguien ha informado sobre mí? ¿Estoy siendo investigada?

–También nos faltan algunos documentos que debía habernos enviado, la Declaración de Limpieza de Espíritu, el Impreso 11.956, el Impreso 20.010, etcétera. ¿Sabía usted que es ilegal tener abierto un negocio sin haber cumplimentado el Impreso 11.956? Podríamos vernos obligados a pedirle que suspenda temporalmente su actividad hasta que hayamos recibido todos los documentos que se requieren y estemos conformes con ellos.

Mei no sabía qué era el Impreso 11.956 ni si de verdad existía o no, pero no le cabía duda de que si la Oficina de Ordenanzas quería, podían hacerla cerrar mañana mismo. Siempre había sido consciente del riesgo. Sin embargo, a menos que los promoviera el gobierno, golpes como éste eran poco frecuentes. Al fin y al cabo, cientos si no miles de investigadores privados trabajaban provechosamente bajo el paraguas de la consultoría de información: había estado con ellos en su conferencia anual. ¿Por qué iban hacer con ella una excepción?

El otro hombre, que hasta el momento no había pronunciado palabra, se acomodó en la silla, cruzando las piernas.

–El señor Peng ha sido generoso y paciente, pero usted continúa trabajando en el caso de Kaili. Está disgustado.

–Si lo deja –dijo el hombre del maletín– podríamos pasar por alto lo del impreso que falta... por ahora.

El otro hombre se puso de pie. Entró en el despacho de Mei, hizo un gesto de aprobación a las pinturas de la madre de Mei que colgaban de la pared y acarició su ordenador.

–Tiene usted un bonito negocio. Estoy seguro de que quiere protegerlo. El señor Peng está haciendo lo mismo –dijo en tono más bien tranquilo, como si estuviera rogándole a Mei que comprendiera.

Cuando se fueron, Mei se paseó de arriba abajo por su despacho, con el corazón latiéndole rápido. Si no dejaba de investigar la muerte de Kaili, podrían volver y ejecutar su amenaza. Pero si se detenía ahora, nadie sabría nunca la verdad sobre Kaili y Lin. ¿Sería ella capaz de vivir consigo misma si cedía ante un hombre como el señor Peng?

Un rayo de sol se vertía a través de la ventana en el cuadro de su madre de un loto solitario que brotaba del barro. ¿Qué habría hecho su padre?, se preguntó en silencio.

Sonrió y sintió una energía renovada. Recordaba el día en que había presentado su

dimisión en el ministerio: fuerza y dignidad. Seguiría a su corazón. No se iba a dejar intimidar. No iba ni a ceder ni a abandonar.

Una misteriosa música de *erhu* manaba del número 19 del *hutong* del Molino de Tofu. A Mei le sonó triste, pero la atrajo hacia el interior. La puerta traqueteaba con el viento. Mei tiró de ella, la abrió y la atravesó. La primera casa del patio estaba abierta e iluminada con velas. Mei entró.

La casa tenía una sola estancia, de unos siete metros de largo por tres de ancho. El techo era bajo, y en la pared trasera se alzaba un altar; sobre él ardían velas blancas e incienso. En la pared, encima de una cama individual, había algunas fotografías. Todas eran de la misma persona. Aquí era un muchacho con un pañuelo rojo al cuello que exhibía un Premio a las Tres Virtudes. Y allí estaba otra vez, con unos años más, sonriendo de oreja a oreja al lado de una bicicleta nueva. Otros retratos más lo mostraban de joven, a la orilla del mar, guapo y con la mirada clara. Mei supuso que era Lin.

Había un grupo de personas, todas con brazaletes negros, sentadas cerca del altar. El que tocaba el *erhu* era un anciano con una larga barba de plata. Había una mujer regordeta de mediana edad sentada a su lado. Tan pronto como vio entrar a Mei soltó un potente lamento. Mei supuso que era una plañidera profesional. Al lado de ella, un monje joven desgranaba cánticos con su rosario, imperturbable.

La última del grupo era una mujer joven. Tenía la cara redonda y la mirada amable. Llevaba el pelo recogido en un moño. El fuego ardía frente a ella en un brasero de aluminio, y de vez en cuando le echaba un puñado de blanco dinero fantasma.

Mei fue hasta el altar y se inclinó ante el retrato del hombre muerto. Prendió una varita de incienso y la añadió a las otras.

La plañidera volvió a gemir. Mei se volvió. Una pareja de ancianos había entrado en la estancia, agarrándose el uno a la otra en busca de apoyo. La plañidera agitó su moquero y gritó:

–¡Su abuelo!

La pareja fue hacia el altar arrastrando los pies. El viejo temblaba, la cara arrugada como una nuez. Ante el altar la mujer se inclinó, mientras que el hombre sólo consiguió dar una sacudida con la cabeza. La mujer joven que estaba quemando dinero fantasma se acercó a ayudarles. La anciana pareja le dio el pésame. Mei se preguntaba quién sería aquella chica. Se fue hacia el altar, con idea de ofrecer sus propias oraciones, pero la mujer la detuvo con un gesto.

–Por favor, señorita, vaya al patio para el velatorio –le dijo.

Mei asintió.

La noche se había puesto fría. Mei se ajustó el abrigo bien ceñido alrededor del cuerpo. Apenas se veía el camino. Ampliaciones, casetas desvencijadas y cobertizos de almacén componían formas oscuras en la penumbra. Un arce se elevaba muy alto por encima de ellos, alcanzando el cielo con las manos.

Más adelante, Mei oyó voces y vio sombras moviéndose dentro de una casa. La habitación estaba llena de gente. Había un grupo de mujeres sentadas al borde de una cama, pelando pipas de sandía tostadas, con montones de cáscaras vacías a sus pies. Los hombres se agolpaban alrededor de una mesa de cartas, fumando y bebiendo vino de arroz. Se había

colocado una mesa de *mah-jong* en un rincón. Circulaban cacahuetes tostados y dátiles secos. Todos los que estaban en la habitación vestían ropa de colores apagados y llevaban brazaletes negros.

Allí estaba Liu el Padrino, siguiendo una partida de *mahjong*. Se le torció la cara cuando vio a Mei. Bajó la cabeza, fingiendo que no se había fijado en ella.

–*Ayi*, ¿quiere un caramelo? –dijo una voz infantil. Mei bajó la vista y vio a una niñita de unos cinco años que sujetaba una cesta pequeña. Tenía los ojos grandes, las mejillas sonrosadas y un hoyuelo en la comisura de la boca. Llevaba el pelo trenzado en dos coletas, sujetas con cintas negras.

Mei se arrodilló y tomó un caramelo del cestillo.

–Gracias. ¿Cómo te llamas?

–Chen Xiao Hua –dijo la niña, con timidez, cada palabra más apagada que la anterior.

–Pequeña Flor. Qué nombre más bonito.

Pequeña Flor observó a Mei con sus grandes ojos y luego salió corriendo.

Una mujer cincuentona se acercó a Mei.

–Ésa es la niñita de Chen el Poli.

Los ojos de Mei siguieron a Pequeña Flor hasta llegar a su padre, un hombre joven y flaco que hablaba a voces y bebía vino de arroz en la mesa de cartas.

–Soy la señora Tang. ¿Nos hemos visto antes? Su cara me resulta familiar.

–Me confunde usted con alguna otra persona –dijo Mei–. Esta noche es la primera vez que he estado aquí. Soy amiga de Lin, el nieto del abuelo Wu.

–¿Amiga? ¿De ese huevo de tortuga que no vale ni el aire que respira? –exclamó la señora Tang. Escupió la cáscara vacía de una pipa de sandía–. El abuelo Wu trabajó noche y día para enviarlo a la universidad, y ¿qué hizo él? Se revolvió contra el Partido. Eso le rompió el corazón al viejo. No podía creer que su nieto fuera capaz de hacer una cosa así, ni hasta el día en que murió –meneó la cabeza.

La señora Tang tenía los pómulos altos y la nariz desparramada. Sus labios eran finos y apretados. Estaba claro que tenía la boca hecha a proferir palabras ásperas. Lo acentuaba su actitud: se mantenía con la espalda recta y las piernas separadas, en postura masculina. Vestida de negro de la cabeza a los pies, parecía ser la matriarca del velorio.

La señora Tang abrió el puño izquierdo y le ofreció a Mei algunas pipas de sandía tostadas.

–*Guazi*?

Mei cogió una y le dio las gracias.

–¿Ha vivido aquí mucho tiempo?

–Más de treinta años –dijo la señora Tang con orgullo–. Yo era la presidenta del Comité Revolucionario de la Calle y el Hutong, pero ahora estoy retirada. Venga conmigo –dijo, agarrando del brazo a Mei y llevándola hacia la cama–. Las camaradas están en esta parte.

Mei la siguió, las cáscaras vacías restallando bajo sus pies al sentarse en el borde de la cama. Con el rabillo del ojo vio que Liu el Padrino la miraba con disimulo. Estaba hablando con Chen el Poli, el padre de Pequeña Flor.

–¿Qué diantre ha pasado con el cadáver? –preguntó una mujer que llevaba una permanente burbujeante.

–Chen el Poli se ha ocupado de él –contestó la señora Tang.

–¿Tan pronto después de la muerte?

–El abuelo Wu no tenía familia. Ha sido un buen gesto suyo lo de pagar la incineración.

–¿No era hace tiempo Chen amigo del nieto? –dijo otra mujer de ojos saltones como pez de acuario.

–Fueron íntimos desde pequeños. Solían trepar a ese viejo árbol del patio. Yo tenía que regañarles. Lin era el más inteligente –la señora Tang abrió una pipa con los dientes.

–¿Qué tal le va a Chen el Poli últimamente?

–Está con el mismísimo mandamás. ¡Figúrate! Se encarga de los desplazamientos diarios del presidente Li Peng.

La mujer de ojos de pez de acuario dejó escapar una risilla. La señora Tang se volvió. Chen el Poli venía hacia ellas luciéndose con un pitillo entre los dedos.

–Buenas tardes, señoras, buenas tardes, señora Tang –saludó con la cabeza.

–¿Es de usted el Volkswagen plateado que está aparcado a la entrada del patio? –le preguntó la mujer de la permanente.

–Sí. 150 caballos, 5.000 revoluciones por minuto, turbo.

Las mujeres soltaron una risa tonta, sin entenderlo.

–Permítame que me presente. Soy Chen Xiaolei. La gente de por aquí me llama Chen el Poli –le ofreció la mano a Mei. Mei se la estrechó.

–Yo soy Mei Wang.

–Es amiga de Lin –dijo la señora Tang.

–¿Ah, sí? –Chen el Poli alternó los pies–. Él y yo éramos amigos de la infancia.

–¿Es usted Gordi?

A él se le demudó el color de la cara:

–Yo detestaba ese apodo –murmuró–. ¿De qué conocía a Lin? –preguntó, aspirando de su pitillo y dejando salir luego un pulmonar de humo.

Fuera sonó un fuerte lamento, anunciando una nueva llegada al cuarto del altar.

–De la universidad –dijo Mei.

Chen el Poli se la quedó mirando. Mei se dio cuenta de que no la había creído.

–Pero usted es pekinesa.

La puerta se abrió, dejando entrar una corriente fría. Ayudaron a una persona muy vieja, muy menuda, muy seca y frágil, a entrar en la sala.

–¡La Anciana Señora Guo! –exclamó la señora Tang. Empujó a su paso a todo el mundo para ir a tomar del brazo a la anciana mujer.

La gente se puso de pie, murmurando.

–Llevaba años sin verla.

–No sabía que aún estuviera viva.

–No sabía que pudiera andar.

–No por mucho tiempo, según dicen. Tiene ochenta y ocho años.

–Dicen que está sorda como un puchero.

La señora Tang y la mujer joven que había estado quemando dinero fantasma en el cuarto del altar llevaron a la Anciana Señora Guo, medio en volandas medio a rastras, hasta la mesa de naipes. La gente se abalanzó sobre ella: las mujeres querían tocarla para que les diese buena suerte. La señora Tang pidió a gritos a su marido, un hombre menudo que estaba en un rincón, que trajera té de flor de crisantemo (*ju hua*).

Hubo una persona que no se inmutó. Chen el Poli se mantenía apartado de la escena,

observando. Un poco después, la mujer joven del cuarto del altar se deslizó hacia él y le susurró algo al oído. Mei la vio que miraba hacia ella.

La señora Tang carraspeó:

–Anciana Señora Guo, es un honor tenerla a usted en mi casa.

–He venido a decir adiós al abuelo Wu –la voz de la anciana era asombrosamente clara.

La velada siguió adelante. La gente empezó a estar borracha y a armar jaleo.

El sonido de las fichas de *mah-jong* al deslizarse sobre la mesa se alzaba sobre un mar de ruido cuyos ecos rompían en el techo bajo. La Anciana Señora Guo, que se había quedado dormida, roncaba. Al final la sacaron de la estancia y aquella fiesta se acabó.

# 25

A la salida del número 19 del *hutong* del Molino de Tofu, algunas estrellas parpadeaban en el frío cielo de invierno. A lo lejos, la Torre del Tambor parecía un fantasma. Mei se sacó del bolso una linterna y la encendió. Había nieve en el suelo de la calleja. El *hutong* giraba y se retorcía. Sus pisadas producían ecos por las paredes oscuras.

Al final del *hutong* del Molino de Tofu había un cruce de calles. Una tienda se alzaba bajo un árbol esquelético, con la puerta cerrada. Torció por otro callejón. Allí oyó pasos que no eran los suyos. Apagó la linterna y la oscuridad se cerró a su alrededor.

Presa del pánico, empezó a andar muy deprisa. Apareció otro *hutong* con sus revueltas hacia uno y otro lado. Aquello a oscuras era como un laberinto. Todo parecía reconocible –casetas destartaladas y paredes desconchadas– y sin embargo nada le resultaba familiar. ¿Dónde estaba la salida? Miró a su alrededor con desesperación. La Torre del Tambor, que al principio estaba a la derecha, ahora se veía a la izquierda.

En la cabecera de un *hutong*, Mei se detuvo. Aspiró una honda bocanada de aire frío, y se dejó arrastrar por sus pensamientos. Quienquiera que la estuviese siguiendo debía de haber notado también que estaba perdida, pero no se había acercado. Mei tragó saliva. No estaba en peligro inmediato de ser atacada. Su perseguidor iba tras ella por alguna razón.

Mei empezó a andar sin perder de vista la Torre del Tambor. Se tomó su tiempo. Diez minutos después logró ver el débil resplandor de las farolas de las calles. Se dirigió hacia ellas y pronto estuvo fuera del *hutong*, en la calle Oeste de la Torre del Tambor.

Pasaban pedaleando algunos ciclistas con las caras tapadas por los sombreros de invierno. Un autobús nocturno bajaba ronroneando por la avenida. Mei vio su propio coche estacionado al otro lado de la calle.

Corrió calle arriba y torció, para volver a meterse en el *hutong*. Aguardó en la oscuridad. El tiempo transcurría gota a gota. Entonces vio, perfilándose contra la tenue luz de las farolas de la calle, a Chen el Poli que andaba a toda prisa de aquí para allá, buscando; al final se marchó hacia la Torre del Tambor.

Con la linterna todavía apagada, Mei se fue dando traspiés por el *hutong*. Cuando una calleja terminaba, otra empezaba. Al volver una esquina tropezó con una bicicleta que habían dejado apoyada en la pared. Poco a poco la vista se le fue acostumbrando y vio las formas imprecisas de sillas abandonadas, montones de pilas de basura y los tejados de hojalata de las prolongaciones de las casas.

Unas cuantas curvas después estaba de vuelta en el *hutong* del Molino de Tofu. Como antes, los faroles blancos se balanceaban encima de la entrada del número 19. Mei dio un empujoncito a la puerta medio abierta; chirrió. Dentro de la casa del abuelo Wu, una pálida luz se extinguió.

Mei abrió la puerta de par en par. Encendió su linterna y la apuntó hacia el interior de la habitación oscura. Los ojos asustados de Liu el Padrino le devolvieron la mirada.

–¿Qué está usted haciendo? –le espetó ella.

–Chsss. Mejor no hablamos aquí –murmuró Liu el Padrino–. Apague la linterna, por favor.

Mei no se movió.

–¡Nos podría ver alguien! –siseó él–. Por favor, se lo suplico, venga a mi casa. Se lo contaré todo.

Mei escrutó aquella cara y aquel lunar. Entrecerró los ojos. ¿Podía fiarse de él? Apagó la linterna.

Al salir de la casa del abuelo Wu, Liu el Padrino echó el cerrojo.

–Él me dio la llave. Estaba enfermo y yo me ocupaba de él –explicó.

Fueron al final del patio, donde la más pequeña de las casas. Había un triciclo, con el manillar retorcido en un ángulo curioso, aparcado bajo la ventana. Liu el Padrino apremió a Mei para que entrara.

Tiró de un cordón, y una bombilla en medio del techo iluminó el cuarto. Había muebles apilados a los dos lados de la puerta. Cajas de cartón, palanganas, cuencos y cazuelas formaban un revoltijo encima de un arcón y por el suelo. La habitación olía a tofu encurtido.

Liu el Padrino despejó una silla tirando una pila de objetos al suelo. De una bolsa se escapó una docena de ciruelas pasas.

Mei se acercó a la silla, la única en la habitación.

–¡No! –exclamó él–. No puede sentarse ahí. Trae mala suerte.

Llevó la silla al otro lado del cuarto y la volvió de cara a la puerta.

–Siéntese aquí –dijo–. Yo me pongo en la cama.

La cama ocupaba toda la pared del fondo. Al lado había una mesa pequeña, con periódicos viejos, tarros de cristal, tazas de té y un cuchillo de cocina del tamaño de un ladrillo cubriendo el tablero. Liu el Padrino escarbó entre el batiburrillo en busca de un paquete de tabaco. Cuando lo encontró, revolvió todo una vez más, buscando una caja de cerillas.

–¿Qué andaba usted buscando en casa del abuelo Wu?

Liu el Padrino empujó las sábanas a una esquina de la cama y se sentó.

–No buscaba nada. Estaba devolviendo cosas.

–¿Qué cosas?

Liu le dio una calada al pitillo.

–Dinero. No soy un ladrón, si eso es lo que está pensando. Nunca ofendería al abuelo Wu. Fue mi amigo durante sesenta años. Pero ¿por qué dejar que el dinero se pudra debajo del colchón; o, peor aún, que lo encuentre otro? He cuidado de él durante años. Me merezco una compensación.

–¿Cuánto dinero?

–Miles de yuanes. Se lo dio la amiga de Lin. Él no lo quería, pero ella insistió. Le dije al abuelo Wu que ésa tenía que ser una novia, o si no ¿por qué iba a venir a verle y darle dinero? Él dijo que era rica.

–¿Cuántas veces vino?

–Dos o tres veces, y todas lo dejó muy alterado. A él no le gustaba hablar de Lin.

–¿Qué le ocurrió a Lin?

Liu el Padrino se quitó el pitillo de la boca.

–Yo pensaba que usted era amiga suya.

–No le he visto nunca.

–Pero Chen el Poli pensaba que usted era… –se detuvo, mirando a la ventana.

Mei escuchó. La noche estaba silenciosa, salvo por el zumbido de la bombilla por encima de sus cabezas.

–¿Qué fue lo que le dijo?

Liu el Padrino se agitó nervioso, retorciendo el pitillo entre los dedos. Mei recordó lo que había dicho en el local de *qipei* sobre sus cotilleos. A los cotillas les encanta tener algún secreto que contar.

–Dijo que usted había estado con él. Dijo que usted está en contacto con Lin.

–¿Y qué le hizo pensar eso?

El gesto de Liu el Padrino se tornó solemne.

–Las mariposas de papel.

Eso explicaba por qué la había seguido, pensó Mei. Pero ¿qué habría querido decir con lo de que estaba «en contacto con Lin»? ¿Pensaba que ella le iba a guiar hasta él?

–¿Usted sabe quién soy yo? –Mei decidió ser franca con Liu el Padrino. Él era un cotilla supersticioso y podría ser justo la persona que la ayudase a apalancar el secreto hasta abrirlo de par en par.

Él la miró intensamente:

–El espíritu del abuelo Wu está alterado. Primero vinieron las mariposas de papel, y luego usted. Usted es la mensajera de él. Cuando la vi esta noche con la señora Tang, decidí que tenía que devolver el dinero. Le he hecho unos *kowtows* al abuelo Wu y le he suplicado que me perdone.

–¿Cree usted que yo soy un espíritu?

–No. Pero usted es una señal. Las coincidencias no existen. Todo ocurre por alguna razón.

–En eso estoy de acuerdo con usted, pero yo no soy la mensajera del abuelo Wu. Estoy aquí para resolver el misterio de las mariposas de papel. Quiero, como usted, averiguar de dónde han venido y quién las ha hecho –Mei le entregó una tarjeta de visita–. Mi trabajo consiste en resolver los problemas de la gente.

Liu el Padrino leyó la tarjeta, pero no parecía muy convencido.

–No creerá de verdad que fue el espíritu del abuelo Wu quien colocó las mariposas de papel –dijo Mei.

–Lo creo.

–Entonces será que lo cree porque no tiene otra explicación. Déjeme que yo la encuentre. Yo le puedo ayudar.

Liu el Padrino fumó de su pitillo, y luego exhaló humo. Al parecer no estaba muy seguro.

Mei le apremió:

–Pero, para que yo le ayude, usted tiene que decirme lo que sabe. Cuanto más, mejor.

–¿Qué quiere usted saber?

–Todo. Primero, ¿qué le contó el abuelo Wu sobre la antigua novia de Lin?

–Fue hace unos meses. Dijo que una amiga de Lin de la universidad había venido a verle. Que era curioso que fuera a venir ahora, después de tantos años. Luego ella vino un par de veces más y le trajo dinero. Supongo que le tenía lástima. El abuelo Wu llevaba enfermo desde que el tiempo se puso frío. Él no quería el dinero, pero ella se lo dejó de todos modos.

–¿Qué más?

–Dijo que ella lamentaba haber tardado tanto en venir; que había preguntado por Lin. Pero, desde luego, el abuelo Wu no había tenido ninguna noticia desde que Lin fue detenido. Y de eso hace… nueve años.

–¿Por qué lo detuvieron?

–Fue el 4 de Junio. El insensato del chico se fue a la plaza de Tian'anmen. Se tuvo que haber ido de noche sin decírselo a nadie. Cuando volvió al día siguiente venía hablando de sangre y de muerte. Sea lo que fuese lo que allí pasó, le impactó en lo más profundo. Le dijimos que lo dejara estar, pero él volvió… todos los demás días. Decía que quería ayudar… no supimos a quién. Los soldados patrullaban por las calles. El abuelo Wu estaba muy preocupado. Temía que Lin fuera detenido y no regresara. Una noche la policía hizo una incursión en esta corrala. Fue pasada la medianoche, y yo estaba durmiendo. Cuando salí afuera, ya se habían llevado a Lin. El abuelo Wu se volvió loco. A sus setenta y un años y con bastón, se fue a todas partes intentando conseguir noticias de su nieto. Unos cuantos meses después nos enteramos de que habían condenado a Lin a diez años de trabajos forzados. Eso fue lo último que supimos de él. El abuelo Wu se puso enfermo. La salud se le iba deteriorando a cada año que pasaba. Al final estaba casi completamente postrado en la cama. Los vecinos cuidábamos de él.

–¿Cuándo murió?

–Pensamos que fue la noche de la ventisca. La señora Chen encontró su cuerpo a la mañana siguiente. Dijo que había muerto en paz; que hasta parecía feliz. El pobre hombre había tenido una vida muy dura. Todos los años pensábamos que no pasaría del invierno, pero todos los años pasaba, más melancólico que un fantasma. La noche después de que muriera, los vecinos se reunieron en casa de Chen el Poli. Nos dijo que iba a llevar él el cuerpo al crematorio. Al día siguiente por la mañana me levanté a coger agua del grifo del patio y había una mariposa de papel en la nieve al lado de mi puerta. Puede usted imaginarse el susto.

Liu el Padrino se apagó el pitillo en la suela del zapato y tiró la colilla al suelo.

–Estaba tan asustado que me fui derecho a casa del abuelo Wu a comprobar si de verdad se había muerto. Se lo conté a la señora Chen. Trabaja a media jornada en el supermercado de Long Fu. Pero no le preocupó, creyó que era una broma. Dijo que aquellos pensamientos supersticiosos míos eran estúpidos y que yo no debería creer en fantasmas.

–¿Qué dijo Chen el Poli de la mariposa?

–Estaba de muy mal humor, y creyó que le estaba diciendo tonterías sobre espíritus. Pero les dije: «Somos viejos vecinos. Tenemos que hacerle un velatorio al abuelo Wu, o si no su espíritu estará siempre disgustado con nosotros y no se marchará nunca». Chen el Poli estuvo de acuerdo, aunque dijo que él no creía en supersticiones. La señora Tang dijo que todo era una tontería, pero se empeñó en organizar ella la fiesta –Liu el Padrino tragó saliva–. Ahora que ya hemos hecho el velatorio y yo he devuelto el dinero, confío en que su espíritu se calme y quede apaciguado –sacó otro pitillo y se puso a buscar la caja de cerillas.

–¿Vio usted algo sospechoso cuando encontró la mariposa de papel, como huellas de pisadas? –preguntó Mei.

–Tenía tal ataque de pánico cuando corrí a casa del abuelo Wu que si hubiese habido huellas las habría estropeado.

–¿Sabía alguien más que él tenía dinero?

–Puede que yo se lo dijera a la señora Chen. Qué cotilla soy... A veces me dan ganas de abofetearme a mí mismo. Pero nadie más sabía dónde escondía él el dinero. En cualquier caso, dudo que los Chen lo quisieran. Chen el Poli se las arregla muy bien por sí mismo –Liu el Padrino hizo una pausa, con la mirada centelleante–. No estará usted pensando que alguien anda detrás de ese dinero.

Mei miró su reloj. Era más de medianoche.

–Gracias. Volveré en otro momento –dijo.

Liu el Padrino se puso de pie.

–Yo lo que hago es cortarle el pelo a la gente. Eso no da dinero. Hoy en día la juventud prefiere ir a los salones de peluquería modernos. Yo no tengo hijos. Cuando sea viejo y no pueda trabajar, ¿quién va a cuidar de mí? No soy un ladrón.

Mei se detuvo en la puerta. Había pisado algo blando y lo había aplastado con los pies. Miró y vio la ciruela pasa.

# 26

Al día siguiente había un largo fax de Jing Jing y una nota de Gupin esperando a Mei cuando llegó a la oficina. Primero leyó el mensaje de Gupin.

–¡Bien hecho! –dijo en voz alta, y sonrió.

El fax de Jing Jing era una lista de las llamadas hechas desde el móvil de Kaili. Mei se llevó las hojas a su escritorio, copió algunos números en un papel en blanco, señaló, contó y tachó. Al final encontró los tres números a los que Kaili había llamado con mayor frecuencia antes de desaparecer. Dos eran de móviles. Miró en su agenda y vio, como esperaba, que uno era el del señor Peng. Llamó al segundo. Desconectado. El tercero era de un fijo. El teléfono sonó dos veces y una voz de mujer joven contestó:

–Abogados Huan Chun, buenos días.

–Buenos días. Me llamo Mei Wang. Llevo una pequeña consultoría de información. Puede que necesite representación legal.

–¿Quiere hablar con alguno de nuestros socios? –preguntó la linda voz.

–Sí, por favor.

Al cabo de unos minutos, habló un hombre.

–Me ha recomendado sus servicios una amiga mía –le dijo Mei–. ¿Conoce a Kaili, la cantante? Me gustaría hablar con su abogado. Me dijo el nombre, pero lo he olvidado.

El hombre fue a comprobarlo. Mei esperó.

Volvió pasados unos minutos.

–El abogado que la lleva a ella es Li Bo. Por desgracia está en una reunión en este momento. ¿Quiere que le diga que la llame cuando esté libre?

–Le llamaré yo más tarde –dijo Mei.

Después de colgar, Mei llamó al detective Zhao.

–Ya no me sirve de nada la información –le dijo él malhumorado–. Los del distrito se han hecho cargo del caso de Kaili, pero un viejo amigo de la academia me ha dicho que no lo van a seguir investigando. Subestimé el poder del señor Peng.

–Pues yo no me voy a rendir. Ni usted tampoco debería. Todos los jefes tienen por encima a otros jefes. ¿Quién dice que los del distrito tienen la última palabra? Tanto si quieren que se investigue como si no, si lo resuelve usted aún tendrá crédito, especialmente cuando arreste, digamos, al culpable.

–Pero no tengo ningún respaldo –dijo el detective Zhao.

–Podemos trabajar juntos, pero tendremos que tender la red con cuidado. Va a ser difícil pero vale la pena intentarlo –hizo una pausa y luego siguió–. Creo que he encontrado algo que podría ser útil, pero necesito su ayuda.

El detective Zhao no dijo nada.

Mei se imaginó que estaría sopesando sus opciones.

–No va a dejar que el señor Peng se salga con la suya, ¿verdad?

–¿En qué puedo ayudar? –dijo al fin el detective.

–Mi ayudante ha descubierto que falta un trabajador de provincias de la Fábrica 958. Podría ser el hombre que usted busca. Lo llaman Joven Gansú. ¿Puede conseguirme una descripción, y quizá incluso una foto? Tengo aquí unos cuantos nombres de gente que está dispuesta a hablar con usted.

Mei le leyó en alto al detective Zhao los nombres de la nota de Gupin para que los apuntara. Luego le habló del abogado Li.

–Me gustaría saber qué quería Kaili con él. A mí probablemente no me lo contaría, pero no tendrá más remedio si se lo pregunta usted.

–Iré esta tarde a verlos.

Se dijeron adiós y Mei marcó otro número.

–Ministerio de Seguridad Pública –dijo una mujer.

Mei le dio un número de extensión. El teléfono sonó largo rato antes de que contestaran.

–¿Sí? –dijo una voz adormecida.

–¿Eres Yang Chao?

–Sí –de golpe la voz se despertó.

–Soy Mei Wang, tu antigua colega de Relaciones Públicas.

–¡Mei! –exclamó él–. ¿Cómo estás? Oí que te habías pasado al sector privado. ¿Cómo te va? Vaya lección que les has dado a esos fantasmas retorcidos –Chao soltó una retahíla de palabrotas–. Siento no haber mantenido el contacto. Tenía intención de llamarte –él era de los poquísimos del ministerio que habían apoyado a Mei durante la campaña organizada contra ella por su jefe, que finalmente la llevó a dimitir.

–Yo tampoco te llamé –dijo Mei.

–Fue culpa mía. No debí dejar que mi ex novia me intimidara –dijo Chao.

Mei la recordaba: llevaba las cejas pintadas con lápiz, además de un montón de maquillaje. Había examinado detenidamente a Mei desde detrás de sus lentes enmarcadas en alambre fino.

–¿Cuándo lo habéis dejado?

–Hace siete meses. Ha sido lo mejor. En realidad, nunca encajamos. Creo que al final la decepcionaron mis perspectivas profesionales. Desde que te fuiste apenas he progresado en el departamento. Pero las cosas están cambiando. El viejo se retira.

Mei sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo como una corriente eléctrica. Su antiguo jefe se iba.

–Me alegro mucho de oírte –dijo Chao–, pero supongo que no llamabas sólo para saludar. ¿En qué puedo ayudarte?

Mei sonrió. Por un lado le daba apuro su franqueza, pero por otro la sorprendió agradablemente lo relajado y coherente de su postura. Había cambiado, pensó Mei. La imagen de un testarudo jovencito de veintidós años se recompuso en su mente.

–¿Podrías hacerme una consulta sobre dos personas? –le dio los nombres de Lin y Chen el Poli y le contó la historia de los dos.

–Haré lo que pueda. ¿Cuándo necesitas el resultado?

–Cuanto antes, mejor.

–¿Hasta qué hora te puedo llamar?

–Hasta la hora que sea –dijo Mei.

# 27

Las palomas arrullaban dentro de jaulas oxidadas sobre los tejados de las casas del patio. A doscientos metros de la oficina del Comité Revolucionario de la Calle y el Hutong, los adictos al juego se colaban en una última sala clandestina de *qipei*. Una joven asomó la cabeza por una puerta, y, viendo sólo a Mei, vertió un barreño de agua sucia contra una pared medianera en la que se había pintado un letrero: «Estrictamente prohibido tirar basura».

Los triciclos de paseo silbaban al paso, haciendo sonar los timbres. Las viejas subían por el *hutong*, engordando sus cestas de la compra. En la superficie todo parecía normal. Luego un grupo de mujeres de mediana edad pasó a toda prisa por el callejón, cuchicheando unas con otras, y Mei notó algo extraño. Los vecinos se reunieron en las puertas de los patios, las cabezas juntas, la expresión ansiosa. Estaban mandando a los niños a casa. Entonces Mei oyó una reverberación de voces por las callejuelas congeladas.

–¿Que no está? ¿Qué quieres decir?

–Ha desaparecido. Dicen que ha sido todo en diez minutos. Estaba jugando en su *hutong*. Cuando ha salido su madre a buscarla, ya no estaba.

–¿Qué Pequeña Flor?

–La de Madre Chen, la de las trenzas.

–El comité está organizando una batida.

–¡Ming, Ming, vete a casa!

Mei se detuvo. Pequeña Flor… ya no estaba… desaparecida…

Vieron a Mei.

–¿Qué quieres? –le gritó una mujer pecosa con una chaqueta guateada gris.

Mei sacudió la cabeza y salió a toda prisa de allí. A su espalda oyó susurros recelosos.

En lo alto del *hutong*, la calleja se curvaba y se ensanchaba. Se encontró a sí misma delante de la tienda de la esquina. Compró dos paquetes de petardos de los de la Fiesta de la Primavera.

–¿Se ha enterado de lo de la niña de Chen el Poli? –preguntó.

–No se puede ni creer –dijo el dependiente, cogiendo un pitillo a medio fumar y metiéndoselo entre los labios.

–¿No le parece que…? –Mei cortó la frase deliberadamente.

Él asintió con gravedad.

–Uno oye todos los días que secuestran a niños pequeños y los venden a familias ricas que quieren un hijo, pero parece que nunca cogen a niñas. Muchos vecinos han salido a buscarla.

–¿Cree que la encontrarán?

El dependiente negó con la cabeza.

–Alguien tiene que haber visto algo –dijo Mei.

–Hay gente extraña por todas partes últimamente. Desde que remodelaron el Houhai, hemos tenido de todo por aquí. Nunca sabe uno quién es bueno y quién es malo.

–A lo mejor se ha perdido.

–Estaba jugando a la puerta de su propio patio. Conoce el *hutong*. No podría perderse. Chen el Poli se ha ido ya para la comisaría.

Mei le dijo adiós y se encaminó al *hutong* del Molino de Tofu.

El portal del número 19 era ancho. Mei entró. Un silencio fantasmagórico gobernaba el patio. La casa del abuelo Wu estaba candada. El chamizo que había bajo el arce, que los Chen habían añadido hacía algunos años a modo de cocina, estaba a oscuras. La estufa de carbón no se había encendido.

La puerta de la casa de Chen el Poli estaba entreabierta. Mei la empujó. Dos de las mujeres de la noche anterior estaban allí, con unas toallas. La señora Tang estaba sentada a la mesa diciendo algo con urgencia, en voz queda. Su pequeño marido estaba de pie en una esquina, la cara en sombra.

La señora Chen se volvió bruscamente. Los ojos se le iluminaron un segundo, luego se le oscurecieron otra vez; cayeron lágrimas.

Mei entró y cerró la puerta a su espalda.

–Hermana Chen, no llores. La encontraremos –dijo la mujer de la permanente. Le ofrecía una toalla, pero la señora Chen no se movió.

–La encontrará la policía –dijo la mujer de ojos de pez de acuario.

La señora Chen se encogió. La palabra «policía» parecía haberle tocado una fibra sensible. Recurrir a la policía significaba aceptar que su hija había sido secuestrada. Era evidente que la sola idea le rompía el corazón.

La puerta se abrió de golpe. Liu el Padrino entró disparado.

–He oído lo de Pequeña Flor en casa del viejo Fang; ¿es cierto?

La señora Tang asintió, adusta.

–¡Es un castigo del cielo! –chilló él.

–¡Tonterías! –replicó la señora Tang.

–Ya sabes tú de qué hablo.

–Y sé que eres un viejo loco y supersticioso. Pero los espíritus y los fantasmas son antirrevolucionarios.

La señora Tang salió de las sombras y le trajo a Liu el Padrino una silla. El viejo sacudió la cabeza.

–Todos vosotros –sacó un dedo tembloroso y los señaló, frenético–. ¿No lo veis? Es la venganza del cielo –apuntó al techo.

–Vete a casa, Liu. Necesitas descansar –la voz de la señora Tang era fría como el hielo.

La señora Chen había dejado de llorar. Las dos mujeres del vecindario lo agarraron por los brazos, diciéndole palabras tranquilizadoras, sumergiendo su histeria en sus voces como cacareos de gallina. El señor Tang gritó algo. Liu el Padrino intentó liberarse y retrocedió hacia la mesa, volcándole una taza de té caliente encima a la señora Chen. Ella chilló.

En medio de la conmoción, la señora Tang permanecía inmóvil, los labios apretados, los ojos vidriosos.

Llevó un rato acallar a Liu el Padrino. Poco a poco fue dejando de sacudirse, se le aquietó

la mirada. Dio un gemido grave, luego agarró su cartera de barbero, que había tirado en la puerta cuando entró, y se marchó.

–¿Qué le habrá entrado? –dijo la mujer de ojos de pez de acuario.

La señora Tang la interrumpió con un gesto de la mano.

–El presidente Mao tenía razón. La gente de la vieja sociedad es peligrosa. Realmente no pueden reformarse. El Partido Comunista lo ha intentado. Nosotros lo hemos intentado. Yo me he pasado treinta años lidiando con gente pequeña –la antigua presidenta del Comité Revolucionario de la Calle y el Hutong resplandeció de pura determinación.

Mei conocía a gente como la señora Tang. El comunismo era su vida. En su mundo, la gente pertenecía a uno de dos bandos: el revolucionario y el antirrevolucionario. A Mei siempre le había parecido extraño que la generación de su madre tuviera esa fe ciega en el sistema. Cuanto más habían sufrido, más firme era su creencia.

La señora Tang se volvió a Mei.

–Tú eres algún tipo de investigadora, ¿verdad? Quizá puedas ayudar a encontrar a Pequeña Flor.

–Para eso estoy aquí. Señora Chen, por favor, cuénteme qué ha pasado –dijo Mei.

La señora Chen se secó los ojos con una mano.

–Mi nena ya no está. Mi tesorito… Íbamos a ir a comprar el relleno para unas empanadillas hervidas. A Pequeña Flor le encanta ayudar en la cocina. Yo estaba haciendo sopa de tallarines para comer. Ella salió a jugar a la entrada. Siempre jugaba allí. Tenía una peoncita. La compramos juntas en la Feria del Templo la semana pasada –las lágrimas le volvieron a brotar. Se atragantó–. ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo voy a poder vivir?

–Señora Chen, encontraremos a Pequeña Flor. No pierda la esperanza –la señora Tang apoyó las manos en el hombro de la señora Chen.

Las mujeres del vecindario fueron a buscar toallas limpias y algo de agua. La señora Tang se deslizó fuera del cuarto, que se iba quedando a oscuras a medida que avanzaba la tarde. Nadie se molestó en encender la luz.

Mei se marchó diciendo que volvería por la mañana. No le pareció que la señora Chen estuviera en aquel momento en situación de darle ningún dato útil.

Una descolorida luna creciente pendía del cielo. A cada lado del *hutong*, las puertas del patio estaban ya cerradas. Las bajas paredes grises se prolongaban, vacías e inmóviles. Había una fina niebla invernal al final de la calleja. Mei se imaginó a las familias reunidas cenando. Hablarían de Pequeña Flor y lo que había pasado en el vecindario. Hablarían de la gente que conocieron, de casas que ya no están.

De repente se sintió sola. Podía pasear por el *hutong* de esa gente, pero a ella no le pertenecía. Ella era el público de aquel drama. Desde fuera de la ventana, contemplaba a Pequeña Flor, el brillo inocente de sus ojos, su suave voz. Y entonces se desvaneció. Mei no pudo hacer nada por evitarlo.

Los dos faroles blancos de la noche anterior pendían aún burlones sobre la entrada del *hutong* del Molino de Tofu número 19.

# 28

En cuanto Mei llegó a casa, entró en la cocina y sacó del congelador una bolsa de empanadillas congeladas. La vació en una sartén con aceite y encendió el fuego. Salió una llamarada azul. Esperó a que las empanadillas crepitaran, entonces echó agua en la sartén. Se elevó una nube de vapor y ella le puso la tapa.

Sonó el teléfono.

–Tengo la información que querías –dijo Chao.

A Mei le dio un brinco el corazón.

–Primero, deja que te cuente de Lin. Fue al Instituto Número 6 del Distrito Oeste de la Ciudad, después a la Universidad de Qingdao a estudiar biología marina. Fue detenido en junio de 1989 por participar en el movimiento del 4 de Junio. Tenía veinte años. Según el acta, era miembro de una banda local de antirrevolucionarios. Participó en la quema de coches militares y en el ataque a un soldado del Ejército de Liberación Popular cerca de la plaza de Tian'anmen. Se opuso a la forma en que el Partido estaba manejando lo del 4 de Junio. La lista sigue. Fue condenado a ocho años de trabajos forzados y lo soltaron el verano pasado, después de haber cumplido la pena. Seguimos con Chen Xiaolei –continuó Chao–. Fue a la academia de policía pero lo dejó a principios de 1989. Fue condecorado por valentía y talante revolucionario tras la crisis del 4 de Junio. Tres años más tarde volvió a la academia y terminó el adiestramiento. Lo pusieron a cargo del control del tráfico del Distrito Oeste de la Ciudad y lo elogiaron por sus dotes de mando durante los Juegos de Asia. Hace un año lo ascendieron a director del equipo que se ocupa de los desplazamientos diarios del presidente Li Peng.

–Parece muy joven para haber llegado tan alto –dijo Mei.

–Sí, ha sabido posicionarse.

Mei se preguntaba si la desaparición de Pequeña Flor tenía algo que ver con esos éxitos.

–¿Estás decepcionada? –preguntó Chao.

–No, sólo distraída.

–Hay más –dijo Chao–. Las actas muestran que Chen Xiaolei fue el artífice del arresto de Lin y el testigo principal en el juicio. Su nombre salía en todos los archivos del caso.

–¡No! –Mei no podía creer lo que estaba oyendo. ¡El mejor amigo de Lin había ayudado a detenerlo y había testificado en su contra! Qué traicionado se tuvo que haber sentido.

–Entonces –Chao volvió a hablar, más íntimo que antes. Sonaba inseguro–, ¿hay alguna posibilidad de que cenes conmigo el sábado? No me ofenderé si no puedes.

–Me gustaría.

–¿Sí? Estupendo. ¿Hablamos el sábado por la mañana para ver a qué hora? ¿Qué tal en el Río Suzhou? Por supuesto, si tú prefieres otro restaurante…

–El Río Suzhou será delicioso.

–¿A las siete? ¿O más tarde?

–A las siete es perfecto –dijo Mei. Una sonrisa le rizó las comisuras de los labios.

Entonces Mei olió problemas: un olor fuerte, almizclado. Venía de su cocina. Se despidió precipitadamente y corrió.

La sartén estaba echando humo. Apagó el fuego y trató de quitar la tapa, que le quemó los dedos. La soltó y el humo le nubló la cara. Tosió, sacudiendo con todas sus fuerzas las manos. Las empanadillas se habían convertido en carbón. Fue al salón y abrió una ventana. Había poco tráfico allí abajo, en la carretera de circunvalación. El aire frío se coló dentro.

Lo que Chao le había dicho no encajaba con las teorías con las que estaba trabajando. Se preguntó si el abuelo Wu se habría enterado de lo de Chen el Poli…, o cualquier otro, para el caso. La señora Chen, Liu el Padrino, la señora Tang. ¿Qué pasado habían interpretado?

¿Y cómo se había metido Kaili en él?

Fue al dormitorio y se echó en la cama. Más preguntas invadían su mente. ¿Qué le había pasado a Pequeña Flor? ¿Dónde estaba Lin ahora? Poco a poco fue derivando hacia el sueño.

# 29

Sonó el teléfono; parecía una sirena. A Mei se le abrieron los ojos de golpe y salió dando traspiés de la cama.

Saltó el contestador automático en el salón.

–Soy el detective Zhao. Quería dar con usted antes de que saliera de casa. Tengo la información. ¿Está despierta? –estaba gritando.

Mei cogió el auricular.

–¿Qué hora es? –escrutó la oscuridad del otro lado de la ventana.

–Las cinco y media de la mañana.

Mei gruñó.

–¿Qué ha descubierto?

–No adivinaría lo que hizo Kaili... Yo no me lo creía cuando me lo dijeron, así que les hice enseñarme los papeles. Compró una tumba en el camposanto de la Montaña del Oeste. ¿Eso qué significa? ¿Cree usted que sabía que iba a morir?

–No puedo pensar antes de tomarme un café –dijo Mei.

–Llámeme a la comisaría lo antes posible.

Mei colgó el teléfono y fue a la cocina. Se hizo una taza de café, le puso leche y se la bebió. El cielo estaba clareando. Mei llamó al detective Zhao.

–¿Qué pasa con el trabajador de provincias? ¿Consiguió una descripción?

–Tengo una fotografía. Es una foto de grupo, pero se lo ve claramente.

–Voy para allá.

–Estaba a punto de ir por algo de desayuno a la tienda que hay al lado de la comisaría.

–Le veré allí.

Mei corrió al cuarto de baño y se salpicó la cara con agua. Se ató la larga melena en una cola de caballo, cogió el bolso, metió en él las cartas de Lin a Kaili, se puso el abrigo y salió.

Una sinfonía de luz y color estaba siendo interpretada en el horizonte. El amanecer se elevaba a través de la niebla de la mañana.

Por la mañana temprano Dashanzi tenía un aspecto estéril. Edificios abandonados, chabolas destartaladas y árboles desnudos surgían de la oscuridad como monstruos. Mei condujo por la calle principal. El viento levantaba restos de papel, de plástico, raspas de pescado y una lata vacía, que voló cruzando el haz de sus faros.

Dejó el coche bajo un poste de electricidad inclinado y salió. Enseguida el viento helado la despojó de tibieza. En la miseria de detrás de la comisaría bullían las sombras.

La tienda del desayuno parecía ser el único lugar abierto. Había una gran olla en la parte de atrás que aromatizaba el aire con el dulce olor de la leche tibia de soja. El dueño de la tienda, un tipo despierto de unos treinta y tantos años, le estaba dando instrucciones a un ayudante lleno de granos para que friera *yo bing* (tortas de aceite).

El detective Zhao la saludó al verla. Ante él, en la mesa, había un cuenco vacío y un *yo*

*bing* a medias en un plato.

–Acabo de terminar, pero ¿quiere usted desayunar?

–Sí, por favor –Mei se sentó enfrente. Después de haber quemado su cena, estaba hambrienta.

El detective Zhao llamó al jefe para que le trajera a Mei lo mismo que había tomado él.

Mei engulló el *yo bing* y, para pasarlo, la leche de soja.

–No coma tan rápido –dijo el detective Zhao–. Le va a doler el estómago.

–¿Puedo ver la foto? –preguntó ella.

El detective Zhao se sacó un par de papeles del bolsillo y se los dio.

Ella estudió las caras.

–Es él.

–¿Quién?

–Vamos –dijo Mei, dando un salto–. Tenemos que ir rápido.

–¿Adónde?

–A la Torre del Tambor.

# 30

El sol, con un millar de rayos, espolvoreaba un fino velo dorado sobre los tejados de las casas del patio. La Torre del Tambor brillaba por encima de la niebla matinal como un castillo flotante, tan vieja e indestructible como el propio tiempo. La ciudad estaba tranquila, aunque Mei sentía su energía brotando de los antiguos palacios y callejones, de los suburbios que crecían como hongos y los nuevos bloques de apartamentos relucientes.

Dos policías del vecindario y el bedel del Instituto Número 6 del Distrito Oeste de la Ciudad esperaban al detective Zhao y a Mei en el portón. Los policías llevaban sus uniformes verde oscuro de invierno. El bedel era un hombre barrigón de unos cincuenta años con una pierna coja. Los policías tiritaban dentro de sus abrigos. Saludaron al detective Zhao. Un agente alto y flaco se presentó como jefe de grupo.

–Como se me ordenó, he puesto hombres en todas las entradas.

–Bien.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó el jefe de grupo.

–¿No recibió la llamada de su jefe de distrito?

–Sí. Pero el camarada no dijo…

El detective Zhao lo interrumpió con un gesto impaciente.

–¿Dónde está la puerta del bedel? –le preguntó Mei al bedel.

–En la parte de atrás.

–¿Está cerrada con llave?

–Sí. La escuela ha estado cerrada por las vacaciones de invierno.

–Enséñenos la puerta –dijo Mei.

El detective Zhao les dijo a los dos policías que se quedaran de guardia. Mei y él siguieron al bedel a la parte de atrás.

Había un policía joven de pie, fumando, junto a una pequeña puerta de madera baja y medio escondida tras un árbol torcido. Cuando vio al detective Zhao, tiró la colilla y saludó.

El detective Zhao le devolvió el saludo.

El bedel cojeó hasta la puerta y se detuvo bruscamente. El candado había desaparecido. Le dio un empujón a la puerta, pero no se abrió.

–Está cerrada por dentro –resolló.

El joven policía dio un paso al frente y forcejeó con la puerta, tratando de abrirla. Traqueteó, pero siguió cerrada.

–¡Para! –siseó el detective Zhao–. Estás haciendo mucho ruido.

Mei echó un vistazo a la puerta y al muro. Ya era demasiado tarde para ir a buscar otra entrada. El muro no era allí tan alto como en la fachada del instituto, pero aun así no dejaba de tener un par de metros.

–¿Puede trepar al árbol y saltar al otro lado? –le preguntó al policía joven.

Él miró el árbol, luego el muro.

–Yo creo que sí.

El detective Zhao lo aupó, y él pasó. Un minuto después, Mei oyó el pestillo y la puerta se abrió.

–¿Dónde está el cuarto de calderas? –le preguntó al bedel.

–Al fondo a la izquierda, en el primer anexo.

Mei corrió.

–¡Diles a todos que entren enseguida! –ordenó el detective Zhao.

El joven policía salió corriendo. El detective Zhao siguió a Mei.

Daba la impresión de que por la parte trasera del instituto no había pasado nadie. Bajo los árboles sin hojas la nieve estaba virgen. Una docena de planchas de madera tapaba un boquete del muro. Una carretilla rota se hundía bajo un montón de ladrillos.

El anexo tenía un tejado plano alquitranado y dos puertas. Una llevaba a un almacén y la otra al cuarto de calderas. De los ganchos colgaban candados sin usar. Mei giró el pomo, pero la puerta del cuarto de calderas estaba trancada por dentro.

–¡Abra ahora mismo! –gritó el detective Zhao, dándole patadas a la puerta–. ¡Policía!

Mei abrió la puerta del almacén y se tropezó con cubos, fregonas y malla de alambre. Buscó y por fin encontró un hacha.

Se la pasó al detective Zhao, que se aplicó duramente con ella contra la puerta del cuarto de calderas. Se resquebrajó y volaron las astillas por los aires. Se oyó un grito infantil. El detective Zhao volvió a descargar el hacha, más fuerte. El agujero se ensanchó y la tranca cayó al suelo con un golpe seco.

La luz entró en el cuarto de calderas. Goteaba al suelo el agua de dos grifos calientes que habían sido envueltos con tiras de trapo. Había un fuerte olor a metal mojado. Pequeña Flor tiritaba en una esquina bajo un abrigo guateado de invierno.

Mei se arrodilló a su lado y abrazó el cuerpecito tembloroso. A Pequeña Flor se le habían deshecho las coletas y su pelo era un amasijo de nudos. Tenía los ojos muy abiertos del miedo. Mei la acarició y le susurró:

–Ahora estás a salvo. Ya pasó todo.

Entonces volvió la cabeza y lo vio a él, tan inmóvil y silencioso que parecía fundirse con el fondo. Había una taza de lata oxidada en el suelo junto a sus pies. Tenía la mirada vacía. Mei se estremeció, sobrecogida.

El detective Zhao saltó sobre él y lo tiró al suelo; aterrizó como un peso muerto, sin expresión en la cara. Cuando el detective Zhao le puso un par de esposas en las muñecas, él simplemente bajó los ojos.

Mei cogió en brazos a Pequeña Flor, que gimoteaba, y la sacó del cuarto de calderas. Detrás de ellas, el detective Zhao empujaba al hombre esposado. Cuando salieron a la luz clara del sol, Pequeña Flor escondió la cara en el pecho de Mei.

Un grupo de policías corrió hacia ellos, el jefe de grupo al frente.

–¡Han encontrado a Pequeña Flor! –jadeó–. ¿Es él el que…?

–Sí.

El jefe de grupo agarró al preso del cuello de la camisa.

–¿Por qué? –le gritó. El hombre ni levantó los ojos ni respondió–. ¡Habla! –chilló el jefe de grupo, poniéndosele la cara roja. De repente levantó un pie y le dio una patada al hombre.

El otro policía se le unió.

–¡Paren! –gritó el detective Zhao–. ¿Es que no tienen sentido de la disciplina?

El prisionero yacía en el suelo, indefenso, magullado y sangrando.

–¿Quién les ha dicho que le peguen? –bramó el detective Zhao–. ¿Qué tipo de jefe de grupo es usted? Llévese a Pequeña Flor con su madre. Está esperando.

El jefe de grupo recogió su gorra, que se le había caído al suelo. Mei le dio a Pequeña Flor.

–Dígale a la señora Chen que iremos a hablar con Pequeña Flor cuando se haya tranquilizado –dijo.

El jefe de grupo se fue con la niña en brazos, con dos de sus hombres siguiéndole.

–¡Levántate! –dijo con voz ronca el detective Zhao al hombre que estaba en el suelo.

–Llevémoslo a una de las aulas y limpiémoslo –dijo Mei al detective Zhao–. Como prometí, se lo explicaré todo.

Fueron a la primera aula de la planta baja y Mei cerró la puerta.

–¡Siéntate! –el detective Zhao empujó al hombre a una silla.

–¿Le importa quitarle las esposas? –preguntó Mei–. No es peligroso.

–¿Qué?

Mei se trajo arrastrando una silla y se sentó.

–Hola, Lin –le dijo.

Los ojos de él se movieron tras los párpados hinchados. Mei recordaba los retratos que había visto en casa del abuelo Wu. El hombre que tenía delante apenas se parecía al apuesto joven Lin.

–Siento lo de tu abuelo. Qué triste debes de estar. Yo fui a su velatorio. Muchos viejos amigos y vecinos acudieron a velarlo.

A Lin le salía sangre de un corte en la cara. Mei le ofreció un paquete de clínex, pero él no lo cogió. En lugar de eso, se restañó la sangre con la mano.

El detective Zhao le quitó las esposas. Lin se frotó las muñecas. Tenía las manos sucias y agrietadas.

–¿Te apetece un desayuno? Debes de estar hambriento. Me temo que podría ser el último que tomes fuera –dijo Mei.

–¿Un desayuno? ¡Pero si es un asesino y un secuestrador! –protestó el detective Zhao.

–Yo no he matado a nadie –dijo Lin.

El detective Zhao lo ignoró:

–No entiendo. ¿Qué tiene que ver la muerte de Kaili con la pequeña?

–Es una larga historia. Un desayuno ayudaría –dijo Mei.

El detective Zhao gruñó. Fuera, en el patio del recreo, los tres policías que quedaban estaban jugando a tú la llevas. Abrió una ventana.

–Tú –llamó al más joven–. ¿Nos puedes traer algo de desayuno? Leche de soja y *yo bing*.

Mei fijó sus ojos en aquellos párpados amoratados y trató de sentir la vida tras ellos. Lin sólo tenía veintinueve años. Unos años antes se había levantado contra el viento a gritar con la temeridad y la insolencia que sólo la juventud se puede permitir: «Aquí estoy. Voy a triunfar. Vais a ver».

Pero Mei no logró encontrar ya en sus ojos nada de aquello. Lo que vio era pura decadencia. Se sacó la mariposa de papel del bolso y la posó sobre la mesa.

–¿Dónde has encontrado eso? –preguntó Lin.

–En el apartamento de Kaili.

Lin se echó hacia delante y miró a Mei.

–¿Eres amiga suya?

–Me gustaría poder decir que lo era… de Kaili o tuya. Me siento como si lo fuera… pero soy investigadora privada. La compañía discográfica de Kaili me contrató para buscarla cuando desapareció. Siento que todo haya terminado así –Mei hizo una pausa–. Ojalá hubiera podido ayudarte. Ojalá alguien te hubiera ayudado en todos estos años –la voz se le quebraba al acordarse de la plaza de Tian'anmen, del sonido de los tanques bajando por el paseo de Chang'an y de la bala que le pasó silbando junto a la oreja. Inclinó la cabeza en señal de respeto y admiración por un compañero estudiante que había estado en la plaza en aquella noche fatídica.

A Lin le rechinaron los dientes. Le volvió a sangrar la herida de la cara. Esta vez se la restañó con un clínex.

Mei continuó:

–Si mi mejor amigo me hubiera traicionado y me hubiera enviado a la cárcel, yo también habría querido vengarme. Pero ¿secuestrar a Pequeña Flor? No, Lin. Ella es inocente.

–¿Inocente? ¡Pásate tú ocho años de *lao gai* si quieres, y luego vienes a hablarme de inocencia!

–Lo siento.

–¿Que lo sientes? Yo tenía veinte años, estaba enamorado y estudiando en la universidad. Tenía todo el futuro por delante. Chen Xiaolei me lo destrozó para poder progresar él: *shang guan fa cai*. Ahora él tiene la carrera brillante que quería, un coche nuevo, dinero. Tiene mujer y una hija. Pero ¡mírame a mí! –se puso de pie de un salto.

El detective Zhao lo empujó otra vez a la silla.

–He perdido todo y a todas las personas que quería –a Lin se le quebró la voz–. De qué inocencia me hablas, cuando hay un tipo que le ha hecho eso a otro. Gordi y yo éramos amigos desde niños. Yo se lo conté todo. Se lo conté a la señora Tang. Confiaba en ellos. Inocente era la gente que había muerto esa noche, gente joven, de dieciocho, diecinueve o veinte años. No tendrían que haber muerto. Tendrían que haber estado en casa cenando con sus madres, sus novias o sus novios. Yo quería que Gordi y la señora Tang comprendieran qué tragedia había sido aquello… que vieran la sangre y la muerte. Pero ellos me traicionaron. La señora Tang estaba tan convencida de que yo era un antirrevolucionario que se aseguró de que yo estuviera en casa cuando vino la policía.

–¿Y Liu el Padrino?

–Ése hace más daño con la lengua que otros con un cuchillo. Pero pobre abuelo, él no sabía nada de esto. Él creía que sus vecinos eran amigos suyos –Lin miró por la ventana–. Aquí es donde solíamos pasar el tiempo que teníamos para estar juntos. Todas las mañanas yo entraba temprano con el abuelo a barrer el patio y encender las estufas. Aquí he crecido y le he visto envejecer. No dejó nunca de trabajar, ni siquiera cuando estaba enfermo. Me metió en la escuela y me apoyó en todo lo que hice. Cuando me mandaron al *lao gai* siguió viviendo sólo para poder volver a verme cuando me soltaran... La noche de la tormenta de nieve, pensaba que había matado a Kaili… No con mis manos, pero ella murió por mi causa. Yo estaba enloquecido y completamente perdido. No tenía ningún otro sitio al que ir, así que fui a casa del abuelo. Él estaba muy enfermo… Cómo desearía haber vuelto antes, pero

me reconcomía el pensamiento de la venganza y quería poner las cosas en su sitio antes de ir a verlo.

–¿Qué le pasó a Kaili? –preguntó Mei.

–Yo volví a Pekín hace unos meses, en otoño, con ganas de castigar a todo el mundo. Estuve dando vueltas por mi barrio muchas veces, tratando de determinar qué podía hacer. Un día vi a Pequeña Flor con Chen Xiaolei y me vino la idea. Quería herirle tanto como él me había machacado a mí. Me llevaría su amor más preciado. Pero ocurrió algo inesperado que me estropeó los planes.

–Te encontraste con Kaili –dijo Mei.

–Sí. ¿Pero tú cómo lo sabes?

–Cuando ella desapareció fui al Estadio de la Capital. No había forma de salir de la zona de los camerinos, salvo por la puerta de artistas, a menos que fuera uno por la parte que estaba en obras. Fue por eso por lo que nadie la vio marcharse. Pero quienquiera que la hubiera hecho salir por allí tenía que conocer bien la zona en obras. No comprendí que era contigo con quien se había encontrado hasta más tarde.

–Yo llegué a Pekín con un grupo de trabajadores de provincias que había conocido en el tren –dijo Lin–. Me junté con ellos y alquilábamos la cama en Dashanzi. Estábamos trabajando en las obras del Estadio de la Capital cuando vi unos carteles del concierto de Kaili. No la había visto en nueve años. En las fotos no parecía ni un día mayor que entonces, y estaba aún más guapa.

Esa noche me colé por la zona en obras para verla. Ella se llevó tal sorpresa que se echó a llorar. Dijo que había ido a ver al abuelo y que últimamente no lo encontraba demasiado bien. Le pedí que viniera conmigo y lo hizo. Fuimos a Dashanzi, a uno de los edificios abandonados. Ella era mía, mi amor, mi secreto. No quería que nadie más la viera. No quería que viniera la policía y se la llevara. Pasamos dos días juntos, como si nunca hubiéramos dejado de amarnos. Hasta hablamos de buscar un apartamento y volver a empezar otra vez. Pero entonces ella empezó a ponerse nerviosa. Dijo que se había equivocado al venir conmigo. Dijo que estaba dolida porque su novio tenía un lío con otra. Echaba de menos su apartamento, su estilo de vida. Dijo que su novio la había metido en la droga. Yo le dije que la ayudaría a salir de eso, pero me respondió que ya era tarde. Dijo que había cambiado, que ya no teníamos futuro; pero que estaría encantada de darme algo de dinero. Forcejeamos. Ella quería irse. Traté de detenerla. Se puso a gritar. A mí me entró el pánico. Quería hacerla parar. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, la solté. Ella se cayó hacia atrás por las escaleras y se dio en la cabeza con el borde puntiagudo de un escalón. Cuando llegué abajo, ya estaba muerta. Yo no sabía qué hacer. Me dolía la cabeza… Llevo años con jaquecas. Le quité las joyas para que pareciera un atraco y me esfumé. No sabía adónde ir, así que cogí el autobús a la ciudad. Estuve dando vueltas en mitad de la nieve. No tenía adónde ir y no había nadie que pudiera ayudarme. Cuando el abuelo me vio, lloró. Lloramos los dos. Lo encontré débil y envejecido, noté que sólo le quedaba un hilo de vida. Me había estado esperando. Le toqué la cara, lo abracé y me tumbé a su lado. Lo único que quería era estar allí y sentir otra vez cómo me quería. Pero no pudo ser. Él había esperado demasiado y estaba exhausto. Murió esa misma noche. Yo estaba desconsolado, loco de dolor y de odio. Si tenía alguna duda sobre la venganza, me la borró la muerte del abuelo. Hice mariposas de papel y las dejé en las puertas de las casas de mis enemigos. Quería que supieran que iba a vengar todas las injusticias que han cometido con

nosotros. Había perdido a la última de las personas a las que amaba. Ya no me quedaba nada que temer.

–¿Dónde has pasado los días que siguieron a la muerte de tu abuelo? ¿Qué hiciste? –preguntó Mei.

–Me di de alta en una de las empresas de triciclos de paseo. Tenían muchas vacantes, porque los trabajadores de provincias se van a sus casas por las Fiestas de la Primavera. Me alquilé un cuartito por la zona para poder hacer mis planes.

Llamaron a la puerta. Era el desayuno: leche de soja y *yo bing*.

El detective Zhao lo cogió y le dio las gracias al policía. Lo puso encima de la mesa, y Lin se lo comió a dos carrillos.

–Háblame de Pequeña Flor. ¿Qué pasó? –preguntó Mei cuando Lin hubo terminado de comer.

–Había pensado en llevármela, pero no sabía cómo hacerlo. Pasaba todos los días con el triciclo por el *hutong* del Molino de Tofu, a veces con turistas en el asiento, a veces yo solo, maquinando. No me reconoció ninguno de los vecinos. Pensaron que era uno de los trabajadores de provincias. No me había atrevido a volver a nuestra casa después de haber repartido las mariposas de papel. Tenía miedo de que Gordi sospechara. Pero oí lo del velatorio y me enfadé. Ellos que habían traicionado al abuelo, ahora iban a fingir que lloraban su muerte. Al día siguiente estaba de vuelta en el *hutong*. La visión de los faroles blancos me dio náuseas. Entonces, como si el cielo me estuviera concediendo una ocasión, vi a Pequeña Flor jugando sola fuera. No había nadie cerca. Aproveché la ocasión. Ya había hablado con ella otras veces, así que no fue difícil convencerla de que viniera a darse una vuelta en mi triciclo. Pero yo sabía que no se iba a estar mucho tiempo ahí sin decir nada, así que la traje aquí. El abuelo fue el portero de este instituto durante años. Yo lo conocía bien, y tuve la suerte de encontrar la llave todavía escondida en una grieta del muro en la entrada de la portería. El abuelo la ponía siempre ahí. Sabía que el cuarto de calderas nunca se cerraba con llave y que allí por la noche se estaría caliente. Cuando Pequeña Flor se resistió y gritó, la até. Luchó un montón y tardó mucho tiempo en dormirse. Yo pensaba salir a buscar comida al amanecer.

–¿Y qué planeabas hacer con Pequeña Flor? –interrogó el detective Zhao.

–No había pensado en eso.

–El secuestro es un delito muy serio, especialmente cuando afecta a un policía –dijo el detective Zhao.

Lin bajó la cabeza.

–¿Qué castigo puedo temer? No tengo nada que perder ni nada que ganar. Esto es el fin. La vida no tiene ningún sentido. Ninguno. Pero yo no maté a Kaili –Lin levantó la cabeza–. Tienen que creerme. Fue un accidente. No quiero que me condenen por una cosa que no he hecho.

–De eso no tienes que preocuparte –dijo Mei echándole una mirada al detective, que estaba medio sentado en una mesa, con las largas piernas extendidas. Sus ojos se encontraron. Él estuvo de acuerdo.

Entraron más policías de uniforme en el patio del colegio. El detective Zhao se puso de pie.

–Me temo que esto es todo –volvió a ponerle las esposas a Lin–. Será mejor que vengas conmigo.

# 31

Dos días antes de la Nochevieja china, los padres de Kaili llegaron a Pekín para llevarse a su hija a casa. Mei fue a reunirse con ellos y con Manyu en el cementerio. Ya habían terminado el papeleo y estaban esperando la urna.

Ambos andaban por la cincuentena, pero parecían más viejos. El padre, el señor Kang, era un hombre bajo de cara adusta pero agraciada. La señora Kang era todavía más baja que su esposo y regordeta. Llevaban puestas chaquetas Mao de color gris.

Mei se presentó y les dio el pésame. El señor Kang inclinó la cabeza y su esposa sollozó. Mei se sentó al lado de ellos en el banco. Les preguntó si habían estado en Pekín antes.

–Ésta es la primera vez –dijo la señora Kang lloriqueando.

–¿No se van a quedar un par de días para ver la ciudad? –preguntó Mei.

–No podemos –dijo bruscamente el señor Kang–. Este viaje nos ha costado ya mucho dinero.

–Yo lo pagaría con gusto –dijo Mei–. A Kaili le encantaba Pekín.

–Eso es lo que dijo el señor Peng. Qué hombre tan amable. Dijo que había tratado de ayudar a nuestra Kaili; imagínese, con lo importante que él es. Dijo que le van a hacer un álbum conmemorativo. Pero tenemos que volver a casa –dijo la señora Kang.

Manyu explicó que Kaili tenía un hermano de dieciséis años.

Se quedaron un rato en silencio.

–Kaili era una estrella. Debían de estar ustedes muy orgullosos de ella –dijo Mei.

–No tenemos televisión, y no tenemos costumbre de escuchar ese tipo de música –replicó el señor Kang.

La señora Kang miró a su marido con timidez. Le asomaban más lágrimas a los ojos. Volvió la cara al otro lado para que él no se las viera.

Un grupo grande de gente, encabezado por un hombre que llevaba, adornada con cintas negras, la fotografía de una señora anciana, entró en el vestíbulo. Fiel a la tradición, el hombre lloraba en voz muy alta. Era, probablemente, el hijo de la difunta. El grupo continuó hasta el mostrador, donde les enseñaron varias urnas que podían adquirir.

–Hemos comprado un cerdo para la Fiesta de la Primavera –dijo la señora Kang–. Nos toca ser los anfitriones de la cena familiar. Dos pares de abuelos, tías y tíos –y siguió con una explicación de cómo debían cocinarse las diferentes partes del cerdo: la cabeza como mejor quedaba era cocida, cosa que llevaba mucho tiempo, pero las orejas salían deliciosas marinadas en salsa de soja con ajo.

–¡Kang Kaili! –llamó alguien.

Todos se sobresaltaron. La señora Kang miró a su esposo con ojos desorbitados.

–¡Su urna está lista! –gritó de nuevo el hombre de detrás del mostrador.

El señor Kang y Manyu se fueron hacia él. Volvieron con una pequeña y sencilla caja negra.

La señora Kang se levantó para ir a cogerla. Las manos le temblaban como hojas de otoño. El señor Kang se la entregó y ella se vino abajo.

Él se la volvió a quitar.

–¡Basta! –le ladró a su mujer–. No tuvo una muerte digna. Se cayó borracha por las escaleras. Te lo he dicho cien veces; tal como iba por la vida, se veía venir que tenía que pasarle algo así. Y ahora vámonos. Sólo nos falta perder el tren.

La señora Kang lanzó una última mirada al vestíbulo donde las vitrinas exhibían sencillas urnas de madera junto a otras de marfil.

Manyu y Mei los llevaron a la estación. Aquello era un pandemónium. Todos los años por las Fiestas de la Primavera el gobierno autorizaba a los trabajadores de provincias a viajar sin papeles, para que pudieran ir a casa por vacaciones. Miles de ellos habían acampado a la entrada de la estación. En cuanto se abrió la barrera, cargaron hacia dentro, arrastrando grandes sacos y empujándose unos a otros.

Mei y Manyu se abrieron paso a brazo partido, con los padres de Kaili. La señora Kang agarraba la urna de su hija con tanta fuerza que Mei temió que pudiera romperla.

Mei quería comprar billetes de andén para poder acompañarlos ella y Manyu hasta el tren, pero ellos no lo permitieron. Se dijeron adiós en la barrera. Mei los miró alejarse. El señor Kang iba con la espalda inflexiblemente recta, mientras que su esposa, un paso por detrás de él, andaba encorvada.

Manyu y Mei salieron de la estación.

–Qué día más loco –exclamó Manyu–. ¡Y qué hipócrita! No me refiero a la madre, sino al padre de Kaili. La ha puesto a caldo, pero bien que se ha llevado su dinero.

Anduvieron un rato sin decir palabra.

–¿Cuándo es el juicio de Lin? –preguntó por fin Manyu.

–Dentro de dos meses.

–¿Qué posibilidades tiene?

–Pueden condenarlo a muerte.

Volvieron conduciendo juntas al centro de la ciudad. Faroles rojos lucían por las anchas avenidas. Había bloques de oficinas de muchos pisos iluminados, y explotaban cohetes, echando chispas, en el cielo. Por todas partes resonaban tambores, platillos y trompetas. Las fiestas del Año Nuevo acababan de empezar.

# Post scríptum

Bajo el cielo azul y las blancas nubes de algodón el paisaje era verde. El aire olía a primavera.

Mei y Gupin treparon por el sendero hasta el camposanto de la Montaña del Oeste. No hablaron mucho. Por el mismo sendero, delante y detrás de ellos, había familias que habían acudido a la Q*ing Ming* (la Fiesta de Difuntos). Los padres llevaban a caballito a niños minúsculos, y jovenzuelos reacios ayudaban a andar a los abuelos.

A Lin lo habían sentenciado a dieciséis años de cárcel por raptar a Pequeña Flor. El juez le había dicho que tenía que agradecérselo a Chen el Poli, porque no había solicitado la pena de muerte. Mei visitó a Lin antes de que lo enviaran a Dongbei. Él le pidió que cuidara la tumba de su abuelo, que Kaili había comprado para él. Ahora Mei la estaba arreglando, y colocó frente a la lápida una corona de flores de papel que llevaba el nombre del abuelo Wu en mandarín y en manchú. Gupin empezó a quemar dinero fantasma en una jofaina de aluminio. Dos tumbas más allá, una mujer con una banda blanca en la frente sollozaba ruidosamente: «¡Mamá!».

Mei se volvió. El valle se prolongaba a sus pies en vastas llanuras, atravesadas por los caminos. Luego venía la ciudad, una extensión infinita de estructuras y vidas.

Mei se preguntó si Lin volvería algún día.

Metió la mano en el bolso y sacó la mariposa de papel que había encontrado en el piso de Kaili. Se la acercó a los ojos y la volvió con cuidado. El sol se prendió en las vetas doradas. Tras el resplandor, sólo pudo distinguir algunos lugares conocidos: el Campanario, la Torre del Tambor, la torre de la televisión.

Le volvió al pensamiento su última conversación con Lin. Ella le había preguntado qué significaba la mariposa de papel. Él le había contestado con suavidad: «Es tu guía en el otro mundo. La que te conduce a las puertas del paraíso».

Desde detrás de los montes se elevó una brisa tenue; le levantó las alas a la mariposa. Mei la dejó caer en la jofaina donde ardía el dinero fantasma. Aleteó un instante, y luego la consumió el fuego.

1 En las palabras chinas se han mantenido la transcripción y la interpretación de la autora. *(N. de la T.)*
2 Véase, de la misma autora, *El ojo de jade*, Siruela, Madrid 2007. *(N. de la T.)*

# La Casa del Espíritu Dorado

Para A. con amor

A Mei le habían dicho que la Píldora del Espíritu Dorado podía curar los corazones rotos. Ella no se lo había creído. Eso era un cuento, una historia de las que les gusta contar a las viejas mientras comen pipas de girasol a la puerta de sus casas con patio. Mei no podía creer una cosa como aquélla más de lo que podía creer que el aliento de Duhuang había creado el universo. Ella era una mujer de treinta y dos años, moderna, con estudios, racional. Si los desengaños amorosos del pasado le habían enseñado algo, era que sólo el tiempo puede curar un corazón roto.

Y en eso era en lo que se equivocaba.

# 1

Sonó el teléfono, despertando a Mei. Las 7:28 AM estaban iluminadas en el aparato de música del apartamento de cortinas echadas.

–¿Estás durmiendo? –la voz de su hermana Lu brotó del auricular en cuanto Mei lo descolgó.

–Ayer salí hasta tarde.

–¿A hacer qué?

–Estaba trabajando en un caso en el Barrio Sur.

–¿Quién vive en el Barrio Sur?

–La gente que no tiene dinero para vivir en ningún otro sitio.

–¿Y qué hacías tú allí?

–Iba siguiendo al marido de una clienta y a su amante.

–Creí que tenías un ayudante para que te hiciera ese tipo de cosas.

–Gupin no conduce. No tiene coche.

–Pues menudo inútil.

–A mí no me importa. Se suponía que no iba a estar hasta tan tarde. Pensé que iban a cenar.

–¿En el Barrio Sur?

–Al final resultó que a lo que habían ido era a encontrarse allí con más gente. Uno de ellos era el Subsecretario Liang Jiabao.

–¡Pero Mei!

–Yo creo que no me reconoció –Mei sólo se había cruzado con él una o dos veces en el Ministerio de Seguridad Pública, hacía ya años, cuando ella era una agente subalterna.

–Pues tampoco sería raro, con lo famosa que te hiciste al dejar el Ministerio. Ten cuidado.

–No te preocupes, estoy bien. ¿Para qué me llamabas?

–Tenemos que hablar de mamá.

–¿Está bien?

–En el hospital no está, si es a eso a lo que te refieres.

–¿Entonces qué pasa?

–Mejor nos vemos. Voy para el Club de Golf Changping, puedo recogerte al pasar.

–Pero Lu, ya sabes que yo no juego al golf.

–Es viernes, no va a pasar nada hasta la semana que viene. Déjale el trabajo a tu secretario... algo tiene que hacer el pobre.

–Gupin tiene ya un montón de cosas que hacer.

–Eres demasiado blanda. Voy a darme una ducha y paso a recogerte en tres cuartos de hora.

–¿O sea que tú también te acabas de levantar?

Mei pensó que su hermana debía de haber ido otra vez a alguna de esas fiestas glamourosas suyas.

–Qué va. Me acabo de pasar una hora nadando –dijo Lu con acento triunfal.

Colgaron.

Mei abrió la cortina y luego la ventana. La luz del sol se derramó dentro, calentándole la cara.

Por debajo, la Segunda Vía de Circunvalación era un mar de tráfico. Un vendedor de verduras con los pantalones remangados hasta las rodillas iba accionando los pedales de un triciclo de reparto por la calle de delante de su *xiaoqu* (el conjunto residencial en el que Mei vivía). A su paso gritaba: «¡Vendo maíz! ¡Vendo pepinos y cebollino! ¡No llevo un *jin* que no sea de calidad!».

Los ciclistas, en una cola detrás del triciclo, impacientes por pasar, hacían sonar los timbres.

Mei se asomó por la ventana y bajó la vista al patio de delante de su edificio. Como de costumbre, allí estaba el grupo de hombres y mujeres mayores haciendo taichí. Pensó sobresaltada en lo que Lu había dicho del Subsecretario Liang. ¿Y si la había reconocido? ¿Seguía allí el coche blanco cuando ella se marchó la noche anterior? ¿Y el coche negro? Mei intentó acordarse. Por alguna ventana que debía estar abierta en algún lugar, se oían en la radio las noticias de la mañana.

Era un bonito día de primavera, se dijo a sí misma, sin nada que se saliera de lo normal.

Cerró la ventana y fue al salón. Su bolso estaba sobre la mesa del comedor, con la correa sobresaliendo por el borde. Su chaqueta estaba abandonada en el respaldo de una silla. El correo de ayer, que había soltado sobre la mesa al entrar la noche anterior, seguía allí esparcido en un pequeño montón. Pasó los dedos por encima... facturas, propaganda, una postal. La cogió y leyó:

> Queridísima Mei, mi billete de avión para Pekín acaba de llegar. Ya está todo. Nos veremos dentro de tres semanas y por fin estaremos juntos. He venido a Banff a la boda de Jeff. ¡Esto es precioso! Te quiere, Yaping.

Mei le dio la vuelta a la postal y miró hipnotizada el palacio que se alzaba en mitad de un bosque, con altos montes detrás. Se imaginó que aquél debía de ser el lugar donde se celebraba la boda. ¿Quién era Jeff? ¿Sería un socio de la empresa de Yaping, o algún compañero de la escuela de Empresariales? Ella no lo recordaba. Y ¿dónde estaba Banff? Leyó lo que ponía en letra más pequeña: «Hotel Banff Springs, Banff, Canadá».

Dejó la postal en la mesa. Faltaban tres semanas para el verano.

Las flores se estaban muriendo en el jarrón. Mei pensó que quizá podría salvarlas cambiándoles el agua. Se las había regalado Tang Rong, un detective privado de Shanghai. Se conocieron en la conferencia anual de «Consultores de Información y Seguridad»: una clave que usaban para vadear el problema de que los detectives privados estaban prohibidos en China.

Hacía unos días, Tang Rong había venido a Pekín por asuntos de trabajo. Mei quedó con él en la recepción de su hotel. Le sorprendió que Tang Rong le regalara unas flores: le gustó ese toque de sofisticación al estilo de Shanghai. Fueron a un restaurante tailandés. No había mucha gente, pero la comida estaba buena. Hablaron de lo que había pasado desde la última vez que se habían visto y de la gente que conocían y de los casos en los que estaban trabajando. En algún punto entre la sopa de Tom Yom y la lubina crujiente, la conversación entre ellos decayó. Tang Rong pareció perder el interés. Mei puso más empeño y habló más,

con la esperanza de arreglar los errores que hubiera podido cometer y volver a conectar con él. No hubo forma. Se separaron en la puerta del restaurante, Mei con las flores en la mano. Ninguno de los dos dijo nada de volver a verse.

Mei colocó la kettle sobre la estufa. ¿Qué había pasado aquella noche? No conseguía entenderlo. ¿Habría hablado demasiado de sí misma, como Lu le aconsejó que no hiciera? Mei recordó que su hermana le había dicho por teléfono: «A los hombres, te digan lo que te digan, lo único que les interesa son ellos mismos».

El agua empezó a hervir. Mei se la sirvió en una taza con café instantáneo. Una fina espuma se elevó hasta la superficie. Mei volvió a mirar las flores agonizantes. Seguía sin poder entenderlo. Se terminó el café y se fue a darse una ducha. El agua tardaba mucho rato en calentarse. Se dio una ducha templada y salió tiritando. Sonó su teléfono móvil. Lu estaba abajo.

–Como vengas en sandalias no te van a dejar entrar –le había advertido su hermana.

Mei buscó algo un poco mejor que ponerse. El club de golf debía de estar lleno de gente rica como su hermana. Rebuscó por su armario y eligió una chaqueta Burberry de las que se fabricaban para el extranjero y ahora compraban los chinos, del Mercado de la Seda.

Al salir del edificio, Mei hizo un reconocimiento rápido. El coche blanco ya no estaba. En el coche negro no había nadie. Dos niñas mayores pasaron agarradas del brazo, soltando risitas. En mitad del patio iluminado por el sol estaba el Mercedes de Lu, espléndido, plateado.

Mei se metió por la puerta de atrás y saludó al conductor. Su hermana estaba hablando por el teléfono móvil. Le echó a Mei una sonrisa y le hizo un gesto de bienvenida. Llevaba un polo blanco, un jersey, pantalones y zapatos de golf. El pelo se lo había teñido de castaño y lo llevaba recogido en una coleta alta. En los lóbulos de sus orejas destelleaba un par de broches de diamantes.

El conductor sacó el coche del *xiaoqu*. Pasaron ante un mercadillo callejero. La gente se levantaba y se quedaba mirando, intentando ver quién iba sentado detrás de los cristales ahumados. El coche avanzaba despacio. Había puestos de verduras, vendedores ambulantes con triciclos y mujeres que llevaban cestos. A la puerta de una tienda de ultramarinos, un grupo de jóvenes, con la espalda doblada, discutían y fumaban.

En la Segunda Vía de Circunvalación, la luz resultaba deslumbrante. Las fachadas de cristal de los rascacielos despedían reflejos. Lu apagó el teléfono. Iban a toda velocidad hacia la Autopista de Badaling.

–¿Qué era eso de mamá de lo que querías que habláramos? –preguntó Mei.

–Más tarde –dijo Lu, señalando con un gesto al conductor.

Mei comprendió y asintió con la cabeza. Lu se ajustó la correa de la gorra.

–¿Estás preparada para el torneo? –preguntó Mei. Lu iba a participar en el Torneo de Golf de los Famosos en un par de semanas.

–No. He quedado con mi profesor en el campo.

–¿Quién va a jugar?

–Tian Tian, Richard Liang, de Hong Kong, Li Hui, Zhang Ming y Ma Yuan: el marido y la mujer de la Inmobiliaria SUHU.

Sonó el teléfono de Lu. Ella lo cogió.

–Lo siento, es mi productor –susurró.

Durante los treinta minutos que siguieron estuvo discutiendo con su productor los

siguientes episodios de su programa de televisión. Mei miraba pasar la ciudad por la ventana.

# 2

Enclavada en una ladera ondulada, la terraza del Club Internacional de Golf Changping tenía una vista panorámica de las Montañas del Oeste. Unos pocos lagos minúsculos salpicaban aquel verde lleno de sol. Sus colores parecían variar con cada toque de brisa.

–Bonito, ¿eh? –dijo Lu, poniéndose su guante de golf.

–Impresionante.

–Pues disfrútalo. Tómate algo en la terraza. Relájate. Yo vuelvo enseguida.

–¿Pero qué le pasa a mamá?

–Lo hablamos en la comida. Mira, ahí veo a mi profesor –Lu se largó pitando.

Un camarero condujo a Mei a una mesa debajo de una sombrilla. Ella se puso a darle sorbos a una CocaCola en un vaso lleno de cubitos de hielo y contempló a los golfistas moviéndose por el campo, con sus colores amarillo pastel, azul y rosa. Un grupo salía ya del campo, tirando de sus carritos de golf.

Pensó en su madre. Le pasara lo que le pasara, no debía de ser muy grave cuando Lu se había puesto a jugar al golf. Igual Lu y su madre se habían peleado, se atrevió a especular Mei. Siempre había pensado que su madre no discutiría por nada del mundo con su guapa y apreciada hermana menor. Pero tampoco era imposible.

Llegaron más golfistas. El restaurante se estaba llenando.

Mei pensó en el secreto de su madre. Era algo que Mei tenía miedo de que Lu llegara a descubrir.

En lo más crudo de la Revolución Cultural, veintisiete años atrás, el padre de Mei fue enviado a un campo de trabajo por criticar al Presidente Mao. Se fueron todos con él, Mei con cuatro años, Lu acababa de cumplir uno. A los pocos meses su hermana se puso gravemente enferma. Ling Bai, su madre, se la llevó de vuelta a Pekín. A Mei la dejó.

Se pasó el año siguiente en el campo de trabajo, hasta que un día su madre mandó a buscarla. Cuando se despidió de su padre, el día en que se fue, ella no sabía ni tenía modo de saber que aquélla iba a ser la última vez. Después de volver a Pekín se pasó años esperando a que él volviera a casa. Se aferraba a esa idea y al recuerdo de su padre igual que se aferra un niño a sus tesoros escondidos, acordándose de cómo los encontró.

Cuando le dijeron que su padre había muerto, Mei tenía catorce años. En aquella época estaba en el internado. Se refugió en un mundo privado, un lugar de recuerdos, sufrimiento y decepción, apartado de su familia.

Se peleaba siempre con su madre.

–¿Sabes cuál es tu problema? –gritaba su madre, desesperada–. Que eres exactamente igual que él. ¡Y tú mira lo que le pasó por ser así!

Mei pasó un tiempo sin volver a casa.

Aun así, nunca había sospechado de su madre, ni siquiera cuando ella quemó todas las fotos de él y sus libros.

Dos años atrás, cuando Mei estaba trabajando en el caso de un jade perdido, descubrió que había sido su madre quien había denunciado a su padre ante el Partido. Esa revelación

había dejado a Mei hecha añicos, como si toda su vida hubiera sido una mentira y los recuerdos que con tanto cuidado había ido montando fueran mentira también. Le dieron ganas de enfrentarse con su madre, de gritarle todo aquello y echárselo en cara.

Pero a Ling Bai le dio una embolia, y llegó a estar en coma. Mei la estuvo cuidando hasta que se recuperó. Luego, en los meses que siguieron, Mei podía haber hablado de lo que le pasó a su padre. No lo hizo.

Había comprendido que si su madre entregó a su padre fue para salvar a sus hijas. Aquélla fue la condición que le impuso el Partido. El mismo destino habían sufrido muchas otras familias en la Revolución Cultural. La gente tuvo que decidir de qué lado se ponía. Y la deslealtad al Partido estaba penada con la muerte.

Eran culpables todos ellos, incluso Mei y Lu, niñas que aún no iban ni a la escuela.

Tratando de distraerse, Mei pidió un periódico. El camarero le trajo un ejemplar de las *Noticias de la Mañana de Pekín*. En la primera página leyó un artículo sobre el último episodio del Movimiento de Limpieza de lo Amarillo[1]. La policía había conseguido cerrar más de mil antros de prostitución. En la sección de negocios se encontró con un editorial sobre la recientemente anunciada política de permitir que las empresas extranjeras invirtieran directamente en la industria china. Había una foto de Lu con su marido, el industrial Lining, en las páginas de espectáculos. La foto la habían hecho en la ceremonia de los premios de la televisión del año anterior. El premio era anual y se iba a volver a celebrar la semana siguiente.

–Discúlpeme, señorita –el camarero se acercó haciendo una inclinación–. Siento molestarla. Normalmente no hacemos estas cosas. El restaurante está lleno, como puede ver. Este caballero tiene prisa por volverse a la ciudad. Quiere saber si a usted le importaría dejarle que se sentara a su mesa.

–Tampoco me voy a ofender si dices que no –dijo el joven. Tenía veintimuchos años, la piel morena y una mirada asentada en lo profundo. Llevaba una sonrisa tímida puesta y una gorra en la mano. Hablaba con un acento suave y sugerente.

Piel morena, frente ancha, labios carnosos... «Es del sur», pensó Mei. «Y guapo.»

–No, no me importa –dijo, doblando el periódico.

–Gracias –el joven se quitó el guante de golf y se pasó la mano por el pelo. Una fina capa de sudor brillaba en su frente.

–Me llamo Wudan –dijo mientras se sentaba.

–Yo soy Mei Wang.

Se dieron la mano.

–Te he estado observando. ¿Estás esperando a alguien? –preguntó Wudan.

O sea que la había estado observando, pensó Mei. La había escogido. Sonrió.

–Estoy esperando a mi hermana para comer –y añadió–: Yo no juego al golf.

–Vale la pena venir sólo por la vista y el aire puro –Wudan cruzó las piernas–. ¿Trabajas aquí o estás casada con un hombre rico?

–¿Cómo dices?

–Este sitio es caro, por no mencionar que no dejan entrar a cualquiera. Todo el que está sentado en esta terraza o lo ha ganado él mismo o consigue el dinero de otra persona.

–La rica es mi hermana. Yo no gano gran cosa.

–¿A qué te dedicas, si no te importa que te lo pregunte?

–Soy... consultora de información.

–¿Qué es eso, algo de informática?

–Consigo información para mis clientes.

–¡Eres detective privado!

–Eh...

¿Cómo lo sabía?

–No te preocupes, no lo voy a ir gritando por ahí. Nosotros usamos detectives todo el tiempo. Es más barato y da mejor resultado que hacer las investigaciones nosotros mismos. Yo soy abogado.

–Bueno.

–En Pekín la gente todavía se asusta de estas cosas, pero allí en Cantón las agencias de detectives se están forrando.

«Es de Cantón, del Sur Profundo», pensó Mei.

Wudan sonrió, apoyando los codos en la mesa.

–¿Y qué clase de investigaciones haces?

Parecía sincero. Parecía de confianza. Estaban sentados en la terraza del Club de Golf Changping. Los ojos le brillaban de emoción e interés.

–Pues hacemos maridos infieles, deudas de juego... no es muy interesante, pero pagan bien –dijo Mei. Pensó que era mejor ir sobre seguro. Después de todo, se acababan de conocer.

–Seguro que tienes un montón de historias interesantes. Pero ¿no te da miedo? Puede ser peligroso algunas veces.

–¿Peligroso de verdad? Igual alguna vez...

Wudan pidió una hamburguesa y compartió las patatas fritas con Mei. Ella averiguó que había estudiado Derecho en la Universidad de Pekín y que era socio del Despacho de Abogados Buena Esperanza, en el distrito de Chaoyang.

Mei le contó a Wudan que antes trabajaba en el Ministerio de Seguridad Pública y que había montado su negocio hacía tres años. Wudan le contó de su trabajo y sus clientes. Le habló de la Casa del Espíritu Dorado y sus famosas píldoras, que supuestamente curaban los corazones rotos.

–¿Estás segura de que nunca has oído hablar de ellas?

–Segurísima –dijo Mei.

–Yo creo que son muy conocidas, especialmente entre las mujeres.

–¿Es que a los hombres no se les rompe el corazón?

–No quiero decir eso... Sólo digo que... –levantó el extremo de una ceja–. Puede que a ti nunca te lo hayan roto.

–Pues claro que me lo han roto –dijo Mei con una sonrisa. Le hacía gracia que la halagara, y hasta que coqueteara con ella. Se volvió hacia el campo de golf, sin dejar de sonreír en un rato. El paisaje verde se difuminaba suavemente hacia las colinas azuladas de Changping.

–Pues no sé cómo debió ser –oyó decir a Wudan–, pero no me puedo imaginar que te dejes vencer fácilmente.

Mei le lanzó una mirada rápida, con su nariz poderosa delineándose de perfil.

–Tú no me conoces.

–Pues no –dijo Wudan. Sonrió él también y miró hacia el golf.

Algo le llamó la atención. Mei siguió su mirada. Lu se acercaba a grandes pasos desde el

césped, blanca y pura como la luz del sol. La gente se daba la vuelta para mirarla.

Se acercó a la mesa en la que estaban ellos, se desabrochó el botón del guante y se lo quitó.

–Hace casi demasiado calor –dijo, desplomándose en una silla.

–¿Qué tal te ha ido con tu profesor?

–Muy bien.

El camarero corrió hacia ella.

–¡Señorita Wang!

–Agua helada por favor. Sin hielo.

–¿Está bien Evian?

–Sí, tráigala rápido.

–Ahora mismo –el camarero hizo una inclinación y se fue a toda prisa.

–Éste es Wudan –dijo Mei, presentándolos–. Es abogado. Ésta es mi hermana Lu.

–¡Lu Wang, qué placer tan grande conocerte!

Lu miró a Wudan como si hasta ese momento no se hubiera percatado de que estaba allí.

–Me encanta tu programa –añadió Wudan.

–Gracias –murmuró Lu.

–La psicología es fascinante. Nosotros estamos en contacto con ella todo el rato. A veces tenemos casos que a primera vista no tienen ningún sentido. Luego te enteras de los motivos de la gente y de su forma de pensar, y todo encaja.

Lu miró a su alrededor buscando su agua.

Mei estaba callada.

El camarero apareció con una botella de Evian y sirvió el agua en un vaso alto. Lu le dio varios tragos.

–Espero que no estés diciendo que la psicología es irracional –dijo por fin.

–Todos somos irracionales. Los delincuentes nunca piensan que los van a coger. Nos enamoramos por la vista y nos casamos por el instinto. Tomamos decisiones rápidas porque no tenemos los medios o la energía para averiguar todos los hechos. Hacemos juicios. Los juicios no son racionales. Son respuestas aprendidas.

–Igual debería hacer un programa sobre psicología criminal.

–Eso sería muy interesante. Yo te podría proporcionar un montón de casos.

A eso Lu no respondió.

–¿De dónde saca un abogado tan ocupado tiempo para jugar al golf? –le preguntó.

–Para las cosas que a uno le gustan siempre se saca tiempo.

–En el golf también hay mucha psicología.

–Por eso el golf es difícil. Parece que el juego consiste en darle a una pelotita blanca. Pero en realidad la pelota es lo de menos, una pura distracción. Aunque por supuesto la experta eres tú.

–Hay que olvidarse de la pelota y pensar sólo en el swing.

–No somos capaces. Estamos obsesionados.

Mei estaba contenta de que a su hermana no le hubiera dado por ignorar a Wudan, aunque no tenía ni idea de sobre qué estaban hablando. Alrededor de ellos, la gente les echaba miradas y los observaba. Mei se sintió fuera de lugar, como un niño al que sacan de la fila para ponerlo en ridículo, como un rojo violento en el mar de pastel que marcaba su guapa hermana.

Tres mujeres de mediana edad se acercaron a ella. Soltaban risitas y se apretaban unas a otras las manos. Llevaban pantalones cortos de color beige, viseras blancas y chalecos de rombos. Cuando se acercaron, Mei les vio las venas azules en los muslos. El maquillaje había empezado a corrérseles del calor.

–¿Es usted la señorita Lu Wang? –rodearon a Lu.

Ella asintió con la cabeza.

–¡Es ella! –exclamó una de las señoras–. ¡Qué os había dicho!

Se pusieron a hablar todas a la vez.

–Se lo estaba diciendo a mi marido, que está ahí –dijo una de ellas lanzándole un saludo con la mano a un tipo bajito y medio calvo, que se lo devolvió con una sonrisa de oreja a oreja–. Digo: ésa parece la presentadora del programa famoso de la tele. Él no se lo creía. Decía que no tenía que venir a molestarla ni aunque usted fuera usted. Pero a usted no le importa, ¿a que no?

–Nos encanta verla en la tele. No sabe usted qué personaje es mi suegra. Tendría que hacer un programa con ella.

–¡Y el programa aquel que hizo sobre los niños mimados! A mí se me rompía el corazón. ¡Todas malcriamos a nuestros hijos únicos!

–¿Nos podemos hacer una foto con usted?

Sacaron las cámaras.

–Sí, claro.

Mei se levantó. Wudan la siguió. Bajaron unos escalones hasta el césped.

–¿Le ocurre esto muy a menudo a tu hermana? –dijo Wudan, señalando a las fans.

–Sí. A veces la gente saca la cámara en mitad de la calle y se pone a hacerle fotos.

–En persona es más guapa.

–Eso dice la gente.

Wudan se metió las manos en los bolsillos de los pantalones.

–No me habías dicho que eres hermana de Lu Wang.

–Pues qué quieres que te diga.

–Sólo pienso que podrías estar orgullosa de serlo. Tienes una familia interesante.

–Pero que mi hermana sea famosa tampoco me hace a mí más interesante.

–Tú eres interesante por ti misma. Si me hubieras dicho que eras abogada o empresaria, o incluso actriz, no me habría sorprendido. Habría dicho: claro, por supuesto. Pero ¿detective privada?

–Es raro.

–Raro no. Poco frecuente.

Sus miradas se encontraron. No solía ocurrir que nadie siguiera encontrándola interesante después de conocer a Lu.

–¿Te puedo llamar alguna vez? –dijo Wudan–. Nunca se sabe cuándo puedo necesitar un detective, o tú un abogado.

Intercambiaron tarjetas.

–Se han ido –Lu se acercó. Apoyó un brazo en el hombro de Mei–. Me temo que me voy a tener que llevar a mi hermana –le dijo a Wudan–. Necesitamos hablar de un asunto importante.

–Por supuesto. Ha sido un placer conocerte, Lu Wang –se despidió Wudan–. Por favor, si necesitas material para psicología criminal, házmelo saber.

–Adiós –dijo Mei.

Wudan subió los escalones. Mei contempló cómo atravesaba la luz dorada de la tarde hacia el edificio del club. Al instante, su rostro empezó a desdibujarse en su mente. Pero su voz permaneció, con aquellos suaves tonos redondeados del sur.

–No me parece mal que cojas alguna tarjeta de vez en cuando, para hacerte *guanxi* –dijo Lu, entrelazando el brazo con el de Mei–. Todos necesitamos más contactos. Un abogado como él te puede venir muy bien algún día. Pero ten cuidado –fueron andando hacia el restaurante.

–Pensé que te había caído bien –dijo Mei.

–Y es verdad.

–¿Entonces por qué lo dices?

–Lo veo demasiado deseoso de gustar.

–No te preocupes. Lo más probable es que no le vuelva a ver.

# 3

Entraron en el restaurante, en el que no había nadie más, y las condujeron a una mesa.

–¿Dónde está ahora Lining? –dijo Mei, interesándose por su cuñado.

–Pues no estoy segura. ¿Qué hora es ahora en Estados Unidos? No sé si estará en Washington o ya de camino hacia la Costa Oeste.

–¿Cuánto tiempo va a estar fuera esta vez?

–Dos semanas. Han ido a reunirse con los inversores. Quiere meterse en el mundo de la tecnología.

–¿Quieres decir de los ordenadores?

Mei estudió el menú.

–Comunicaciones inalámbricas. No me preguntes los detalles. Se supone que es un secreto. En todo caso yo tampoco entiendo qué es. Pensé que se refería a teléfonos móviles, pero me ha dicho que es mucho más complicado que eso. Lo va a anunciar dentro de unas semanas, si todo va bien. Va a ser un fiestón. Y por supuesto estás invitada.

–Vale. ¿Es en plan elegante?

–En plan elegante, moderno, guay... lo que más te apetezca, pero ven de rojo para que nos dé buena suerte.

–Lining no necesita buena suerte. Todo lo que toca lo convierte en oro.

–Todo el mundo necesita buena suerte.

Pidieron sopa de aleta de tiburón, un surtido de empanadillas al vapor: vieiras, cerdo, cebollino, y verduras estofadas con tofu: los Tres Tesoros del Monje.

–Mamá ha conocido a una persona –dijo Lu cuando les trajeron el té.

–¿Qué quieres decir?

–Que tiene un novio.

Mei soltó una carcajada.

–¿Y eso era? Creí que había ocurrido alguna cosa horrible.

–Es terrible.

–¿Quién es? ¿No será alguien que yo conozca?

–Afortunadamente, no. Se conocieron en el Club de Baile para Camaradas Jubilados. Él era contable. Su mujer murió hace cuatro años. Mamá dice que es un encanto, claro.

El camarero sirvió el té en tazas ribeteadas de oro. La fragancia de las hojas de Wulong ascendía con el vapor.

–Pues si a ella le gusta, qué le vamos a hacer.

–Está muy bien eso de «si a ella le gusta», pero es nuestra madre. Tenemos una responsabilidad. ¿Tú crees que sabe lo que hace? Tiene sesenta y dos años y no ha estado con un hombre desde hace, buf, veintiséis años. No sé por qué tiene que empezar ahora.

–Igual se siente sola.

–Todos nos sentimos solos. Yo estoy tan ocupada que casi no me da tiempo ni de vivir.

–Ella está sola.

–Nosotras la llamamos por teléfono. Vamos a verla.

–A lo mejor eso no es suficiente. Nosotras somos sus hijas. No la entendemos.

Llegó la comida, las blancas empanadillas en sus cestillos de bambú, los vistosos Tres Tesoros del Monje con sus verduras verde jade y el tofu frito amarillo, la sopa de aleta de tiburón servida en finos cuencos de porcelana decorados con dragones entrelazados.

–Yo le compro todo lo que necesita. La invito a mis fiestas. Hasta se vino a Canadá con nosotros de vacaciones. ¿Qué más puedo hacer?

–Puede que sea un efecto retardado de lo de la embolia –dijo Mei–. A lo mejor le ha cambiado la forma de ver la vida.

–Pero si eso fue hace dos años.

–Pero es posible.

–Quiero averiguar más de ese novio suyo. ¿Te importaría echarle un ojillo?

–¿Por qué no le preguntamos a mamá sin más?

–No me fío de ella. El amor es ciego.

–Le podemos decir que nos lo presente.

–No.

–Te pasas un poco.

–Todo esto no me da buena espina. El tipo tiene setenta y dos años. No me importa ocuparme de mamá cuando sea vieja, pero no me apetece cargar con nadie más.

–Lo dices como si se fueran a casar.

–Mamá estaba haciendo preguntas sobre eso.

–¿Te lo ha preguntado? ¿Cuándo ha sido eso? Yo la llamé la semana pasada y no me dijo nada.

–Ella sabe que hablamos entre nosotras.

–Ya, pero no es eso. Yo soy su hija también.

–Anda, venga. No exageres. Lo que nos debería preocupar es que esté hablando de matrimonio, no con quién lo ha hablado o lo ha dejado de hablar.

–Para ti es muy fácil decirlo. No me puedo creer que a mí no se haya atrevido a contármelo.

–Se me ha ocurrido que si yo tuviera un niño, mamá me podría ayudar a ocuparme de él, y así estaría feliz.

–¿Qué tal va la cosa?

–No da resultado. No paramos de intentarlo, pero parece que no soy capaz de quedarme embarazada. Está claro que culpa de Lining no es. Él tiene una hija con su ex mujer.

–Según dicen a veces se tarda un poco.

–Puede que sea que yo estoy muy estresada con el trabajo. O puede que algo no me funcione bien. O que sea demasiado vieja.

–Tienes veintinueve años.

–Lining quiere que sea niño.

Se quedaron calladas.

–Iré a ver a mamá.

Comieron y hablaron de otras cosas: de un viaje que pensaba hacer Lu ese verano y de algunos amigos.

–Cuéntame qué pasa con Yaping –Lu fijó sus grandes ojos en su hermana.

–Se viene a vivir a Pekín en tres semanas.

–Pues te lo puedes traer a la fiesta. Le vendrá muy bien conocer a los empresarios de por

aquí.

–Claro.

–Mamá está muy contenta. Dice que por fin has puesto los pies en la tierra. No me mires así. A mí nunca me ha parecido un problema lo de que sigas soltera. Pero vamos, tienes que admitir que a nadie le amarga que Yaping haya tenido éxito y se haya hecho rico. Mamá hasta está empezando a decir que le vas a dar nietos.

A Mei se le borró la sonrisa.

–¡Cielos!

Compartieron el postre: una bola de arroz rellena de dulce de alubias rojas.

–¿Significa eso que entre Yaping y tú se ha arreglado todo? ¿Está todo perdonado?

–¿El qué está perdonado?

–Él te hizo una promesa cuando se marchó a Chicago. Se suponía que iba a volver y se iba a casar contigo.

–De eso hace muchos años. Éramos jóvenes, estábamos en la universidad. Se enamoró de otra chica.

–Entonces, como yo decía, está todo perdonado.

Mei no dijo nada. El pasado se había ido hacía mucho para desvanecerse en un espacio gris donde el dolor no era ya más que una palabra, o un recuerdo de años olvidados.

–¿Estás feliz? –le preguntó Lu.

–Creo que sí.

Mei se había imaginado que cuando volviera a encontrarse con Yaping, su amor se encendería como el fuego, con toda la intensidad y la pasión tanto tiempo contenidas. Pero en realidad no había ocurrido así. Lo que sentían el uno por el otro, la alegría de estar juntos otra vez, todo resultó atenuado. Era como si algo invisible pero sólido se interpusiera entre ellos.

–¿Y tú estás feliz? –le preguntó Mei a su hermana.

–Completamente –dijo Lu.

Cuando salieron del club, la luminosa tarde se había oscurecido. Mei sintió el roce de una brisa cálida. Miró a su alrededor para ver de dónde venía. Los árboles, las flores y la tarde estaban inmóviles. Era el soplo de las montañas.

–¿Te apetece venir a una fiesta conmigo esta noche? –preguntó Lu cuando estuvieron sentadas en su coche–. Es la fiesta de lanzamiento de una revista. La revista no sé de qué va. Pero no me quiero quedar en casa sola.

–Ya sabes que no me gustan las fiestas.

–Tómatelo como parte de tu trabajo. Así te haces *guanxi*.

–Esas cosas se me dan fatal.

–Te presto uno de mis vestidos, vas a estar guapísima.

Sonó un teléfono. Mei reconoció la música del suyo. Revolvió su bolso buscando el aparato.

–¿Diga?

–Soy yo, Gupin –le llegó la voz de su secretario–. Hay un hombre en el despacho que quiere verte. Dice que es de la Oficina para la Inspección y Supervisión de Empresas Privadas.

–¿La oficina de qué?

Gupin repitió el nombre.

–No lo he oído en mi vida. Es viernes por la tarde y estoy a muchos kilómetros de la ciudad.

Gupin dijo con voz contenida pero grave:

–Dice que tiene que verte.

Mei hizo una pausa, sopesando la cuestión.

–No puedo llegar en menos de cuarenta minutos, si es que no hay tráfico.

Lu asintió para expresar que estaba de acuerdo.

Mei oyó a Gupin preguntar al visitante.

–Dice que te espera.

–Intentaré estar ahí lo antes posible.

Colgaron.

–¿Va todo bien? –preguntó Lu.

–Hay un inspector en mi oficina.

–¿Y qué quiere?

Mei le dijo el nombre del organismo.

–No sé qué querrá, pero es insistente.

–¿Significa eso que no vas a venir conmigo a la fiesta?

–¡Pero Lu!

–Te dejo al pasar –dijo ella.

–Gracias.

Mei se volvió a mirar por la ventana. Había un montón de tráfico en la autopista de Badaling. Los autobuses que llevaban turistas a la Gran Muralla estaban de vuelta, esperando para pagar el peaje y meterse otra vez en la ciudad.

# 4

Esperaron en una larga cola hasta llegar al puesto de peaje de la autopista de Badaling. Lu iba hablando por teléfono, con su secretario, con su productor, con su relaciones públicas, con su mánager. Mei reflexionó sobre el inspector. Tenía miedo de que el gobierno hubiera decidido tomar medidas especiales contra las agencias de detectives privados, pero el nombre de su departamento le sonaba raro. A lo mejor estaba allí por alguno de sus clientes, pensó Mei, por algo que hubieran hecho ellos.

Después de pasar el peaje el tráfico empezó a fluir otra vez. Giraron en círculo hacia el este de la ciudad, pasando el Centro Lufthansa por la Tercera Vía de Circunvalación, y salieron al distrito de oficinas de Chaoyang en Sanlitun. Las calles se volvieron estrechas y polvorientas.

–¿Tú crees que ese coche nos está siguiendo? –preguntó Mei, volviéndose a mirar por la ventanilla trasera.

–¿Qué coche? –preguntó Lu.

–Ese Volkswagen blanco. Me parece que lo he visto cuando estábamos en el peaje de la autopista de Badaling.

–¿Estás segura?

–No.

–Chang Shifu –llamó Lu al conductor–. ¿Ve el coche blanco que viene detrás, el Volkswagen? ¿Se acuerda de si lo ha visto en el club?

–No, no me suena –dijo el conductor.

Lu se encogió de hombros.

–Igual te estás imaginando cosas. Paranoia profesional.

–Puede ser –dijo Mei, mirando otra vez al Volkswagen blanco.

–¿Estás bien?

Mei sonrió.

–Perfectamente.

Por dentro, la voz de su secretario repetía: «Hay un inspector en la oficina... dice que tiene que verte».

El despacho de Mei estaba en el Viejo Chaoyang, en el primer piso de un edificio construido hacía treinta años al estilo del realismo soviético: una caja de cerillas gris. En principio lo habían construido para alojar a los trabajadores. En el patio delantero, un vetusto roble paría todas las primaveras hojas nuevas.

Mei le dijo al conductor que parara junto al bordillo. Lu salió con ella del coche. El Volkswagen blanco pasó de largo. Lo miraron torcer al final de la calle y desaparecer.

–Habrá dado la casualidad de que iban por el mismo camino que nosotros –dijo Lu.

–Eso será –dijo Mei, insegura.

–¿Qué pasa ahí? –su hermana señaló a una zona de tierra removida que había en el otro

lado de la calle. En mitad de un solar, junto a un montón de cascotes, se alzaba una excavadora vacía.

–Van a construir un edificio nuevo. Han derribado las casas viejas.

–Mejor para ti. Por fin un poco de acción en este barrio.

–Peor para mí. Subirán los alquileres.

–¿Qué van a hacer?, ¿lo sabes? ¿Un edificio de apartamentos o un hotel?

–Nadie lo sabe. Ni siquiera sabemos si de la construcción se va a encargar el gobierno o una empresa privada. De vez en cuando viene un tipo a trabajar con la excavadora.

La escena que tenían ante ellas hizo que Mei se acordara del Barrio Sur. ¿Tendría algo que ver aquel inspector con lo de la noche anterior y el Subsecretario Liang?

–¿Y aquello? –Lu señaló hacia una fila de casetas improvisadas que había en el borde del solar.

–Tiendas provisionales. Aparecieron en cuanto demolieron las casas viejas. Aquéllas venden cemento.

–¿A quién?

–A equipos de albañiles que hacen reformas en los *hutong*. Deben de ser semilegales, seguro.

–¿Cuándo vas a ir a ver a mamá? –preguntó Lu.

–Pronto.

Lu se metió en el coche. Mei le dijo adiós con la mano mientras el coche se ponía suavemente en marcha y se alejaba.

Eran cerca de las siete de la tarde. La gente estaba empezando a salir del trabajo. Mei pasó junto a un grupo de chicas jóvenes de la empresa de publicidad. Subió a toda prisa por la escalera hasta su despacho.

Gupin, su secretario, estaba sentado detrás de su mesa en la antesala, afilando lápices. Los cuatro años que llevaba viviendo en la ciudad le habían suavizado el físico, aunque seguía teniendo los brazos fuertes de los años de trabajo en el campo. Su acento de Henan se había hecho más tenue. Estaba en su asiento con las mangas remangadas, aburrido y con la mirada apagada.

El visitante estaba sentado en el sofá. Ante él, en la mesita, había una pila de papeles.

Mei le tendió la mano.

–*Nihao*, disculpe que le haya hecho esperar. No sabía que iba usted a venir.

Él se levantó, alto, pálido y delgado. Tenía una cara que parecía joven, pero con una expresión severa. Le dio a Mei la mano.

–Soy Tanyi Fu, de la Oficina para la Inspección y la Supervisión de Empresas Privadas.

–Mejor hablamos en mi despacho. Pase, por favor.

El señor Fu cogió su maletín de debajo de la mesita. Al abrirlo brotaron de él varias carpetas de plástico, de varios colores. Tiró de una roja hacia fuera. Los movimientos de sus manos eran medidos y cuidadosos. Cerró el maletín con dos sonoros clics y siguió a Mei a su despacho.

Se sentaron. Habló el señor Fu:

–La Oficina para la Inspección y la Supervisión de Empresas Privadas es un organismo nuevo. Pertenecemos a la Comisión para la Reforma y el Desarrollo, que depende de la Oficina de Reestructuración Económica. Nuestra misión es asegurarnos de que las empresas privadas cumplen con el reglamento. Yo antes trabajaba en el Equipo de

Coordinación para la Higiene en la Carne y las Verduras, así que como es lógico estoy familiarizado con estas cuestiones.

Le tendió a Mei la tarjeta de su unidad de trabajo.

Mei cogió la tarjeta.

–¿Cómo ha dicho?

–Es lo mismo, señorita Wang, carne, verduras o cualquier otro negocio. La gente intenta jugársela al sistema. Cuando fijamos el porcentaje de proteínas que debía contener la leche, la gente distorsionaba las mediciones con aditivos. Cuando pusimos en marcha medidas para garantizar que la carne fuera fresca, le ponían colorante. Había que estar todo el tiempo vigilando.

–Qué horror –dijo ella, y le devolvió al señor Fu la tarjeta de su unidad de trabajo.

–¿Se da usted cuenta de la dificultad de nuestro trabajo? Apenas hemos conseguido visitar a una décima parte de nuestros objetivos. Tenemos que trabajar día y noche.

Gupin trajo un té y lo sirvió de la tetera de hierro en las frágiles tacitas de flores. Mei bebió un sorbo. Gupin había dejado en infusión las hojas de Wulong el tiempo suficiente para que el té adquiriera un color de nuez y un denso aroma.

El señor Fu no miró a su taza. Abrió un cuaderno.

–Déjeme que confirme, posee usted una consultoría de información llamada Consultoría del Loto. Lleva en este mismo local tres años.

–Correcto.

–¿Qué tipo de negocio es en realidad?

«Ya está», pensó Mei, «las medidas especiales».

–¿Qué quiere decir? –intentó mantener la voz calmada–. Proporcionamos información a nuestros clientes, ¿qué iba a ser si no?

–¿Qué tipo de información?

–La que nuestros clientes nos piden.

–Señorita Wang, será mejor que colabore.

–Pero si estoy colaborando, Inspector.

El señor Fu garrapateó algo en su cuaderno, haciendo con la pluma un ruido rasposo. Su cuerpo delgado pareció estirarse del esfuerzo.

–Necesito ver sus libros –dijo.

Mei se dirigió al archivador y sacó su libro de contabilidad. Se lo tendió al señor Fu.

–¿Sólo esto? ¿En tres años que lleva usted en este negocio no ha tenido más trabajos que éstos? ¿Cómo consigue mantenerse?

–A duras penas –dijo Mei. Muchos de sus casos se liquidaban en metálico y en negro, sin pasar por los libros. Sus clientes lo preferían así.

El señor Fu depositó el libro de cuentas en su maletín.

–Esto me lo llevo.

–¿Cuándo me lo van a devolver?

–Cuando terminemos con nuestra investigación.

–¿Su investigación? ¿Sobre qué?

–Lo siento. No puedo decírselo –el señor Fu cerró el maletín.

–¿Por qué no?

–Porque eso sería divulgar información confidencial.

–Pero es a mí a quien están investigando.

El señor Fu se puso de pie. Su té seguía intacto en la taza.

–Adiós –dijo.

Mei se quedó allí de pie sin moverse hasta que el Inspector Fu se hubo marchado.

Un soplo frío entró por la ventana y le tocó la espalda. Se acordó de aquella antigua historia de la niña Nube Blanca, a quien su novio había tratado de un modo injusto; se tiró desde un puente de piedra y se ahogó en un río helado. Un día su fantasma surgió de las aguas profundas y se vengó del joven, que iba cruzando el puente. Mei se dio la vuelta. No había, por supuesto, ningún fantasma, sólo la brisa del atardecer que entraba por su ventana.

–Ese tipo me da mala espina –la voz de Gupin sorprendió a Mei. Había entrado a recoger las tazas de té–. No me ha dirigido la palabra en todo el tiempo que ha estado esperándote... escalofriante.

–Tampoco a mí me ha dicho de qué se trata.

–Son idiotas, esos burócratas de tres al cuarto. Lo que quieren es asustarnos. Así se sienten más fuertes.

–Puede ser.

–No te preocupes, Mei. Vas a ver. El señor Fu trae sólo truenos, pero no lluvia.

Pero Mei sospechaba que detrás de aquel inspector había algo más. Su aparición por sorpresa y su insistencia tenían todas las características de algo más peligroso. «Hay que pillar al enemigo desprevenido», decía Sunzi en *El arte de la guerra*, el antiguo tratado que tanto apreciaba el Presidente Mao. Pero no quiso alarmar a Gupin. Estaba cansada: la noche anterior en el Barrio Sur y el día en Changping, muy pocas horas de sueño, demasiado sol, el aire fresco, la conversación con su hermana...

–Es hora de irse a casa –dijo.

# 5

Fueron andando juntos por la calle, Gupin empujando su bicicleta. El aroma del polvo al posarse y de las lilas florecidas llenaba el aire del atardecer. Los mercadillos nocturnos y los puestos de comida se iban abriendo. La ciudad empezaba su otra vida después del crepúsculo.

Pasaron ante los restaurantes que había en la acera, todos iluminados, las camareras dando la bienvenida en la puerta.

En los carricoches de comida rápida crepitaban la cebolleta, el huevo y la salsa de trigo picante. «¡Tortas de Tianjin!», gritaban sus dueños.

Algunos vecinos de los *xiaoqu* de los alrededores habían salido de sus recintos vallados para darse un paseo al atardecer. Muchas de las comunidades residenciales de aquella zona tenían el rojo en el nombre, conmemorando el pasado revolucionario de la ciudad: *Xiaoqu* de la Bandera Roja, *Xiaoqu* de la Aldea Roja, *Xiaoqu* del Oriente Rojo. Había un grupo de hombres de mediana edad, con los cigarrillos colgándoles de la boca, acuclillados junto al taller de reparación de bicicletas.

–Dicen que este fin de semana va a hacer más calor –dijo Gupin, con las ruedas de la bicicleta girando ruidosamente a su lado.

–Con el calor que hace ya.

–Pues en mi tierra están a cuarenta grados.

–¿Qué tal sigue tu madre? –preguntó Mei.

La madre de Gupin se había quedado paralítica y se ocupaban de ella su hermano y su cuñada. Gupin mandaba dinero a su casa para atenderla.

–La nueva medicina la ayuda a mantener a raya el dolor, según me ha dicho mi hermano.

Esperaron en el cruce a que el semáforo cambiara.

–Mi cuñada está embarazada –dijo Gupin cuando hubieron cruzado.

–¿No tenían ya un niño?

–Una niña.

–¿Y pueden tener otro? –preguntó Mei.

Sabía la respuesta. La Política del Hijo Único lo prohibía.

–No. Pero quieren un niño. El Comité de Planificación Familiar de nuestro pueblo le ha dicho a mi cuñada que aborte. Mi hermano intentó sobornar a la presidenta, pero ella le dijo que como mi cuñada no lo hiciera voluntariamente la iban a coger y se lo iban a hacer ellos. Mi cuñada se ha escapado. Se va a quedar con unos parientes del sur hasta que haya tenido el bebé.

–¿Y qué pasa si no es un niño?

–Ellos tienen la esperanza de que lo sea. Los campesinos no cobran pensiones. Mi sobrina se casará cuando le llegue la edad y se irá de casa. Si mi madre no hubiera tenido hijos, habría muerto hace mucho tiempo.

Llegaron a la calle Tianchuyang, que era donde debían separarse.

–¿Y qué pasará cuando tu cuñada vuelva a su casa con el bebé?

–Mi hermano cree que el comité les pondrá sólo una multa, pero no les obligará a renunciar al niño.

–¿Cuánto es la multa?

–No sabemos, puede que veinte mil yuanes.

–Eso es muchísimo.

–Tendremos que conseguirlo de algún modo.

–¿Y qué pasa si es una niña? ¿Pagarán igual la multa para poder quedarse con ella?

Gupin esperó unos segundos antes de responder, como si hasta entonces no se le hubiera ocurrido considerar esa posibilidad.

–No lo sé –dijo al final.

Se dijeron adiós. Gupin se encaramó en su bicicleta y se alejó pedaleando.

Mei se encaminó hacia la estación del metro. Las farolas de la calle ya estaban encendidas. A lo largo del ancho bulevar las vallas publicitarias anunciaban iniciativas del gobierno y urbanizaciones nuevas. «Escucha al Partido», «Mantén limpio Pekín», «Compre en Manantiales de Oro. Diseño estadounidense, calidad internacional».

Mei se acordó del padre de un amigo de la universidad que estaba en la cárcel cumpliendo una condena de veinte años sin acusación ni juicio. La familia nunca logró averiguar por qué se lo habían llevado de aquella manera de su casa de lujo en el distrito de Haidian. Se especuló con que sus operaciones comerciales podían haber incomodado a alguien poderoso. Algunos dijeron que había triunfado y se había enriquecido demasiado.

Hacía un año, cuando ella estaba investigando el asesinato de la estrella del pop Kaili, el director de la compañía discográfica, el señor Peng, había mandado a un par de «inspectores» para amenazarla. Mei se preguntó si el señor Fu estaría también actuando de parte de alguien que, como el señor Peng, pretendía intimidarla.

Subió a un puente peatonal para cruzar la calle. Los ocho años que había pasado trabajando en el Ministerio de Seguridad Pública le habían enseñado que en China nada es lo que parece. La política podía ser tan intrincada y tan peligrosa como la ciudad que se extendía ante ella, la opulencia moderna entrecruzándose con vetustos callejones, alcantarillas abiertas y secretos escondidos.

No debía hacer juicios precipitados, decidió Mei. Había un edificio en obras en mitad de un viejo barrio de *hutongs*. Dos grúas se elevaban junto a un agujero gigantesco, con montones de madera y vigas de acero apiladas al borde. Había una fila de viviendas provisionales para los inmigrantes de otras provincias que habían venido a trabajar en las obras.

A lo mejor podía tirar un poco de sus *guanxi*, pensó Mei. Pero tenía que tener mucho cuidado y asegurarse de que podía confiar en la gente. Se acordó de cómo a su padre le habían traicionado todas las personas en las que confiaba: le denunciaron sus colegas, escritores como él, sus amigos y, lo peor de todo, su familia.

Mei llegó al otro lado del puente para peatones. Los trabajadores de provincias descansaban al final de la jornada en una pequeña plaza. Había algunos sentados en los escalones de piedra mirando pasar el tráfico. Otros charlaban en los dialectos de su tierra, con las piernas dobladas debajo del cuerpo. Tenían la piel tostada, los rostros envejecidos. Los más jóvenes, recién salidos del campo, adolescentes casi, jugaban al corre que te pillo, persiguiéndose unos a otros, riéndose como niños. Mei pasó junto a ellos, incómoda por sus miradas directas.

A la entrada de un *hutong*, una joven pareja salía enseñando un bebé. Al ver a la minúscula criatura los vecinos se pusieron a cacarear, cogiéndole los mofletes y riéndose al verla llorar.

Mei pensó que quizá debería empezar a sacar archivos de su despacho.

Aparecieron ante ella tiendas y restaurantes. Las aceras empezaron a llenarse de oleadas de gente. Los altavoces atronaban con música y publicidad. Mei quería dejar de pensar en el señor Fu. Estaba cansada y se estaba empezando a inquietar. Miró a su alrededor. La señal *Ditiezhan* [estación de metro] brillaba en la lejanía. A su lado vio el cartel negro y dorado del Tongren Tang, suspendido en la brisa del atardecer. Mei se acordó de lo que le había dicho Wudan de la Píldora del Espíritu Dorado y decidió comprobarlo.

Tras el mostrador de plantas medicinales de la farmacia, hombres y mujeres con batas blancas abrían y cerraban el mueble en el que se guardaban los medicamentos chinos, que se extendía de una pared a otra y parecía tener más de cien cajones. Cortezas secas, raíces de árboles, semillas de muchos tipos, insectos y polvo de colores encendidos eran extraídos de los cajones y pesados en básculas de mano. Los clientes hacían cola delante del mostrador, poniéndose de puntillas, los ojos a la altura del mostrador, esperando a que les despacharan sus recetas.

La zona de medicamentos ya preparados estaba fuertemente iluminada, con pósters de estrellas de cine y otros famosos anunciando tés adelgazantes y fármacos de belleza. Parejas de jóvenes se inclinaban sobre la vitrina.

–¿En qué puedo ayudarla? –le preguntó una dependienta. Tenía la cara redonda, la sonrisa tranquila.

–¿Venden ustedes la Píldora del Espíritu Dorado?

–Sí, la vendemos –sacó una cajita gris, del tamaño de un naipe, adornada con un letrero rojo.

–Es de la Casa del Espíritu Dorado, nuestra marca más conocida.

Mei cogió la caja y la estudió.

–¿Y cuáles son las otras?

–Hay unas doce Píldoras del Espíritu Dorado distintas en el mercado.

–¿Cómo? Creí que la fórmula era un secreto total.

–Exactamente. En los medicamentos chinos es difícil acertar con las cantidades incluso cuando conoce uno la fórmula. Imagínese un medicamento cuya fórmula no conoce nadie... puede hacerlo cualquiera. Los medicamentos chinos son como las mezclas de té. Trabajamos con combinaciones aproximadas de ingredientes. Algunas de las marcas probablemente ni se molestan en comprobar que las proporciones sean las adecuadas. Una cosa que sabemos de la Píldora del Espíritu Dorado es que contiene un hongo llamado cordiceps. La mayor parte de las marcas lo tienen, pero lo que no sabemos es en qué cantidad, o en qué proporción con los otros ingredientes. Necesitamos que mejore el reglamento. Por eso el nombre de una marca es importante. En el Tongren Tang recomendamos sólo las de más confianza.

–¿Son más efectivas estas píldoras que las otras? –Mei agitó la caja.

–La medicina china no cura las enfermedades, sino a la gente. La potencia de una medicina depende de quién la tome. Las personas pueden ser distintas y tener distinta experiencia de la vida y en consecuencia responder de forma diferente al tratamiento.

–¿Es usted médico?

–Sí, soy una de las doctoras que estamos de guardia esta noche.

–¿Es ésta la más cara, doctora?

–Caras son todas. Uno no puede cultivar cordiceps en su casa. Es un hongo natural del caracol de montaña que en China sólo se encuentra en el Tíbet. Los recolectores se tienen que meter por encima de la línea de nieve para encontrarlos. Luego hay que esperar más de una temporada para que el cordiceps vuelva a desarrollarse, así que se está volviendo más escaso. Nuestra marca de la casa es un poco más barata. Si no ha perdido del todo la esperanza, podría empezar con ella.

–¿Cura de verdad los corazones rotos?

–Eso es lo que dicen. Sabemos que el cordiceps tiene propiedades asombrosas. Puede curar las enfermedades del prana y de la bilis sin hacer aumentar la flema, cosa que en medicina es ni más ni menos que un milagro. También ayuda a fortalecer el sistema inmunitario y a enriquecer el esperma.

–Un milagro en una cajita.

La doctora sonrió.

–Pero el milagro tiene su pequeña pega. Las píldoras son muy amargas. He oído que hay gente que renuncia a tomárselas porque no lo puede soportar.

–¿Cuánto cuesta la caja?

–Cada caja contiene diez dosis y cuesta cuatro mil yuanes.

–¡No!

La doctora asintió con la cabeza.

–Hay que masticarlas bien antes de tragárselas, y hay que tragárselas en seco, sin agua.

–¿Venden ustedes muchas?

–Muchas tampoco le voy a decir, pero venderse se venden.

Mei le devolvió la cajita a la doctora y dijo:

–Gracias.

–No hay problema. Hoy es mi cumpleaños.

–¡Felicidades!

–Gracias. Va a venir mi marido a recogerme a la salida del trabajo, para llevarme a cenar caldero a medianoche –y, con la cajita en la mano, añadió–: Si alguna vez le hace falta...

–No.

–Nunca se sabe –dijo la doctora, con un brillo en los ojos–. Si cambia de opinión, venga a verme –volvió a sonreír, se dio la vuelta y se alejó con la cajita, dejando un vacío iluminado en el lugar donde había estado.

# 6

Mei no podía concentrarse. Gupin y ella parecían decididos a no mencionar al señor Fu. Se cruzaban el uno con el otro en medio de un tenso silencio o un exceso de cortesía, intercambiándose tazas de té, carpetas, mensajes de teléfono y miradas. Mei se empeñó en sentarse ante su escritorio, revolviendo papeles o tecleando en el ordenador, pero cada vez que se distraía pensaba en el señor Fu. Escuchó a Gupin afilando los lápices y yendo, otra vez, a la minicocina a hacer té, con un repiqueteo de porcelana y botes de hojalata.

Mei recordó las palabras de su antiguo jefe del Ministerio de Seguridad Pública: «Los organismos gubernamentales no mueven un dedo si no es por una razón política».

Gupin le trajo una tetera de té nuevo, una mezcla ligera llamada Peonía Nocturna.

–Pensé que igual te apetecía algo que no fuera Wulong –dijo.

–Gracias.

Iba ya por la tercera tetera. Y la mañana aún era joven.

Gupin recogió el juego de té usado y salió.

El nuevo té estaba ardiendo y tenía una fragancia sutil. Mei se preguntó si el objetivo del señor Fu podría ser alguno de sus clientes. «Matar al pollo para asustar al mono» había sido una práctica muy extendida en la China feudal, y uno de los métodos preferidos de Mao. «El sacrificio de soldados rasos es un imperativo de la revolución» era uno de sus dichos famosos.

Su padre fue uno de aquellos soldados rasos.

Mei inició la sesión en su ordenador. Quería examinar todos sus casos y la vida y milagros de sus clientes.

El señor Chen, el señor Guo, la señora Li... ¿Qué conexión política había entre ellos?

Clasificándolos por apellido, por tipo de caso, por profesión, por título oficial, por ministerio, por empresa, por valor del activo...

Entró Gupin con una carta en la mano.

–Acaba de llegar –le tendió a Mei el sobre.

Era de la Oficina para la Inspección y la Supervisión de Empresas Privadas. Parte de la carta era un informe oficial de la visita del señor Fu; el resto era para informar a Mei de que era necesario que presentase más documentación a la Oficina. No especificaba qué documentación querían ni cuándo debía entregarla. Mei leyó y releyó la carta sin encontrar nada.

La metió en el cajón de su escritorio y cogió el teléfono. Era el momento de llamar a su amigo el inspector Zhao.

Mei había conocido al inspector Zhao un año antes, cuando estaba investigando la desaparición de Kaili, la estrella del pop. El cadáver de Kaili fue descubierto en un almacén abandonado en Dashanzi, donde Zhao trabajaba como detective de homicidios. El inspector Zhao había sido ascendido recientemente a la Comisaría del Distrito de Chaoyang.

No habría sonado ni dos veces el teléfono cuando se oyó la voz ronca del inspector Zhao.

–Sí, aquí estoy. Últimamente estoy siempre aquí. Dicen que en eso consiste mi trabajo, en

dirigir. Pero a la hora de la verdad de lo que tengo que ocuparme es de la oficina.

–La mayor parte de la gente no se quejaría.

–No me estoy quejando. ¿Por qué me iba a quejar? ¿No es esto lo que queremos todos en la vida, dejar de trabajar de verdad?

–Ten cuidado. Como te pongas así de cascarrabias no creo que te vuelvan a ascender –dijo Mei.

–Si todavía me estoy preguntando por qué me han ascendido.

–Pues porque eres buen detective, está claro.

–Lo dudo.

–Sí que lo eres.

–Pero no creo que me hayan puesto aquí por eso. Lo que querían era sacarme de Dashanzi.

Eso también era cierto.

–¿Puedo ir a verte? Necesito hablar contigo de una cosa –pidió Mei.

–Por supuesto. Así te enseño mi nueva oficina.

–Ya he estado, ¿no te acuerdas?

–Ah, sí; entonces puedo enseñarte... La nueva carpa para renovar el carné de identidad: la tienes que ver. Y ese sofá nuevo tan bonito de la sala de espera...

–Para. Te veo en un momento –dijo Mei, y colgó.

Había poco tráfico en las avenidas grises. Mei dejó la ventanilla abierta. Se empezaba a oler el calor acumulándose en el aire de la mañana.

Cuando llegó a la Comisaría del Distrito de Chaoyang, se sorprendió de encontrar la estrecha calle taponada de tráfico. Las bocinas de los coches retumbaban. Los conductores, acalorados de tanto sudar, luchaban entre ellos por un sitio para aparcar junto a la acera. Los ciclistas daban timbrazos y proferían insultos. Estalló una pelea entre dos grupos. Mei dio media vuelta y aparcó unas cuantas calles más allá.

La comisaría era un edificio de cemento compacto como un búnker, con el emblema nacional en rojo y dorado sobre la entrada. En el patio delantero habían instalado una gran carpa verde. Ésa debía ser la que decía el inspector Zhao, para renovar el carné de identidad. A aquella carpa mandaban ahora a casi toda la gente que iba entrando de la calle.

A un lado de la puerta principal había una larga pizarra blanca. En ella, en caligrafía roja, se leía: «Comisaría de Policía y Comité Revolucionario del Distrito de Chaoyang». El cartel necesitaba una limpieza. Mei subió las escaleras y abrió la puerta.

Había tres policías, dos hombres y una mujer, sentados en el pasillo, tomando té de unos tarros de cristal. Levantaron la vista hacia ella, severos los hombres y ceñuda la mujer.

–¿Busca a alguien? –preguntó la mujer con voz fuerte. Las lámparas del techo, casi inexistentes, proyectaban sombras por su cara–. Aquí sólo pueden entrar los miembros del cuerpo. ¿Viene por algún asunto oficial? Porque si no, tiene que marcharse inmediatamente –avanzó hacia Mei con la soltura de quien está acostumbrado a hablar sobre la marcha.

–Estoy buscando al inspector Zhao, del Departamento de Homicidios y Crímenes en Serie –dijo Mei. Al ver la mirada inexpresiva de la mujer añadió–: Es nuevo, de Dashanzi.

Los ojos de la mujer policía se animaron, se aflojaron las arrugas que se los rodeaban. Se dio la vuelta y les gritó a sus colegas:

–¡El inspector Zhao, de Dashanzi!

Uno de los hombres se levantó y se alejó, arrastrando los pies por el suelo.

–Diles que llamen a ver si está en su oficina –gritó la mujer mientras el hombre se abría paso ruidosamente hacia un cuarto de la otra punta del pasillo.

–Sí que está. Acabo de hablar con él –intentó explicar Mei. No le hicieron caso.

–Usted espérese aquí –le ordenó la mujer. Se volvió a su silla, apretando entre las manos el tarro con sus hojas de té.

Mei se apuntaló sobre sus pies. En el techo, un ventilador daba vueltas lentamente.

Le llegó la voz de la mujer, aunque estaba intentando hablar bajito.

–El muy huevo de tortuga... «Oye, idiota», le he dicho, «si quieres te cuento a qué se dedica tu madre».

Mei se acordó del día en que conoció al inspector Zhao, en una pequeña comisaría de una zona deprimida en los límites de la ciudad. Era la quinta vez que nevaba aquel invierno. «Aquella pequeña comisaría», pensó Mei, «no resultaba ni tan imponente ni tan tétrica como ésta».

El policía emergió del cuarto en el que había entrado. No dijo nada a sus compañeros de charla sino que continuó arrastrando los zapatos en dirección contraria hasta desaparecer al fondo del pasillo.

Por el mismo pasillo vino una figura alta, casi a la carrera.

–¡Estás aquí! –el inspector Zhao sonrió ampliamente, frotándose las manos–. ¡Ven arriba! –dijo, alzando un brazo por encima del hombro de Mei. Luego se lo pensó mejor y bajó el brazo sin tocarla.

–¿Los conoces? –susurró Mei según se alejaban de los dos policías.

–No sé cómo se llaman, y no me gusta cómo nos están mirando –le respondió el inspector Zhao también en susurros.

Zhao y Mei subieron las anchas escaleras hasta el segundo piso. De más arriba bajaba una mujer joven y atractiva, toda abotonada en su uniforme impecable. Llevaba en los brazos una pila de carpetas. El inspector Zhao la siguió con la mirada.

El despacho del inspector Zhao daba al patio delantero. Se asomaron a la ventana y contemplaron el flujo constante de gente que entraba y salía de la carpa verde.

–Es como un sapo gigante, ¿no te parece? –dijo el inspector Zhao señalando a la carpa.

Mei soltó una risita.

–¿Qué es todo eso del nuevo carné de identidad? –preguntó Mei.

–Códigos de barras. Los nuevos carnés tienen un código de barras y los puede leer un ordenador. Los jóvenes han renunciado al carné viejo sin pensárselo. Entienden la tecnología. Pero las personas mayores se aferran a él. Tienen miedo. ¿Qué pasa si necesitan ir al hospital, o si el Comité de la Calle les pide que se identifiquen; y cómo van a cobrar su pensión sin él? Tenemos que asegurarles que mientras conserven el resguardo no hay ningún problema. Pero los viejos son cada vez más difíciles de convencer. Se sienten desorientados.

–Ha habido demasiados cambios –dijo Mei–. A mi madre le cuesta mantenerse al día: ordenadores, teléfonos móviles, lo de ser propietario de tu propio apartamento, los seguros médicos privados... La gente mayor no se maneja con tanta cosa nueva.

Se sentó en una de las dos sillas que había enfrente del escritorio del inspector Zhao.

El inspector Zhao le tendió a Mei una taza.

–Es *liangbaikai*. Los médicos dicen que el agua hervida fría es lo mejor para la salud.

–¿Mejor que el agua mineral?

–Eso dicen. Está llena de sustancias naturales.

Mei le dio un trago al agua. Sabía un poco como el fondillo de una kettle vieja. Volvió a apoyar la taza.

–¿Qué tal la vida en la gran ciudad? –preguntó.

–Muy bien. No es tan distinta de la vida en el campo, salvo porque ya no nos despertamos al amanecer.

–¿Cómo está tu *laopo*?

–Muy bien también. Le gusta su trabajo en la fábrica de zapatos. Dice que ya no le huelen las manos.

El inspector Zhao bebió ruidosamente su agua hervida fría.

–¿Has tenido alguna noticia sobre lo de que te den un apartamento propio?

–No hay cupo. De momento tendremos que seguir de alquiler –el inspector Zhao sacudió la cabeza y pasó a otro tema–. Estoy leyendo un libro. Sí, ya sé que te vas a reír, ¿yo leyendo? La verdad es que estoy leyendo mucho últimamente, documentos que nos mandan de arriba, normas, informes... A veces acabo harto de todo eso y leo algo distinto, como este libro que se llama *El camino de la felicidad*. Habla un montón de budismo. ¿Tú sabes mucho de budismo?

–No –dijo Mei, frunciendo ligeramente el ceño. Nunca le habían hecho esa pregunta, que en sí misma era un interesante descubrimiento. Por primera vez se sintió incómoda por no saber casi nada de una religión que había sido guía dominante en China durante siglos.

–Antes de leer este libro yo no sabía que el budismo hacía tanto hincapié en el ahora. Siempre nos estamos preocupando de la vida pasada y la vida futura. Pero realmente la felicidad es el presente.

–¿Qué quieres decir?

–La felicidad es un estado de ánimo. No estamos hablando de la mente que tú y yo llamamos «el cerebro». Esta mente dejará nuestro cuerpo al morir y se atará a otro cuerpo en cualquier otro lugar, que es lo que hace que renazcamos. La felicidad no consiste en poseer cosas, sino en tener la mente en paz. Y para tenerla en paz tenemos que dejar de preocuparnos del pasado y del futuro. Necesitamos despejarnos la mente de los espejismos y los problemas de la vida y concentrarnos en el ahora, en el día a día.

–Muy bien pero, a la hora de la verdad, ¿cómo haces para conseguir ese grado concentración?

–Tampoco he llegado tan lejos. Cuando lo descubra te lo contaré –el inspector Zhao giró para sentarse de lado y estiró sus largas piernas–. Les doy demasiadas vueltas a las cosas. Me siento aquí a leerme los documentos y los informes como un jefe de verdad. Ahora soy inspector, que es algo que antes deseaba y con lo que hasta fantaseaba... aunque me moleste reconocerlo. Pero no puedo parar de pensar en Dashanzi. Estábamos siempre en la calle y dando vueltas por el barrio, pillando a bandas de jóvenes delincuentes, mediando en las disputas... hasta que ocurrió lo del asesinato de Kaili.

–Tampoco tiene nada de malo acordarse del pasado. A ti te han ascendido gracias a él. Trabajaste mucho y te involucraste a fondo en Dashanzi.

–No es por eso por lo que me acuerdo de aquellos tiempos. Para serte sincero, no estoy seguro de saber qué estoy haciendo aquí. Yo lo que soy es detective, no administrador.

–Eres la dirección.

–¡Ah! –exclamó el inspector Zhao, como si esa simple palabra le resultara tan odiosa que

no pudiera usarse más que como prueba en su contra.

–¿Sabes lo que te pasa? –dijo Mei–. Que te crees que eres el único que tiene problemas.

El inspector Zhao dejó de sonreír y se incorporó en el asiento.

–¿Ha pasado algo, Mei?

Mei le contó lo del señor Fu.

–Parece peligroso. Da la impresión de que está tramando algo. Pero no entiendo por qué va a por mí. O puede que no vaya a por mí. Puede que vaya a por alguno de mis clientes. Me temo que podría haber algún personaje poderoso y malvado metido en esto. ¿Puedes investigar lo que está pasando? Tú tienes amigos que trabajan en el Ayuntamiento.

–Son casi todos policías.

–Perfecto.

–¿Has hablado de esto con tu hermana? –preguntó el inspector Zhao–. Me parece a mí que igual ella sí que tiene el tipo de *guanxi* que puede conocer a gente poderosa y malvada.

–No la quiero meter en esto, por lo menos de momento. Ella tiene una carrera en la televisión y un marido rico. Tiene mucho que perder. Está intentando quedarse embarazada.

Mei se acordó del Volkswagen blanco que iba detrás del Mercedes de Lu el viernes. ¿Y si de verdad las estaba siguiendo?

–Además, Lu se lo contaría a mi madre, y eso no lo puedo permitir. Mi madre trabajaba para la Policía Secreta y vio lo que le pasó a mi padre en la Revolución Cultural. Si se enterara de que me están investigando le entraría el pánico.

–Pues no me lo cuentes a mí tampoco. Oficialmente, lo único que sé es que eres consultora de información.

Llamaron a la puerta. Antes de que el inspector Zhao pudiera responder, entró una joven policía con un montón de carpetas.

–Papeleo de arriba –anunció, haciéndolas rebotar sobre sus grandes pechos.

–Déjalas en mi mesa –suspiró el inspector Zhao.

Su secretaria puso las carpetas sobre la mesa, le lanzó a Mei una mirada suspicaz y se fue.

El inspector Zhao estalló.

–¡Estoy harto de estos documentos!

–Chissst, que te va a oír.

–¡Me da igual!

–Vámonos a comer y a respirar un poco de aire fresco –dijo Mei–. Invito yo.

Bajaron las escaleras. El pasillo estaba vacío y fresco, las paredes calladas. Por el camino el inspector le enseñó a Mei un cuarto en el que había dos policías sentados frente a una pared forrada de pantallas de televisión comiéndose una caja de tallarines. Uno de ellos le hizo un gesto con la cabeza al inspector Zhao, con un tallarín colgándole de la boca. El otro, que estaba de espaldas a ellos, no se volvió. El cuarto era pequeño, estaba abarrotado y olía a cebolleta y a salsa de soja.

–Supervisión –dijo el inspector Zhao cuando estuvieron fuera de la comisaría–. Eso era lo que faltaba en Dashanzi.

–Ahora todo el mundo te tiene más respeto.

–Eso seguro. Pero ¿por qué demonios estoy deprimido? ¿Y por qué sigo esperando para tener un lugar que pueda llamar «mi casa»? –el inspector Zhao miró acusadoramente al cielo.

# 7

Desde la visita del señor Fu, Mei andaba con la cabeza llena de cosas. A veces llegaban a marearla los muchos hilos de su pensamiento que la arrastraban en una u otra dirección. En mitad de semejante caos había un pensamiento tranquilizador, la estampa del joven abogado sentado a su lado en la terraza del Club de Golf Changping. Mei se preguntaba si él se habría olvidado de ella. Cuando Wudan por fin la llamó, respiró aliviada y recuperó la moral. Quedaron para comer juntos.

Cuando Mei llegó al restaurante Wudan estaba sentado a la mesa, vestido con traje oscuro, camisa blanca y una corbata azul clarito. Estaba más elegante de lo que lo recordaba. El pelo revuelto de la semana anterior lo llevaba ahora lacio y brillante y con raya a un lado.

Wudan le dio a Mei la mano con una sonrisa.

–Hola. Me alegro de volver a verte.

Mei llevaba su traje de chaqueta preferido, verde manzana, con un broche de plata en la solapa.

–Siento llegar tarde. El tráfico. Ya sabes cómo se pone.

–No te preocupes. Así me ha dado tiempo de disfrutar del té.

Wudan encajó a Mei en su silla y volvió a sentarse.

–¿Qué te apetece beber?

–Me parece bien lo del té.

–Yo estoy tomando Wulong.

–Es lo que suelo beber yo.

Él le sirvió un té.

–El Wulong sólo le gusta a la gente del sur.

–Mi abuelo era de la provincia de Cantón –dijo Mei.

–¿De qué parte?

–Mi madre nunca nos lo ha dicho –dijo Mei.

–Yo soy de Shunde.

–La familia de mi madre llevaba en Shanghai un par de generaciones.

–Da lo mismo. Casi podríamos ser *laoxiang* [paisanos]. Podemos confiar el uno en el otro.

Mei sonrió. Le gustaba esa idea.

La carta del restaurante tenía más de treinta páginas. Se rindieron y aceptaron las recomendaciones del camarero cuando vino a tomarles el pedido.

–Gracias por quedar conmigo –dijo Wudan en cuanto se marchó el camarero–. ¿Te acuerdas de que en el club de golf estuvimos hablando de la Píldora del Espíritu Dorado?

–Sí.

–¿Y te dije que la Casa del Espíritu Dorado es uno de mis clientes?

–Sí, me lo dijiste. Y también me dijiste que tienen la receta original.

–La Casa del Espíritu Dorado es el negocio familiar más próspero de Shunde. La familia

Song lleva más de quinientos años dedicándose a las plantas medicinales tradicionales chinas. Uno de sus antepasados viajó por la Ruta de la Seda para comerciar con los jinetes de las llanuras de Qinghai y del Tíbet[2]. Descubrió los beneficios del cordiceps que crecía por encima de la línea de nieve en los Himalayas. Fue el tatarabuelo del señor Song el que empezó a hacer la Píldora del Espíritu Dorado. El señor Song es ahora el cabeza de familia. Tiene setenta y dos años y es prácticamente una leyenda en nuestra ciudad. Todo el mundo le llama el Anciano Maestro. El Anciano Maestro y la señora de Song tenían tres hijos y una hija.

–¿Tenían?

–A dos de sus hijos los mataron los Guardias Rojos en la Revolución Cultural. El tercer hijo es Beihe. Lleva el negocio con su padre. Fue uno de los jóvenes enviados a la cárcel en la Revolución Cultural. Cuando volvieron a abrir las universidades en 1977, ya era demasiado mayor para matricularse. La menor de los hijos es su hermana Beili. Vive en Tejas.

–¿En Tejas? ¿Por qué?

–Cuando Beili estaba en la universidad conoció a un sacerdote tejano y se casó con él.

–¿Ella es cristiana?

–Antes no lo era; pero supongo que ahora sí lo será.

Volvió a aparecer el camarero, seguido por dos ayudantes.

–Nuestra famosa lubina hervida –anunció.

Cogió un cuenco grande que le tendía el primer ayudante y lo colocó sobre la mesa. El cuenco parecía estar lleno hasta el borde de guindilla. El segundo ayudante le alcanzó un colador. Revolvió el caldo en el cuenco, le quitó toda la guindilla y lo vació en un segundo cuenco. Aparecieron los filetes de pescado blanco. El camarero escogió unos cuantos trozos de pescado y con sus largos palillos los depositó en los platos de Mei y Wudan.

Luego hizo una inclinación.

–Buen provecho.

El pescado estaba tierno pero bien condimentado. Después de unos cuantos bocados Mei tuvo que lavarse la lengua con té para que dejara de arderle. Se llenó de arroz la boca.

Wudan parecía acostumbrado a la comida picante. Seguía teniendo la cara del mismo color y la voz tranquila.

–Hace cinco años, Beihe decidió que la Casa del Espíritu Dorado tenía que expandirse y abrir una sucursal en Pekín. Al Anciano Maestro no le gustaba la idea. Pensaba que resultaba demasiado caro. Al final llegaron a un acuerdo. En lugar de montar una sucursal en toda regla, contratarían a un representante comercial. Me pidieron a mí que les ayudara. Beihe vino a Pekín y estuvimos mirando varias opciones. Al final, contrataron los servicios del señor Li, que tiene un negocio de márketing y mucha experiencia en la venta de medicamentos chinos. Es un antiguo militar de Pekín que tiene buenas *guanxi* con los medios de comunicación y con el gobierno.

»La Casa del Espíritu Dorado le dio dinero al señor Li para que pusiera la Píldora del Espíritu Dorado en el mercado. Con el señor Li pilotando las aguas comerciales y políticas de Pekín, tenían grandes esperanzas de que su producto se hiciera conocido. Si lograban afrontar la inversión, ascenderían un escalón y se convertirían en una marca nacional.

–He visto esas píldoras en el Tongren Tang. ¿Quién tiene dinero para comprarlas?

–La Píldora del Espíritu Dorado tiene otros beneficios conocidos. Sirve para el tratamiento de enfermedades del pulmón, para problemas de inmunodeficiencia y puede que hasta para el cáncer. Una de las cosas que el señor Li había dicho era que podía introducir el fármaco en clínicas y hospitales. Eso habría supuesto una gran diferencia.

El camarero les trajo más platos: Filete de Pulmón al Marido y la Mujer, mitad blanco y mitad rojo; flores de riñón flambeadas; judías verdes tostadas en aceite de guindilla. Mei tenía ya la lengua insensible y el estómago lleno de arroz y de té. No sabía cómo se las iba a arreglar para seguir comiendo.

Wudan le puso en el plato un trozo de filete de pulmón y unas judías y continuó:

–En tres años no ocurrió nada. No sólo no mejoraron las ventas, sino que cada vez aparecían más marcas en el mercado.

–¿De cuánto dinero estamos hablando?

–De millones. Tampoco es que yo estuviera muy metido en el día a día de la empresa. A veces los negocios familiares son poco estrictos consigo mismos. Se toman los contratos más como líneas generales que como documentos legales y basan los negocios en su confianza en la palabra del otro. Por ejemplo, cuando el señor Li les pidió dinero para anuncios en la radio o en la televisión o para promociones en las tiendas, se lo dieron sin ningún recibo. Y luego había que sumar siempre sus honorarios y las comisiones que decía que tenía que pagar a sus *guanxi*.

–¿Por qué no prescindieron de él?

–No sabían cómo funcionan las cosas en la capital y por eso dependían de él. Pero después de tres años de no ver más que cómo desaparecía el dinero, le plantaron cara.

–¿Y?

–Naturalmente tenía excusas para todo. Dijo que él había hecho todo lo que prometió. Que no sabía por qué no había funcionado. En algunos casos sus contactos no habían cumplido sus promesas o no tenían ya el mismo cargo. Prometió que iba a hacer más. Le contó a la familia que ahora tenía una nueva *guanxi* que era un tipo importantísimo y que otro contacto que tenía en el gobierno acababa de acceder por fin a hacer algo. Prometió que esta vez no iba a pasar lo mismo. El camino para meterse en los hospitales, dijo, eran los coordinadores, no los suministradores como él había pensado. Y él conocía precisamente a la persona que podía hacerlo. Los Song le dieron más dinero. Seis meses más tarde, el tipo les dijo que seguía esperando respuesta. Pasaron ocho meses: nada.

El camarero se acercó al ver la tapa de la tetera colocada del revés.

–¿Les traigo otro té?

–Sí, por favor –dijo Wudan.

El camarero se alejó con la tetera.

–La comida está muy picante –dijo Wudan.

–Está bien. Me gusta. Lo que pasa es que he comido demasiado.

–Me encanta la comida de Sichuan. La descubrí gracias a mi ex novia. Una vez hasta nos fuimos de viaje a Sichuan para probarla in situ. Créeme, esto es una versión aguada.

Mei miró a Wudan y se preguntó si habría tenido muchas novias. No es que fuera un bellezón de volverse por la calle, pero era agradable e inteligente. Su voz transmitía calma y confianza. Tampoco la habría extrañado que en aquel momento tuviera una relación con alguien, puede que alguna mujer de su despacho de abogados, alguna pasante o alguna

abogada. Intentó imaginarse cómo sería su ex novia. Tenía que haber sido una relación seria para que se fueran juntos de viaje a Sichuan.

–Como te estaba diciendo, después de muchos años sin fruto los Song decidieron disolver su sociedad con el señor Li. El señor Li los amenazó con echarles encima a los coordinadores de venta de medicamentos chinos y de la publicidad. Hace tres meses, Beihe vino a Pekín para arreglar las cosas.

–¿Y lo consiguió?

–Me temo que no.

–No me extraña. El señor Li es un militar retirado, y es pekinés. Un mimado heredero de una ciudad de provincias no es adversario para él.

–Por eso a la Casa del Espíritu Dorado le gustaría contratarte para que investigaras al señor Li. Tú eres una profesional. Pekín es tu ciudad. Tienes una agencia de detectives que va viento en popa. He hecho algunas comprobaciones. Trabajaste durante ocho años en el Ministerio de Seguridad Pública. Puedes averiguar muchas más cosas que Beihe.

El camarero les trajo un nuevo té y sirvió las dos tazas.

–¿Le has contado esto a Beihe? ¿Qué te ha dicho? –preguntó Mei, dándole un sorbo a su té.

–Todavía no lo sabe.

–Pues no creo que sea buena idea.

–Se lo diré si accedes a hacer el trabajo. Seguro que le parece bien. No tiene elección... lo que cuenta es lo que diga la familia. Su mujer, Jin, es la que lleva en realidad la empresa, aunque oficialmente no tiene ningún cargo ni participación en el negocio.

–¿Cómo es eso?

–Porque no es una Song... ya sabes cómo funcionan algunos de esos negocios familiares. Jin se casó con Beihe a los dieciocho años. Ella era guapa. Él tenía dinero.

–Lo dices como si ella no te cayera bien.

–Tampoco me cae mal. Para no haber ido a la universidad, es muy inteligente. En todos estos años ha hecho más que suficiente para conocer el negocio.

–¿Y por qué ha mandado la familia a Beihe a Pekín si no creen que sea capaz de resolver el problema?

–Beihe quería venir. Le gusta encargarse de las cosas. Él es el heredero.

Mei bebió el té.

–¿Qué tendría que hacer yo?

–Les gustaría que lo averiguaras todo del señor Li: a dónde va, a quién ve, en qué se gasta el dinero y dónde lo esconde. Quieren que encuentres algo que puedan usar contra él, ya sea para obligarle a que les devuelva el dinero o para llevarlo a los tribunales.

Mei reflexionó. No veía motivo para decir que no. La Casa del Espíritu Dorado era un negocio floreciente. Podía esperar que le pagaran bien. El trabajo no parecía demasiado difícil. Una incursión en el Registro de Actividades Comerciales podía desvelar parte del tinglado de los negocios del señor Li. Y unos pocos días de vigilancia podían bastar para averiguar a qué se dedicaba.

–Déjame que lo piense hasta mañana.

–Te he traído esto para que lo leas –Wudan le tendió a Mei una carpeta de documentos.

Wudan pagó la cuenta. Salieron del restaurante.

Se había formado una larga cola delante del aparcamiento del Centro del Comercio

Mundial de China y en la calle que llevaba a Jianguomenwai Dajie. Los conductores hacían rugir sus cláxones. Había un camión de reparto atascado en un ángulo raro, incapaz de girar o dar marcha atrás.

–¿Dónde has aparcado? –preguntó Wudan.

Mei señaló a la larga cola.

–En ese aparcamiento.

–Me da la impresión de que vas a tener que esperar para sacar tu coche.

Se puso unas gafas de sol.

–Llámame cuando tomes una decisión.

–Eso haré.

–Adiós.

Se dieron la mano.

# 8

Mei decidió esperar hasta que se despejara el tráfico. Cruzó la calle. Una rebanada de cielo blanco brillaba entre las torres del Centro del Comercio Mundial de China. Cerró con fuerza los ojos. Cuando volvió a abrirlos, una huella verde alargada como una espada centelleaba en sus párpados.

En el centro comercial de la Torre Oeste el aire acondicionado estaba demasiado frío. A Mei le dieron escalofríos de gusto. Aflojó el paso para que sus tacones se adaptaran al suelo de mármol.

Un grupo de jovencitas, puede que modelos, fluctuaban de tienda en tienda. Eran muy guapas y tenían la misma actitud indiferente que las maniquíes de Chanel. Mei pasó por delante de Louis Vuitton y miró los bolsos del escaparate. Lu no compraba Vuitton porque había ya demasiadas imitaciones. Mei se preguntó en qué se distinguirían los auténticos de las imitaciones. Una dependienta con traje de chaqueta negro y tacones de aguja la contemplaba desde dentro de la tienda con los brazos cruzados. Mei le echó una sonrisa, pero ella no se la devolvió.

Mei subió por la escalera mecánica hasta el tercer piso. Nada más salir de la escalera la detuvo una dependienta que llevaba un banderín rosa y la condujo a una tienda llamada Young Fashion.

La tienda vendía vestidos cortos, camisetas modernas y vaqueros: nada que una mujer de treinta y dos años pudiera ponerse. La chica aparentaba dieciséis años con sus mejillas sonrosadas y su maquillaje de purpurina, y llevaba una fila de pendientes en cada oreja. Tenía paciencia: no se cansaba nunca de sonreír ni se le acababan las sugerencias. Mei le compró un collar.

Se sentó en la cafetería Starbucks con una taza de café de moca y contempló su adquisición. Era una cadena dorada con dos colgantes: una hoja dorada y un jade verde. Pensó que podía ponérselo para la fiesta de Lu. Se preguntó si a Yaping le gustaría.

Faltaban sólo tres semanas para que él volviera. Se iban a casar, si no ese año el siguiente, y se iban a comprar un apartamento cerca del Parque de Chaoyang. Saldrían a trabajar por la mañana y volverían por la noche. Irían a fiestas y a restaurantes y a Tailandia de vacaciones. Sus hijos tendrían pasaporte estadounidense y estudiarían en un colegio internacional. Yaping lo tenía todo planeado.

–Si te apetece, tú te puedes quedar en casa –le había dicho.

Mei volvió a meter el collar en su caja y cerró la tapa.

Sacó la carpeta de Wudan y leyó los documentos. Había dos folletos publicitarios, un montón de fichas de contabilidad y un informe mecanografiado. La tarjeta de visita del señor Li estaba sujeta con un clip a la primera hoja del informe. La dirección que había en la tarjeta le llamó la atención. No era lejos de su oficina, en el Nuevo Distrito de Negocios de Chaoyang.

Mei miró su reloj. Puede que aún le diera tiempo de hacer una parada en el despacho del señor Li. Se terminó el café.

Mei encontró su Mitsubishi rojo en la segunda planta del aparcamiento. Incluso a la luz mortecina de aquel lugar se veían las abolladuras de su coche. Se lo había regalado su hermana tres años antes, cuando su marido le compró el Mercedes. Era un coche pequeño, un modelo hecho para el mercado chino.

Mei abrió la puerta. Por todo el borde, la pintura se había desconchado y había óxido en el metal. Se metió en el asiento del conductor e hizo girar la llave. El motor rechinó antes de encenderse. Sacó el coche marcha atrás y dio varias vueltas buscando la salida. No había ninguna indicación para orientarla. Siguió conduciendo en círculos un rato y después de un par de giros en falso encontró el camino que llevaba hacia fuera.

El tráfico estaba pesado en Jianguomenwai Dajie. Mei cruzó la Tercera Vía de Circunvalación por el puente de Guomao. Por la ventanilla abierta le entraba el olor de los tubos de escape y el aire caliente de la ciudad. Se paró en un semáforo. El taxi que había a su lado llevaba la radio a todo trapo: era un programa de esos en los que el público participa en directo. El conductor chupaba un fino cigarrillo y tamborileaba con los dedos en el volante.

El Centro Comercial Dawei centelleaba, casi oculto por las hojas de los álamos, en la calle Sur del Estadio de los Trabajadores. Como en la mayor parte de las construcciones nuevas, el aparcamiento era de uso exclusivo. Mei aparcó su coche en los Almacenes Cien Océanos y siguió a pie. Dos turistas extranjeros, jóvenes altos de pelo oscuro y rizado, venían en dirección contraria, con pesadas mochilas. Llevaban camisetas y pantalones cortos, pero no como los llevan los chinos, como con poco entusiasmo, sino con convicción, haciendo uso de todo el espacio que aquellas prendas holgadas les ofrecían. Llevaban un mapa y lo consultaban constantemente. Una señora de pelo blanco escarbaba en los cubos de basura buscando latas vacías y botellas de plástico.

Del vestíbulo del Centro Comercial Dawei partían repartidores en todas las direcciones. Los visitantes asediaban a los transeúntes y a la aturullada recepcionista con preguntas. Los oficinistas trajeados se movían por allí como animales en su propio territorio, unos con un café en la mano, otros con carpetas, indiferentes al caos que los rodeaba.

La recepcionista mandó a Mei a la tercera planta, donde encontró la Compañía del Nuevo Cielo y la Nueva Tierra del señor Li. El pasillo estaba enmoquetado y silencioso. Una mampara decorada con el nombre de la empresa le tapaba la vista. Delante de la mampara había un escritorio, pero no había nadie en él.

A los lados de la Compañía del Nuevo Cielo y la Nueva Tierra había un despacho de abogados especializado en emigración a Estados Unidos y una empresa de telecomunicaciones. En el mismo pasillo Mei encontró varios negocios cuyos nombres no daban ninguna pista sobre a qué se dedicaban: Grupo Estrella Roja, Gran Dirección S. L.... China GE ocupaba un tercio de la planta, incluyendo una gran oficina principal en todo un extremo del pasillo.

¿Cómo se las arreglaba el señor Li para tener una oficina como aquélla, en un gran centro comercial, al lado de empresas prósperas y respetables? Aquello no era lo que Mei se esperaba.

Al llegar al final del pasillo, Mei se detuvo. Desde detrás de una esquina vio una sombra y el perfil de un hombre. Estaba haciendo fotos con una cámara de lente larga. Dejó la cámara en cuanto vio a Mei. Pasaron uno junto al otro. El tipo aparentaba apenas veinte años. Llevaba unas sandalias de tirillas con hebillas plateadas, cosa que Mei no le había visto nunca a un hombre en Pekín, ni en el mes más caluroso del verano.

Seguro que acababa de llegar de un lugar cálido, pensó Mei, del sur.

Mei se acercó al sitio donde antes estaba el chico. Se veía de lleno la recepción de la Compañía del Nuevo Cielo y la Nueva Tierra.

Ahora había una mujer sentada al escritorio. El joven se acercó a ella y le dijo algo. Poco después salió una mujer de mediana edad. Se agarraba las manos como si quisiera hacérselas un nudo. Estuvieron un rato hablando. Luego el joven se marchó hacia el ascensor. Al minuto llegó el ascensor con un sonido de campanilla, y él desapareció dentro.

Por lo visto no era ella la única que se interesaba por el señor Li, pensó Mei. Se preguntó en qué otros problemas se habría metido.

Mei entró en el lavabo de señoras. Estaba vacío. Abrió el grifo. En el espejo vio un nudo entre sus propias cejas. Se lavó las manos. El agua salía con fuerza. Una hilera de luces blancas brillaba en el techo, iluminando las marcas del agua en el lavabo. Un pensamiento fue tomando forma en su mente.

Salió de los lavabos y se dirigió a la Compañía del Nuevo Cielo y la Nueva Tierra. La recepcionista estaba sentada a su escritorio al pie del logo de la empresa. Tenía las mejillas jóvenes y regordetas y se estaba limpiando la mugre de debajo de las uñas.

–¿Está el señor Li? –preguntó Mei, deteniéndose ante ella.

La mujer levantó la vista y estudió la expresión de Mei y su traje. Escondió las manos bajo la mesa.

–Soy de la Oficina para la Inspección y la Supervisión de Empresas Privadas –dijo Mei–. Necesito ver al señor Li.

–Lo siento. El jefe ha salido y va a estar todo el día fuera.

–¿Y quién está al cargo? ¿Dónde está el responsable de la oficina?

–Se ha ido a casa también.

–¿Trabaja alguien en este sitio?

–Lo siento. El ayudante personal del señor Li sí que está. ¿Quiere usted que...?

–No, no quiero hablar con su secretario. Dile al señor Li que se vaya preparando para la inspección. Escríbelo. Es la Oficina para la Inspección y la Supervisión de Empresas Privadas.

Mei giró sobre sus talones y se alejó. A su espalda oyó ruido de movimiento de sillas y supo que la recepcionista iba a entrar en el despacho. Luego oyó voces apagadas. Sonrió.

Se acordó del dicho «da golpes en la hierba para asustar a las serpientes» mientras bajaba en el ascensor a la planta baja. Fuera, el aire estaba cálido. La agonizante luz del día había espolvoreado sobre el Centro Comercial Dawei un brillo dorado.

# 9

El señor Li hizo girar su silla. ¿Qué tipo de idiota pondría el aire acondicionado tan fuerte ya a aquellas alturas del año? Tenía frío en los dedos, en las puntas de los pies, hasta en el cerebro tenía frío... aunque cuando no lo tenía congelado tampoco podía pensar bien.

No le gustaba nada llevar traje. Le hacía parecer más bajo de lo que era. Tampoco soportaba las camisas, con sus cuellos duros y las arrugas que se les hacían en cuanto uno se las ponía. Intentó encontrarse las manos. Las mangas de la chaqueta eran demasiado largas. «No querrá usted que las mangas le queden cortas», le había dicho la dependienta, enseñando sus bonitos dientes. Pero un hombre necesita verse las manos. Él las necesitaba para su autodefensa, para golpear cuando pensaba que podía tener algo que ganar.

Le gustaba ver siempre las manos de su oponente: se podía saber mucho de un hombre por sus manos, o de una mujer, si era la persona contra la que combatía. Las manos tenían un algo muy especial. Él no había visto nunca una persona gorda con la cara flaca, o una persona flaca con la cara gorda, pero con las manos no se podía estar seguro. A veces pegaban con la persona y a veces no... y entonces era cuando había que mantenerse en guardia. Las manos eran la parte del cuerpo que no engañaba. Decían la verdad de la gente y la delataban.

Se frotó las manos una contra otra y luego las abrió como un libro. Contempló las toscas líneas de sus palmas y la piel seca que se extendía hasta la punta de los dedos. Al contrario que en el resto de su cuerpo, en las manos tenía fuerza y confianza. Cuando andaba de aquí para allá en aquellos tiempos de «subida al monte y descenso al campo», fueron sus manos las que lo sacaron adelante: manos fuertes capaces de arar campos. Se agarró una con otra.

Encendió un cigarrillo. Fumaba Montaña de la Pagoda Roja, no 555 ni Marlboro. Montaña de la Pagoda Roja solía ser la mejor marca, antes de que hubiera tabaco de importación. No había forma de echarle mano como no tuviera uno alguna puñetera *guanxi* de las buenas. Era la marca que fumaban los comandantes y los generales. Con el Montaña de la Pagoda Roja se podían conseguir muchas cosas, un cartón de seis paquetes valía su peso en oro.

Últimamente todo el mundo quería tabaco extranjero, japonés o, mejor aún, estadounidense. Y se acabaron la lealtad y la camaradería. Antes los regalos significaban algo. Eran una cosa especial. Ahora eran sólo artículos de consumo, dinero. Le regalabas a alguien un cartón de tabaco y la vez siguiente te pedía más. Y en cuanto cualquier otro le diera lo que pedía, te volvía la espalda. La gente estaba hipnotizada con el dinero. Eran capaces de hacer cualquier cosa con tal de que les pagaran bien.

Buscó el cenicero. En su mesa no estaba. Pero ¿no era ahí donde tenía que estar? ¿De qué le servía tener una secretaria si no había nada en su sitio? ¿A qué se dedicaba durante todo el día? ¿A qué se dedicaba todo el mundo en aquel sitio? El tipo de la informática, vale, ése sí que había hecho algo. Desde que llegó él, la empresa no había vuelto a tener que comprar un solo producto genuino. Había puesto al día los ordenadores y los había actualizado por cuatro perras con software que le había comprado a un tipo de la calle. También era verdad

que las descargas gratuitas ya no funcionaban y que el programa de tres yuanes se había fagocitado a los que costaban tres mil yuanes. Pero aun así; los agujeros los tapó con más programas pirateados. Ahora tenían una bonita red de ordenadores que sólo él podía hacer funcionar. El señor Li se imaginaba el interior de su ordenador como un jersey mal tejido de los de su abuela, que amenazaban con deshacerse en cualquier momento.

Por lo menos el tipo de la informática hacía algo, aunque fuera cualquier desastre. Pero ¿a qué se dedicaban las dos guapas dependientas? ¿Y el jefe de ventas? Lo había contratado porque se suponía que se le daban bien las ventas: se había pasado años vendiendo leche en polvo falsa. Y, lo mismo que las dependientas, debería estar de aquí para allá, no sentado en la oficina con el aire acondicionado comiendo sandía.

Contempló por la ventana el brumoso desorden de la metrópoli («metrópoli», ésa era una bonita palabra que se le había pegado de aquellos cabrones poderosos e importantes de los ministerios que le cogían el dinero y luego nunca hacían nada). Había distribuido más dinero del que nunca podría volver a ganar: cenas, bebidas, regalos, mensualidades de los clubs, sobornos y gastos de publicidad. Las empresas a las que representaba eran demasiado pequeñas o demasiado oscuras o demasiado cutres o demasiado pobres para meterse en algo grande. Había mucha competencia: empresas con el bolsillo más lleno, firmas extranjeras con infinitos dólares... Cuanto más trabajaba, más perdía.

El cigarrillo se le apagó en el camino a la boca. Se encendió otro. Se acordó del ejército. Él había sido el mejor soldado, el más canalla. Era capaz de hacer más flexiones y de correr más *li* que nadie. Podía tirar al suelo de un puñetazo a un soldado que le sacara la cabeza. Cuando el uniforme del Ejército de Liberación Popular dejó de ser símbolo de glamour y de poder, se perdió el fervor revolucionario y todo el mundo empezó a correr tras el dinero, él dejó el ejército y se marchó a casa.

Había pasado algunos años fuera. Estaba sorprendido con los cambios y desorientado con las normas del recientemente enriquecido Pekín. Los negocios no eran algo de lo que él entendiera gran cosa, pero en todo caso estaba decidido a probar suerte. Se hizo conductor de taxi porque se ganaba bastante dinero pero abandonó cuando sus ganancias tocaron techo. Y además aquello no tenía glamour suficiente. Continuó con algunas otras cosas, vendiendo cosméticos baratos y artículos de exportación defectuosos, y al cabo de un tiempo lo dejó. Eran todos asuntos de poca monta, no estaban a la altura de su talento.

Empezó a trabajar como intermediario porque un antiguo compadre del ejército le pidió que representara a una empresa de productos farmacéuticos chinos. Era fácil. Se fue a ver a una vieja *guanxi* suya, el padre de un amigo del colegio, y le pidió que comprara el medicamento para su hospital. Se llevó una tajada sustanciosa por hacer muy poca cosa. Pero el negocio empezó a ponerse difícil cuando el gobierno comenzó a regular la atención sanitaria, y los hospitales tuvieron que rendir cuentas de lo que gastaban y en qué lo gastaban. Su vieja *guanxi* se jubiló. Empezó a utilizar nuevas *guanxi* que resultaban mucho más difíciles de manejar. Aquello se convirtió en un trabajo de verdad. Tenía que hacerse publicidad, y pagar. La gente siempre quería más dinero.

–¡Xiao Jia! –llamó a su secretaria. Estaba cansado de tener que apañarse con lo que fuera saliendo. «No más asuntos de poca monta», bufó; pronto el dinero empezaría a entrar a espuertas y podría hacerle un corte de mangas a aquel despacho.

Xiao Jia entró sacando pecho, la cara replegada en una sonrisa. Cuando la contrató pensaba que una mujer de mediana edad haría mejor el trabajo. Ella tenía más de veinte años

de experiencia en una fábrica textil propiedad del estado que se cerró. Seguro que no se iba a marchar de un día para otro a otra empresa y, al contrario que una veinteañera, no les distraería, ni a él ni a los demás.

–¿Dónde están mis ceniceros?

–Los he quitado.

–¿Qué?

–Pero si me dijo usted que lo hiciera.

–¿Y por qué iba yo a decirte eso? ¿Tú crees que estoy loco?

–Dijo que lo iba a dejar.

–Eso lo digo todo el rato. No deberías creerte lo que digo.

–Pero me dijo que esta vez era de verdad.

–Xiao Jia, deberías tener un poco de iniciativa, y no limitarte a hacer lo que se te dice.

Su secretaria le echó una mirada inexpresiva.

Li suspiró. Aquel lugar era una estupidez. Su gente era estúpida. Él era estúpido. ¿Qué hacía perdiendo el tiempo por un cenicero? Por la gracia de Huangdi, necesitaba un cambio.

–Olvídalo, cómprame otro cenicero. Ya no lo voy a volver a dejar.

Xiao Jia no se movió.

–Qué.

–Ha venido una inspectora de la Oficina para la Inspección y la Supervisión de Empresas Privadas. Quería verle.

–No me irás a decir que hay un organismo que se llama así.

–No soy capaz de encontrar ninguna información sobre él.

–Estoy seguro de que no eres capaz. ¿Y qué quería?

–Ha dicho que se vaya usted preparando para la inspección.

–¿Qué inspección?

–No lo ha dicho.

El señor Li se puso de pie, sacudiendo la cabeza. Se quedó parado. Fijó la vista en una mancha oscura de la pared. ¿Por qué había venido esa inspectora justo ahora? ¿Sería una coincidencia?

Xiao Jia le estaba observando.

–Limpia este despacho –le dijo él.

De camino hacia la salida volvió a darle un repaso a aquel lugar. El tipo de la informática, el jefe de ventas y las dos dependientas, sentados a sus mesas, clavaron la vista en sus ordenadores con fingida concentración.

–Sanguijuelas –se lamentó.

Una vez fuera, en la tarde cálida, se le levantó el ánimo. El sonido del tráfico inyectaba energía en sus pasos. Hinchó el pecho y se abrió la chaqueta del traje, con la barriga sobresaliendo hacia fuera. Se había olvidado de la inspectora. Sonrió a unas chicas guapas que se acercaban por la calle. Algunas le echaron miradas de disgusto. Otras levantaron la nariz e hicieron como si no existiera. «Qué se habrán creído, las zorras de ellas», pensó, parando con la mano un taxi. Dentro de muy poco le iban a mirar con otros ojos.

–Qianmen Dajie –gritó mientras se metía en el asiento del pasajero.

El conductor escupió por la ventanilla abierta y giró el volante para meter el coche entre el tráfico.

Li sacó el teléfono móvil e hizo una llamada.

–Oye, hermano, ¿tienes el dinero? Muy bien. Date prisa.

Se guardó el teléfono y miró pasar la ciudad. Antes eran los anchos bulevares de Pekín los que le hechizaban. Ahora eran los rascacielos los que prevalecían en su capacidad de asombro. Él ya no era un jovencito ingenuo con el uniforme del ejército descolorido. Él era parte de aquella ciudad y de lo que la hacía grande. Él quería aquel Mercedes plateado de cristales ahumados, aquel BMW de importación.

Se acordó de sus padres, ya muertos. De lo orgullosos que se pusieron cuando se alistó en el ejército. Su madre le tocaba el uniforme, entrecerrando los ojos y murmurando: «Qué gloria, qué gloria». Le buscaron una novia para casarse en el pueblo. Él no quería eso. Él quería una chica de la ciudad que viviera en un bloque de apartamentos y cuyos padres no fueran campesinos. Su padre murió cuando él todavía era un militar. Cuando dejó el ejército para meterse en los negocios, su madre murió también, pero de vergüenza. Ella no entendía que el capitalismo era la nueva revolución.

Se encendió un cigarrillo y le dio una calada, soltando el chorro de humo por la ventana. Él siempre había sido consciente de las limitaciones de sus padres. Hasta el Presidente Mao era consciente de sus limitaciones... y por eso dejó de confiar en los campesinos en cuanto el partido comunista se trasladó a las ciudades. Cuando el Presidente Mao lo sacó de un pueblo de las afueras de la ciudad y lo mandó con la juventud de su época al campo de verdad para aprender de la auténtica clase campesina, él vio las cosas con tanta claridad como aquel gran hombre: los campesinos eran torpes de mollera. Se juró que iba a dejar la clase campesina en cuanto tuviera ocasión. Sobornó al secretario del Partido en el pueblo, se alistó y fue ascendiendo de rango. Cuando ser un revolucionario rojo dejó de resultar interesante, él volvió a cambiar.

Se había casado con una chica de la ciudad. Más tarde ella le dejó para casarse con otro más rico, pero eso tampoco venía al caso. Él iba por buen camino, y ahora ya era sólo una cuestión de tiempo.

–Aquí, ése es el restaurante.

El conductor detuvo el coche ante la amplia entrada. Li le pagó y salió del taxi. El olor de la comida, de los guisos y la salsa de soja con azúcar se le metió por las narices. Li tosió, tiró al suelo la colilla y la machacó con la suela del zapato.

Una camarera joven, de unos dieciocho años, le saludó en la puerta.

–Bienvenido a Detiandi –se inclinó con su apretado *qipao* rojo. Li siguió la línea de sus piernas por la alta abertura lateral del vestido–. ¿Viene usted al *baojian*?

–Sí –dijo él, y le dio el número de su teléfono móvil. Ella lo buscó en una lista.

–El señor Li, sala reservada de la segunda planta –le hizo gesto de que siguiera a otra mujer igualmente delgada vestida con un *qipao* rosa.

–¡Ha llegado un invitado! *Baojian*!

–¡*Baojian* 201, segunda planta!

–¡Bienvenido a Detiandi! –dos mujeres con *qipao* rosa hacían reverencias a la puerta del ascensor. Li entró en él siguiendo a su escolta, embriagado del dulce perfume. Ella le sonrió entreabriendo los labios rojos. El señor Li sintió un estremecimiento dentro de los pantalones. El ascensor llegó enseguida, con un sonido de campanilla.

Las camareras que trabajaban arriba no eran tan guapas. Llevaban blusas holgadas de seda y pantalones anchos también de seda, prendas que las hacían parecer campesinas cuando se

arreglan para venir a la ciudad. Una de ellas le tendió una toalla caliente y la carta del restaurante.

–¿Quiere ir pidiendo nuestro famoso pato? Tarda tres cuartos de hora en asarse.

El señor Li detectó el acento de Changping y se dio cuenta de que campesinas disfrazadas era precisamente lo que eran aquellas camareras. Respondió que pusieran en marcha lo del pato y se pasó la toalla caliente por la cara.

Llegaron sus invitados.

–¿Qué te ha pasado? Te has vuelto flojo –dijo Mao, su viejo compadre del ejército, dándole unas palmadas en el hombro–. Debe de ser la buena vida.

Li sonrió abiertamente.

–Hermano Mayor –Li levantó los puños entrelazados al ver al que entraba detrás–. *Gongxi* Comandante. ¡Enhorabuena por haber sido ascendido y haberse hecho rico![3]

–Rico no es la palabra. Si el Partido nos dice que vayamos a un sitio, es ahí adonde vamos –el Hermano Mayor se erguía por encima de Li, estirado, sin que sus ojos revelaran ningún pensamiento. Li tembló, igual que le había pasado hacía años, de miedo.

–El Hermano Mayor no ha cambiado.

–Eso es porque los soldados nos alimentamos de arroz y de pan, no como tú, hermano, que te alimentas de carne.

–¡Sentaos! –Mao llamó con la mano–: Camarera, tráenos una botella del mejor Wuliangye que tengáis. Hermano Mayor, ven aquí, siéntate a la cabecera de la mesa.

–Pero si es redonda.

–Ya lo sé, Li, pero hasta las mesas redondas tienen una cabecera: el asiento que está en el lado norte, mirando al sur.

Se sentaron y se pasaron la carta. La camarera les sirvió Wuliangye en vasitos de licor.

–Vamos a pedir pez *lu* hervido –dijo Mao.

–El pescado va por peso: siete, nueve o trece *ji*.

–Pues el más grande.

–Una ración de garras de oso –dijo el Hermano Mayor.

–Las Siete Setas Sagradas.

Esas ratas del ejército tenían el corazón negro, pensó Li. Iban a reventar a base de comerse los fondos públicos.

–El Hermano Mayor se ha convertido en la estrella del ministerio –dijo Mao, vaciando su vasito de licor.

–Los tiempos están cambiando y los militares debemos cambiar también –dijo el Hermano Mayor–. El ejército necesita ser emprendedor. El gobierno ha dicho que nos hagamos todos ricos; y los militares también tenemos que poner nuestro granito de arena.

–¿Por qué íbamos a tener que apretarnos el cinturón y quedarnos mirando mientras esos tipos con cara de cerdo y cola de perro se lo están llevando crudo? –dijo Mao–. Y no me refiero a ti, Li. Tú eres amigo nuestro.

–No deberías haberte marchado –dijo el Hermano Mayor, lanzándole a Li una mirada fría–. Podíamos haber usado a alguien que tuviera cabeza para los negocios.

Llegaron sus platos.

–La cabeza del pescado es para el invitado de honor, el Hermano Mayor –dijo Mao, y la cortó con un movimiento de tijera de sus palillos.

En cuanto tuvo la cabeza del pescado en su plato, el Hermano Mayor le extrajo con los palillos los protuberantes ojos blancos y los reventó en su boca.

Trajeron el pato asado en un carrito, con la piel chisporroteante. El chef empuñó un gran cuchillo y cortó en rodajas la carne. Trinchó el pato: la piel era para comerla con azúcar, la carne se separaba según la parte del pato, los huesos se los llevaban para hacer una sopa.

–El mes pasado estuve en Pakistán. No he visto en mi vida un país más pobre y más sucio. Es peor que lo que había aquí en la Revolución Cultural –el Hermano Mayor sacudió la cabeza como si el banquete que se había desplegado ante él, en su honor, le entristeciera–. Me di cuenta de lo bueno que ha sido con China el Partido Comunista. No se da cuenta uno mientras no tiene con qué comparar.

–¿Pakistán es amigo nuestro?

–Siempre lo ha sido.

–Pero la India no.

–En estos tiempos la amistad es lo de menos. Mientras ellos paguen, nosotros comerciamos.

–La venta de armas es lo que mueve dinero.

–Eso sí que es cosa seria.

–La inmobiliaria, de ahí es de donde sale ahora el dinero.

–Dicen que los negocios con Rusia se están multiplicando.

–La forma de ganar dinero es importar y exportar.

–La gente que más vale sigue estando en el ejército.

–En un hermano del ejército siempre se puede confiar.

–Los civiles son ciudadanos de segunda. No tienen agallas ni cerebro.

–Por el ejército.

–Por la amistad.

–Es glorioso hacerse rico.

La puerta se abrió y la camarera hizo pasar al último invitado.

Li se puso de pie haciendo un gesto con la mano.

–Hermanos, permitidme que os presente a mi socio en este negocio: Beihe Song.

# 10

–Averigua todo lo que puedas de los negocios del señor Li –dijo Mei tendiéndole a Gupin la tarjeta del señor Li.

Le explicó quién era el señor Li y de qué trataba el caso.

–Su oficina me ha parecido demasiado lujosa para un tipo que no ha conseguido vender sus productos. O está mintiendo, o tiene otras fuentes de ingresos, o las dos cosas. Tú puedes empezar por los canales oficiales (el Registro Mercantil y la Administración de la Pequeña Empresa de Chaoyang), y yo indagaré en los extraoficiales.

–Voy para allá ahora mismo.

Gupin recogió su vieja bolsa de lona del ejército y se marchó.

Por la ventana Mei contempló cómo Gupin se encaramaba a su bicicleta Paloma Voladora y se adentraba en la calle. Se preguntó si no lo estaría mandando a la caza del ganso silvestre. Aquellos despachos oficiales eran famosos por no soltar la información, por mucho que ése fuera su principal cometido.

Mei se pasó las dos horas siguientes terminando el informe sobre el caso del Barrio Sur. Incluyó prueba fotográfica de la existencia de la amante, pero no hizo referencia al encuentro en el restaurante con el Subsecretario Liang. Le dejó a Gupin una nota con instrucciones para que hiciera la factura. Sintió que se quitaba un peso de encima al salir por la puerta, desterrando aquel caso y al Subsecretario Liang de sus pensamientos.

Mei comió con Shiyi, una antigua compañera suya del Ministerio de Seguridad Pública. Shiyi acababa de dar a luz a una niña y había conseguido un puesto en el Comité de Gobierno de la Ciudad de Pekín para poder estar más cerca de su casa.

Comieron a gusto y sin prisas. Shiyi le enseñó a Mei una cantidad imposible de fotos de un bebé que no tenía más que dos meses. Por la tarde Mei se dirigió en su coche a su despacho. El calor que llevaba acumulándose todo el día se había puesto ahora pesado y pegajoso. Le empezó a entrar la modorra y encendió la radio para mantenerse despierta. En cuanto llegó al despacho se fue derecha a su escritorio, apoyó en él la cabeza y sucumbió al sueño. La ventana estaba abierta y entraba por ella una brisa ligera. A lo lejos se oía el ruido de una perforadora. Luego la tarde se quedó en calma.

Algo más tarde, Mei se despertó. Al principio pensó que sólo se había quedado traspuesta unos minutos. La tarde no parecía haber cambiado. Pero al fijarse mejor se dio cuenta de que la luz se había vuelto más tenue. Habían aparecido sombras alrededor de los muebles. Se incorporó en el asiento y notó cómo el calor del día se deslizaba por sus brazos hacia fuera.

No alcanzaba a ver muy lejos por su ventana. La polución había ennegrecido por arriba los edificios. Pero ella sabía que unas manzanas más allá estaba la calle del señor Li. Acarició la idea de presentarse allí en aquel mismo instante y encontrárselo sentado a su mesa.

Sonó el teléfono. Cogió el auricular. Era Wudan.

–¿Cómo estás?

¿Qué decir? Mei pensó rápidamente en algo que resultara profesional y expresivo.

–Muy bien, gracias –dijo.

–Gracias por hacerte cargo del caso. Mi secretaria me ha dado el mensaje.

–Haré todo lo que pueda. Mi ayudante ha ido esta tarde a comprobar la inscripción del señor Li en el Registro Mercantil.

–Eso sí que es trabajar deprisa.

–Ya veremos si por ahí sale algo.

Mei decidió no hablarle a Wudan del tipo que andaba husmeando por el Centro Comercial Dawei hasta que consiguiera averiguar más. Tampoco quería complicar el caso si no era necesario.

–Voy a cenar esta noche con Beihe. ¿Puedes tomarte algo con nosotros después de la cena? Me gustaría que le conocieras.

–¿Le has hablado de mí?

–Se lo voy a contar esta noche. Me gustaría que vinieras.

–A tomar algo, perfecto.

–¿Nos vemos entonces en el Susie Wong, el club nocturno que hay junto a la Puerta Oeste del Parque de Chaoyang, a las nueve y media?

–A las nueve y media, muy bien.

–Estoy deseando verte –el tono de Wudan se hizo más suave.

–Yo también –dijo Mei.

Colgó y se quedó un momento con el auricular en la mano.

Necesitaba ir a su casa, darse una ducha y cambiarse. Mei se debatió entre marcharse inmediatamente o esperar a que hubiera pasado la hora punta. El tráfico de Pekín era difícil de predecir. A veces las calles seguían congestionadas hasta pasadas las siete de la tarde. Al final decidió esperar leyendo las *Noticias de la Tarde de Pekín* que había comprado en el quiosco de periódicos de la esquina.

Oyó las llaves girar en la cerradura. Entró Gupin. Llevaba algunos botones de la camisa abiertos. Tenía la cara roja del calor.

–¡Creía que habías salido! –exclamó sorprendido al ver a Mei.

Una corriente de aire pasó en círculo por los cuartos, entrando y saliendo por la ventana abierta, y murió en cuanto la puerta se cerró otra vez.

–He preferido esperar hasta que mejore un poco el tráfico.

–Pues espera un poco más, porque está tremendo. La Tercera Vía de Circunvalación está parada. No sabes lo que me he alegrado de ir en bicicleta –Gupin dejó caer su bolsa sobre el escritorio de Mei–. Mira lo que he conseguido sobre el señor Li. Hoy es mi día de suerte.

–Es imposible tener suerte con el Registro Mercantil de Chaoyang –dijo Mei.

Gupin desplegó los papeles sobre el escritorio de Mei y la miró con ojos pícaros:

–¿A que no sabías que yo allí tengo *guanxi*?

–¿De verdad?

–No lo había pensado al salir para allá, pero luego me he acordado.

Mei no pudo hacer otra cosa que sonreír: era muy típico de él eso de ir pensando sobre la marcha, sin haber hecho ningún plan de antemano.

Se sentaron los dos a su mesa.

–Primero me puse a la cola como todo el mundo. En el Departamento de Reclamaciones me dijeron que iban a dar curso a mi solicitud y que me contestarían dentro de dos meses. En el Departamento de Archivos me pidieron todo tipo de autorizaciones. Entonces me

acordé de una prima mía que había venido a Pekín hace años a trabajar en una casa. La señora de la casa murió, y mi prima se casó con el marido. Yo estuve en la boda. Cuando estaba haciendo cola en una de las ventillas me he acordado de que el marido de mi prima trabajaba en el Registro.

Una gran sonrisa se abrió en su cara. Mei conocía bien esa expresión, mezcla de orgullo y picardía, en la que se le notaba que era de provincias.

–He pedido que me dejaran verle. Al cabo de un rato ha salido. Es un tipo mayor, de sesenta años o más, está a punto de jubilarse. Se puso muy contento de verme, como si fuera un familiar suyo o algo.

–Bueno, es que lo eres.

–El viejo está encantado, sabes, ha tenido suerte... ¡se ha casado con una mujer de veintinueve años! Es como una segunda vida. Quería impresionarme, se le notaba. Se ha desvivido por ayudarme, respondiendo de esto, averiguando lo otro. Quiere que vuelva a casa contando lo importante que es.

–¿Y lo es?

–No está mal. Por lo menos es sincero. Me ha dicho que cuando murió su mujer se casó rápido porque quería tener compañía. Le vino bien que anduviera por allí mi prima. Pero ha dicho que se preocupa por ella. Dice que por lo único por lo que lo siente es por sus hijos. No les hace ninguna gracia ese matrimonio. Ahora no quieren verle.

–Eso es una pena.

Mei no conocía al tipo pero aun así lo sintió por él. Se lo imaginaba como alguno de los amigos de su madre, calvo y con el estómago abombado. Se imaginó que era tímido y puede que hasta torpe. Probablemente no tenía muchos amigos, y los que tenía seguramente lo habían sido mucho más de su difunta esposa. Sus hijos debían de tener la edad de Mei.

Los niños son jueces rigurosos de los merecimientos de sus padres. Les exigen mucho amor pero les dan muy poco a cambio. Se niegan a tolerar la menor muestra de egoísmo de los padres. «Qué implacables somos los niños», pensó Mei, acordándose de su madre.

–Perdona, me estaba acordando de otra persona –dijo Mei al notar que Gupin se había quedado mirándola.

Gupin debía encontrar irritante aquel hábito suyo. Probablemente habría pensado que a ella no le interesaba lo que le estaba contando o que la estaba aburriendo. A veces era verdad. Gupin podía llegar a extenderse mucho. Pero la mayor parte de las veces era sólo una palabra o algo de lo que se había dicho lo que catapultaba sus pensamientos a crecer sin su ayuda y adueñarse de ella.

Avergonzada, Mei se apresuró a añadir:

–Vamos a ver los papeles.

Gupin los fue poniendo delante de Mei uno por uno.

–El señor Li es dueño de dos empresas. Una es la Compañía del Nuevo Cielo y la Nueva Tierra, en el Centro Comercial Dawei. Antes era un negocio de marketing y ventas. La empresa se trasladó al distrito de Chaoyang hace seis años y se convirtió en una asesoría de mercado. Hace dieciocho meses trasladaron la oficina al Centro Comercial Dawei.

–¿Y la segunda?

–Hace dos semanas el señor Li inscribió en el Registro una empresa de exportación, Bao Gui S. L., según el asiento del registro, para el comercio de medicamentos chinos.

–¿A dónde manda los medicamentos?

–A que no lo adivinas.

–A Japón, a Corea, a los países del sudeste de Asia, a Estados Unidos...

–A Rusia.

Ahora que ya lo había soltado, Gupin sonrió.

–¿A Rusia?

–El almacén lo tiene en el Barrio Ruso.

–¿En qué calle?

–Caoyuanlu número 11.

Curioso negocio ese de exportar medicamentos chinos a Rusia. A Mei le costaba creer que allí hubiera mucha demanda. Y uno no se mete en negocios con un país extranjero así sin más. ¿Qué conexión tenía el señor Li con Rusia?

–Mañana iremos a investigarlo.

–Muy bien.

–Muchas gracias –dijo Mei, juntando los papeles–. Buen trabajo.

Gupin estaba contento.

–Hasta mañana por la mañana.

Un minuto más tarde Mei oyó cerrarse la puerta de la calle. Gupin se marchó. Volvía a estar sola, encerrada en el silencio de sus recelos. No estaba convencida de lo que le decían aquellos papeles. El señor Li estaba metido en algo, que podía tener o no tener que ver con los medicamentos chinos.

Necesitaba averiguarlo.

Miró su reloj, esperando que no fuera demasiado tarde.

–Diga –el inspector Zhao cogió inmediatamente el teléfono, con voz apremiante.

–Soy Mei.

–Ah.

–Suenas decepcionado.

–Perdona, es que estaba esperando una llamada importante. Nos estamos preparando para una redada grande: una Limpieza de lo Amarillo.

–Enhorabuena. Por fin un poco de acción.

–Estoy deseándolo, y hasta un poco nervioso.

–Todo irá bien. No será más que una panda de asquerosos pervertidos.

–Va a ser la primera vez que salgo aquí en la ciudad.

–Un pequeño aperitivo para nuestro Inspector de Homicidios y Crímenes Serios.

–Pues me imagino que sí. ¿Y tú qué tal?

–¿Me harías el favor de investigarme a una persona?

–Depende de quién sea.

Mei le dio los detalles del señor Li.

–¿Están los rusos implicados?

–Al parecer sí. Me gustaría saber qué tipo de conexión tiene con ellos.

–Conseguir información sobre extranjeros no va a ser fácil. Pertenece a Asuntos Exteriores.

–Mira a ver lo que puedes conseguir.

–Lo miraré después de la redada, ¿te parece bien?

–Muchas gracias.

Colgaron.

Mei miró su reloj: las ocho menos veinte. Agarró su bolso y salió disparada por la puerta.

La Tercera Vía de Circunvalación seguía congestionada. Mei apretó los dientes y se metió por los bulevares que cruzaban la ciudad. La tarde estaba gris y llena del clamor de los coches, los autobuses y los timbres de las bicicletas. Mei encendió la radio. En la emisora de música clásica estaban poniendo un concierto para piano de Greig: fuerte, optimista, apremiante. Dejó que la música se apoderara de su ánimo. Por la acera avanzaba a paso de marcha una columna de policías antidisturbios que volvían a sus barracones después de haberse pasado el día montando guardia en las embajadas de Sanlitun.

# 11

Mei paró el coche en la calle Oeste del Parque de Chaoyang y se bajó de él. Se veían brillar ventanas amarillas dentro de las siluetas moradas de las Torres de Apartamentos de Lujo Internacional. Había una hilera de restaurantes en la franja que rodeaba la Puerta Oeste del Parque de Chaoyang. Un letrero de neón rojo («Restaurante del Pescado Hervido de la Abuela») resplandecía sobre uno de ellos.

Mei recorrió de arriba abajo la calle buscando el Club Susie Wong. No consiguió encontrarlo. Aparte de los restaurantes y de un puestecillo nocturno de tabaco allí no había nada que se pareciera a un club nocturno pijo. A cien metros hacia el sur de los restaurantes había una oscura fila de casas de tres pisos deshabitadas. Se quedó parada en la calle sin saber qué hacer, preguntándose si no se habría equivocado de sitio.

Delante de la fila de casas oscuras se detuvo un taxi. Salió de él un grupo de turistas occidentales, haciendo retumbar el aire con sus alegres voces. Subieron un tramo de escaleras y se metieron en una de las casas. Mei se apresuró a seguirlos. Miró si había alguna placa o algún letrero pero no vio ninguno. Oyó que alguien hablaba en inglés a su espalda y se dio la vuelta. Aparecieron más occidentales. Pasaron a su lado sin mirarla y empujaron una puerta negra en la que no había nada escrito. Un relámpago de claridad rasgó la noche oscura.

Mei subió las escaleras y se asombró de la facilidad con que se abría la puerta del mundo de Susie Wong. Unas escaleras estrechas la llevaron al primer piso. Una voz sensual de mujer cantaba jazz en francés.

Sobre mesitas bajas de laca resplandecían faroles rojos. Cuerpos jóvenes envueltos en seda se recostaban sobre camas de matrimonio chinas. En el techo estaban proyectando fotografías de fiestas que se habían celebrado en el club.

Preguntó por la terraza y la condujeron, atravesando una puerta de cristal, hasta un oasis de muros veteados con una vista del cielo nocturno tan amplia como la que recordaba de su infancia en las afueras de Pekín.

Mei buscó a Wudan. Él la vio y le hizo señas con la mano. Había otras tres personas sentadas a la mesa con él, un hombre de mediana edad y dos mujeres jóvenes y guapas. Mei sintió cómo la emoción abandonaba sus pasos.

–¡Hola, Mei! –dijo Wudan.

–Siento llegar tarde –dijo Mei, sujetando el bolso delante de la falda. ¿Por qué se habría pasado tanto tiempo arreglándose? Mei se sintió ridícula por el cuidado que había dedicado a su aspecto. Aquel pelo que con tanto cuidado se había secado, aquel maquillaje que se había puesto en la cara con delicados cepillitos, se le hicieron de pronto falsos y agobiantes.

Wudan hizo las presentaciones.

–La señorita Wang es una colega mía; éste es el señor Beihe Song.

Beihe extendió la mano.

–Encantado de conocerte.

Tenía una voz segura de sí misma y acento de la lengua de Cantón. Aun así, parecía

robusto como un norteño, con la mandíbula angulosa y la mirada arrogante. Su belleza era de esas que brotan espontáneamente y sin complicaciones.

Mei se sentó. Beihe le presentó a las mujeres. Anna era alta, angulosa y ancha de hombros, con unos grandes ojos pintados con raya negra. Leila era más bajita y más joven, de unos diecisiete o dieciocho años, y tenía los ojos rasgados, las cejas finas y arqueadas y un mohín inocente. Saludaron con la mano a Mei y le dijeron un «Hola» indiferente. Mei se preguntó cuál de ellas estaría con Wudan.

–¿Qué te apetece tomar? –le preguntó Wudan.

–¿Qué estáis bebiendo vosotros?

–Yo un *gin-tonic*, Beihe una cerveza y las señoritas champán.

–Yo me tomaré un Manhattan –dijo Mei. Le había hablado de esa bebida su hermana.

Wudan llamó con la mano a un camarero, que se acercó y le tomó el pedido. De las mesas más cercanas llegaban flotando voces y fragmentos de conversación. Mei pilló una retahíla de palabras de la mesa de al lado sobre algún gran negocio que se estaba acordando o celebrando.

–¿De verdad eres abogada? –preguntó Anna, con un pitillo entre los dedos. Tenía un ligero acento de Henan, parecido al de Gupin.

Por el rabillo del ojo Mei vio que Wudan asentía con la cabeza.

–Sí –dijo ella.

–¿Qué tal es trabajar para un despacho de abogados? –preguntó Leila. Tenía más acento que Anna.

–Hay que echarle muchas horas –dijo Mei.

Leila le puso a Wudan la mano en la rodilla y sonrió.

–¿A qué os dedicáis vosotras? –preguntó Mei a las dos mujeres.

–Yo trabajo en un salón de belleza. Leila y yo trabajamos juntas –dijo Anna.

Beihe se inclinó hacia delante, elevando la voz para sobreponerse a las voces que daban los de la mesa de al lado.

–Pregúntales por sus clientes, verás las historias tan graciosas que te pueden contar. Nos conocimos la semana pasada. Lo pasamos muy bien, ¿verdad? Así que le he dicho a Wudan, venga, vamos al Susie Wong, que quiero que conozcas a unas amigas –se volvió hacia Wudan–. ¿Verdad que te lo he dicho, Wudan?: «Son guapísimas».

Le dio un trago a la botella de cerveza y sonrió a las mujeres. Él era el que llevaba la voz cantante, el que pagaba la cuenta.

–Y tenías razón –dijo Wudan, levantando el vaso hacia Anna y Leila.

–¿Adónde habéis ido a cenar? –preguntó Mei, tratando de no mirar a las dos mujeres.

–Al restaurante Siete Océanos.

–Para ser sincero, tampoco es que me haya parecido nada del otro mundo –dijo Beihe–. ¿Conoces ese sitio? Es famoso por un molusco que traen de Australia, con un nombre raro: «oreja de mar» me parece que le llaman, no sé. El encargado decía que las reciben frescas todos los días. Yo no veo qué tienen de especial. Vale, la carne está tierna, pero a mí me sabe igual que cualquier otro marisco al vapor. En Pekín hay cosas que no llego a comprender. ¿Por qué marisco pagaría la gente quinientos yuanes el *jin*? A mí no me ha gustado, y además aquí el amigo no paraba de pasarme papeles para que los mirara... dinero, dinero y más dinero. Me estaba dando dolor de cabeza –les guiñó un ojo a Anna y Leila–. Los abogados son lo peor. No paran nunca, siempre te están metiendo miedo con una cosa o con la otra.

Las esteticistas se rieron. A Wudan al parecer también le hizo gracia la broma. Cuando la gente miraba hacia la mesa en la que estaban, Mei sentía que la estaban juzgando, su falda de flores, su torpeza.

Anna se levantó. Los reflejos rubios de su pelo resultaban llamativos a la luz de las lámparas de las paredes.

–Voy al lavabo.

Leila se levantó también.

–No tardéis –les rogó Beihe.

Las dos mujeres se alejaron cogidas de la mano. La blusa blanca de Anna, con un escote profundo en la espalda, revelaba al moverse la curva de su columna. El camarero que le traía a Mei el Manhattan lo depositó distraídamente sobre la mesa, con la atención puesta en la visión de la espalda desnuda de Anna.

Mei le dio un trago a su cóctel. Era amargo. Alargó una mano y tocó las lianas verdes que cubrían el muro de la terraza. Eran de plástico. Encima del más alto de los edificios de apartamentos del otro lado de la calle Oeste del Parque de Chaoyang brillaba entre la contaminación un letrero de neón que anunciaba pastillas para la garganta.

–Beihe, tengo que decirte una cosa –dijo Wudan–. Mei no es abogada. Es detective privada. Va a investigar al señor Li.

–¿Por encargo de quién?

–Beihe, tu familia necesita saber en qué ha despilfarrado el señor Li vuestro dinero.

–El señor Li es un buen tipo –dijo Beihe en voz más bien alta–. Ha hecho muchos esfuerzos por la Casa del Espíritu Dorado.

–Te ha amenazado.

–Porque estaba disgustado. Ya se lo he dicho al viejo: debajo del puente hay agua. Li tiene grandes planes. Las cosas van a cambiar.

–¿Qué planes tiene? –preguntó Mei.

–Ha dado con alguien del Ministerio de Sanidad y Medicina que nos puede ayudar. Si el ministerio nos da el visto bueno, no hay mejor sello de aprobación que ése.

–No estoy yo seguro de que nos vayan a dar ese sello de aprobación –dijo Wudan.

–En eso es en lo que no coincido con el resto de la familia. Yo creo que deberíamos darle un poco más de tiempo. Si la cosa no resulta, ya me ocuparé yo de salir del atolladero. Pero por el momento, si no confiamos en el señor Li, ¿en quién vamos a confiar? ¿O es que el viejo no confía en mí? ¿O Jin?

–Jin lo único que quiere es estar segura. Después de todo, la Casa del Espíritu Dorado lleva un montón de dinero gastado en el señor Li.

Beihe le pegó un trago a la cerveza.

–¡O sea que es mi mujer!

–Tu padre también quiere que se investigue este asunto. Ya lo hemos hablado antes.

–¡Mi padre! ¡Mi mujer! ¡La empresa! No me voy a poner en contra... además, para el caso que me hacen... ¿Pero para qué me dicen que venga si creen que no soy capaz de ocuparme del problema? ¿Sabes una cosa? Apuesto a que el viejo no ha sido. Está senil. Me costaría creerlo. Sé que ha sido Jin. No soy tan estúpido como ella se piensa. ¿Pero quién se habrá creído que es? Ella no entró en el negocio hasta que se casó conmigo. Se cree más lista que nadie. Pero si fuera tan lista, ¿por qué iba a ser Ben Ben un niño tan tonto? Ella no lo quiere nada, a mi hijo. Es una chupasangres. Chupa y chupa, lo quiere todo para ella –Beihe

estampó la botella de cerveza sobre la mesa y se puso de pie–. ¿Dónde están esas chicas? ¿Se habrán caído por el retrete? –y se alejó.

Wudan se disculpó.

–Ha sido culpa mía. Se lo tenía que haber dicho en la cena. Tenía miedo de que reaccionase de esta forma y se negara a conocerte. Se pone muy sensible cuando se habla de su familia. Han depositado en él un montón de expectativas. Hay que decir en su favor que él se esfuerza...

–Tampoco da la impresión de que se esfuerce demasiado.

–Beihe no se lleva bien con su mujer. Jin viene de una familia pobre. Su madre era costurera. Su padre murió en un accidente en el molino en el que trabajaba cuando Jin tenía doce años. Beihe era el soltero más deseado de la ciudad, rico, guapo y de una familia con tradición. Por la puerta de los Song habían pasado ya muchos casamenteros. Una vez se empezó a rumorear que Beihe se iba a casar con la hija del alcalde. Cuando se casó con Jin, la gente no se lo podía creer, aunque ella era famosa por lo guapa que era. Se dijo que la Anciana Señora Song se había puesto furiosa al enterarse de que estaban comprometidos y le había dicho a Beihe que deshiciera el compromiso.

–Debía de estar muy enamorado de ella.

–Eso parecía. Pero cuando nació Ben Ben las cosas cambiaron.

–¿Cuántos años tiene Ben Ben?

–Ben Ben tiene trece años. Desde el momento en que nació, la Anciana Señora Song tomó las riendas y empezó a malcriarlo. Al mismo tiempo, Beihe empezó a alejarse y a pasar cada vez más tiempo fuera de casa.

–¿Cómo es que sabes tanto de ellos?

–Estuve trabajando con Beihe y con Jin cuando vinieron a Pekín a montar la sociedad con el señor Li. No conozco demasiado bien a la señora Song, en el sentido de que sólo he ido unas cuantas veces de visita a la Residencia de los Song. Creo que en cierto modo entiendo por qué cree que tiene que manejar su familia con mano de hierro. Ella fue quien mantuvo a la familia unida durante todos aquellos años y sufrió mucho al perder a sus dos hijos en la Revolución Cultural. Es una mujer dura. A veces puede resultar cruel. Quizá ésa haya sido su forma de sobrevivir. Como probablemente habrás supuesto, las relaciones entre Jin y la Anciana Señora Song son más que frías.

–El viejo proverbio dice que las nueras tienen que sufrir para poder, el día que ellas sean suegras, hacer sufrir a otras.

–Pues por la forma en que la Anciana Señora Song trata a Jin, se diría que ella sufrió enormemente cuando era nuera.

Beihe volvió a emerger, con un cóctel en vaso largo con hojas de albahaca en la mano.

–Las chicas se quieren quedar dentro porque con el aire acondicionado se está más fresquito. ¿Por qué no pagas la cuenta y os venís también?

–Muy bien. ¿Qué es eso que estás bebiendo? –preguntó Wudan.

–No lo sé. Me han hecho pedirlo las chicas. Dicen que es la especialidad del Susie Wong: se llama Noches de Verano del Susie Wong o algo así. Está malísimo.

–Desde luego le echan imaginación.

Beihe se encogió de hombros. Mei estaba segura de que seguía disgustado.

–Pago la cuenta y vamos para allá –dijo Wudan.

–Vale –Beihe dio media vuelta y se alejó. Su polo blanco contorneaba los músculos bien

definidos de su espalda. Mei se preguntó si pasaría muchas horas en el gimnasio. Para tener cuarenta años, se le veía en forma.

Wudan no pidió la cuenta. Se recostó en su silla y se estiró.

–Qué noche tan bonita. Sólo con que no hubiera mosquitos, sería perfecta.

–Y contaminación.

–Sí, mosquitos y carbonilla. Pero aun así me gusta estar aquí fuera... En Pekín no es fácil encontrar un trozo de cielo tan grande como éste. Últimamente, vayas a donde vayas, siempre hay algún rascacielos que te tapa la vista.

–A mí me recuerda a cuando era niña. En verano, la unidad de trabajo de mi madre solía montar una pantalla en el recinto en el que vivíamos, nuestro propio cine al aire libre. Recuerdo que el cielo estaba igual de cerca.

–Nosotros en Shunde también teníamos un cine al aire libre, no en el sitio donde vivíamos sino en el recinto del gobierno comarcal. Teníamos que recorrer un buen trecho en bicicleta para llegar hasta allí.

–Casi todas las películas eran soviéticas. Me acuerdo de una de ellas. El protagonista era muy guapo, rubio y con los ojos azules. Creo que lo torturaban. La película empezaba en una iglesia. Luego el actor descubría que el arzobispo era su padre, así que se unía a los revolucionarios. También estaban las películas de Corea del Norte, que eran unos dramones tremendos.

–Me acuerdo de una que iba de una niña que vendía flores. Era ciega; o ella o su hermana pequeña. Era muy triste.

–De ésa me acuerdo yo también. Debimos verla muchas veces. Claro que en aquellos tiempos no había más que un par de películas al año, así que las ponían una y otra vez. Pero nos daba lo mismo. Los adultos se ponían a chismorrear y los niños a jugar. Recuerdo que cazábamos luciérnagas.

–No se ven muchas luciérnagas últimamente en Pekín.

–Me imagino que no. Ya no quedan espacios abiertos.

–Allí en mi tierra sigue habiendo luciérnagas en verano. Yo voy con mi sobrino a buscarlas. Cuando logramos coger alguna, la metemos en un botecito de cristal. A él le encanta ver la luz que dan. Las luciérnagas son criaturas interesantes. A veces me pregunto qué objetivo tendrá su vida. ¿Lo has pensado alguna vez? ¿O es que su vida se limita a volar y dar luz?

–Eso creo yo. Son luciérnagas, viven, dan luz y son bonitas de mirar. ¿Qué más objetivo quieres que tengan?

–Eso es como decir que nuestro objetivo es vivir sin más, sin aspirar a nada.

–¿Y a qué te parece que deberían aspirar las luciérnagas? ¿A convertirse en superluciérnagas?

–Puede ser. Puede que sea eso lo que quieren todas las luciérnagas. Puede que hasta tengan todo un sistema, con sus recompensas y todo, sólo que nosotros no lo sabemos.

No había estrellas en la noche. Las siluetas de los rascacielos se desdibujaban a lo lejos en la oscuridad. Los sonidos de la ciudad parecían haberse ahogado, hundiéndose en el fondo de la noche. Mei sentía aún su ritmo, en las voces que flotaban en la terraza, en los latidos de su corazón y en los giros de su memoria.

–Es mejor que vayamos dentro para que no se disguste Beihe –dijo Wudan, pidiendo por gestos la cuenta.

–Resultaría útil averiguar lo que sabe Beihe del señor Li.

–Por eso no te preocupes. Me sorprendería que sepa algo que nos pueda servir. Sólo quería que lo conocieras para que te hagas una idea de cómo es.

–Le he pedido a un amigo policía de la Comisaría del Distrito de Chaoyang que me investigue al señor Li –le contó Mei a Wudan.

Vino el camarero con la cuenta. Wudan le pagó en metálico.

Se metieron dentro. Beihe y las chicas habían encontrado una cama, Anna y Leila estaban medio recostadas sobre ella. La música estaba alta y las voces más todavía. Wudan pidió más bebidas. Mei pidió un vaso de zumo de *lichi* y se disculpó para ir al lavabo.

Nada más entrar en el estrecho pasillo de paredes forradas de madera oyó una voz que la llamaba por su nombre. Se dio la vuelta y vio a Steve, un barman al que conocía de otro club nocturno.

–¿Qué haces tú aquí?

–He cambiado de club –dijo Steve.

–¿Por qué?

–Porque en el Susie Wong es muchísimo más fácil ver a algún famoso. Soy el nuevo encargado del bar.

–Enhorabuena.

–¿Y tú qué haces aquí? Creía que no te gustaban estos sitios. Ah, ya, ni me lo cuentes: estás trabajando en algún caso –Steve se apretó los labios con un dedo.

Mei sonrió.

–El otro día vi aquí a tu hermana –dijo Steve–. Es aún más guapa en persona.

–Mucha gente lo dice.

–Porque no nos está permitido molestar a las celebridades que vienen por aquí, que si no le habría pedido una invitación para ir a ver el programa –Steve batió las pestañas–. ¿No me harías tú el favor de pedírsela?

–Yo no...

–Por favor.

–Vale.

–Muchas gracias. Si alguna vez puedo ayudarte en algo...

Mei asintió.

–No me olvidaré.

Volvió a la mesa. El zumo de *lichi*, opaco y con trocitos oscuros flotando, la esperaba en un vaso alto. Se sentó y de pronto se sintió cansada.

–Será mejor que me vaya pronto a casa –bostezó.

–Yo también me tengo que ir –dijo Wudan–. Mañana a primera hora tengo una reunión.

–Tú no te puedes marchar. Pero si no son más que las doce –dijo Beihe. Estaba borracho.

–Quieres que me encargue de tu dinero, ¿verdad? –dijo Wudan–. Quédate tú.

Wudan y Mei bajaron las escaleras. Mei lanzó una mirada a las fotografías que había en la pared: Tian Tian, el rey del pop, estrellas de cine, Lu y Lining, Kenny G.

–Esas mujeres no son esteticistas –dijo Wudan, haciendo una pausa en la escalera y bajando la voz.

–¿Qué quieres decir? –Mei vio el color de sus ojos, marrón oscuro.

–Son prostitutas. Vienen muchas a este sitio porque es donde están los extranjeros y los ricos.

–¿Lo sabe Beihe?

–No estoy seguro. Tampoco creo que le importe.

Emergieron en la noche. El mundo de Susie Wong se desvaneció. Había una fila de taxis esperando junto al bordillo. Se les acercó un joven de provincias y le metió a Wudan unas rosas rojas debajo de la nariz, suplicándole que le comprara una. En el club seguía entrando gente. En la misma franja de calle, más allá, uno de los restaurantes, que abría las 24 horas, estaba iluminado y lleno de clientes.

–¿Puedes conducir? –preguntó Wudan.

–Estoy perfectamente –dijo Mei.

Wudan se encaminó hacia los taxis y se detuvo.

–¿Qué vas a hacer mañana por la noche? Tengo unas entradas para el teatro...

–Mañana me parece que va a ser complicado –dijo ella.

–Comprendo. Era sólo una idea. Buenas noches –dio media vuelta y llamó con la mano al primer taxi de la fila. El conductor, que estaba en la acera fumando, tiró el pitillo a medio fumar a la alcantarilla. Se despidió con un berrido de los otros conductores y le abrió a Wudan la puerta del taxi.

Mei se quedó parada. La noche le pareció vacía. Las altas farolas resplandecían somnolientas en la calima. La velocidad de sus pensamientos había dejado sin sonido a los rojos taxis y sus conductores. Todo le resultaba muy complicado, sus sentimientos, su vida. Le dio la sensación de que Yaping, en quien no había pensado en toda la noche, estaba de pronto ahí, incorpóreo. Puede que «complicado» no fuera la palabra exacta. Quizá «lamentable» o «inalcanzable» resultaban más precisas.

Wudan desapareció en el asiento de atrás del taxi. Mei dio un paso hacia delante. El motor arrancó, las luces se encendieron. Contempló cómo se alejaba el taxi, desapareciendo en la noche. El momento había pasado. Un grupo de occidentales salían riéndose del Susie Wong. El joven que vendía rosas se les echó inmediatamente encima, todo sonrisas y súplicas para que le compraran una. Los turistas se alejaron a paso rápido, ignorándolo de forma más que ostensible.

# 12

Mei se despertó. Apartó de una patada el edredón y se quedó tumbada en la cama, cubierta a medias, escuchando el silencio que se había apoderado del apartamento. Su dormitorio era pequeño. No tenía espacio más que para una cama individual, un armario y un viejo baúl que había sido de su madre. Pero a ella le gustaba su dormitorio. Era suyo.

Se levantó y tiró de la cortina para abrirla. La luz del sol entraba pálida. Era sábado. En la Segunda Vía de Circunvalación el tráfico era fluido.

Arrastró su sombra hasta la cocina y se hizo un té. Le había dicho a su madre que iba a ir hoy a verla.

Fue al salón y encendió la radio. El té tenía un regusto amargo. Dejó que su cuerpo se hundiera en el sofá. En la radio ponían las *Baladas para piano* de Chopin. Aquella música le hizo pensar en las montañas de Changping, el verde paisaje que se iba desvaneciendo suavemente. Se acordó de Wudan, sentado de lado, con las piernas oscilando hacia ella. Le molestaba que Lu le encargara aquellas labores filiales. Pensó en su agencia. ¿Qué iba a pasar con su vida? ¿Lo iba a perder todo?

No había demasiado tráfico en ninguna de las vías de circunvalación, por ser fin de semana. Mientras pasaba ante los nuevos edificios que habían brotado en la última semana, Mei se imaginó a su madre moviéndose por su viejo apartamento, de la cocina a la sala de estar y al dormitorio, sola. Recordó el apartamento en sus tiempos de adolescente, cuando volvía del colegio. Ayudaba a su madre lavando las verduras que hubiera que cortar. Hablaban de cómo les había ido el día. A veces las historias que Mei contaba hacían sonreír a su madre. Recordó la pequeña ventana, la luz del día apagándose al atardecer, el resplandor amarillo de la lámpara del techo. El paso del tiempo había encadenado a su madre a aquellas mismas paredes y ventanas, envejeciéndola y marchitándola, pero había dejado a Mei a la deriva, hasta el día en que el propio apartamento en el que se había criado empezó a resultarle deprimente. Y ya no quiso volver.

El guardia la detuvo en la entrada al recinto.

–¿A qué viene? –inquirió, negándose a levantar la barrera.

–Vengo a mi casa.

–¿Y cómo es que hasta ahora no la he visto nunca? –el guardia era un joven con un fuerte acento provinciano. Llevaba un uniforme marrón y estaba sudando con aquel calor.

Los viejos guardias la habrían reconocido, si no de los tiempos en que vivía allí, al menos de otras visitas que había hecho a su madre.

A Mei no le quedó más remedio que parar el coche a un lado y entrar en la garita del guardia a rellenar un impreso para visitantes. Cuando salió y le tendió el impreso al guardia, él levantó la barrera. Ella pasó con su coche. El joven la saludó.

En el recinto vivían empleados de cuatro unidades de trabajo: la editorial Bandera Roja, la Unión de trabajadores del Transporte de Pekín, la Biblioteca del Distrito de Haidian y la *Revista de la Vida de las Mujeres*, para la que solía trabajar la madre de Mei. Hacía quince años, cuando se mudaron a vivir allí, había seis edificios de apartamentos, un bosquecillo de

manzanos y un trozo de tierra llamado Gran Campo Verde en el que cada familia tenía un trozo asignado para plantar sus propias verduras. Hoy aquel descampado había sido tomado por doce edificios más de apartamentos. Habían admitido a nuevos empleados, reacomodando a los viejos residentes de acuerdo con su importancia en el partido y su puesto de trabajo. La clínica del recinto había cambiado de sitio tres veces.

Enfrente del Edificio Trece, un grupo de niñas de primaria jugaba a la rayuela en el camino de piedra. Gritaban al saltar, con las faldas llenas de vida. Mei pasó junto a ellas recordando por un breve instante su infancia, los tiempos de los placeres inocentes.

La entrada estaba oscura y bloqueada por las bicicletas. Pasó como pudo entre ellas y subió aquellas escaleras llenas de pintadas que deslucían las paredes. Pequeños ventanucos cuadrados despedían luz del día.

En el último piso, llamó a la puerta número 10. Estaba decidida a mostrarse animada.

La puerta se abrió. Tras una reja de barrotes de hierro apareció su madre, secándose las manos en el delantal.

–¿Para qué es esto? –Mei señaló a los barrotes.

–Los ha puesto la unidad de trabajo, por seguridad.

–¿Pero qué peligro puede haber en el recinto? Aquí sólo vive gente que trabaja en las unidades de trabajo y no puede entrar nadie sin rellenar un impreso de esos.

–¡Pues los delincuentes entran! –su madre la agarró por la cintura y tiró de ella hacia dentro. Cerró la puerta con fuerza.

–Hace unas semanas entraron a robar en casa de Lao Zhang, y antes en la de Lao Li. Hasta hace un tiempo el recinto era seguro. Pero ahora cada cual es propietario de su propio apartamento, y se lo pueden alquilar a quien quieran, o dejárselo a sus hijos. Ya no sabe uno quién vive en el piso de abajo. Cuando vienen los ladrones, se lo llevan todo sin que nadie les pregunte nada. La gente piensa que igual el vecino se está mudando.

Condujo a Mei por el estrecho pasillo hasta el salón. Mei observó que había una nueva mesita baja con el tablero de cristal.

–¿Y esto qué es?

–Me la ha traído tu hermana. Es un regalo de un empresario amigo de Lining. El tipo tiene una fábrica de muebles en consorcio con unos italianos.

Se sentaron en el sofá. Mei pasó los dedos por su fresca superficie.

–Y esta tele tan grande también me la ha regalado Lu –su madre señaló a un rincón del cuarto–. Es de pantalla plana. Pero a mí no me gusta, es demasiado grande. Me da dolor de cabeza cuando la veo.

–¿Qué has hecho con tu tele vieja? –Mei recordaba habérsela comprado hacía varios años a su madre.

–La regalé. A un joven que trabaja en el departamento de mantenimiento. A veces me arregla alguna cosilla, más de lo que le correspondería normalmente: me pone un gancho en la pared, o me arregla el calentador del agua. Es un chico majísimo, de la provincia de Xian[4]. Vino a conectarme la televisión nueva y le pregunté si quería llevarse la vieja. Me dijo que sí, así que se la di.

Unos años antes, cuando Mei vivía allí, los suelos eran de cemento desnudo. Tenían el mobiliario habitual y corriente: mesas y sillas y camas que proporcionaba la unidad de trabajo. La ropa se guardaba en baúles de madera y los libros en estantes caseros clavados a

la pared. Hoy una librería de pared a pared con una puerta de cristal albergaba las posesiones de su madre. El salón tenía el suelo de vinilo y cortinas de terciopelo, y un frigorífico Haier. Mei se quedó de pie en mitad de la sala, poco convencida.

Su madre había estado cocinando. El aroma teñía el aire del cuarto. Mei intentó adivinar qué sería: algo cremoso, con agudas notas de Especia Estrellada [anís], Flor de Huanglian y ajo. El olor le trajo un recuerdo de su niñez. Se acordó de cuando estaban las tres, ella y Lu, jovencitas de ojos chispeantes, y su madre, tristemente bella, encorvadas sobre una mesa baja cuadrada, con la tenue lámpara del techo suspendida sobre sus cabezas.

–Ma, deja que te saque a un restaurante, para ahorrarte la lata de cocinar –dijo Mei.

–¿Para qué vas a gastar dinero? Los restaurantes se están poniendo muy caros. Tengo al fuego unos huesos de la parte del pescuezo. Vamos a buscar el resto al mercado y a comer a gusto. Te voy a hacer tu comida preferida: sopa de calabaza de agua con tallarines de cristal[5].

Mei ayudó a su madre a levantarse del sofá. El pelo, más blanco de lo que Mei recordaba, lo tenía seco como un haz de ramas.

–Hoy hace más humedad que en una olla de vapor –dijo su madre, recobrando el aliento–. ¿Me puedes traer el cesto de la compra? Está en el sitio de siempre.

Mei cogió la cesta de bambú de debajo del fregadero.

Salieron juntas hacia el mercado.

El sol estaba ya alto en el cielo y encendía las copas de los árboles y el tejado de hojalata de la caseta donde se guardaban las bicicletas.

–Te veo un poco pálida –dijo su madre–. ¿Te alimentas bien?

–Estoy perfectamente. He estado ocupada con el trabajo.

–Con ese trabajo tuyo algún día te vas a buscar un problema.

–El gobierno tendrá que cambiar de política. Hay demasiadas agencias privadas de detectives por todo el país. No va a castigar la ley a una mayoría.

–Ni siquiera así estás segura. Te estás haciendo enemigos.

Mei no dijo nada. Tenía que haberse hecho enemigos. Si no no le habrían mandado al señor Fu.

Las cigarras chirriaban dentro de los castaños, en oleadas, como haciéndose la corte. Mei se peinó con la mano el largo pelo negro. El sol proyectaba una delgada sombra delante de ella.

–¿A qué te dedicas últimamente? –le preguntó Mei a su madre, con la esperanza de llevar la conversación hacia lo del novio.

–Estoy aprendiendo inglés.

–¿Y qué pasa con el ruso? ¿No te gustaría perfeccionarlo un poco?

–Estudié ruso en la universidad porque en los años cincuenta y los sesenta todo el mundo tenía que aprender ruso. Rusia era nuestro Hermano Mayor. Pero hoy ¿para qué sirve? Antes Estados Unidos era nuestro enemigo. Hoy en día lo que quiere saber todo el mundo es inglés.

–Pues los negocios con Rusia están aumentando otra vez.

–Eso he oído. ¿Te acuerdas de Ning Ning, de la escuela primaria, la hija de la Tita Zhang? Pues ahora vive en Moscú. Me han contado que le va bastante bien.

Llegaron a la entrada trasera del recinto. Los viejos árboles de la infancia de Mei habían

sido talados para hacer sitio para la nueva caseta del guardia. Había un guardia, vestido sólo con el pantalón del uniforme y una camiseta de tirantes, sentado en una silla plegable. Saludó a las vecinas que entraban agitando un raído abanico de paja.

–¡Buenos días Anciana Bai! –dijo a voces–. De compras, ¿eh?

–Me faltaban unas verduras para la comida, que ha venido mi hija a verme.

–¿Es ésta tu famosa hija? –el guardia se puso de pie.

–No. Ésta es la mayor, la que tiene una consultoría de información.

El guardia se acercó a ellas y le dijo hola.

–¿Qué tal va el negocio? –preguntó.

–Bien.

–Ahora está trabajando con los rusos.

Mei se preguntó por qué habría dicho su madre eso. Le habría gustado corregirla pero, al verla a ella toda resplandeciente, no lo hizo.

–¡Los antiguos soviéticos! Antes pensábamos que eran los mejores. ¿Te acuerdas, Anciana Bai? Iban por delante de nosotros hacia el Paraíso Comunista.

El guardia apuntó a Mei con su abanico.

–Vosotros los jóvenes oíd lo que os digo, no es que me esté quejando del Partido, pero ¡hay que ver las cosas que nos contaban! Decían que Estados Unidos estaba podrido de raíz y que tenía los días contados. Y no era verdad, ¿a que no? ¡En realidad Estados Unidos era un país rico y fuerte!

–Los rusos se están enriqueciendo –dijo Mei.

–Eso no me lo creo.

–El mundo está cambiando –asintió Ling Bai.

–Qué encanto de hija. ¿Cómo es que todavía no está casada?

Mei apretó el asa de bambú de la cesta de la compra.

–Las hijas se hacen mayores y dejan de hacer caso a su madre, ¿qué le voy a hacer yo?

–Hoy la gente joven quiere vivir a su manera.

El guardia fue andando con ellas hasta pasar la verja.

–Es asqueroso –dijo señalando al cielo–. Este calor húmedo se te pega a la piel.

–Se quedará mejor si llueve.

–Pero no va a llover, al menos hasta por la tarde.

–Tenemos que irnos –dijo Ling Bai.

El guardia agitó el abanico y le dijo a Mei:

–Te veo cuando salgas.

Mei y su madre fueron andando por una calle flanqueada de árboles.

–Le encanta hablar a este guardia –dijo Ling Bai.

–¿Por qué le has dicho que trabajo con los rusos?

–Pues porque en cierto modo es verdad, ¿no?

–No, no es verdad.

–Quiero estar orgullosa de ti.

–¿Qué más le andas contando de mí a la gente?

–Nada.

Mei estaba en el instituto cuando montaron por primera vez aquel mercado. Al principio fueron los granjeros de por allí cerca los que vinieron a vender sus excedentes de verduras en la acera. Más tarde empezaron a venir de mucho más lejos otros granjeros que traían sus

hortalizas en carretas. Las cuatro unidades de trabajo se habían pasado los tres últimos años en negociaciones para construir un mercado cubierto. El proyecto había quedado terminado hacía un par de meses, de modo que aunque lloviera los vecinos podían ir al mercado a comprar frutas y verduras frescas.

Mei y su madre merodearon entre los puestos. Los blancos brotes de soja, extraídos al alba de oscuros sótanos, tenían un olor puro. Una mujer mayor se machacó unos granos de pimienta de Sichuan en la palma de la mano para dárselos a oler a Mei. El olor agudo la hizo estornudar. La madre de Mei daba golpecitos con los nudillos en las calabazas, atenta a ese sonido a hueco que significa que están en su punto. Se tropezaron con unos viejos vecinos.

–¿De lo del Anciano Tang te has enterado? Sus hijos han contratado a una *ayi* [una criada] para que se ocupe de él, una chiquilla flacucha. ¡Y va él y se le echa a la chica encima! El muy vivo y el muy sinvergüenza.

–Se sentía solo.

–¿A su edad?

–¿Con la chica cuidándole?

–Yo lo conozco desde mucho antes de que se echara a perder.

–Sus hijos no iban nunca a verle.

–Lo metieron en un manicomio.

–Los hijos... siempre están trabajando, o yendo a algún sitio. A una madre lo que la hace feliz es que a sus hijos les vaya bien.

–Esta Mei tuya es estupenda. Ha venido a verte.

–¿Qué tal está Lu? Tienes unas hijas maravillosas.

Siguieron adelante. Ling Bai cogió un bloque de tofu fresco de una olla de barro y se puso a regatear el precio con el desdentado anciano. Le compraron calabaza de agua a un joven horticultor. Cuando tuvieron la cesta llena de cosas, se encaminaron hacia su casa.

El día se estaba poniendo muy caluroso. Por el camino Ling Bai le dio la mano a Mei durante unos segundos. El guardia que habían encontrado antes ya no estaba allí. Había uno nuevo sentado en la silla plegable.

Una vez en casa, Ling Bai se metió en la cocina a preparar la comida. Era un espacio demasiado pequeño para que cupieran las dos, así que Mei se dio una vuelta por el estudio de su madre, el cuarto que había sido su dormitorio y el de Lu. Mei recordó que se peleaba con su hermana y siempre la regañaban a ella porque era la mayor y debería ser más sensata.

–¿Desde cuándo pintas acuarelas? –le gritó Mei a su madre.

–Acabo de empezar –respondió ella desde la cocina–. Estoy yendo a un curso.

Su madre, en la última etapa de su vida laboral, había sido ilustradora de propaganda para la *Revista de la Vida de las Mujeres*. Pintaba con tinta negra pinturas tradicionales chinas. En sus nuevas acuarelas se repetían los mismos temas: un estanque con lotos o una aldea fluvial del sur con un puente de piedra. Quizá porque su madre era novata con las acuarelas, o porque había encontrado un medio de expresión moderno, sus nuevas pinturas resultaban más abstractas que sus hábiles, definidas y a veces elaboradas pinturas de tinta china.

Mei no entró en el dormitorio de su madre. Sospechaba que también allí había hecho su madre cambios. Se volvió a la cocina, el único lugar que no había cambiado demasiado desde que instalaron el gas cinco años antes. Tenía una ventanita que daba al norte y por la que al parecer la luz del sol no daba jamás.

Mei oyó el restallar de las guindillas en la sartén caliente y vio las nubes de humo acre que

salían por la puerta. Se volvió a alejar de allí tosiendo.

Desde detrás de la humareda, su madre dijo:

–Pon la mesa, Mei. Enseguida está la comida.

Mei colocó los cuencos y los palillos sobre la mesa del comedor. Buscó algo de beber pero no encontró ningún refresco en la nevera. Había unas cuantas botellas de cerveza. A su madre nunca le había gustado la cerveza; Mei se preguntó si serían para el novio.

Ling Bai salió de la cocina con una sopera de sopa de calabaza de agua con tallarines de cristal. Mei fue a buscar los otros platos: flores de cerdo con verduras en escabeche dulce, ternera con guindilla, arroz al vapor.

–Vamos a beber agua hervida fría. Está en el termo –dijo su madre.

Mei sirvió agua en dos tazas y le tendió una a su madre.

–¿Hay hielo?

–No. El hielo es malo para la salud –dijo su madre.

–Me ha contado Lu que has conocido a una persona –dijo Mei, poniéndose con la cuchara el arroz en el cuenco y evitando mirar a su madre.

–Ya sabía yo que Lu te lo iba a contar –dijo su madre, revolviendo las verduras en escabeche con el cerdo.

–Lu me ha dicho que estabas pensando en casarte.

–Yo no. El que lo está pensando es él. Le pregunté a tu hermana qué le parece que debo hacer –su madre bebía la sopa con una cuchara de porcelana blanca, encorvándose sobre el cuenco.

–¿Qué te apetece hacer a ti?

–Pues no lo sé. Sus hijos piensan que somos demasiado viejos para andarnos con tantos rodeos. A ellos les gustaría que se casara.

–A lo mejor lo único que quieren es encontrar a alguien que lo cuide en su vejez.

–No hables así.

–Puede que sea por eso por lo que él tiene tantas ganas.

Ling Bai sorbió con fuerza la sopa. Mei se arrepintió de sus palabras.

–Eso es muy típico de ti. Ni siquiera lo conoces y ya lo estás juzgando.

–No lo estoy juzgando. Sólo digo que es posible.

Si ocurriera cualquier cosa con el señor Fu, ella no iba a poder ocuparse de su madre en un tiempo. Quería decirle que por favor tuviera cuidado.

–Y también es posible que queramos estar juntos. ¿En eso has pensado? –dijo su madre–. A lo mejor los dos estamos cansados de estar todo el tiempo solos.

–Tú no estás sola. Nos tienes a nosotras –las palabras le salieron sin cuestionárselas; luego se detuvo, dándose cuenta de lo frágiles que eran.

–Apenas os veo.

–Eso no es verdad. Tú vienes a vernos y yo vengo a verte a ti. Salimos a comer juntas. Vamos de tiendas.

–Un día de cada muchos, ¿y eso qué resuelve? Lu está casada y lleva una vida muy ajetreada. Tú sólo vienes cuando hay algún problema –Ling Bai dejó los palillos cruzados sobre el cuenco–. Siempre he estado haciendo cosas por otros, el marido, las hijas, el Partido... Puede que haya llegado el momento de que piense en mí misma.

–Puedes hacer cosas por ti misma sin necesidad de casarte.

–¿Por qué estás tan en contra?

–No lo sé. Has estado tanto tiempo feliz tú sola que no entiendo por qué quieres cambiar de pronto –Mei se imaginó una foto de familia; en ella estaban los cuatro: su padre y su madre, Lu y ella. Más que nunca, deseó que el mundo siguiera siendo así, como debió haber sido.

–Puede que yo no haya estado tan feliz todos estos años –dijo Ling Bai, levantándose de la silla. Empezó a recoger la mesa. Mei la ayudó y se llevó los platos vacíos a la cocina.

–Déjalos en el fregadero. Ya fregaré más tarde –dijo su madre.

La tarde estaba demasiado calurosa para tomar té. Se sentaron en el balcón a comer sandía. Era la hora de la siesta, en el patio de abajo no había un alma. Durante un rato no se oyó más sonido que el de las pepitas al chocar contra el fondo del cuenco. Su madre tenía el ceño fruncido y Mei deseó que no estuviera pensando en contarle lo infeliz que había sido. Mei bajó la vista al recinto vacío. La blanca luz del sol destelleaba en el tejado de hojalata de la caseta de las bicicletas. No quería dejarse enredar por los sentimientos de su madre. No le apetecía verla llorar. Estaban las dos demasiado mayores para andarse con lágrimas.

A Mei los colegas del Ministerio de Seguridad Pública solían decirle que era «fría como un pez». Sus amigos de la universidad la llamaban «la bella de hielo». Yaping decía que la sentía muy distante. Que cuando estaban juntos se había sentido poco querido porque ella nunca le necesitaba, nunca dependía de él ni le dejaba depender de ella. ¿Pero tan mal estaba no querer llevar las cargas de otras personas, en la misma medida en que ella tampoco les molestaba a ellos? Que no mostrara sus sentimientos no quería decir que no los tuviera. Yaping decía que el amor significaba que podían bajar la guardia y estar más cerca el uno del otro. Mei no entendía de qué se quejaba. Ella de hecho había bajado la guardia. Le quiso y le entregó su corazón. Ése era el problema. ¿Qué había obtenido a cambio?

–Deberíais casaros en cuanto Yaping vuelva –dijo su madre.

–Pero Ma, si a Yaping y a mí todavía no nos ha dado tiempo ni de escribir el primer trazo de la palabra *ba*[6]... es demasiado temprano.

–Ya es hora de que formes una familia. Te estás haciendo vieja. Cuando una mujer ha pasado de los treinta y cinco, no resulta fácil quedarse embarazada.

–Eso no es verdad, por lo menos hoy en día. En todo caso yo no quiero tener niños.

–Las mujeres tenemos que tener niños. Si no los tienes te vas a arrepentir.

A Mei no le apetecía discutir.

–Me gustaría conocer a mis nietos antes de morir.

–Pues si yo te decepciono siempre puedes contar con Lu.

–Ella lo tiene bastante difícil.

–¿Qué es lo que tiene difícil?

–Lo de ser perfecta en todo.

Mei se levantó, recogiendo los dos cuencos de pepitas y pieles de sandía.

–Me voy a tener que ir pronto.

–Espero que tenga un niño –dijo su madre.

Cuando Mei volvió de la cocina, Ling Bai seguía sentada en su silla, mirando en la dirección de la pista de tenis que se estaba construyendo. Sus ojos decaían por la parte del rabillo, aplastados por el peso de las arrugas. Las penalidades le habían dejado un encaje de venas azules en la cara.

Se dijeron adiós en la puerta. Mei le tocó a su madre la mano y se la notó fría para el calor

que hacía. Hablaron de volver a verse, la familia entera. Mei dijo que ella lo organizaría con Lu.

–Hasta la próxima vez –Mei dijo adiós con la mano y empezó a bajar las escaleras.

En el rellano siguiente se detuvo y miró hacia atrás. Su madre estaba de pie en la puerta, sujetándola todavía, con sus anchos pantalones de seda y sus pantuflas de plástico.

–Métete en casa –le gritó Mei.

–Conduce con cuidado.

–No te preocupes, Ma.

Haciendo un último saludo con la mano, Mei bajó las escaleras que tantas veces había recorrido en su juventud.

# 13

El inspector Zhao se acomodó de lado en su silla, estirando aquellas piernas que se había visto obligado a tener encogidas en un ángulo apretado. Su colega la inspectora Hua le lanzó una mirada desde el otro lado de la mesa. Él clavó los ojos en el rostro de ella para hacer ver que le estaba prestando toda su atención.

La boca de la inspectora Hua formaba un aro perfecto al hablar.

–Esta redada va a ser una de las operaciones más importantes del Movimiento de Limpieza de lo Amarillo que tenemos en marcha. El miércoles por la noche se van a reunir tres cuadrillas que tienen intereses en el juego y la prostitución de nuestro distrito.

–¿Dónde es la cita?

–En los subterráneos de la Estación de Tren del Este de Pekín –dijo la inspectora Hua, lanzando hacia arriba una copia del plano, que se abrió en el aire antes de aterrizar sobre la mesa. Le pasó la mano por encima para alisarla.

–Nosotros entramos por aquí –señaló, siguiendo con el dedo unas flechas que había dibujadas–. Los cogemos por sorpresa. No tienen adónde escaparse.

El inspector Zhao ladeó la cabeza, tratando de leer el mapa del revés.

–¿Ellos cuántos serán?

–Según nuestros cálculos, unos treinta o cuarenta.

–¿Tienen armas?

–No creo.

–No te preocupes –dijo una voz espesa desde detrás de un muro de humo de tabaco. La estrella roja brillaba en su gorra–. Va a ser una redada normal y corriente.

–No estoy preocupado, comisario Chen. Estoy deseando aprender de mis colegas de la ciudad –dijo el inspector Zhao, recogiendo las piernas debajo de la mesa.

Desde donde estaba no veía la expresión de la cara del comisario Chen. La mayor parte de las veces no habría sabido decir en qué estaba pensando el comisario Chen. Era un hombre eternamente oculto tras un velo de humo. El inspector Zhao miró a la inspectora Hua. Ella había posado la mirada en el espacio vacío que había entre los dos hombres y el labio superior le sobresalía hacia abajo.

Desde que el inspector Zhao llegó a la comisaría del distrito, Hua había dejado bien claro que a ella no le caía bien. El inspector Zhao especulaba sobre sus razones. La inspectora Hua tenía más años que él y era veterana en la comisaría. Era lógico que viera en él, que tenía su mismo rango, un nuevo rival, y que eso la molestara. Como la mayor parte de los pekineses, lo más probable es que se creyera superior a él porque él venía de las comarcas de fuera de la ciudad. Al principio se había sentido ofendido. Más tarde se dio cuenta de que con ella tenía la seguridad de saber a qué atenerse. Los que le preocupaban eran los que no le decían lo que de verdad pensaban de él.

–Trabajad juntos. Vais a aprender los dos –dijo el comisario Chen.

Llamaron a la puerta.

–¡Adelante!

La puerta se abrió. Entró en el cuarto una mujer de veintipocos años. Llevaba un uniforme nuevecito y una pulcra sonrisa. Hizo el saludo como si lo hubiera ensayado ante el espejo cientos de veces.

–Ésta es la camarada Dong. Trabaja en el Departamento de Asuntos Externos –dijo el comisario Chen.

Dong les dio la mano a la inspectora Hua, a la que ya conocía, y al inspector Zhao.

–Ya le había visto por aquí, Inspector. Me alegro de conocerle por fin.

El inspector Zhao también la había visto a ella por allí y se acordaba de todas y cada una de las veces que se habían cruzado, en las escaleras o en la cafetería. Al principio le había sorprendido ver a una mujer tan guapa en una comisaría y pensó que habría venido sólo de visita, de la Central o puede que hasta de la Brigada de Cantos y Danzas. Tenía una fragilidad que no parecía ajustarse a lo que la rodeaba. Luego había vuelto a verla en otras partes de la comisaría, a veces en compañía de otros policías, y había comprendido que trabajaba allí. No se había atrevido a informarse sobre ella, pero se preguntaba en silencio cuál sería su cometido. El uniforme lo llevaba siempre impecable.

Le dio con suavidad la mano y escuchó su nombre. Se sintió reanimado y reafirmado. Tenía razón en sospechar que ella no era en realidad policía: las relaciones públicas no son un trabajo propiamente policial. En su antigua comisaría de Dashanzi no tenían relaciones públicas. El inspector Zhao contempló aquellos ojos solícitos que batían hacia él sus largas pestañas negras.

–La camarada Dong ha hecho por nuestra comisaría una cosa estupenda. Ha creado una serie de materiales para promocionar nuestro trabajo. Dentro de poco se va a publicar una recopilación de actuaciones ejemplares de la policía. ¿Por qué no se lo cuentas tú a ellos?

Dong hizo gesto de ruborizarse, pero dijo con voz desenvuelta:

–Hemos recogido más de cien casos de las comisarías de todo el distrito. Muchos de los artículos los han escrito los propios agentes. Esos casos son el testimonio del espíritu de lealtad y el amor a la profesión de nuestras fuerzas policiales. Nos pueden ayudar a mejorar nuestras relaciones con los medios de comunicación y a promocionar nuestro distrito. Algunos de los artículos los han seleccionado para publicarlos en *Policía de la Capital* y *La Revista del Pájaro Carpintero*.

Su forma de hablar, bastante formal y pronunciando perfectamente cada palabra, le recordó al inspector a las locutoras del telediario. En Dong había algo con lo que él nunca se había encontrado: sofisticación ciudadana, un mundo distinto.

–La camarada Dong me pidió que escribiera el prólogo. Lo hice porque creo que el libro es importante. Pero está sólo *mamahuhu* [regulín regulán]. Al fin y al cabo yo no soy escritor –dijo el comisario Chen con una risita breve.

–Pero señor, si ha escrito usted un prólogo maravilloso.

–Escritores no somos, pero tampoco era de eso de lo que se trataba. Estamos orgullosos de nuestro trabajo. Queremos que la gente se dé cuenta de lo mucho que hemos hecho para combatir la delincuencia. Deberíamos darles el libro de regalo de Año Nuevo chino a los policías que están a pie de calle, para animarlos a aprender durante las guardias.

Dong sonrió.

–Nos han felicitado los medios de comunicación y la alta jefatura del partido. Eso para nosotros ha sido un estímulo. Queremos hacer más cosas, crear un archivo de vídeos de nuestros valientes hombres y mujeres policías combatiendo el delito. Yo creo que va a tener

mucho gancho –a Dong le brillaban los ojos de entusiasmo–. Llevaba meses suplicándole al comisario Chen que nos dejara acompañaros en una redada. Estoy emocionada de que nos haya dado esta oportunidad. Prometo que no vamos a estorbar.

–Espera un momento, ¿qué quieres decir con eso de acompañarnos? –preguntó la inspectora Hua.

–Vamos a cubrir la redada con una cámara, vamos a grabar la pelea contra los delincuentes en vivo y en directo.

–No. Es demasiado arriesgado.

–Nosotros no tenemos miedo.

–Es arriesgado para la operación. Tendría que prescindir de algunos agentes para que os protegieran a vosotros.

–Podemos cuidarnos nosotros solos.

–¿Cuánta gente llevas en el equipo de rodaje? –preguntó el inspector Zhao, tratando de desviar la tensión.

–Tres o cuatro personas, pero eso lo podemos discutir más tarde.

–Yo no puedo arriesgar la operación ni poner en peligro a mi equipo –dijo la inspectora Hua.

–No va a haber ningún riesgo. Nosotros también somos policías cualificados.

–¿Has estado alguna vez en una redada? ¿Sabes lo que es eso? No se trata sólo de lo valiente que seas o dejes de ser.

–He salido de patrulla por la calle.

–No tiene nada que ver.

–¿Usted qué piensa, inspector Zhao? –preguntó de pronto el comisario Chen.

El inspector Zhao miró sobresaltado al comisario Chen. Le pareció que tenía algo duro atascado en la garganta. Tosió, tratando de aclarársela. Se frotó las cejas. El nudo que tenía en el entrecejo se resistía a aflojarse.

–Yo...

Vio que Dong le estaba mirando. Sintió que le ardía la cara. Al otro lado de la mesa, la inspectora Hua parecía disgustada y tragaba aire como un pez agonizante.

–Yo... pienso lo mismo que la inspectora Hua. No me parece buena idea –dijo el inspector Zhao. Dejó caer las manos sobre las rodillas, que ya le estaban doliendo.

El comisario Chen se puso de pie.

–Los camaradas de Asuntos Externos están deseosos de correr ese riesgo por el bien de nuestra comisaría. Son unos valientes. Y nosotros tenemos que apoyarles. Inspector Zhao, usted va a aprender que aquí hacemos las cosas de otra manera. La inspectora Hua se encargará de la coordinación. Camarada Dong, le sugiero que lleve a la menor cantidad de gente posible. Camaradas, estamos en tiempos modernos. La policía tendrá que modernizarse. Eso es lo que nos pide la jefatura del Partido.

Los hicieron salir. En la puerta, Dong le dio un apretón de manos rápido. El repiqueteo de sus tacones delataba su irritación al alejarse de los inspectores. Hua y Zhao se encaminaron hacia sus respectivas oficinas, compartiendo por un instante una camaradería sin palabras y un tramo de oscuro pasillo.

Se detuvieron al pie de las escaleras. La inspectora Hua tamborileó con los zapatos en el suelo.

–Gracias –dijo, levantando los ojos hacia el inspector Zhao–. Dicen que eres un buen

policía.

El inspector Zhao se encogió de hombros. En aquel momento no estaba muy seguro de que le importara estar a buenas con ella. Se acordó de la sonrisa de Dong. Se había cargado la ocasión de mostrarse amable con ella, y total, ¿para qué? «Idiota», se dijo a sí mismo. Sólo un tonto se las arreglaría para molestar al mismo tiempo a su jefe y a la mujer más atractiva de la comisaría.

Asintió mirando a la inspectora Hua. Tampoco se hacía ilusiones de haberse ganado su apoyo. La inspectora Hua no era el tipo de persona que cambia de opinión sólo por un gesto. Él sabía que iba a tener que demostrarles, a ella y a otros de la comisaría, que de verdad era, como al parecer decían, un buen policía.

El inspector Zhao subió las escaleras hasta su despacho. Era evidente que el comisario Chen quería que Dong grabara la redada en vídeo: si no no le habría pedido que acudiera a aquella reunión. Todo hombre tiene su vanidad y quiere que lo glorifiquen; ¿por qué iba el comisario Chen a ser distinto? El inspector Zhao se desplomó en su silla. La energía que le había recorrido las venas cuando tenía a Dong sentada a su lado, toda fragante, se apagó.

Entró su secretaria.

–¿Se ha terminado ya la reunión, inspector Zhao? –sonrió, despegándose de la pechera un informe.

–Se ha terminado –suspiró el inspector Zhao. Cogió el informe que ella le tendía y leyó el título: «Informe sobre los Nidos Amarillos del Distrito de Chaoyang».

La secretaria se acercó más.

–Parece usted molesto, Inspector. ¿Está bien?

–¿Yo? Perfectamente.

Ella se puso aún más cerca. Sus pechos, silueteados por el uniforme, crecieron y se abombaron en su campo de visión. En voz baja, dijo:

–Xiao Li, la de la segunda planta, ha tenido un bebé. Un niño.

–¡Estupendo! –exclamó el inspector Zhao, aunque no tenía ni idea de quién era Xiao Li.

–Es muy triste –suspiró su secretaria–. El niño ha nacido desfigurado, con labio leporino.

–Lo siento. No lo sabía.

–Estamos haciendo una colecta de dinero de la suerte para ayudarla. ¿Le gustaría contribuir?

–Por supuesto –sacó de su cartera un billete de diez yuanes.

–Otras personas han dado más.

El inspector Zhao añadió otros diez. Alzó la mirada y vio un destello en los ojos de ella. Comprendió que el daño ya estaba hecho. Su secretaria le iba a contar la historia a la comisaría entera. Algunos pensarían que era un tacaño. Otros dirían de él *tuchi*: que olía a tierra, que es a lo que huele la gente de los pueblos que piensa que diez yuanes son un montón de dinero.

Ella dobló los billetes y cerró la mano.

–Gracias, Inspector. Xiao Li se alegrará. Su marido ha perdido el trabajo que tenía en la fábrica de tintes.

–¡No!

–Es lo que suele ocurrir hoy en día con las fábricas que son del estado.

–Bueno...

–El dinero de la suerte algo hará –dijo su secretaria, dejando escapar otro tenue suspiro

lleno de sentimiento, y salió.

El inspector Zhao se hundió en su asiento.

El reloj que había sobre su mesa hacía tic-tac. Al cabo de unos minutos, ordenó sus pensamientos y se puso de pie. Se sirvió del termo una taza de agua hervida fría. Volvió a sentarse con la taza y se puso a leer el informe.

Tenía más de cincuenta páginas y enumeraba los burdeles del distrito, cómo estaban encubiertos y cómo operaban. La mayor parte de ellos se hacían pasar por salones de masaje. Otros eran karaokes, agencias matrimoniales y hasta casas privadas. Las prostitutas venían de las provincias, secuestradas por las bandas o engañadas con la falsa promesa de una vida mejor en la capital. En uno de los casos, un karaoke de la calle Liangma, había dos chicas, traídas de un mismo pueblo de la provincia de Henan, de doce y trece años. Se habían hecho amigas de un chico de dieciséis años de su pueblo, miembro de una banda, que les propuso que salieran con él una noche a divertirse. Las chicas dijeron que sí y por la noche se escabulleron en pijama para encontrarse con él y con sus amigos. Los tipos de la banda se llevaron a las chicas en tren a Pekín y las obligaron a trabajar como chicas de alterne. Cuando ellas intentaron negarse, les dieron una paliza y las violaron. Todas las noches los tipos de la banda llevaban a las chicas en coche al karaoke y después se las volvían a llevar a un piso alquilado. No las dejaban ir a ningún sitio. El mes pasado la policía había hecho una redada en el karaoke y habían detenido a las chicas. Lo confesaron todo. Se detuvo a la banda. Se informó a los padres de las chicas, que ya pensaban que nunca iban a volver a ver a sus hijas.

El inspector Zhao tiró el informe sobre su mesa. Sabía que aunque esta vez habían podido encontrar a las niñas y devolverlas a sus padres, más temprano que tarde volverían a aparecer otras en Pekín. Una vez al año la policía llevaba a cabo un Movimiento de Limpieza de lo Amarillo. Pero tan pronto como habían limpiado la ciudad, allí estaba de vuelta el porno amarillo. Tenía la esperanza de que la redada del miércoles supusiera de verdad un cambio.

El inspector Zhao decidió irse a su casa. Se deslizó el libro *El camino de la felicidad* en el bolsillo, sacó de un cajón una bolsa de la compra de red roja y se marchó.

En la caseta para bicicletas que había a la puerta de la comisaría, el inspector Zhao extrajo su bicicleta nueva de entre el enmarañado desorden. Era una Paloma Voladora, la primera cosa que su mujer le había comprado cuando se mudaron a la ciudad. Le sacudió el polvo de la barra. En las pocas semanas que hacía que la tenía, la bicicleta se había puesto toda sucia y llena de arañazos.

–¿Se viene a tomarse una cerveza con nosotros, Inspector? –le preguntaron dos jóvenes cadetes del Departamento de Tráfico que estaban también recogiendo sus bicicletas.

Al inspector Zhao le caían bien aquellos policías jóvenes. A ellos no les parecía tan importante que él fuera de un pueblo o de la ciudad. Vivían la vida con más ligereza que sus mayores, hasta en la forma de andar o de hablar se les notaba la despreocupación. Se sentía más a gusto relacionándose con ellos, aunque no pudiera decir que supiera quiénes eran ni, lamentablemente en aquel momento, cómo se llamaban.

–Lo siento, hoy no puedo. Me ha mandado mi mujer que vaya a comprar verduras[7].

–Sólo un ratillo, media hora o veinte minutos, ¿no?

–A lo mejor mañana –dijo el inspector Zhao.

# 14

El inspector Zhao bajó pedaleando por la calle Dian-Qiao, saboreando el toque fresco del atardecer temprano. El polvo de la ciudad se elevaba como una bruma que apestaba a desechos, sudor y humo de motores. No quería volver demasiado temprano a casa. El apartamento que tenían alquilado no estaba lejos de la comisaría. Se suponía que era provisional, hasta que el ayuntamiento proporcionara a la comisaría nuevas viviendas y le asignaran a él una. Aquel apartamento de dos dormitorios, que en ningún caso era nuevo, le había gustado a su mujer, que llevaba mucho tiempo soñando con retretes que funcionaban y agua corriente. Pero el alquiler resultaba caro, incluso con la ayuda del pequeño complemento para alojamiento que cobraba. Se había convertido en un peso, para sus gastos y para su armonía doméstica. De hecho el inspector Zhao no recordaba ya la época en la que su mujer y él no discutían. Si había existido una época así, tenía que haber sido hacía mucho tiempo, antes de que Ren naciera. En Dashanzi su pesadilla eran los cerdos, que vivían con sus suegros, y las letrinas comunitarias, que estaban fuera de las casas. Ahora la ciudad proporcionaba nuevos motivos de queja: el trabajo, la escuela, el dinero.

Los vendedores de verduras se habían instalado a la puerta de la Clínica para Emergencias de la Comunidad. El Anciano Ciego estaba, como todos los días, sentado en su silla plegable, con sus pájaros parlantes en una jaula de bambú, divirtiendo a los niños de la escuela. Pequeñas *ayi* de las provincias, ellas mismas niñas de dieciséis o diecisiete años, andaban como locas tras los torpes pasos de los niñitos que se encargaban de cuidar, para que no se les escaparan.

–Dame los dos mejores manojos que tengas –le dijo el inspector Zhao al joven campesino que vendía espinacas.

–Los mejores son todos, los acabo de arrancar del campo. Mire, barro fresco.

–Otra vez comprando verduras, Inspector. ¿Y su mujer dónde está? No se la ve mucho por aquí de compras.

–A mí no me molesta. Me pilla de camino a casa.

–¿Se ha enterado usted? Esta mañana han atracado a la señora Chen en el cruce. Dos vándalos la han tirado de un golpe al suelo y le han quitado el bolso. Ahora ya no le queda un solo diente de verdad.

–Ella misma se lo ha buscado. ¡Que hay que ver cómo se emperifolla, con la edad que tiene! –exclamó uno de los que estaban comprando.

–¿Dónde está la policía cuando uno la necesita? Ni que decir tiene que no me refiero a usted, Inspector. Me refiero a esos idiotas que se supone que deberían mantener el orden en esta zona.

–¿El atraco lo vio alguien?

–Lo vio un montón de gente, pero nadie movió un dedo.

–Estos delitos que se cometen al azar son difíciles de resolver.

–Lo que querían era el dinero, eso está claro.

–Es gente sin principios, inspector Zhao, yo siempre digo que no hay que quitarles ojo a

esos trabajadores de provincias. ¿A qué se dedican cuando no encuentran trabajo, eh? Estoy seguro de que muchos de ellos eran delincuentes ya en su tierra.

–Las bandas, que están por todas partes. ¿Leyó usted ayer en el *Diario de Pekín* que ha habido otro secuestro?

–Deja de correr, culillo al aire[8]. Mira, este policía te va a dar unos buenos azotes.

–Lo único que puedo decir es que lo mejor es que tengamos todos más cuidado.

–Hala, a comprar las verduras y a hacer la cena. Y a no meternos en cosas que no son problema nuestro.

–Hasta mañana.

El inspector Zhao colgó su cargada bolsa de la compra del manillar de su bicicleta y se fue pedaleando a su casa.

Cuando entró por la puerta su mujer estaba cortando en trozos un gran bloque de cuajada de soja [tofu]. Un aroma a especia estrellada y a carne guisándose llenaba el apartamento. Fue a la cocina, dejó lo que había comprado a los pies de su mujer y levantó la tapa de la olla grande.

–¿Qué es esto?

–Espinazo de cerdo. ¿Has comprado calabacines como te dije?

–Sí, pero sólo dos. Hoy estaban muy caros. ¿Qué vas a hacer con ellos?

–Una sopa.

–¿Y qué más?

–Tiras de cuajada de soja fritas.

–¿Y nada más? ¿Sin carne?

–Los huesos del espinazo tienen carne. Los puedes dejar limpios.

–Yo necesito algo más que la carne que queda pegada al hueso.

–Las verduras son muy sanas.

–Pero mujer, tú míranos. Estamos en la raspa.

–No te quejes. Te comes lo que he hecho y ya está.

–¿Dónde está Ren?

–En su cuarto.

–Voy a verla.

–No vayas, que está haciendo los deberes.

–A decirle hola sólo.

Su mujer bajó la voz:

–Han tenido un examen de matemáticas y ha vuelto a suspender. ¿Tú crees que deberíamos meterla en una de esas academias de matemáticas a la salida del colegio?

–Eso ya lo hemos hablado. No tenemos dinero.

–Pero van todos los demás de su clase. No me extraña que ella vaya atrasada.

–Va atrasada porque no trabaja lo suficiente.

–No levantes la voz.

Su mujer se puso a picar ajo.

–¿Ha habido alguna noticia de lo del alojamiento? ¿Cuánto tiempo se supone que tenemos que estar de alquiler?

–Estoy esperando a que los de la comisaría me digan algo.

–Todos los demás tienen una vivienda asignada por su unidad de trabajo. ¿Por qué

tenemos que pagar nosotros? Tú eres policía. Se supone que el gobierno debería mirar por ti –echó unos cuantos trozos de ajo dentro de la sopa–. Entérate. Por eso es por lo que no tenemos dinero. Se nos va todo en el alquiler.

El inspector Zhao restregó la suela del zapato por el suelo.

Ella se metió el último trozo de ajo en la boca.

–He pensado que igual podría ofrecerme voluntaria para hacer el turno de noche en la fábrica. Las horas nocturnas las pagan mejor.

–No.

–¿Por qué no? Las chicas de provincias que vienen aquí a trabajar lo hacen todo el rato. Yo he criado cerdos. No tengo problema con el turno de noche.

–¿Y qué pasa con Ren? ¿Quién se va a ocupar de ella, y quién va a hacer la comida?

–No tendría que irme hasta tarde por la noche. Podría hacer yo la cena. Ren ya es lo bastante mayor como para ocuparse de sí misma. Venga, si se puede hacer. Tú ahora trabajas en una oficina. Vuelves a casa siempre a la misma hora. Puedes estar tú con Ren mientras yo esté fuera.

–Pero todo eso va a cambiar. Voy a volver a trabajar en la calle, vamos a hacer una redada.

–¿Por qué? ¿No lo habrás pedido? Muchos no se quejarían de tener un trabajo cómodo sentados en un despacho.

–Yo soy policía. Necesito acción.

Su mujer sacudió la cabeza con aire de exasperación. Revolvió la sopa con los palillos.

–Quiero una olla automática para hacer el arroz –dijo sin levantar la vista.

–¿Para qué quieres una cosa tan complicada? ¿Qué tiene de malo hacer el arroz al fuego como se ha hecho siempre?

–Los tiempos han cambiado. Tampoco hace falta que la compremos de una marca importada como Xiao Yu, la de la puerta de al lado.

–Oh, no –dijo el inspector Zhao–. ¡Las mujeres! Siempre necesitáis algo, no tenéis límites. Os dan el cielo y pedís también las estrellas.

Fue al dormitorio de su hija y llamó a la puerta. Del otro lado no llegó ningún sonido. Empujó para abrir una rendija y vio a Ren, no haciendo los deberes, como había dicho su madre, sino tumbada en la cama, contemplando el techo.

Ren tenía once años y era alta y espigada como sus padres. Cuando ascendieron al inspector, él se había alegrado sobre todo por Ren, porque eso significaba que podría estudiar en un buen colegio de los de la ciudad. El pensamiento de que quizá su hija pudiera ir un día a la universidad le llenaba de orgullo. Su mujer y él habían prometido, cuando hablaron de aquel sueño audaz, que se endeudarían y trabajarían lo que hiciera falta con tal de mandar a Ren a una de esas instituciones de altos muros en las que ellos nunca habían entrado.

En cuanto llegaron a la ciudad, Ren cambió. Tampoco es que en su antigua escuela fuera la mejor de la clase, pero en su nueva escuela era la peor. Su profesora les dijo que en clase Ren se negaba a hablar.

El inspector Zhao se sintió desconcertado. ¿Qué le pasaba a su dulce niñita? Intentaron hablar con Ren.

–¿No te gusta el nuevo colegio?

–Sí me gusta –dijo Ren.

–¿Es muy difícil lo que os hacen estudiar?

–Está bien.

–¿Entonces cuál es el problema?

Ella no respondía y miraba hacia el techo.

El inspector Zhao y su mujer le explicaron las ventajas que le estaban dando. Su mujer le dijo:

–Esto es el fruto de los logros de tu padre.

–Yo sé que eres inteligente –dijo el inspector Zhao–, sé que eres capaz de hacerlo. Lo que hace falta es que tengas ganas de intentarlo. Sabemos que el traslado ha sido difícil para ti. Has dejado allí a tus amigos. Pero tienes que superarlo. No te puedes dejar vencer por tan poca cosa. No te pienso dejar –afirmó el inspector Zhao.

–Tienes que apreciar la oportunidad que tu padre te está dando –dijo su mujer.

Pero al parecer nada de lo que le dijeron surtió efecto. Pasadas unas semanas su mujer dijo que los once años eran una edad difícil, la preadolescencia, y que habría que esperar a que pasaran. El inspector Zhao deseó que tuviera razón.

Abrió más la puerta y entró en el cuarto de Ren.

–Tu *ma* me ha dicho que estabas haciendo los deberes –dijo, tratando de que el tono no fuera de regañina, sino relajado.

Ren no respondió ni se movió.

–¿Por qué no los haces? Falta poco para los exámenes.

Ella contemplaba el techo.

El inspector Zhao se acercó al escritorio, en el que estaban desplegados un cuaderno vacío y unas hojas de hacer los deberes en blanco.

–¿Cómo vas a aprobar los exámenes si no estudias? Ya sabes que vas a tener que competir con muchos niños inteligentes. Es importante que vayas a un buen instituto. Si no no podrás entrar en la universidad.

Ren se dio la vuelta para tumbarse boca abajo. Cogió una revista del estante de madera que su padre le había puesto en la pared.

¿Por qué no le hablaba?

–¡Ren! –dijo el inspector Zhao, levantando la voz–. Tus padres trabajamos mucho y te lo damos todo... tú ni siquiera mueves un dedo para limpiar o ir a la compra. ¿Y en esto, en esta mierda de revista para adolescentes, es en lo que te gastas la paga?

Sólo con que ella le hubiera hablado, con que se hubiera puesto seria y le hubiera mirado, pensó el inspector Zhao, habría podido controlar su genio. ¡Ah, su genio! Eso era lo que le estaba haciendo la ciudad. Le estaba destrozando día a día: prostitutas de doce años, jefes de bandas de dieciséis, jóvenes sin trabajo que robaban a ancianas, asesinos...

Le arrancó a Ren la revista de las manos.

–¡Haz los deberes! Eres la peor de tu clase. ¿Es que eres tonta?

–¡No! –Ren levantó la vista. Tenía lágrimas en los ojos.

–¿Entonces de qué tienes miedo? No son más que unos deberes.

–Es demasiado complicado.

–Nosotros te vamos a ayudar. Tienes que ponerte al día en muchas cosas. No puedes ser tan vaga.

Ren enterró la cara en la almohada bordada con dos fénix voladores que les habían regalado sus padres por su boda, hacía trece años.

–¡Ren!

Ella no se movió.

El inspector Zhao sintió que le ardía la cara. Habría querido gritar, pero no sabía qué decir. Le temblaban las manos. Cerró el puño y lo apretó con fuerza. Estaba enfadado con Ren, pero también consigo mismo. Él no era un hombre que gritara a su hija. La culpa de todo la tenían la fricción y el desgaste de la ciudad. La ciudad los había hecho cambiar a los dos. Ren en Dashanzi no era así. Era una niña buena y cariñosa a la que le encantaba ayudar en la granja y dar de comer a los cerdos. En Dashanzi a nadie le preocupaban los estudios ni las capacidades de otros niños ni el dinero.

En Dashanzi él no tenía que demostrar nada a nadie. Era el más respetado, por no decir temido, de la comisaría. Y en la calle era el rey. Si al menos le dejaran llevar un caso, pensó, iba a hacer que se enteraran aquellos tipos de la capital, aquella panda de envidiosos de medio pelo con zapatos de cuero.

Pero aquellos retorcidos operarios de la ciudad no pensaban permitírselo. Lo habían sacado de las calles y lo habían encerrado entre informes y archivos. Le habían quitado la luz del sol y, como una planta de raíces viejas, se estaba marchitando. Y luego le pedían que demostrase lo que valía. «¿Es de verdad tan bueno como dicen?» «Viene de un lago pequeño y de pronto se ha visto nadando en el mar, ahí es nada.» Lo habían reducido a unas rodillas doloridas y una bolsa de red de plástico... verduras arrancadas del campo ese mismo día, húmedas de barro, más frescas que él mismo. Él era una hormiga que ha perdido el sentido del olfato y sería capaz de creer a cualquiera que le prometiera comida.

Salió del dormitorio de Ren dando un portazo. De una cosa estaba seguro: el camino de la felicidad no lo iba a encontrar allí, ni en aquella hija arisca y desagradecida ni en aquella mujer que masticaba ajo y quería una olla automática para hacer el arroz.

# 15

Cuando las cosas van bien, del cielo llueven tortas rellenas de carne. El señor Li, sentado en la oficina de su almacén del Barrio Ruso, saboreó la sabiduría de ese proverbio. El aroma de lo que se cocinaba en la calle mezclado con el olor a verduras podridas de un montón de basura que había allí cerca le parecía una delicia. Se frotó la punta de la nariz respingona y escuchó el chisporroteo de la carne al freírse.

La oficina era estrecha. Le recordaba a las madrigueras secretas que usaban los comunistas para esconderse bajo las propias narices del enemigo en las películas de guerra antijaponesas, que a su vez le recordaban a su abuela. Aquella vieja loca desdentada y estúpida con los pies vendados. Él escupía sobre su tumba.

El señor Li se puso de pie y se colocó junto a la ventana. Por entre los barrotes oxidados vio cómo cargaban cajas y sacos en triciclos de reparto y camionetas. Sonrió. Sí, dinero del gordo, del ejército y en efectivo, que iba a viajar al extranjero para luego volver multiplicado.

Sacó su teléfono móvil y marcó bruscamente el número.

–*Wei*? –le respondió la voz de Beihe.

–Soy yo, Li.

–Hermano. Qué te cuentas.

–¿Que qué me cuento? Espero que no se te haya olvidado que hemos quedado para cenar con los rusos.

–¿Tengo que ir yo? Tú eres muy listo, ¿por qué no te encargas tú?

«Siempre soy yo el que se encarga», pensó el señor Li. «Hago yo todo el trabajo.»

–Ya sabes la clase de gente con la que estamos tratando. No están para aguantar gilipolleces.

–Me va a costar escaparme –Beihe tenía voz de borracho.

El señor Li oyó risitas de mujer de fondo.

–Supongo que te habrás puesto de acuerdo con tu padre como habíamos dicho.

–Mi madre me ha dado todas sus acciones –dijo Beihe.

–Que no, que necesitamos que sean todas. Ésta es la gran ocasión. No te puedes andar con tres corazones y dos deseos. Hay que darlo todo.

–Te prometo que estoy en esto sin reservas.

–No me jodas, Beihe. Mis hermanos del ejército puede que te parezcan simpáticos, pero no lo son. Nos matarán, no, te matarán a ti, como les fallemos.

El señor Li colgó. «¡Huevo turbio!», le insultó.

–¡Jefe! –la puerta se abrió de golpe. Entró el capataz corriendo.

–No grites, que no estoy sordo.

–El tipo ese está aquí otra vez –dijo el capataz, dibujando con la mano un semicírculo delante de su pecho.

–¿Un tipo gordo?

–No, el tipo de la cámara grande. Se acuerda, que ayer anduvo husmeando por aquí.

–¿Y ahora dónde está?

–En el restaurante de Yo, haciendo preguntas.

–¿No te dije que te deshicieras de él?

–Y me he deshecho. Le he dicho que no vuelva más por aquí.

–¿Y le has invitado también a tomar el té?

–¿Eh?

Lo que es no distinguir un Buda de un cerdo con camisa. El señor Li puso cara de hartura.

–Eres un matón, ¿no? Pues haz algo. ¡Tráemelo aquí!

El capataz se escurrió fuera.

El señor Li se acordó del chaval: un yogurino lampiño y flacucho que no paraba de darse el cante sacando fotos como si fuera un turista. ¿Y aquellas sandalias de tirillas que llevaba? Igual era un periodista, pensó. Pues si lo era, desde luego no debía de ser muy bueno. O a lo mejor estaba intentando dárselas de investigador. Cómo se llama eso... periodismo de investigación. Pero no engañaba a nadie más que a sí mismo. Esos tipos estaban ciegos. Por mucho que abrieran los ojos no eran capaces de encontrar una pepita de oro en una pila de carbón.

El señor Li se encendió un pitillo. El sabor conocido del tabaco lo tranquilizó. El Presidente Mao había dicho: «Las armas confieren autoridad». ¡Qué cierto era eso! Él no le tenía miedo a ningún periódico.

Por la ventana abierta irrumpían el ruido del tráfico, los gritos de los vendedores callejeros y la campana de latón del trapero. Al señor Li le cambió el humor. Empezó a preocuparse otra vez. Por idiota que fuera aquel chaval, tenía que haber venido de algún sitio. Alguien lo tenía que haber contratado para que anduviera husmeando por allí.

Se acordó de lo que le había dicho su secretaria del inspector que se había presentado en su oficina del Centro Comercial Dawei. ¿De dónde dijo? ¿De la Oficina para el Seguimiento de la Empresa Privada? Le empezaron a asaltar las sospechas y se puso en guardia, con el sudor formándosele en la piel. Alguien le estaba vigilando. Sintió el peligro.

Se oyó un alboroto fuera. Cerró los ojos, intentando aislarse de los sonidos. Siempre tenía que haber alguna pelea allí delante, normalmente por alguna estupidez. A él tampoco es que le importara, siempre que no fueran sus chicos los que estaban recibiendo. A veces se emocionaba con aquellas broncas, oyendo aquellos gritos salvajes y sabiendo que los puños eran el poder que restaura el orden.

Pero hoy los ruidos le irritaban. Interrumpían sus pensamientos, le estaban poniendo nervioso. Y, como un dolor de cabeza de los que no se van, cuanto más trataba de aislarse de ellos, más fuertes se iban haciendo, hasta que acabaron metiéndose dentro de su oficina.

–¡Dejadme! ¡Yo no he hecho nada!

–¡Cállate!

–¡Socorro!

–Jefe.

El capataz y dos de los peones traían a rastras a un joven que se debatía entre sus capturadores, con una cámara balanceándosele del cuello. El señor Li fijó la vista en las sandalias de tirillas con hebillas plateadas. Eran de lo más rarito, pensó.

–¿Esto qué es? ¿Yo qué he hecho? –protestaba el joven. Tenía un acento fuerte. El señor Li se preguntó dónde lo había oído antes.

–¡Cállate! –gritó el capataz.

El señor Li se puso de pie. Sin mediar palabra, le lanzó un puñetazo al joven. Éste se calló.

–Ya te advertimos que no volvieras por aquí –dijo el señor Li. Se sentía tranquilo, rey de su propia cuadrilla.

–No estoy haciendo nada. Déjenme que me vaya.

–Estás sacando fotos y haciendo preguntas. ¿Por qué?

–Me gusta hacer fotos.

–No me tomes el pelo, chaval. Se te ha visto demasiado el plumero –dijo el señor Li. Escupió en el suelo para que se notara que lo decía en serio–. Has tenido suerte. Hoy me siento generoso. Te voy a dar la ocasión de que respondas por ti mismo. Una ocasión así no se la dan a todo el mundo.

–Eso –ladró el capataz.

El perro loco de él, pensó el señor Li, que sólo era valiente cuando estaba el amo cerca.

–Dadle un buen repaso y esperaos a que yo vuelva –dijo.

Los peones y el capataz empujaron al joven hacia el almacén.

El señor Li miró su reloj. Era ya hora de que fuera a encontrarse con los rusos en su hotel. Se levantó y se puso una chaqueta. Cuando abrió la puerta, la ciudad estaba en pleno ruido.

# 16

El señor Li salió del taxi. La noche iba descendiendo despacio, con matices cambiantes. En el aire había una calima demasiado ligera para posarse. Una por una se fueron encendiendo las luces de los restaurantes. A la entrada de los salones de masaje se alzaban farolillos rojos. La cena con los rusos había ido bien. Pensaban acercarse al día siguiente a ver la mercancía.

En el Barrio Ruso el trabajo había terminado, los peones se había marchado a casa. El señor Li paseó la mirada por la calle. Todos los almacenes tenían la persiana bajada. Se encaminó a su oficina y entró en ella. Sobre su escritorio brillaba una pequeña lámpara de resplandor amarillo. El capataz estaba dormitando en una silla y se incorporó al oír que la puerta se abría.

El señor Li le echó el cerrojo a la puerta y se quitó la chaqueta.

–¿Dónde está el gusano ese?

–Dentro –respondió el capataz.

–Pues vamos.

Entraron en el almacén por una puertecilla lateral, el señor Li en cabeza.

Allí no había aire y hacía calor. De unos cables del techo colgaban dos bombillas. Los peones, tipos grandes de brazos fornidos, estaban sentados sobre los montones y las cajas de mercancías con toallas alrededor del cuello y el sudor brillándoles en el pecho desnudo. Algunos fumaban. Otros se hurgaban la boca con un mondadientes. Uno jugueteaba con una tira de cinta adhesiva, pegándola y despegándola. El joven al que el señor Li había dejado allí unas horas antes estaba encogido en el suelo, al pie de una pila de cajones.

El capataz trajo una silla y ordenó que lo levantaran del suelo.

–Te dijimos que te mantuvieras apartado... ¿por qué no nos hiciste caso? –le preguntó el señor Li, sentándose.

El joven se tambaleó. Intentó levantar la cara, toda magullada y llena de sangre.

El capataz le pasó al señor Li la cámara. El señor Li apuntó con la lente hacia el joven y vio rasgos infantiles: una nariz pequeña, cejas poco pobladas, pecas. El chaval tenía la cara pálida en contraste con la sangre que llevaba encima. En los ojos se le veía el miedo. «Un poco tarde para asustarse», pensó el señor Li. ¡Clic! Apretó el botón. Le gustó aquel sonido crujiente a cosa cara; un admirable ejemplar de tecnología extranjera.

–¿Quién te ha mandado venir?

–Nadie. Déjenme que me vaya, por favor.

–Le hemos encontrado esto –el capataz le tendió una cartera.

El señor Li la cogió y sacó lo que contenía: algunos billetes de cien yuanes y otros más pequeños, tarjetas de visita. Los fue dejando caer al suelo uno por uno. Una de las tarjetas era la suya: «Compañía del Nuevo Cielo y la Nueva Tierra, Centro Comercial Dawei, Distrito de Chaoyang». Soltó una risa sarcástica. Desdobló un trozo de papel y vio en él la dirección de su almacén escrita con tinta negra.

El señor Li cogió del suelo un tablón que se había desprendido de una caja, con largos

clavos marrones que sobresalían en uno de los extremos. Lo agitó delante del joven. El sonido del cuerpo al dar contra el suelo retumbó en el techo bajo.

«Nunca le dejes el trabajo importante a otro», murmuró para sí mismo el señor Li.

–¡Traedme un poco de luz!

El señor Li tiró el tablón al suelo y soltó una maldición. Se le había clavado una astilla.

Se encendieron varios mecheros.

–No tan cerca. A ver si es que me queréis quemar.

El señor Li se sacó la astilla con un movimiento cuidadoso de los dedos.

En el suelo, el cuerpo gimió.

El señor Li se arrodilló sobre una pierna y agarró al joven por las solapas de la camisa.

–Una vez más, ¿quién te manda?

–¿Quién? –chilló el capataz.

–O me lo dices o te mato –dijo el señor Li.

–La Casa del Espíritu Dorado –dijo el joven. Tenía la cara y la camisa empapadas de sangre–. Me contrató la Casa del Espíritu Dorado.

El señor Li lo soltó. Eso era, el acento era de Cantón, igual al de Beihe.

–Traedle una silla.

Arrastraron al joven al centro del almacén y lo dejaron caer sobre una silla.

El señor Li se sentó y se encendió un cigarrillo.

–¿Cómo te llamas?

–Qiu Gang.

–¿Para qué te ha mandado a Pekín el Espíritu Dorado?

–Soy... detective privado.

–Conque detective privado, ¿eh? –por un instante, el señor Li sintió pena por aquel chaval, que parecía demasiado joven para un trabajo tan peligroso.

–Por favor, déjeme marchar. Sólo estaba haciendo mi trabajo. Yo no sé nada.

El señor Li lanzó una bocanada de humo hacia Qiu Gang, que cerró los ojos y se echó hacia atrás.

–¿Qué es lo que quieren que averigües?

–Me dijeron que hiciera un informe sobre su empresa, con un montón de fotos. Yo no sé para qué.

–¿Tú te crees que yo me voy a tragar eso?

–Pero si es verdad.

–¿Y qué has averiguado?

–Sé quiénes son algunos de sus clientes y lo que ha hecho usted por ellos; tampoco mucho, sólo lo que me han contado sus empleados.

–Has estado en el Centro Comercial Dawei.

–Les dije que era un posible cliente.

Aquellos idiotas, maldijo el señor Li.

–¿Cómo has sabido de este sitio?

Los únicos que sabían de la existencia de aquel almacén eran sus hermanos del ejército y Beihe.

–Me lo dijeron los de la Casa del Espíritu Dorado. Me dejaron la dirección en el hotel.

–¿Eso cuándo fue?

–Ayer.

–¿Quién te la dejó?

–No lo sé. Dejaron el mensaje en la recepción.

El señor Li pensó que podía ir al hotel y conseguir que los de la recepción le dieran una descripción. La cara que se imaginaba era la de Beihe. El señor Li aplastó su cigarrillo a medio fumar con los dedos.

Qiu Gang sollozaba, sus hombros delgados y frágiles a la luz amarilla.

–¡Dadle una lección! –gritó el señor Li.

Sus hombres cayeron todos a una sobre Qiu Gang en una lluvia de puñetazos y patadas.

# 17

El inspector Zhao se sentó en el furgón, encorvándose sobre sus rodillas bloqueadas. Le llegaba el olor a sudor que emanaba de los cuerpos que le rodeaban. Cada vez que uno cambiaba de postura tenía que cambiar también el de al lado. Él sentía la necesidad de recolocar hasta el último músculo de su cuerpo. Miró hacia la inspectora Hua. No alcanzó a verla, pero saber que estaba ahí, dentro de los confines de aquella oscuridad, le reconfortaba. Se fijó en una lucecita roja: la luz de una cámara. Dong también estaba allí. Se imaginó sus hombros estrechos apretujados entre el tipo del vídeo y alguno de los policías jóvenes.

Una hora antes, cuando se reunieron a la puerta de la comisaría, Dong se había quedado apartada de los demás agentes, con el tipo del vídeo a su lado. Él llevaba la cámara en la mano, como un engorroso e innecesario talismán de su mal humor. La ciudad estaba tranquila, pero se la oía, traspasando las calles. Estaba llena de sueños y de lo desconocido. A lo lejos el campanario dio las doce. Dong se puso de pie a la luz de una farola, con la espalda tan derecha como siempre y su uniforme impoluto, pálida. Asintió con la cabeza y dijo que sí cuando la inspectora Hua le dio instrucciones. Se la veía más sola y más desprotegida de lo que el inspector Zhao la había visto nunca. Se prometió a sí mismo que la iba a proteger.

A una orden de la inspectora Hua, se metieron en el furgón. Había el regocijo habitual antes de una redada: los jóvenes que hacían bromas y soltaban tacos, sus voces amplificadas por la noche apacible. Dong y el tipo de la cámara entraron los últimos, los dos en silencio. La puerta se cerró con un golpe seco. Se pusieron en marcha. La ciudad se volvió fluida bajo las ruedas. Al cabo de un rato la conversación decayó. Los duros asientos vibraban de expectación.

Más tarde el traqueteo se detuvo. Apagaron el motor. La ciudad volvió a cobrar cuerpo y se hizo una vez más comprensible: supieron que habían llegado a la estación.

Esperaron, llenándose de aire los pulmones. La lucecita roja seguía allí. La oscuridad era total.

–Ha llegado el momento de moverse –resonó en un áspero susurro la inspectora Hua.

Por un instante se quedaron parados. Entonces se abrió la puerta y la luz entró a raudales. Salieron en estampida.

–¡Moveos! ¡Moveos! –les ordenó la inspectora Hua.

Se metieron por unos túneles largos que discurrían por debajo del suelo, que los fueron llevando hacia dentro, como los curvos brazos de un monstruo: corrían hacia sus tripas, asqueados de aquellos nauseabundos olores a orina y vómito.

–Por aquí –gritó la inspectora Hua.

El inspector Zhao la siguió. El túnel continuaba, dando vueltas, y las pisadas retumbaban por los muros cubiertos de pintadas. Ante su vista iban apareciendo las luces del techo, una tras otra. Un borracho que estaba sentado al pie de un muro levantó la mirada con los ojos vidriosos. Giraron hacia otro tramo del túnel y se detuvieron. Había algo que no iba bien.

–El primer grupo que venga conmigo. El segundo grupo, con el inspector Zhao –les espetó la inspectora Hua.

–¿Con qué grupo tenemos que ir nosotros? –preguntó Dong con voz aguda.

–¡Tú síguenos!

El inspector Zhao cogió a su grupo y empezó a correr. A los pocos pasos se volvió a mirar y vio que Dong y el tipo de la cámara venían siguiéndolos. Un vagabundo que estaba durmiendo abrió los ojos, desconcertado, y trató de levantarse. Uno de los hombres del inspector Zhao le dio una patada. El vagabundo volvió a hundirse sin un sonido.

El túnel los condujo a un aparcamiento subterráneo abandonado, un agujero oscuro por debajo de la estación. El lugar olía a óxido, a arena y a moho. Oyeron voces en el otro extremo. Fueron pasando en silencio, tropezándose unas veces con duro metal y otras con objetos blandos que resultaban inmediatamente espachurrados. Tenían los pies húmedos. Avanzaron a trompicones, tiznados de oscuridad, hacia unas luces pálidas que había al fondo, allí mismo casi.

–¡Policía!

Al inspector Zhao le bullía dentro la adrenalina. Corrió más deprisa, sin calibrar sus propias fuerzas, pendiente sólo de los hombres que corrían a su lado.

El cuarto estaba abarrotado de gente, eran muchos más de lo que se esperaban. En el suelo refulgían hileras de cuchillos y machetes.

¡Nadie les había avisado de que había armas!

El inspector Zhao echó mano a su pistola. Vio por el rabillo del ojo los rostros de sus hombres, que parecían desconcertados y aterrorizados. Los otros eran muchos más. En el borde de su campo de visión captó a Dong, y tuvo el descorazonador presentimiento de que todo estaba perdido.

–¡Soltad las armas!

Su voz se ahogó en los gritos de los gángsters que corrían hacia ellos con las navajas en la mano.

El inspector Zhao abrió fuego. Un joven matón se desplomó y el machete voló de su mano con un relámpago plateado. Era un chico de apenas diecisiete años quizá, flaco como un palillo.

Los policías cargaron.

Se oyeron gritos de dolor y se reventaron lámparas del techo. Las navajas se alzaban y caían, los cuerpos se empapaban de sangre. Un navajazo rasgó un uniforme. El cuchillo volvió a alzarse sobre el cuerpo que trataba de escapar a gatas. El inspector Zhao disparó. El cuarto pareció cambiar de forma, dilatándose el espacio. Los jóvenes matones venían de todas partes como escapados del mismísimo caos.

Vio con asombro que la propia Dong había agarrado un cuchillo largo. Luchaba no con fuerza pero sí con gracia y determinación, diminuta y delicada, cercada por el terror.

El inspector Zhao soltó un grito. Dong se dio la vuelta. Mientras caía clavó la mirada en los ojos del inspector Zhao. Él se precipitó hacia ella, aplastando los obstáculos a su paso.

–¡Policía! ¡Rendíos!

–¡Entregad las armas!

La inspectora Hua llegó con su grupo.

Resonaron los disparos.

El inspector Zhao encontró a Dong tirada en mitad de un lago de sangre. Se arrodilló y

trató de levantarla, todavía caliente, inerte en sus brazos. La llamó por su nombre. La oyó gemir, no en respuesta a su llamada, sino de dolor.

Entonces él sintió un dolor penetrante. Las piernas le fallaron. Se vio a sí mismo de niño, aprendiendo a montar en bicicleta, a su padre acuclillado junto al pozo del pueblo. Recordó la cara de horror que había puesto su padre cuando él se estampó contra una pila de basura con aquella bicicleta prestada. Recordó la primera vez que vio a su hija Ren, un bebé sonrosado con el pelo negro y húmedo. Vio las lágrimas que tenía ayer mismo en los ojos, y la oyó diciéndole: «¡Yo no soy tonta, papá!».

El dolor y la muerte... eran una misma cosa tibia.

# 18

El Barrio Ruso cuando más animado estaba era al atardecer, antes de que en la Estación de Pekín estuviera preparado el tren nocturno, listo para salir hacia Siberia.

Mei aparcó el coche antes de llegar a aquella zona y fue con Gupin a pie. En la calle de la Hierba Fragante pasaron ante un Establecimiento Vecinal de Comida Rápida. Los vecinos de los *xiaoqu* cercanos hacían cola para llevarse la comida preparada: tortas de cebolleta y bolas de arroz fritas rellenas de puré de alubias rojas. Algunos se habían parado en el camino de vuelta a casa y habían dejado las bicicletas apoyadas contra algún viejo árbol retorcido.

–¡Revistas y periódicos viejos! –aullaba un recolector de desperdicios, tirando de una carreta y haciendo sonar una gran campana de latón.

De un *xiaoqu* salió corriendo un grupo de adolescentes que se perseguían y se hacían burla unos a otros, ruidosos como una bandada de pájaros.

–¡*Aiya*, mirad por dónde vais! –chilló una mujer de pelo blanco que iba andando a pasos lentos y cuidadosos hacia su casa con bollos al vapor en bolsas de plástico y muchas décadas en las arrugas. Los chicos se rieron y, corriendo más deprisa aún, pasaron volando por delante de la anciana y de un tipo que reparaba bicicletas en la esquina, que había extendido sus herramientas por el suelo como si fueran burdos sacrificios a los dioses.

Mei y Gupin doblaron por una calle sin árboles que tenía en una de sus aceras edificios bajos destinados a almacén y en la otra restaurantes de colores chillones y salones de masajes en los pies. Algunos de los carteles de las tiendas estaban escritos en ruso, o en una combinación de chino y ruso. A la puerta de los almacenes, jóvenes con el pecho desnudo desplegaban una actividad frenética, envolviendo con cinta transparente palés más altos que ellos mismos, arrastrando pesadas cajas repletas de palabras extranjeras. Los triciclos de reparto giraban en redondo desde el lado contrario de la calle para acercarse a cargar y descargar. «*Bu dui, bu dui*!», gritaba el capataz. «¡No, así no!»

Mei y Gupin se metieron en el restaurante que había enfrente del almacén del señor Li. Se sentaron junto a la ventana en una mesa desde la que se veía bien el número 11. En una mesa de un rincón estaban comiendo dos cocineros y un grupo de camareras con las espaldas encorvadas sobre los cuencos de arroz. Por encima de ellos daba vueltas un ventilador de techo.

–¿Qué estamos buscando? –preguntó Gupin.

–No estoy segura. Li puede aparecer o no aparecer. Pero da lo mismo –Mei le pasó a Gupin una instantánea del señor Li. La foto, aportada por Wudan, mostraba a un hombre entrado en carnes de cuarenta y pocos años, medio calvo por la coronilla, con el estómago en forma de pera y los labios finos.

Se acercó una camarera con una tetera y dos tazas de plástico apiladas una sobre otra. Llevaba el pelo sujeto con horquillas en la parte de atrás de la cabeza. Los primeros botones de su camisa *dajin* estaban desabrochados, revelando un triángulo de carne blanca. Mei se guardó la foto en el bolso.

–¿Qué quieren para comer? –les preguntó la camarera.

–Más tarde.

La chica les echó una mirada fría y se alejó.

El almacén del señor Li, el número 11, era un almacén estrecho con una oficina acristalada en un extremo. Los trabajadores estaban cargando mercancías en una camioneta. Mei y Gupin los contemplaban por la ventana mientras se tomaban un té. Gupin había estado poniendo a Mei al día sobre su cuñada embarazada. Continuó.

–Se escapó del pueblo de su prima en cuanto el Interventor de Control y Planificación familiar se enteró de que estaba allí.

–¿Y adónde va a ir? ¿De cuántos meses está?

–De siete. Ahora está viajando en tren. Ha conocido a otra mujer que está como ella. Se ayudan la una a la otra. Va a seguir huyendo hasta que nazca el bebé.

–Tu hermano debe de estar muy preocupado.

–Pues sí, y tiene que ocuparse de nuestra madre paralítica y de su hija, y trabajar en el campo. La cosecha está cerca.

Entraron dos hombres. Se apresuraron a sentarse en una mesa pequeña que había en una esquina y sepultaron las cabezas juntas en un murmullo.

Los trabajadores del almacén del señor Li pararon para tomarse un respiro. Se pusieron en cuclillas en la franja de sombra del tejado de hojalata y se pasaron unos a otros toallas de manos para secarse el sudor de la frente y las axilas.

Pasaba el tiempo.

–Deberíamos pedir algo de comer para que no sospechen –dijo Mei.

Los culis volvieron al trabajo.

Llamó con la mano a una camarera.

La carta consistía en cuatro hojas mecanografiadas cubiertas de papel de celofán. Viendo la cantidad de erratas que tenía en chino, Mei se preguntó hasta qué punto sería correcta la parte que estaba en ruso. Lo estuvo hojeando y eligió unos cuantos platos sencillos: col salteada, tiras de patata con pimienta en grano y cerdo en rodajas con setas negras. La camarera le tomó el pedido y se marchó arrastrando las zapatillas por el suelo.

Mei le preguntó a Gupin por su novia Lisha. Lisha era propietaria de una pequeña peluquería en la zona norte de la ciudad.

–Quiere comprar un lavabo para lavarles la cabeza a sus clientes.

–¿Cómo se apañan ahora?

–Les corta el pelo sin mojárselo. A los trabajadores de provincias les da igual. Pero ella cree que si pone el lavabo, conseguirá más clientes.

–Lisha tiene ambiciones, es una buena empresaria.

–Cuando empezó, todo el mundo decía, ¿cómo se va a encargar una jovencita de una peluquería? Nadie creía que lo pudiera conseguir. Hasta la estuvieron acosando los de las bandas de la zona. Pero ella no se rindió. Trabajaba muchas horas por poco dinero. Ahora tiene dos sillones y una ayudante.

–Es una mujer fuerte como la comida de Sichuan, su tierra.

Gupin se ruborizó.

–¡Mira! –dijo Mei.

Un Audi negro acababa de detenerse ante el número 11. Un hombre bajo con panza de

oso emergió del coche. Dos extranjeros, un hombre con una camisa hawaiana y una mujer, le siguieron.

–Es el señor Li.

Gupin metió la mano en su bolsa de lona para coger la cámara.

–No, aquí no –dijo Mei.

El señor Li y los dos extranjeros entraron en la oficina.

La puerta del restaurante se abrió con estrépito. Entró un pelotón de tipos que se apiñaron dentro, llamando a gritos a las camareras.

–*Guniang*, ¿dónde está tu jefe?

Arrastraron unas sillas hacia la mesa más grande.

–Olvídate de la carta. Traenos cerveza.

Los dos tipos que habían estado susurrando febrilmente al fondo se pusieron de pie. Se abrieron paso hasta el grupo grande. Se hicieron una especie de presentaciones. Los tipos les dieron la mano a algunos de ellos y se inclinaron, con las palmas juntas, ante un hombre de pelo plateado.

–¡Amigos! ¡Bienvenidos! –el dueño del restaurante salió como una exhalación–. ¡Cielos, si es el Gran Jefe Zhang!

»No se levanten. Siéntense, por favor –el dueño rodeó la mesa dando apretones de manos–. ¿Qué viento le ha traído por aquí, Gran Jefe Zhang?

–Pues qué iba a ser –dijo el hombre de pelo plateado–. Que los chicos se han portado bien. Se me ha ocurrido acercarme a comprobarlo por mí mismo.

–Aquí están bien atendidos, ya lo sabe.

–Sí, ya me han dicho.

La camarera trajo cerveza.

–¡Sírvela rápido! –le ladró su jefe.

Se repartieron toallas de manos. Los ventiladores de techo empezaron a girar a cierta velocidad. Las camisas se desabotonaron, las mangas se remangaron. Dos altavoces mugrientos que había encima de la barra aullaban canciones pop chinas.

> El amor son dos palomas,
> tú eres una y yo la otra.

Los dos tipos que al principio estaban en la mesa del rincón se marcharon sin haber probado bocado. Aparecieron más camareras trayendo la comida. A Mei y a Gupin les trajeron cerdo con setas negras y ensalada de medusa. Un pescado al vapor entero, magníficamente decorado, fue para la mesa grande. La Carne a las Cinco Flores chisporroteaba en las cazuelas de barro, lanzando al aire una nube de humo. El restaurante se fue poniendo todavía más ruidoso a medida que las conversaciones se deshacían en fragmentos, enredadas en las vueltas de los ventiladores eléctricos.

Mei y Gupin comieron despacio, con los ojos puestos en los almacenes de la acera de enfrente. Al parecer al fondo de la calle estaba a punto de estallar una pelea. Un chino menudo y un ruso ligeramente más alto pero mucho más fuerte se estaban dando empujones el uno al otro. Del almacén salió otro tipo y se puso a gritar. El ruso lanzó un puñetazo. Los dos hombres se enzarzaron. Un tercer tipo intentó meterse y fue

inmediatamente derribado. Desde el otro extremo de la calle, Mei vio a un grupo de rusos que salían a la carrera del restaurante Moscú.

–¡Hay pelea! –gritó uno metiendo la cabeza en el restaurante.

Algunos de los tipos de la mesa grande se levantaron y corrieron afuera.

Todo a lo largo de aquel tramo los peones empezaron a salir de los almacenes con bates, barras de plomo y cadenas.

–No quites ojo de donde el señor Li –le susurró Mei a Gupin.

Echó un vistazo a su alrededor para comprobar si alguien los estaba observando. El restaurante estaba en calma. En la mesa grande no quedaban más que el Gran Jefe Zhang y otros dos hombres. Continuaban comiendo como si nada hubiera ocurrido.

–¡Ahí está Li! –dijo Gupin.

Mei se dio la vuelta y vio al señor Li que salía del número 11. Se detuvo en el bordillo, echó una mirada a la pelea de más al fondo, agachó la cabeza y se metió en el coche. Arrancó y se fue.

Al cabo de veinte minutos la pelea había terminado. Los rusos rescataron a su compatriota herido y se lo llevaron a rastras a su santuario del restaurante Moscú. La multitud se dispersó.

Mei y Gupin pagaron la cuenta y se marcharon.

Fueron paseando por la calle, sintiendo cómo iba refrescando el calor.

Al pie de un roble había dos hombres mayores en camiseta de tirantes y pantalón corto de pijama jugando al *qi* en una mesa de piedra. El juego acababa de empezar. Sobre la cuadrícula había un puñado de piedrecitas redondas blancas y negras, dispersas como gotas de pensamientos que aún no han terminado de formarse. Se juntó una multitud para mirar, hombres de mediana edad abanicándose con abanicos de paja, rascándose la tripa. Los entusiastas fruncían el ceño y hacían comentarios en voz baja cada vez que los jugadores hacían un movimiento. Mei y Gupin se unieron a ellos, vigilando el almacén del señor Li con el rabillo del ojo.

La luz del sol se fue atenuando. Los almacenes empezaron a cerrarse. Los triciclos de reparto se cargaron hasta los topes y se alejaron por última vez pedaleando. Los peones, con las cajas de aluminio en las que habían traído el almuerzo en la mano, se alejaron andando por la calle. Las persianas metálicas empezaron a caer, estruendosas como truenos.

–¿Has visto marcharse a los dos *laowai*? –preguntó Mei.

–¿Los dos occidentales? No.

–Yo tampoco.

–Igual han salido sin que los viéramos.

–Hemos estado vigilando el sitio todo el rato.

Cruzaron la calle y anduvieron contra la corriente de trabajadores de cuerpos sudorosos que resplandecían al sol del atardecer. Cuando llegaron al número 11 encontraron el almacén desierto y el candado de la persiana echado. Pasaron por delante, escudriñando atentamente y con los ojos bien abiertos, pero no vieron nada sospechoso.

Ya no les quedaba nada que hacer allí. Mei llevó a Gupin en coche hasta la parada del autobús 322 y siguió hacia su casa.

En la Segunda Vía de Circunvalación el tráfico estaba pesado. Mei repasó mentalmente los acontecimientos de aquella tarde. El coche negro se había detenido a la puerta del número 11. De él habían salido primero el señor Li y luego la pareja de rusos, la mujer con

un bolso grande en la mano. Llevaba un vestido que le hacía juego con los reflejos del pelo castaño claro. Su compañero era alto, corpulento, y llevaba una camisa hawaiana que también le hacía juego con el pelo. La oficina tenía una ventanita estrecha. De vez en cuando se abría la puerta y salía alguien a darles unos gritos a los trabajadores.

Mei pisó el embrague para cambiar de marcha. El letrero de neón rojo de la Tienda de Arte y Artesanía Fénix de Pekín brillaba a su espalda. La Puerta de Desheng apareció en la calima del atardecer, oscura, antigua e imponente. En la Torre del Tambor sonaban tambores. Las farolas proyectaban su resplandor de un rosa infantil.

Se le tenía que haber escapado algo, pensó Mei. Dos extranjeros, y además tan llamativos como aquellos rusos, no se disuelven en el aire. Si no habían salido por la puerta delantera, pensó Mei, lo más probable era que hubieran salido por otro sitio.

Condujo hacia la salida de la autopista. Hizo un giro con el coche para cruzar por debajo del paso elevado y volvió a incorporarse al tráfico en dirección al lugar del que había venido.

# 19

Por aquel día se habían terminado no sólo los negocios sino también el calor. El Barrio Ruso estaba silencioso y oscuro. Mei se dirigió al número 11. El almacén, candado, se cernía sobre ella en la oscuridad. Le dio un par de tirones a la persiana metálica. Resonó, pero no se movió. La oficina contigua estaba cerrada con por lo menos tres candados y un cerrojo. La ventana, por la que podría haberse colado alguien no muy grande, tenía barrotes de hierro. Allí no había nada que se saliera de lo normal.

Detrás de los almacenes se veía el muro de un *xiaoqu*. Tras él las torres de apartamentos se amontonaban como fichas de dominó. Mei logró distinguir en las ventanas aparatos de aire acondicionado instalados por cada familia de forma independiente y por consiguiente muy variados en forma y tamaño. Era posible que hubiera una puerta trasera que daba al otro lado de aquel muro.

Se acordó de que había pasado por delante de puerta del *xiaoqu* aquella tarde con Gupin. Se dirigió hacia allí.

Los vecinos estaban volviendo de su paseo de después de la cena. Las madres iban del brazo con sus hijas adolescentes. Los vecinos se paraban en grupitos para cotillear en voz baja. Mei los siguió hasta el interior del *xiaoqu*, cuya puerta permanecía abierta.

Con su vestido de seda y el bolso de cuero colgado del hombro, Mei no desentonaba. Podía ser una esposa que volvía a casa después del trabajo. Se dio prisa para adelantar a un grupo de madres que llevaban bebés en brazos. Una de ellas le lanzó una sonrisa orgullosa.

Mei siguió un rugoso sendero de piedra hasta la parte trasera del recinto. Con la ayuda de la luz de las ventanas iluminadas encontró el muro que daba a los almacenes, pero resultaba imposible saber dónde estaba el número 11. Al pie del muro había plantas crecidas que se prolongaban en forma de enredadera. Mei vio tomates enanos suspendidos de los tallos bamboleantes. Aquella visión la sorprendió y se quedó parada un instante, sintiéndose nostálgica.

Cuando Mei tenía diez años, su madre las había llevado a vivir al campus de una universidad abandonada. Mei no sabía lo que era una universidad. No existían desde antes de que ella naciera. Las habían cerrado porque el Presidente Mao había dicho que la juventud china adonde tenía que ir era al campo, a aprender de los campesinos.

Tenían una habitación en la antigua residencia de estudiantes. Un trozo de tela a modo de cortina dividía el cuarto para que su madre pudiera tener su propia zona aparte. A tres kilómetros de allí había una tienda de comestibles. Todos los fines de mes, cuando a su madre le daban los cupones para la carne, iban corriendo a la tienda. A veces tenían suerte y lograban cambiar los cupones por carne. Otras veces se encontraban con el mostrador de la carne vacío. Las verduras no las racionaban más que en invierno, cuando a cada familia se le asignaba un número limitado de coles. Pero conseguir verduras en la tienda era tan difícil como conseguir carne, así que a cada familia le daban una pequeña parcela dentro del campus para que cultivara las suyas propias.

Mei, su hermana y su madre cultivaban tomates y patatas. Sus vecinos, que eran cuatro de

familia, el padre un antiguo diplomático al que habían arrancado de su puesto, se las arreglaban para cultivar unas calabazas que eran la envidia de todo el mundo. En el descampado que había detrás del Edificio Número Cuatro, el Ejército de Liberación Popular, que había sido emplazado en el campus, cultivaba zanahorias. Mei se acordó de la vez que la pillaron robándoselas. Le dieron un aviso a su madre. Poco tiempo después de aquello su madre perdió su trabajo de organizar las autocríticas y las sesiones de lectura del Libro Rojo de Mao. Mei se sintió culpable y pensó que si tenían que trasladarse era porque ella les había robado zanahorias a los soldados.

–¡No quedan ya! –exclamó a su espalda una voz cascada.

Mei se dio la vuelta y vio el minúsculo resplandor de un cigarrillo.

–Ya no se ocupa nadie de ellos.

Mei se dirigió hacia la voz, entornando los ojos. Poco a poco empezó a distinguir a un grupo de ancianos sentados en taburetes plegables bajo el tejado de una caseta para bicicletas.

–Nosotros estamos demasiado viejos para trabajárnoslos, y a los jóvenes les importan un pimiento –dijo otra voz.

–Nosotras teníamos una parcela como ésta cuando yo era pequeña. Cultivábamos tomates –dijo Mei, tratando de verles las caras en la oscuridad.

–Eso sería en la Revolución Cultural, ¿verdad?

–Sí, cuando estaba a punto de acabarse.

–¡La Revolución Cultural! –dijo una voz en tono de conferencia–. La gente dice que fue mala. Pero también tuvo cosas buenas. En primer lugar, éramos todos más o menos iguales, ni siquiera los altos funcionarios tenían más dinero. Claro que les daban un apartamento más grande y un coche oficial, pero no tenían más dinero para gastar que nosotros. Hoy los ricos son mega ricos. Tienen diez o puede que cien veces más que los demás. Pueden comprar casas y coches y mandar a sus hijos a universidades de Estados Unidos. En segundo lugar, digan lo que digan del Presidente Mao, era un talento de primera categoría. Escribió buena poesía. Su caligrafía era excelente. ¡A los setenta y dos años se bañó en el río Yangtze! Los dirigentes de hoy no se le pueden ni comparar.

–¡Profesor, que están hablando de la parcela de las verduras! –dijo riéndose una nueva voz, con el resplandor rojo de un cigarrillo danzando en lo oscuro.

–¡Ya lo sé! –protestó el Profesor–. Estamos contando la historia.

–Para ti todo es historia –dijo la primera voz–. ¿Qué le ves de bueno al pasado? ¿En qué te benefició a ti el Presidente Mao? Las tiendas estaban siempre vacías, ¿te acuerdas? Ibas con un cupón para carne pero no tenían carne que vender. Por eso a nuestros hijos no les gustamos. Les horroriza el pasado. A ellos lo que les preocupa es el futuro.

–¡Demasiado le piden a ese futuro! ¡Coche, apartamento, dinero! Así no les queda tiempo para nosotros.

Con excepción del resplandor de los cigarrillos, no había luz alguna en la caseta de las bicicletas. A Mei le costaba distinguir sus rostros o el color de las zapatillas de plástico que llevaban. Pero sabía quiénes eran. Eran los desocupados de la ciudad, habitantes de pequeños cuartos en los que se acumulaba el calor. No podían irse a dormir porque sus hijos y sus nueras y sus nietos todavía estaban despiertos, viendo la tele, fregando los platos, haciendo los deberes, discutiendo. No tenían un espacio propio. Por eso salían a sentarse y a charlar. Por suerte ya no necesitaban dormir demasiado. Habían regresado a la infancia,

con cortas y frecuentes siestas. Se sentaban con sus amigos, con los estómagos llenos, satisfechos, esperando a que decayera el calor y pasara el tiempo. Se sentaban a hacer *liaotian*: conversar el cielo. Hablaban de todo, de cualquier cosa que les pasara por la cabeza.

–¿Han visto a dos rusos, una mujer y un hombre con una camisa de palmeras? –preguntó Mei.

–¿Dentro del *xiaoqu*?

–Sí.

–Pues yo no. ¿Y vosotros?

–No.

–A mí los rusos me caen bien. Se reservan para sí mismos. Vienen, hacen sus negocios y se van.

–Y a veces se emborrachan. ¡Esos rusos sí que saben beber! Pero no te piden que te metas en sus problemas.

–¡Rusia! ¡Ése sí que es país con historia!

–¡Profesor! –le dijeron, dándose con los abanicos de paja en las rodillas.

Mei se despidió de ellos. Se preguntó si habrían sospechado que ella no vivía allí. Por otra parte, el *xiaoqu* era grande, con hileras de edificios de apartamentos separadas por viejos árboles. Ella bien podía ser una vecina de la otra punta del recinto. A lo mejor a aquellos ancianos les daba igual. Se sentaban todos los días con la misma gente en el mismo lugar a mantener más o menos la misma conversación. Estaban encantados de encontrarse con alguna novedad.

Al cabo de un par de vueltas, Mei encontró el camino de salida. El misterio de la pareja rusa seguía sin resolver. Allí no parecía que hubiera ninguna puerta trasera. Y aunque hubiera una salida secreta, resultaba poco probable que aquellos dos hubieran cruzado el *xiaoqu* sin que nadie se fijara en ellos.

Mei contempló otra posibilidad. Puede que no hubieran salido del almacén.

# 20

El inspector Zhao se despertó tumbado en una cama de hospital. Alguien que le pareció que era su mujer le dijo algo que él no entendió. Cerró los ojos. El dolor le martilleaba en la cabeza. Las caras chillaron. De los cuerpos rajados brotaba la sangre, caliente y pegajosa. Algo más tarde, una desconocida se acercó a él. Iba de blanco o había surgido de la blancura misma. Le cogió a él la mano. Él dijo: «Sí».

Otras veces se despertaba en un cuarto distinto, pero su mujer seguía estando allí. Le estaba diciendo algo y no le dejaba marcharse al cálido paraíso hacia el que a él le habría gustado ir. Eso era lo que significaba estar vivo, pensó, estar helado y muerto de dolor.

Al día siguiente, o puede que un par de días más tarde, se despertó con una lucidez que le resultaba nueva. Se alegró de ver a su mujer y a su hija. Habló con ellas. Estaba especialmente contento de ver a Ren. Vino el médico y dijo que tenía una herida en la cabeza, pero que se estaba recuperando. Por la tarde, o cuando a él le pareció que era por la tarde, o puede que al día siguiente, vino la inspectora Hua.

Se sentó en la silla que su mujer había dejado vacía, con las grandes manos apoyadas en el regazo.

–Parece que estás mejor –dijo.

El inspector Zhao recordó haberla visto usar aquellas dos manos para disparar dos pistolas al mismo tiempo.

–Gracias –dijo–. Me ha dicho mi mujer que me has salvado la vida.

–Ése es mi trabajo. Siento haber tardado tanto en venir.

–Yo siento lo de la redada. No estuve a la altura –dijo el inspector Zhao.

–No te eches la culpa.

–¿Qué le ha pasado a Dong?

–Está malherida.

–¿Puedo verla?

–Cuando te puedas levantar.

–¿Y quién más?

La inspectora Hua bajó los ojos.

–Necesitas descansar.

–Dímelo por favor.

–Xiao Wu está muerto, y hay otros seis heridos.

El inspector Zhao se hundió en la almohada y cerró los ojos.

–Lo siento.

–No, la culpa fue mía –dijo la inspectora Hua–. Tenía que haber vuelto a comprobar la información. Deberíamos haber estado al tanto de lo de las armas. Nos cogieron desprevenidos.

–¿Y qué ha pasado con la banda?

–Algunos murieron. A los demás los cogimos, incluido Yi el Padrino. Es uno de los cabecillas que el Ayuntamiento andaba buscando.

–Cuando vi los cuchillos en el suelo, me entró el pánico.

–Siento que tuvierais que ser vosotros los primeros en llegar. No sé lo que habría hecho yo en tu lugar.

–Por detrás no había salida. No tenían más remedio que luchar.

–Ha habido muchos errores. Yo estaba al mando de la redada. Asumo la responsabilidad.

–Yo perdí el control.

El inspector Zhao se sintió mareado. La inspectora Hua se revolvió en su silla. La luz blanca del sol, informe e inconmensurable, entraba por la sucia ventana. El inspector Zhao sintió el olor a lejía y notó la calidez del sol en la piel. Esa sensación y la voz de la inspectora Hua le reconfortaron.

Cuando volvió a abrir los ojos, ella le estaba mirando con la misma tristeza que una madre que sabe que la inocencia es cosa efímera.

–¿Se lo han notificado a la familia de Xiao Wu?

–No te preocupes. Ya me he ocupado de todo.

El inspector Zhao le pidió un poco de agua hervida fría.

–Está en ese termo que tiene un dragón y un fénix pintados.

La inspectora Hua se levantó y sirvió el agua del termo en una taza de aluminio. Ayudó al inspector Zhao a sentarse en la cama y le pasó la taza. Él bebió un trago. El agua estaba templada.

–Va a haber una investigación –le dijo la inspectora Hua–. Creo que es mejor que lo sepas.

El inspector Zhao asintió con la cabeza. Ya se lo esperaba. Le pareció un detalle que la inspectora Hua se tomara la molestia de decírselo ella misma. No era tarea fácil ser portador de malas noticias. Pero él prefería que se lo hubiera contado ella.

–¿Cómo está el comisario Chen?

–Nunca le había visto tan disgustado.

–¿Y qué pasó con el tipo de la cámara?

–Lo encontramos escondido debajo de una mesa. Había dejado la cámara por ahí tirada. Pero hemos encontrado alguna secuencia aprovechable.

–¿Y ha servido para algo?

–No creo que el comisario Chen esté de humor para ponerse a verlas.

El inspector Zhao pensó en Dong. Se preguntó si aparecería en aquellas secuencias. ¿Por qué se había torcido la redada? ¿Qué podían haber hecho ellos? ¿Habrían podido protegerla?

–Iré a testificar en cuanto salga de aquí.

–Tómatelo con calma. Primero te tienes que poner mejor. Le he dicho al comisario Chen que yo asumo toda la responsabilidad.

–Yo llegue allí primero. Soy yo el responsable.

–Eso lo podemos discutir más tarde.

–Quiero volver al trabajo.

–No tengas prisa.

–Os he fallado.

–Te han suspendido temporalmente en el cargo.

–¿Qué?

–En espera de la investigación. Lo siento. Ya sé que es injusto.

Una sirena ululaba a lo lejos, acercándose. La luz del sol iba cambiando en el cuarto. El inspector Zhao se imaginó las nubes corriendo por el cielo.

Se abrió la puerta. Entró la enfermera y dijo:

–Ha venido su mujer.

La inspectora Hua se puso de pie.

Entró la mujer del inspector Zhao con una caja de laca roja en la mano.

–No estoy yo tan seguro –dijo el inspector Zhao.

–¿Que no estás tú tan seguro de qué? –preguntó su mujer.

–No estoy yo tan seguro de que sea injusto –dijo el inspector Zhao, mirando a la inspectora Hua.

–Tú descansa. Ya volveré a ver cómo sigues –dijo la inspectora Hua.

Le dijo adiós a la mujer y se marchó.

La enfermera le cogió la mano y con dos dedos le tomó el pulso. Los tenía calientes.

–Abra la boca –susurró, inclinándose.

Él obedeció y dejó que la enfermera le deslizara un termómetro plateado debajo de la lengua. Ella le sonrió y se quedó esperando.

Por detrás, su mujer andaba colocando las cosas. Se preguntó si mantenerse ocupada sería su fórmula para conservar la calma. Siempre estaba de aquí para allá, cambiando las cosas de sitio, hablando, ejerciendo su poder sobre el caos. Aquella energía le había resultado atractiva cuando eran jóvenes y estaban enamorados... o eso creyó recordar; cuando se conocieron le encantó su risa chispeante, bajo la atenta mirada de la carabina. Pero ahora aquella inquietud constante le irritaba.

La enfermera comprobó el termostato.

–Va usted muy bien –le aseguró. Recogió sus instrumentos y se marchó.

Su mujer acercó la silla arrastrándola hacia la cama y se sentó.

–¿Y eso qué es, Mujer? –preguntó él al ver la caja roja que tenía ella en el regazo.

–Una fiambrera japonesa.

–¿Y por qué japonesa?

–Te lo voy a enseñar –su mujer quitó la tapa, dejando escapar una columna de vapor. Revolvió el contenido con una cuchara–. He hecho unas gachas con dátiles, semillas de loto y cebada. Es para que te recuperes; receta de mi madre.

El inspector Zhao dejó que su mujer le diera de comer. Iba soplando cada cucharada para enfriar las gachas antes de ofrecérsela.

–Esta fiambrera es maravillosa. Lo mantiene todo caliente, las gachas, el caldo, la sopa de tallarines...

–¿Ha sido muy cara?

–Pero es de lo más útil. Te puedo traer la comida de casa todos los días. Más vale no comer comida de hospital... aunque te hayan puesto en la zona para gente importante –bajó la voz como si alguien la estuviera escuchando–. Los ingredientes me los he traído todos de Dashanzi. Sí, he estado allí –volvió a elevar la voz–. Ma y Ba quemaron incienso y rezaron a Buda. Ni que decir tiene que están preocupados, pero también orgullosos, sobre todo Ba –su mujer apoyó la cuchara y se acercó más a él. Le apartó un mechón de pelo de la cara, demorándose un instante con los dedos en la barba incipiente de su cara sin afeitar–. Date cuenta, acabamos de venirnos a la ciudad y mira en qué desastre te has metido.

El inspector Zhao intentó levantar la mano. Antes de que pudiera alcanzarla, ella retiró la

suya.

–Lo siento –dijo él.

–Tú no tienes la culpa. Todo el mundo sabe que la ciudad es peligrosa –le metió en la boca más gachas dulces–. La que me preocupa a veces es Ren. No está acostumbrada a la forma de hacer las cosas de la ciudad.

El inspector Zhao se resignó a la cuchara y el monólogo de su esposa. Se resignó al hecho de que su esposa no le había entendido. No se había percatado, ni probablemente se percataría nunca, de la punzada de sentimiento que había puesto él en aquel par de palabras al decirle «Lo siento».

–Estoy segura de que de esto va a salir algo bueno –continuó su mujer–. Tú te has jugado la vida.

El inspector Zhao la contempló: tenía la piel gruesa y salpicada de manchas marrones. La frente le brillaba de sudor. Sus ojos eran la sombra de aquel luminoso día de verano. Se había puesto una camisa blanca de hilo pero, al contrario que las mujeres de la ciudad, la llevaba con torpeza, sin gracia. Hablaba abriendo mucho la boca, enseñando unos dientes amarillentos.

–Puede que te lo cuenten como un mérito –dijo.

Era una buena mujer, pensó el inspector Zhao, no se enteraba de nada pero era buena. ¿Cómo iba a ser él capaz de herirla? ¿Cómo le iba a contar lo de la investigación o lo de la suspensión en el cargo? Se acordó de la redada, de aquel caos enloquecedor que era sólo suyo y no debía compartir con su esposa. Se acordó de Dong y se sintió aún más culpable.

–¿Les parece bien a los de la fábrica que estés faltando tanto? –le preguntó a su mujer.

–Les parece perfecto. No te preocupes. Lo tengo todo arreglado.

–¿Qué tal está Ren?

–La he convencido de que vaya a una academia de matemáticas a la salida del colegio. Ya es algo.

El inspector Zhao sacudió la cabeza ante la cuchara que su mujer le acercaba a los labios y se preguntó cuánto iba a tener que pagar por aquella academia de matemáticas ahora que estaba suspendido en el cargo.

# 21

Los golpes en la puerta continuaron. Mei se levantó de su silla. Dio dos pasos y se detuvo. Levantó una mano para indicarle a Gupin que esperara él también.

La puerta se abrió de un empujón. Entraron unos hombres vestidos con monos grises, con las botas mojadas de lluvia. Tras ellos venía la figura en forma de poste de telégrafos del señor Fu.

–Id vosotros por delante –les dijo a los hombres.

Sin mediar palabra, se pusieron a abrir archivadores y cajones, a meter carpetas en sacos y a desenchufar ordenadores.

–¿Pero qué están haciendo? –Gupin corrió detrás de ellos–. ¡Paren!

El señor Fu, que parecía muy tranquilo con su traje oscuro y su corbata, se acercó con paso resuelto. Le tendió a Mei una hoja de papel cuajada de sellos rojos.

Mei la leyó.

–«Por disposición del Gobierno del Distrito de Chaoyang, del Comité Revolucionario de Chaoyang, de la Comisaría de Chaoyang, del Departamento de Reestructuración Económica y de la Oficina para la Inspección y la Supervisión de Empresas Privadas, la Consultoría de Información del Loto debe suspender de inmediato su actividad. Cualquier incumplimiento de esta disposición podrá ser castigado por los tribunales...»

»¿Qué es esto?

–Recibió usted mi escrito.

–No hace ni dos semanas, ¿cómo va a ser eso tiempo suficiente para prepararme, cuando ni siquiera sé de qué trata la investigación?

El señor Fu hizo como si no la hubiera oído y se dirigió a sus hombres, que estaban saqueando la oficina.

–¿Y la tetera? –preguntó uno de ellos.

–Cogedlo todo –dijo el señor Fu.

Mei oyó protestas de Gupin en la minicocina y un ruido de tazas rotas. Dos hombres estaban revolviendo en el armario de la pared, sacando carpetas y haciendo volar papeles sueltos por los aires.

–¡Eso es mi bolso! –Mei se lo arrancó de las manos a uno de los hombres que salían de su despacho.

Gupin estaba otra vez en la antesala, detrás de un tipo de uniforme, haciendo con las manos gesto de llevar algo frágil.

–¡Con cuidado! Eso es una cámara muy cara.

Mei contempló cómo se llevaban su ordenador. Entró en su despacho. Lo habían dejado completamente pelado. Se habían llevado el teléfono. El archivador estaba vacío. Fuera caía la lluvia, salpicando de tierra el patio.

Se había olvidado de la lluvia. El sonido apremiante de una tormenta de verano le transmitió una especie de calma, recordándole los días en que no había colegio. Levantó la vista hacia la pintura de su madre que había en la pared: un solo loto blanco, inmaculado e

inocente, que brotaba del barro. Las flores de loto eran un tema común en la pintura con tinta china, pero su madre le había dicho: «Pocos las pintan bien. Imagínate lo difícil que tiene que ser pintar la fragilidad y la fuerza en un solo trazo».

El corazón en calma, pues nadie sabe su pasión,
desciende con la luna tardía, libre como el viento.

Mei recordó el poema de Du Guipu, de la dinastía Tang, mientras descolgaba la pintura. Salió de su despacho. Gupin había dejado de perseguir a los hombres y se había puesto en cuclillas en un rincón, con su gastada bolsa de lona bajo el pecho y los hombros encorvados.

El señor Fu estaba sentado en el sofá, en el mismo sitio que hacía dos semanas. En su cara plana había una sonrisa imprecisa, el hoyuelo que tenía entre las cejas se había aflojado. Cruzó las piernas y se recostó hacia atrás. La punta de sus zapatos negros resplandecía de betún.

–Aquí no tenemos nada que hacer –le dijo Mei a Gupin–. Vámonos.

Gupin se puso de pie despacio, con la bolsa de lona debajo del brazo. Salieron los dos por la puerta.

En el pasillo se había juntado una multitud, gente del despacho de abogados de la puerta del lado y de otros negocios que había en el edificio. Se quedaron mirando a Gupin y a Mei que se iban.

–¿Qué ha pasado? –preguntó uno de ellos.

Ni Mei ni Gupin respondieron. Gupin bajó la cabeza, haciendo crujir contra el suelo las suelas de sus zapatos. Mei siguió mirando al frente para no tropezarse con las miradas escudriñadoras de los curiosos. Intentó no escuchar los murmullos, pero no pudo evitar que algunas palabras o trozos de frases se le metieran por los oídos.

–Seguro que habrá violado alguna ley.

–Ya sabía yo que era ilegal.

La pintura de su madre estaba empezando a pesarle en la mano.

La lluvia caía en cortinas, llenando el aire de un frío olor a polvo. Llovía a cántaros sobre el camino de tierra de delante del Bar de Tallarines Cielo Azul. Mei puso las manos sobre la taza de té, tratando de retener el calor que se escapaba. Los finos muros y las ventanas desvencijadas parecían tener mil agujeros por los que el frío y la humedad se filtraban hacia dentro. Mei se volvió para mirar por la ventana. Había una zapatilla rosa de niño tirada de lado en mitad del barro del camino. Un conductor de carreta pedaleaba furiosamente bajo el aguacero. Luego todo se quedó vacío y en silencio durante mucho rato.

Mei no estaba segura de si el día se había convertido en tarde. El cielo estaba de un gris plomizo. En el bar de tallarines no había nadie más que Mei, Gupin y la joven camarera, que hasta que llegaron estaba arrodillada en una silla detrás de la barra, contemplando la lluvia.

–¿Qué vamos a hacer? –dijo Gupin haciendo girar su taza de té.

Mei bebió un sorbo. El té se había quedado insípido después de añadir agua caliente a la tetera por tercera vez. Gupin levantó la cara, con los anchos hombros alzándose por debajo de la camisa mojada. Por un instante, a Mei le dieron ganas de apoyarse en uno de ellos.

Todo había ocurrido demasiado rápido. El rostro delgado del señor Fu, su sonrisita fugaz

y la orden de clausura llena de sellos rojos relampaguearon en la mente de Mei.

–No tiene sentido –dijo, apoyando la taza–. Ninguna de mis *guanxi* ha conseguido averiguar nada sobre esta investigación. La gente del departamento del señor Fu no sabía nada. Su jefe tampoco sabía nada. Y va y se planta aquí con una notificación formal de clausura cargada de sellos de todos los departamentos gubernamentales de Pekín.

–Supongo que la investigación será secreta.

–Pues ha hecho todo el ruido que ha podido.

–¿Por qué lo dices?

–Tú fíjate en lo que está haciendo. Trae una notificación de clausura aprobada por todo el mundo, cuando habría bastado con mucho menos. Se presenta aquí con todo un equipo a media mañana armando barullo, revolviéndome el despacho y arramplando con todo. Somos una empresa pequeña. No necesitan echarse encima de nosotros a lo bestia como han hecho. Está intentando que nos enteremos de algo, Gupin. Nos está lanzando una advertencia.

–¿Qué tipo de advertencia?

–No lo sé.

Gupin parecía desanimado.

–Vamos a pensarlo. Pero antes necesitamos comer.

–A mí se me ha quitado el hambre –dijo Gupin.

–Pues yo con el estómago vacío no puedo pensar.

La camarera se acercó. Se echó la larga trenza hacia un lado y basculó con la cadera sobre una pierna.

–¿Qué les apetece?

–Yo quiero tiras de cerdo con tallarines fritos en salsa –dijo Mei.

–Y yo un cuenco grande de tallarines picantes con falda de vaca, con doble ración de guindilla –dijo Gupin.

La camarera les tomó el pedido y se alejó.

–Va a estar todo muy claro en cuanto consigamos averiguar a quién persigue el señor Fu –dijo Mei.

–Nos persigue a nosotros. Nos ha cerrado el negocio.

–Yo creo que la cosa es un poco más complicada. El señor Fu está tendiendo una gran red, demasiado grande para pescar peces pequeños como nosotros.

–Pero quién...

–Están buscando algo. Algo que puedan usar para pescar a peces más gordos. He estado repasando nuestros archivos. ¿Te acuerdas del señor Peng, el jefe de la compañía discográfica Guanghua? El dinero suscita envidias. Puede que al final alguien esté intentando relacionarle con el asesinato de Kaili.

–El señor Peng tiene las manos manchadas de sangre.

–Otro que podría tener enemigos poderosos es el General de División Yi.

–El General Yi es un tipo antipático. No me sorprendería que fuera él el que está detrás de todo este asunto. Quiere vengarse de nosotros por haber ayudado a su mujer –dijo Gupin.

–Yo también había pensado en eso. Pero si lo que quería era vengarse, no habría esperado tanto tiempo. El divorcio, aunque fuera un bochorno, fue una batalla pequeña para alguien de su posición. El ejército es un lugar que proporciona poder, pero también es un lugar que

exige energía y habilidad para sobrevivir. Hay facciones, luchas por el poder, la gente tiene que estar constantemente atenta al peligro, asegurándose de ponerse en el bando bueno y calculando cada uno de sus movimientos. Yo creo que alguien está buscando información para hacerle daño al General Yi.

–¿Y qué información podemos tener nosotros?

–Podría ser algo que le relacione con algún elemento indeseable del ejército. También es posible que la jugada sea contra algún aliado del General Yi, algún superior suyo o algún amigo. Últimamente en el ejército la lucha por el poder está al rojo vivo por culpa del dinero. Es mucho lo que está en juego.

Mei bebió un trago de té y continuó.

–¿Tú sabías que el Ejército de Liberación Popular es el grupo empresarial más rico y más poderoso de China? El Departamento de Estado Mayor del Ejército de Liberación es propietario de China Poly, la sociedad de cartera de inversiones. El Departamento de Política General es propietario de China Carrie, que se dedica a inversiones y explotaciones mineras. La Marina del Ejército de Liberación es propietaria de la naviera Songhai de China. Está también Sanjiu, que es el mayor fabricante de productos farmacéuticos de China. Añádele a eso los negocios controlados desde niveles más bajos del Ejército de Liberación y los que pertenecen a militares retirados. La cantidad es enorme, son muchos billones de yuanes. El poder político y económico: por un premio así vale la pena tomarse muchas molestias.

Se quedaron en silencio, contemplando la lluvia.

–¿Qué nos va a pasar a nosotros?

–Ojalá yo lo supiera. Por lo menos no nos han detenido, lo cual ya es buena noticia. Eso significa que nos queda una esperanza.

Gupin soltó un gemido.

–Por el momento la agencia está cerrada. Eso no podemos remediarlo.

–Supongo que puedo buscarme algún trabajo por horas o echarle a lo mejor una mano a Lisha en la peluquería.

–Si necesitas dinero...

–No. Me apaño. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer tú?

–No estoy segura –dijo Mei.

Les trajeron los tallarines, humeantes de aroma a cilantro y guindilla. Mei tenía tanta hambre que habría podido comerse dos cuencos enteros. Gupin se echó pimienta en la sopa, que estaba llena de aceite rojo de guindilla. Por aquel día habían tenido suficiente agitación y suficiente frío. Ya era hora de entrar en calor.

Después de la comida, Mei y Gupin se dijeron adiós. Gupin se alejó pedaleando en su bicicleta, protegiéndose bajo un amplio impermeable. Mei lo miró disolverse en la lluvia y la grisura del día. Luego se metió en su coche y llamó por teléfono al inspector Zhao. No hubo respuesta. La ciudad estaba oscurecida y borrosa por la lluvia: obras con el suelo medio levantado, bloques anónimos de apartamentos grises, y el gran letrero del Hospital Kangwei Long. Mei se preguntó si no debería irse a su casa. Allí estaría calentita, sola, pero calentita. Contempló la lluvia que caía, áspera e interminable. Se preguntó cómo iba a poder enfrentarse a los cuartos vacíos de su apartamento, en un día como aquél, en el que todo se estaba desvaneciendo ante sus ojos. De pronto se sintió enfadada con el mundo. «Pues que se desvanezca y desaparezca todo lo que quiera», se dijo en silencio. «No me pienso

asustar.» No quería darse por vencida, pero tampoco se sentía capaz de enfrentarse al tráfico de la carretera de circunvalación con lluvia.

Volvió a marcar el número del inspector Zhao. Al final lo cogió su secretaria. Le dijo a Mei que su jefe no estaba y que iba a tardar un tiempo en volver. Su tono y su forma de decirlo hicieron sospechar a Mei. Le costó algo de tiempo y mucha persuasión, convenciendo a la secretaria de que se habían conocido hacía dos semanas en el despacho del inspector Zhao, enterarse de lo que le había ocurrido a su amigo.

# 22

Mei se dirigió en coche al hospital conduciendo a toda velocidad, con los limpiaparabrisas moviéndose tan frenéticamente como sus pensamientos. En las calles reinaba el caos. Inundaciones repentinas hacían peligrar la conducción. Los autobuses tenían que describir amplios giros. Los coches iban fundiéndose y divergiendo en todas direcciones. Dos conductores abandonaron sus coches en mitad del cruce de Guanghua y salieron a la lluvia a gritarse el uno al otro. Los ciclistas, con las capas impermeables aplastadas por la fuerza de la lluvia, maldecían, levantando un dedo acusador, cuando los coches los salpicaban al pasar.

La confusión de la calle no era nada comparada con el desorden que había en el hospital. El vestíbulo estaba inundado de gente: padres con bebés en brazos, niñitos que gritaban, largas colas por todas partes. Mei vio en la pared un letrero que decía «Información», pero el mostrador no logró verlo, porque se lo tapaba una multitud apretada y ruidosa.

Mei subió por las escaleras hasta el tercer piso, y de éste al quinto. Lógicamente, al ser un hospital, no había cuarta planta. *Si*, el número cuatro, sonaba igual que *si*, la muerte. Sentados en los rellanos de la escalera, parientes de enfermos o de heridos esperaban alguna noticia.

–Vengo a ver al inspector Zhao, de la Comisaría del Distrito de Chaoyang –le dijo Mei a la enfermera que había en el mostrador.

–¿Visita privada o del trabajo?

–Soy amiga suya.

–Diez yuanes.

–¿Y si fuera pariente suya?

–Lo mismo.

–¿Y si fuera una compañera del trabajo?

–Entonces sería gratis.

Mei pagó a la mujer.

–Zona reservada, habitación número 8.

Mei recorrió el pasillo, que había sido pintado recientemente, y vio su propia sombra, indefinida y distorsionada. Cuanto más se acercaba a la habitación número 8 de la zona reservada, más la asustaba el estado en el que pudiera encontrarse al inspector Zhao. Se imaginó un brazo sin mano, pies a los que les faltaban dedos, un rostro lleno de horribles cicatrices. «Y puede que sea aún peor», se advirtió a sí misma.

Dio dos golpecitos suaves en la puerta y esperó. Como no hubo respuesta, apretó el picaporte y abrió sin hacer ruido la puerta. El inspector Zhao estaba tendido en la cama, con los ojos cerrados y la cabeza envuelta en vendas.

Mei se acercó de puntillas hasta la cama y se inclinó sobre él. Tenía algunos cortes en la cara, que se le estaban curando. Escuchó su respiración, leve y rítmica. Se le veía pálido y desvalido.

–Ay, qué tonto has sido –dijo Mei, sintiendo el impulso de abrazarle–. Mira en lo que te has metido. ¿Por qué no podías quedarte en tu oficina?

El inspector Zhao abrió los ojos y sonrió.

–Mei, eres tú.

–Pero... –Mei respiró con fuerza, sintiendo los latidos de su corazón–. Vaya susto me has pegado.

El inspector Zhao se incorporó en la cama.

–¿Qué haces? Creí que estabas gravemente herido... tu secretaria me ha dicho...

–No le hagas caso –dijo el inspector Zhao moviendo una mano–. No tendrás por casualidad un cigarrillo, ¿verdad?

–No.

–Tengo unas ganas de fumar...

–¿Quieres que se lo diga al doctor?

–No –el inspector Zhao sacudió la cabeza–. No me dejan fumar hasta que salga del hospital.

–Tienes buena cara.

El brillo de los ojos de él se atenuó.

–Me han suspendido en el cargo.

–¿Qué ha pasado?

El inspector Zhao le contó a Mei lo de la redada. Su voz se fue volviendo más contenida y más solemne a medida que hablaba, hasta que el gorgoteo del agua en una cañería oxidada que había junto a la ventana se hizo superior a sus fuerzas. Paró de hablar.

Mei extendió la mano, queriendo consolarle, pero la detuvo antes de tocarle, al borde de la cama, sobre el blanco y húmedo edredón del hospital.

–La culpa no ha sido tuya –le dijo

–Pero eso da lo mismo, ¿no? A mí tampoco me apetece estarme sentado en mi despacho mientras se resuelve la investigación. No puedo con los cotilleos y las miraditas.

–¿Por qué no te vas a casa?

–Eso estaría bien, lo único es que no le he contado a mi mujer lo de que me han suspendido en el cargo. Se ha hecho unas ilusiones enormes con mi ascenso. No me siento capaz de decepcionarla. Hasta se ha puesto a trabajar en el turno de noche para ganar más dinero.

–¿Cuánto tiempo crees que vas a poder estar aquí escondido?

–Mientras no me descubran...

–Lo que digo es que cuánto tiempo vas a poder tú aguantar.

El inspector Zhao miró a Mei con ojos tristes y lastimeros. Apartó el edredón y saltó de la cama.

–¡Estoy muerto de aburrimiento! No me dejan fumar. Cada vez que oigo pasos pego un salto. No soy capaz de comerme la comida. ¡No te rías! No sabes cómo me tratan. Me obligan a comérmela. La enfermera se sienta conmigo a vigilarme, y luego me sonríe cuando me he terminado hasta el último bocado. ¡Y además esto! –señaló las salpicaduras de sangre que había en las partes de la pared en donde había aplastado algún mosquito–. Los mosquitos están a punto de matarme. ¡Y esto! –el inspector Zhao cogió el libro que tenía sobre la mesilla y lo agitó violentamente ante la cara de Mei.

Mei se lo cogió de la mano.

–*El camino de la felicidad*. ¿Qué tiene de malo? Si no recuerdo mal, la última vez que te vi estabas interesadísimo.

–Te voy a decir lo que tiene de malo –el inspector Zhao le quitó el libro y lo tiró a la papelera–. No dice más que chorradas: todo ese rollo del karma, los pecados del pasado, la meditación. Mi padre tenía razón, aunque no fuera más que un campesino. Decía que la felicidad consiste en trabajar mucho. En hacer bien el trabajo de uno.

–Igual debería leerlo yo –dijo Mei, recogiendo de la papelera el libro–. Me he quedado sin trabajo.

–¿Qué?

–Me han cerrado el despacho. ¿Te acuerdas de lo del señor Fu, de la Oficina para la Inspección y la Supervisión de Empresas Privadas?

–¿Cuándo ha sido?

–Esta mañana. Ha aparecido con una Orden de Clausura del Negocio. Llevaba el sello de la Comisaría de Chaoyang. ¿Sabes tú algo de eso?

–No. Pero puedo enterarme cuando vuelva a la comisaría.

El inspector Zhao le pidió que le devolviera el libro.

–Lo que tú necesitas no es eso. Tampoco es lo que necesito yo, pero tengo que quedármelo. Me lo ha regalado mi mujer. Si no, cuando venga de visita se va a dar cuenta de que no lo tengo.

Oyeron ruidos y pasos apresurados. El inspector Zhao se metió rápidamente en la cama y apenas se había tapado con el edredón cuando se abrió la puerta. Entró la inspectora Hua a paso de marcha. Una enfermera venía corriendo detrás de ella, rogándole:

–No se encuentra bien.

La inspectora Hua se acercó a la cama del inspector Zhao y dijo:

–Recoge tus cosas, Zhao. Te vienes conmigo.

Se volvió y le lanzó a Mei una mirada fría.

–Es una amiga –dijo el inspector Zhao.

–El comisario Chen quiere que vuelvas a la comisaría –dijo la inspectora Hua.

–Creí que me habían suspendido en el cargo.

–Pues ya no. Te necesitan. Ha habido un asesinato.

# 23

Mei fue conduciendo por la calle del Templo de los Lamas. La lluvia había amainado hasta quedarse en llovizna. Las tiendas que se encargaban de dar de comer a asiduos y a turistas estaban ya cerrando, descolgando amuletos y tapices de Buda de los postes de bambú. En los establecimientos de comida rápida se cocían caracoles en ollas llenas de guindilla. En las radios portátiles resonaba la ópera de Pekín. Había mucho tráfico. Los oficinistas esperaban en las aceras mojadas, lanzando una y otra vez la mano al aire en busca de unos taxis que de pronto se habían vuelto escasos.

Mei podría haber girado hacia el norte en cualquier cruce y habría llegado a su casa. Pero no era a su casa a donde quería ir. El inspector Zhao había vuelto a la comisaría de Chaoyang, Gupin se había vuelto con Lisha. Mei sintió que ella no tenía adónde ni con quién volver. La lluvia que llevaba todo el día cayendo y que enfriaba el aire parecía haberse llevado también todas sus fuerzas. La realidad con todo su peso le cayó encima de golpe: el negocio que había levantado con el sudor de su frente se lo acababan de quitar, así, como si tal cosa.

En la calle del Fantasma se veía a las chicas de alterne bajo los faroles rojos, preparadas para dar la bienvenida a los clientes. Mei dejó que la calle la llevara, curvándose en la Torre del Tambor. Estaba en el eje central que divide Pekín en dos mitades iguales, la línea de divina armonía que pasa por el punto más alto de la ciudad, Jing Shan: la Montaña con Vistas.

Gugongbeijie, la calle a la que daba la puerta norte de la Ciudad Prohibida, estaba vacía. Los conductores de triciclos taxi habían perdido la esperanza de recoger a algún último cliente y se alejaban pedaleando. Mei pensó en aquel muro de ocho metros de grosor que llevaba rodeando la Ciudad Prohibida más de quinientos años. Nadie había logrado traspasarlo, por más que las dinastías fueron cayendo y las puertas de aquel gran palacio se abrieron para los vencedores: manchúes, europeos, republicanos, comunistas.

En la calle Oeste de Jingshan pasó ante el Palacio de Cultura para los Niños y recordó una excursión con el colegio de cuando ella tenía siete años. Acababa de volver de estar viviendo en un campo de trabajo con su padre. La magnificencia del palacio y los niños, estrellas de la canción que ensayaban con un famoso profesor, pintores cuyas manitas apenas alcanzaban a sostener los grandes pinceles que se usaban para la pintura china de tinta sobre papel, la habían impresionado.

Su padre era un calígrafo consumado. Le habría encantado ver a aquellos niños. Le habría encantado conocer el nuevo Pekín con rascacielos, autopistas y coches. Hasta puede que le hubiera escrito alguna oda. Volvió a entristecerse, pensando en la derrota de las dinastías y la muerte de su padre. Pensó en su madre y en el novio de su madre, dos personas que se habían conocido en el crepúsculo de sus vidas, cerca ya del umbral de la muerte. Pensó en su hermana, con su marido, en el ático que tenían en el Bulevar de Chang'an, cenando con sus invitados, atendidos por criadas. Escenas de las vidas de otras personas, ¿era eso lo único que ella poseía?

La noche había llegado, bajo las farolas de la calle se agolpaban doradas agujas de lluvia. Mei detuvo el coche junto al bordillo. No había otro lugar al que le apeteciera o al que pudiera ir. Sacó el teléfono móvil y llamó a Wudan.

Mei abrió la puerta de su apartamento y encendió la luz. Ante ella apareció su salón, tan desordenado como lo había dejado aquella mañana. La ropa que tenía que llevar al tinte estaba amontonada en una silla. Sobre la mesita baja había una taza en la que aún quedaba té. Los sobres sin abrir y las facturas sin pagar seguían desparramados sobre la mesa del comedor. Mei soltó su bolso y se fue a abrir la ventana. El aire frío y el ruido del tráfico en la segunda vía de circunvalación, más fuerte que el de la lluvia, se colaron dentro.

Recogió la ropa sucia y la metió en un cesto que había en el cuarto de baño. Tiró los restos de té por el fregadero y fregó la taza. Juntó en un mazo los sobres y los papeles y los echó dentro de un cajón. Fregó el suelo y roció de ambientador todas las habitaciones. Puso derechos los cojines del sofá y les quitó el polvo a los alféizares. Se despojó de su ropa mojada y se puso un vestido seco de color rosa, pero luego se lo pensó mejor y se lo cambió por algo más sobrio, una camisa azul y unos vaqueros.

Sonó el timbre de la puerta. Fue a abrir. Ante ella estaba Wudan. Llevaba un traje de verano, y en la mano una bolsa de comida para llevar de Tiao-jiang-nan.

–Espero que no estés muerta de hambre –dijo.

–Pasa. No tenías que haberte molestado. Podíamos haber ido a un restaurante.

–No se me ocurriría hacerte pasar por eso después de un día como hoy –Wudan puso la bolsa en la mesa del comedor–. ¿Estás bien? –preguntó.

Ella habría querido decir que sí pero no le salieron las palabras. La mirada comprensiva de los ojos de él hizo que su determinación se derritiera. Las lágrimas le vinieron a los ojos. Wudan la abrazó.

Mei se quedó sorprendida. No se había imaginado la fuerza de su abrazo ni la calidez de su pecho. Por un momento se quedó envuelta en su protección, sin saber cómo reaccionar. Luego la asaltó su propia soledad. Notó lo frío que estaba el aire. Cerró los ojos, dejó caer la cabeza sobre el hombro de él y lloró.

–Lo siento. Te he mojado la chaqueta –dijo Mei cuando se hubo secado los ojos.

–No te preocupes.

Mei trajo de la cocina cuencos de arroz y palillos. Se sentaron y comieron de las cajas de plástico para llevar. Mei devoró aquella comida: Pollo con Guindilla, Berenjena en Aceite Rojo, Ternera Seca Prensada, Mapo Tofu... Le calentó el humor. Le contó a Wudan lo que había ocurrido. Él la escuchaba, interrumpiéndola a cada poco para pedir alguna aclaración; luego se quedó callado, pensando. Sus ojos fijos en ella, su voz calmante. Mei pensó que su apartamento ya no tenía un aspecto tan desvaído, o si lo tenía a ella ya no le preocupaba. El vacío de las paredes y la noche tampoco le importaban ya. Mei se sintió ligera como una pluma.

Cuando terminaron de cenar se trasladaron al sofá con un té. Mei encendió la lámpara de la mesita, que difundió un suave resplandor amarillento. Sintió la vibración en la voz de Wudan:

–¿Cómo puedes estar tan segura de que no va a por ti?

–No estoy segura. Es sólo una sospecha.

–A juzgar por los nombres de los organismos que han aprobado el Aviso de Clausura del Negocio, yo diría que la investigación va en serio.

–Pues mis *guanxi* son gente que tiene buenos contactos en el gobierno. Uno de ellos es un policía que trabajó conmigo en el Ministerio de Seguridad Pública. Tiene acceso a información confidencial de alto nivel. Y nadie ha conseguido averiguar nada sobre esta investigación –dijo Mei.

–Puede que estén asustados de lo que han averiguado y prefieran mantenerse a distancia. Ya sabes lo rápido que se dan la vuelta las corrientes políticas en esta ciudad. Y la gente se deja de lealtades en cuanto huele el peligro.

–Los conozco desde hace mucho tiempo.

–Pero la gente cambia. Vamos a pensar que tienes razón en lo del señor Fu. Eso tampoco significa que tú puedas estar tranquila. Verte envuelta en las luchas políticas de otros es igual de peligroso. Te pueden cerrar la agencia para siempre. Te pueden meter en la cárcel. Te pueden acusar de cualquier cosa que encuentren en los archivos de tu empresa o que ellos mismos se inventen. Cuanto mayor es la recompensa, más ansiosa se pone la gente.

Wudan dejó su taza en la mesa.

–No se lo digas a tus clientes. Les va a entrar el pánico. La gente no es capaz de razonar cuando tiene miedo.

–Tengo que proteger a mis clientes.

–Lo entiendo, y te respeto por ello. Pero no te precipites. Déjame que te ayude.

–No te puedo pagar. Ya no tengo ingresos.

–No hace falta que me pagues.

–Eso no lo puedo aceptar.

–Bueno, pues un yuan al día.

Mei sonrió. Wudan le tocó a Mei la cara. Ella contuvo el aliento. Él apartó un mechón de su largo pelo.

–Cuidado, se te está metiendo en el té.

Mei vio sus ojos cálidos y amables. Sintió la necesidad de cogerle la mano, o de salir corriendo.

Wudan dijo:

–Lo mejor que puedes hacer en este momento es conservar la calma y no revolver la hierba. La situación es delicada. Más te vale no cometer errores que te pongan aún más a tiro.

Mei agarró su taza de té como si fuera una cosa preciosa que hubiera que proteger. Wudan tenía razón. ¿Cómo podía ella estar segura de nada? ¿Cómo iba a saber a ciencia cierta en quién podía confiar?

–¿Se lo has contado a tu hermana? –preguntó Wudan–. Seguro que ella conoce a alguien importante que te pueda ayudar.

–Es verdad. Pero no sé si ella y su marido querrán verse envueltos en esto. Ellos tienen mucho que perder si las cosas se tuercen.

–¿Y qué me dices de tu amigo policía de la comisaría de Chaoyang?

–El inspector Zhao no tiene tiempo para ayudarme. Han descubierto un cadáver en Pingfang.

Le contó a Wudan su visita al hospital.

–¿Un asesinato?

–Sí.

–¿Quién es la víctima?

–Todavía no lo saben.

Sonó el teléfono móvil de Wudan. Él miró la pantalla.

–Perdona, pero tengo que cogerlo. ¿Te importa?

–No. Puedes hablar en el dormitorio.

–Gracias.

–*Wei*? –gritó al teléfono. Se metió en el cuarto de Mei y cerró la puerta.

Mei le dio un trago al té y soltó el aire despacio, dejando que los hombros se le relajaran. Hasta entonces no se había dado cuenta de que estaba tensa, ni de que se había hecho de noche. Se puso de pie, cerró la ventana y corrió las cortinas. Barajó por un instante poner algo de música pero al final decidió no hacerlo. Contempló la parte del sofá donde hacía sólo un minuto o dos estaba sentado Wudan, su taza de té que seguía sobre la mesa, llena hasta un centímetro por debajo del borde. ¿Qué tipo de situación era aquélla? ¿Era él un amigo que acudía en su ayuda cuando lo necesitaba, o era algo más? Cerró los ojos y volvió a sentir la presión de su abrazo.

–¿Estás cansada? Perdona lo de la llamada, cosas del trabajo –dijo Wudan saliendo del dormitorio.

–No, estoy bien –dijo Mei poniéndose roja.

–Sigue contándome lo del caso de asesinato, que nos han interrumpido –dijo Wudan, sentándose y cogiendo su taza de té para darle un sorbo.

Mei volvió a sentarse en el mismo sitio que antes, apoyada contra el brazo del sofá.

–El cadáver lo han encontrado en un edificio en construcción, en Pingfang. Según ha dicho la inspectora Hua, tiene la cara destrozada. Cerca del cadáver encontraron algo que podría ayudar a identificarlo. Pero la inspectora Hua no dijo qué era. Mi amigo el inspector Zhao es muy buen detective de homicidios. Él va a resolver el caso.

–Me alegro.

Se quedaron callados. Cuando Mei levantó los ojos vio que Wudan la estaba mirando como si buscara y hubiera encontrado algo en ella. Con las fuerzas flaqueándole, notó cómo la examinaba. Apartó la mirada.

Wudan dijo:

–Cuando he entrado en tu dormitorio no he podido evitar fijarme en una foto que tienes al lado de la cama. ¿Quién es el hombre que está contigo?

Mei sabía a qué foto se refería. Se la habían hecho el pasado Año Nuevo chino. Yaping había venido de visita y habían ido juntos a ver el espectáculo de los faroles encendidos.

–Es mi novio –dijo Mei–. Vive en Chicago.

–¿Y cómo os conocisteis, si él vive en Chicago y tú en Pekín?

–Nos conocemos desde hace quince años. Fuimos compañeros de clase en la universidad. Cuando terminamos la carrera, Yaping se fue a Estados Unidos a hacer el doctorado. La idea era que volviera al cabo de un año o dos, en cuanto hubiera terminado, y que nos casáramos. Pero no volvió. Conoció a otra persona, otra estudiante china de la Universidad de Chicago, y se casó con ella.

–Lo siento.

–Hace dos años volvió a Pekín en viaje de negocios. Se había separado de su mujer.

–Y habéis vuelto a estar juntos.

–Sí.

Mei volvió a llenar las tazas de té vacías.

–¿Le has perdonado?

–¿Por qué todo el mundo me habla de perdón? ¿Qué es lo que tengo yo que perdonar? Todos nos enamoramos y todos cometemos errores.

Mei se mordió el labio. ¿Qué le pasaba aquella noche? ¿Dónde estaban sus defensas, la máscara tras la que tan bien se le daba ocultarse? Sabía lo que debía de estar pensando Wudan. Había aprendido lo suficiente de su hermana psicóloga para saberlo: pero si hubiera estado tan dolida no habría podido hacer las paces con Yaping, ni consigo misma.

–Creo que nunca dejé de quererle –se sintió obligada a explicar–. Puede que la palabra «amor» no sea la más exacta. En realidad puede que sea imposible seguir amando durante más de uno o dos años cuando la relación se ha terminado. Pero es como cuando a uno lo hieren en una pelea de navajas, que le quedan las cicatrices. El amor no correspondido es de lo más romántico, ¿no te parece? Pero qué estoy diciendo. No sé. Supongo que lo que estoy intentando decir es que no es tan sencillo como perdonar o dar una segunda oportunidad. Es más complicado.

–El amor siempre es complicado, sea la primera oportunidad, la segunda o la que sea.

–¿Cómo podemos saber que no nos estamos equivocando?

–No podemos, y tampoco podemos aprender para la próxima. Es como jugar a la ruleta. Cada turno tiene sus propias particularidades, nada que ver con lo que haya hecho uno antes.

–¿Y eso no te asusta?

–Sí.

–¿Y qué haces?

–Echarle fe ciega. ¿Te acuerdas en *Indiana Jones y la última cruzada*, cuando él tenía que cruzar un precipicio y no encontraba el puente, y dio un paso en el aire y apareció un puente bajo sus pies? Eso es lo mejor que podemos hacer: dar un salto de fe... encontrar el Grial o morir.

–¡Eres un romántico!

–Pues como tú, que sigues enamorada desde hace muchos años del mismo hombre por más que él te haya traicionado.

Mei sacudió la cabeza.

–No sé por qué ha sido así. Puede que porque la gente a la que he querido siempre me ha dejado, y por eso yo intentaba seguir ahí. Puede que lo de hace todos esos años fuera un salto de fe. No salió bien. No apareció delante de mí un puente para poder llegar al otro lado. Esta vez todo el mundo dice que es el destino, pero yo ya no estoy segura de seguir teniendo fe.

–¿Y él qué dice?

–Se va a volver a vivir aquí, para llevar la sucursal de su empresa en China.

–¿Significa eso que está preparado para dar el paso?

–No lo sé. Lo gracioso es que igual sí sé lo que haría el Yaping de veintidós años, pero no lo que piensa hacer el de treinta y dos –dijo Mei intentando quitarle importancia, porque de pronto se sentía incómoda hablándole a Wudan de Yaping. Pero sus propias palabras la habían asustado. Ella sabía que había dicho la verdad.

–Tienes cara de cansada –dijo Wudan.

Lo vio inclinarse hacia ella, con los ojos prendidos de los suyos. La rodeó con sus brazos. Seguía mirándola, hablando todavía, con ternura. Ella sintió que se ahogaba. Al contacto con él las fuerzas le fallaron. Y luego ya no vio nada.

Él la besó y ella sintió sus labios suaves y apremiantes. Se apretó contra el pecho de Wudan. El asalto de aquel abrazo le infundió valor, como un solo acto de valentía, de él con ella, que los atara el uno al otro. Lo entendió y se lo agradeció. Le besó, sus bocas se apretaron una con otra.

Cuando él aflojó la presión de sus brazos, Mei volvió la cara, con la cabeza todavía apoyada en el pecho de él.

–Ha sido un día horrible –susurró.

Él no se movió. No se apartó ni le negó su apoyo. Continuó con ella, sin reconocimientos ni ceremonias. Mei comprendió que iba a seguir allí mientras ella le necesitase.

–Duerme un poco. Este fin de semana te llevo a jugar al golf –Wudan la besó una última vez y la soltó.

# 24

Mei se despertó en mitad de la noche. Se dio la vuelta e intentó volver a dormirse. Pero tenía la mente ocupada. Estaba demasiado oscuro para ver la foto de la cómoda, pero se la sabía de memoria. Estaban Yaping y ella al pie de unos farolillos de papel pintados a mano. Él llevaba un abrigo de pelo de camello y una bufanda gris, y unas gafas sin montura apoyadas en la nariz. El mentón se le había puesto más estrecho con los años. Tenía los ojos fijos en algún punto más allá de la lente de la cámara, y un remolino de pelo cayéndole por la frente.

En sus adormecidos pensamientos se metió una imagen de dos maletas, llenas de trajes de Brooks Brothers, libros en inglés, regalos, en el suelo de una casa de Chicago, de la que le habían enseñado fotos, que acababa de venderse. Yaping iba a llegar muy pronto, para vivir en Pekín. Por fin iban a estar juntos. Pero ¿era eso lo que ella quería: una cama compartida bajo la que se guardaban dos maletas que pertenecían a un hombre que había viajado a lugares lejanos y había vivido una vida que ella no podía ni imaginar? ¿Era el recuerdo de un amor de juventud, por apasionado que fuera, suficiente para ser felices?

Se acordó de la voz de Wudan, del contacto de su piel. Se acordó de la fuerza de su abrazo. Pensó en las palabras que le había dicho. Le sonaban a algo conocido. Ya las había oído antes, quizá dichas por ella misma, sobre el amor y la fe.

No era capaz de volver a dormirse. Era una noche negra de sentimientos y exceso de cansancio. Se quedó tendida en la oscuridad, esperando y deseando que la suave luz del amanecer viniese a llevarse su soledad.

# 25

El señor Li sintió que caía. La noche estaba de una negrura espesa. Su cerebro se estaba disolviendo.

Abrió los ojos. Estaba sonando el teléfono

–*Wei*? –dijo, cogiendo. La sangre se le agolpó en la cabeza.

–Li, ¿estás durmiendo?

–Pero quién coño...

–¡Levántate, que es casi la hora de comer!

El señor Li se levantó de un brinco. Reconoció la voz de Mao.

–Me... me quedé hasta tarde anoche.

–¿Está todo bajo control?

–Sí, sí. Ningún problema.

Un escalofrío le bajó por la espalda. ¿Se habrían enterado de lo del detective privado?

–El Hermano Mayor quiere hablar contigo. Ven al Liangma Qiao en una hora.

–¿Qué problema hay?

–¿Por qué iba a haber ningún problema?

–No, por nada. Yo ya estoy despierto.

–El sol te está quemando el culo.

Mao colgó.

El señor Li salió de la cama. Estaba empapado de sudor frío. Se quedó parado en mitad del cuarto, hipnotizado por la claridad que se filtraba por los bordes de las cortinas. Tuvo miedo de que el día comenzara.

No tenía tiempo para andarse con titubeos. Como hubiera tráfico, podía tardar más de una hora en llegar al Liangma Qiao. Abrió de un tirón las cortinas y se quedó un momento allí parado, en cueros, como si fuera un mártir, disfrutando la cálida sensación de la luz del sol.

Revolvió en su armario y sacó una camisa de nailon y un par de pantalones oscuros. Se vistió, se metió el teléfono móvil, la cartera y las llaves en los bolsillos y salió a toda prisa del apartamento.

Sentado en el taxi, el señor Li se pasó los dedos por la cabeza y se le quedaron unos cuantos pelos en la mano. Los contempló, negros sobre su piel rosada, antes de tirarlos al suelo. Se sintió extrañamente reconfortado, como si llevara tiempo esperando un signo de deterioro como aquél. Se revolvió en el asiento, muerto de ganas de fumar. Algo no marchaba bien. Si no, el Hermano Mayor no le habría mandado acudir al Liangma Qiao.

El señor Li salió del taxi y siguió a pie por la calle privada. El sol resplandecía en las tejas naranjas de lo alto del muro que flanqueaba la calle. La verja estaba cerrada; la barrera para coches, bajada. Cuando los guardias vieron aproximarse a Li, uno de ellos se acercó a hablar con él desde detrás de la verja de barrotes de hierro. El señor Li le dijo a qué número iba. El guardia se metió en la garita a hacer la llamada.

A los pocos minutos apareció Mao.

–Llegas tarde.

–Lo siento, me ha costado mucho encontrar un taxi.

–¿Qué le ha pasado a tu coche?

–Lo tengo en el taller.

–Creí que era nuevo.

–Y lo es. No le pasa nada. Necesitaba una buena limpieza –«para hacer desaparecer las huellas del cadáver», completó para sí mismo el señor Li.

El guardia abrió la verja. Mao y el señor Li subieron por un camino que daba vueltas, con flores y palmeras a ambos lados. En dirección contraria venía, riéndose, un niñito en triciclo, empujado por su niñera.

–¿Qué ha pasado? –preguntó el señor Li, incapaz de seguir conteniendo los nervios.

–Espérate a que lleguemos a la casa –dijo Mao.

El señor Li sintió calor por debajo del cuello de la camisa. «El perro rabioso muerde hasta a su propia familia», maldijo en silencio. ¿Por qué se daba Mao tanto pisto? ¿Qué había hecho él, aparte de convertirse en la sombra del Hermano Mayor?

El chófer del Hermano Mayor estaba delante del garaje sacándole brillo al Mercedes. Le hizo un saludo con la cabeza a Mao cuando pasaron por delante. La casa tenía doble vestíbulo y dentro hacía fresco. Una criada les alcanzó unas zapatillas de cuero. El señor Li se preguntó cuántos invitados se las habrían puesto antes que él. Metió los pies en ellas y siguió a Mao hasta una sala en la que había un imponente piano y un gran ventanal que daba al jardín.

Apenas se habían sentado cuando por otra puerta entró el Hermano Mayor.

–No os levantéis. ¿Tú habías estado ya aquí? –le preguntó, sentándose con Mao en el sofá, al otro lado de la mesita baja.

–No –respondió el señor Li.

Bien sabía el Hermano Mayor que él nunca había estado allí. Nunca le había invitado, pensó el señor Li.

–Dice Mao que anoche tuviste algún problemilla –dijo el Hermano Mayor.

–Qué va. Ningún problema. Todo va perfecto. No podría ir mejor.

–No queremos problemas en este negocio, Li.

–Puedes confiar en mí, Hermano Mayor.

–¿Qué tal fue la cosa con los rusos?

–Me encargué yo de ellos, ya sabes. No hay de qué preocuparse. Tú sólo dime lo que quieres que haga.

–Por eso quería verte. Tenemos un problema –dijo el Hermano Mayor.

–¿Qué problema?

–El Ministerio de Defensa. Alguien nos quiere buscar un lío.

–¿Un lío? ¿Quién?

–¿Tienes miedo? –babeó Mao, mirándole como un pasmarote.

–¿Yo? ¡No!

El Hermano Mayor nunca había mencionado el Ministerio de Defensa. El tráfico de armas no era un juego de niños. Como algo se torciera se podía encontrar con una bala en la cabeza.

–Es imposible ganar mucha pasta teniendo pocos cojones –dijo Mao.

–Yo me ocuparé del problema –dijo el Hermano Mayor–. Mientras tanto lo que quiero es

que no te hagas notar.

«Me parece que llega un poco tarde el aviso», pensó el señor Li. Paseó la vista por la sala, las cortinas amarillas, el piano. Su única protección eran aquellos dos tipos que tenía sentados delante. «Por favor», rezó, «que no se me desmorone el castillo de naipes».

–¿Qué quieres que haga con los rusos? –preguntó el señor Li, empezando a sudar.

–Mantenlos encerrados hasta que yo haya arreglado las cosas –dijo el Hermano Mayor.

–Cómo no.

–Asegúrate de que no se tuerzan las cosas por tu lado –dijo Mao–. El Hermano Mayor no puede dejarse ver por ese barrio. Si algo sale mal, nosotros no tenemos nada que ver con todo esto.

–Entiendo –el señor Li intentó que la voz le sonara firme y la mandíbula no le temblara.

–En realidad no hay de qué preocuparse –dijo el Hermano Mayor.

Se pusieron de pie.

El Hermano Mayor se acercó al señor Li y le puso una mano en el hombro.

–Tengo una reunión en el Ministerio. ¿Tú has comido? ¿Te apetece una sopa de tallarines? Le puedo decir al cocinero que te haga algo de comer.

El señor Li tenía tanta hambre que podría haberse desmayado. Pero no quería seguir allí. Se sentía como una pulga atrapada en una telaraña. Lo único que quería era escapar.

–Prefiero que no te molestes –dijo, apartando el hombro de debajo de la mano del Hermano Mayor.

–¿Estás seguro? ¿Puedes encontrar tú solo el camino de salida?

–Yo te acompaño hasta fuera –dijo Mao.

La criada estaba esperando en el recibidor con los zapatos del señor Li.

–Vigílalo –le susurró el Hermano Mayor a Mao en cuanto el señor Li estuvo donde no podía oírle.

# 26

Mei contempló la pista de golf que se desplegaba ante ella. Todo un mundo de belleza pacífica, sin amenazas ni problemas. ¿Por qué no esa vida?, pensó. ¿Por qué no darse a la buena vida y abandonar su lucha? Podía renunciar a su agencia y casarse. Podía olvidarse del señor Fu, de andar a las tantas por el Barrio Sur y de la angustia de tener que estar mirando siempre si alguien la seguía. La vida sería más sencilla.

Ésa era la vida que su madre habría querido para ella, que estuviera casada para tener quien se ocupara de ella... No en un sentido físico, pero sí para tener con quién compartir el peso de la vida. Mei se había resistido a eso, pero ahora veía las cosas de otra manera. Contemplando la hierba, las banderolas rojas, las montañas y el agua, con la luz del sol calentándole la cara, Mei empezó a apreciar la sabiduría de su madre.

Wudan se acercó y le puso los brazos alrededor.

–Apártate de la pelota, un poco más. Gira así el palo. Intenta no balancearte demasiado.

Su serenidad desapareció. Mei se sintió otra vez frustrada: había que recordar demasiadas cosas: la posición de los pies, la de las manos al agarrar el palo, la del cuerpo; cómo girar sobre uno mismo al dar el golpe; cómo hacer bascular el palo; cómo no moverse, cómo no hacer bascular el palo... Mei sintió que no era capaz de hacer bien nada.

–Relájate –dijo Wudan.

Pero cómo iba a relajarse teniéndolo a él tan cerca, con sus manos agarrando el palo por encima de las de ella.

–Déjate llevar –le susurró Wudan–. No te resistas.

Mei dejó que él la guiara. La minúscula bola blanca voló por el aire, brillando al sol.

Después cenaron en la terraza, igual que el día que se conocieron. La luz se fue suavizando, dando a entender que se acababa del día.

–¿Has sabido algo del señor Fu? –preguntó Wudan, quitándole con los palillos las espinas a un pescado en salsa de jengibre.

–No.

–¿Qué crees que va a pasar ahora?

–No lo sé. O a lo mejor es que me da lo mismo.

–¿Por qué dices eso?

Mei miró hacia las montañas del horizonte.

–No te estarás dando por vencida, ¿verdad? –preguntó Wudan.

–Igual sí.

–No puedes.

–¿Por qué?

–¿Qué pasa con tus clientes?

–A mis antiguos clientes ya les proporcioné los servicios que necesitaban. Y por mis clientes actuales no puedo hacer nada. La agencia está cerrada.

–A la Casa del Espíritu Dorado le gustaría que continuaras.

–¿No les has contado lo que ha ocurrido?

–Tu agencia está cerrada, pero puedes trabajar por tu cuenta. Te pagarán sin factura. Venga, Mei, no te vas a dejar derrotar tan fácilmente por el señor Fu, ¿verdad?

–Tampoco es que esté derrotada.

–Los Song están muy impresionados contigo. Sin tu ayuda no lo van a conseguir.

La camarera les trajo un té nuevo y se llevó la fuente, en la que sólo quedaba la espina del pescado. La terraza se estaba empezando a quedar vacía. La gente se iba marchando. El día se terminaba. Pronto ellos también tendrían que irse, de vuelta a la ciudad. Mei olfateó el frescor del aire.

–He estado investigando el trasfondo de señor Fu –dijo Mei, como para demostrar que no estaba derrotada–. Su padre es jefe de equipo en una fábrica y su madre es profesora. En el colegio sacaba buenas notas y era el mejor de su clase. Estudió en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de Pekín; su mejor amigo era el sobrino del Secretario Delegado del Partido en el Ministerio de Telecomunicaciones. Al salir de la universidad estuvo trabajando para el Ministerio de Higiene Alimentaria durante tres años y fue ascendiendo rápidamente. Ahora dirige la Oficina para la Inspección y la Supervisión de Empresas Privadas.

–Pues es joven.

–Pero no está solo. Hay más gente implicada. Eso es lo que me dice mi instinto. Así es como funcionan en los ministerios.

–¿Y qué vas a hacer?

–He comprobado si había algo sobre mis clientes en el Ministerio de Higiene Alimentaria y en el Ministerio de Teleco, para ver si por ese lado podía haber alguna conexión, pero hasta el momento no he sido capaz de encontrar nada.

–Pero vas a seguir intentándolo, ¿a que sí? No te rindas –dijo Wudan.

Volvieron en coche hacia la ciudad iluminada. El atardecer tenía muchos matices: de oro, rosados y de color lila. A veces sus manos se tocaban, cuando se estaban riendo o después de hacerse algún reproche en broma. No hablaron de lo que había pasado en aquella noche de lluvia. Se sentían satisfechos con estar juntos. Cuando Mei miró a Wudan, supo por sus ojos, velados por las gafas de sol, que todo lo que había visto y sentido aquella noche seguía estando ahí, si ella lo necesitaba, si ella se lo permitía.

En lo alto de los rascacielos brillaban los letreros publicitarios. Las tiendas, los restaurantes y los edificios de apartamentos estaban iluminados. El tráfico era intenso pero fluido, en las carreteras de circunvalación y en todas las calles. La ciudad retumbaba de energía. Mei se sintió rejuvenecida. Aquello era para ella, pensó, las posibilidades y la gloria de aquella enorme y laberíntica ciudad, con todo el brillo de sus luces y la oscuridad de sus sombras. No pensaba renunciar a ello por ningún lujo. Ella quería la emoción de estar haciendo algo que valiera la pena con su vida.

# 27

Después de no haber intercambiado más que mensajes de voz durante toda la semana anterior, Mei habló por fin con Yaping. Él tenía malas noticias. Su viaje se había retrasado.

–Lo siento. Hay demasiado que hacer antes de que pueda irme, proyectos que dejar bien atados, detalles legales y de logística. Además, la sucursal de Pekín tampoco está preparada para el lanzamiento. Por eso no te he podido llamar más veces. Ha sido agotador.

–No pasa nada, tres semanas más, tampoco es tanto.

–Antes de que nos demos cuenta estaré de camino en el avión. Además, ¿qué son tres semanas en toda una vida? Piénsalo... vamos estar juntos para siempre. Ya no puedo esperar.

–Sí. No te preocupes por llamarme si no tienes tiempo. Escríbeme un correo electrónico.

–Eso haré. Nos vamos a ver muy pronto.

–Sí, muy pronto.

–Te quiero.

–Ya lo sé.

Colgaron. Mei se sentó en el sofá con el cerebro entumecido. Cerró los ojos. Se quedó sin pensamientos al mismo tiempo que sus miembros se quedaban sin energía.

Al cabo de un rato, abrió los ojos. Tenía ganas de irse, de salir de allí. Agarró su bolso y salió. Abajo, fuera del frío edificio, hacía sol.

Mei se fue a ver a Gupin al Parque para Familias de Yao: una nueva zona entre urbana y rural. Era lunes. En la peluquería de Lisha no había demasiada gente, así que Mei y Gupin fueron a una tetería. Cruzaron la calle, que tenía un extremo pavimentado pero se convertía en un sendero embarrado al llegar a la entrada del pueblo. Gupin le contó a Mei que aquella calle era la línea divisoria entre las zonas desarrolladas y las que intentaban desarrollarse: en el lado sur se alzaban bloques de apartamentos; en el lado norte, las construcciones bajas y destartaladas de las granjas.

–Éstas son viviendas para inmigrantes y desplazados –dijo Gupin señalando a los apartamentos que había por encima de la tetería–. Antes ésta era una zona de campos y granjas, igual que al otro lado de la carretera. Ahora se ha desarrollado mucho. Los campesinos que vivían en esas casitas bajas se han mudado a estos apartamentos.

La tetería era minúscula, con dos mesas y un puñado de sillas. La carta era sencilla, más o menos una docena de tés. La desnudez de aquel lugar hizo que Mei se acordara de su infancia. Cuando ella era niña no había más que té negro o té verde. Su padre bebía té negro, su madre té verde. Ahora la gente ya no hablaba de té negro o té verde, sino de Primavera de Biluo, Buda de Hierro, Mono Blanco, Aguja de Plata...

Pidieron Aljibe del Dragón. Era un té corriente, nada extraordinario, y su precio también. Gupin le dijo a Mei que el tipo que estaba sentado en una silla a la puerta escuchando en una pequeña radio ópera de Pekín era el dueño.

Mei le preguntó a Gupin cómo le iba en la peluquería.

–Para serte sincero, creo que Lisha prefiere que yo no esté. No me necesita. Tiene a una chica que trabaja para ella por tan poco dinero que casi le sale gratis.

–Estoy segura de que tú también la ayudas.

–Lisha prefiere que no haga nada. No me lo dice, pero yo lo sé. Cree que no soy capaz de hacer nada bien.

–Ya irás mejorando con la práctica.

–Yo no quiero lavarle la cabeza a la gente.

–¿Y qué quieres hacer?

–Estoy buscando alguna otra cosa.

–La Casa del Espíritu Dorado me ha pedido que continúe con lo del señor Li. Quieren que se haga sin llamar la atención, y pagan en negro. Yo lo voy a hacer. Tú no tienes por qué hacerlo si no te sientes a gusto con la idea.

–Me da miedo –dijo Gupin–. No tengo los papeles que hacen falta para trabajar en Pekín. Si ocurre cualquier cosa...

–Lo entiendo. He conseguido un abogado para nosotros, por si las moscas –añadió Mei al ver el temor que destelleaba en los ojos de Gupin.

# 28

Dos días más tarde, Gupin sorprendió a Mei presentándose en su apartamento vestido de rojo encendido.

–¿Y esto qué es? –preguntó Mei, levantando unas manos enfundadas en guantes de goma. Se estaba dedicando a limpiar su apartamento para calmar la frustración. El señor Li había desaparecido. Su investigación sobre el señor Fu no había llegado a ninguna parte. Hasta el inspector Zhao parecía haberse esfumado.

–Soy mensajero... del Pequeño Halcón Rojo –Gupin le señaló lo que ponía en su uniforme.

–Anda, Halcón, pasa y tómate un té –dijo Mei, quitándose los guantes.

–No puedo, tengo que estar en la parte oeste de la ciudad en veinte minutos. He venido a traerte esto –Gupin le tendió a Mei un ejemplar de las *Noticias de la Mañana de Pekín*.

Mei dejó los guantes encima del radiador y agarró el periódico.

Gupin señaló el artículo de la primera página:

–¡Lee!

El título del artículo era: «Hallado el cadáver de un detective privado, la policía bajo presión para resolver el caso».

Mei recorrió rápidamente con la vista las primeras líneas:

> Se acaba de confirmar que el cadáver que fue descubierto hace una semana en las afueras de la ciudad es el de un detective privado de la provincia de Cantón. Qiu Gang, de veintiún años de edad, se encontraba en Pekín por encargo de una compañía farmacéutica, La Casa del Espíritu Dorado...

Levantó la vista. Gupin asintió.

–He pensado que tenías que leerlo. Yo me tengo que ir. Pero llámame luego por teléfono si me necesitas –dijo velozmente adiós con la mano y desapareció por las escaleras.

Mei cerró la puerta y se fue a toda prisa con el periódico al sofá. Se sentó y leyó con avidez el artículo.

> Se acaba de confirmar que el cadáver que fue descubierto hace una semana en las afueras de la ciudad es el de un detective privado de la provincia de Cantón. Qiu Gang, de veintiún años de edad, se encontraba en Pekín por encargo de una compañía farmacéutica, La Casa del Espíritu Dorado. En el cadáver, que fue hallado en un edificio en construcción al norte del municipio de Pingfang, se aprecian terribles lesiones. Tiene la cara y el cráneo aplastados, y diez costillas y tres dedos rotos. Se ha hecho un llamamiento a la policía para que resuelva este espantoso crimen lo antes posible, para calmar el miedo y la indignación de la gente.
>
> En los últimos años, el orden y la seguridad ciudadanos se han deteriorado. Se han extendido los atracos y los robos, algunos cometidos a plena luz del día. También se producen con regularidad delitos más graves, como secuestros y asesinatos. Hace unos meses, tres trabajadoras domésticas murieron apuñaladas por el novio de una de ellas. Un número creciente de trabajadores de provincias, comerciantes y gente de paso sigue llegando a Pekín a trabajar, creando una sociedad de tránsito. La expansión de la ciudad y la fusión de las áreas rurales con las urbanas han permitido a los delincuentes

actuar con más libertad. Entre la ciudadanía ha cundido el sentimiento de que la policía está perdiendo el control. Los delincuentes se están volviendo cada vez más atrevidos, ante la impotencia cada vez mayor de la policía.

La Comisaría del Distrito de Chaoyang en particular ha tenido que enfrentarse en los últimos años a más de un reto, en un área que sufre el aumento de población más rápido de la ciudad. El inspector Zhao, que se encarga de la investigación, es un recién llegado. Procede de la Comisaría de Dashanzi, donde tenía ya un buen historial como detective de homicidios. Hemos preguntado al comisario de la Comisaría de Chaoyang si la relativa inexperiencia del inspector en los barrios del centro no estará dificultando el progreso de la investigación. El comisario Chen nos ha garantizado que no ahorrarán esfuerzos en su determinación de llevar a los autores ante la justicia. No se va a dejar con vida a criminales capaces de cometer un asesinato tan espantoso.

Mei dejó el periódico y llamó a Wudan.

–*Wei*? –le llegó, breve, su voz por el auricular.

–Soy Mei. ¿Has leído las *Noticias de la Mañana de Pekín*? ¿Te acuerdas del asesinato del que te hablé? Pues han identificado a la víctima.

–Sí, ya lo he visto. Me alegro de que me llames, Mei. ¿Puedes venir a mi despacho?

–¿Ahora mismo?

–Sí, necesito que vengas. Cógete un taxi.

–¿Qué ha pasado?

–Te lo explico en cuanto estés aquí.

Mei colgó. Fue corriendo al cuarto de baño y se lavó la cara. Se cepilló el largo pelo y se lo recogió en una cola de caballo, que acentuaba aquella prominente nariz de los Wang, alta y con el puente curvo, que Lu tenía la suerte de no haber heredado.

El conductor del taxi era educado. Llevaba guantes de algodón e iba sentado con la espalda muy derecha. Las telas que cubrían los asientos estaban impolutas.

–A que no adivina usted la edad que tengo, señorita –dijo, conduciendo con calma por la Segunda Vía de Circunvalación.

Mei, como no quería ser descortés, le dijo:

–Cuarenta años.

–Tengo cincuenta y cuatro, señorita.

–Pues no los aparenta –dijo Mei, y era verdad.

–Tengo un hijo de veintiún años. Está estudiando en la Universidad del Acero y el Hierro.

–Eso está muy bien.

–Sí, es una universidad de segunda categoría, señorita –hablaba sin apartar los ojos del tráfico, con las dos manos en el volante. Conducía con el esmero de un chófer.

–Tiene que estar usted orgulloso –dijo Mei. El hombre hablaba lo bastante correctamente como para hacer pensar a Mei que tenía estudios, o que era quizá una persona a la que le gustaba leer.

–Es una bendición para su madre y para mí. Yo me quedé sin trabajo doce días después de que mi hijo recibiera la carta de admisión. Trabajaba en una fábrica de tintes. La cerraron. Yo le dije a mi mujer que era el destino del cielo el que nos había dado un hijo tan inteligente. Que lo íbamos a mandar a la universidad aunque tuviéramos que endeudarnos y trabajar hasta que nos muramos. Pero pasó mucho tiempo y yo seguía sin encontrar otro

trabajo. Así que hice de tripas corazón, me compré este coche y aprendí a conducir. De eso hace tres años. Pagamos dieciocho mil yuanes al año de matrícula.

–Me alegro de que las universidades fueran gratuitas cuando yo fui –dijo Mei. Su madre no habría tenido dinero para pagar. Hacía once años que ella tenía la misma edad que el hijo del taxista.

–¿A qué universidad fue usted, señorita?

–A la Universidad de Pekín.

–Ésa es mejor, y más cara.

Señaló a un pequeño retrato de Mao Zedong que colgaba del espejo retrovisor.

–Por eso llevo esto. Las cosas eran diferentes cuando el Presidente Mao estaba vivo.

Mei no dijo nada. Su simpatía se convirtió en aprensión. ¿Cómo era posible que gente que había sobrevivido a algunos de los peores movimientos políticos de Mao siguiera idolatrándolo hoy en día, como si hubiera sido su protector y salvador? ¿Acaso sus bonitas frases acuñadas de *Que se abran mil flores*, el *Gran Salto hacia Delante* y la *Revolución Cultural* no habían supuesto años de terror? En su nombre, los Guardias Rojos habían torturado y asesinado a sus propios profesores. En su nombre habían matado a su padre.

Mei contempló los vidriados rascacielos que se alzaban junto a la carretera de circunvalación. Un bosque urbano había reemplazado los pueblos y los campos. Pensó en los supermercados provistos de marcas de todo el mundo, en el apartamento de lujo de Lu y en su Mercedes, y en el Club de Golf Changping. Su padre no había vivido lo suficiente para ver nada de aquello, ni a sus hijas crecer. No había llegado a conocer los taxis... que a una persona corriente, no ya un dirigente, la pudieran llevar en coche. A él lo habían excluido de la posibilidad de aquel mundo nuevo a la edad de cuarenta y un años porque era escritor y había firmado críticas a Mao.

En la sombra de la Torre Jian, en cuya mitad superior se reflejaba metálicamente el sol, Mei le dio al conductor treinta yuanes en lugar de los veinticuatro que marcaba el taxímetro. Él le dio efusivamente las gracias.

–De nada –dijo Mei. No era capaz de calcular cuántos viajes iba a tener que hacer aquel hombre para pagarle a su hijo los dieciocho mil yuanes anuales.

Había una atmósfera de actividad, rayana en el pánico, en las oficinas del Despacho de Abogados Buena Esperanza. Los teléfonos sonaban, una y otra vez, en la zona de las secretarias, en alguno de los despachos o sobre la mesa de Wudan. La secretaria de Wudan entraba y salía a toda prisa de su despacho con papeleo y mensajes. Hombres de traje oscuro, que Mei supuso que serían abogados, entraban o eran convocados. Intercambiaban unos con otros veloces e incomprensibles acrónimos y jerga legal.

A Wudan se le veía todo agitado, moviéndose y hablando de forma atropellada. Intentó explicarle a Mei lo que había ocurrido. Era una conversación intermitente, interrumpida por la corriente de gente y papeles que pasaba de un lado a otro.

–A Beihe se lo ha llevado la policía. Me he pasado toda la mañana al teléfono con su familia. No sabemos a dónde se lo han llevado ni por qué. De hecho, la información que tenemos hasta el momento es bastante limitada. El encargado del edificio dice que ha sido muy temprano por la mañana. Ha llegado la policía y se lo han llevado. El portero era joven y de provincias. Estaba demasiado asustado para hacerles ninguna pregunta.

–¿Beihe está detenido?

–No lo sabemos. Es posible que sólo se lo hayan llevado para interrogarle. Hemos llamado a unas cuantas comisarías de la zona, pero no hemos conseguido averiguar dónde lo tienen.

–¿Tú crees que esto tiene algo que ver con el asesinato de Pingfang?

–No quiero hacer suposiciones. Pero sí, eso es lo que pienso. ¿Podrías llamar a tu amigo el inspector? A nosotros la policía no nos quiere decir dónde está Beihe. A lo mejor él nos puede ayudar.

Mei le llamó. La secretaria del inspector Zhao le dijo que estaba ocupado. Mei le dejó recado de que la llamara con urgencia.

Mei se comió una caja de comida con Wudan en el despacho de él y bebió té. Constantemente entraba gente con documentos, mensajes y preguntas. Algunas veces Wudan iba un momento a hablar con los otros en sus propios despachos. Despachaban a equipos de trabajo a las comisarías de la zona, contactaban con las *guanxi*, hacían averiguaciones.

Al cabo de tres horas, el inspector Zhao todavía no le había devuelto la llamada.

–Creo que es mejor que vaya a ver al inspector Zhao –dijo al final Mei–, porque si no no vamos a averiguar nada, aunque esperemos todo el día.

–¿Te recibirá?

–Estoy segura de que sí.

–Yo te acompaño. La familia Song está desesperada por tener noticias de Beihe.

En la entrada principal, a la sombra de la torre, esperaba una fila de taxis. Los conductores estaban fuera de los coches charlando en grupitos de tres o cuatro, fumando y riéndose. Cuando vio que Mei y Wudan se acercaban, el conductor del primer coche de la fila volvió a meterse en él a toda prisa, frotándose las cejas con la mano.

–A la comisaría de Chaoyang –dijo Wudan, y le dijo al tipo la dirección.

Se metieron dentro.

–Encienda el aire acondicionado, ¿quiere? –dijo Wudan.

–No es muy lejos –dijo el conductor.

–Pero hace calor.

El conductor encendió el aire acondicionado y dejó de sonreír.

Wudan se revolvió en el asiento, tironeando de la chaqueta de su traje.

–Hace diez años, la Casa del Espíritu Dorado pasó por un momento difícil. La familia había vuelto a poner en marcha el negocio después de casi veinte años. El Anciano Maestro se estaba haciendo viejo, y Beihe tampoco podía decirse que fuera un hombre de negocios. No sabían cómo manejarse en la nueva economía. Nadie sabía. Lo del libre mercado era un misterio, y todo el mundo quería cruzar el río apoyándose en las piedras. Resumiendo: la familia Song luchaba por su supervivencia. Ben Ben no tenía más que un año. Jin se pasaba el día trabajando en la fábrica, intentando mantener la empresa a flote, y se ocupaba de su hijo por las noches. Beihe salía, a veces volvía por la noche borracho, a veces no volvía hasta por la mañana. Decía que estaba trabajando en proyectos para ganar dinero. Lo que decían los rumores era que se dedicaba a las apuestas y que tenía otras mujeres. Un día le dieron una buena paliza. Resultó que se había comprometido con los cabecillas de la mafia local y le habían salido mal sus tratos con ellos. A la familia le costó un montón de dinero sacarlo de aquel embrollo. Pero esta vez no creo que puedan.

–¿Es eso lo que te ha dicho la familia Song, que están dispuestos a pagar?

–Pero no serviría de nada.

El coche giró. La luz del sol, reflejada en un trozo de cristal roto que había en el suelo de la calle, destelleó un instante en la ventanilla del taxi.

# 29

El barrio ruso era un hervidero de camiones de reparto, camionetas y carretas. El aire seguía húmedo de la noche anterior. Los culis iban saliendo de los almacenes, con el paso torpe de por las mañanas. Los proveedores de desayunos habían instalado sus utensilios en la acera. Los picatostes chisporroteaban en el aceite. La leche de soja borboteaba en grandes ollas.

Tres coches de policía y un furgón se acercaron a toda velocidad por la calle, atronando con las sirenas. Los culis tiraron lo que estaban transportando y salieron corriendo por la cuenta que les traía. Los coches pararon delante del almacén número 11. Varios hombres y una mujer uniformados saltaron fuera y atraparon con las esposas a los culis.

El inspector Zhao y sus hombres echaron abajo la puerta de la oficina.

–¿Es usted el señor Li? –le preguntó el inspector Zhao al tipo bajo y de aspecto porcino que intentaba marcharse.

–Yo soy –respondió.

–Está usted detenido –dijo el inspector Zhao.

Dos de sus hombres se acercaron y le pusieron las esposas al señor Li.

–¿Qué es esto? –gritó el señor Li.

Lo sacaron a empujones hacia el coche, que estaba esperando.

La detención había ido como una seda, pensó el inspector Zhao.

El inspector Zhao había dado orden a sus hombres de que registraran con todo cuidado las instalaciones, aunque dudaba que allí fueran a encontrar nada útil para los forenses. El asesinato había ocurrido hacía días. Lo más probable era que hubieran limpiado el lugar.

–Señor, venga a mirar esto –dijo un policía.

El inspector Zhao lo siguió al interior del almacén, que con la luz de la mañana estaba oscuro. Había cajones, cajas y paquetes amontonados por todas partes. Algunos de ellos los habían apartado hacia un lado, dejando al descubierto una puerta candada en la pared del fondo.

El inspector Zhao dio unos golpecitos en el muro. Sonaba a hueco. La pintura era nueva.

Asintió con la cabeza. Los policías se aplicaron a echar la puerta abajo. El muro tembló y se tambaleó. Cuando la puerta se desprendió, se llevó parte del muro. Por la abertura vieron un colchón en el suelo. Tiradas sobre él había dos personas: dos extranjeros, un hombre y una mujer. Estaban amordazados, con las manos atadas a la espalda.

Los policías agrandaron el agujero del tabique y sacaron a rastras el colchón.

El inspector Zhao se inclinó y les tomó con la mano el pulso. Les levantó los párpados para mirarles las pupilas.

–¿Están muertos? –preguntó un policía.

–No. Los han drogado –dijo el inspector Zhao.

# 30

El taxi condujo a Mei y a Wudan a la Comisaría del Distrito de Chaoyang, pero no pudo entrar en la calle. Unos cuantos coches de policía, con las luces de emergencia parpadeando, les cortaban el paso.

Un barbero había salido a la puerta de su establecimiento, secando la navaja en una toalla, y entrecerraba los ojos mirando hacia la comisaría. De las ventanas del edificio de apartamentos de la acera de enfrente asomaron algunas cabezas, por encima de las cuerdas de ropa tendida. A la puerta de la comisaría se había juntado una pequeña multitud, atraída por la curiosidad y el potencial de cotilleo. Wudan y Mei pagaron al taxista y se apearon.

–Disculpe –decía Mei, tratando de pasar. La severidad de sus atuendos (el traje de Wudan, la elegancia oficinesca y femenina de Mei) sobresaltó a los curiosos. La multitud se dividió para abrirles paso.

–¿Qué relación tiene usted con el inspector Zhao? –le preguntó la mujer policía de la entrada.

–Somos buenos amigos.

–Estamos muy ocupados.

–Necesito verle. Es importante.

La mujer policía volvió a mirar a Mei y a Wudan y llamó por teléfono.

Les dijeron que esperaran en el vestíbulo. Se quedaron allí de pie bajo el ventilador del techo, cuyo lento girar hacía el único ruido que se oía. No hablaron.

Después de lo que les pareció un rato muy largo, apareció el inspector Zhao. Se le veía maltrecho, sin afeitar, con el pelo enmarañado y círculos oscuros bajo los ojos. Se estiró cuan largo era, con los brazos en jarras.

–Estás aquí, Mei. Lo siento, no he podido comprobar lo que me pediste. Ha sido una semanita infernal.

–Tienes peor cara que cuando estabas en el hospital.

–Hay muchas formas de enfermedad –dijo el inspector Zhao frotándose una ceja. Se quedó mirando a Wudan.

–Éste es mi amigo Wudan. Es abogado. La razón por la que hemos venido... ¿podríamos hablar en tu despacho?

El inspector Zhao los llevó escaleras arriba a su despacho. Quitó una pila de papeles para que pudieran sentarse.

–Os ofrecería agua hervida fría si tuviera un poco –dijo el inspector Zhao. Se acercó a la mesa que había junto a la ventana y sopesó el termo que estaba encima de ella–. Parece que agua caliente tampoco me queda. Pero le puedo pedir a mi secretaria que os haga un té.

–Muchas gracias, pero no te preocupes por favor –dijo Wudan.

–Yo creo que tu secretaria tiene algo contra mí –dijo Mei–. ¿Te ha dado mi recado?

–No. A veces yo también pienso que tiene algo contra mí –el inspector Zhao introdujo ambas manos en una palangana de aluminio que había encima de la mesa y se salpicó agua en la cara para humedecérsela. Luego se la secó con un pañuelo.

–Bueno, y ¿qué puedo hacer por vosotros? –preguntó, mirando primero a Mei y luego a Wudan.

–Es por lo del asesinato del detective privado que ha salido hoy en los periódicos.

–¡Ay, los periódicos! –se lamentó el inspector Zhao–. Me están destrozando la vida.

–Wudan es el abogado de la Casa del Espíritu Dorado.

–A mi cliente Beihe Song se lo ha llevado esta mañana la policía. Hemos buscado por toda la ciudad, pero no hemos podido encontrarlo. ¿Tú sabes dónde está? –preguntó Wudan.

El inspector Zhao se sentó. La silla soltó un crujido al recibir su peso. Sus ojos se desviaron hacia Mei. Intercambiaron una mirada. Mei vislumbró lo que tenía miedo de ver: angustia.

–Beihe Song está bajo mi custodia –dijo el inspector Zhao. Hablaban en tono tranquilo y realista.

–¿Es sospechoso del asesinato del detective privado? –preguntó Wudan.

–¿Por qué motivo iba a serlo?

–Lo tienen retenido, así que supongo que habrá algún motivo.

–Tenemos algunas preguntas que nos gustaría que respondiera.

–Se lo llevaron esposado.

–Podríamos acusarlo de unos cuantos delitos, en particular de intentar sobornar a agentes de la policía y resistirse a que lo detuvieran.

–¿Está detenido?

–¿Cambia eso algo, si no es en la jerga legal?

–¿Se ha mostrado Beihe dispuesto a cooperar? –preguntó Mei.

–¿Tú lo conoces? –preguntó el inspector Zhao mirándola.

–Me lo presentaron.

–Yo conozco a la familia Song desde hace muchos años, desde que era niño –dijo Wudan–. No te voy a decir que Beihe sea el que mejor me cae. Pero soy su abogado, comprendes.

Al parecer al inspector Zhao le gustó el tono conciliador de Wudan. La ronquera de su voz se suavizó.

–Nos está costando conseguir que coopere.

–No me sorprende –dijo Wudan.

–¿Podríamos verle? –preguntó Mei.

El inspector Zhao sacudió la cabeza, pero no dijo que no. Mei sintió no haber pedido un té para no sentirse incómoda en momentos como aquél. Cruzó las piernas hacia el lado contrario y se mordió los labios de la forma en que lo hacían las mujeres de la familia Wang cuando estaban nerviosas. Wudan tenía las manos apoyadas en el regazo.

–Sólo puede ser un momento –dijo al final el inspector Zhao.

–Gracias –dijo Mei.

Tardaron un rato en llevarles a Beihe, y en cuanto entró en el despacho comprendieron por qué. Tenía un lado de la cara magullado. Le temblaban las manos cuando las levantó para ponerlas encima de la mesa como le ordenaban.

Beihe vio el gesto de la cara de Mei y se rió.

–¿Es que nunca habías visto un tipo al que le han pegado una paliza?

Wudan esperó a que el guardia se marchara y la puerta se cerrara a su espalda.

–No tenemos mucho tiempo. Cuéntanos lo que ha ocurrido.

–¿Lo que ha ocurrido? ¿Es que no lo ves? Te presentas aquí con tu traje elegante y una mujer guapa...

–Te he buscado por toda la ciudad. Tu familia está preocupada.

Beihe intentó cambiar de sitio la mano, pero le temblaba de tal forma que tuvo que renunciar.

–Yo no lo he hecho. Dicen que he matado al detective. Si ni siquiera lo conocía.

–¿Por qué piensan que lo has matado?

–Dicen que porque el detective había descubierto que le he estado robando dinero a mi familia.

–¿Lo has hecho?

–Ésa no es la cuestión. Yo no maté a ese gilipollas.

–¿Qué pruebas tienen?

–¿Desde cuándo les hacen falta pruebas?

–El sarcasmo no te va a servir de nada en el juicio.

Beihe se quedó callado. Mei tuvo la esperanza de que estuviera reflexionando, pensando en decir, por una vez, la verdad.

–Le encontraron al cadáver mi cartera. Pero yo no había estado allí. No he estado nunca en Pingfang.

–¿Y cómo llegó hasta allí tu cartera?

–No lo sé. Puede que la perdiera o que me la robaran. Puede que alguien me esté tendiendo una trampa.

–¿Tienes enemigos?

–Y quién no.

–Beihe.

–No lo sé.

–Piensa. Puede que sea importante.

–¿Tienes un pitillo? –preguntó Beihe.

–No.

Beihe miró a Mei.

–Lo siento –dijo Mei negando con la cabeza.

–Ahora me acuerdo de ti. Tú eres la detective que contrató mi mujer para espiarme.

–Estamos aquí gracias a Mei. Es ella quien ha conseguido que podamos verte –dijo Wudan.

–Yo estaba con Anna y Leila. Wudan, tú estabas con nosotros. Cenamos juntos.

–Yo me marché temprano. ¿Qué pasó después de que me fuera?

–No me acuerdo. Debía de estar borracho. Recuerdo que a la mañana siguiente me desperté en mi cama. Pero ¿cómo llegué hasta allí? Y ¿dónde se habían metido las dos chicas?

–Puede que fueran ellas las que te cogieron la cartera. Son prostitutas.

–No lo son.

–¿Podemos localizarlas?

–Tengo su número de teléfono en el móvil. Me lo ha quitado la policía.

Se abrió la puerta. El inspector Zhao se detuvo en el umbral, fumando un cigarrillo. Entraron dos policías uniformados.

–¡Me van a condenar a muerte! Soy inocente. ¡Ayúdame!

–Lo que necesito es que me lo cuentes todo, y que le digas la verdad a la policía.

Mei y Wudan se pusieron de pie. Beihe intentó levantarse pero los policías lo empujaron hacia abajo para que se quedara sentado.

El inspector Zhao saludó a Wudan y a Mei. Cuando ya se iban, oyeron a su espalda un gemido, que podía ser un llanto. La puerta se cerró.

–A los delincuentes les viene bien ver las cosas desde otra perspectiva –dijo el inspector Zhao–. El miedo puede hacer maravillas.

–Avísame si se le acusa de algo –Wudan le dio su tarjeta al inspector Zhao.

–Podría ser muy pronto.

En el vestíbulo de la comisaría, el inspector Zhao le agarró la mano a Mei.

–¿Puedo hablar contigo en privado? –dijo, bajando la voz, y tiró de ella hacia un lúgubre pasillo.

–¿Qué está pasando? –preguntó el inspector Zhao.

–¿A qué te refieres?

–¿Qué sabes tú del asesinato?

–No sé nada. Lo he leído en el periódico esta mañana.

–Mira, Mei, tú hace dos semanas me pediste que investigara al señor Li. Ahora los tengo a él y a sus matones entre rejas por haberse cargado a ese detective privado. Sí, los hemos detenido esta mañana. Y para terminar te presentas aquí con el abogado de Beihe. ¿Qué está pasando?

–La Casa del Espíritu Dorado me contrató para que investigara al señor Li. Él era su representante en Pekín. Les había estafado mucho dinero.

–¿Y para qué contratan a dos detectives?

–No lo sé. Puede que no confiaran en mí.

–Mei, este caso lo están siguiendo los periódicos y gente de más arriba. Espero que me estés diciendo la verdad.

–Por supuesto –dijo Mei–. No estarás sospechando de mí, ¿verdad?

–Pues no sé, Mei. No sé.

Mei y Wudan salieron de la comisaría. La multitud y los furgones de policía habían desaparecido de la calle. Pasaron unos pocos ciclistas. Había un hombre durmiendo a la sombra de un álamo, sobre cajas de cartón aplastadas. Una hoja de periódico le tapaba la cara, pero no el pecho desnudo.

–Eso ha estado bien. Lo hemos encontrado –dijo Wudan.

–¿Para qué contrató la Casa del Espíritu Dorado a dos detectives privados?

–Yo no sabía que lo hubieran hecho. No sabía nada de Qiu Gang.

Las cigarras se desgañitaban en los árboles, denunciando el calor.

Wudan se detuvo.

–Hay una cosa que me gustaría contarte, pero no aquí. Conozco un sitio.

Mei levantó la vista hacia el cálido sol, protegiéndose los ojos con un brazo.

–¿Adónde vamos?

–Enseguida lo vas a ver.

# 31

Aparecieron ante ellos árboles y casas bajas. Las calles se estrecharon. Cuando hubieron pasado el Estadio de los Trabajadores, Wudan le dijo al taxista que se detuviera a la entrada de un *hutong*. Se bajaron y se metieron andando en el largo callejón.

Se pararon ante un portón en el que no ponía nada. Wudan golpeó la aldaba de latón, un par de dragones entrelazados. Una mujercita de poco más de un metro cincuenta abrió la puerta.

–¡Wudan! –exclamó, aunque tenía la voz suave–. ¿Qué te trae por aquí?

–Me gustaría que conocieras a una amiga mía.

–Pasad –dijo la mujer.

La siguieron, subiendo el alto escalón de la puerta, hasta un pequeño patio.

–Ésta es Mei –las presentó Wudan–. Fai es una vieja amiga.

Fai se disculpó porque tenía las manos manchadas de tinta y por eso no podía darles la mano.

–Bienvenidos –sonrió, y los condujo a un jardincillo protegido por altos pinos en forma de parasol.

Se sentaron en taburetes de madera ante una mesa cuadrada. Fai parecía serena y frágil con su fino pelo peinado en una especie de neblina blanca.

–¿Y si os hago un té? –preguntó dubitativa, como si ella no viviera allí ni pudiera reclamar la propiedad de sus dominios.

–¿Estabas pintando? –preguntó Wudan.

–Ahora mismo, no. Estaba haciendo mis ejercicios diarios de muñeca.

–Fai es calígrafa.

–¡Qué bonito! –dijo Mei, contemplando el idílico jardín y sintiendo la fresca impresión de aquellas sombras exuberantes en la piel–. Mi madre pinta aguadas con pincel y tinta china. A mi padre se le daba bien la caligrafía. Pero murió hace mucho tiempo.

Fai asintió y dijo:

–Por favor, dejadme que os haga un té.

–¿Quieres que te eche una mano?

–Te agradezco que lo preguntes, Wudan, pero ya sabes que el té es mi vocación. Tú quédate aquí y haz compañía a tu amiga.

Fai se metió en la casa.

–¿De qué la conoces?

–Fai es cliente mía. Su marido era un erudito, de una familia acaudalada que poseía tierras por esta zona antes de la Revolución. Estuvieron viviendo muchos años en Japón, donde él daba clase en la universidad. Hace unos años la zona empezó a desarrollarse. Vinieron los problemas de propiedad de la tierra. La cosa se complicó. Su marido se estaba muriendo. Ella acudió a nosotros. Ganamos para ella esta casa. Fai puso mucho de su buen gusto en el diseño al reformarla. Está llena de espacio y de aire, especialmente este jardín.

–¿Por qué hemos venido aquí?

–Suelo venir a ver a Fai cuando estoy preocupado y necesito aclararme. Ella tiene ese efecto en mí. Es la persona más delicada que conozco, y aun así me da fuerza. Es eso... ella es la serenidad y la fuerza. Y ¿qué es lo que me preocupa hoy? No, no es Beihe. Por supuesto, le voy a defender. Es mi obligación. Estoy preocupado por mí mismo. Hoy has hecho una cosa increíble por mí: te has puesto de mi parte.

–Pues claro, ya sabías tú que lo iba a hacer.

–Quiero contarte una cosa que no le he contado a nadie, una cosa que sólo sabe la familia Song. Es que... entre la familia Song y yo hay una cosa más. Durante casi toda mi vida, desde que era niño, estuve enamorado de la hermana de Beihe, Beili. Nos criamos juntos y fuimos a la misma escuela. Yo le hacía los deberes y le llevaba los libros. Ella era guapa y le caía bien a todo el mundo. Yo era el estudiante modelo. Hacíamos buena pareja. Cuando terminamos el instituto ella se fue a la Universidad de Cantón y yo me vine a Pekín a estudiar Derecho. Nos veíamos en las vacaciones de verano y en el Año Nuevo chino. Fuimos de viaje a Sichuan para comer su comida preferida. Yo quería hacer el amor con ella. La quería mucho. Ella se negaba. Decía que teníamos que esperar a estar casados, como debe ser.

»Cuando íbamos a empezar el último año, vino un grupo de sacerdotes tejanos a su universidad. Beili era la encargada de recibirlos. Antes de que yo volviera a mi casa a pasar el verano, ella rompió conmigo. Fui a verla a la Residencia de los Song. Se negó a salir. Y entonces me enteré (porque ella no me lo había dicho) de que había estado saliendo con uno de los sacerdotes. Se llamaba Martin. Todos mis amigos lo sabían. Era la comidilla de toda la ciudad. Decían que con él sí que lo hacía. Que los estadounidenses no esperan a estar casados. Se me rompió el corazón y me sentí humillado. Le escribí, la llamé. Les supliqué a su padre y a su hermano que me ayudaran. Para el Año Nuevo chino, Martin y Beili ya estaban casados. Beili se fue a vivir a Tejas. No la he vuelto a ver.

»Probablemente al Anciano Maestro no le pareció bien lo que había pasado y sintió pena por mí. No, tienes razón, puede que tampoco fuera eso. Necesitaban un abogado para enriquecerse todavía más, y ahí estaba yo para ayudarles, el niño que hasta entonces había seguido como un perrito a su preciosa hija, llevándole los libros. Ahora estoy bien. Ya no me amargo por eso. A veces me cuentan noticias de ella para ver cómo reacciono, igual que si fuera un test. Hace mucho tiempo le prometí a Beili que la protegería, a ella y a su familia. Todavía lo pienso hacer, porque quiero mantener mi honor. Ellos lo saben. También saben que el amor es un sentimiento en el que no se puede confiar. Por eso me siguen vigilando con ojos suspicaces mientras por el otro lado me ponen delante de la cara un buen montón de dinero.

»Pero se equivocan. Yo nunca traicionaría mi amor, aunque no pudiera perdonar el dolor y la humillación. ¿Tú lo harías? Por un tiempo hasta juré que nunca me iba a volver a enamorar.

–Pero te enamorarás y perdonarás.

–Perdonarás tú, Mei, porque yo no.

Sentados en el jardín, al pie del pino, notaba el aire en la piel fresco y al mismo tiempo cálido. Mei pensó que aquello podía ser la felicidad, estar allí sentada con Wudan. Pero ¿qué iba a pasar con Yaping?

Estaban los dos en silencio, perdidos en sus pensamientos, y no oyeron a Fai que se acercaba con la tetera y las tazas en una bandeja de madera.

–Ya está hecho el té –depositó la bandeja y sirvió el té de una tetera de cerámica en una taza del tamaño de la palma de su mano. Hizo girar el té dentro de la taza y luego, sujetando la tapa contra el borde de la taza, atrapó las hojas de té. Escurrió el té. Repitió el ritual, y en la tercera ocasión sirvió el té en tazas no más altas que un huevo. Les ofreció aquellas tacitas en miniatura a Mei y a Wudan.

Bebieron. Era un té fresco y calmante.

–Esto también sirve para ejercitar la muñeca –dijo Fai haciendo girar la taza–. Me encanta el movimiento. Es tranquilizante.

–¿Pinta usted todos los días? –le preguntó Mei.

–Nunca más de una o dos horas seguidas. La caligrafía requiere mucha energía. El resto del tiempo practico los movimientos de mano y de muñeca, y la respiración.

–Me encantaría ver algún trabajo suyo –dijo Mei.

–Sí, cuando nos terminemos el té –Fai le sirvió a Mei más té–. A mi marido le encantaba la ceremonia japonesa del té. Ojalá yo la hubiera aprendido mejor.

Mei vació aquella taza de té fragante, cálido y húmedo. Fai volvió a servirle. Tenía la piel traslúcida, marcada por la edad. Su mano se movía sin ruido de una taza a otra, como si estuviese acariciando un recuerdo. Su forma de girar la muñeca confería fuerza a su fragilidad.

–Era imposible reproducir la casa en la que vivíamos en Japón. Yo hice todo lo que pude. Mi marido estaba muy enfermo cuando nos vinimos a vivir aquí. Pocas veces llegó a sentarse en este jardín. A él le gustaba. No sé si le recordaba a nuestra casa de Japón. Nunca me atreví a preguntárselo.

–¿Por qué no? –preguntó Mei.

Fai soltó una risita y sacudió la cabeza.

–Me daba miedo que me dijera que no –dejó su taza en la mesa–. Si quieres, puedo enseñarte algunos de sus libros.

Wudan y Mei siguieron a Fai al interior de la casa. Las paredes eran blancas y estaban decoradas con pinturas japonesas montadas en grandes paneles. Al fondo había un murete de ladrillo, de dos metros por dos metros, con los bordes cincelados. Ante él se abría una alberca de roca. El agua goteaba sobre un estanque en el que nadaban peces de color naranja. Junto al estanque había un pequeño cubo de madera con un cucharón.

Atravesaron aquella sala y un estrecho pasillo flanqueado por ambos lados de ventanas que daban a la biblioteca.

–Éstos son los libros de mi marido –Fai hizo un gesto señalando a una librería con puertas de cristal. Abrió una de las puertas y sacó una caja envuelta en una tela. Extrajo de ella unos libros, bastante gordos todos. Estaban escritos a mano en un papel de arroz que con el tiempo se había puesto amarillento–. Éstos son los de su padre.

Estaban escritos en chino antiguo, del que Mei sólo sabía leer unos pocos caracteres.

Volvió las páginas cuidadosamente, admirando la belleza de la escritura.

–Hay muchos más. Estoy pensando en donarlos a un museo o a una biblioteca. Wudan, ¿me harías tú el favor de encargarte?

–Claro que sí –dijo Wudan.

–Mi marido era lingüista. Su vida eran las viejas escrituras –dijo Fai, barriendo la fina capa de polvo hacia el borde de la mesa. Le levantó la tapa para enseñarle a Mei las piedras de

tinta y los pinceles de su difunto marido, alineados por tamaños en sus ganchos–. Siguió trabajando hasta dos días antes de morir –dijo.

Salieron de aquel cuarto y recorrieron otro pasillo. Había rollos de caligrafía por las paredes, suspendidos del techo. Mei se sintió avergonzada del repiqueteo de sus tacones en el suelo de piedra, que resonaba en la casa silenciosa.

El estudio de Fai daba al jardín. Las ventanas estaban abiertas de par en par. La brisa levantaba el borde del fino papel de arroz que había encima de una larga mesa. Fai dejó caer dos gotas de agua sobre la piedra de tinta y le preguntó a Mei si le apetecía hacer la tinta.

Mei cogió la barra de tinta desgastada por un lado y la frotó metiéndola en el agua. Empezaron a fluir veladuras de tinta negra. Fai le guió la muñeca con un ritmo suave.

–Utiliza la muñeca, que si no te vas a cansar.

La tinta se fue espesando poco a poco. A Mei empezó a dolerle la muñeca y a crispársele el brazo. Se le puso la cara roja y le brotaron perlas de sudor en el puente de la nariz.

Fai sonrió.

–Deshacer la tinta es un trabajo duro, y el primer ejercicio para la muñeca y la respiración. Por eso antiguamente los grandes maestros tenían a los jóvenes aprendices haciendo esto durante años antes de permitirles tocar un pincel. Id a descansar al jardín. Ya termino yo de deshacer la tinta. Wudan, ¿podrías por favor llevar el incienso fuera y encenderlo? Están empezando a venir mosquitos.

En el jardín, Wudan encendió el incienso, un manojo de cuatro o cinco varitas. Dejó que ardieran un instante y luego apagó la llama de un soplido. Las pinchó bien derechas en el quemador de incienso y contempló el humo que se elevaba hacia el anochecer fresco y azul.

–Mei, si prefieres no comprometerte, ahora es el momento de abandonar.

–¿De qué me estás hablando?

–Tú no estás obligada a trabajar en el caso de Beihe. El acuerdo que tuviéramos antes con la Casa del Espíritu Dorado ya no cuenta. Las cosas han cambiado. Esto es un asesinato. Podría resultar peligroso para ti.

–Tampoco más que para ti.

–Yo ya estoy demasiado metido en los asuntos de la familia Song, me temo. Es demasiado tarde para salirme. Pero tú sí puedes.

–Voy a seguir –dijo Mei.

–¿Estás segura?

–No. Pero de todas formas voy a dar el salto.

–Espero que no sea por culpa mía.

Wudan se estiró hacia el otro lado de la mesa y le cogió a Mei la mano. Ya no hablaron más.

Vino Fai y dejó sobre la mesa una hoja de papel de arroz.

–Esto es para ti –le dijo a Mei–. Cógelo cuando esté seco.

En el papel, Fai había escrito una sola palabra: «Viento», con las curvas enérgicas de un pincel grande.

–El viento es muy poderoso –dijo Fai, con voz ligera como el aire–. Pero tiene que ser libre.

# 32

El inspector Zhao se alisó por delante el uniforme, cogió aire con fuerza y entró.

–Siéntate. ¿Has leído el periódico? –le preguntó el comisario Chen.

–¿Cuál de ellos?

–El *Diario de Pekín*, el *Diario de la Juventud de Pekín*, las *Noticias de la Mañana de Pekín*, las *Noticias de la Tarde de Pekín*, el *Diario de la Sanidad*, las *Noticias de la Salud de los Mayores*... –el comisario Chen los echó todos encima de su mesa, delante del inspector Zhao.

–No.

–Eres famoso. Somos famosos todos. Se ha enterado todo Pekín de lo del asesinato. Tengo entendido que has hecho algunas detenciones.

–Qué remedio. Los periódicos iban a publicar la historia.

–Pues ya has tenido veinticuatro horas...

–Necesito más tiempo.

–La situación es grave. Esto ya no es un homicidio normal. Acabo de volver del Ministerio. Quieren que el caso esté resuelto lo antes posible. No podemos permitir que los ánimos de la gente se sigan exaltando. Tú escucha estos titulares: «Corrupción y fraude, explotación y dinero negro»; y esto: «La policía entra en la carrera por el dinero, descuidando la seguridad pública». Las noticias de los periódicos van a estar censuradas a partir de mañana. Diles a tus hombres que no tiene que hablar nadie con los periodistas.

–Sí, señor.

–Y ve preparando la acusación. Tenemos que demostrar que somos implacables con el crimen.

–Todavía no estoy listo.

–Tienes las confesiones de los matones.

–Estoy esperando los últimos resultados del examen forense.

–Pero si la historia es muy sencilla. El señor Li estaba harto o asustado de ver a la víctima fisgoneando por allí, haciendo preguntas. Sus matones le pegaron al chico una paliza para darle una lección. Se lo cargaron. Después tiraron el cadáver en Pingfang. Junto al cadáver se encontró la cartera del socio del negocio del señor Li, Beihe Song.

–Sí, así fue cómo los relacionamos y descubrimos que el muerto había sido visto por última vez en el almacén del señor Li. Había testigos que vieron cómo lo metían a rastras en el número 11. Registramos su habitación de hotel y encontramos fotos y grabaciones.

–Entonces ¿cuál es el problema?

–Beihe Song lo niega. Dice que tiene una coartada.

–Ya se sabe cómo son estos asesinatos de las mafias. Es difícil señalar exactamente al que lo hizo. Todos tuvieron algo que ver. Son culpables todos. Hay que proceder. Tenemos confesiones y testigos y pruebas. Tenme el informe para mañana por la mañana.

–Sí, señor.

–Ah, y no menciones en él a los rusos. Son órdenes del Ministerio. Lo de los extranjeros

es un asunto más complicado... no es problema nuestro.

El comisario Chen se puso de pie, el inspector Zhao también.

–En esta ciudad hasta los crímenes son un problema político –dijo el comisario Chen solemnemente, levantando una mano–. No creo que sea necesario que te recuerde lo importante que es este caso para la imagen de nuestra comisaría.

El inspector Zhao juntó de un taconazo los talones y le hizo el saludo a su jefe.

Se volvió a su despacho y se puso a trabajar en el informe. Dos horas más tarde, todavía no había terminado.

El sonido de los grillos, que le llegaba por la ventana, le irritaba. Oyó un coche que arrancaba, las ruedas que chirriaban y se alejaban a toda velocidad. Más tarde fue el tintineo súbito del timbre de una bicicleta lo que le hizo perder la concentración. Dejó caer el bolígrafo y se acercó a la ventana. Por la calle pasaba retumbando un tractor. ¿Qué hacía un tractor en la ciudad?

En aquel preciso instante no le habría importado poder tomarse una cerveza, pensó, acariciándose el cuello.

Se volvió arrastrando los pies a su escritorio, pero no fue capaz de escribir nada más. Se sentía como si estuviera otra vez en el colegio, cuando no sabía lo que tenía que hacer en matemáticas: los números le parecían un lío, no tenían sentido. La vieja profesora Guo pasaba dando vueltas, mirando hacia delante, hacia atrás y hacia los lados. Él fingía que estaba pensando, con la barbilla apoyada en la mano, pero por dentro sabía que iba a catear el examen.

El inspector Zhao llamó a su secretaria para que le trajera un té.

«Y así es cómo un tipo de un metro ochenta se viene abajo», pensó, «tomándose un té caliente en un día de bochorno».

La secretaria apareció con la taza, que soltaba humo como la boca de un dragón. Le sonrió.

–Dicen que los héroes no sudan ni al enfrentarse a la muerte, y es verdad.

¿Y quién había dicho que el calor seca las lenguas afiladas?

Fue a cogerle la taza, pero se les escurrió entre las manos. Su secretaria chilló, con el té derramándosele por el pecho. El inspector Zhao se apresuró a pasarle las manos por los pechos, tratando de quitarle el té que la estaba escaldando. Su secretaria volvió a chillar.

Cuando por fin se tranquilizó, el inspector Zhao seguía exclamando «Lo siento». Ella le lanzó una mirada de odio y salió como una tromba, pegando al salir tal portazo que por un instante pareció que la puerta se iba a desprender de sus goznes.

Quedó, como un regustillo desagradable, el silencio.

El inspector Zhao permaneció un momento allí parado, escuchando a los grillos enloquecidos por el calor. Luego se fue a su silla y se sentó. La profesora Guo tenía razón: pretender dejar a un lado un problema real sólo llevaba al desastre.

Cogió el bolígrafo.

Trabajó en el informe durante una hora más y luego ya no fue capaz de seguir. Una cosa le estaba molestando. Miró su reloj. Eran casi las cinco en punto, la hora en que casi todo el mundo se marchaba a su casa. Bajó las escaleras. La comisaría parecía estar desierta. Cruzó a paso rápido el patio interior hacia Detenciones y les dijo a los guardias que estaban de servicio que quería interrogar al señor Li.

Le llevaron al señor Li al cuarto de interrogatorios. Iba vestido con un polo y pantalones

oscuros, los suyos propios: «Pero por última vez», pensó el inspector Zhao. Los guardias lo habían esposado. El inspector Zhao les dijo que le quitaran las esposas.

Se sentó al otro lado de la mesa.

–Tus hombres han confesado. Mañana recibirás la acusación de asesinato –el inspector Zhao sacó un pitillo y se lo encendió.

–Son unos idiotas, su testimonio no se sostendría delante de un juez.

–Salvo por el hecho de que puede que no haya juicio.

Una sombra cruzó el rostro del señor Li.

–No debiste haber secuestrado a esos rusos.

–¿Secuestrado? Estábamos haciendo negocios de manera normal.

–¡Estaban atados y amordazados!

El señor Li se encogió de hombros, como queriendo decir que no le había quedado más remedio.

–¿Qué estabas haciendo con los rusos?

–Ya se lo he dicho: negocios.

–Estás aguantando porque crees que va a venir alguien a sacarte del apuro, ¿verdad? Piénsalo bien. ¿Sabes lo que va a pasar con lo de los rusos? Lo van a encubrir: como si nunca hubiera sucedido. Te das cuenta de cuál es el problema, ¿verdad? Tú sabes demasiado.

El inspector Zhao contempló cómo se le encogían los ojos al señor Li.

–Tu mejor defensa es decir la verdad, en todo.

–¿Me está ofreciendo una salida?

–¿Es que no quieres salvar el culo?

–Usted no tiene tanto poder.

–Pero puede que alguien lo tenga, alguien lo bastante importante.

El señor Li parecía estar considerando lo que acababa de decirle el inspector Zhao.

–Hemos estado hablando con tu amigo Beihe.

–Él no sabe nada.

–Ésa no es la impresión que me ha dado a mí.

–Beihe es un mentiroso y un cobarde.

–Dime lo que pasó de verdad la noche del asesinato.

–Ya se lo he dicho un montón de veces.

–Llamaste a Beihe, y luego qué.

El señor Li se quedó callado. No quiso decir nada. Se había dado cuenta de que allí no se iba a hacer justicia. Más le valía poner sus esperanzas en sus hermanos del ejército.

Era ya tarde cuando el inspector Zhao terminó de mecanografiar su informe. En la caseta de las bicicletas la única que quedaba era la suya. Se dirigió hacia su casa, con la noche fresca acariciándole la cara. La luna llena, brillante como un farol blanco, iba apartando nubes finas en el cielo. Había otras bicicletas, gente que se volvía a casa o que salía a trabajar en turnos de noche. En la calle había poco tráfico, algún faro aquí y allá, como una fisura en la oscuridad.

El silencio de la noche le recordó a su pueblo y su antigua forma de vida. Pensó en la casa que habían compartido con sus suegros, sus cuñados y los hijos de éstos. La cocina era un

tejadillo de hojalata sobre el fogón del patio. Cuando llovía se ponía uno de barro hasta los tobillos. Los urinarios comunales eran agujeros en el suelo. En verano tenía que taparse la nariz para protegerse de aquella peste. Se acordó de los viajes en bicicleta que había hecho con su mujer para ir a mirar la nueva urbanización de Dashanzi, soñando con un apartamento que nunca iba a ser para ellos. Eran tiempos más fáciles y días más felices.

La caseta para bicicletas de la entrada de su edificio de apartamentos estaba llena. Dejó la bicicleta junto a la entrada y le puso el candado por las ruedas. Levantó la vista hacia el cielo. Había estrellas. No iba a llover al día siguiente.

Trepó por las escaleras hasta su apartamento. En la cocina habían dejado una pequeña luz encendida para él. En el fregadero había platos sucios, con moscas volando alrededor. La ropa lavada se estaba secando en un tendedero colocado en medio del salón. En una esquina del sofá había un montoncito de pañuelos perfectamente doblados. Parecía que su mujer había estado organizando la colada antes de irse a su turno de noche. Se sacó del bolsillo del uniforme una botella y la puso encima de la mesa. Vio una nota de su mujer que decía que le había dejado la cena en la nevera: berenjenas fritas. Se quitó la chaqueta y la tiró en el sofá. Arrugó el papel y lo lanzó a la papelera.

Fue a la habitación de Ren y llamó con suavidad a la puerta. Apretó el picaporte sin hacer ruido. El cuarto estaba a oscuras. Su hija estaba durmiendo. A la luz del pasillo, le vio la cara, lacia como la suya, tranquila como un bebé. En el cuarto hacía calor. Ren llevaba un camisón con un ribete de encaje. Ahora era una niña de ciudad. Tenía una sábana enrollada alrededor. Vio las piernas delgadas que le llegaban hasta el borde de la cama. Se preguntó cuándo se había puesto tan grande. Se acercó a la ventana y apartó la cortina de algodón. Miró una vez más la luna. Del otro lado de la rejilla había mosquitos.

Salió del cuarto de Ren y se dirigió al salón. Sacó un vasito de licor de un juego de cuatro que había en el aparador. Puede que fueran un regalo de boda de su suegro o de alguno de los hermanos de su mujer, ya no se acordaba. Hacía mucho que tenía aquellos vasitos. Depositó el que había sacado al lado de la botella de color ámbar y se sentó en el sofá, mirándolos. Llevaba bebiendo desde que salió del hospital. La botella no le había costado mucho. El *Erguotuo*[9] era un licor de campesinos, una bebida de pueblo. Desenroscó el tapón y se sirvió en el vaso el líquido dorado. Hecho de maíz en lugar de arroz, el color era demasiado oscuro para un licor refinado. Notó el sabor marcado en la garganta. Se sirvió otro. «*Ganbei*!», dijo, no para nadie en particular, y desde luego tampoco para sí mismo, y vació el vaso. La garganta se le suavizó. Comprendió que iba a seguir bebiendo un rato.

# 33

Se hizo público que había ocho personas acusadas de asesinato: Beihe Song, vecino de la provincia de Cantón, empresario; Fuyou Li, del condado de Changping, en Pekín, empresario también; y seis de los trabajadores del señor Li, tres de los cuales eran delincuentes con antecedentes penales de diversa gravedad. Todos los periódicos de la ciudad publicaron y celebraron la noticia. De acuerdo con la forma de proceder habitual en casos como aquél, la prensa no divulgó la situación del almacén en el que se había cometido el asesinato.

Pronto la mayor parte de los pekineses estuvieron al tanto del caso, aunque muchos decían que les daba lo mismo.

–Son todos unos sinvergüenzas –era el sentimiento común al final de una larga charla al pie de los viejos árboles, al ponerse el sol, entre el movimiento de abanicos de paja y los tortazos a los mosquitos en las piernas desnudas.

–El señor Li ese, les cogió el dinero a los de la Casa del Espíritu Dorado, pero no hizo nada por ellos.

–Menudo pájaro.

–Hay muchos empresarios que hacen eso. Ganan dinero engañando a la gente.

–Pero ¿qué hijo sería capaz de robar a su propia familia?

–El detective privado en realidad hizo el idiota, dando vueltas por el sitio aquel y haciéndose notar tanto.

Tres días más tarde salió la noticia de que los seis matones que con tanta crueldad habían apaleado y asesinado al detective privado acababan de ser ejecutados, con una bala en la nuca cada uno. A nadie le importó que no hubiera habido juicio. Aquellos tipos eran unos criminales y les habían dado su merecido. La gente se alegró de la noticia y luego se olvidó de los tipos.

En la ciudad la memoria era muy corta, y más aún con aquel calor que les secaba la garganta a los que hablan demasiado.

La Casa del Espíritu Dorado se convirtió en una marca conocida. Las ventas de sus famosas píldoras se dispararon.

Para Wudan la ejecución de los seis matones no fue motivo de alegría. Un camarero del restaurante La Cocina Privada de la Familia Tian les llevó la comida en cajas como de costumbre. Wudan no tocó la suya.

–¿Por qué no comes?

–Porque no son buenas noticias. Podían haber testificado en el juicio –dijo Wudan, refiriéndose a los tipos ejecutados.

–Habrían sido testigos de la acusación.

–Ésa es la cuestión. O la policía está muy segura de sí misma, o igual es que no va a haber juicio.

–Pues claro que va a haber juicio. Está todo el mundo pendiente de este caso –dijo Mei.

–Entonces Beihe se puede dar por muerto.

Le pidió a su secretaria que llamase al alguacil del juzgado y le preguntara si se había fijado fecha para el juicio de Beihe. Luego salió del despacho para discutir aquello con sus socios principales.

Cuando volvió el humor no le había mejorado, pero ahora había certidumbre en su voz.

–Va a ser un juicio corto. Le voy a pedir a la familia Song que venga.

–¿Quieres que testifiquen?

–Fue a su detective privado a quien asesinaron –dijo, y luego, como explicándose–: Es mejor que sean testigos nuestros.

Al día siguiente, Jin, la mujer de Beihe, Ben Ben, su hijo de diez años, y su madre, la Anciana Señora Song, llegaron en avión a Pekín. El Anciano Maestro estaba demasiado enfermo para hacer el viaje: la noticia de la detención de Beihe lo había dejado destrozado, la ya frágil salud del anciano se había desmoronado casi por completo.

Mei fue con Wudan al hotel Palace. Los Song estaban en la Suite Royal, desde la que se veía la Ciudad Prohibida. Al entrar en la habitación, Mei vio, recortada contra un fondo de tejadillos dorados que centelleaban al sol poniente, a una mujer delgada, con el pelo recogido al desgaire. Vino hacia ellos. Llevaba un vestido de veladuras de seda... del color de los nenúfares de Monet. En el hueco del cuello, donde se cerraba el vestido, brillaba suavemente un broche de granates, rubíes y diamantes. Mei se esperaba una mujer guapa, pero no se había imaginado semejante esplendor. Jin tenía los ojos transparentes como el agua de un lago. Y tenía un brillo en ellos, y en la sonrisa. Andaba a paso ligero pero firme. Era como si ella intentase reprimir la alegría que le brotaba de dentro y aun así acabara desbordándosele igual.

Le dio a Mei un apretón con sus pequeñas manos y le dijo:

–Por fin nos conocemos.

Jin miró a Wudan. Aunque no cruzaron palabra, Mei volvió a ver en los ojos de ella la misma chispa, como queriendo decir lo contenta y lo encantada que estaba de verle.

–Me temo que te debo una explicación –dijo Jin, cogiendo a Mei de la mano y llevándola hacia el sofá–. Cuando Wudan te conoció, yo ya había contratado a Qiu Gang. Cuando nos sugirió que quizá podríamos contar con tu ayuda, me di cuenta de pronto de que tenía razón y de que tú eras la persona más indicada. Me sentí estúpida por no haber pensado antes en buscar a alguien en Pekín y comprendí que había sido un error mandar a Qiu Gang. Por pura vanidad, no le conté nada de esto a Wudan. Una vez que tú accediste a hacerte cargo de la investigación, traté de ponerme en contacto con Qiu Gang para que se olvidara del caso. Como no conseguía dar con él, di por hecho que todo había ido según lo previsto –Jin suspiró–. Luego resultó que lo habían asesinado. Wudan se llevó un disgusto y pensó que la familia Song no había tenido confianza en él. Y tú te has visto envuelta en este embrollo. Lo siento.

–No ha sido culpa suya.

–Pero yo me siento responsable.

Se abrió la puerta de la habitación contigua. Entró una anciana, débil, apoyándose en el brazo de un niño y con un bastón en la mano.

–Mamá –Jin se levantó–. Deberías estar descansando.

Wudan y Mei se levantaron también.

–Aquí yo soy la cabeza de familia –dijo la anciana, sin mirar a su nuera–. Ben Ben, llévame al sofá.

Su nieto la condujo hasta el sofá y la ayudó a sentarse entre cojines amarillos bordados de dragones y fénix. Era el amarillo del Emperador: Hijo del Cielo.

–Hola, señora Song –dijo Wudan.

–Siéntate aquí a mi lado, hijito –dijo ella, y les dio unas palmaditas a los cojines con su mano nudosa. Wudan fue a sentarse a su lado.

Mei y Jin volvieron a sentarse en sus asientos.

–Tengo el corazón destrozado –gimoteó la Anciana Señora Song. Dos lágrimas bajaron por los desfiladeros de su cara arrugada. Ella no se las secó–. ¿Qué le va a ocurrir a mi Beihe?

–Va a haber un juicio. Ya sabe usted que lo han acusado de asesinato.

La señora Song señaló a Jin, con la voz un punto más aguda:

–¡Tú contrataste a ese detective privado para que espiara a mi hijo! –los regueros de las lágrimas centellaban en su viejo rostro cual resplandecientes estandartes de su amor de madre.

–Ben Ben, ¿por qué no te vas a tu habitación a jugar con los videojuegos? –le dijo Jin a su hijo.

–No –dijo el niño. Era de la cabeza a los pies tan guapo como su madre, a pesar del pelo enmarañado.

–Ben Ben no tiene por qué irse a ningún lado. Es el hijo de Beihe. Debería enterarse de lo que está pasando.

–Contraté a Qiu Gang pensando en la empresa. Beihe estaba robando dinero.

–¿Robando? Pero si el dinero es suyo, es el dinero de la familia Song, no tuyo. Y ¿qué haces con esa pinta? Tu marido está hecho polvo y tú te pones como un pavo real.

–Mamá.

–Si le hubieras querido, aunque sólo fuera un poquito, no estaría hoy donde está.

–Señora Song –dijo Wudan–, le prometo que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para defender a Beihe. Tenemos que estar juntos, no ponernos unos contra otros. Ahora no es momento de discusiones. Nuestra suerte depende de ello.

La señora Song se tranquilizó, aunque la cara todavía le ardía del enfado. Pidió agua. Jin se la trajo. La anciana le cogió con brusquedad el vaso.

–Yo conozco a mi Beihe. Es buena persona. Nunca mataría a nadie.

–Voy a contrastar las pruebas con Jin. Usted está cansada.

–Sí, creo que voy a ir a tenderme.

Jin le cogió a la Anciana Señora Song el vaso de agua y trató de ayudarla a levantarse. Ella rechazó la mano de Jin y murmuró:

–Mi nieto.

Ben Ben se acercó y puso de pie a la anciana. Mei le alcanzó el bastón.

–¿Y tú quién eres? –la Anciana Señora Song miró por primera vez a Mei.

–Soy Mei.

–Ése es un nombre muy bonito. ¿Eres la novia de Wudan?

Mei no supo qué responder. Bajó los ojos.

–Yo sé que te acuerdas de mi Beili –le dijo la Anciana Señora Song a Wudan–, pero ella

no era para ti. El Cielo tenía otros designios –dio con el bastón en el suelo–. Sí, hablad vosotros. Ayudad a Beihe. La familia Song no lo olvidará.

–Descanse usted, Señora Song.

–¡Jin!

Jin acudió a la llamada. Le sacaba más de una cabeza a su suegra.

–Pórtate bien con él. Piensa en lo bien que has vivido gracias a él –la señora Song levantó el bastón como si pensara hacer algo con él.

–Sí, Mamá.

–Tú sin él no eres nada, no eres nadie.

–Eso –la secundó Ben Ben.

–Estoy preparada –dijo la señora Song, agarrándose al brazo de su nieto.

Ben Ben ayudó a su abuela a ir a su habitación. La anciana andaba despacio, con la cabeza caída.

Cuando su hijo y su suegra hubieron salido, Jin llamó al servicio de habitaciones para pedir café. Wudan empezó a sacar documentos y a ponerlos sobre la mesa.

–El juicio va a ser dentro de dos semanas. La policía quiere ver el caso resuelto. Eso significa que estamos totalmente en desventaja.

Jin ojeó los papeles.

–¿Esto tiene validez legal? –cogió de la mesa un documento.

–Sí, está firmado, y en presencia de testigos.

–Esa vieja estúpida –Jin le pasó el papel a Mei–. Mi suegra; le había dado sus acciones del Espíritu Dorado a Beihe.

Vino el café. Jin le dio las gracias a la camarera y les sirvió ella misma el café a Wudan y a Mei.

–¿A qué nos enfrentamos?

–Según la policía, Qiu Gang había estado por el Barrio Ruso haciendo preguntas y sacando fotos. Cuando apareció por segunda vez, el señor Li empezó a sospechar. Hubo testigos que vieron cómo metían a Qiu Gang a rastras en la oficina del señor Li a eso de las cuatro de la tarde. Esa noche, el señor Li, Beihe y sus matones interrogaron a Qiu Gang. Le pegaron y le mataron. Después se deshicieron del cadáver en Pingfang, lejos del Barrio Ruso. La cartera de Beihe se encontró cerca del cadáver. Pero él insiste en que no participó. Dice que no estuvo en el almacén ni tampoco en Pingfang.

–Beihe dice que tiene una coartada –dijo Mei, lanzándole una mirada a Jin–. Esa noche estaba con dos prostitutas.

Hubo un largo silencio.

–¿Y están dispuestas a testificar? –preguntó Jin.

–No lo sabemos. Ni siquiera sabemos si es verdad que pasaron esa noche con Beihe. Beihe estaba demasiado borracho para acordarse con claridad de nada. Y no consigo encontrar a las prostitutas –dijo Wudan–. Es como si hubieran desaparecido. Después de las redadas de Limpieza de lo Amarillo no quedan prostitutas en Pekín.

–Yo creo que podría ser una maniobra de distracción de la policía: no quieren que las encontremos. Anna y Leila podrían convertirse en un problema si consiguen que ganemos el caso –dijo Mei.

–¿Qué podemos hacer? –preguntó Jin.

–Yo voy a intentar encontrarlas –dijo Mei.

–¿Puedes?

–Hay cuatro posibilidades: podrían estar muertas, o fuera de Pekín, detenidas por la policía o escondidas hasta que haya pasado el torbellino de la Limpieza de lo Amarillo. Mientras estén vivas y en Pekín, hay una oportunidad de encontrarlas.

–Aun en el caso de que las encontremos, tampoco es seguro que puedan ser de ayuda –dijo Wudan.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Jin.

–Son testigos poco fiables. Eso a los jueces no les gusta, y menos aún en el caso de Beihe, con todo el mundo pendiente. El gobierno querrá que el juicio sea transparente. Y no estoy seguro de que lo de meter a las prostitutas vaya a favorecer a Beihe. Va a dar una mala impresión de su carácter.

–¿Y qué otra cosa podemos hacer? –preguntó Jin.

–Lo de la cartera de Beihe es una prueba circunstancial. Sería difícil que la acusación lograra que lo condenen basándose nada más que en eso. Podemos hacer algunas cosas. Podemos intentar encontrar agujeros en los argumentos de la acusación. Por lo que he visto, haberlos haylos.

–¿Te parece si los repasamos? –dijo Jin.

–Eso podemos hacerlo mañana en mi oficina. Hoy descansa un poco –dijo Wudan.

Mei y Wudan se despidieron de ella y bajaron en el ascensor. Cruzaron el vestíbulo, exuberante de ramos de flores frescas. Las paredes las habían frotado hasta hacerlas brillar. Grupos de turistas volvían después de un día entero de excursión.

Salieron al cálido y bullicioso atardecer de la ciudad.

–Sé que te estás enfrentando al sistema entero –dijo Mei–. No te des por vencido. Acuérdate de lo que me dijiste en el club de golf Changping.

Wudan mantuvo el rostro inmóvil. Ante ellos, el tráfico se agolpaba en la calle.

Ella le tendió la mano, para ofrecerle su apoyo o quizá para que él le diera fuerzas. Wudan le cogió la mano y no se la soltó.

Cuando Mei llegó a su casa, llamó por teléfono a su amiga Shiyi, que trabajaba en el Comité de Gobierno de la Ciudad de Pekín.

# 34

Gupin llegó con su llameante uniforme del Pequeño Halcón Rojo. Mei le estaba esperando a la puerta de la cafetería, bajo la sombra de un árbol. Él le tendió un sobre en el que no había nada escrito. Dentro había un informe con un sello que decía «Confidencial».

–¿Tienen helados? –le preguntó Gupin al dueño de la tienda.

–Dentro –dijo el hombre–. En la nevera.

Gupin agachó la cabeza y desapareció detrás de las cajas de tallarines instantáneos, amuletos de la suerte y camisetas colgadas del techo. Al cabo de unos minutos volvió a salir, con una botella de agua y un helado de judías verdes. Pagó al hombre y éste desapareció hacia el interior. Gupin se quitó el uniforme y lo dobló encima de su bolsa de reparto. Se sentó en un cajón de botellas vacías.

Mei sacó del sobre el informe y leyó:

–«Informe sobre el Éxito del Movimiento de Limpieza de lo Amarillo.»

–Tu amiga me ha dicho que tienes que ir a ver a un tipo que se llama el Primo. Dice que te volverá a llamar ella cuando lo tenga arreglado.

Gupin se levantó.

–Ahora me voy a devolver el uniforme.

–¿Estás seguro de que lo quieres dejar?

–Segurísimo –dijo Gupin.

Se alejó balanceando la botella de agua medio vacía, más contento que un niño al que le acaban de decir que puede entrar en el juego.

Mei y Gupin se encontraron con el Primo (el Teniente Xu, de la Brigada Especial Antiamarilla) en la Torre del Tambor.

–¿Por qué te llaman el Primo? –le preguntó Mei al barbudo policía, que iba vestido con una camisa de rayas y unos pantalones holgados.

–Porque cuando voy de incógnito siempre digo que soy el primo de alguien. Da muy buen resultado. Todo el mundo tiene algún primo al que la gente no conoce o del que no ha oído hablar –el Primo se secó las manos en el pañuelo–. De todas formas soy de verdad primo de Shiyi.

–¿Perteneces a la Policía de Pekín?

–No. Nosotros recibimos órdenes del Ministerio de Seguridad Pública. Somos un cuerpo especial de la Policía Nacional.

Estaban sentados en una tetería de la calle del Bazar, en la parte sur de la Torre del Tambor. De fondo se oía ópera de Pekín. De cuando en cuando entraban compradores a preguntar el precio de los juegos de té del escaparate y a regatear. Del otro lado de las ventanas de celosía, pasaban en triciclos taxi turistas armados de videocámaras.

Tomaron té y tarta de alubias rojas. Mei le contó al Primo lo de las dos prostitutas que estaba buscando.

–No creo que Anna y Leila fueran sus nombres de verdad –le dijo.

–Si las hemos cogido nosotros, estarán retenidas en alguno de los centros de detención que figuran en el informe que te ha dado Shiyi. Cuando vayas di que es de mi parte.

–Gracias. Parece que esta vez la Limpieza de lo Amarillo ha sido muy eficaz.

El Primo sacudió la cabeza.

–Ojalá fuera tan sencillo acabar con el porno amarillo, pero luego vuelven. Siempre pasa lo mismo. Detenemos a un montón de gente de cada vez, procesamos a los cabecillas de las bandas y rescatamos a las prostitutas. Mandamos de vuelta a sus casas a las mujeres que habían venido contra su voluntad. Pero es como si nunca terminara de haber bandas, delincuentes y mujeres que por la razón que sea acaban vendiéndose por dinero.

–Si los hombres no pagaran por el sexo, las prostitutas no existirían –dijo Mei.

–En teoría, es verdad. En realidad, el sexo es un artículo de consumo más. Si los hombres pueden pagarlo lo van a hacer, y llevan siglos haciéndolo. ¿No dicen que la prostitución es el oficio más antiguo del mundo? En nuestra cultura, hay una tendencia a aceptarlo y hasta a verlo con buenos ojos que dificulta mucho nuestro trabajo.

–Deberían juzgar a los clientes –le espetó Gupin.

–Mi trabajo no es juzgar a nadie. Pero sé que han juzgado a mucha gente por frecuentar prostitutas. Parece que tampoco sirve de mucho –el Primo le hizo una seña a la camarera para que les llevara más té–. Por lo menos, con cada Limpieza de lo Amarillo que hacemos les estamos poniendo las cosas más difíciles, aunque sólo sea por un tiempo.

–¿Adónde van las prostitutas cuando hay una Limpieza de lo Amarillo?

–A la clandestinidad. Algunas se trasladan a Tianjin y vuelven al cabo de unos meses. Tianjin está a poco más de cien kilómetros y muchas de las bandas de prostitución tienen conexiones allí.

–Anna y Leila eran habituales del Susie Wong.

–El Susie Wong es territorio de Yi el Padrino. Es uno de los dos grandes cabecillas que hemos conseguido atrapar esta vez. Con él entre rejas, su banda tiene muy poca capacidad de acción. Es posible que esas prostitutas estén todavía en Pekín, escondidas en alguna casa del camino. Igual ya no pueden conseguir trabajo en los clubs nocturnos, pero hay otras posibilidades, como hacer negocios con antiguos clientes, por ejemplo.

Al Primo le sonó el teléfono. Lo cogió.

–Intentaré estar ahí lo antes posible –dijo.

Guardó el teléfono y les dijo a Gupin y a Mei que estaba de incógnito, haciendo de taxista en hoteles, clubs nocturnos y karaokes.

–Ahí es donde está el negocio de las bandas.

Luego se volvió hacia Mei.

–Te puedo presentar a una persona que quizá pueda ayudarte. Ella es uno de nuestros contactos para vigilar los garitos de Yi el Padrino, una *da ma*.

El Primo escribió la dirección en un papel y se lo dio a Mei.

# 35

En el patio del centro de detención Puente Rojo se fueron juntando los detenidos. Había hombres que llevaban en el rostro sufrimiento, indiferencia, muecas de orgullo algunos y otros de rebeldía. Llevaban blusones azules y pantalones anchos. Se movían despacio y sin cuidado, con los cuerpos doblados. Los guardias les dieron a gritos orden de formar.

–Los detenidos por la mañana tienen una amonestación verbal y entrenamiento disciplinario –dijo la mujer policía que acompañaba a Mei y a Gupin–. Después de comer les toca su sesión de reforma del pensamiento a las detenidas, y luego a los hombres.

La mujer andaba a paso enérgico.

–La mayor parte de las prostitutas que nos mandan de las redadas del Barrido de lo Amarillo se quedan unos pocos días, o como mucho unas pocas semanas.

–¿Y luego? –preguntó a Mei.

–A algunas les hacen un juicio. A otras las mandan a la cárcel o a sus casas. A las demás las dejamos marchar. No podemos retenerlas. No tenemos espacio.

Llegaron a la zona de las detenidas, gris y abarrotada. Las mujeres llevaban las mismas camisolas y los mismos pantalones que los hombres. Trabajaban haciendo plantillas para zapatos en una estancia grande. Algunas se ocupaban de ponerles pegamento, otras de coserlas. Otras llevaban y traían telas de unas grandes bolsas de plástico.

–Algunas de las detenidas llevan años entrando y saliendo de aquí; sobre todo las que empiezan de adolescentes. Necesitarían ir al Instituto de la Reforma del Pensamiento para Delincuentes.

Pasaron por un pasillo en el que había un grupo de mujeres fregando el suelo y restregando las paredes. Se quedaron mirando a los visitantes. Alguien silbó.

–¡Seguid trabajando! –gritó una de las guardias que las estaban vigilando.

Arriba, en lo alto, una fila de ventanas dejaba entrar una tenue luz del sol.

–Las mujeres de los Barridos de lo Amarillo son poco disciplinadas y poco trabajadoras –dijo la mujer policía–. A las recién llegadas las mantenemos separadas de las demás.

Mei las distinguió desde lejos, en grupos, con su propia ropa de colores y los labios pintados.

La sala tenía un olor ácido, había clínex sucios y tampones usados tirados junto a la pared.

–Eh, guapetón –dijo una de ellas–. ¿Es a mí a quien buscabas? –sacó pecho hacia Gupin y soltó un ronroneo gutural.

Las mujeres se rieron.

–Eres demasiado atrevida para él. Mira, se está ruborizando.

–Ay, ay.

–¿Están aquí? –preguntó la mujer policía.

Mei negó con la cabeza.

Allí no estaban.

Anna y Leila no estaban en ninguno de los centros de detención que había visitado Mei.

# 36

Wudan fue a recoger a Mei para ir a la fiesta de Lu.

Se había peinado con raya a un lado y se había puesto gomina. Olía a una cosa extranjera, a una colonia almizcleña. Se le veía delgado, atractivo y sofisticado, con su traje bien cortado y su camisa de un blanco resplandeciente. Al llegar a la puerta se le notaron ligeramente los nervios. Sonrió y dijo:

–Estás muy guapa.

Mei llevaba un vestido largo rojo, como Lu le había pedido, con lentejuelas por la parte de arriba. Le había costado más de lo que podía pagar.

Seguro que se refería al vestido, pensó Mei, cerrando la puerta. Se acordó de Jin, de su gracia y su elegancia. Ella sí que era guapa.

Wudan la ayudó a entrar en su BMW, recogiéndose la falda del vestido, que empezó a crujir y enseguida se descontroló entera. Trataron de volver a colocarla para que no se arrugara. Al final Mei tuvo que sujetar con las manos una seta de tules y encajes.

No hablaron de Beihe. Mei no le contó a Wudan lo del Primo. Era como si hubieran decidido, por separado pero al mismo tiempo, olvidarse de sus preocupaciones y sus frustraciones y disfrutar por una noche del tiempo que pasaban juntos.

El club estaba en un lugar escondido y no tenía ningún cartel, por razones de discreción. En la calle el tráfico estaba parado, los coches hacían cola para entrar, los taxis dejaban a sus viajeros. Hombres trajeados y damas con joyas centelleándoles alrededor del cuello se abrían paso hacia el portón. Mei y Wudan los siguieron. En cuanto traspasaron la puerta en forma de media luna, Mei oyó el retumbar de la música.

–Esto es impresionante –dijo Wudan, resplandeciente ante la visión del jardín y de lo mejor de la alta sociedad. Le cogió a una camarera dos copas largas de champán y le dio una a Mei.

–¡Sería aún mejor si pudiéramos oír lo que estamos diciendo! –dijo Mei.

Fueron andando por el borde de un riachuelo, con el champán burbujeándoles en la lengua. La luz era todavía lo bastante fuerte como para poder ver las caras de la gente, los detalles de los vestidos de las mujeres, lazos y pliegues de seda. Cuando Wudan la miró, Mei le notó el entusiasmo en los ojos. Verle feliz le daba alegría, y se estiró, orgullosa. Pasaron junto a grupos de personas que hablaban unas con otras inclinándose hacia delante por culpa de la música.

–¡Mei! ¡Qué guapa estás! –les gritó alguien–. Cuánto tiempo sin verte. ¿Cómo va ese negocio?

–Hola, señor Hua –Mei se detuvo y se dio la vuelta para mirar a un hombre de mediana edad.

–Dejadme que os presente. Mei es la hermana de nuestra anfitriona, y otra próspera empresaria de esta familia.

El señor Hua le apretó a Mei el hombro con la mano.

–Mei, éste es el Subsecretario Liang Jiabao, del Ministerio de Seguridad Pública. ¿No os

conocisteis cuando tú trabajabas en el Ministerio? Y la señora Liang.

La señora Liang se ajustó las gafas.

–No creo que nos hayamos visto antes –dijo el Subsecretario.

Mei presentó a Wudan.

–¿Abogado, eh? Espero que no estés metida en ningún lío –dijo el señor Hua guiñándole un ojo.

–Soy yo el que necesita los servicios de ella –dijo Wudan.

–Pues claro.

–¿A qué te dedicas? –preguntó una mujer joven, alta, que estaba al lado del señor Hua.

–Eh... soy consultora de información –dijo Mei.

–Señorita Wang, ¿sabe usted qué tipo de nuevo negocio es el que está montando su cuñado? –preguntó el Subsecretario Liang.

–Dice mi hermana que tiene algo que ver con los teléfonos móviles.

–Cuánta intriga; muy típico de Lining –dijo el señor Hua.

–Hay que ver lo callado que se lo tiene.

–Ya nos enteraremos muy pronto.

–Yo he oído decir que lo ha patrocinado con capital de riesgo estadounidense, de Silicon Valley.

–¿Qué es capital de riesgo, cariño? –preguntó la mujer joven.

–Capital de riesgo es cuando una empresa pone dinero para iniciativas nuevas –dijo el señor Hua.

–¿No es eso lo que haces tú?

–Huy –se rió el señor Hua, mirando a su alrededor–. No, querida, no exactamente.

Se volvió hacia Mei y cambió de tema.

–¿Cómo sigue tu preciosa hermana? Hace tiempo que no la he visto, si no es en la televisión. Tengo que decir que cada día está más deslumbrante.

–Tengo que ir a decirle hola.

–La hemos visto antes con el ministro Yao –dijo la señora Liang.

Mei y Wudan se despidieron con una inclinación. Los demás, a excepción del Subsecretario Liang, les devolvieron la inclinación.

En cuanto estuvieron donde no podían oírles, Mei le dijo a Wudan:

–No me fío del Subsecretario Liang. Me lo encontré hace dos semanas en el Barrio Sur.

–¿Y qué pintaba él en el Barrio Sur?

–Fue a encontrarse con otras personas, todo supersecreto. Yo estaba trabajando en un caso. Un marido que se dedicaba a actividades cuestionables. Los seguí a él y a su amante hasta el Barrio Sur. Me alegro de que el Subsecretario Liang no me haya reconocido. Me pregunto qué relación tendrá con el señor Hua –dijo Mei. Bebió un sorbo de su copa. Ya no tenía burbujas.

–¿De qué conoces tú al señor Hua?

–Es amigo de mi hermana. Me dio algunos consejos cuando puse la agencia. Él llevaba una especie de «empresa del maletín»: una cáscara vacía sin activo ninguno que se dedicaba a estafar a inversores extranjeros. No sé qué habrá pasado, pero parece que le ha ido muy bien. Me contaron que había absorbido las empresas en las que era copropietario. Ahora está entre los grandes. Su empresa se cotiza en la Bolsa de Valores de Shanghai –Mei le apretó a Wudan la mano–. Creo que sabe que estoy metida en un lío.

–No, qué va. Lo ha dicho sólo por darte conversación. Estaba intentando ser gracioso.

–Lo sabe. Se lo he notado en la forma de decírmelo –dijo Mei, y el nudo del entrecejo se le apretó aún más–. Pero ¿cómo puede haberle llegado un rumor como ése a un tipo como él?

A una de las mesas estaba sentado Lining, el marido de Lu, hablando con más gente. Cuando vio a Mei la saludó con la mano.

–Lu está dentro con tu madre –le dijo–. Llevas un vestido precioso.

Mei habría querido presentarle a Wudan, pero Lining ya se había vuelto a su conversación.

–La industria pesada es el pilar de este país. No se la puede privatizar. Tú imagínate lo que sería que la producción de acero, o la extracción de carbón, pertenecieran a empresas privadas –oyó Mei.

–Pero dime: ¿cuál es la diferencia fundamental entre la industria ligera y la industria pesada? –dijo Lining–. ¿Qué diferencia hay entre, por ejemplo, la industria del acero y la industria textil?

Wudan y Mei se alejaron de allí.

Un aire fresco, vapor casi, se elevaba de la superficie del riachuelo. Faroles cubiertos de seda roja resplandecían en las ramas de árboles vetustos, derramando sobre el agua reflejos centelleantes. Una fila de casas de dos pisos de estilo tradicional, de ladrillo gris y con ventanas de celosía de madera, se alzaba en la ribera. Las puertas, de paneles que llegaban hasta el techo, estaban todas abiertas, con las cortinas de muselina ondeando al viento. Había luz de velas. De las habitaciones entraba y salía gente.

Mei y Wudan se metieron dentro. Llegaron a un bar. Encima de la barra parpadeaban luces de colores cambiantes, de un cuadrado a otro. Había gente joven y guapa tomando cócteles y tapas. Pasaron a otra sala en la que había mesas de secuoya, sillas de respaldo alto y dos camas chinas suntuosamente cubiertas de cojines. Por las puertas abiertas entraba una brisa fresca, levantando los pliegues de seda. Había una pequeña multitud allí reunida.

Al acercarse, Mei y Wudan vieron a dos policías de uniforme.

Uno de ellos era de estatura y complexión medianas. Estaba allí de pie muy erguido, con las estrellas que llevaba en los hombros resplandeciendo. Llevaba dos medallas prendidas en el pecho y lo sacaba todo lo que podía. Se había puesto bien derecha su gorra nueva. Lu le estaba presentando a gente. A los oídos de Mei llegó la palabra «héroe». A su alrededor se veían las caras, en especial las de las mujeres, emocionadas y llenas de admiración. El otro policía era el inspector Zhao, alto y encorvado, con el rostro serio y tenso, agarrado a su gorra con resquemor, como si fuera a explotar.

–¿Cómo pudieron llegar a averiguarlo? Yo creía que con la paliza que le pegaron resultaba imposible reconocerle.

–Extraordinario –intervenían otras voces.

Cuando Lu vio a su hermana, dejó a los héroes de la policía con sus entregados admiradores y se acercó a ella. Lu también iba de rojo, pero sin abalorios ni lentejuelas. Era un vestido largo, sencillo, de seda, cortado al bies, que le caía elegantemente desde los hombros delgados. Ella era más alta que la mayoría de la gente. Sus ojos destelleaban tanto como sus diamantes. Se la veía un tanto aturullada de la emoción y la ansiedad.

–Me alegro de que hayas venido, hermana. ¿Quieres que te presente al comisario Chen, de la Comisaría del Distrito de Chaoyang, y a su inspector?

–El inspector Zhao es amigo mío.

Lu miró a Wudan.

–¿Cómo estás? –le saludó, con todo el entusiasmo y la gracia de una anfitriona que no recuerda el nombre de su invitado. Su sonrisa no decaía nunca.

–Nos conocimos en el club de golf Changping.

–Me acuerdo. El abogado. Me alegro de volver a verte.

–Qué fiesta tan impresionante.

–Gracias.

Luego Lu le agarró la mano a Mei.

–Mamá está arriba. Ha venido con su novio.

–¿De verdad?

Lu se volvió hacia Wudan.

–¿Te apetece que te presente a algunos de mis amigos?

–Me encantaría.

–Entonces ven conmigo –dijo Lu. De camino hacia el jardín se vio a sí misma reflejada en el cristal, y estiró el cuello para parecer aún más alta.

Las escaleras que llevaban a la primera planta estaban hechas de madera oscura. Crujieron bajo los pies de Mei. En el descansillo brillaba un farol rojo con el carácter «suerte» escrito. Ardía incienso en una larga mesa de bambú. El pasillo tenía paneles también de bambú. Flotaba allí una atmósfera de calma, una atmósfera de fantasmagórico abandono.

Mei empujó la puerta para abrirla. La sala estaba oscura, del techo colgaba una araña de cristal. Había una larga mesa vacía y sillas de estilo europeo. Cerró la puerta. Pasó una camarera con una bandeja de bebidas. Le hizo a Mei una inclinación.

En la siguiente puerta, Mei apartó un juego de cortinas de satén verde y cruzó un portón interior en forma de luna llena con marquetería de bambú tallado. Aquella sala estaba iluminada con velas y tenía espejos en las paredes. Buscó con la mirada a su madre en aquel revoltillo de invitados a la fiesta. Pero no la encontró. Pasó dos cuartos de formas extrañas, subió unos cuantos escalones, y por fin vio a su madre, sentada a una mesa con más gente. Ling Bai se abanicaba con un abanico de satén azul.

Mei se acercó y le dijo hola.

–Has venido –dijo su madre–. Siéntate un ratito con nosotros. Tú no tendrás tanta prisa como tu hermana, ¿no?

Mei cogió de otra mesa una silla vacía y se sentó. Miró a la gente que estaba con su madre, preguntándose cuál de los dos hombres sería el novio.

–Este sitio es un laberinto –dijo.

–Sí, bastante caótico y bastante ruidoso –dijo su madre.

–Las fiestas de la gente joven siempre son ruidosas –dijo uno de los hombres. Era más o menos de la edad de su madre, o puede que algo mayor, y el cutis moreno le daba un aspecto saludable. Tenía el pelo completamente blanco, cosa que en opinión de Mei proporcionaba cierta dignidad a los hombres de esa edad.

No podía decir que no le gustara, aunque desde luego tampoco podía decir que le gustara. Pero cuando vio que miraba a su madre con una chispa en los ojos, se sintió inmediatamente ofendida. ¿Qué derecho tenía él a entrometerse de aquella manera en sus vidas? «Yo me he pasado más de treinta años con esta mujer, queriéndola, escuchando sus insufribles regañinas y preocupándome por sus sentimientos», pensó Mei. «Ésta era mi familia, forjada

con el tiempo y el sufrimiento.» Y ahora aparecía aquel hombre y sin más ni más, con un guiño del ojo o un susurro suave al oído de su madre, pretendía quedársela para él. ¡No!

–Deberías estar contento de que te hayan invitado. O es que no ves el latazo que es para ellas que estés aquí –dijo la otra mujer mayor que había a la mesa.

–Pero si yo todavía soy joven –respondió él, tratando de tomárselo a risa.

–Me parece que ya has bebido bastante –la mujer le sujetó la mano, que, según vio Mei, le temblaba.

En ese momento, Mei se dio cuenta de que se había equivocado y se volvió a mirar al segundo hombre. ¡Cielo santo, era un anciano! Había perdido casi todo el pelo, y el poco que le quedaba lo llevaba en una plasta de sudor sobre el cráneo rosado. La cabeza se le caía hacia abajo: se había quedado dormido. ¿Estaba babeando? ¿Era el sonido de los ronquidos del viejo lo que salía de aquellos finos labios temblorosos? A Mei la visión le pareció insoportable, pero no podía apartar los ojos de él. ¿Era aquél el hombre que hacía feliz a su madre? No se lo podía imaginar, ni aunque hubiera estado despierto.

–¿Has sabido algo de Yaping? –preguntó su madre, abanicándose, preocupada por la felicidad de su hija.

–Los preparativos de la nueva sucursal están tardando más de lo que pensaban, así que su viaje se ha retrasado.

–Eso no es bueno.

–No tiene nada de malo, mamá. Las cosas van cambiando; hay veces que por más planes que uno haga...

–No es necesario que levantes la voz.

Mei paró de hablar. ¿Por qué estaba discutiendo con su madre?

Siempre había sentido la necesidad de defenderse de las opiniones de su madre. Miró al novio. «Si esto es la prueba de su buen criterio», pensó Mei, «de verdad que no tengo de qué preocuparme».

–Quédate aquí un poco conmigo. Shaolu se va a despertar. Te lo presento.

Mei contempló al anciano que roncaba doblado sobre su propio pecho y sintió una punzada de aversión. Los otros dos, que seguían intentando desengancharse el uno del otro, se estaban poniendo cada vez más violentos.

–Me temo que me tengo que ir. Lo siento. He venido con un amigo.

–No importa. Puede que sea mejor así. Cuando se despierta se pone siempre de un humor de perros.

El camino de salida resultó aún más complicado que el camino de entrada, pero a Mei le daba igual. Pensaba ir a dondequiera que la llevara.

Salió al jardín y respiró el aire limpio y frío. El resplandor de los faroles rojos estaba ahora atenuado, sus sombras formaban parte de la noche fluida. Mei cogió una copa de vino y picó unos canapés de los que ofrecían las camareras ataviadas con vestidos *qipao* rojos.

La música era ensordecedora. Al pie de un grueso árbol retorcido se veía al pinchadiscos sudoroso y febril. A su espalda había dos tipos sentados, con la vista clavada en unos ordenadores portátiles, haciendo mezclas de sonido. Al fondo del jardín habían instalado una pantalla. Aparecieron imágenes: fábricas, obreros, cadenas de montaje, actores con la cara pintada cantando ópera de Pekín, programas de noticias.

Wudan estaba hablando con el inspector Zhao al pie de un árbol, cerca de la pantalla. El inspector Zhao le escuchaba con la espalda, como de costumbre, encorvada. Llevaba la

gorra debajo del brazo izquierdo, y con la mano derecha estaba fumando un cigarrillo. Cuando vieron a Mei, ambos pusieron cara de alivio, las expresiones de tensión de sus rostros se aflojaron.

–¿Qué tal está tu madre? –preguntó Wudan.

Mei se estremeció.

–Muy bien. Espero –dijo. Se volvió hacia el inspector Zhao–. ¡Eres la estrella de la noche!

El inspector Zhao parecía avergonzado.

–Tú lo has dicho: de la noche. Mañana querrán darme de puñetazos y pisotearme todos a la vez, como no lo declaren culpable.

–¿Tan mal están las cosas?

–¿Has visto a mi jefe? Está que no caga de miedo.

–Pues lo disimula muy bien.

–Es un talento que tiene.

–¿Os apetece algo de beber? –preguntó Wudan.

–Yo me tomaría una cerveza –dijo el inspector Zhao.

–Y yo un vino blanco, por favor –dijo Mei.

–Enseguida vuelvo –dijo Wudan, y le tocó fugazmente el brazo a Mei.

Mei se dio cuenta de que algo no había ido bien entre los dos hombres. Contempló a Wudan mientras se alejaba y deseó que, hubiera ocurrido lo que hubiera ocurrido, no fuera irremediable.

–¿Es tu novio? –preguntó el inspector Zhao.

–No –Mei lo dudó por un instante y el inspector Zhao se dio cuenta.

–El tal Beihe es un delincuente de lo peorcito, un niño rico mimado, inmoral y cruel. ¿Por qué te pones de su parte?

–Él no mató a Qiu Gang. No deberían castigarle por una cosa que no ha hecho.

–¿Y tú cómo lo sabes? Se encontró su cartera junto al cadáver.

–Podría haberla puesto allí alguien, el señor Li, por ejemplo. Beihe tiene una coartada. La noche del asesinato estaba con dos prostitutas. Sólo con que me pudieras dejar su teléfono móvil...

–Ya sabes que eso no puedo hacerlo. Es una prueba.

–Las prostitutas han desaparecido. ¿Estás seguro de que no puedes hacer nada con eso?

–¿Qué me estás sugiriendo?

–Me da la impresión de que estás intentando convencerte a ti mismo. El juicio va a toda velocidad, todo bien atado. ¿De qué se trata, de ganar a toda costa?

–Mei, no creo que estés en posición de cuestionar mi integridad. Beihe está mintiendo. No se ha podido verificar ninguna de sus afirmaciones. Ni siquiera el portero le vio con esas mujeres con las que dice que pasó la noche.

–Yo las voy a encontrar.

–Es por Wudan, ¿no es eso? Es él quien te ha convencido.

–Pero ¿y si Beihe no es culpable?

–Lo que no es es inocente. Piensa en toda la gente que se pasa la vida trabajando para mantener a su familia. Piensa en el chico. ¿Qué había hecho él para morir de esa manera? Tenía veintiún años, era un chaval. No puedes estar defendiendo a un tipo como ése. Es culpable de muchos pecados.

–Puede que sea una persona horrible. Pero no se lo puede condenar a muerte por una

cosa que no ha hecho. Es una cuestión de justicia.

–Tú no tienes por qué ayudar a Beihe. Puedes elegir.

–Y tú también.

El inspector Zhao le dio una calada profunda a su cigarrillo y exhaló el humo. A la luz de la pantalla la cara se le veía pálida.

–Lo han convertido en un problema político. Todo el mundo tiene prisa por conseguir que condenen a alguien –dijo Mei.

–La ley y el orden son problemas políticos. Siempre lo han sido y siempre lo serán. Y tú más que nadie deberías saberlo –dijo el inspector Zhao.

Por supuesto que lo sabía. Ella había trabajado en el Ministerio de Seguridad Pública. La primera vez que se cruzó con el inspector Zhao fue en una entrega de premios a la policía por su actuación ejemplar en la represión de Tian'anmen. Lo sabía.

–Razón de más para que intentemos salvaguardar la justicia –dijo Mei.

–Contigo no hay forma de ganar porque eres muy lista hablando. Pero esta vez creo que te has puesto del lado que no es. Te lo digo porque eres mi amiga. Los consejos de corazón hacen daño en el oído. Abre los ojos, Mei.

Mei miró a su amigo, que se alzaba por encima de ella, con ojos brillantes, sinceros. Se sintió triste.

–Lo mismo te digo yo a ti –respondió.

A veces la gente está demasiado ciega para ver la realidad y no hay manera de convencerla. A ella le parecía horrible perder su amistad con el inspector Zhao por culpa de aquel caso. Pero cuanto más discutía con él, más convencida estaba de estar haciendo lo que debía. Lo sintió por su amigo, y aun después de haberse alejado de él siguió sintiendo un nudo de lástima en la garganta. Se le habían quitado las ganas de hablar.

–Mei, llevo toda la noche buscándote –alguien desde atrás la agarró del brazo.

–¿Gordo? –Mei se volvió para mirar mejor a la persona que tenía enfrente. Estaba segura de que era su antiguo compañero de la universidad. Pero ¿qué había hecho con sus kilos?–. Hala, estás... buf.

–Muchas gracias. Bonito vestido. Nunca pensé que fueras de las que les gusta emperifollarse.

Mei se rió.

–Me han contado que has hecho carrera en el *Diario de Pekín*. Pero esto otro... ¿cómo lo has logrado?

–He dejado de comer carne y hago *qigong* tres veces a la semana.

–No me lo puedo creer; ¿tú, abandonando los placeres de la comida?

–Era el único camino.

–¿Para llegar a dónde?

–A estar como estoy ahora. Me he convertido en el encanto de las nenas.

–Tú estás chalado.

–Me alegro de ver que sigues tan moderada en tus opiniones como siempre –se inclinó más hacia Mei y dijo–. Te he visto hablado con el inspector Zhao.

–Es amigo mío.

Mei se preguntó si aquella afirmación era cierta.

–¿Podrías conseguir que hable conmigo? Ya sé que no somos más que despreciables

periodistas, pero... ¿Tú sabes que encontraron a dos rusos en el almacén del señor Li? Según los rumores estaban drogados, y Asuntos Exteriores lo ha encubierto.

–¿Es verdad eso?

–Eso es lo que quisiera yo saber. Igual tu amigo puede decírmelo.

De repente se calló la música. Por los altavoces habló una voz pidiendo a la gente que fuera hacia el fondo del jardín. La pantalla mostraba el logotipo del holding de Lining.

–Creo que ahora van a hacer el anuncio que estábamos esperando –dijo el Gordo.

Los focos se encendieron, iluminando el puente de piedra que había al final del riachuelo. Bajo las luces apareció Lining, de pie en lo alto del puente, delante de la pantalla. Mei alcanzó a ver a Lu con su traje largo rojo en el borde del círculo de luz.

Lining empezó a hablar por un micrófono. En la pantalla empezaron a pasar diapositivas.

–Hoy anunciamos la inauguración de la Compañía de Comunicaciones Móviles de China. La CCMC es fruto de nuestra determinación de proporcionar a los consumidores una alternativa al monopolio de la Red Teléfonica e Informática de China. Las comunicaciones móviles se van a convertir en la infraestructura central que conecta a la gente en este país... Con nuestra red pretendemos ofrecer un servicio mejor y más rápido. Con nosotros, llamar por el móvil será más barato y habrá menos fallos en la línea. Puede que no tengamos las ventajas de la Red Teléfonica de China, pero creemos en la economía de mercado y en dar el mejor servicio a nuestros clientes. En los sistemas de comunicación móvil chinos vemos una gran oportunidad... Acaba de dar comienzo lo que auguramos que va a ser un largo y fructífero proceso...

–Cielos –oyó Mei que exclamaba la gente a su alrededor–. ¡Se está enfrentando al poderoso Ministerio de Telecomunicaciones!

# 37

–Van a por Lining –dijo Mei en cuanto Lu cogió el teléfono, sin darse cuenta de que no le había dado ni los buenos días a su hermana.

–¿Quién es? –preguntó Lu con voz débil. Todavía se estaba despertando.

Mei le contó a Lu lo del señor Fu.

–Me di cuenta anoche en tu fiesta. Ahora me cuadra todo. ¿Te acuerdas del Volkswagen blanco que nos vino siguiendo desde Changping?

Lu se rió.

–Ese señor Fu no es más que un ratoncito... No es el tipo de persona que pueda enfrentarse con Lining.

–Si no es él. Detrás tiene al Ministerio de Telecomunicaciones. El mejor amigo del señor Fu de la universidad es sobrino del Secretario Delegado del Partido en el ministerio.

–¿Y en eso te basas, en que fue a la universidad con el sobrino de no sé quién?

–No. Todo encaja. Sabes, eso explica por qué me están haciendo una investigación de la que nadie sabe nada, y por qué se ha tomado tantas molestias para meterme miedo. ¿Te han estado siguiendo? Piensa.

–Pero Mei, esto es absurdo.

–Yo pensaba que el señor Fu andaba detrás de alguno de mis clientes. Pero anoche me di cuenta de golpe: su verdadero objetivo es Lining.

–No me puedo creer que me hayas despertado para esto –dijo Lu.

–Si no me crees a mí, pregunta a tus mejores *guanxi*. Apuesto a que hay una campaña secreta contra Lining. Están buscando algo que le pueda hacer daño.

–No pretenderás que llame al ministro y le pregunte quién está complotando contra Lining en el Ministerio de Telecomunicaciones. Iba a pensar que me he vuelto loca. Además, nos enemistaríamos con el Secretario Delegado. ¿Tú sabes lo malo que puede ser eso?

–Lining está en peligro.

–Querida hermana, me vuelvo a la cama. ¿Estás segura de que ayer no bebiste demasiado?

–Espera, Lu.

Se cortó la llamada.

Mei se hundió en el sofá, con el auricular todavía en la mano. La luz del sol le estaba tocando los pies. Se quedó mirando la franja de sol del suelo.

Dejó el auricular en su sitio y se metió en el cuarto de baño. Se quedó parada delante del espejo, mirando la cara pecosa que se reflejaba en él. Tenía el pelo despeinado y los ojos rojos. Se frotó la frente.

Encendió la ducha y escuchó su sonido, como si fuera una tormenta de verano. Dejó caer en el suelo el camisón.

Se metió debajo de la ducha. Era una calidez que se derramaba acariciándole el cuello, la espalda. Se pasó las manos por el cuerpo sintiendo la suavidad de su piel, con el agua que le corría entre los dedos. Su cuerpo empezaba a despertarse. El espejo se empañó. Ella fue

desapareciendo. Se acordó de la noche anterior, al volver de la fiesta, Wudan parado en la puerta, su pecho apretándose contra ella. Recordó la presión en los pulmones y en la boca. Ella le había abrazado con la misma desesperación. Le dieron ganas de tirar de él hacia dentro. Él la habría seguido.

Mei escondió la cabeza en el agua de la ducha. No le debía nada a Yaping, ¿no? Era su vida.

# 38

Mei sacó el papel del Primo y volvió a comprobar la dirección que tenía escrita.

El edificio que se alzaba ante ella era una caja de cerillas de cuatro plantas con la pintura desconchada por todas partes. Las ventanas de la planta baja tenían barrotes. En una de ellas, un cartel de cartulina escrito a mano ofrecía masajes en los pies.

Mei entró. Los pasillos estaban oscuros y cubiertos de pintadas. El suelo era de cemento desnudo. Mei subió al segundo piso. El aire estaba cargado y olía a carne podrida. Por allí no había nadie. Al final del pasillo una estufa de carbón supuraba humo.

Mei se acercó a una puerta que había cerca de la estufa y llamó con los nudillos. Una mujer bajita y pálida abrió una rendija en la puerta.

–¿Busca usted a alguien? –preguntó, mirándola con el ceño fruncido.

–¿Es usted la señora Kai?

–¿Tiene usted algún asunto que tratar con ella?

–Vengo de parte del Primo.

La puerta se abrió un poco más.

La mujer tenía los dientes manchados y tos de fumadora. Mei sacó un paquete de cigarrillos. La mujer pareció complacida al ver la marca de importación. Sacó uno y se lo puso en los labios. Mei se lo encendió.

La señora Kai levantó las cejas.

–Si vienes preguntando por ésos, has llegado demasiado pronto. Vienen por la noche, y no son siempre los mismos. Estoy intentando averiguar lo que hacen ahí dentro. Pero son muy listos... y muy rastreros. La gente no piensa más que en el dinero: ni se preocupan de a quién le alquilan los cuartos.

–¿Y qué hacen?

–Siempre hay gente entrando y saliendo. Pero hacen menos ruido que un ratón. Eso es lo que más miedo me da.

–Tiene que tener cuidado.

–Una vez vino uno de ellos y me llamó espía. Era un tipo grandullón. «*Laotaitai*, ¿qué estás mirando?», me dijo. ¡Yo no soy una vieja! ¿Parezco vieja? Si sólo tengo cincuenta y un años. Le dije: «A ti no te estoy mirando. Ésta es mi casa y hago lo que a mí me dé la gana» –inclinó la cabeza–. Vuelve otro día a verme. El cuarto es ése, el número 246.

Mei le dio las gracias y salió. Cenó en un bar de tallarines que había por allí cerca. Era tan minúsculo que dentro hacía calor hasta con las ventanas abiertas. Había un adolescente esperando que le trajeran comida para llevar. Estaba apoyado en el mostrador y tamborileaba con los pies. Hacía como que le daba igual, pero, consciente de que le estaban mirando, no paraba de alisarse el largo pelo. Mei se comió un cuenco de tallarines picantes fríos, sudando como una condenada.

Volvía hacia el edificio cuando empezó a oscurecer. Las farolas de la calle centellearon y se encendieron. La basura abandonada en pleno calor le daba al aire un olor ácido. La ventana del número 246, la tercera por la izquierda, estaba encendida.

Mei se sentó en su coche y esperó. Desde el final de la calle llegaba el ruido de la ciudad: el tráfico de las calles, un perro que ladraba. No había hablado con Wudan desde la noche anterior. Estaba agobiado con los preparativos del juicio y ocupándose de la familia Song. Mei quería encontrar a las dos prostitutas. Se imaginó lo contentos y lo aliviados que se sentirían Wudan y Jin cuando les diera la noticia. Se imaginó que Wudan sonreía.

Pero ahí había otro sentimiento, más pesado y más oscuro. ¿Sería de culpa?, se preguntó a sí misma. Pensó en Yaping y recordó las líneas de su rostro: el contorno suave, los ojos sensibles, el mechón de pelo que le caía por la frente.

Pasó un coche, iluminando con los faros la calle oscura. Mei miró hacia arriba. En la ventana seguía habiendo la misma luz amarilla, como si nada se moviera detrás. El coche desapareció al final de la calle y la oscuridad regresó, más densa aún que antes. Mei dejó que se le acostumbraran los ojos.

Cuando Yaping decidió casarse y quedarse en Estados Unidos, Mei pensó que no lo iba a volver a ver nunca. Habían pasado diez años como una brisa, sin hacer mella en las estaciones ni las horas. Volvieron a encontrarse y volvieron a enamorarse el uno del otro como si nada hubiera cambiado... o al menos así lo vivió Mei. Cuando él le preguntó si todavía le quería, la palabra «Sí» le salió de la boca de forma tan mecánica y con tanta naturalidad como una gota de lluvia.

–¿Qué sabes de Wudan? –le había preguntado Lu en la fiesta. ¿Y qué sabía? «Un salto de fe», oyó que le decía la voz de Wudan en su interior.

Aquella ventana amarilla del segundo piso era igual que cualquier otra ventana de cualquier edificio de viviendas de Pekín, igual que la del apartamento de su madre, que antes fue su propia casa. Mientras ella vivió allí nunca le preocuparon la cortina de tela floreada ni el sofá que su madre cubría con una funda hecha por ella misma. Ahora los viejos muebles habían desaparecido. El pasado había desaparecido. Mei sintió el roce del aire del anochecer en los brazos desnudos. Sintió la soledad de su madre.

La ventana del 246 se oscureció. Mei se incorporó en el asiento.

El sonido de las calles empezaba a extinguirse. Los minutos pasaban con un tictac.

Dos siluetas emergieron del edificio, un tipo grande y corpulento y otro más bajo, llevando entre los dos una caja pesada. Cruzaron la calle hasta un Volkswagen que estaba allí aparcado y depositaron la caja en el maletero. El tipo corpulento se metió en el asiento del conductor. El tipo bajo se encendió un cigarrillo y se metió en el asiento del copiloto. El motor se encendió. El coche se alejó.

Mei lo fue siguiendo por la calle Sur del Parque de Chaoyang, manteniéndose a distancia. A los diez minutos, el Volkswagen salió a la Cuarta Vía de Circunvalación. Se dirigían hacia el sur. Los edificios de apartamentos se fueron haciendo más bajos y menos frecuentes. El cartel luminoso del Hospital Tiantan resplandecía al oeste, en medio de la contaminación. Debajo de la autopista había campos y casas de pueblo.

Salieron de la vía de circunvalación por la Puerta de Nancheng. De pronto estaban en el Barrio Sur: la antigua zona química e industrial.

Cuanto más se adentraban, más estrechas se hacían las calles. Viejas fábricas que habían quebrado y chimeneas que llevaban años frías se alzaban ahora en mitad de un descampado. Pasaron ante edificios con forma de cajas de cerillas al estilo soviético, construidos en los años cincuenta y sesenta, en los que solían vivir los investigadores, los ingenieros, los

trabajadores y sus familias. Ahora la gente había perdido sus antiguos empleos, y algunos, con la ayuda de un empleo nuevo, se habían marchado de aquel barrio.

El Volkswagen se detuvo delante de uno de aquellos edificios. El tipo bajo se apeó y se dirigió a la entrada de un *zhaodaisuo*, un hostal propiedad del estado. Mei logró vislumbrar parte del cartel que había colgado junto a la puerta, letras rojas sobre un tablón largo blanco. Pasó por delante conduciendo despacio, intentando leerlo: «Hostal del Departamento de Investigación del Ministerio de Industrias Químicas».

Un par de ojos la contemplaron desde el asiento del conductor del Volkswagen.

Puso el pie en el acelerador. Las luces del Volkswagen se encendieron. Oyó el rugir del motor. Mei apretó con fuerza el pedal. Su Mitsubishi empezó a coger velocidad.

El Volkswagen la estaba alcanzando, sus faros se hacían cada vez más grandes en el espejo retrovisor. Mei sintió que la carretera descendía bruscamente.

De la noche brotó una masa oscura: un pueblo de muros de adobe y chimeneas negras.

Mei sujetó con fuerza el volante. El coche pegó un bote a pesar de su firme control. Se sumergió en uno de los estrechos callejones del pueblo. Estaba demasiado oscuro para ver nada. Los callejones daban vueltas y revueltas. De pronto vio que iba derecha contra un muro.

Chilló y giró con desesperación el volante. ¡Malditos campesinos! ¿Cómo se les ocurría poner un Muro de Protección contra Fantasmas en mitad de la calle?

No había salida. Mei se detuvo y metió la marcha atrás. El Volkswagen se acercaba. Vio un callejón que se abría en un lado y se metió por él. Oyó un ruido fuerte al rozar los costados del coche contra los muros de adobe.

El espejo retrovisor salió volando. El coche dio contra un muro y siguió golpeándose a todo lo largo de costado. Uno de los faros se apagó. Miró por el retrovisor: el Volkswagen se había parado, era demasiado ancho para meterse en aquel callejón. Mei apretó con más fuerza el volante. Antes de que pudiera volver a coger aire había salido de aquel estrecho pasillo de muros de adobe, a otra oscuridad desconocida.

Varias curvas más tarde logró salir del pueblo. Condujo, con el coche traqueteando, de nuevo por la carretera, en dirección a la ciudad.

# 39

La luz de la mañana rompió el ritmo de sus pesadillas. Mei se incorporó y apagó la lamparilla, que se había quedado toda la noche encendida.

Se vistió y bajó a la calle. Su Mitsubishi estaba destrozado. Se quedó mirando la chapa abollada. Sintió hacia el pequeño coche lástima y al mismo tiempo agradecimiento.

Fue a desayunar a un pequeño restaurante que había a la entrada del *xiaoqu*. Lo llevaban una mujer de mediana edad y su familia. Se frotó los ojos mientras estudiaba las tablillas de bambú que había en la pared, en cada una de las cuales estaba escrito un tipo de bollo relleno de carne o de sopa de arroz. Pidió sopa de arroz morado dulce y bollos de cerdo con gambas secas.

La comida reavivó sus energías y sus pensamientos. Estaba segura de que la noche anterior el Volkswagen se había parado en el hostal para descargar. Puede que aquel hostal fuera uno de los escondrijos de la banda. Podían haber escondido allí a las prostitutas, en espera de que se apaciguara la Limpieza de lo Amarillo.

Llamó a Wudan. Su secretaria le prometió que la llamaría él en cuanto saliera de la reunión. Cuando lo hizo, justo en el momento en que Mei terminaba de desayunar, ella le contó lo que había ocurrido la noche anterior.

–Quiero volver al hostal. De hecho le voy a decir a mi ayudante que se quede allí esta noche. Es de la provincia de Henan y le va perfecto el papel de funcionario de provincias al que sus negocios le han traído a Pekín. ¿Podrías conseguirme una carta de presentación del Ministerio de Industrias Químicas? Sí, con el membrete y el sello. ¿Me puedes prestar tu coche? El mío está para el arrastre. Y además no puedo volver a ese sitio con el mismo coche.

–Está bien. Pero Mei, ¿estás segura de que quieres continuar con esto? Las bandas amarillas son gente peligrosa. Y puede que ya no sirva de nada. Tengo malas noticias: han cambiado la fecha del juicio. Va a empezar el lunes.

–¡Sólo faltan cuatro días!

–¿Y qué podemos hacer? La cosa está más que podrida.

–Entonces es mejor que nos demos prisa.

Mei llamó a Gupin, que estaba en la peluquería de Lisha esperando noticias suyas, como habían acordado. Le dijo que pasaría a recogerle en una hora.

–Por favor, ponte un traje, y trae una bolsa con lo necesario para quedarte a pasar la noche –le dijo.

Mei había montado antes en el BMW de Wudan, pero conducirlo era una experiencia completamente distinta. Bastaba con rozar apenas el pedal con el pie para que el coche acelerara. Todo en él era elegante: el rugido del motor, la suavidad de la conducción y los espejos retrovisores que se ajustaban solos al dar marcha atrás. Gupin parecía incapaz de separar la mano del reposabrazos de cuero.

Resultaba magnífico llegar al Hostal del Departamento de Investigación del Ministerio de

Industrias Químicas conduciendo un BMW 520. Antes de que el polvo hubiera vuelto a posarse, salió el hospedero del hostal. Se puso una mano encima de la ceja y sonrió.

Condujo a Mei y a Gupin adentro. Como en todas las pensiones propiedad del estado, el vestíbulo era muy elemental. La oficina del encargado hacía también las veces de recepción. En ella había un escritorio, tres sillas, dos archivadores verdes y una caja fuerte que se abría tirando de una palanca para hacer girar los números.

–Hemos llamado antes. El señor Gupin se va a quedar una noche –Mei sacó de su bolso un sobre. Extrajo de él la carta de presentación, escrita en papel timbrado del Ministerio de Industrias Químicas y sellado con un sello rojo, y se la dio al hospedero.

Éste leyó la carta y dijo:

–Parece que está todo en orden.

–¿Qué tipo de habitaciones tiene?

–Tengo una muy grande –dijo el hospedero–. ¿Les gustaría verla?

–Sí, si no le importa que cojamos antes la bolsa.

El hospedero siguió a Mei hasta el coche. Ella abrió el maletero y le señaló el pequeño equipaje de Gupin, que estaba junto a la bolsa de golf, marca Callaway, y los palos de golf de Wudan. Al hospedero le hicieron los ojos chiribitas.

Los llevó a la tercera planta y les enseñó la habitación.

–Desde aquí hay buenas vistas –señaló a la ventana que daba a la ciudad. Le enseñó a Gupin la ducha que había en el cuarto de baño y dijo–: Está nuevecita, la acaban de poner.

»Puede usar el teléfono que hay en mi oficina. No tenemos cocina, pero por la carretera hay unos cuantos restaurantes. Si prefiere comer aquí le puedo decir los que sirven a domicilio. La puerta principal se cierra a las doce en punto. Aquí tiene la llave de su habitación –le dio a Gupin la llave, que iba atada a un bloque de madera. Luego se fue, cerrando la puerta a su paso.

Mei miró por la ventana. Se veía la calle, y el coche de Wudan delante de la entrada. Gupin se sentó en la cama. Los muelles chirriaron.

–¿Estás bien?

–Perfectamente. No te preocupes –dijo Gupin.

Bajaron otra vez las escaleras.

–Son ochenta yuanes la noche –dijo el hospedero–. Páguenme ahora.

Mei le tendió el dinero. El tipo lo metió en uno de los cajones de su mesa y rellenó en una libreta un recibo. Sacó su sello, lo mojó en tinta roja y lo estampó en el papel. Se chupó el índice, arrancó el recibo y se lo dio a Mei.

–Cuide bien del señor Gupin –dijo Mei.

–Por supuesto, somos todos camaradas del Ministerio. Todo irá bien.

Gupin acompañó a Mei hasta el coche.

–Buena suerte –dijo Mei.

Gupin se quedó con las manos en los bolsillos del pantalón, las mangas de la camisa blanca remangadas.

–Nos vemos mañana –dijo. Al sol poniente, su sonrisa resultaba cálida.

Mei se alejó en el coche. El crepúsculo dorado proyectaba una suavidad indulgente sobre los descampados del Barrio Sur. Fábricas abandonadas, tiendas de colores chillones, casitas bajas de tejado inclinado y el aleteo de las coladas tendidas se revestían de una belleza errónea.

Mei condujo más deprisa por la carretera de circunvalación. Vio por el este llanos que se extendían hasta el horizonte; por el oeste, los tejadillos dorados de los palacios antiguos. La puesta de sol se reflejaba en las cubiertas de cristal de los rascacielos. El BMW ronroneaba.

Al cabo de media hora se vio metida en un atasco. Tardó cuarenta minutos en avanzar un kilómetro. Al cambiar de carril para salir de la carretera de circunvalación, se dio cuenta de que el coche azul que venía detrás de ella también se desviaba. Bajó por el desnivel, giró a la derecha y se paró en un semáforo, esperando a que se abriera. Al final de la calle giró a la izquierda y, dos manzanas más allá, otra vez a la derecha. Volvió a pararse en un semáforo. El Citroen azul seguía detrás de ella.

Hizo una parada en el supermercado Dongfang. El aparcamiento estaba lleno. La gente venía a la salida del trabajo, para aprovisionarse de comida o porque había quedado con sus amigos en alguno de los restaurantes que lindaban con el mercado. Mei compró champú, que se le había acabado. Salió del aparcamiento y giró a la derecha para meterse en la calle Dong'an. Cuando miró hacia atrás volvió a ver el mismo Citroen.

Pisó el acelerador. El coche respondió nada más tocarlo. Al cabo de unas pocas calles, había dejado al Citroen detenido en un semáforo de Landao. Mei cruzó Chaoyangmenwai Dajie y se alejó a toda velocidad.

Cuando estuvo segura de que se había quitado al otro coche de encima, se metió en el aparcamiento de un cine. Llamó al hostal y dijo que quería hablar con Gupin. El hospedero le dijo que había salido. Ella le dejó recado de que la llamara en cuanto volviera. Se quedó un rato sentada en el coche, con la esperanza de que le sonara el teléfono.

# 40

«Mi integridad y mi lealtad no se han puesto en cuestión en ningún momento», concluyó el inspector Zhao. Pensaba en lo que Mei le había dicho en la fiesta de Lu. Sopló el humo del cigarrillo por la ventana. Abajo, en la acera, una anciana iba andando con un bastón. Llevaba una bolsa de la compra en la mano y la espalda doblada. «Ésa podría ser mi madre, o una mujer pobre cualquiera», pensó el inspector Zhao. Era a ellos a quienes había que hacer justicia.

Vertió agua del termo en una taza y le dio un trago. Estaba templada: la mejor temperatura, de acuerdo con la medicina china. Frunció el ceño y dejó la taza en la mesa. Estaba asquerosa.

Se acercó a su mesa pero no se sentó. Fue a coger el teléfono, pero luego se detuvo. Le dio unas cuantas caladas al cigarrillo.

*Hora de la muerte: entre las dos y las cinco de la mañana*.

*Causa de la muerte: dos golpes letales en la cabeza con un arma contundente de metal*.

*Residuos encontrados en la herida: hierba*.

¿Qué significaban aquellos detalles? Le echó una mirada al informe que tenía encima de la mesa. Se lo había leído tantas veces que era capaz de recitarlo párrafo por párrafo. O sea que se estimaba que la muerte se había producido dos horas más tarde de lo que habían pensado al principio; ¿y qué? Eso tampoco cambiaba nada. Seguían pudiendo haber matado a Qiu Gang en el almacén. A saber por qué tendría hierba en la herida. En todos los casos hay un montón de detalles que no tienen importancia. No tenía ningún motivo para sentirse inquieto.

Rompió el cigarrillo que acababa de terminar. Ni siquiera se planteaba sentarse a trabajar. Era como si el informe le atrajera y le asustara al mismo tiempo. Lo metió en el cajón y salió de su despacho.

Le dijo a su secretaria que iba a salir. Ella le respondió con un asentimiento inexpresivo. Las relaciones entre ellos se habían congelado desde el incidente del té caliente. «¡Fue un accidente!», había intentado el inspector Zhao explicarle a todo el mundo en la comisaría.

En la escalera se tropezó con uno de los jóvenes cadetes que aquel día quisieron invitarle a una cerveza.

–¿Qué, todo preparado para el caso estrella del lunes? –preguntó el cadete alegremente.

–Ah, sí.

–Debe de estar usted cansado de que todo el mundo le hable de eso, ¿eh? –dijo el joven, dándole con el puño, y se rió.

–Ja –dijo el inspector Zhao riéndose también.

–Buena suerte –el joven cadete le dijo adiós con la mano y subió los escalones de dos en dos.

El inspector Zhao se dirigió hacia abajo con la cabeza gacha. Aquel joven acababa de quitarle el poco optimismo que le quedaba.

Cuando llegó al final de la escalera torció a la derecha y recorrió el pasillo hasta el

despacho de la inspectora Hua. La puerta estaba entornada. Llamó con los nudillos.

–Hola –dijo la inspectora levantando la vista desde detrás de su mesa.

El inspector Zhao se quedó en el umbral de la puerta.

–Aquí se está mucho más fresco.

–Será porque este edificio es de ladrillo.

Él asintió.

–¿Vas a entrar?

El inspector Zhao no sabía lo que quería, así que se quedó donde estaba, con las manos en los bolsillos.

–Es casi la hora de comer –dijo la inspectora Hua–. ¿Te apetece que vayamos a algún sitio?

–Vale.

«¿Cómo se las apaña esta mujer para mantener el despacho así de limpio y ordenado?», se preguntó el inspector Zhao, como si no se hubiera sorprendido de eso mismo cada vez que había entrado allí.

La inspectora Hua le echó la llave a su puerta. Salieron juntos.

La comisaría tenía su propia cafetería, que era donde comía normalmente el inspector Zhao. Cuando estaba recién llegado de Dashanzi comía casi siempre solo. No conocía a nadie y al parecer nadie tenía interés en conocerle a él. Pero desde la redada fallida, y ahora con lo del asesinato, ir a la cafetería le resultaba abrumador y a veces insoportable.

Durante un tiempo se había traído la comida de casa. La fiambrera japonesa que su mujer compró cuando él estaba en el hospital resultaba útil de verdad. En ella había comido magro de carne con sopa de arroz y huevos milenarios, ensalada de tallarines fríos, arroz frito con huevo y cerdo del revés. Sin embargo, al cabo de algunos días, su mujer protestó. Prepararle la comida era una cosa más que tenía que hacer antes de salir para el turno de noche.

–¿Vamos al mismo restaurante al que fuimos la última vez? –sugirió la inspectora Hua mientras iban por la calle.

–Muy bien.

Fueron andando en medio del calor, ahogándose en sus uniformes. Mi Pueblito era un restaurante pequeño escondido detrás de un viejo árbol inclinado. Puede que fuera ésa la razón por la que lo frecuentaba tan poca gente. El señor y la señora Pan eran los dueños. El señor Pan se encargaba de cocinar. La señora Pan se dedicaba a alentar el cotilleo y prodigar consuelo.

–¡Bienvenidos, Camaradas! –saludó la señora Pan cuando vio entrar a los dos inspectores.

El inspector Zhao se sintió aliviado al ver que el restaurante estaba vacío. Se sentaron a una de las seis mesas que había. La inspectora Hua puso sus largas manos sobre la mesa y esperó. El inspector Zhao se encendió un cigarrillo.

La señora Pan les trajo la carta: una sola hoja de papel. La inspectora Hua la estudió punto por punto.

–Yo voy a tomar ensalada fría de pepino de mar, berenjenas guisadas y carne de vaca doblemente picante con judías verdes –dijo.

El inspector Zhao recorrió la carta con los dedos.

–Yo voy a tomar pollo Gongbao, me parece, y una botella de cerveza Qingdao.

La inspectora Hua se le quedó mirando. El inspector Zhao se encogió de hombros como diciendo que uno tiene derecho a ir a un restaurante y no tener hambre.

La señora Pan recogió las cartas y se fue. El inspector Zhao vio por el rabillo del ojo que antes de entrar en la cocina se volvía para mirarles.

–Hoy te invito yo a comer –dijo la inspectora Hua.

–¿Por qué?

–Estoy de celebración. Mi hijo ha conseguido el certificado de aprendizaje.

–No sabía que tenías un hijo.

–Tiene diecisiete años. Va a ser mecánico. Su padre es contable. No puede entender por qué a su hijo no le ha dado por estudiar. Según piensa ha salido más a mí que a él. Xiao Xiao quiere ver contento a su padre. Le llamamos Xiao Xiao porque cuando nació era muy pequeño. Ahora es grande, una cabeza más alto que su padre. Un joven grandullón decepcionado de sí mismo.

El inspector Zhao la escuchaba, fumando, sin saber qué hacer con toda aquella información personal que la inspectora Hua parecía haber decidido confiarle. Nunca había pensado en ella como una madre o una esposa. En realidad, nunca había pensado en ella como nada que no fuera una agente de la policía. Que de pronto se pusiera a hablarle de su familia lo dejó helado de sorpresa.

El señor y la señora Pan les trajeron la comida.

–¿Es usted el policía ese famoso? –le preguntó la señora Pan–. ¿El que sale en la foto de los periódicos?

El inspector Zhao sonrió. Nunca sabía qué hacer cuando la gente le reconocía. Últimamente le ocurría con frecuencia.

–Sí –dijo tímidamente.

–Buen trabajo. Es estupendo que los cogieran tan rápido. ¿Cómo supieron quién lo había hecho? Lo hemos leído en los periódicos, pero no lo explican. Son horrendos, esos asesinos. Se merecen que les peguen un tiro a todos –dijo el señor Pan.

La señora Pan sonrió y asintió con la cabeza, secándose las manos en el delantal.

–¿Y nuestras bebidas? –le preguntó la inspectora Hua.

–Huy, me olvidaba de su cerveza –exclamó la señora Pan, y se alejó a toda prisa.

El señor Pan hizo una inclinación y dijo:

–Coman despacio.

El inspector apagó el cigarrillo. Cogió sus palillos y dio con ellos un golpecito en la mesa.

–Ya ves lo que me toca aguantar últimamente. Es ridículo.

La inspectora Hua cogió un par de hileras de rodajas de pepino de mar y las hizo crujir en la boca.

–Ayer fui al hospital a ver a Dong –dijo.

Era una simple afirmación. Lo dijo con la misma calma con que hablaba siempre. Pero él comprendió al instante lo que quería decir. Sintió un cambio, como si un viento frío hubiera disuelto el calor del verano. Un sentimiento que no era capaz de describir, más fuerte, más puro y más agudo que el desasosiego, la ira o el desconcierto, se instaló en su pecho.

–Está bastante mal –dijo la inspectora.

Vino la señora Pan con sus bebidas. Sirvió la cerveza en un vaso. El líquido frío siseó e hizo espuma.

–A la cerveza le invita la casa –dijo, alcanzándole el vaso al inspector Zhao.

–¡Pan *da ma*!

–Por favor –dijo ella con la sonrisa más amplia que le cabía en la cara.

Aquella comida le pareció al inspector Zhao la más agradable en muchas semanas. No hablaron ni una sola vez de su caso, cosa que él agradeció. Después de comer se volvieron andando despacio hacia la comisaría. El calor se había intensificado. Las calles estaban blancas y vacías.

La inspectora Hua, como si adivinara lo que estaba pensando, dijo:

–Puedo decirle yo a tu secretaria que esta tarde no vas a volver.

El inspector Zhao le lanzó una mirada a su colega, con la gratitud reflejándosele en los ojos. No dijo nada sino que se limitó a asentir con la cabeza.

–Hasta luego –dijo ella, y continuó andando.

El inspector Zhao dio media vuelta y se fue hacia el lado contrario.

# 41

La enfermera llevó al inspector Zhao a la habitación de Dong y salió llevándose las flores que él le había traído. El inspector se acercó de puntillas a la cama con una caja de bombones y la dejó encima de la mesilla. Cogió una silla y se sentó.

Contempló aquella cara, que solía ser tan expresiva, ahora desprovista de vida. Se acordó de la primera vez que la vio, estirando el cuello para mirar al recién llegado. Tenía una chispa en los ojos ya entonces, cuando nada podía saberse del futuro. Se acordó del momento en que entró en el despacho del comisario Chen, del brillo especial que traía consigo y que había dado a su vida. Pensó en la noche de la redada, en el zumbido de las farolas de la calle, su silueta, su sombra solitaria...

El doctor le dijo que estaba en coma. Las heridas se le estaban curando pero su corazón al parecer seguía buscando el camino de vuelta a la vida.

–Hola –la llamó, suavemente. Estaba arropada con una sábana blanca y conectada a máquinas.

Ella no sabía que él estaba allí, esperando, para pedirle perdón y para contarle su historia. Lo que le habría gustado era dibujarle un mapa de su vida y enseñarle dónde había estado y de qué estaba hecho. Le habría gustado contarle cosas que no le había contado a nadie. Le habría gustado que ella conociera hasta el último detalle de su existencia, si era capaz de escucharlo.

–No sé qué pensarías de mí antes, si es que has pensado alguna vez en mí. Pero sé que cuando te despiertes, cosa que espero que hagas, me vas a odiar. No te echo la culpa. Yo he metido la pata. Debería haberte protegido. Lo siento. Ya sé que con eso no basta. Pero, aun así, lo siento.

»Me habría gustado venir antes a verte. Pero primero estabas en cuidados intensivos. Luego me sacaron a mí del hospital. Me necesitaban en la comisaría. Sí, ya sé que eso no es excusa. Cuántas veces usamos los hombres el trabajo como pretexto. He estado muy ocupado... Te prometo que es verdad. El caso de asesinato en el que estoy trabajando es uno de los más gordos que han pasado por nuestra comisaría. Es demasiado gordo para mí, y puede que para la propia comisaría. De todas formas el comisario Chen está contento. Sale su foto en los periódicos y se codea con los grandes jefes del Ayuntamiento y el Ministerio.

»Hemos ejecutado ya a seis de ellos. Bueno, claro, que tú no sabes de qué va el caso. Una empresa de productos farmacéuticos chinos contrató a un detective privado para que investigara a un empresario que los estaba estafando. Al detective le dieron una paliza y lo mataron. El cuerpo lo tiraron en unas obras.

»A los matones les han pegado un tiro en la nuca. Los propietarios del negocio, el señor Li y Beihe Song, que es el heredero de la empresa de productos farmacéuticos, van a ir a juicio el lunes. Todo el mundo está encantado. La gente nos aclama. El Ayuntamiento y el Ministerio están aliviadísimos. Y el comisario Chen, pues ya sabes tú cómo es. El juicio va a ser una exhibición.

»¿Que por qué no estoy contento? Pues déjame que te lo diga... Porque soy un

aguafiestas. Nos acaba de llegar la autopsia del laboratorio del Ministerio. Fija la hora estimada de la muerte entre las dos y las cinco de la mañana. ¿Sabes lo que significa eso? Significa que a Qiu Gang no lo mataron en el almacén. Y hay otra cosa que no tiene sentido: tenía hierba en las heridas.

»¿Qué tengo que hacer yo? ¿Prendo la mecha y me cargo mi carrera? Al final no va a servir para nada, ¿sabes? Esto se ha convertido en un asunto político. No me estoy enterando ni de la mitad. El señor Li estaba metido en algo muy peligroso. Pero se le ha acabado el tiempo. Alguien quiere una condena rápida y verlo muerto.

»Hombre, se merece morir. Es un criminal de verdad y no se va a rehabilitar nunca. Y Beihe Song también se merece morir. Es un tipo de la peor especie, egoísta, cruel, inmoral y presuntuoso. ¡Les robaba a sus propios padres! En cierto modo es hasta peor que el señor Li. Por lo menos el señor Li se dedicaba algo. Pero ¿qué hacía Beihe Song? Nada más que despilfarrar, estafar, jugarse el dinero, mentir y andar con prostitutas.

»Estoy enfadado. Tienes razón. Y eso no es bueno. Igual es que estoy demasiado sensible últimamente. Me preocupo demasiado. Pienso en las cosas que hacen que valgamos la pena, sabes, el amor a la verdad, el honor, el valor, ese tipo de cosas. Eso fue lo que a mí me enseñaron. ¿Qué pretenden?

»Llevo un tiempo sin dormir bien. Mi hija y yo nos hemos distanciado. No tiene más que once años pero ya va mal en el colegio. Se junta con compañías bastante cuestionables. Estoy preocupado por ella. Ni que decir tiene que cuando un niño hace las cosas mal la culpa es de los padres. Tanto su madre como yo trabajamos demasiado. Su madre, mi mujer, se ha metido a trabajar en el turno de noche para ganar más dinero. Sale de casa antes de que yo llegue y vuelve por la mañana cuando ya me he ido. Igual lo que quiere es no encontrarse conmigo. No lo sé. Ya no la veo nunca. Nos dejamos notas el uno al otro.

»Ésa no es forma de vivir, ¿a que no? Desde luego no es la vida que yo me había imaginado. Mi padre siempre decía que mientras uno trabaja, está feliz. Yo llevo toda mi vida trabajando. No robo. No me juego el dinero. No deshonro a mis antepasados. Pero ¿dónde está mi felicidad?

»Perdóname. No sé por qué soy tan cascarrabias. La gente parece que se apaña con lo que hay. ¿Por qué tengo yo que ser diferente? Mira lo que te ha pasado a ti. La inspectora Hua tenía razón: a veces perdemos la perspectiva. Te he traído flores y bombones. Es una estupidez, ya lo sé. No puedes ver ni comer. Ni siquiera sabes que estoy aquí. No puedes oír lo que te estoy diciendo –el inspector Zhao paró de hablar.

Extendió su mano para tocar la de ella.

# 42

Mei condujo el BMW a todo motor por la carretera, dejando al hospedero envuelto en una nube de polvo.

–Gupin, cuéntame qué ha pasado. He estado toda la noche preocupada. La próxima vez te traes un teléfono móvil.

–Estoy bien –dijo Gupin, que al parecer estaba tan tranquilo como el día anterior, aunque peor afeitado–. Por lo visto el tipo que salió persiguiéndote me dejó a mí solo.

–¿Estás seguro?

–Supongo que sólo les interesabas tú.

–Bueno, eso es muy halagador, pero no tiene sentido. Habría preferido que lo dejaras. No he podido pegar ojo en casi toda la noche.

–Estaba haciendo progresos.

–¿Qué has averiguado?

–¿Quieres que te cuente los detalles?

–Sí, todos.

–Cuando tú te marchaste, estuve charlando con el hospedero. Mi acento de Henan le debe de haber causado auténtica impresión. Me preguntó qué cargo tenía en mi comarca. Le dije que era vicepresidente del comité revolucionario. Me respondió que parecía muy joven para eso, como haciéndome la pelota. Le pregunté si había algún lugar cerca donde pudiera comprar regalos. «¿Qué tipo de regalos?», me preguntó. «Joyas», le dije. «Según me han dicho, aquí en Pekín lo que hay que comprar es oro.» Cuando me llamaste estaba fuera, dándole un repaso a la zona.

–¿Y qué tal?

–¿A ti qué te parece? Esto es el Barrio Sur. No había mucho movimiento, ni siquiera a la hora de cenar. Encontré tres salones de masajes, uno a continuación del otro, en la calle principal.

»Al volver al hostal vi un minibús que traía a un grupo de hombres trajeados. Parecía que acababan de salir de una reunión. Saludé al hospedero, y él me preguntó por mis compras. Le dije que había visto los tres salones de masajes. Que igual les hacía una visita más tarde, cuando abrieran. Dijo que no iban a abrir por el momento. Que había habido una Limpieza de lo Amarillo hacía poco. Pregunté por las chicas que daban los masajes. Me dijo que no me iban a gustar. «No se lo diría si no fuera usted tan joven. Pekín no es Henan», dijo, «la gente de su posición no va a salones de masajes. Hay chicas que pueden venir al hotel, chicas jóvenes, guapas. Yo se las busco», me dijo. También me dijo que me habías llamado.

–Por eso no querías irte.

–No iba a tirar por la borda una ocasión como ésa. Subí a mi habitación y esperé, pero no pasó nada. Al cabo de una hora volví a bajar a la planta baja, pero el hospedero se había marchado. Fui a la sala de la televisión. Había un grupo de huéspedes. Estaban viendo *Matriarca de Tong Ren Tong*, con Liu Xiaoqing, el episodio número veintinueve. Eran de la

provincia de Liaoning, y habían venido en viaje de estudios. Les pregunté si sabían de algún sitio para «divertirse». No sabían nada.

Acababan de girar y se dirigían hacia el norte por la carretera de circunvalación. Había un hotel de cinco estrellas en construcción. En la obra, una valla publicitaria prometía que iba a ser más glamouroso que sus vecinos.

–Más tarde encontré al hospedero en su oficina. Cuando me vio puso cara de que lo sentía. Dijo que no era posible. Yo le dije que tenía que pasar unos días más en Pekín, aunque en otro hotel. Que sólo quería un número de teléfono y que estaría encantado de pagar. Dijo que, sintiéndolo mucho, no dependía de él. Le dije que se lo pensara. En mitad de la noche bajé a la planta baja y me intenté colar en su oficina.

–No me digas.

–Sabía que tenía sus cosas guardadas en el cajón del centro de su escritorio. La cerradura era de esas normales que yo sé abrir con un trozo de alambre. Por desgracia el candado de la puerta no fui capaz de abrirlo tan fácilmente. Lo tuve que dejar. No quería arriesgarme a que apareciera alguien, ni romper la cerradura de forma que el tipo se alarmara. Por la mañana me presenté con mi equipaje en la oficina. Tú ya estabas en camino. Saqué el dinero que me habías dado y le dije que agradecería no tener que marcharme con las manos vacías. Pensé que, dada la cantidad, o el tipo empezaba a sospechar o se arriesgaba.

–¿Y qué hizo?

–Me dio el teléfono de las chicas. Anna y Leila.

Mei sonrió. Se volvió a mirar a su ayudante, cuyo rostro cincelado resplandecía de orgullo.

Wudan no pareció emocionarse mucho al oír la noticia.

–No sé cómo las vamos a convencer de que testifiquen, aun en el caso de que las encontremos.

–¿Tú les puedes dar dinero? –preguntó Gupin.

–Nada de dinero, o si no el juez no admitirá el testimonio. Tienen que ir a testificar por su propia voluntad, o porque las hayan citado judicialmente. La citación judicial no la vamos a conseguir, sobre todo con tan poco tiempo. Y aunque la consiguiéramos, las chicas podrían largarse sin más... Irse de la ciudad, desaparecer. Y la policía no iba a poder hacer nada.

–O no iba a querer.

Gupin y Mei se quedaron callados. Toda su emoción se vino abajo.

–Tenemos que intentarlo –dijo Mei.

–Podemos intentarlo. Pero también tenemos que ser realistas. No por esforzarnos más vamos a ganar el caso... al final, lo que cuenta es el resultado.

Mei sintió que nunca había estado tan deprimida.

# 43

Jin llevaba un sencillo vestido de algodón, zapatos planos y el pelo suelto por los hombros. El color castaño claro de sus ojos ponía de relieve su vivacidad. Había reservado una suite en el Hotel Gran Muralla, que era moderno y limpio. La idea de encontrarse allí con Anna y con Leila había sido suya. Ella, como esposa y madre, se encargaría de convencerlas.

–¿Un poco de té? ¿Unos pasteles? –le preguntó a Mei, que estaba sentada en el sofá con Wudan. Jin no era capaz de quedarse sentada. A pesar de su elegancia, una sombra flotaba sobre ella, como un soplo de aire.

–Gracias –Mei cogió un trozo de tarta.

–Me tengo que disculpar por su forma de comportarse y pedirles que le perdonen –dijo Jin.

Wudan parecía nervioso. No paraba de cambiar de postura los pies.

–¿Creéis que me harán caso? Tampoco les voy a decir que amo a Beihe. Pero Ben Ben necesita a su padre. Él quiere muchísimo a Beihe. Sería una crueldad privarle de él. Es sólo un niño.

Se acercó a la ventana y escudriñó la ciudad que estaba a sus pies. El vestido se curvó por donde su espalda se estrechaba.

Mei se preguntó si estaría viendo el tráfico de la carretera de circunvalación. ¿Sabría ella que los domingos hay menos tráfico de lo normal? Al fin y al cabo, aquélla no era su tierra, sino la ciudad por la cual su marido la había abandonado. ¿Se sentiría sola y abandonada, por más que estuviera rodeada de lujos? ¿Qué estaría contemplando, qué sentimientos la asaltarían en aquel momento, mientras esperaba para encontrarse con las prostitutas con las que su marido la había traicionado?

Mei miró a Wudan, que estaba con la cabeza baja. Ojalá a él se le ocurriera algo para disipar la tristeza de aquella mujer.

Al cabo de un rato, Jin se acercó al sofá, pero no se sentó.

–Me gustaría echarles una mano cuando todo esto haya pasado. ¿Eso se lo puedo decir? –se lo estaba preguntando a Wudan–. Sabes que tengo medios para hacerlo. Se pueden marchar y vivir de forma honorable en algún lugar.

–No sé por qué no ibas a poder, siempre que no hagas de eso condición para que testifiquen.

Jin se sentó.

–¿Cuánto dinero crees que costaría? –dijo una cantidad. Wudan asintió–. Supongo que querrán casarse y tener hijos –continuó Jin.

Sonó el teléfono. Las dos mujeres miraron a Wudan. Él se levantó del sofá y lo cogió.

–Están abajo –dijo–. Voy a bajar a recogerlas –cogió la llave de la habitación, sin la cual no se podía usar el ascensor, y se marchó.

–Tú las conociste –le dijo Jin a Mei, buscando con la mirada, pensó Mei, alguna muestra de simpatía o de consuelo.

–No se pueden comparar con usted –dijo Mei.

Jin se rió.

–Eres un encanto, pero eso no me preocupa. Me da lo mismo con quién se acueste mi marido. ¿Tú crees que podré convencerlas?

–Si alguien puede, es usted.

–¿Y Wudan? ¿Qué crees que le parece a él?

–No sé si está muy convencido.

Jin asintió.

–A veces le cuesta creer en las cosas. Pero eso es lo que me gusta de él. Siempre tiene los pies sobre la tierra, y me ayuda a mí a tenerlos.

–Es prudente y se piensa mucho las cosas.

–¿Te gusta?

–¿Que si me gusta? –«¿Qué quiere decir?», pensó Mei. «¿Qué sabe ella? ¿Le habrá contado Wudan algo?» Mei sintió un calor en la nuca.

–Es encantador, ¿no te parece?

–Sí –dijo Mei.

Jin hizo un mohín.

–Wudan dice que eres muy inteligente. Has estudiado en la Universidad de Pekín. Ojalá yo hubiera podido ir a la universidad; habría tenido otras posibilidades en la vida.

–No hace falta ir a la universidad para ser inteligente. Desde luego, la universidad no le hace a uno inteligente.

–Cuando yo tenía dieciocho años, no había universidad a la que ir. Tuve suerte de que no me mandaran al campo a trabajar. Gracias a Dios, la Revolución Cultural acababa de terminar. Yo hice lo mejor que podía hacer: concertar un buen matrimonio –se sirvió un té–. Pero a veces, por más planes que uno haga...

–No tiene usted por qué seguir con Beihe.

Jin se rió.

–¿Y qué hago? ¿Adónde voy? ¿A buscar un trabajo? Nunca he trabajado más que para la familia Song y su negocio. Por más que me duela, la Casa del Espíritu Dorado ha sido mi casa. Mis padres son pobres y se están haciendo viejos. Necesitan mi ayuda. Tampoco puedo dejar a Ben Ben, aunque él a mí no me quiera –se recostó hacia atrás y cruzó las piernas hacia el lado contrario–. Sabes, yo no tengo posibilidad de elegir, pero tú sí. Es bueno estar soltera y ser independiente.

–Yo no estoy tan segura de que eso sea verdad.

La puerta se abrió. Entró Wudan con dos mujeres, muy maquilladas las dos, con vestidos ceñidos y tacones altos. Al ver a Mei y a Jin torcieron el gesto.

Mei gritó:

–¡Pero vosotras no sois Anna y Leila!

–¡Pues no! –replicó una de ellas, mirando a Mei de arriba abajo–. Ni ganas que tenemos.

–Es lo mismo que les he dicho yo –explicó Wudan.

–Pero ¿esto qué es? –murmuró la segunda prostituta, más joven, agarrándose del brazo de su compañera.

–¿Dónde están Anna y Leila? –preguntó Jin.

–Dicen que no lo saben –respondió Wudan por ellas.

–No conocemos a nadie que se llame así.

–Pero si habíamos preguntado especialmente por ellas –dijo Mei.

Las dos prostitutas se miraron. Llevaban los labios pintados de un rojo chillón.

–Nosotras no sabemos nada –dijo la mayor de ellas–. Llamad a nuestro jefe.

Wudan llamó y tuvo un rifirrafe con quien hubiera al otro lado de la línea. Cuando colgó les dijo a las dos prostitutas que se marcharan.

–¿Y quién nos va a pagar?

–Eso no es problema nuestro.

–Pero hemos venido.

Jin sacó dinero de su cartera y se lo dio.

La mayor de las dos mujeres contó los billetes. Tiró del brazo de su pupila y se la llevó por la puerta.

–¿Qué ha pasado? –preguntaron Mei y Jin.

–A Anna y a Leila no las encuentran. Han desaparecido.

Bajaron y se quedaron los tres en el vestíbulo. Wudan dijo que iba a llevar a Jin a su hotel.

–No te pongas tan seria. Ya sé que nos hemos llevado un chasco, pero qué le vamos a hacer. Olvídate, Mei.

Jin le acarició a Mei el brazo.

–En todo caso era sólo una posibilidad remota.

–Has hecho un trabajo estupendo para que llegáramos hasta aquí –dijo Wudan–. Pero Jin tiene razón. Vamos a tener que defender a Beihe sin ellas. Vete a tu casa y descansa un poco. Mañana empieza el juicio.

Mei contempló cómo Jin y Wudan salían por la puerta giratoria.

Ella no sabía adónde ir. No había previsto que el día pudiera pegar aquel vuelco. Todo lo que habían dicho Jin y Wudan era verdad. Lo mejor era que se olvidara y siguiera adelante. Ella no tenía la culpa. Más aún: si habían llegado tan lejos era gracias a ella... Lo había dicho Wudan. Él sabía lo que habían pasado Gupin y ella. Pero no le resultaba fácil. Ella había cumplido perfectamente con su parte. ¿Por qué se sentía tan mal?

Cuando era adolescente, su madre solía decirle: «No empieces nada que no vayas a ser capaz de terminar». La forma que tenía de decirlo hacía pensar a Mei que su madre prefería que ni lo intentara. Su madre decía que sería mejor que Mei hiciera menos cosas, pero que las hiciera bien; sin duda, la retórica habitual en una madre. A Mei le parecía que su madre creía que ella tenía expectativas poco realistas de sí misma, sueños de grandeza.

Se dirigió al bar del hotel. Necesitaba sentarse y ocupar las manos con algo, como un vaso, para poder deprimirse por su fracaso.

El bar tenía asientos de cuero naranja y lámparas de techo en forma de hongo. Se sintió como en una película, en una nave espacial, en algún punto del futuro. Vio a las prostitutas sentadas a una mesa, esperando a que vinieran a recogerlas.

«Quien no arriesga, no gana», pensó Mei. Se acercó a ellas.

–¿Puedo hablar con vosotras, por favor? –se sentó en un asiento vacío que había a su lado–. Necesito vuestra ayuda. Por favor, escuchadme. La vida de un hombre está en peligro y sólo Anna y Leila pueden salvarle. ¿Sabéis el caso del detective privado al que asesinaron? ¿Habéis oído hablar de él? Uno de los hombres que están acusados de matar al

detective, Beihe Song, estaba con Anna y con Leila aquella noche. No estuvo en el lugar del crimen ni mató a nadie. Por favor, ayudadme a encontrarlas.

–Nosotras no las conocemos.

–Pues yo creo que sí. No le habrían dado el trabajo de Anna y Leila a alguien que no pertenezca al mismo grupo de alta categoría. Yo creo que sabíais que este trabajo era para Anna y Leila. Ha tenido que ser muy fuerte para vosotras encontraros con nosotros tres en la habitación del hotel. Vosotras no sabíais lo que estaba ocurriendo. Pero os acabo de contar por qué las buscamos. Creedme, os lo pido. Yo conocí a Anna y a Leila en el Susie Wong. Parecían chicas majas, sobre todo Leila, que era tan joven. ¿No sabéis qué les ha podido pasar? Mira, no os estoy amenazando, ¿verdad? Vosotras sois dos y yo soy una. Podéis decirme la verdad. No sé cómo os llamáis ni os lo pienso preguntar. Y estoy más que deseosa de pagaros por la información.

Mei se detuvo a coger aliento y esperó a ver si había logrado que le hicieran caso.

La mujer más joven miró a su jefa.

–¿Y tú quién eres? –preguntó la mayor.

–Trabajo para el abogado de Beihe Song.

Vino un camarero y Mei le pidió un té con hielo.

–Lao Er debe de estar a punto de llegar –murmuró la más joven. Mei pensó que estaba hablando de su chulo o de algún ligue.

–Decidme dónde puedo encontrar a Anna y a Leila y os podéis quedar con esto –Mei sacó de su bolso un fajo de billetes. Era lo que había sobrado del fondo para pagar el hostal. Lo llevaba encima porque pensaba devolvérselo a Wudan.

–Salieron ayer a un trabajo, pero no volvieron. Le oí al jefe decírselo al conductor. Todas tenemos miedo. Somos muchas haciendo este tipo de trabajo. Mi hermana y yo no queríamos salir hoy, pero el jefe nos ha obligado.

–¿Sabéis adónde fueron?

–Al Susie Wong.

–Hermana, ahí veo a Lao Er.

–Dame el dinero –la mayor de las prostitutas agarró los billetes y se los metió en el sostén.

Se levantaron y se marcharon a toda prisa.

El camarero le trajo a Mei su bebida. Ella cogió el largo vaso por el borde y bebió un sorbo de aquel jarabe exageradamente dulce.

# 44

A las diez en punto de la noche, Mei entró por la puerta negra de la calle Oeste del Parque de Chaoyang al Mundo de Susie Wong. A pesar de que era domingo por la noche, estaba lleno. La mayor parte de las mesas y las camas estaban ocupadas. Aquí y allá se oían risas y el sonido de los dados al agitarlos en cubiletes de bambú. Mujeres vestidas con vestidos atrevidos se inclinaban sobre sus cócteles ofreciendo un cariño vacío en chino, en inglés, en ruso, en alemán... El aire olía a una mezcla de alcohol e incienso.

Steve estaba más en forma que nunca, ocupándose de la barra y de los tipos que había tras ella, comprobando los pedidos, charlando con los clientes.

–Eh, Mei. ¿Qué viento te ha vuelto a traer por aquí? –Steve se acercó a ella. Llevaba el pelo de punta más brillante aún de lo habitual. Se enganchó del brazo de Mei y la llevó hasta la barra.

–Te veo muy ocupado.

Steve se tocó los pinchos del pelo.

–A simple vista puede parecer que está lleno, pero luego tampoco es tanto. ¿Quieres tomar algo? ¿Un Cosmo?

–Vale.

Steve llamó con la mano a un barman y se lo pidió.

–¿Dónde estuviste anoche? –le preguntó Mei.

–Pues aquí, como todas las noches.

–¿Te acuerdas de si viste a aquellas dos mujeres de las que te hablé? ¿A las que te pedí que les echaras un ojo? Anna y Leila... sabes quiénes son, las prostitutas que estoy buscando.

–Sí. Estuvieron aquí anoche.

–¿Y por qué no me llamaste?

–Cuando las vi me dije a mí mismo: tengo que llamar a Mei. Pero luego se me olvidó. Ahora que te veo me he vuelto a acordar.

Llegó la bebida de Mei.

–¿Con quién estaban?

–Con un tipo, de estatura media, más o menos joven, más o menos atractivo, pero no era mi tipo... demasiado acicalado.

–¿Lo habías visto antes?

–Es posible, pero no sé. Pasa demasiada gente por este garito. No es de los que vienen siempre, eso seguro. ¡Eh, ésa no es forma de hacer un Buda Flambeado! Discúlpame un minuto –y se alejó a toda marcha.

Volvió diez minutos más tarde, secándose las manos con una servilleta.

–Es difícil encontrar buenos camareros últimamente.

–Háblame de Anna y Leila. ¿Qué hicieron?

–¿Que qué hicieron? –exclamó–. Estuvieron hablando. Me dio la impresión de que estaban un poco nerviosas. Hay formas y formas de hablar: tú ya me entiendes. El tipo no sé a qué se dedica. Debe de ser rico o famoso, pero no de los de la televisión, porque si no

yo lo conocería. La televisión me encanta. Por cierto, ayer vi el programa de tu hermana. Te puedo decir que fue el mejor de todos los que ha hecho hasta ahora. Yo lloré y todo. Bueno, ¿le has dicho lo mío? Más vale que no te olvides. Que yo aquí me estoy dejando la piel por ti. Dile que me encanta su programa, ¿quieres? Bueno, dile que me encanta ella también.

–¿Qué pasó después de que estuvieran hablando?

–Ay, Mei, pues qué iba a pasar. Se fueron, a casa, a la cama... yo qué sé, lo que te quieras imaginar.

–Prométeme una cosa –le dijo Mei.

–¿Qué?

–Que me vas a llamar si vuelves a ver a Anna y Leila, o al tipo que iba con ellas. ¿Lo reconocerás?

–No estoy seguro.

–Inténtalo. Es importante. Y no te olvides de llamarme.

Steve le apretó la mano a Mei.

–Consígueme una invitación para el programa de tu hermana.

# 45

El juicio contra Beihe Song y el señor Li, acusados de asesinar a Qiu Gang el día 14 de junio, ha comenzado hoy en los Tribunales del Pueblo de Pekín ante un comité de jueces. Se espera que dure cuatro días y no se permite el acceso al público. Si son hallados culpables, los acusados se enfrentan a la pena de muerte.

El inspector Zhao enrolló el periódico y se lo metió debajo del brazo. Se limpió la nariz con un pañuelo. Como volviera a llamarle alguna empresa de construcción, pensó el inspector Zhao, le iba a pasar el auricular a su secretaria y se iba a largar para su pueblo. En aquella maldita ciudad, donde todo se achicharraba en verano y se congelaba durante meses en invierno, los edificios en construcción eran las tumbas. Los trabajadores de provincias se lanzaban desde ellos a la muerte cuando no les pagaban su salario. Los amantes suicidas saltaban de la mano. En sus fosas se arrojaban cadáveres para ocultar los crímenes.

El inspector Zhao se acercó a donde sus detectives le esperaban. Los trabajadores se apelotonaban para mirar, a lo largo de las pasarelas de sus viviendas improvisadas, al borde del hoyo. El sol ardía en el cielo. «Ya he tenido bastante de los mismos días de sol, el mismo calor y las mismas muertes.»

–Son dos mujeres –dijo uno de los policías al ver al inspector Zhao.

El inspector Zhao asintió.

Los uniformes se apartaron para abrirle paso. Vio los cuerpos al pie de la torre a medio construir, blancos y desnudos como guijarros deslavados en la orilla. Buscó su pañuelo.

–¿Está el equipo forense en camino?

–Están viniendo.

Rodeó los cuerpos. No llevaban mucho tiempo muertas. La piel todavía tenía elasticidad, aunque habían acudido las moscas.

–¿Qué le parece a usted, jefe? ¿Suicidio?

Le sorprendería que se hubieran matado ellas mismas. Había aprendido de su instructor de la academia de policía y de su propia experiencia que las mujeres al parecer prefieren una muerte más lenta, más doméstica, un veneno por ejemplo, a saltar de un piso número veinte.

Pero aquello era la ciudad. Habían ocurrido muchas cosas que él no era capaz de comprender. A saber lo que eran capaces de pensar o hacer las jóvenes de hoy en día. Él no entendía ni a su hija de once años. Una de las mujeres muertas parecía muy joven, tenía la cara y el cuerpo de una niña de catorce años. Igual habían decidido las dos desnudarse y declarar la muerte al mundo.

–¿Habéis encontrado la ropa?

–Sí, en lo alto del edificio.

Subieron en el montacargas. Traqueteaba y temblaba como si de un momento a otro fuera a desprenderse y caerse al suelo. A través de la rejilla de alambre vieron la ciudad, primero las casas bajas, los callejones estrechos y las calles abarrotadas, luego una vasta

masa urbana de calles, edificios y azoteas, aquí un templo, allá un palacio, el centelleo del sol, la fealdad derrotada.

«Polvo eres», pensó el inspector Zhao.

En la azotea, donde se amontonaban las vigas y las columnas, estaba todo sucio. El inspector Zhao se quedó mirando las prendas tiradas por el suelo: vestidos, pantys y sujetadores. Había un montón de huellas, incluidas las suyas propias, añadidas ahora. «Esto es un desastre», pensó. Miró si había sangre o señales de lucha.

–Ya está aquí el equipo forense –dijo uno de sus hombres, llegando en el ascensor.

–Ya era hora. Vamos a hablar con ellos.

El doctor Hu y su ayudante, con sus batas blancas y sus mascarillas, eran el equipo forense al completo. La joven, con la concentración de una equilibrista, se puso a examinar los cadáveres con sus instrumentos.

–¿Dónde están todos los demás? –preguntó el inspector Zhao.

–En una ceremonia de entrega de premios del Ministerio.

–¿Y tú por qué no has ido? Eres el director.

–Ha ido el comisario Chen con mi equipo. Cuanto más viejo me hago, más me cuesta aguantar sentado esas ceremonias de entrega de premios. Duran siempre un siglo, con tantos discursos. Yo prefiero quedarme a vigilar la trastienda.

–¿Qué te parece? –dijo el inspector Zhao mirando a los cuerpos.

–Desastroso, ha pasado ya demasiada gente por aquí.

–Las encontraron los obreros.

–¿Dónde está su ropa?

–En la azotea.

–¿Y qué más hay ahí?

–Suciedad, me temo.

–Una doble muerte, justo cuando está todo el mundo fuera.

–¿Para cuándo me puedes tener los resultados?

–Para mañana como muy pronto, y estoy hablando sólo de lo básico.

–¿Te puedo llamar luego?

–Por lo que más quieras.

–Me gustaría tenerlas identificadas lo antes posible.

–No hay ningún problema, si están en la base de datos; pero si no...

–¿Qué piensas que ha sido?

–Un doble asesinato, o un doble suicidio, quién sabe. Estoy ya demasiado viejo. Ya no entiendo el mundo en que vivimos.

«Pero ¿en qué clase de mundo vivimos?», pensó el inspector Zhao, encendiéndose un cigarrillo. Estiró las piernas y se echó hacia atrás. No alcanzó a ver estrellas en el cielo. Su mujer, mucho antes de empezar a trabajar en el turno de noche, había dejado de limpiar el balcón y había preferido ir amontonando cada vez más trastos en aquel espacio de tres metros por uno, como forma de mantener ordenado el apartamento. Desde entonces, él no había vuelto a salir a sentarse en el balcón.

Pero esta vez sacó una silla plegable y despejó entre el polvo un espacio suficiente para colocarla. Aquella noche, pensó, no iba a beber. Se iba a fumar unos cuantos cigarrillos sin

tener que preocuparse de estar atufando el apartamento para disgusto de su mujer. Se dio el gusto, mientras su cuerpo extendido entraba en un trance inmóvil, de dejar que sus pulmones filtraran el humo dulce del tabaco y su mente languideciera.

El doctor Hu se estaba haciendo viejo. Se podía medir lo viejo que se estaba haciendo por lo mucho que rememoraba el pasado. Asesinatos había siempre, siempre los había habido y siempre los iba a haber. Puede que fuera cierto que hacía cuarenta años la gente podía dejar la puerta de su casa abierta y los niños podían salir solos a jugar a la calle, si es que tenían puertas en las casas y un tejado sobre sus cabezas. Puede que en aquellos tiempos las personas fueran más amables unas con otras porque no tenían motivo para matar o robar: no había nada que ganar. La pobreza y la desesperación eran absolutas. Incluso entonces, pensó el inspector Zhao, resoplando con fuerza, la gente se mataba. Los niños se mataban entre ellos en nombre de la revolución. Recordó una historia que le había contado su padre sobre un grupo de Guardias Rojos, chicos y chicas de la escuela del pueblo, que mataron a su maestra metiéndole un atizador al rojo vivo en la vagina.

Pensó en su hija Ren, que estaba durmiendo en su cuarto. Muy pronto iba a ser una adolescente, o puede que ya hubiera entrado en la adolescencia, disimulándola en su oscuro silencio. La gente decía que en estos tiempos modernos los niños maduran temprano. Pero ¿qué era la madurez? ¿Es que era necesario volverse cruel para convertirse en adulto?

Ojalá Ren supiera que él estaba allí para protegerla. Por más que no quisiera hablarle ni mirarle, podía contar con su amor. Él daría su sangre y su corazón por mantenerla a salvo de la crueldad humana.

Se terminó el cigarrillo, se levantó y se metió dentro. Allí estaba el desorden habitual: la colada a medio doblar sobre la mesa del comedor, un plato pequeño de verduras en vinagre y un cuenco con bollos al vapor resecándose. En el sofá había una revista de cotilleo abierta por una página en la que se veía a una joven posando delante de un coche, con una pierna levantada hacia atrás y una gran sonrisa, señalando con el dedo a su propia mejilla. No parecía mucho mayor que Ren.

El inspector Zhao cerró la puerta del apartamento con toda la suavidad que pudo y bajó las escaleras. Los descansillos estaban iluminados con mortecinas lámparas de techo. Las polillas se apretujaban contra la parte de abajo de la pantalla en forma de mazorca. El inspector Zhao oyó la televisión a todo volumen que venía del número siete. ¿Quién vivía ahí? No lo sabía.

Llegó al rellano del vestíbulo. La luz estaba rota. Se encendió otro cigarrillo. Vio en la pared el teléfono comunitario. Alcanzó a vislumbrar los números de teléfono que la gente había garabateado en el muro. La luz de una farola de la calle entraba en el edificio, proyectando en el suelo un resplandor.

El inspector Zhao descolgó el teléfono y marcó.

–¿Mei? Soy Zhao. Perdona que te llame tan tarde. Espero no haberte despertado.

–No te preocupes, no estaba durmiendo. ¿Qué pasa?

–El laboratorio ha identificado a tus prostitutas.

Se hizo un silencio en el lado de ella.

–¿Cuándo ha sido?

–Anoche.

–¿Tú crees en las coincidencias?

–No –dijo el inspector Zhao–. Por eso te llamo.

–¿Cómo han muerto?

–El examen forense todavía no está completo. Por lo poco que sabemos ahora podría ser cualquier cosa, drogas, juegos sexuales que se tuercen...

–Puede que las mataran porque sabían algo sobre el asesinato de Qiu Gang.

–Es posible –dijo el inspector Zhao.

–¿Tú crees que sabían algo de lo de los rusos?

–¿Cómo te has enterado tú de lo de los rusos?

–Lo sabe medio Pekín.

El inspector Zhao fumó y contempló su sombra. Una mosca volaba en la noche fresca.

–Necesito hablar contigo –dijo.

# 46

Segunda jornada del juicio por el asesinato de Qiu Gang que se celebra en los Tribunales del Pueblo de Pekín. Se espera que la acusación presente sus testigos...

Mei y el inspector Zhao se detuvieron en los escalones de la entrada del Cuartel General de la Policía Municipal y la Policía Armada del Pueblo de Pekín, con el sol calentándoles la cara. El edificio, con sus anchas columnas, sus gigantescos emblemas dorados y sus banderas nacionales rojas, se alzaba tras ellos como un monumento.

El inspector Zhao se tiró del cuello de la camisa y cambió el peso de un pie al otro.

–Qué calor –dijo.

–Sí, ¿eh? –dijo Mei.

El inspector Zhao sacó un paquete de tabaco.

–¿Puedo fumar?

–Yo creo que sí –dijo Mei, con la vista fija en la entrada del aparcamiento.

El inspector Zhao extrajo un cigarrillo, pero se lo pensó mejor y lo volvió a meter. Miró los imponentes edificios y a las hileras de funcionarios que pasaban.

–Mei, tú conoces a gente poderosa.

Mei habría preferido que dejara de preocuparse.

Un Citroen azul se metió en el aparcamiento. Mei lo siguió con los ojos. El coche se detuvo delante de los escalones. De su interior salió el Primo, con la estrella roja resplandeciente en su gorra. Subió en dos zancadas la escalera.

–Hola, Mei –dijo, dándole la mano. Mei le presentó al inspector Zhao.

–Su reputación le precede –dijo calurosamente el Primo, y le dio la mano al inspector Zhao.

Mei contempló el Citroen.

–Fuiste tú quien me siguió desde el hostal.

–Fue uno de mis equipos –el Primo les hizo gesto de que fueran andando con él–. Tenemos ese hostal bajo vigilancia desde hace un tiempo. Ellos no sabían quién eras. Comprobamos la matrícula, pero nos salía un abogado.

–Era el coche de un amigo que me lo había prestado.

–Cuando vi las fotos de la vigilancia les dije que se mantuvieran al margen.

Pasaron por el detector de metales y entraron en el edificio. La altura del techo del vestíbulo y los relucientes suelos de mármol impresionaron al inspector Zhao. Subieron en ascensor hasta el despacho del Primo, en la planta número once.

La secretaria del Primo les trajo un té. Se sentaron alrededor de una mesa. El inspector Zhao hizo un breve resumen de las circunstancias de la muerte de Anna y Leila, que, según se acababa de confirmar, había sido un asesinato.

–Gracias –dijo el Primo cuando el inspector Zhao hubo terminado–. Esto podría ser una prueba importante en contra de Yi el Padrino. Llevamos un tiempo tratando de desmantelar su organización.

–Yo creo que la muerte de las prostitutas está relacionada con el asesinato del detective privado Qiu Gang –dijo Mei–. Ellas eran la coartada de Beihe.

–Yo a quien no creo es a Beihe –dijo el inspector Zhao.

–Es un caso delicado.

–El señor Li tenía negocios con Yi el Padrino. Yi les proporcionaba prostitutas a las *guanxi* del señor Li. Algunos altos funcionarios han resultado estar implicados –dijo el Primo.

–¿Y por qué nosotros no sabíamos nada? –preguntó el inspector Zhao.

El Primo se encogió de hombros.

–Somos una brigada especial. No rendimos cuentas al Ayuntamiento.

–Es posible que Anna y Leila tuvieran información para poner al descubierto a esa gente.

–Esto podría ser lo que necesitábamos para acabar con la organización de Yi el Padrino. Llevamos dos años intentándolo. Ya nos falta poco –dijo el Primo.

–A Anna y a Leila las vieron en el Susie Wong la noche en que las mataron. Se encontraron allí con un tipo y se fueron con él.

–¿Hay testigos?

–Estamos intentando que el encargado del bar nos dé una descripción.

–El dibujante de retratos robot viene para acá.

–¿Y qué pasa con el lugar del crimen? ¿Alguien vio algo, un coche, por ejemplo?

–Mis agentes de protección ciudadana están hablando con la gente –dijo el inspector Zhao.

–Voy a movilizar a la Brigada Especial Antiamarilla –dijo el Primo.

–Lo que cuenta es el tiempo –dijo Mei.

# 47

Mei y el inspector Zhao estudiaron detenidamente diagramas, planos, fotografías e informes del laboratorio.

–Las pruebas del laboratorio del Ministerio sitúan la hora estimada de la muerte entre las dos y las cinco de la mañana, y eso parece indicar que a Qiu Gang no lo mataron en el almacén sino en algún otro sitio, más tarde.

–Si en el almacén no estaba muerto, ¿por qué los matones que trabajaban allí confesaron que lo habían matado?

–Igual no sabían que no estaba muerto. Le habían dado una paliza. Pensarían que lo habían matado.

–Pero si no fueron ellos, ¿quién fue?

–Eso es lo que tenemos que averiguar.

–Dos golpes letales con un objeto contundente y hierba en las heridas.

–Podría ser un ladrillo, o una barra de plomo.

–¿Y la hierba de dónde sale?

El inspector Zhao se puso de pie. Llenó dos tazas de agua hervida fría y le pasó una a Mei.

–A lo mejor deberíamos volver al almacén, para empezar por el principio –dijo Mei–. ¿Tienes todavía la llave?

Se acercaron al almacén del señor Li, ante la mirada de una multitud de culis. El inspector Zhao llevaba las llaves tintineando en la mano. La anilla de metal llevaba prendido un papel que decía: «Almacén número 11, Barrio Ruso».

–La gente en cuanto ve pararse un coche de la policía se junta a mirar –dijo el inspector Zhao.

Mei volvió la vista hacia el coche. El conductor le hizo una seña con la cabeza. Era un joven agente recién llegado, hacía sólo dos semanas, de la Academia de Policía. Bajó el cristal de la ventanilla y se quitó la gorra.

–Vamos a entrar por la oficina –dijo el inspector Zhao.

La entrada delantera del almacén había sido precintada por la policía.

El inspector Zhao abrió la puerta con la llave. Dentro, el aire estaba caliente y viciado. Una capa de polvo había cubierto los muebles. El inspector Zhao condujo a Mei por la puerta lateral al almacén contiguo.

Encendió la luz.

El lugar estaba completamente vacío. Del extremo de dos cables suspendidos del techo pendían dos bombillas. Su resplandor le daba a aquel sitio un aspecto fantasmagórico.

–Había cajones. ¿Qué ha pasado con los cajones? –dijo el inspector Zhao.

–Alguien ha hecho limpieza.

–Eso es imposible.

Mei se dio una vuelta. Por el suelo había clavos sueltos, astillas y trozos de cartulina

desperdigados. Sus zapatos dejaban huellas pequeñas y curvas sobre el polvo del suelo.

–Y de eso hace ya unos cuantos días –dijo.

El inspector Zhao se paseó de un lado para otro.

–En este lugar se ha cometido un crimen. Nadie más tiene permiso para entrar aquí.

–Pues han entrado.

–Tenemos que ir a ver ahora mismo al comisario Chen –dijo el inspector Zhao.

Salieron del almacén.

La multitud seguía allí. La gente estaba hablando. Algunos señalaron con el dedo cuando vieron al inspector Zhao y a Mei.

El inspector Zhao se metió en el asiento del copiloto. Mei se sentó detrás.

–Volvemos a la comisaría –dijo el inspector Zhao.

El joven agente se puso la gorra y accionó la llave. El coche arrancó.

–¿Todo en orden, Inspector? –preguntó.

El inspector Zhao no respondió.

En Chaoyangmenwai Xijie había tráfico. Los autobuses abarrotados se arrimaban a las paradas o salían de ellas. Los taxis se arremolinaban tratando de adelantarlos.

–Hora punta –dijo el conductor.

En la calle Zhenghuai, el tráfico estaba parado.

El inspector Zhao miró su reloj.

–¿No hay otro camino?

–Podríamos intentar por la calle Dehuai.

Pero allí también pillaron atasco.

–¿Quiere que ponga la sirena, señor, si tiene prisa?

El inspector Zhao sonrió y asintió con la cabeza.

Resonó el estruendo de la sirena. Una luz azul centelleó por encima de sus cabezas, cada vez más rápido. Los coches que tenían delante empezaron a apartarse. El conductor, con gesto decidido, hizo avanzar el coche, primero despacio y luego a toda velocidad.

Diez minutos más tarde se detenían bruscamente delante de la Comisaría del Distrito de Chaoyang. Mei estaba a punto de vomitar. El inspector Zhao estaba clavado a su asiento, inmóvil.

–Hemos llegado –dijo el joven conductor con una gran sonrisa–. ¡No sabe el tiempo que hace que quería hacer esto!

–Muchas gracias, Xiao Ye –dijo el inspector Zhao con la respiración acelerada.

–Es Xiao Yang, Señor. Ha sido un placer.

El inspector Zhao y Mei salieron del coche. Cuando iban por la acera oyeron a sus espaldas el chirrido de las ruedas de Xiao Yang al alejarse.

Mei siguió al inspector Zhao escaleras arriba hasta el despacho del comisario Chen.

–Ha salido –dijo su secretaria.

–¿Adónde ha ido?

–Al juicio. ¿No debería estar usted también allí?

–He tenido que hacer una cosa. Espera un momento... la sesión de hoy ya debería haber terminado.

–Al comisario Chen le van a hacer una entrevista para Telepekín.

–¿Y cuándo va a volver?

–No va a volver. Esta noche está invitado a una cena.

Al inspector Zhao y a Mei no les quedó más remedio que marcharse. El oscuro pasillo tenía un aspecto aún más lúgubre que de costumbre.

Mientras bajaban por la escalera, a Mei le sonó el teléfono. Era el Primo.

–Tengo una cosa para ti: Anna y Leila figuran como empleadas del señor Li durante los últimos dos meses.

–Entonces ¿cómo pudo quedar Beihe con ellas en el Susie Wong?

–Lo había preparado el señor Li. Probablemente las utilizaba para espiar a Beihe.

–Gracias, Primo.

–¿Qué tal van las cosas por tu lado?

–Pues no precisamente bien.

–No hay que darse por vencidos.

–Eso en ningún caso.

Mei y el inspector Zhao se metieron en el restaurante de Pan *da ma*, detrás de su árbol inclinado. El señor y la señora Pan se emocionaron al ver allí otra vez al inspector Zhao. La señora Pan examinó a Mei tan de cerca que la hizo sonrojarse.

–Necesitamos encontrar al tipo que mató a Anna y a Leila –dijo Mei, cuando hubieron pedido–. Él es el eslabón perdido.

–El juicio se va a terminar enseguida.

–¿No se puede aplazar?

–No hay manera.

–Pide que lo suspendan, di que tienes pruebas nuevas.

–El juicio está amañado. El comisario Chen va a hacer lo que le digan los de arriba que haga.

–Pero le encanta ser famoso y que le consideren un héroe, ¿verdad?

–Esas cosas le privan.

–¿Y qué pasa si la gente quiere que el caso se investigue correctamente?

–¿Qué me estás queriendo decir?

–Me gustaría que conocieras a un amigo mío, el Gordo. No te preocupes de por qué le llaman así. Es un periodista del *Diario de Pekín*. Hace tiempo que quiere hablar contigo. Le podemos dar lo de los rusos y lo de las prostitutas.

Vinieron sus bebidas, dos botellas de cerveza Pequeño Ángel.

–Sabes que lo que estás haciendo es peligroso, ¿verdad? –el inspector Zhao sirvió la cerveza en los dos vasos–. Una vez que se metan los periódicos no habrá vuelta atrás.

–¿Tienes miedo?

–No.

Brindaron con los vasos y bebieron.

–Vamos a hacer un poco de ruido. Igual nuestro asesino se revuelve. Lo podemos cazar.

# 48

El juicio por el asesinato de Qiu Gang continúa, en su tercera jornada, en los Tribunales del Pueblo de Pekín. La defensa va a presentar sus pruebas...

Cuando el ordenanza abrió la puerta de la sala número cinco del tribunal, el gran panel cedió con un potente crujido. El inspector Zhao vio que la gente se volvía para mirarle. La bella mujer que estaba sentada en el banquillo de los testigos paró de hablar. Los jueces pusieron cara de consternación. En lo alto, por encima del estrado, flanqueado por todas partes por una fila de Banderas Rojas con Cinco Estrellas, estaba el emblema nacional, Tian'anmen en dorado.

El inspector Zhao sonrió y dijo moviendo los labios: «Perdón». Reconoció algunos de los rostros. De algunos nombres no era capaz de acordarse. La cara le ardía.

La puerta se cerró. El juicio continuó.

–Señora Song, ¿podría por favor recordarle a este tribunal cuánto tiempo lleva casada con el acusado? –preguntó el fiscal.

Se oyó el tecleo de una máquina de escribir.

–Catorce años –dijo la mujer del banquillo con un acento suave y profundo. Estaba sentada con las piernas cruzadas bajo una falda estrecha blanca. Tenía un cuello largo y elegante. Sus ojos eran enormes y fascinantes.

El inspector Zhao encontró un asiento libre y se sentó. Le costaba creer que aquella mujer guapa y sofisticada fuera la esposa de Beihe.

–Usted declaró antes que su marido le había dicho que estaba con dos prostitutas la noche del asesinato. ¿Cuándo se lo dijo?

–Cuando vine para asistir a este juicio.

–En otras palabras, sólo lo dijo para inventarse una coartada.

–Protesto –dijo Wudan.

El fiscal se acercó a Jin.

–¿Le sorprendió a usted que su marido hubiera estado con prostitutas?

Jin le miró directamente a los ojos y dijo:

–No.

–¿Le había sido él infiel alguna otra vez?

–Sí.

–¿Muchas veces?

–Protesto –dijo Wudan–. Eso no tiene relación con el caso.

–Señoría, la acusación está tratando de poner de manifiesto el carácter del acusado.

–He perdido la cuenta –dijo Jin.

–¿Le ha mentido él alguna vez?

–Sí.

–Entonces es posible que esta vez también esté mintiendo.

–Yo creo que esta vez está diciendo la verdad.

La gente se rió.

–¿Es su marido una persona violenta?

–¿En qué sentido?

–¿Le ha pegado a usted alguna vez, por ejemplo?

–Sí. Es de temperamento fuerte.

–¡Bruja! –chilló alguien. El inspector Zhao se volvió y vio a una anciana con un bastón.

–¡Orden! –pidió uno de los jueces.

–¿Es cierto que ha estado usted hospitalizada varias veces por lesiones de ese tipo?

–Sí. Pero eso no significa que Beihe matara a Qiu Gang.

–Límitese a responder a la pregunta. Tenemos un montón de pruebas que demuestran que Beihe participó en el asesinato de la víctima –dijo el fiscal.

–Protesto.

–¿Contrató usted a Qiu Gang? –preguntó el fiscal.

–Sí –dijo Jin.

–¿Por qué motivo?

Jin hizo una pausa, mirando hacia la mesa de la defensa. Luego se volvió a mirar al fiscal y dijo:

–Beihe llevaba tres meses en Pekín. Nosotros no sabíamos qué estaba pasando. De la cuenta de la empresa iba saliendo dinero. Él no nos contaba nada. Cada vez que le hacíamos alguna pregunta se enfadaba.

–O sea que Beihe tenía varios motivos para querer matar a la víctima. No quería que le descubrieran. Quería el dinero para invertirlo en sus nuevos negocios con el señor Li.

–Protesto. Eso son especulaciones.

–No tengo más preguntas –dijo el fiscal.

Jin se puso de pie. La sala se llenó de murmullos. Ella bajó del banquillo de los testigos. Al pasar junto a la mesa de la defensa, intercambió una mirada con Wudan.

El inspector Zhao vio la cabeza calva del comisario Chen.

–Comisario Chen –le llamó.

El comisario Chen volvió la cabeza. El inspector Zhao le pidió por gestos a su jefe que saliera con él de la sala. El comisario Chen frunció el ceño. Se levantó de mala gana.

–¡Orden!

El comisario Chen siguió al inspector Zhao al otro lado de la puerta, que se cerró con un ruido sordo.

–¿Qué pasa?

–Lo siento, comisario Chen. Es urgente.

El ordenanza les pidió que se apartaran de la puerta. Su mirada severa obligó a sus voces a reducirse a murmullos.

–Tenemos pruebas nuevas –dijo el inspector Zhao.

–¿Qué pruebas?

El inspector Zhao le contó al comisario Chen los últimos resultados de la autopsia y lo del asesinato de las prostitutas.

–Aquí tiene mi informe.

El comisario Chen le echó una ojeada al papel.

–Los rusos no son problema nuestro.

–Si tienen alguna relación con el asesinato sí que lo son.

–No lo puedes demostrar.

–Alguien ha limpiado el almacén. ¿Sabes algo de eso?

El comisario Chen paró de mover los dedos.

–Es nuestro lugar del crimen. Todavía estamos en plena investigación –dijo el inspector Zhao.

–Los forenses ya han repasado ese sitio. Ya no nos sirve para nada –dijo el comisario Chen con un gesto de la mano–. La orden nos vino con alta prioridad. La tuve que autorizar.

–¿De dónde venía?

–No te lo puedo decir. No tienes rango suficiente en el Partido.

–Soy el encargado de la investigación.

–No se puede meter a los rusos –dijo el comisario Chen–. Y en cuanto a lo de las prostitutas... no tienes pruebas.

–¿Has leído el *Diario de Pekín* de hoy? –el inspector Zhao le enseñó un ejemplar.

El artículo del Gordo estaba en la primera página:

**El caso de la Justicia del Pueblo**

por Chen Bin

El juicio por el asesinato de Qiu Gang continúa por tercer día consecutivo en los Tribunales del Pueblo de Pekín. Mientras la defensa se prepara para presentar sus pruebas, una nueva e importante información ha salido a la superficie. Dos prostitutas a las que se ha relacionado con los acusados fueron halladas asesinadas la víspera del comienzo del juicio. Fuentes cercanas a la investigación nos informan de que hay testigos materiales pendientes de encontrarse con la defensa para preparar su testimonio. A esto se añade que también podemos confirmar que fueron hallados dos ciudadanos rusos en el almacén del señor Li durante la redada que se hizo en sus instalaciones. Se encontraban atados y drogados.

Estos descubrimientos han suscitado muchas preguntas sobre la investigación del asesinato. Hasta el momento buena parte del juicio se basa en las confesiones de los seis matones previamente ejecutados y en pruebas circunstanciales. Las dos prostitutas asesinadas podrían haber estado en posesión de información determinante para el caso. Una de nuestras fuentes sugiere incluso que es posible que Qiu Gang no fuera asesinado por los matones en el almacén, sino que muriera algún tiempo más tarde en un emplazamiento distinto. ¿Tienen las prostitutas o Qiu Gang alguna relación con los ciudadanos rusos encontrados en el almacén? ¿Por qué se ha ocultado durante tanto tiempo al público la información relativa a estos últimos, y por qué no figura en el sumario del juicio?

Está previsto que el juicio por el asesinato de Qiu Gang dure sólo cuatro días. No parece un plazo muy adecuado ni para el caso menos conflictivo, y resulta desconcertante a la luz de la nueva información.

El comisario Chen, de la Comisaría de Chaoyang, ha dicho en una entrevista para Telepekín que están resueltos a responder con mano dura ante la avaricia y la brutalidad. Ha dicho que tiene confianza en que el caso ha sido investigado e instruido de forma competente por la policía, con pruebas abrumadoras, y en que los criminales van a ser condenados. Ha dicho que el juicio por el asesinato de Qiu Gang es un caso ejemplar para la justicia del pueblo...

El comisario Chen paró de leer.

–Piense en el sentimiento de la gente –dijo el inspector Zhao.

–A mí lo que piense la gente me da igual.

–Pues a los jefes de arriba no creo que les dé igual. Éste es un caso importante. Estoy seguro de que lo están siguiendo.

El comisario Chen se quedó callado. Parecía estar reflexionando.

–Podríamos pedir que suspendan el juicio mientras estudiamos las nuevas pruebas –dijo el inspector Zhao.

–Supongo que sí –dijo el comisario Chen.

El asunto se discutió con el fiscal. En cuanto dieron comienzo las diligencias de la tarde, la petición les fue concedida.

# 49

Mei se apoyó en la pared. Sintió una brisa en la curva de la espalda, donde no la tocaba el vestido. Vio a Wudan que salía de la sala de audiencias, con Jin agarrada del brazo. Su secretaria iba detrás de ellos dando traspiés, con documentos y un maletín en las manos.

Wudan se sorprendió al ver a Mei.

–¿Qué tal ha ido? –le preguntó ella.

–Jin está cansada –dijo Wudan.

A sus espaldas se abrió la puerta. Salió la Anciana Señora Song, apoyándose en Ben Ben y agitando el bastón en la mano.

–¡Bruja! –chilló.

Wudan le dijo a su secretaria:

–Lleva a Jin de vuelta a mi apartamento.

Jin no se movió.

–¡Tú lo que quieres es verlo muerto! –gritó la Anciana Señora Song, con todo el cuerpo temblándole.

Jin miró a su hijo y extendió una mano.

–Ben Ben, lo que he dicho era verdad. Tenía que decir la verdad.

Ben Ben se la quedó mirando. En su cara brillaba el rastro seco de las lágrimas.

–Te odio.

Por un instante, Mei pensó que Jin se iba a venir abajo. La cara se le abrió como se abren las heridas al dolor y dejó caer las manos.

Luego la herida se cerró. Jin le dijo a la Anciana Señora Song, en un tono que se iba reafirmando con cada palabra:

–He hecho lo que tenía que hacer.

La gente empezó a salir de la sala de audiencias. En el pasillo resonaron voces y pasos.

–¿Puedo hablar contigo? Es importante –le dijo Mei a Wudan.

–Yo me voy con tu secretaria –dijo Jin.

–Espérame allí –dijo Wudan–. Y descansa un poco.

Jin asintió con la cabeza. Le echó otra mirada a Ben Ben y se alejó, con los tacones repiqueteando en el suelo.

Wudan se volvió hacia la Anciana Señora Song.

–No puede usted hacer eso.

–Fuera de mi vista –la mujer hizo un intento de empujarle.

–Como me haga eso otra vez, voy a hacer que le prohíban la entrada en la sala de audiencias.

–Mi hijo, mi último hijo –sollozó la anciana.

Wudan agarró a Mei y salieron los dos pitando de los Tribunales del Pueblo de Pekín. Cuando bajaron los escalones, Mei miró hacia atrás. En lo alto, al lado del comisario Chen, entre las altas columnas del edificio de los Tribunales, estaba el inspector Zhao. La estaba mirando.

Wudan llevó a Mei a una cafetería que había en la acera de enfrente. Pidieron dos cafés y con la taza en la mano fueron a sentarse en un banco con cojines.

–La acusación ha pedido que se suspenda el juicio –dijo Wudan.

–De eso es de lo que te quería hablar. Piensan que el asesinato de Anna y Leila está relacionado con el caso.

–¿Tienen alguna prueba?

–Están buscando al tipo que estuvo con ellas en el Susie Wong la noche en que murieron. El encargado del bar se acordaba de ellos.

Wudan apartó la vista hacia el tráfico que se veía por la ventana.

–Ojalá no hubieran muerto –dijo.

Mei puso una mano encima de las de Wudan. Las tenía frías.

–¿Te encuentras bien? No tienes buena cara.

–Estoy cansado –dijo Wudan.

# 50

El inspector Zhao y el comisario Chen estaban sentados cada uno en un extremo de una mesa larga y por lo demás vacía. Estaban bebiendo cerveza de sus botellas y, evitándose el uno al otro, mantenían la vista fija en un par de mujeres rusas semidesnudas que bailaban con tacones altos sobre el escenario. Los blandos pliegues de sus tripas blancas suscitaron en el inspector Zhao atracción y rechazo.

Habían ido vestidos de paisano, el inspector Zhao con camisa blanca y pantalones grises, el cinturón rígidamente abrochado en la cintura. El comisario Chen, con sus ojos inexpresivos y su cabeza medio calva, tenía un aspecto casi indecente sin la protección de su gorra. Los pantalones le colgaban de las caderas. El inspector Zhao se preguntó si el comisario Chen se estaría excitando. El pensamiento le puso tenso. Rezó para que las mujeres no siguieran quitándose ropa.

La danza terminó de repente. Las bailarinas recogieron su ropa del suelo y se marcharon. Sobre el escenario se materializó un joven delgado con la cabeza afeitada que empezó de inmediato a cantar en ruso. El inspector Zhao hizo una escapada a los lavabos. Por el camino tropezó con una mesa en la que se agolpaban tres generaciones de chinos y un hombre ruso que parecía estar casado o comprometido con la joven que había sentada a su lado. La comida que tenían sobre la mesa era china. Zampaban y contemplaban el espectáculo de forma intermitente, la abuela mordisqueando sonriente una pata de pollo.

El inspector Zhao le preguntó al gorila de la puerta dónde estaban los lavabos. El tipo señaló con la mano, con un tatuaje hinchándosele en el brazo, a una puerta dorada.

En los lavabos todo era negro: el suelo, el techo, las baldosas y los muebles. En las paredes había espejos dorados. El inspector Zhao se puso delante del urinario y se bajó la cremallera del pantalón. Miró hacia arriba. En el techo había un magnífico revólver dorado.

La puerta se abrió. El inspector Zhao miró por el espejo pero no vio a nadie. Luego oyó pisadas de tacón metálico. Se dio bruscamente la vuelta, salpicando la pared de orina. Miró hacia abajo.

Un enano le amenazaba con el puño, gritando en ruso. El inspector Zhao no entendió lo que decía, pero el tono de voz resultaba inconfundible. Se disculpó. El hombrecillo bajó el puño pero continuó gruñendo, ahora mirando a la pared, y empezó a peerse con la virulencia de una boca de riego. El inspector Zhao terminó, se cerró la cremallera y se abrochó bien el cinturón. Salió de allí. Al cerrar la puerta a su espalda oyó todavía al enano, que no había terminado aún de despacharse.

Se lavó las manos en uno de los lavamanos dorados que había a la puerta de los lavabos. El joven ruso continuaba cantando, agitando los volantes de las mangas de la camisa. El inspector Zhao se imaginó que así debían ser los clubs nocturnos en Moscú: oscuridad, melancolía y una mezcla de cutrerío (en el escenario) y opulencia (en los lavabos).

Ahora había otro hombre, vestido con camisa de seda, sentado a su mesa. Estaba hablando con el comisario Chen. Cuando el inspector Zhao se acercó, su conversación a gritos de un lado a otro de la mesa, para sobreponerse a los ruidos y la música, se detuvo.

–Éste es el camarada Mao –dijo el comisario Chen.

–Hola, Inspector –dijo Mao como si fueran viejos amigos.

El inspector Zhao dijo *nihao* y le dio la mano a Mao.

Se sentó. Su botella vacía seguía sobre la mesa.

–¿Qué te parece el Barrio Ruso? –le preguntó Mao.

–Bueno... –el inspector Zhao buscó la palabra exacta–. Es diferente.

–Pues no es muy diferente de los clubs nocturnos que hay en Rusia. Excepto que aquí les ponen a las chicas un maquillaje que parecen chinas.

–¿Ha estado en Rusia?

–Sí, muchas veces. Buena gente, aunque beben demasiado.

El joven ruso terminó de cantar. No aplaudió nadie. Un grupo de ejecutivos de provincias, la mayor parte de mediana edad, empezó a acomodarse en la mesa de al lado. Hablaban con el acento de su tierra mientras tiraban de una silla y empujaban otra. El inspector Zhao se fijó en un joven de ojos brillantes que había entre ellos.

Vino un camarero. Mao pidió vodka. El comisario Chen y el inspector Zhao pidieron cerveza.

–¿Conoces a un periodista que se llama Chen Bin, del *Diario de Pekín*? –preguntó Mao.

–No puedo decir que lo conozca –dijo el inspector Zhao, cogiendo aire rápidamente. Ése era el amigo de Mei, el Gordo.

–Es el que escribió lo de los rusos y lo de que supuestamente se estaba encubriendo por motivos políticos.

–El Camarada Mao es de la Segunda División de Estrategia General del Ejército –dijo el comisario Chen.

–¿De dónde crees tú que saca la información?

–Esos periodistas –murmuró el inspector Zhao–, tienen sus informadores, ¿no?

–¿Y lo de la muerte de las prostitutas?

–Todo el mundo sabe que fue un asesinato.

–Hasta las revistas de cotilleo traen una reseña.

–A los periodistas no se les escapa una.

–Y supongo que queréis que me crea que lo del vínculo entre las muertes de las prostitutas y el asesinato del detective privado Qiu Gang lo ha deducido Chen Bin solito.

Les trajeron sus bebidas. El comisario Chen se puso enseguida a beber. El inspector Zhao se sirvió la cerveza en el vaso, despacio, tratando de templar sus nervios.

Mao le dio un trago a su vodka, chasqueando ruidosamente la lengua.

–Alguien de vuestra comisaría ha estado filtrando información.

–¡Imposible! –gritó el comisario Chen.

Mao dejó su vaso sobre la mesa.

–Gracias a la alta jefatura hemos podido interceptar las actividades antirrevolucionarias del tal Chen Bin. Ya no volverá a escribir.

El comisario Chen se inclinó nerviosamente, como si quisiera recibir el perdón.

–Voy a encargarme de investigar esas filtraciones.

Las luces se apagaron. Empezó a sonar la música. Una mujer no demasiado joven apareció en escena bajo la luz de los focos. De un solo movimiento se encaramó a la barra vertical que había en el centro del escenario, con el bikini dorado centelleando sobre su piel de marfil. Una exclamación ahogada recorrió la sala.

La mujer extendió medio cuerpo sobre la barra y dobló el otro medio. Soltó los brazos y los movió como si estuviera volando. Los focos la seguían.

–El juicio no se puede retrasar –dijo Mao.

–Necesitamos tiempo para examinar las pruebas.

–Tonterías –Mao dejó su bebida–. Lo que necesitáis es preguntaros a vosotros mismos si estáis del lado del Partido –le echó una mirada al inspector Zhao.

El inspector Zhao se sintió como si hubiera vuelto a tener diez años y estuviera en el patio con una bufanda roja enrollada en el cuello. Sus profesores habían formado una fila, todos con el libro rojo de Mao en la mano. Oyó al director gritando esa misma pregunta: «¿Estáis del lado del Partido?». Ya entonces por primera vez había entendido que no se trataba de una pregunta, sino de una amenaza.

A partir de ahí, él se había puesto del lado del Partido, en la escuela, en la Academia de Policía, en los sucesos de Tian'anmen, aunque tenía la misma edad que los estudiantes que se manifestaban. Se había quedado del lado del secretario del Partido en la oficina del Comité del Partido de la Comisaría de Dashanzi, con su estufa de carbón echando humo y su lámina de hojalata repicando en el alféizar. Con el paso de los años, las palabras fueron perdiendo brillo. Él se hizo más viejo y llegó a saber lo letales que podían ser las consecuencias.

–Camarada Mao, no estaría bien que cometiéramos un error y que la gente nos acuse de ser injustos –dijo el inspector Zhao.

–Haremos lo que la jefatura ordene –dijo el comisario Chen, atravesando a Zhao con la mirada.

–A la alta jefatura le preocupa mucho este caso y quieren que os transmita esa inquietud. Es esencial que consigamos la condena y la pena de muerte. La gente quiere un ajuste de cuentas. Tenemos que hacerles ver que se hace justicia.

Luego Mao se volvió hacia el inspector Zhao.

–Tú, Inspector, tienes una hija. ¿Sabes a qué se dedica en el colegio y quiénes son sus amigos?

–¡¿Ren?! Es buena chica.

–Pues si yo estuviera en tu lugar, tendría cuidado. La ciudad es peligrosa.

La bailarina de la barra vertical se había puesto casi en horizontal. Sus blancos muslos se enroscaban, temblorosos, alrededor de la barra vertical. Al inspector Zhao le dio un vuelco el estómago. Extendió la mano para coger la botella de cerveza, con ganas de estampársela a Mao en la cabeza.

–Ni rusos ni prostitutas –declaró el comisario Chen–. No existen.

–La gente tampoco necesita conocer todos los detalles... con eso lo único que se consigue es confundirlos aún más –dijo Mao.

La bailarina se deslizó hasta el suelo, con la cara resplandeciente de sudor. El lápiz negro de ojos se le había corrido y más que china lo que parecía era una enferma. La sala prorrumpió en aplausos. Ella hizo una reverencia y recogió su capa.

–El Partido lo sabe todo; pero es generoso –dijo Mao, aplaudiendo.

La mujer salió corriendo del escenario. El público se levantó y se puso a andar de aquí para allá y a charlar, entre el tintineo de botellas y vasos.

El inspector Zhao sintió que le daban una patada en el tobillo por debajo de la mesa. El

comisario Chen estaba sonriendo y mirándole. Comprendió que tenía que decir algo, hacer una declaración de lealtad. Pero no la hizo.

Dos empleados chinos sacaron un gran marco dorado y lo colgaron de unos cables suspendidos del techo. Luego empujaron una tarima redonda hasta dejarla justo debajo del marco.

–Lo mejor del espectáculo viene después de medianoche –dijo Mao, poniéndose de pie–. No vais a encontrar un club como éste en todo Pekín. Los rusos tienen permisos especiales.

El comisario Chen y el inspector Zhao se levantaron.

–Sabemos que el Partido no comete errores –dijo Mao.

–Por supuesto –dijo el comisario Chen, y le dio a Mao la mano.

Luego Mao le tendió a él la mano. El inspector Zhao le dio la suya y sintió la fuerza de su apretón. Bajó los ojos. De pie, Mao resultaba mucho más bajo.

–El Partido tiene razón –dijo por fin el inspector Zhao.

Mao ladeó la cabeza y sonrió.

–Pasadlo bien. Pero no os metáis con el enano. Tiene muy mal carácter.

Contemplaron cómo se alejaba Mao, hasta que al volver la esquina desapareció de su vista.

Se sentaron.

–«El Partido no puede tolerar...» «El Partido lo sabe todo...» Pero quién demonios se habrá creído él que es –rezongó el comisario Chen.

–¿Y tú a qué coño estás jugando? –el inspector Zhao estaba enfadado.

–¿De qué me hablas?

–¿Cómo se te ocurre hacerme venir a este tugurio para que ese gusano me amenace con hacerle algo a mi niña?

–Yo no sabía que iba a hacer eso.

–¿Y entonces se puede saber qué sabes?

–Pues nada. Oye, que yo estoy tan asustado como tú. Te puedes imaginar lo que me puede pasar a mí como meta la pata: seré el chivo expiatorio y se cebarán conmigo.

–¿No será que piensa que soy yo el que ha filtrado la información? ¿Tú lo crees?

–Yo no sé quién lo haría, pero espérate a que lo descubra. ¡Lo pienso descuartizar con mis propias manos!

Se quedaron un instante callados.

–Todo esto son puros pedos de perro[10], pero qué le vamos a hacer –gruñó el comisario Chen.

–Vamos a beber.

Pidieron vino de arroz Viejo Blanco y bebieron hasta que les empezó a arder la cara.

–Somos las patatas del fondo del saco.

–Tú no; sólo yo –dijo el comisario Chen, y vació su vaso.

Una joven rusa se sentó en la mesa de al lado. Tenía los ojos grandes, los pómulos prominentes y la piel de un blanco transparente. Resultaba guapa cuando sonreía. No tenía pinta de saber chino. Llegó acariciando un pequeño teléfono móvil y al poco estaba hablando por él en ruso. Luego apagó el teléfono y esperó, sonriendo otra vez, pero sólo al joven de los ojos brillantes.

–Me largo de este agujero de mierda –el comisario Chen se levantó.

–Yo me quedo un poco más. ¿Estás bien?

–Soy demasiado viejo para esto.

«No es tan mal tipo, en realidad», pensó el inspector Zhao.

Sospechaba que la mujer rusa de la mesa de al lado estaba esperando a que llegara su chulo, que podría negociar con los chinos. Mientras tanto ella seguía sin tener ojos más que para aquel joven, que al ver cómo le miraba se ruborizó, sonrió tímidamente y puso cara de no enterarse de lo que estaba pasando.

Al inspector Zhao le habría gustado estar en el lugar de aquel joven.

«Disfrútalo», le dijo en silencio al afortunado chico, «antes de que se convierta en algo feo».

# 51

El juicio por el asesinato de Qiu Gang se dio ayer por concluido en los Tribunales del Pueblo de Pekín. Los dos acusados, Beihe Song, de la Casa del Espíritu Dorado, y su socio Li han sido condenados. Los jueces han dictado sentencia de muerte, añadiendo que debe cumplirse sin demora, para reforzar el castigo.

¿Qué diferencia había, reflexionó el señor Li, entre morir de una forma o de otra? La gente decía que algunas formas de morir son horribles. Si a él le hubieran dado a elegir, cosa que no habían hecho, no habría sido capaz de decidir cuál era la mejor opción. ¿Cómo podía él saber si era mejor morir de un tiro en la nuca o decapitado con una espada, como en los tiempos de los emperadores? Nunca se había muerto. No podía comparar.

Se frotó la cabeza afeitada y se acordó de una cosa que había leído hacía mucho tiempo... o al menos le pareció que hacía mucho tiempo. Todo lo que había ocurrido daba la impresión de pertenecer a un pasado lejano. Hasta su recuerdo del juicio parecía antiguo.

Había leído en algún sitio una entrevista con un pariente de un tipo al que habían ejecutado. A la familia le había molestado que les obligaran a pagar la bala. ¡Cuando le acababan de pegar un tiro en la nuca a un tipo! Seguro que dejaba a alguien detrás, una madre, una hermana, algún hijo. ¿Y la vergüenza que la muerte de aquel hombre había hecho caer sobre su familia y sus antepasados? Con tantas cosas de las que podrían haberse preocupado, y lo único qué hacían era protestar por el precio de la bala: quince yuanes, con la subvención del estado. Qué pensarían comprarse con quince yuanes, ¿un desayuno para el muerto?, ¿o unos helados para unos pocos parientes? La gente, en cuanto la dejaban, protestaba por cualquier cosa.

Así de estúpido se había vuelto el mundo. En cierto modo, no le daba pena abandonarlo.

Su próximo mundo sería mejor si lograba reencarnarse en... ¿qué preferiría él ser, una pulga, una flor, una vaca o un tigre? Tampoco es que en eso le hubieran dado a elegir: no era así como hacían las cosas los Dioses del Cielo. Estaba todo predestinado: la forma de evolucionar de una vida a otra, dependiendo de nuestras obras, no sólo las obras de esta vida, sino también de las de todas las pasadas. Él no recordaba gran cosa de su vida, y le costaba saber lo que era verdad y lo que no. Pero había una cosa de la que estaba seguro: había conocido a un montón de gilipollas... demasiados para una sola vida.

Pero sólo por si acaso le dieran a elegir, en la puerta que separa esta vida de la siguiente, lo que le gustaría a él ser, más le valía tener pensada una respuesta. Pon que no le dieran más que un segundo para responder a los Dioses, o más probablemente a la voz de los Dioses, o puede que aquel fuera un trabajo demasiado poco importante para que lo hicieran los Dioses en persona; no sería más que la voz de alguien que trabajaba para los dioses, un joven oficial del tribunal de los Dioses, algún personaje de poca categoría que probablemente, igual que él, no tendría estudios, ni un diploma de la universidad. Más le valía tener la respuesta preparada.

Se empezó a poner nervioso. Le habría venido pero que muy bien un cigarrillo. Tenía

ganas de gritar. En algún punto del cuerpo tenía una zona sensible. Eso le recordó lo que le pasaría si volvía a gritar. Se quedaría sin cigarrillo. Y eso era lo más triste de todo, una certeza tan fuerte como la de su propia muerte inminente. Dejó caer la cabeza. Ése era su problema. Seguro que encontraba una respuesta si tuviera un cigarrillo.

Se puso de pie y se acercó a la ventana. Alcanzaba a ver nubes en el cielo, espeso y gris. ¿Qué hora sería?

La puerta de la celda del señor Li se abrió. Los guardias gritaron:

–¡Ya es hora de irse!

¿Qué necesidad tenían de hablarle a grito pelado? Todavía no estaba muerto. Les oía perfectamente. Tampoco es que fuera un niño ni un imbécil. Pero entendió lo que le decían. Había llegado la hora de irse.

Las cadenas que llevaba en los pies hicieron un ruido metálico. Vio las caras de los presos en sus puertas. Algunos se reían. Otros miraban, ¿con miedo, con envidia?

Sacaron de su celda a Beihe, también con su camisola de preso, también afeitado, esposado y encadenado. Se miraron los dos. Beihe estaba pálido, y eso proporcionaba a sus bellos rasgos un refinamiento añadido. En su forma de andar se notaba el peso del pesimismo. Su robusta estructura le prestaba un aire de grandeza triste. El señor Li soltó un gruñido. ¿Por qué tenía Beihe que estar guapo hasta en el camino a la muerte?

En el patio, la fuerte luz del día obligó al señor Li a guiñar los ojos. Se paró, aspirando el aire polvoriento, la polución y el olor de la ciudad. Los guardias le dieron un empujón y le gritaron que se metiera en el furgón que estaba esperando.

El señor Li tenía la convicción y la esperanza de que se iban a encontrar con dos furgones, uno para llevar a Beihe a la ejecución y otro para ponerle a él a salvo, con sus hermanos del ejército esperándole dentro. Pero en el patio no había más que un furgón aparcado. Tuvo un instante de vacilación, que le acarreó una inmediata y violenta respuesta de los guardias.

Se metieron con los guardias en el furgón. La puerta se cerró y arrancaron.

Tampoco había de qué preocuparse, se dijo a sí mismo el señor Li, todavía quedaba tiempo. Seguro que había un furgón esperándole en el lugar de la ejecución, con todo planeado al milímetro.

Levantó la cabeza. Por debajo de él el furgón traqueteaba. Oyó la sirena. Se imaginó a la gente volviéndose por la calle a mirar.

Beihe estaba acurrucado en su sitio, como una planta rota. Menudo espectáculo que estaba dando, se rió para sí mismo el señor Li, el muy inútil de él. Sentado en el furgón, entre dos guardias, sin que nadie le hiciera caso, Beihe gimoteaba.

–Cállate –le ordenaron los guardias.

Beihe continuó lloriqueando, con los hombros temblorosos. Un guardia le soltó un puñetazo. Pero él no era capaz de parar, y siguió llorando.

El señor Li apartó los ojos, asqueado.

Pasó mucho tiempo antes de que el furgón se detuviera. Habían llegado al lugar de la ejecución, un terreno desolado y polvoriento a las afueras de la ciudad.

Se había congregado una multitud. Algunos eran grupos de ciudadanos o de escolares en visita programada para aprender sobre el sistema legal. Otros habían venido para ser testigos del poder de la justicia del pueblo.

El señor Li barrió el lugar con la mirada. Allí no había furgón ni plan de rescate. No

había hermanos del ejército viniendo en su ayuda. Sintió que las piernas le fallaban. Los guardias lo llevaron a rastras hasta donde los esperaba el pelotón de fusilamiento. Una ola de excitación recorrió a la multitud.

No se movía nada, ni el polvo, ni el viento, ni los pájaros, ni las cigarras. El cielo estaba inmenso y turbio.

Hicieron arrodillarse a Beihe y al señor Li delante de sus verdugos. Se leyeron en voz alta sus sentencias. El señor Li levantó la vista. «¿Y quiénes son ésos, toda esa gente que ha venido a verme morir?»

Vio a Jin, guapa y serena, de rojo contra el fondo gris. Había venido con aquel abogado a ver morir a su marido y a recoger el cuerpo, como buena esposa.

Recordó el cálido tacto de la mano de su joven madre cuando era niño. Oyó su voz que le llamaba. Todo lo que alguna vez había amado le volvió como en una inundación. Eran muchas las cosas que había olvidado. Y ahora que sus recuerdos habían vuelto, no quería volver a separarse de ellos. Pero ya era demasiado tarde.

Le lanzó a Jin una sonrisa como diciéndole: «Míranos a Beihe y a mí, somos hermanos. Nos vamos juntos».

# 52

*Cuando el último rescoldo de sol cae, en pedazos*
*Hierba silvestre pintada de sangre*
*Puente rojo Hojas de otoño*
*Prolongándose eternamente*
*Corazón roto*

«Qué apropiado», pensó Mei, «que justo me llegue este poema, como surgido de los vapores de la memoria, en un día como hoy».

Había pasado muchos de sus años de juventud memorizando poemas centenarios, que era la forma en que los estudiantes habían aprendido durante siglos. Su corazón de adolescente había sentido que ella en realidad era tan vieja como aquellos poemas, y se imaginaba que su alma había vivido una vida anterior como joven cortesana de la corte de la dinastía Tang. Se sentía sola en este mundo, en esta vida.

Su sentimiento de soledad fue desapareciendo con el tiempo y llegó a creer que la poesía no había dejado en su vida ninguna impresión duradera. Pero lo equivocada que estaba lo comprendió sólo en ese momento, mientras escuchaba el enloquecido soniquete de las cigarras al calor de la tarde. Somos los que somos, aunque algunas partes permanezcan invisibles. Estamos hechos de nuestro pasado tanto como de nuestro presente, y todo ello está predestinado.

Le sonó el móvil. Lo cogió.

–Steve. ¿Cómo estás? Lo siento, no he tenido tiempo de hablar con mi hermana, pero te prometo...

–No te preocupes por eso, de momento. Te llamo por otro motivo –Steve parecía excitado.

–¿Por cuál?

–¿Te acuerdas de que me dijiste que te llamara sin falta si volvía a ver al tipo que estaba con Anna y Leila?

–Sí.

–Lo tengo delante ahora mismo. Estoy seguro de que es él.

–¿Dónde estás?

–En mi casa, sentado en el sofá, tomándome un café. Me acabo de levantar.

–¿Y el tipo está en el salón de tu casa?

–No. Lo estoy viendo en el periódico.

–¿Qué?

–En las *Noticias de la Mañana de Pekín*. En el artículo sobre el juicio por el asesinato del detective privado ese. A los condenados los han ejecutado. Hay una foto del juicio. Uno de los que salen es el tipo que estuvo en nuestro club. Estoy bastante seguro.

–No te muevas de donde estás. Bajo a comprar el periódico y te vuelvo a llamar.

–Vale.

Mei bajó a toda prisa las escaleras. A la salida del portón del *xiaoqu* había un quiosco de

periódicos. El quiosquero estaba dormitando, sentado en un taburete, con la cabeza apoyada en la pared. Mei lo despertó y le compró un ejemplar de las *Noticias de la Mañana de Pekín*. El hombre metió el dinero en una caja de hojalata y se volvió a su siesta.

Mei corrió a su casa, agarrando con fuerza el periódico. En cuanto entró por la puerta llamó a Steve.

El teléfono sonó y sonó sin que nadie lo cogiera.

–¿Dónde estás, Steve? Cógelo. Soy Mei. Tengo el periódico delante. ¿Cuál de ellos es? –le gritó Mei al contestador automático de Steve en cuanto saltó–. Llámame.

Mei miró la fotografía del periódico y las caras que se veían en ella. Se paseó por su apartamento. Abrió la ventana y aspiró el aire de la mañana. Sintió que la energía le bullía por dentro.

El teléfono no sonaba.

Estudió la fotografía. En primer plano estaban el señor Li y Beihe, esposados. Con las cabezas bajas. Detrás de ellos se veía a los alguaciles. Al fondo, en los asientos, Mei logró distinguir dos filas de personas: el fiscal con su secretario, Wudan y su secretaria, el comisario Chen, el inspector Zhao, el Subsecretario Liang, unos cuantos a los que ella no conocía, Jin, la Anciana Señora Song, Ben Ben.

Intentó recordar la descripción que había hecho Steve: un hombre de estatura media, más o menos atractivo, acicalado, pero que no era su tipo.

Mei se abalanzó sobre el teléfono. Tiró tan fuerte del auricular que estuvo a punto de arrancar el teléfono de la pared. Le dio al botón de «rellamada».

–¡Cógelo, Steve! –gritó.

El tono del teléfono seguía sonando, y el tono cada vez parecía más largo y más fuerte. El miedo le atenazó el corazón. Se sentía como si alguien la empujara hacia abajo. Le estaba empezando a costar respirar.

Otra vez el contestador automático.

–«Hola. Soy Steve. Ahora no estoy en casa. Por favor, deja un mensaje...»

Un grito silencioso se escapó de la boca de Mei.

# 53

Mei salió del taxi y miró a su alrededor. Los edificios eran de ladrillo, de menos de diez pisos, con números pintados en un lado. Había ropa tendida en las cuerdas, bajo las ventanas, y latas de cerveza vacías, cajas de comida preparada y papeles tirados por el suelo.

Apretó el paso. Cuando se detuvo a la entrada del edificio de Steve y miró hacia arriba, el sol la deslumbró por un instante. En el interior, la escalera estaba a oscuras y olía a vino de arroz. Subió corriendo hasta la última planta y se paró, jadeando, ante el número diecisiete. Alrededor de la basura acumulada en el rellano zumbaban las moscas. Dobló el brazo y le dio a la puerta un golpe con el hombro. La puerta se abrió. El apartamento estaba en silencio.

–¿Steve? –llamó Mei, no muy alto. Su voz retumbó en el silencio que salió a recibirla.

El salón era pequeño y entraba de lleno el sol. Sobre un mueble había un televisor, con un sofá y dos sillas delante. Wudan estaba allí, sentado en el sofá.

–¿Qué le has hecho a Steve? –Mei apretó su bolso. Notó dentro el largo tubo de su spray antivioladores.

Wudan la miró con gesto inexpresivo, como si no la reconociera.

La puerta del dormitorio se abrió. Mei vio un cuerpo tirado en el suelo junto a la cama. Se acercó. Bajo la cabeza de Steve había un charco de sangre.

Oyó ruidos a su espalda. Antes de que pudiera volverse, Wudan la agarró, aplastándole los brazos con el suyo. Dejó caer el bolso. La estaba levantando del suelo.

–¡No te vas a escapar! –gritó Mei.

–¡Lárgate! –dijo Wudan. Tenía en los ojos un brillo febril.

–Me temo que eso no es posible –dijo una voz de mujer con un suave acento del sur.

Pararon de forcejear.

Wudan soltó a Mei. Se dieron la vuelta. Ante ellos estaba Jin, con un revólver en la mano.

–¿De dónde has sacado el arma?

–Se la compré al viejo comisario de la policía, ¿te acuerdas de él?

–Baja eso, Jin. No sabes usarlo.

–Pues resulta que sí. Fui la campeona de tiro de mi instituto. Nuestro instructor de Aprendizaje Militar pensaba que yo podía llegar a ser una buena tiradora.

–¡Es un asesino! ¡Ha matado a Steve! –bramó Mei.

Jin no se movió.

–También mató a las dos prostitutas, y a Qiu Gang.

–No me lo creo.

–Qiu Gang no murió en el almacén. Los matones pensaron que lo habían matado y tiraron su cuerpo en Pingfang. Pero seguía vivo. Más tarde, alguien fue y lo mató. Los últimos resultados del examen forense decían que Qiu Gang no murió hasta por lo menos las dos de la mañana –dijo Mei.

–¿Y cómo sabes que fue Wudan?

–El arma homicida. A Qiu Gang lo mataron de dos golpes en la cabeza, y había residuos

de hierba en la herida. Fue un palo de golf, uno de los palos de golf que lleva Wudan en el maletero del coche.

–Pero en el lugar del crimen encontraron la cartera de Beihe.

–La puso allí Wudan para tenderle una trampa. Era para eso para lo que había ido a Pingfang. Wudan estaba con Beihe y con las dos prostitutas cuando llamó el señor Li. Le cogió él el teléfono. Fue a Pingfang, donde esperaba encontrar a Qiu Gang muerto, y para su sorpresa se encontró con que todavía estaba vivo. Lo remató con uno de sus palos de golf y dejó la cartera de Beihe junto al cadáver.

–Pero qué motivo iba a tener él para matar a Qiu Gang o para tenderle una trampa a Beihe.

–Pues resulta que sí los tenía. La hermana de Beihe le había roto el corazón. Él nunca llegó a perdonarla. La muerte de Qiu Gang era la ocasión que había estado esperando para vengarse. Con Beihe en la cárcel o, mejor aún, muerto, Wudan podría tener más control sobre la familia Song y su fortuna. Motivos desde luego tenía: la ambición y la venganza.

Mei se volvió hacia Wudan. Él no la miró.

–Pero yo estaba equivocada –añadió Mei, posando la mirada en la pistola que Jin tenía en la mano–. Ha sido usted. Usted lo planeó todo. Usted contrató a Qiu Gang para tenderle una trampa a Beihe. Usted y Wudan juntos.

–Siempre había querido ver cómo le funciona el cerebro a una licenciada de la Universidad de Pekín –dijo Jin–. No está mal.

Luego hizo un gesto con la pistola.

–Vete hacia atrás despacio y siéntate en el sofá.

Ella se acercó una silla y se sentó.

–La idea se me ocurrió cuando Wudan me contó que había conocido a una detective: a ti, Mei. Escogí a Qiu Gang porque no tenía experiencia y era joven y torpe, cosa que yo sabía que le iba a traer problemas en Pekín. Yo conocía al señor Li. Era un matón y un animal. Y una cosa que hacen los animales es que cuando sienten pánico, matan. Decidí que Wudan te contratara para que hicieras un poco más de presión sobre el señor Li y le ayudaras a sentir pánico. También podías ser una buena tapadera para Wudan cuando encontraran el cadáver de Qiu Gang.

–¿Pero usted quería que Li matara a Qiu Gang?

–Esas cosas no puede uno planearlas. No podíamos depender enteramente de lo que hiciera una persona como el señor Li. Teníamos un plan alternativo. Si el señor Li no mataba a Qiu Gang, el propio Wudan se aseguraría de que la cosa quedaba hecha y de que Beihe cargara con la culpa. Beihe había cometido la estupidez de darle más de la mitad de la Casa del Espíritu Dorado al señor Li... una fortuna que debía haber sido para mí... He trabajado desde que me casé, como una esclava, para hacer de la empresa un éxito. Qiu Gang era mi oportunidad.

–Era una forma de matar dos pájaros de un tiro: así podía deshacerse de su marido y quedarse con la fortuna de la familia –dijo Mei.

–Y ha dado resultado. En cuanto se muera la Anciana Señora Song, cosa que va a ocurrir muy pronto, yo me convertiré automáticamente en la propietaria de la Casa del Espíritu Dorado. Desde un punto de vista estricto, la empresa va a ser de mi hijo. Pero sólo tiene trece años, y está todavía bajo mi custodia. Tenías razón al decir que no es necesario ir a la universidad para ser inteligente. Todo ha salido exactamente como yo quería.

–No, qué va, no todo. De hecho, la cosa empezó a torcerse casi desde el principio. Usted no había contado con Anna y Leila. Ellas sabían lo que había ocurrido y querían estropearle el plan.

–Esas zorras estúpidas. Se creían que nos iban a hacer chantaje.

–Usted fingió estar de acuerdo con lo que le pedían, las hizo ir a aquel edificio en construcción y las mató.

–Fue Wudan. Hizo un trabajo estupendo. Qué convincente resulta, ¿eh? Mira la cara de persona sincera y digna de confianza que tiene, y lo guapo que es. Todo lo que hace te crees que lo está haciendo de corazón. Debería ser actor. Su despacho trabaja para la empresa que está construyendo el edificio, por eso eligió aquel lugar.

–No debimos haberlas matado –intervino por primera vez Wudan–. Si las hubiéramos dejado marchar no nos habrían pillado nunca.

–¿Y darles el dinero que pedían? Para ti es muy fácil decirlo, cariño. Tú no te has pasado catorce años sufriendo para ganarlo. ¿Y dejar que esas zorras nos decidieran la vida, que rieran ellas las últimas? Eso jamás.

–Wudan tiene razón. Fue una equivocación matar por segunda vez. Hubo errores. Steve vio a Wudan con Anna y con Leila en el Susie Wong. Y luego lo reconoció en la foto de las *Noticias de la Mañana de Pekín*.

–Por eso Steve tenía que morir –dijo Jin. Se apoyó la pistola en el regazo–. Fuiste tú quien le contó a Wudan lo de Steve. Así que, ya ves, tú eres la responsable. Yo ya le había dicho antes a Wudan que se deshiciera de Steve, pero él es demasiado blando. Decía que a Beihe ya lo habían condenado y que nosotros ya teníamos lo que queríamos. Que Steve no nos iba a traer problemas. Pero yo no confiaba en él. Me fui al Susie Wong y me hice amiga de Steve. ¿Tú sabías que era un romántico, y virgen? Esta mañana, en cuanto vi el periódico, me di cuenta de lo que iba a pasar. Vinimos para acá directamente. Steve al verme se emocionó y creyó que tenía el cielo abierto –Jin se echó a reír–. Y en cierto modo era verdad.

–Para, Jin –dijo Wudan.

–Entró Wudan y le rompió el cráneo con un martillo.

–¡Para ya! –gritó Wudan.

–Te oímos dejándole a Steve mensajes en el contestador. Yo sabía que ibas a adivinar de quién hablaba Steve. Pero con todo lo lista que eres, Mei, tienes un punto débil: resultas demasiado predecible. Estaba segura de que ibas a querer salvar a tu amigo. Íbamos a hacer que pareciera un atraco que se había torcido: dos amantes en una sola cama, una mañana trágica...

Jin se puso de pie.

–¿Por qué no has hecho lo que habíamos dicho? Mírame, Wudan. ¿Por qué no la has matado?

–Ya basta. He hecho de todo por ti, todo lo que me has pedido. Ya tengo las manos bastante manchadas de sangre.

–Un poco más tampoco se va a notar.

–No quiero.

–¿Y eso a qué viene? ¿Es que sientes algo por ella? ¿No la puedes matar ni aunque sea por mí?

Mei se puso de pie.

–Puede que no le cueste mucho encontrar hombres, pero no es capaz de conservarlos. Al final se acaban dando cuenta de lo mala que es usted y no pueden quererla. Por eso tiene miedo.

–¡Siéntate! Yo no necesito amor. Tengo dinero. El amor lo puedo comprar si quiero, igual que a los hombres.

Jin apuntó el arma hacia Wudan.

–A ti te he querido. Lo he hecho todo por ti, por nosotros. Yo habría continuado matando si fuera necesario. Pero tú no. Tú tienes tu conciencia. Tu amor tiene sus límites. No eres capaz de llegar conmigo hasta el final. No debería haber confiado en ti, ni en ningún hombre. Me decepcionas, Wudan. Esto es una traición. Ahora vas a morir. Y cuando te haya matado a ti, voy a matar a tu amiguita en el dormitorio. Luego te pondré la pistola en la mano. La policía pensará que es un triángulo amoroso: celos, asesinato y suicidio. Lo bonito, Wudan, es que este revólver lo compraste tú. Tengo el recibo. Lo encontrará la policía, entre otros objetos comprometedores, en tu apartamento.

–No le va a salir bien. La gente oirá los disparos. No podrá escapar –dijo Mei.

Jin vaciló. En esa fracción de segundo, Mei dio un salto y se abalanzó sobre el revólver. Wudan se lanzó también. Se estamparon los tres contra el televisor, que se cayó y se rompió en pedazos.

Unos golpes fuertes en la puerta retumbaron en la habitación.

–¿Estás ahí, Mei? –llamó la voz del inspector Zhao.

–¡Sí! –gritó Mei, sujetándole a Jin el brazo.

Jin forcejeó y disparó.

La fuerza del disparo la hizo retroceder. Cayó una parte del techo. Una lluvia de cascotes se les vino encima, Jin bajo el peso de Mei y Wudan. El revólver cayó al suelo con un ruido metálico.

La puerta se abrió de un golpe. Entraron a la carrera el inspector Zhao y sus hombres, deseosos de acción. Muy pronto Jin y Wudan estaban sujetos en el suelo, con los brazos retorcidos a la espalda.

–¿Estás bien?

El inspector Zhao ayudó a Mei a levantarse.

–¿Por qué has tardado tanto? –preguntó Mei, sacudiéndose los escombros de la ropa.

–Hasta hace diez minutos no me han dado tu mensaje.

–¡De verdad que necesitas un teléfono móvil!

Los policías les pusieron a Wudan y a Jin las esposas.

Mei recogió el revólver de Jin agarrándolo por la punta del cañón y se lo pasó al inspector Zhao.

–Parece que a nuestra campeona le falta práctica –dijo.

–¿Qué?

–Pregúntale a Wudan. Él te lo contará todo.

# 54

Mei y Lu cenaron en la terraza del Restaurante del Tribunal, con el sol, de un naranja vivo, reflejándose en el foso de la Ciudad Prohibida. En la ribera, al pie de los sauces llorones, se veía a un grupo de viejos y niños pescando.

–Todo se va a arreglar –dijo Lu, con un vaso de vino entre los dedos–. No sé cuándo te dejarán volver a abrir, pero por lo que me han dicho va a ser pronto. Gracias por avisarnos de lo del señor Fu y el Ministerio de Telefonía y Comunicaciones. Esta vez Lining se había hecho enemigos poderosos.

–¿Qué le va a pasar al señor Fu?

–Le están investigando por uso indebido de un cargo oficial.

–Bien.

–Pero me temo que ahí no acaba la cosa –dijo Lu.

–¿Por qué no?

–El señor Fu es el cabeza de turco. La gente que estaba detrás de él sigue ahí. Hay gente en las alturas a la que no le gusta que en los últimos tiempos algunos nos hayamos enriquecido. Piensan que el dinero tiene que ser para ellos. Lining trabaja muchísimo para poder tener lo que tiene, pero por lo visto eso no cuenta.

–Las cosas irán mejorando con el tiempo. La gente se está enriqueciendo. Eso es una realidad de la vida.

–No sé yo. Un amigo de Lining que tiene una empresa de muebles ha desaparecido. Nadie sabe dónde está. Su empresa ha quedado en manos de la Administración.

Mei no sabía qué decir para reconfortar a su hermana.

Lu sonrió con esfuerzo.

–Me alegro de que hayamos podido venir aquí a comer. La carta de vinos es impresionante, ¿a que sí? ¡Y la luz! –miró hacia el agua.

Cuando eran niñas, aquél era el momento del día que más les gustaba. Para Mei era la hora de los libros y de los viajes imaginarios. Lu acompañaba a su madre a dar largos paseos después de la cena. A veces Mei dejaba el libro en una silla y se acercaba a la ventana a mirar sus siluetas gemelas andando de la mano por los caminos del recinto de viviendas. Se preguntaba de qué estarían hablando.

–¿Cómo está mamá?

–Muy bien. Hablé ayer con ella por teléfono.

–¿Sigue con el mismo novio?

–Creo que estaba allí con ella.

–Mientras ella sea feliz –dijo Mei, tratando de convencerse a sí misma.

–¿A ti qué te pareció él?

–No es que sea especialmente atractivo.

–¿Tú crees que mamá se siente sola?

Mei dejó pasar la pregunta.

Llegaron los primeros platos, vieiras con salsa de menta.

–¿Sabes que es el primer vaso de vino que bebo en casi un año? –dijo Lu, dorando la vieira con el tenedor–. Y también he dejado el café.

–¿Para ver si te quedas embarazada?

–Sí, para tener un niño... concretamente uno regordete, con los mofletes redondos y unas manitas pequeñitas muy suaves. Que tenga los ojos de su padre y mis labios. Es una locura, ¿verdad? Estoy convencida de que va a ser niño. Me lo imagino ya gateando, y también de mayor. Es como si ya lo hubiera concebido y lo hubiera criado unas cuantas veces.

–Todo llegará.

–Eso es lo que me digo a mí misma. Y lo que dice Lining. Pero yo no sé si creérmelo. Igual hay algo que no me funciona bien. La gente dice que los hijos son un regalo del Cielo. Es posible que yo no vaya a recibir nunca ese regalo.

El camarero se llevó sus platos. En el sitio de Mei puso una pala de pescado y para la carne roja que había pedido Lu, un cuchillo.

–Hoy me siento salvaje –dijo Lu–. Le viene bien a mi espíritu, de vez en cuando.

Mei contempló a su hermana, que vaciaba el vaso como si pudiera lavar con vino su decepción. Le habría gustado consolarla, ahuyentar la sombra que planeaba sobre su hermoso rostro.

Mei se acordó de cuando eran niñas, cuando cuatro años de diferencia suponían media vida. Ella solía cruzar un campo de lotos, un camino de tierra y un campo de maíz, pasando ante los guardias de la unidad de trabajo asociada, para ir a recoger a Lu de su estancia semanal en la guardería. Su madre estaba demasiado ocupada trabajando. Una vez, Mei se había pasado una semana entera tallando una espada enana de un trozo de madera que había encontrado cerca del colegio. Cuando la tuvo terminada, la forró con un trozo de papel de plata.

En la entrada de la guardería le dio la espada a Lu. Se despidieron de los profesores diciéndoles adiós con la mano. Lu estaba tan emocionada que no paraba de gritar, agarrando con su mano minúscula la resplandeciente espada plateada. Volvieron andando hacia su casa, Lu dándole una de las manos a su hermana y con la otra empuñando la espada, cantando canciones revolucionarias. Atravesaron el campo de maíz y el camino de tierra y fueron bordeando el campo de lotos, en el que las flores rosas se elevaban sobre las hojas exuberantes, y las cigarras cantaban, y las libélulas trazaban con las alas largas y graciosas líneas antes de aterrizar, completamente inmóviles, en la hierba crecida.

Mei pensó que ojalá todavía tuviera ese poder, el de sembrar felicidad y hacerla florecer en aquella cara tan bonita. Pero no sabía qué podía darle ahora a su hermana.

El vino le había dejado en la lengua su dulzor helado. La luz se fue mitigando sobre el agua, las siluetas de los pescadores de la otra orilla se hicieron más borrosas. Las farolas de la calle se encendieron.

El camarero les trajo el segundo plato.

–Tenga cuidado, el plato está caliente –le dijo a cada una al ponerle el suyo, y cogiéndolo con una servilleta blanca hacía girar el plato para presentar la comida en el ángulo más favorable para el cuchillo.

–Ayer fui a ver a Wudan –dijo Mei–. Quería saber cómo pudo hacer lo que hizo, utilizándome a mí de esa manera.

–¿Qué tal está?

–Como te puedes imaginar, no muy bien. Ha estado cooperando con el fiscal. Pero un

asesinato es un asesinato. Está esperando el juicio.

–Hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué se desnudaron las prostitutas? –preguntó Lu.

–Jin quería que murieran como perras. Que le suplicaran, desnudas y de rodillas, que las dejara vivir, y burlarse de su desnudez y escupir sobre ellas incluso cuando ya estaban muertas. Ella cree en todo ese rollo de la otra vida y la condenación eterna.

–Menuda chaladura.

–Fue entonces cuando Wudan se empezó a dar cuenta de que Jin estaba tocada, de que era mala. Parece que en el momento de matarlas tirándolas al vacío, ella se reía.

–Wudan estaba entre la espada y la pared. Una vez cometido el primer asesinato, ya no podía detenerse –dijo Lu.

–Estaba enamorado de Jin –dijo Mei, cortando el pescado con una energía un punto excesiva.

–Pero al final ya no.

–Me cuesta creer que yo les ayudé.

–Tampoco te eches la culpa. Tú lo único que hiciste fue confiar en Wudan.

¿Por qué había confiado en él? Ella sabía que el mundo está lleno de traiciones. Se había pasado años esperando a un padre que no volvió nunca y preocupándose por una madre que había traicionado a su marido. Había estado enamorada de un hombre que mantuvo rotos la promesa que le había hecho y su corazón durante diez años.

Puede que fuera por eso por lo que le apetecía confiar en alguien, pensó Mei, para demostrar que aquellas realidades no eran verdaderas. Puede que en lo más hondo de su corazón ella prefiriera creer que la gente es buena. Si pudiera dar eso por cierto, quizá podría mirar al pasado y rescatar de él algo más que meros recuerdos.

–Creí que había encontrado a una persona especial. Teníamos mucho en común, me sentía identificada con todas las cosas que decía. Pero resulta que sólo las decía porque sabía que era lo que yo quería escuchar.

–Pero Wudan sentía algo por ti.

–Eso es lo que le he dicho cuando he ido a verle. Le he preguntado si me estuvo diciendo todo aquello, ya sabes, del amor, sólo por tenderme una trampa. Me ha dicho que no mintió. ¿Y sabes lo peor? Que cuando me ha mirado, con esa cabeza afeitada y vestido de preso, y me ha dicho que todo aquello lo había dicho de verdad, yo le he creído.

–A todos nos gustaría creer que existe algo muy grande, como el amor absoluto. Queremos vivirlo, o al menos soñar con él. Oye, eso es lo que nos contaban de niñas, lo de los cuentos de hadas, y todos felices para siempre. En cierto modo, Wudan y Jin personifican esa creencia en que el amor puede vencer al miedo y a la razón y remodelar el mundo. Pero eso no es más que una ilusión. Quítales todas esas palabras bonitas de amor hasta la muerte y verás que lo han hecho todo por dinero. Por dinero se han compinchado y han matado. Tú piénsalo: si se hubieran querido de verdad, podrían haber vivido sin dinero.

–Todo este asunto se parece demasiado a uno de tus programas.

–Pues sí. Pero no te preocupes, que no lo pienso usar para el programa. Es un buen espectáculo cuando se trata de las vidas de otras personas, no de la de alguien que te importa.

Mei sonrió a su hermana. Le habría gustado darle las gracias pero no le salió la palabra.

–¿Y qué vas a hacer con lo de Yaping? –preguntó Lu.

–Le he dicho que voy a ir a recogerle al aeropuerto, y eso es lo que pienso hacer.

–No me refería a eso.

–¿Te refieres a qué voy a hacer con mi vida? Pues, para serte sincera, no lo sé. No estoy segura.

# 55

A la puerta de la floristería, el inspector Zhao vaciló. El aire de por la mañana estaba fresco, como un vestigio de la noche que acababa de terminar. Barajó mentalmente los ramos que había en el escaparate, y la variedad de flores cuyos nombres no sabía. Eran criaturas de invernadero, distintas de las flores silvestres que él conocía de los campos de su infancia. Le habían contado que las semillas de algunas de aquellas plantas procedían de otros países. Por lo visto se trataba de flores caras y consentidas. Algunas incluso parecían tropicales. Se imaginó que no podrían sobrevivir más que en un invernadero, o en algún sofisticado y resplandeciente jarrón. Luego vio las rosas. Podía llevarle a Dong un montón de rosas, rosas rojas.

Pero ¿qué iba a pensar ella? Se dice que las rosas rojas son símbolo del amor. La última vez que le llevó flores a Dong él todavía no se había enterado de que las flores significan cosas. Más tarde, cuando se enteró, se quedó horrorizado. Luego se dio cuenta de que lo más probable era que ella ni siquiera hubiera visto sus flores. Estaba en coma, y seguro que la enfermera ni siquiera se había molestado en ponerle el ramo en su cuarto: ¿para qué desperdiciarlas con una persona que lo único que hace es dormir?

Repasó otra vez las flores con la mirada. Sus ojos y su mente volvieron a las rosas rojas. Se imaginó lo bonitas que iban a estar cuando se abrieran los capullos. Se imaginó la cara que pondría Dong al inclinarse sobre ellas, tocando con la delicada punta de la nariz los pétalos. Les echó a las rosas una última mirada y luego se marchó. Para Dong no era capaz de imaginar ninguna otra flor que no fueran las rosas rojas; y como ésas no podía regalárselas, prefería no llevarle flores.

Miró su reloj. No le quedaba mucho tiempo. A Dong le iban a dar el alta y se iba a ir enseguida del hospital. Apresuró el paso.

Entró en una tienda de té. El té era un regalo más seguro, pensó, aparte de que le iba a durar algo más que un par de días. Se acordó de que ella para el té tenía un gusto sofisticado, del mismo modo que era impecable en muchas otras cosas. ¿Cuál le gustaría? ¿Aguja de Plata? ¿Primavera de la Concha de Jade? Ésos parecía que le pegaban: tés con nombres delicados.

–¿Le puedo ayudar en algo? –le preguntó la joven dependienta. Llevaba una blusa de seda fruncida en la cintura, con el alto cuello chino envolviendo su largo cuello.

–Quería Primavera de la Concha de Jade –decidió sobre la marcha el inspector Zhao. Le gustaba ese nombre.

–Sí, tenemos Biluochun[11] –le condujo hacia las latas donde se guardaba el té–. ¿Qué cosecha estaba buscando?

–¿Cosecha?

–Sí. La primera cosecha es lógicamente más cara que la segunda, y la segunda es más cara que la tercera.

–¿Qué diferencia hay?

–La primera cosecha se recoge al comienzo de la primavera, cuando la tierra se acaba de

calentar. Son las hojas más tiernas. Son caras porque se recogen muy pocas cada año.

–¿A cuánto sale la primera cosecha?

–A 300 yuanes el gramo.

Al inspector Zhao le dio un escalofrío, que se reflejó en el gesto de la mujer.

–La segunda cosecha es mucho más barata. Y luego está la tercera cosecha. De hecho, yo diría que en todo caso ya es tarde para la primera cosecha, se ha pasado la época. Biluochun es un té excelente, al margen de la cosecha.

«Es buena vendedora», pensó el inspector Zhao. Compró té de la tercera cosecha y le pidió que lo empaquetara en la famosa caja verde con dos lazos.

–A ella le va a encantar –dijo la mujer. Tenía los dientes de un blanco resplandeciente.

¿Cómo sabía ella que el té se lo iba a regalar a una mujer?

El inspector Zhao sonrió, pensando en Dong. Él esperaba que le gustara.

Pensó en todas las cosas que le habría gustado decirle y en las conversaciones que había mantenido con ella en aquellas largas noches solitarias, sentado a solas con su botella.

Cuando ella se echara agua caliente en la taza y las hojas se ablandaran y se abrieran, recuperando la forma que tenían originalmente en las montañas, ella podría aspirar el aroma, el recuerdo de las noches frías, de la tierra, de los siglos de cultivo y de recogida del té con delicados dedos de mujer, pero no llegaría a saber con qué cariño se había quedado contemplando cómo colocaba la dependienta aquellos lazos.

–Muchas gracias –le dijo la dependienta tendiéndole la bolsa con las dos manos como si se tratara de una ofrenda.

El inspector Zhao cogió la bolsa y le dio las gracias. Salió de la tienda de té. La bolsa le pesaba tan poco en la mano que daba la impresión de que dentro no había nada.

# 56

Mei se quedó detrás de la barrera en la zona de llegadas internacionales, con un ramo de flores en la mano: rosas y claveles. Le había parecido que hacían un bonito contraste con su vestido blanco. Tenía la esperanza de que con ellas en la mano Yaping la vería más fácilmente cuando la buscara. Observó la pantalla. Junto al vuelo de American Airlines procedente de Chicago parpadeaba una luz: el avión había aterrizado y estaban saliendo las maletas.

Las puertas automáticas vomitaban gente, con carritos de equipaje cargados de bolsas. Había gritos de alegría, manos levantadas saludando, caras que se encendían en grandes sonrisas. Los turistas parecían nerviosos y perdidos. Los ejecutivos salían a paso rápido, como si se encaminaran hacia la batalla. Mei buscó a Yaping entre las oleadas de gente que se precipitaba hacia fuera, aunque en realidad no se acordaba de su cara. Lo había intentado una y otra vez, pero seguía teniendo ese vacío, como si de aquel hombre no existiera más que el nombre, como si fuera sólo un concepto.

A pesar de todo, cuando por fin Yaping apareció, lo reconoció. Se miraron el uno al otro. Ella se sintió aliviada.

–¿Dónde está tu equipaje?

¿Le habrían perdido las maletas? ¿O sería que al final no se iba a trasladar a vivir allí?

Yaping se dobló por encima de la barrera para besarla.

–Lo he mandado por delante –dijo, dando la vuelta para acercarse–. Quería verte lo antes posible.

La abrazó.

Mei le dio las flores.

–Bienvenido otra vez.

–¡Estoy en casa! –exclamó él, con los ojos brillantes y las mejillas encendidas.

–Debes de estar cansado.

–No he podido dormir nada en el avión, pero no estoy cansado. Me siento estupendamente. Podría correr quince kilómetros ahora mismo.

Mei tampoco había podido dormir la noche anterior. Puede que fuera el vino que había bebido con Lu, o la buena cena. Más le habría valido no tomar postre. Además, la tarta de queso ni siquiera le gustaba. Pero Lu quería quedarse un rato más. Ella decía que el vino y las calorías eran buenos para el espíritu. Cuando la noche se puso oscura y los mosquitos vinieron a zumbar alrededor de ellas, se cambiaron a una mesa en la parte de dentro del restaurante. Hubo gente que reconoció a Lu, y la invitaron a sentarse con ellos. Siguieron bebiendo vino. Aunque había insistido en que tenía que acostarse pronto, Mei se había quedado. Continuaron de fiesta como si aquélla fuera la última noche y nunca se fuera a hacer de día.

Y cuando, de hecho, se hizo de día, Mei estaba en su cama y le dolía todo el cuerpo. Su cerebro estaba agotado de todo lo que había pensado la noche anterior. ¿Qué había sido? No habría sido capaz de decirlo. Pero ¿para qué servían las ruinas de la memoria si no era

para remover al azar las mentes empapadas en alcohol? En ella había pesadumbres, cargas innombrables, dolores sin cura. Cuando abrió los ojos recordó que había gritado. ¿Era aquello la vida?, pensó, mirando a la luz del sol que irrumpía dentro. ¿O «la vida» era el nombre que usaba la gente para referirse de forma abreviada a los fragmentos de nuestra existencia?

–Le he dicho a mi chófer que pase a recogernos –dijo Yaping, apretando el paso.

–¡Pero si he venido en mi coche! Ya lo habíamos hablado.

–He cambiado de opinión. Ha sido todo en el último momento, pero quería que fuera una sorpresa. No te preocupes. Mañana recogeremos tu coche.

Mei trataba de seguirle el paso.

–Pero ¿qué pasa?

–Ya lo verás. Ahí está el señor Liu –Yaping saludó con la mano al chófer.

El señor Liu les abrió la puerta del coche con sus guantes blancos.

–Bienvenido otra vez, señor.

–Gracias. Me alegro de estar otra vez aquí.

Yaping ayudó a Mei a entrar y se sentaron los dos en el asiento de atrás. El señor Liu les cerró la puerta, dejando los ruidos fuera. El Mercedes negro se puso en marcha.

–Y ahora dímelo.

–Espera –Yaping abrió su maletín y sacó una cajita. La abrió. Dentro había un anillo con un diamante.

–¿Quieres casarte conmigo?

Mei se quedó mirando el anillo. Las palabras le fallaron.

–Había pensado hacerlo de otra forma, llevarte a algún restaurante agradable y hacer que te trajeran el anillo en una copa de champán o algo así. Pero luego he pensado, qué va, eso sería demasiado corriente. Cuando estaba esperando para embarcar en el avión, me he dado cuenta de que lo que tenía que hacer era esto. ¿Por qué esperar? Todos mis sueños se están haciendo realidad. Estoy emocionado con lo de la nueva sucursal. Tenemos por delante diez o veinte años fantásticos. Esto es un nuevo capítulo, un punto de inflexión. Y quiero celebrarlo así: con una vida completamente nueva, a partir de hoy.

Yaping sacó el anillo de la caja y se lo puso a Mei en el dedo. Le estaba grande y no se le mantenía derecho.

–Por supuesto, haremos que te lo ajusten.

El diamante, redondo y brillante, refulgió en su dedo. Era lo bastante grande como para que hasta Lu se fijara en él. Su madre se alegraría, pensó Mei.

–¿Qué me dices? Podemos ir directamente a contárselo a tu madre o a tu hermana.

Ella levantó la mano y miró el destelleante anillo. «Es una de las cosas más bonitas que he visto en mi vida», pensó. Se lo quitó y volvió a ponerlo en su cajita.

–Lo siento –dijo mirando a Yaping a aquellos ojos resplandecientes de expectación.

A él se le cayó la cara. Se hizo el silencio. Se quedó un rato largo con la caja en la mano, sin moverse, como si no supiera qué hacer con ella, o con aquella vida de la que tan seguro se sentía.

«Le he hecho daño», pensó Mei. «Le he hecho daño al hombre al que amaba desde hace tantos años. Qué horror», pensó Mei, «ni siquiera es capaz de mirarme. Qué seria tiene la cara. Espero que todavía respire. Por favor, di algo».

¿Qué decía la gente en casos como aquél?

«De momento no, puede que más adelante.»

«No estoy preparada.»

«Es demasiado pronto.»

Pero ella sabía que nada de eso era verdad. Se sintió triste, casi con ganas de llorar. Sintió un dolor como si a su cuerpo le acabaran de cortar algo que formaba parte de ella. Sangró y se flageló por ello.

–Lo siento –repitió. Aunque lo dijo con voz suave, fue como si retumbara dentro del coche.

Yaping no se movió. El diamante centelleaba en la cajita abierta, sobre su mano.

–Señor Liu –dijo, con una voz que Mei no reconoció–. Pare el coche.

Se estaban acercando al control de salida del aeropuerto. El señor Liu detuvo el coche a un lado. Mei se bajó. Le habría gustado decir algo, pero la puerta se cerró. El coche se alejó, dejándola allí plantada, con su bolso en la mano.

Dio media vuelta y echó a andar hacia el aparcamiento. Las lágrimas le rodaron por las mejillas. Bajó la cabeza, consciente de los ojos que la miraban desde detrás de los cristales de los coches que pasaban. El sol estaba invisible entre las nubes y la polución, pero al poco el calor hizo que el vestido blanco se le quedara pegado al cuerpo.

Al cabo de un rato le empezaron a doler los pies dentro de los zapatos. Había parado de llorar. El dolor que antes sentía en el corazón disminuyó. Le entró una sensación de alivio. Miró la cuesta que tenía por delante y cogió aire con fuerza.

1 En China el color amarillo simboliza la pornografía y la prostitución, más o menos como el color verde en España. *(N. de la T.)*

2 Tras la ocupación (1950), los chinos rebautizaron con el nombre de «Tíbet» a algo más de la mitad de los territorios tibetanos; el resto lo repartieron en varias provincias. Hasta entonces, Qinghai formaba parte del Tíbet. *(N. de la T.)*

3 La expresión *gongxi* [felicidades] se acompaña a menudo de la coletilla *facai* [y que nos hagamos ricos]. *(N. de la T.)*

4 Xi’an es la capital de la provincia de Shaanxi. *(N. de la T.)*

5 Se llaman «tallarines de cristal» porque son transparentes. Se hacen con almidón de soja verde y de patata. *(N. de la T.)*

6 La palabra *ba* (el número ocho en chino) se escribe con sólo dos trazos: /\. Hacer algo cuando a uno no le ha dado tiempo ni de escribir el primer trazo de *ba* es hacerlo de forma precipitada. *(N. de la T.)*

7 En chino la expresión «comprar verduras» significa «hacer la compra» (de cualquier tipo de comida). *(N. de la T.)*

8 En China los niños no llevan pañales, sino un pantalón abierto que les deja el culillo al aire. *(N. de la T.)*

9 El Erguotou es un aguardiente de sorgo, de color transparente, típico de Pekín y especialmente apreciado por los pekineses. *(N. de la T.)*

10 En chino un «pedo de perro» es algo absurdo, que no tiene sentido. *(N. de la T.)*

11 En chino Biluochun significa «Primavera del caracol de jade», porque sus hojas en espiral recuerdan la forma de un caracol. *(N. de la T.)*

Edición en formato digital: abril de 2017

Títulos originales: *The Eye of Jade*; *Paper Butterfly*; *The House of Golden Spirit*

© Diane Wei Liang, 2007, 2008, 2011
© De la traducción, Lola Diez
© Ediciones Siruela, S. A., 2017
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

En cubierta: fotografía © iStock.com/Pong6400

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17041-82-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L

www.siruela.com